



**A. J.  
CRONIN**

**LA  
CIUDADELA**

Lectulandia

La conmovedora lucha de un médico contra la corrupción del sistema sanitario en la Europa de entreguerras. El primer trabajo de Andrew Manson, un joven médico idealista, es en un pueblo minero de Gales donde se enfrentará a todo tipo de problemas médicos y humanos. Más tarde, cuando se traslade a Londres, el materialismo hará cambiar, momentáneamente, su visión de la vida, que recuperará gracias a la integridad de su mujer y sus amigos.

**Lectulandia**

A. J. Cronin

# **La ciudadela**

ePub r1.0

Pepotem2 18.11.13

Título original: *The Citadel*

A. J. Cronin, 1937

Traducción: Enrique Pepe

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

# Capítulo I

Ya entrada la tarde, a un día de octubre del año 1924, un hombre joven, vestido sin preocupación, miraba distraídamente a través de la ventanilla de un compartimiento de tercera clase en el tren casi vacío que, procedente de Swansea, ascendía penosamente por el valle de Penowell Durante todo aquel día Manson había viajado desde el norte, traspasando en Carlisle y Shrewsbury y no obstante, en la etapa final de su tedioso viaje, hallábase más preocupado aún por la perspectiva de su puesto, el primero de su carrera de médico en esa extraña y fea región.

Afuera, una lluvia torrencial oscurecía el espacio comprendido entre las montañas que se alzaban a los lados de la única vía férrea. Las cimas de las elevaciones ocultábanse en la gris extensión del cielo, pero sus laderas descendían negras y desoladas, con las cicatrices de las excavaciones mineras, manchadas aquí y allá por grandes montones de escoria por los que vagaban algunas ovejas sucias, con la vana esperanza de hallar pastos. No se veía un arbusto ni una brizna de vegetación. Los árboles, contemplados a la luz declinante, eran magros y escuálidos espectros. En una curva de la línea dejóse ver el resplandor rojizo de una fundición, iluminando a una veintena de trabajadores desnudos hasta la cintura, con los torsos tensos y los brazos levantados en actitud de golpear. Aunque el cuadro desapareció rápidamente tras la confusión de las maquinarias de una mina, persistía una sensación tensa y vívida de fuerza. Manson suspiró profundamente. Sintió una afluencia de energía, una súbita y sobrecogedora alegría, nacida de la esperanza y la promesa del futuro.

Había llegado la noche, subrayando lo extraño y remoto del cuadro, cuando media hora después la máquina se detenía resoplando en Drineffy. Por fin había llegado. Tomando la maleta, Manson saltó del tren y recorrió apresuradamente la plataforma, buscando anhelosamente una señal de bienvenida. A la salida de la estación, junto a un farol agitado por el viento, esperaba un anciano de rostro amarillento, sombrero, e impermeable como un camisón. Escudriñó a Manson con ojos ictericos y, al hablar, su voz chirrió con acento desagradable.

—¿El nuevo ayudante del doctor Page?

—Así es. Me llamo Andrés Manson.

—Oh! Yo me llamo Tomás. Suelen decirme «el viejo Tomás». Aquí tengo el coche. Suba... a menos que prefiera nadar.

—Manson introdujo su maleta y trepó al desvencijado cochecito, tirado por un caballo negro, grande y huesudo. Tomás lo siguió, empuñó las riendas y estimuló al animal.

—¡Vamos, Taffy! —exclamó.

Partieron a través de la población que, pese al propósito de Andrés de darse cuenta de su trazado, debido a la fuerte lluvia sólo dejaba ver un confuso

agrupamiento de casas alineadas bajo las altas y siempre presentes montañas. Durante varios minutos el viejo cochero no pronunció una palabra, sino que siguió dirigiendo miradas pesimistas a Andrés por debajo del ala de su sombrero que chorreaba. No se parecía en absoluto al gigante cochero de un médico afortunado, sino que, por el contrario, hallábase desaliñado y desaseado, y durante todo el tiempo despedía un peculiar y penetrante olor a establo. Dijo por fin:

—Acaba de obtener su título, ¿eh?

Andrés asintió con una inclinación de cabeza.

—Lo sabía. —El viejo Tomás escupió. Su triunfo lo puso más gravemente comunicativo. El último ayudante se fue hace diez días. Casi todos ellos prefieren irse.

—¿Por qué? Andrés sonrió a pesar de su nerviosidad.

—Me parece que para uno solo el trabajo es excesivo.

—¿Y para dos?

—Usted verá. Un instante después, del mismo modo que un guía pudiera indicar una hermosa catedral, Tomás levantó el látigo y señaló al extremo de una hilera de casas donde, desde una pequeña puerta iluminada, salía una nube de vapor. Vea. Aquí está la señora y mi casita. Ella recibe la ropa para el lavado. Una secreta complacencia le hizo encoger el largo labio superior. Quizá pronto necesite conocerla.

Allí terminaba la calle principal. Doblando por un corto y accidentado camino lateral, atravesaron un terreno baldío y penetraron en la estrecha cochera de una casa aislada de las hileras restantes, detrás de un fresno achaparrado. Sobre la puerta leíase el nombre de Bryngower.

—Hemos llegado —dijo Tomás, deteniendo el caballo.

Andrés descendió. Instantes después, mientras se preparaba a hacer su entrada, la puerta delantera se abrió de repente y fue efusivamente saludado en el hall iluminado, por una mujer alta, enjuta y sonriente, de unos cincuenta años, rostro sereno y claros ojos azules.

—Bien, bien. Debe ser el doctor Manson. Adelante, por favor, adelante. Yo soy la hermana del doctor, la señorita Page. Espero que no haya tenido un viaje desagradable. Me alegro de verlo. He estado casi fuera de mí desde que nos dejó ese terrible mozalbete que tuvimos últimamente. Debería haberlo visto. Sin duda, era despierto como he conocido pocos. ¡Oh!, pero no importa. Ahora que se encuentra usted aquí todo está muy bien. Adelante, yo misma le mostraré su cuarto.

La habitación de Andrés, ubicada en los altos, era un pequeño apartamento, provisto de una cama de bronce, una cómoda barnizada de color amarillo y una mesa de bambú con una palangana y una jarra. Mirando en torno, mientras los claros ojos azules de ella inquirían en su rostro, dijo con angustiada cortesía:

—Parece muy cómodo, señorita Page.

—Sí, en verdad. —Ella sonrió y le golpeó maternalmente en la espalda—. Estoy segura de que se hará famoso aquí. Tráteme usted amablemente y yo lo trataré amablemente. No puedo hablarle más francamente, ¿verdad? Venga ahora a conocer al doctor Page. —Hizo una pausa, interrogándolo aún con la mirada y esforzándose por ser espontánea—. No sé si se lo decía en mi carta, pero..., en realidad, el doctor no ha estado muy bien últimamente.

Andrés la miró con súbita sorpresa.

—¡Oh!, no es nada grave —añadió rápidamente antes de que él pudiera hablar—. Ha estado en cama unas semanas. Pero pronto estará muy bien. No se engañe al respecto.

Andrés la siguió perplejo hasta el fin del pasadizo, donde abrió una puerta exclamando alegremente:

—Aquí está el doctor Manson, Eduardo, nuestro nuevo ayudante. Viene a saludarte.

Mientras Andrés penetraba en la habitación, un largo dormitorio malamente amueblado, con cortinas de felpilla bien cerradas y un pequeño fuego en la chimenea, Eduardo Page se dio vuelta lentamente en el lecho, pareciendo hacer un gran esfuerzo. Era un hombre grande, huesudo, acaso de unos sesenta años, con facciones vigorosamente acentuadas y ojos brillantes y cansados. Toda su expresión tenía un sello de sufrimiento y una especie de fatigada resignación. Y había algo más. La luz de la lámpara de aceite, proyectándose encima de la almohada, descubría la mitad de su rostro inexpresivo y ceroso. El lado izquierdo del cuerpo hallábase igualmente paralizado y la mano izquierda, que descansaba sobre un cobertor de retazos, estaba contraída como un cono brillante. Observando estas huellas de un ataque grave y nada reciente, Andrés tuvo la sensación de experimentar un súbito desmayo. Hubo un extraño silencio.

—Confío en que esto le agradará —observó por fin el doctor Page, hablando lenta y trabajosamente, embrollando un poco sus palabras—. Espero que el trabajo no le resultará excesivo. Es usted muy joven.

—Tengo veinticuatro años, señor —respondió secamente Andrés—. Sé que éste es el primer trabajo que tengo y todo eso... pero no me asusta el trabajo.

—Ahí tienes, Eduardo! —prorrumpió la señorita Page—. ¿No te dije que con el próximo tendríamos suerte?

El rostro de Page adquirió una inmovilidad todavía mayor. Observaba a Andrés. Luego su interés pareció decaer y dijo con voz fatigada:

—Espero que usted se quedará.

—Válgame Dios! —exclamó la señorita Page—. Qué cosas dices! —Se volvió a Andrés sonriente y como disculpándose—. Es que hoy ha estado un tanto decaído.



Pero pronto estará en pie y trabajando. ¿No es así, querido? —Inclinándose, besó cariñosamente a su hermano—. Bien. En cuanto comamos nosotros te haré subir la comida por Anita.

Page no respondió. De perfil, el rostro de aspecto pétreo dejaba ver la boca torcida. Su mano buena se extendía en la dirección del libro que se hallaba sobre la mesa de luz, titulado Los pájaros silvestres de Europa. Aun antes de que el parálítico comenzase a leer, Andrés tuvo la sensación de que la entrevista había terminado.

Mientras bajaba a comer, su pensamiento extraviábase penosamente. Había solicitado esa ayudantía en respuesta a un aviso del Lancet. Sin embargo, en la correspondencia cambiada a ese fin con la señorita Page —que había llegado a asegurarle el puesto—, no se hacía la menor referencia a la enfermedad del doctor Page. Pero Page estaba enfermo, no cabía duda respecto a la gravedad del derrame cerebral que lo había invalidado. Pasarían meses antes de que se hallase nuevamente en condiciones de trabajar si es que, en fin de cuentas, no quedaba incapacitado para siempre.

Con un esfuerzo disipó la inquietud de su mente. Era fuerte, joven, y no tenía inconveniente alguno en realizar el trabajo extraordinario a que quizá lo obligaría la enfermedad de Page. En realidad, dentro de su entusiasmo, esperaba una avalancha de llamados.

—Tiene usted suerte, doctor —dijo entusiastamente la señorita Page al entrar en el comedor—. Esta noche puede cenar de inmediato. Nada de atender enfermos. Dai Jenkins se ha encargado de ello.

—¿Dai Jenkins?

—Es nuestro boticario —confesó inadvertidamente la señorita Page—. Un muchacho muy dócil y animoso, también. Algunos hasta lo llaman «doctor Jenkins», aunque, por supuesto, no puede comparársele con el doctor Page. Estos últimos diez días ha atendido las consultas y también ha hecho visitas.

Andrés la miró con renovado interés. Todo cuanto se le había dicho, todas las advertencias que le habían hecho acerca de los dudosos procedimientos médicos empleados en estos remotos valles de Gales, acudían a su memoria. De nuevo tuvo que hacer un esfuerzo para callarse.

La señorita Page se sentó a la cabecera de la mesa, de espaldas al fuego. Cuando se hubo arrellanado confortablemente en su silla, con un almohadón, suspiró con anticipada felicidad y agitó la pequeña campanilla que tenía delante. Una sirvienta de mediana edad, de cara pálida y limpia, entró con la comida echando a Andrés una furtiva mirada.

—Anita, ven —exclamó la señorita Page poniendo manteca a un trozo de pan fresco que se llevó luego a la boca—. Es el doctor Manson.

Anita no respondió. Silenciosa y circunspecta, sirvió a Andrés una tajada muy

delgada de carne de pecho, hervida y fría. A la señorita Page le sirvió lo mismo y, además, un poco de leche fresca. Luego de verter el inofensivo líquido y de llevárselo a los labios, ésta le explicó, mirándolo:

—No he almorzado bastante, doctor. Además, tengo que observar mi dieta. Es la sangre. Debo tomar un poquito de leche para la sangre.

Andrés, resueltamente, masticó el insípido trozo de carne y bebió agua fría. Después del descontento momentáneo, la principal dificultad residía en su propio sentido humorístico. Después de todo no podía pretender que hubiese manjares deliciosos en la mesa de esos ásperos valles.

La señorita Page comió en silencio. Finalmente, puso manteca a la última rebanada de pan, terminó el trozo de carne, limpióse los labios luego de beber el resto de leche y se echó hacia atrás en la silla, descansando el cuerpo delgado, mirando con cautela, como calculando. Parecía dispuesta a permanecer en la mesa, inclinada a las confidencias, quizá tratando de estimular a Manson con su ejemplo.

Observándolo, pudo ver a un joven delgado y sencillo, moreno, de rasgos firmes, pómulos salientes, mentón afilado y ojos azules. Los ojos, al levantar la mirada eran extraordinariamente firmes y escrutadores, no obstante la nerviosa tensión de las cejas. Y, aunque Blodwen Page no lo supiese, hallábase frente a un tipo celta. Si bien reconocía el vigor y la despierta inteligencia revelados por el rostro de Andrés, lo que más le agradó fue su aceptación sin reparos a esa mezquina tajada de carne de tres días. Pensó que, no obstante parecer hambriento, no resultaría difícil alimentarlo.

—Estoy segura de que nos haremos famosos, usted y yo —elijo nuevamente en un tono muy afable—. Sólo necesitamos un poquito de suerte para que todo cambie. —Melosamente le refirió sus tribulaciones e hizo un vago esbozo de las tareas del consultorio y de su situación—. Ha sido terrible, amigo mío. No sabe usted. Con la enfermedad del doctor Page, sus malvados e ineptos ayudantes, sin ningún ingreso y con muchos egresos... bien,... no lo creería! Y el trabajo que me ha costado mantener satisfechos al gerente y a los empleados de la mina. —Es de ellos que proviene el dinero de la profesión— ni qué decir tiene —añadió encogiéndose de hombros—. En Drineffy se trabaja de este modo: en el presupuesto de la compañía figuran tres médicos..., aunque, por supuesto, debe usted tener en cuenta que de todos ellos el doctor Page es el más inteligente. Y además... el tiempo que ha estado aquí!, cerca de treinta años, o más, que es bastante decir, me parece. Ahora bien: estos médicos pueden tener tantos ayudantes como deseen —el doctor Page a usted, el doctor Nicholls a un joven con aspiraciones, llamado Denny—, pero los ayudantes nunca figuran en las listas de la compañía. De todos modos, como le decía, la compañía deduce un tanto de los sueldos y salarios del personal empleado en las minas y canteras y paga de ellos a los médicos registrados, conforme al número de hombres voluntariamente inscriptos en sus respectivas listas.

Se interrumpió, observándolo interrogativamente.

—Creo que comprendo cómo es el sistema, señorita Page.

—Bien, entonces! —la hermana del médico rió—. Ya no tiene que preocuparse por eso. Todo lo que debe recordar es que trabaja para el doctor Page. Esto es lo fundamental, doctor. Recuerde que trabaja para el doctor Page, y los dos estaremos en la gloria.

A Manson, silencioso y observador, parecióle que ella se había humillado demasiado. Con una mirada al reloj, enderezó y colocó la servilleta en el servilletero de asta. Luego se puso de pie. Su voz era ahora diferente, seria, formal:

—A propósito, hay un llamado para la calle Glydar número siete. Llegó después de las cinco. Sería mejor que fuese usted de inmediato.

## Capítulo II

Andrés acudió de inmediato al llamado; poseído de una extraña sensación, casi de alivio. Alegrábase de esa oportunidad de desembarazarse de las curiosas y contradictorias emociones suscitadas al llegar, a Bryngower. Tenía ya una vaga sospecha de cómo eran las cosas y cómo lo utilizaría Blodwen Page para atender el consultorio de su incapacitado jefe. Era una extraña situación, muy distinta por cierto de toda pintura romántica que su imaginación pudiera haber forjado. No obstante, después de todo, lo único importante era su trabajo, y lo demás, meras trivialidades. Deseaba comenzar. Insensiblemente apresuró el paso, anticipadamente preparado, gozoso de entrar en acción...; era su primer caso.

Llovía aún cuando atravesó la cenagosa oscuridad del terreno baldío y taloneó por la calle Chapel en la dirección vagamente indicada por la señorita Page. Confusamente, a medida que lo atravesaba, el pueblo adquiría forma a su vista. Comercios y capillas —Zion, Capel, Hebron, Bethel, Bethesda, pasó por una serie de ellas—, luego los almacenes de una gran cooperativa y una sucursal del Banco de los Condados del Oeste. El sentimiento de estar sepultado muy abajo, en las grietas de las montañas, era singularmente opresivo. Transitaba poca gente. En ángulo recto, cubriendo una corta distancia a ambos lados de la calle Chapel, veíanse hileras e hileras de casas obreras con techos azules. Y más allá, al comienzo del desfiladero, bajo un resplandor que se extendía como un gran abanico en el cielo opaco, las minas de hematites de Drineffy y las fundiciones de mineral.

Llegó a la calle Glydar número 7; golpeó impacientemente la puerta y en seguida fue introducido en la cocina donde, en una cama arrinconada, yacía la paciente. Era una mujer joven, esposa de un pudelador de acero llamado Williams. Mientras se aproximaba al lecho, con el corazón sobresaltado, Andrés sintió abrumadoramente el significado de esto, el verdadero punto de partida de su vida. Cuán a menudo lo había imaginado mientras, en un grupo de estudiantes, observaba alguna demostración en las salas del profesor Lamplough. Ahora no había ningún grupo que lo apoyara, ni se trataba de hacer una sencilla exposición.

Estaba solo, frente a un caso que debía diagnosticar y tratar sin ayuda de nadie. De pronto, con una súbita angustia, tuvo conciencia de su nerviosidad, de su inexperiencia y de su completa falta de preparación para semejante tarea.

Mientras el marido permanecía de pie en la habitación atestada de objetos, mal alumbrada y con piso de piedra, él examinó a la paciente con cuidado escrupuloso. Estaba enferma, no cabía duda. Se quejaba de que le dolía insoportablemente la cabeza. Temperatura, pulso, lengua, todo hablaba de un trastorno, de un trastorno serio. ¿En qué consistía? Andrés se hizo esta pregunta con forzada intensidad mientras la miraba una vez más Su primer caso. ¡Ah!, él se sabía sobreexcitado. Pero

¿si cometía un error, un espantoso disparate? y algo peor, ¿si se hallaba incapaz de hacer un diagnóstico? No había descuidado nada. Nada. Sin embargo, todavía se sentía luchando por llegar a una solución del problema, por agrupar síntomas bajo la denominación de alguna enfermedad conocida: Al fin, viendo que no podía prolongar más su examen, se irguió lentamente, plegando el estetoscopio, mientras buscaba sus palabras.

—¿Tuvo usted un resfriado? —preguntó con la mirada hacia el suelo.

—Sí —respondió ansiosamente Williams, quien había parecido asustado durante el prolongado examen—. Hace tres, hace cuatro días. Estoy seguro de que fue un resfrío, doctor.

Andrés asintió, procurando penosamente comunicar una confianza que él no sentía.

—Pronto lo veremos bien. Venga al consultorio dentro de media hora. Le daré un frasco de medicina.

Se despidió de ellos y con la cabeza baja, desesperadamente, regresó hasta el consultorio, ruinoso construcción de madera a la entrada de la cochera de la casa de Page. Ya dentro, encendió el gas y comenzó a pasearse de un lado para otro, junto a los frascos verdes y azules de los polvorientos estantes, devanándose los sesos, tanteando en las tinieblas. No había nada sintomático. Sí, debía ser un resfrío. Mas para sus adentros sabía que no era un resfrío. Exasperado, desalentado, quejándose de su propia incapacidad. Sin quererlo, se vio obligado a transar. El profesor Lamplough, en su sala, cuando se hallaba ante algo desconocido u oscuro, apelaba a una formulita exacta, que aplicaba con sumo acierto: P. Q. D. —pirexia de origen desconocido—. Era algo ambiguo y preciso, y de tan admirable apariencia científica!

De un rincón, debajo del mostrador del dispensario, Andrés tomó un frasco de seis onzas y luego de mirarlo con adusto ceño comenzó a preparar un compuesto antipirético. Acido clorhídrico, salicilato de sodio... ¿dónde diablos estaba el salicilato de sodio? Oh!, allí estaba. Trató de consolarse, pensando que todas eran drogas magníficas, excelentes, que seguramente harían descender la temperatura y causarían una mejoría. El profesor Lamplough decía a menudo que no hay droga de aplicación tan general como el salicilato de sodio.

Acababa de terminar el medicamento, y con una suave sensación de triunfo estaba escribiendo el rótulo, cuando sonó la campanilla del consultorio, se abrió la puerta exterior y se introdujo un hombre pequeño, grueso, vigoroso y caricolorado, de unos treinta años, seguido de un perro. Hubo un silencio mientras el perro, mestizo, se sentaba sobre las patas traseras embarradas, y el hombre, que llevaba un viejo traje de lana, medias de punto, botas claveteadas y una capa impermeable empapada sobre los hombros, miró a Andrés de arriba abajo. Cuando habló, su voz fue cortésmente irónica y desagradablemente cuidada.

—Vi luz en su ventana mientras pasaba. Creí conveniente entrar para darle la bienvenida. Soy Denny, ayudante del estimado doctor Nicholls, L.S.F. En caso de que usted no conozca estas iniciales, corresponden a Licenciado de la Sociedad de Farmacéuticos, la más elevada distinción conocida de Dios y de los hombres.

Andrés le clavó la vista, retrocediendo extrañado. Felipe Denny encendió un cigarrillo que sacó de un paquete arrugado, arrojó el fósforo al suelo y avanzó insolentemente. Tomó el frasco de remedio, leyó la dirección, las instrucciones, lo destapó, lo olió, lo volvió a tapar y lo dejó, mientras su roja cara malhumorada tornábase suavemente amable.

—¡Espléndido! Ya ha empezado usted a trabajar bien. Una cucharada cada tres horas. Dios todopoderoso! Es tranquilizador para hacer frente a los viejos y bien amados espantajos. Pero doctor, ¿por qué no tres veces al día? ¿No se da usted cuenta de que en estricta ortodoxia el contenido de las cucharadas debería descender por el esófago tres veces al día? —Se detuvo, haciéndose más amablemente hiriente con su afectado aire de seguridad—. Dígame, doctor, ¿qué contiene? Acido clorhídrico, por el olor. Maravilloso producto el ácido clorhídrico! Maravilloso, maravilloso, mi querido doctor! Carminativo, estimulante diurético y se lo puede beber a discreción. ¿No recuerda usted lo que dice el librito rojo? En la duda recétese ácido clorhídrico o solución yodurada. ¡Vaya, vaya! Parecía haberme olvidado de algunos conocimientos elementales.

Reinó otra vez el silencio en el galpón de madera, sólo interrumpido por el tamborileo de la lluvia en el techo de zinc. Denny rió de repente, como burlándose de la angustiada expresión del rostro de Andrés. Dijo burlonamente:

—Dejando de lado la ciencia, doctor, usted podría satisfacer mi curiosidad. ¿Por qué ha venido aquí?

Esta vez Andrés estuvo a punto de perder la paciencia. Contestó ásperamente:

—Pensaba hacer de Drineffy un lugar de curación, una especie de estación termal.

Denny rió de nuevo. Su risa era un insulto y Andrés sintió la tentación de pegarle.

—Ingenioso, ingenioso, mi querido doctor. El auténtico y aplastante humor escocés. Desgraciadamente no puedo recomendar el agua de aquí como idealmente apropiada para una estación termal. En cuanto a los señores médicos..., mi querido doctor, en este valle son la canalla de una profesión verdaderamente noble y gloriosa.

—¿Usted inclusive?

—Precisamente! —asintió Denny. Calló un momento, contemplando a Andrés por debajo de sus cejas rojizas. En seguida abandonó su ironía burlona, sus feas facciones adquirieron de nuevo un aspecto de acrimonia. Su tono, bien que amargo, era serio:

—Mire, Manson. Comprendo que usted se halla precisamente en camino a Harley

Street, pero, entretanto, hay una o dos cosas referentes a este lugar que debe conocer. Usted no lo encontrara conforme a las mejores tradiciones del ejercicio ideal de la profesión. No hay hospital, ni ambulancia, ni rayos X; no hay nada. Si quiere operar, tiene que emplear la mesa de la cocina y lavarse después en el lavaplatos. No hay que pensar en la asepsia. En los veranos secos los chiquillos mueren como moscas del cólera infantil. Su patrón, Page, era un buen viejo, pero ya está acabado, consumido por el exceso de trabajo y no volverá a moverse. Nicholls, mi jefe, es un mísero avaro que ejerce la obstetricia. Branwell, la maravilla en enfermedades pulmonares no sabe más que unas cuantas recitaciones sentimentales y el Cantar de los Cantares. En cuanto a mí, es mejor que le anticipe la buena nueva: bebo como un pez. ¡Ah!, y Jenkins, su humilde droguista, hace por su cuenta un lucrativo comercio con pildoritas para desarreglos femeninos. Creo que esto es todo. Ven, Hawkins, nos vamos. —Llamó al mestizo y avanzó pesadamente hacia la puerta. Allí se detuvo, mientras sus ojos iban del frasco que estaba en el mostrador a Manson. Su tono era indiferente, desinteresado.

—De paso, en su lugar, temería un caso de tifus en la calle Glydar. Algunos de estos casos no son exactamente típicos.

Sonó otra vez la campanilla de la puerta. Antes de que Andrés pudiera contestar, el doctor Felipe Denny y Hawkins desaparecieron en la oscura lluvia.

## Capítulo III

No fue su colchón apelonado de lana el que hizo dormir mal a Andrés aquella noche, sino la creciente ansiedad que le ocasionaba el caso de la calle Olydar. ¿Era tifus? La observación de despedida de Denny había desencadenado una nueva serie de dudas y recelos en su mente ya incierta. Temiendo haber descuidado algún síntoma capital, con dificultad reprimió la tentación de levantarse y volver a examinar el caso en una inusitada hora de la madrugada. Efectivamente, mientras se volvía y revolvió a lo largo de aquella inquieta noche, vino a preguntarse a sí mismo si sabía siquiera algo de medicina.

El temperamento de Manson era extraordinariamente impresionable. Probablemente lo había heredado de su madre, una montañesa que en la infancia había presenciado las auroras boreales desde su hogar de Ullapool. Su padre, John Manson, pequeño agricultor de Fifeshire, había sido fuerte, industrioso y constante. Nunca había tenido éxito en el campo, y al caer muerto en el servicio de la caballería el último año de la guerra, había dejado los asuntos de la pequeña propiedad en una triste confusión. Durante todo un año Jessie Manson había tratado de administrar la finca como una lechería, aun manejando el carromato para el reparto, cuando comprendía que Andrés estaba demasiado ocupado en sus libros para hacerlo él. Luego la tos, que sin sospechar nada había soportado durante años, se convirtió en algo serio y de repente sucumbió de la enfermedad pulmonar que hace estragos en ese tipo de gentes de pelo oscuro y piel suave.

A los dieciocho años, Andrés se halló solo, en su primer año de estudios en St. Andrews University, disfrutando de una beca de cuarenta libras: anuales, pero por lo demás sin un penique. Su salvación había sido la dotación Olen, esa fundación típicamente escocesa que, en la ingenua terminología del difunto Sir Andrés Olen, «invita a los estudiantes meritorios y necesitados que posean el nombre de bautismo de Andrés, a solicitar préstamos no superiores a cincuenta libras anuales, durante cinco años, con tal de que se hallen dispuestos en conciencia a reintegrar tales sumas cuando obtengan su título».

La Dotación Glen había enviado a Andrés por el resto de su curso a St. Andrews y luego a la Medical School de la ciudad de Dundee y la gratitud a la Dotación, junto con una honradez nada productiva, lo habían encaminado apresuradamente a Gales del Sur —donde los ayudantes recientemente recibidos podían disponer de la más alta remuneración—, por un sueldo de doscientos cincuenta libras anuales, cuando en el fondo de su alma hubiera preferido un cargo clínico en el Edinburgh Royal, con un honorario de la décima parte de aquella suma.

Y ahora estaba en Drineffy levantándose, afeitándose, vistiéndose, todo en medio del angustioso ofuscamiento ocasionado por su primer paciente. Desayunóse



rápidamente, y corrió de nuevo a su habitación. Abrió su maleta y sacó un pequeño estuche de cuera azul. Lo abrió y miró seriamente la medalla que contenía, la Hunter Gold Medal, concedida anualmente en San Andrés al mejor estudiante de clínica médica. El, Andrés Manson, la había ganado. La estimaba por sobre todas las cosas, había llegado a considerarla su talismán, su inspiración para el futuro. Pero esta mañana la miraba menos con orgullo que con una extraña y secreta súplica, como tratando de restaurar su confianza en sí mismo. Después salió rápidamente a su labor matinal del consultorio.

Cuando llegó Andrés, ya estaba Jenkins en la casita de madera dejando correr el agua de la canilla hacia una gran vasija de barro. Era un hombrecito diminuto y vivaracho, de mejillas con venas púrpuras hundidas, y unos ojos que miraban a todas partes a la vez. En sus delgadas piernas llevaba los pantalones más ajustados que Andrés jamás había visto.

Saludó a Manson procurando captarse su buena voluntad.

—No tiene que venir tan temprano, doctor. Yo puedo repetir sus preparaciones y hacer los certificados antes de que usted llegue. La señorita Page tenía un sello de goma con la firma del doctor cuando él se enfermó.

—Gracias —respondió Andrés—. Preferiría ver yo mismo a los enfermos. —Se detuvo, distraído momentáneamente de su ansiedad por el procedimiento del boticario—. ¿Qué hace?

Jenkins pestañeó.

—Sabe mejor sacada de aquí. Nosotros sabemos, doctor, lo que significa el agua natural. Pero los enfermos no. Parecería yo un verdadero tonto, si así no lo hiciese, llenando sus frascos en la canilla a la vista de ellos.

Sencillamente el pequeño boticario quería ser comunicativo, pero en este instante una voz poderosa salió desde la puerta trasera de la casa, a cuarenta yardas de distancia.

—Jenkins, Jenkins! Te necesito..., al momento.

Jenkins saltó. Evidentemente, su estado nervioso era lamentable. Murmuró:

—Excúseme, doctor, la señorita Page me está llamando. Debo..., debo ir corriendo.

Afortunadamente había poca gente en la consulta matinal, que terminó a las diez y media, y Andrés, habiendo recibido de Jenkins una lista de llamados, partió al momento con Tomás en el cochecito. Con expectación casi dolorosa le dijo al viejo que guiara directamente al número 7 de la calle Glydar.

Veinte minutos después salía del número 7, pálido, con sus labios fuertemente apretados y una extraña expresión en el rostro. Anduvo dos puertas más abajo, hasta el número 11, cruzó la calle hacia el número 13. De éste dobló la esquina hacia la calle Radnor, en la que Jenkins había anotado otras dos visitas como ya atendidas el

día anterior. Además, en el espacio de una hora efectuó siete visitas en las intermediaciones. Cinco de ellas, incluyendo la del número 7 de la calle Glydar, que presentaba ahora una erupción típica, eran casos evidentes de tifus. Durante los diez últimos días Jenkins había estado tratándolos con creta y opio. Ahora, a pesar de las dudas torpes de la noche anterior, Andrés se daba cuenta con un estremecimiento de temor, de que tenía en sus manos una epidemia de fiebre tifoidea.

Realizó el resto de las visitas tan rápidamente como pudo, en un estado de ánimo rayano en el pánico. En el almuerzo, durante el cual la señorita Page dio cuenta de un plato de pescado, hervido que, según explicó malhumorada, «hice preparar para el doctor Page, mas él parece no apreciarlo», Andrés meditaba el problema en un helado silencio. Vio que no obtendría gran información ni ayuda alguna de la señorita Page y decidió hablarle al doctor en persona.

Pero cuando subió a la habitación de éste, las cortinas estaban corridas y Eduardo yacía postrado con gran dolor de cabeza, con la frente intensamente encendida y arrugada por el sufrimiento. Aunque invitó a su visitante a que se sentara con él un momento, Andrés sintió que sería una crueldad comunicarle en tal situación sus preocupaciones. Cuando se levantaba para irse, después de permanecer sentado junto al lecho algunos minutos, tuvo que limitarse a preguntar:

—Doctor Page, ¿qué es lo mejor que puede hacerse si nos toca un caso de enfermedad infecciosa?

Hubo una pausa. Page replicó con los ojos cerrados, inmóvil, como si el mero acto de hablar fuera suficiente para agravar su malestar:

—Siempre ha sido difícil. No tenemos hospital, menos aun una sala aislada. Si le toca algo muy difícil, acuda a Griffiths, en Toniglan. Está a quince millas más abajo, en el valle. Es el funcionario médico del distrito. —Otra pausa, más larga que la anterior—. Pero temo que no sea de mucho provecho.

Fortalecido por esta información, Andrés bajó al hall y llamó por teléfono a Toniglan. Mientras esperaba con el receptor en el oído, divisó a Anita, la sirvienta, que lo observaba por la puerta de la cocina.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿La casa del doctor Griffiths, en Toniglan? —Por fin había logrado comunicación.

Una voz masculina respondió con gran precaución:

—¿Quién pregunta por él?

—Manson, de Drineffy, el ayudante del doctor Page. —El tono de Andrés era muy firme—. He tenido hasta ahora cinco casos de fiebre tifoidea. Necesito que el doctor Griffiths venga inmediatamente.

Hubo una larga pausa; en seguida se oyó la respuesta con una entonación melosa, muy galesa y obsequiosa:

—Lo siento mucho, doctor; lo siento realmente, pero el doctor Griffiths ha ido a

Swansea. Tiene un importante asunto oficial.

—¿Cuándo estará de vuelta? —gritó Manson. La línea estaba mala.

—Realmente, doctor, no podría decirlo con certeza.

—Pero, oiga...

Hubo un «clac» en el lejano término. Muy suavemente el otro había cortado. Manson estalló en algunos juramentos en voz alta, con nerviosa violencia.

—Maldito! Creo que era Griffiths en persona.

Volvió a llamar al mismo número, pero no obtuvo comunicación. Sin embargo, insistiendo porfiadamente, estaba por llamar de nuevo cuando, volviéndose, encontró que Anita había avanzado hasta el hall, con las manos cruzadas sobre el delantal, mientras sus ojos lo miraban reposadamente. Era una mujer tal vez de unos cuarenta y cinco años, muy limpia y arreglada, con una grave y constante placidez de expresión.

—No pude menos de escuchar, doctor —dijo—. Usted no encontrará nunca al doctor Griffiths en Toniglan a esta hora. Va al golf, a Swansea, casi todas las tardes.

Andrés respondió con rabia:

—Pero creo que hablaba con él mismo.

—Quizá. —Ella sonrió débilmente—. Cuando no va a Swansea, he oído decir que declara que ha ido. —Lo miró con tranquila simpatía antes de marcharse—. En su lugar, no perdería mi tiempo con él.

Andrés volvió a colgar el receptor con un sentimiento de creciente indignación y angustia. Salió maldiciendo y visitó a sus enfermos una vez más. Cuando regresó era la hora de la consulta de la tarde. Durante hora y media se sentó en el cuchitril de trastienda que era el consultorio, atestado de gente, trabajando duramente hasta que las paredes se humedecieron y el ambiente se saturó con el vapor de los cuerpos húmedos. Mineros con golpes en la rodilla, dedos cortados, nistagmus<sup>[1]</sup>, artritis crónica. También sus esposas y sus niños, con tos, resfrías, torceduras, todos los achaques menores de la humanidad. Lo natural era que él se hubiera complacido en ello, que hubiera aceptado, contento el examen tranquilo de estas gentes de piel oscura y cetrina, con quienes sentía que se ensayaba. Pero ahora, obsesionado con lo más grave, su cabeza vacilaba frente a estos males insignificantes. Sin embargo, durante todo el tiempo estaba afirmándose en su decisión, pensando, mientras anotaba prescripciones, auscultaba pechos y daba consejos:

«Fue él quien me señaló la pista. Lo aborrezco. Sí, lo odio como al infierno, es el mismo demonio. Pero no puedo evitarlo. Tendré que recurrir a él».

A las nueve y media, cuando el último paciente hubo dejado el consultorio, salió de aquel cuchitril con una resolución reflejada en sus ojos.

—Jenkins: ¿dónde vive el doctor Denny?

El pequeño boticario, cerrando apresuradamente la puerta exterior, de miedo de

que entrara otro rezagado, se volvió con una expresión de horror casi cómica en su rostro.

—Supongo que usted no irá a meterse para nada con ese mozo, doctor. La señorita Page..., no lo puede ver.

Andrés preguntó secamente:

—¿Por qué no le gusta a la señorita Page?

—Por la misma razón que a nadie. Se ha portado muy descortésmente con ella. —Jenkins se detuvo; luego, leyendo en la mirada de Manson, añadió como contra su voluntad—: ¡Oh!, bien, si usted desea saberlo, es con la señora Seagel con quien vive, número 49 de la calle Chapel.

A la calle otra vez. Había estado moviéndose todo el largo día, y sin embargo, cualquier cansancio qué hubiera podido experimentar se perdía en un sentimiento de responsabilidad; el peso de esas enfermedades presionaba insistentemente sobre sus hombros. Su principal sensación fue de alivio cuando, al llegar a la calle Chapel, encontró que Denny estaba en casa. La patrona lo hizo entrar.

Si Danny se sorprendió de verlo, lo ocultó. Sólo preguntó después de una larga e irritante mirada:

—¡Bien! ¿Aun no ha matado a nadie?

Todavía de pie en la puerta del salón tibio y desordenado, Andrés enrojeció. Pero, haciendo un gran esfuerzo, reprimió sus nervios y su orgullo. Dijo bruscamente:

—Usted tenía razón. Era tifus. Debería ser fusilado por no haberlo reconocido. He tenido cinco casos. No me da precisamente mucho gusto venir aquí. Pero yo todavía no estoy al tanto de las cosas. Llamé al médico fiscal y no pude sacarle una palabra. He venido a pedirle su parecer.

Denny, medio encogido en la silla junto al fuego, escuchaba pipa en boca, e hizo al fin un gesto de desagrado.

—Será mejor que entre. —Con súbita irritación—: ¡Oh, y por Dios, siéntese! No esté de pie como un párroco presbiteriano en trance de lanzar excomuniones. ¿Bebe algo? ¡No! Pensé que no lo haría.

Aunque Andrés aceptó con desgano la invitación sentándose, y aun a la defensiva, encendiendo un cigarrillo, Denny no pareció apresurarse. Se sentó aguijoneando al perro Hawkins con la punta de su rota zapatilla. Pero al fin, cuando Manson hubo terminado su cigarrillo, dijo con un movimiento de cabeza:

—Échele una ojeada a eso, si le parece.

Sobre la mesa señalada había un microscopio, un hermoso. Zeiss, y algunos portaobjetos. Andrés enfocó uno por inmersión, luego lo hizo girar e inmediatamente percibió los innumerables núcleos de bacterias en forma de bastoncitos.

—Está hecho muy toscamente, por supuesto —dijo Denny rápida y cínicamente, como anticipándose a la crítica—. Prácticamente es una chapucería. ¡Yo no soy un

comerciante de laboratorio, gracias a Dios! Soy un cirujano, si es que soy algo. Bajo nuestro odioso sistema no somos más que sabelotodo. No cabe equivocación, ni siquiera a simple vista. Los herví en agar en mi horno.

—¿También le han tocado casos a usted? —preguntó. Andrés con el mayor interés.

—Cuatro. Todos en el mismo sector que los suyos. —Se detuvo—. Y estos bichos vienen del pozo de la calle Glydar.

Andrés lo miró vivamente, ardiendo en deseos de hacerle una docena de preguntas, comprendiendo algo de lo concienzudo del trabajo del otro y, sobre todo, muy contento de que se le hubiera señalado el foco de la epidemia.

—Usted lo ve —prosiguió Denny, con esa misma ironía fría y amarga—. El paratifo es más o menos endémico aquí. Pero pronto, muy pronto, lo veremos recrudecer. Es la alcantarilla principal la culpable. Destila como diablo y se cuele a la mitad de los pozos bajos de la parte honda del pueblo. Se lo he repetido a Griffiths hasta el cansancio. Es un cerdo devoto, perezoso, esquivo e incapaz. Cuando lo llamé la última vez lo amenacé con aplastarle el cráneo en la primera ocasión que lo encontrara. Tal vez por eso se le negó esta tarde.

—Es una vergüenza —exclamó Andrés, dejándose llevar por un súbito ímpetu de indignación.

Denny se encogió de hombros.

—No quiere pedir nada al Consejo, temeroso de que el nuevo gasto se lo descuenten de su mísero sueldo.

Hubo un silencio. Andrés tenía grandes deseos de que la conversación continuara. A pesar de su hostilidad contra Denny, encontraba un extraño estímulo en el pesimismo del otro, en su escepticismo, en su cinismo frío y calculado. Ahora, sin embargo, no tenía pretexto alguno para prolongar su visita. Se levantó de su silla junto a la mesa y avanzó hacia la puerta, ocultando sus sentimientos, procurando expresar una gratitud formal, dar alguna señal de su alivio.

—Le estoy muy agradecido por su información. Me ha hecho conocer mi situación. Me inquietaba la causa, la creía relacionada con algún agente portador, pero ya que usted la ha localizado en el pozo, la cosa es mucho más sencilla. De aquí en adelante, cada gota de agua será hervida en la calle Glydar.

Denny también se levantó. Refunfuñó:

—Es Griffiths el que debe ser hervido. —Luego, recuperando su humor satírico—. Ahora, nada de agradecimientos patéticos, por favor, doctor. Probablemente tendremos que soportarnos recíprocamente algo más, antes de que esto concluya. Venga a verme cada vez que pueda tolerarlo. No tenemos mucha vida social en esta vecindad. —Miró al perro y terminó rudamente—: Hasta un doctor escocés será bien acogido. ¿No es así, sir John?

Sir John Hawkins azotó el felpudo con la cola, mientras le sacaba burlescamente la rosada lengua a Manson.

Sin embargo, de camino a casa por la calle Glydar, donde dejó instrucciones estrictas referentes al empleo del agua, Andrés se dio cuenta de que no detestaba a Denny tanto como lo había creído.

## Capítulo IV

Andrés se entregó a la campaña de1 tífus con todo el fuego de su temperamento impetuoso y ardiente. Amaba su trabajo y se consideraba afortunado de haber logrado tan temprano; en su carrera, oportunidad semejante. En estas primeras semanas trabajó alegremente. Tenía en sus manos todos los casos corrientes, y una vez que los había atendido, volvía triunfante a sus enfermos de tífus.

Tal vez, tuvo suerte en éste su primer combate. A medir que se aproximaba el fin del mes, todos sus enfermos de tífus se iban mejorando y parecía que él había localizado la epidemia. Cuando pensaba en sus precauciones, tan rígidamente aplicadas —el hervir el agua, la desinfección y el aislamiento, las sábanas impregnadas de fenol en todas las puertas, las libras de cloruro de cal que había hecho comprar a cuenta del doctor Page y que él mismo había echado a los desagües de la calle Glydar—, exclamaba entusiasmado: «Está dando resultado. No lo merezco Pero Por Dios! Yo lo estoy haciendo!». Hallaba un placer secreto y maligno en el hecho de que sus enfermos estaban mejorando antes que los de Denny.

Este todavía lo desconcertaba, lo exasperaba. Naturalmente se veían a menudo, debido a la proximidad de sus enfermos. Agradaba a Denny desplegar toda la fuerza de su ironía en la obra que estaban realizando. Se refería a Manson y a sí mismo como si estuvieran «batallando inflexiblemente con la epidemia», y paladeaba la frase clisé con una fruición vengativa. Pero con toda su sátira, con sus mofas de «no lo olvide, doctor, estamos defendiendo el honor de una profesión verdaderamente gloriosa», visitaba asiduamente a sus enfermos, se sentaba en sus camas, colocaba sus manos sobre ellos, pasaba horas en sus habitaciones.

A veces Andrés llegaba casi a quererlo por un instante de tímida y orgullosa sencillez, pero luego todo se malograba por una palabra áspera y burlona. El ofendido y desilusionado Andrés acudió un día a la Guía Médica en busca de informes. Era un ejemplar de hacía cinco años existente en los estantes del doctor Page, pero que contenía unos datos sorprendentes. Presentaba a Felipe Denny como un distinguido estudiante de Cambridge y Guy, un M.S. de Inglaterra<sup>[2]</sup>, que por esa época practicaba en un cargo honorario en la ciudad ducal de Leeborough.

El 10 de noviembre recibió un llamado telefónico inesperado de Denny.

—Manson, me gustaría verlo. ¿Puede venir aquí a las tres? Es importante.

—Muy bien, estaré allá.

Andrés se fue a almorzar pensativo. Mientras comía el pastel que constituía su porción, sentía los ojos de Blodwen page fijos en él con una mirada escrutadora.

—¿Quién llamó por teléfono? ¿Era Denny, eh? Usted no debe meterse con ese mozo. No sirve para nada.

El la miró fríamente.

—Al contrario, me ha sido muy útil.

—Haga lo que quiera, doctor! —La señorita Page parecía fuera de sí por la respuesta—. Es un extravagante. La mayoría de las veces no da remedio alguno. Mire, cuando Megan Rhys Morgan, que toda su vida ha necesitado remedios, fue a verlo, le dijo que subiera dos millas cerro arriba cada día y que dejara de tomar porquerías. Fueron éstas sus propias palabras. Ella nos vino a ver en seguida, se lo puedo decir, y desde entonces Jenkins le ha administrado frascos y frascos de magníficos remedios. Ah, es un demonio insolente! Según se dice, ha conseguido casarse en alguna parte. Viven separados. Mire! Casi siempre está ebrio. Déjelo solo, doctor y recuerde que está trabajando para el doctor Page.

Mientras ella le lanzaba a la cabeza la consabida orden, Andrés sintió que lo abrasaba una oleada de cólera. Hacía lo más que podía para agradarla y, sin embargo, parecía que sus exigencias no tenían límite. Su actitud que oscilaba entre la dureza y la jovialidad, parecía siempre calculada para aprovecharse de él hasta el máximo. Andrés experimentó una súbita e irracional indignación. El pago de su primer mes ya se hallaba atrasado en tres días, tal vez por inadvertencia de ella, pero eso lo había preocupado y molestado considerablemente. Al verla allí, audaz y segura de sí misma, convertida en juez de Denny, se le agotó la paciencia, Y dijo con súbita vehemencia:

—Es probable que recordara que trabajo para el doctor Page si tuviera mi sueldo del mes, señorita.

Ella enrojeció tan indignada que él tuvo la certeza de que había olvidado por completo el asunto. Luego irguió la cabeza:

—Lo tendrá! ¡Qué ocurrencia!

Durante el resto de la comida se mantuvo altanera, sin mirarlo, como si él la hubiera insultado. Y en realidad Andrés sentía un fastidio semejante contra sí mismo. Había hablado sin pensarlo, sin el propósito de herirla. Comprendía que su impetuoso temperamento lo había colocado en una falsa posición.

Al terminar la comida no pudo menos de reflexionar en sus relaciones con la hermana del doctor Page. La verdad era que en cuanto llegó a Bryngower había sentido que no simpatizaban. Quizá la culpa fuese suya —la comprensión de esto le puso más malhumorado y triste que nunca— pues sabía que su carácter era inflexible y difícil.

Sin duda Blodwen Page era una mujer estimable, una buena y ahorrativa ama de casa, que no desperdiciaba un minuto de tiempo. Tenía muchos amigos en Drineffy y todos hablaban bien de ella. Y, en fin de cuentas, la generosa devoción a su hermano, la instintiva lealtad respecto de sus intereses hacían de ella un verdadero modelo.

No obstante, para Andrés ella siempre era una solterona estéril, enjuta y seca, cuya sonrisa jamás podría convencerle completamente de que tuviese una cordialidad



real. Si fuera casada, si estuviera rodeada por una bandada de chiquillos retozones, le habría resultado más agradable.

Luego de la comida se levantó y, momentos más tarde, lo llamaba a la salita. Su tono era de dignidad, incluso austero.

—Aquí tiene usted su dinero, doctor. He comprobado que mis ayudantes prefieren el pago en efectivo. Siéntese, lo contaré delante suyo.

Se sentó en el sillón de felpa verde y, junto a su cartera, colocó en la falda una cierta cantidad de billetes. Tomando los billetes, comenzó a ponerlos en manos de Manson, contándolos meticulosamente. Uno, dos, tres, cuatro... Luego de contar veinte abrió la cartera y, con idéntica exactitud, contó dieciséis chelines y ocho peniques. Luego subrayó:

—Creo que es lo exacto, doctor, lo correspondiente. Habíamos establecido una remuneración anual de cincuenta libras.

—Absolutamente exacto —contestó embarazosamente.

Ella lo miró con indiferencia.

—De modo que ahora sabe usted que no me propongo engañarlo, doctor.

Andrés salió de la habitación ardiendo de indignación. El reproche lo hería tanto más cuanto que lo sabía justificado.

Cuando llegó al correo, compró un sobre certificado y expidió las veinte libras a la Dotación Glen, conservando para sí las monedas; advirtió que el doctor Bramwell se aproximaba y su expresión se encendió más aún.

Bramwell se acercó lentamente, con sus grandes pies, aplanando majestuosamente el pavimento, erguida su desaliñada figura, con los blancos y descuidados cabellos flotándole sobre el cuello manchado, los ojos fijos sobre el libro que mantenía a prudente distancia. Cuando alcanzó a Andrés, al que había divisado a media calle de distancia, afectó un reconocimiento teatral.

—Ah, Manson, hijo mío! Estaba tan abstraído que casi no lo veo.

Andrés sonrió. Ya estaba en relaciones amistosas con el doctor Bramwell, quien, a la inversa del doctor Nicholls, el otro doctor de la lista, le había dispensado una cordial acogida a su llegada. La clientela de Bramwell no era extensa y no le permitía el lujo de un ayudante; mas tenía buenas costumbres y algunas actitudes dignas de un gran médico.

Cerró su libro, señalando prolijamente el sitio con un sucio dedo índice, y luego se metió pintorescamente su mano libre en el pecho, dentro de su descolorida chaqueta. Era tan artificioso que apenas parecía real. Pero ahí estaba, en la calle principal de Drineffy. No era extraño que Denny lo hubiera llamado el rey de las enfermedades pulmonares.

—¿Y qué le parece nuestra pequeña sociedad, querido amigo? Como se lo dije cuando nos visitó a mi mujer y a mí en El Retiro, no es tan mala como parecería a

primera vista. Tenemos nuestro talento, nuestra cultura. Mi querida mujer y yo hacemos lo posible por fomentarla. Mantenemos la antorcha, Manson, aun en el desierto. Usted nos debe visitar una noche. ¿Canta usted?

Andrés sintió un miedo terrible de tener que reírse. Bramwell proseguía con unción:

—Por supuesto que todos hemos oído hablar de su obra en los casos de tifus. Drineffy está orgulloso de usted, amiguito. Sólo hubiera deseado que la — oportunidad se me hubiera presentado a mí. Si hay alguna emergencia en que yo pueda ser útil, llámeme.

Un sentimiento de remordimiento (¿quién era él para divertirse con un hombre de más edad?), impulsó a Andrés a responder:

—Magnífico, doctor Bramwell! Tengo una mediastinitis secundaria realmente interesante en uno de mis casos, muy rara. Usted podría verla conmigo si dispone de tiempo.

—¿Sí? —preguntó Bramwell con un ligero enfriamiento en su entusiasmo—. No deseo molestarlo.

—Está precisamente a la vuelta de la esquina —dijo Andrés apresuradamente—. Y dispongo de media hora antes de encontrarme con el doctor Denny. Estaremos allá en un segundo.

Bramwell dudaba, reflexionó un minuto como si pudiera rehusar y luego hizo un gesto resignado de asentimiento. Bajaron hasta la calle Glydar y entraron a ver al enfermo.

Como lo había anunciado Manson, el caso era de extraordinario interés, pues envolvía un raro ejemplo de persistencia de la glándula timo. Estaba realmente orgulloso de haberlo diagnosticado y experimentaba un cálido sentimiento de ardor comunicativo mientras invitaba a Bramwell a compartir la emoción de su descubrimiento.

Pero a pesar de sus protestas el doctor Bramwell no parecía atraído por la oportunidad. Siguió a Andrés a la habitación lentamente, respirando por la nariz, y de una manera medio afeminada se aproximó al lecho. Aquí se detuvo y en un plano seguro realizó una precipitada investigación. No estaba dispuesto a quedarse. Sólo cuando abandonaron la casa y él hubo inhalado una larga bocanada de aire fresco, recuperó su elocuencia normal. Miró vivamente a Andrés.

—Me alegro de haber visto con usted su caso, hijo mío, en primer lugar porque entiendo que forma parte de la vocación del médico el no retroceder jamás ante el peligro de la infección, y en segundo lugar, porque me regocija la posibilidad del progreso científico. Créalo o no, es éste el mejor caso que he visto jamás de inflamación del páncreas!

Le dio un apretón de manos y se fue rápidamente, dejando a Andrés enteramente

estupefacto. «El páncreas!», pensaba Andrés, confundido. No era un mero desliz verbal el que había hecho cometer a Bramwell ese craso error. Toda su conducta en el caso revelaba su ignorancia. Sencillamente no sabía. Andrés se pasó la mano por la frente. Pensar que un calificado clínico, en cuyas manos estaban las vidas de cientos de seres humanos, no conocía la diferencia entre el páncreas y el timo, cuando uno se halla en el vientre y el otro en el pecho! ¡Vaya, no era poco motivo para desplomarse!

Caminó lentamente calle arriba hacia la casa de Denny, dándose cuenta una vez más de cómo toda su ordenada concepción del ejercicio de la medicina vacilaba en torno suyo. El se sabía inexperto, inadecuadamente preparado, muy capaz de cometer errores por su inexperiencia. Pero Bramwell tenía experiencia y por esto mismo su ignorancia era inexcusable. Inconscientemente los pensamientos de Andrés volvieron a Denny, que nunca cejaba en sus burlas contra esa profesión a la que ellos pertenecían. Al principio Dimny lo había exasperado enormemente con su enfadosa afirmación de que en toda Gran Bretaña había miles de médicos incapaces que no se destacaban sino por su absoluta estupidez y cierta aptitud adquirida de engañar a sus pacientes. Ahora comenzaba a preguntarse seriamente si no había algo de verdad en lo que decía Denny. Resolvió reabrir la cuestión esa misma tarde.

Pero cuando entró al cuarto de Denny, vio al momento que la ocasión no era indicada para la discusión académica. Felipe lo recibió con un malhumorado silencio, mirada sombría y frente ceñuda. Al cabo de un momento manifestó:

—El pequeño Jones murió esta mañana a las siete. Perforación. —Hablabla tranquilamente, con una furia fría y sosegada—. Y ahora tengo dos nuevos casos de tifus en Ystrad Row.

Andrés bajó los ojos, como acongojado, pero sin saber casi qué decir.

—No finja —continuó Denny amargamente—. A usted le es grato ver que mis enfermos van mal, y los suyos mejoran. Pero no será tan hermoso cuando esa maldita alcantarilla le infecte su camino.

—¡No, no! Lo siento sinceramente —dijo Andrés con vehemencia—. Tendremos que hacer algo al respecto. Debemos escribir al ministro de Salubridad.

—Ya podríamos escribir una docena de cartas —respondió Felipe conteniendo su impaciencia—, y todo lo que obtendríamos sería que nos enviaran un funcionario parásito dentro de seis meses. No! Lo he pensado bien. Sólo hay una manera de hacer que le construyan una nueva alcantarilla.

—¿Cuál?

—Hacer volar la vieja! .

Durante un segundo Andrés dudó de si Denny había perdido el juicio. Después comprendió algo de la dura intención del otro. Lo miró consternado. Hiciera lo que hiciera para reconstruir sus ideas vacilantes, Denny parecía condenado a demolerlas. Murmuró:

—Habrá un gran revuelo... si se descubre.

Denny alzó la mirada arrogantemente.

—Usted no está obligado a acompañarme, si no desea.

—Oh!, estoy con usted —respondió pausadamente Andrés—. Pero sólo Dios sabe porqué.

Toda esa tarde Andrés se sintió de mal humor durante su trabajo, deplorando la promesa que hiciera. Ese Denny era un loco que, tarde o temprano, lo envolvería en algún asunto grave. Lo que ahora proponía era algo terrible, una infracción legal que, de ser descubierta, los llevaría ante un tribunal, y aun pudiera ser causa de que los borrarán del registro médico. Un estremecimiento de puro horror pasó por Andrés al pensar en su hermosa carrera, que se dilataba tan brillantemente delante de él, truncada de pronto, arruinada. Maldijo violentamente a Felipe, juró una docena de veces para sus adentros que no lo acompañaría.

Sin embargo, por alguna razón extraña y compleja, no retrocedería, no podía retroceder.

Aquella noche a las once, Denny y él salieron juntos en compañía del mestizo Hawkins en dirección al extremo de la calle Chape! Estaba muy oscuro, había un viento borrascoso y una llovizna que les azotaba la cara en las bocacalles. Denny había hecho su plan, ajustándolo a tiempos precisos.

Hacía una hora que había entrado en la mina la última tanda de obreros. Unos pocos muchachos estaban junto a la casa del viejo Tomás, al extremo de la calle, mas, por otro lado, ésta se hallaba desierta.

Los dos hombres y el perro avanzaban tranquilamente. En el bolsillo de su pesado abrigo, Denny llevaba seis cartuchos de dinamita que Tom Seager, el hijo de su patrona, había robado especialmente para él en la cantera, esa tarde. Andrés llevaba seis latas de cacao en polvo, todas con la tapa agujereada, una linterna eléctrica y un trozo de mecha. Deslizándose con el cuerpo inclinado, con las solapas del saco levantadas, mirando medrosamente por encima del hombro, la mente convertida en un torbellino de encontradas emociones, daba sólo las respuestas más lacónicas a las breves observaciones de Denny. Meditaba tétricamente en lo que pensaría de él Lamplough, circunspecto profesor de medicina ortodoxa, al saberlo envuelto en esta delictuosa aventura nocturna.

Al atravesar la calle Glydar llegaron a la entrada principal de la alcantarilla, una tapa de hierro herrumbroso incrustada en frágil concreto, y allí pusieron manos a la obra. La gangrenosa cubierta no había sido tocada durante años, pero al cabo de algunos esfuerzos, la levantaron. Entonces Andrés dirigió discretamente la linterna a las profundidades mal olientes, por cuya ruinosa construcción de piedra un torrente de agua sucia se deslizaba viscosamente.

—¿Hermoso, no? —murmuró Denny—. Eche una mirada a las grietas en aquel

punto. Dé una última mirada, Manson.

No se dijo nada más. Inexplicablemente, las disposiciones de Andrés habían cambiado y sentía ahora un salvaje impulso, una resolución igual a la del mismo Denny. La gente se estaba muriendo a causa de esta pestífera abominación, y la administración no había hecho nada. No era el momento de las actitudes clínicas ni del inofensivo frasco de remedio.

Rápidamente comenzaron a operar con los tarritos de cacao en polvo a, metiendo en cada uno un cartucho de dinamita. Cortaron y ataron mechas de longitudes apropiadas. Un fósforo brilló en la oscuridad, iluminando el rostro pálido y duro de Denny y sus temblorosas manos. Chisporroteó la primera mecha.

Uno por uno fueron echados a flotar en la mansa corriente los tarros de cacao, comenzando por los provistos de mechas más largas. Andrés no podía ver claramente. El corazón le golpeaba excitado. Esto no era medicina ortodoxa, pero era el instante más hermoso que había conocido. En el momento en que era soltada la última lata con su corta mecha crepitante, se le metió en la cabeza a Hawkins cazar un ratón. Fueron instantes de angustiosa expectación, aquellos en que preocupados con los ladridos del perro y las espantosas posibilidades de una explosión bajo sus pies lo persiguieron y cazaron. En seguida colocaron nuevamente la tapa de la boca de la alcantarilla y corrieron como locos treinta yardas calle arriba.

Apenas habían negado a la esquina de la calle Radnor y detenídose a mirar en torno cuando, pam!, voló la primera lata.

—Por Dios! Está hecho, Denny! —exclamó Andrés regocijado. Experimentaba un sentimiento de camaradería con el otro, necesitaba tomarlo efusivamente de la mano, gritar estentóreamente.

Luego, hermosamente, se produjeron las explosiones subterráneas, dos, tres, cuatro, cinco, y finalmente, una detonación gloriosa que debió haber ocurrido a lo menos un cuarto de milla valle abajo.

—Ahí tiene! —dijo Denny con voz apagada, como si toda la secreta amargura de su vida se le escapara en esa sola palabra—. Ese es el fin de una porción de podredumbre.

Apenas había hablado, cuando se produjo la conmoción. Se abrieron puertas y ventanas, iluminando la oscura calle. La gente salía corriendo de sus casas. En un minuto la calle se vio repleta. Al principio circuló el rumor de que se trataba de una explosión en la mina. Pero esto fue desmentido luego, pues los estampidos provenían de la parte baja del valle. Se formulaban argumentos y raciocinios en voz alta. Una partida de hombres salió a explorar con linternas. El barullo y la confusión ensordecían la noche. A favor de la oscuridad y del ruido, Denny y Manson se escabulleron en dirección a sus casas por calles apartada. Andrés se sentía triunfante.

A la mañana siguiente, antes de las ocho, llegaba al sitio del suceso, en un

automóvil, el doctor Griffiths, gordo, con su cara de ternero pálida por el pánico, después de haber sido sacado con grandes juramentos suyos de su tibio lecho por el consejero Glyn Morgan. Griffiths podía negarse a los llamados de los doctores locales, pero le era imposible resistir al áspero mandato de Glyn Morgan. Y, ciertamente Glyn Morgan tenía motivo de estar iracundo. La nueva villa del consejero, media milla valle abajo, había amanecido casi cercada por un foso de inmundicia más que medioeval. Durante media hora el consejero, sostenido por sus partidarios, Hamar Davies y Deawn Roberts, le manifestó al funcionario médico, con palabras que muchos pudieron oír, exactamente lo que pensaban de él.

Después de ello, enjugándose la frente, Griffiths se dirigió vacilante hacia Denny que, con Manson, estaba en medio de la curiosa y edificante multitud. Andrés experimentó un súbito desasosiego al aproximarse el funcionario de salubridad. Una noche de inquietud habíale amenguado su entusiasmo. A la fría luz de la mañana, avergonzado por la desolación del despedazado camino, se sintió de nuevo molesto, nerviosamente perturbado. Pero Griffiths no estaba en condiciones de sospechar.

—Hombre, hombre —le dijo vibrantemente a Felipe, tendremos que conseguir al momento la nueva alcantarilla.

El rostro de Denny continuó inexpresivo.

—Se lo advertí a usted hace meses —dijo fríamente—. ¿No lo recuerda? ¿No lo recuerda?

—Sí, sí, en verdad. Pero ¿cómo adivinar que la mísera alcantarilla iba a terminar en esta forma? Es un misterio para mí cómo ha ocurrido esto.

Denny lo miró fríamente.

—¿Dónde está su conocimiento de la salubridad pública, doctor? ¿No sabe usted que estos gases de las cloacas son en alto grado inflamables?

La construcción de la nueva alcantarilla fue iniciada el lunes siguiente.

## Capítulo V

Era una hermosa tarde de marzo, tres meses después de lo narrado, La promesa de la primavera perfumaba la blanda brisa que soplaba de las montañas, donde vagas manchas verdes parecían desafiar a la fealdad dominante. Bajo el rasgado cielo azul, aun Drineffy era hermoso.

Mientras iba a atender un llamado que acababa de recibir de la calle Riskin N 3, Andrés sentía rejuvenecer su corazón con el día, Poco a poco se aclimataba a esta extraña ciudad, primitiva y aislada, sepultada entre montañas, sin lugares de diversión, ni siquiera un cinematógrafo, nada, sino su hosca mina, sus canteras y sus fundiciones de mineral, sus filas de capillas y casas heladas, una comunidad extraña y silenciosamente cohibida.

Y las gentes eran también extrañas, Sin embargo, Andrés, que las veía tan ajenas a sí mismo, no podía menos de sentir impulsos de afecto hacia ellas. A excepción de los comerciantes, los predicadores y unos cuantos profesionales, todos estaban empleados directamente en la Compañía. Al fin y al comienzo de cada turno las pacíficas calles despertaban súbitamente, resonando con pisadas de zapatos claveteados y animándose inesperadamente con un ejército de figuras en marcha. Zapatos, ropas, manos y caras de los trabajadores de la mina de hematites. Estaban cubiertos de un polvo rojo brillante. Los picapedreros usaban pieles de topos y almohadillas ligadas a las rodillas. Los pudeladores se daban importancia con sus pantalones de sarga azul.

Hablaban poco, y mucho de lo que decían era en el idioma galés, En su aislamiento tan reservado daban la impresión de ser una raza aparte. Sin embargo, eran bondadosos, Sus diversiones eran sencillas, y corrientemente se los encontraba en sus casas, en las capillas, en la reducida cancha de rugby, en la parte más alta del pueblo, Su pasión dominante era, tal vez, el amor a la música, no las melodías fáciles del momento, sino la música severa, clásica. No era, raro que Andrés, caminando de noche por las calles, oyera los sanes de un piano provenientes de uno de estos hogares pobres, una sonata de Beethoven o un preludio de Chopin, hermosamente tocados, flotando en el aire quieto y elevándose hasta más allá de las impenetrables montañas.

Su posición con relación al doctor Page le era ahora clara a Andrés. Eduardo Page ya no volvería a ver a otro enfermo. Pero a los primeros no les agradaba «abandonar» a Page, que los había servido lealmente durante más de treinta años. Y la audaz Blowden, juntando el engaño y la lisonja con respecto a Watkins, el administrador de la mina, mediante quien eran pagadas las contribuciones médicas de los obreros, había logrado mantener a Page en la lista de la Compañía, y recibía en consecuencia una buena renta, de la que pagaba quizá una sexta parte a Andrés, que hacía todo el

trabajo.

Andrés estaba profundamente apenado por el estado de Eduardo Page, alma buena y sencilla, que no había gozado mucho con su solitaria vida de soltero. Se había agotado literalmente, en el estricto cumplimiento del deber en esos ásperos valles. Ahora, acabado y postrado en el lecho, era un hombre sin interés. En realidad, Blowden y Page se tenían un cariño recíproco, que ella alimentaba ocultamente, a su modo, con intensidad. Page era su querido hermano. A veces, cuando Andrés se hallaba sentado junto al enfermo, Blodwen entraba en la habitación, aparentemente sonriendo, pero con un extraño sentimiento de celoso exclusivismo, y exclamaba:

—¡Eh! ¿De qué conversan ustedes?

Era imposible no sentir afecto por Eduardo Page, que sin duda poseía cualidades espirituales de sacrificio y abnegación. Allí estaba, desvalido e impotente en el lecho, consumido, sumiso a todos los cuidados de su hermana, agradeciéndole simplemente con una mirada, con una contracción de las cejas.

No tenía necesidad alguna de quedarse en Drineffy y ansiaba irse a un sitio más templado, más benigno. Una vez que Andrés le preguntó: «¿Qué desearía, señor?», él había suspirado: «Me gustaría salir de aquí, hijo mío. He estado leyendo acerca de esa isla, Capri; van a hacer allí un santuario para los pájaros». En seguida, había recostado su cabeza sobre la almohada. El anhelo que palpitaba en su voz era muy triste.

Nunca hablaba de la profesión salvo para confesar ocasionalmente con una voz gastada: «Me atrevo a decir que no sabía gran cosa. Sin embargo, hacía lo que podía». Pero pasaba horas tendido, absolutamente inmóvil, observando el alféizar de su ventana en que Anita colocaba cariñosamente, cada mañana, migas, desechos de tocino y coco rallado. Los domingos por la mañana, un anciano minero, Enoch Davies, entraba a visitarlo, muy tieso en su viejo traje negro descolorido y su pechera de celuloide. Ambos observaban los pájaros en silencio. En una ocasión Andrés encontró a Enoch que bajaba estrepitosamente la escalera excitado. «Buen Dios!» —decía el viejo minero—, hemos tenido una mañana hermosa como pocas. Dos avecitas jugando como a él le gustaban en el alféizar durante casi una hora. Enoch era el único amigo de Page. Tenía gran influencia entre los mineros. Juraba firmemente que ni un solo hombre se borraría de la lista del doctor mientras él tuviera un soplo de vida. No sospechaba qué flaco servicio le hacía su lealtad al pobre Eduardo Page.

Otro visitante asiduo de la casa era el gerente del Banco de los Condados del Oeste, Aneurin Rees, un hombre alto y enjuto, calvo, de quien a primera vista Andrés desconfió. Rees era un vecino sumamente respetado, que por ningún motivo cruzaba jamás sus ojos con los de nadie. Venía a pasar unos cinco minutos de ceremonia con el doctor Page y luego se encerraba una hora seguida con su hermana. Estas entrevistas eran perfectamente morales. La cuestión discutida era el dinero. Andrés



pensaba que Blowden tenía gran cantidad invertida a su nombre y que bajo la admirable dirección de Aneurin Rees ella incrementaba solapadamente sus haberes. Por este tiempo el dinero no significaba nada para Andrés. Bastábale pagar puntualmente a la Dotación. Guardaba unos cuantos chelines en su bolsillo para cigarrillos. Fuera de eso tenía su trabajo.

Ahora apreciaba, más que nunca, cuánto significaba para él un trabajo clínico. El conocimiento existía como una conciencia íntima y cálida, siempre presente; era como un fuego en el que no se reanimaba cuando se hallaba cansado, deprimido, perplejo. En realidad, últimamente habían surgido en su interior y se agitaban más fuertemente que antes perplejidades aún más extrañas. Como médico había comenzado a pensar por sí mismo. Tal vez, Denny, con su criterio radical y destructivo, era principalmente ni responsable de esto. El código de Denny era literalmente el polo opuesto de todo lo que se le había enseñado a Manson. Resumido y en un marco, pudiera haber colgado como un texto encima de su cama: «Yo no creo».

Orientado hacia los modelos por su escuela médica, Manson había mirado el porvenir con la confianza de un sólido libro de texto. Había adquirido un conocimiento superficial de física, química y biología..., a lo menos había disecado y estudiado la lombriz. Después se le habían enseñado dogmáticamente las doctrinas aceptadas. Conocía todas las enfermedades con sus síntomas clasificados y correspondientes remedios.

La gota, por ejemplo. Se cura con cólquico. Todavía podía ver al profesor Lamplough diciendo suavemente a su clase: «Vinum Colchici, señores, veinte o treinta dosis mínimas, específico absoluto en la gota». ¿Pero era cierto?... He aquí la pregunta que ahora se hacía. Hacia un mes había ensayado el cólquico, llevando las cosas hasta el extremo, en un caso genuino de gota, un caso grave y doloroso. El resultado había sido un absoluto fracaso.

¿Y qué decir de la mitad, de las tres cuartas partes de los demás remedios de la farmacopea? Esta vez escuchó la voz del doctor Eliot, profesor de «Materia Médica». «Y ahora, señores, pasamos al elemí..., una concreta exudación resinosa, la fuente botánica de algo indeterminado, pero que probablemente es el «Canarium commune», importado principalmente de Manila, empleado en forma de unguento, uno por cinco, un admirable estimulante y desinfectante para lastimaduras e *issues*<sup>[3]</sup>

¡Disparates! Sí, disparates en absoluto. Ahora lo sabía. ¿Había ensayado jamás Eliot el unguento de elemí? Tenía la convicción de que no. Toda la información de ese erudito venía de un libro y ésta, a su vez, de otro libro y así sucesivamente, en línea directa acaso hasta la Edad Media. La palabra «issue», ahora enterrada, confirmaba esta idea.

Denny se había burlado de él aquella primera noche por preparar ingenuamente

un frasco de medicina. Denny siempre se burlaba de los preparadores de medicinas, de los grandes «bebedores» de medicinas sostenía Denny que sólo media docena de drogas servían para algo, y el resto lo calificaba cínicamente de «basura». Tal idea de Denny era como para hacer perder el sueño, un pensamiento disolvente, cuyas consecuencias Andrés, todavía no podía captar sino vagamente.

En este punto de sus reflexiones llegó a la calle Riskin y entró en el número 3. Vio que el paciente era un niño pequeño, de nueve años, llamado Joey Howells, que mostraba un sarampión suave y propio de la estación. El caso no tenía importancia, pero dadas las circunstancias del hogar, muy pobre, anunciaba molestias a la madre de Joey. El propia Howells, trabajador diurno de las canteras había estado en cama tres meses con pleuresía sin derecho a compensación alguna, y ahora su esposa, mujer delicada, que acababa de atender a un inválido, además de su trabajo de limpiar la capilla Bethesda, se veía en la necesidad de atender a otro enfermo.

Al término de la visita, mientras Andrés conversaba con ella en la puerta de la casa, observóla con pena:

—Usted trabaja mucho. Es lástima que deba tener en casa a Idris, sin ir a la escuela —Idris era el hermano menor de Joey.

La señora Howells levantó rápidamente la cabeza. Era una mujercita resignada, de manos coloradas y brillantes coyunturas digitales, hinchadas por el trabajo.

—Pero la señorita Barlow dijo que no tenia para qué retirarlo.

A pesar de la conmiseración que le inspiraba el caso, Andrés sintió una sensación de enojo.

—¿Y quién es la señorita Barlow? —preguntó.

—Es la maestra en la escuela de la calle del Banco —dijo la cándida señora Howells—. Vino a visitarme esta mañana. Y viendo al situación difícil en que me hallaba, ha dispuesto que el pequeño Idris continúe sus clases. Sólo Dios sabe qué habría hecho yo si también hubiera tenido que preocuparme de él.

Andrés sintió un vehemente impulso de decirle que deba obedecer sus propias instrucciones y no las de una entrometida maestra de escuela. Sin embargo, comprendió que la señora Howells no era culpable. Por el momento, no hizo comentarios, pero mientras regresaba por la calle Riskin su rostro mostraba acentuado disgusto. Le molestaba la intromisión especialmente en su trabajo, y odiaba sobre todo a las mujeres intrusas. Mientras más pensaba en ello más se encolerizaba. Era una evidente contravención de los reglamentos mantener a Idris en la escuela mientras su hermano Joey padecía de sarampión. Decidió de repente ver a esta oficiosa señorita Barlow y tratar con ella el asunto.

Cinco minutos después, subía la pendiente de la calle del Banco, penetraba en la escuela y, después de pedir indicaciones al portero, se encontraba frente a la sala de clase de los más pequeños. Golpeó la puerta, entró. Era una gran sala separada, bien

ventilada, con un fuego ardiendo en un extremo. Todos los niños eran menores de siete años, y como entró a la hora de la merienda, cada cual tenía un vaso de leche — parte de un sistema de asistencia introducido por la rama local de la M.W.U.—. Sus ojos dieron al instante con la señorita. Estaba ocupada escribiendo sumas en el pizarrón, dándole a él la espalda, y no lo observó por de pronto. Pero de repente se dio vuelta.

Era tan diferente a la mujer de su indignada imaginación, que vaciló. O fue tal vez la sorpresa reflejada en sus ojos oscuros, lo que inmediatamente hizo perder su aplomo. Se ruborizó y dijo:

—¿Es usted la señorita Barlow?

—Sí —contestó ella. Era una delicada jovencita que llevaba una pollera café de paño escocés, medias de lana y pequeños zapatos sólidos. De su misma edad, adivinó; no, más joven, de unos veintidós años. Ella lo examinó con mirada algo incierta, sonriendo débilmente, como si, fatigada de aritmética infantil, le agradara una distracción en este hermoso día de primavera—. ¿No es usted el nuevo ayudante del doctor Page?

—Eso apenas importa —respondió secamente aunque, de hecho, soy el doctor Manson. Creo que tiene aquí un agente de contagio. Idris Howells. Usted sabe que su hermano tiene sarampión.

Hubo una pausa. Los ojos de la profesora, aunque interrogantes ahora, seguían benévulos. Echándose atrás el pelo rebelde, respondió:

—Sí, lo sé.

El que ella no tomara a lo serio su visita volvía a irritado.

—¿No se da cuenta de que es enteramente contra los reglamentos el tenerlo aquí?

Ante semejante tono se le acentuó el color y perdió su aire de camaradería. Andrés no podía menos de advertir cuán fresca y clara era su piel, con un lunar pardo pequeñito, exactamente del mismo color de sus ojos, en su mejilla derecha. Ahora respiraba más bien aceleradamente, pero, sin embargo, habló con calma:

—La señora Howells estaba en una situación desesperada. La mayoría de estos niños ha tenido el sarampión. Los que no, lo tendrán seguramente, tarde o temprano. Si Idris se hubiera quedado en casa, le habría faltado su leche, que le está haciendo tanto bien.

—No es cuestión de su leche —dijo él, alzando la voz—. Debe estar aislado.

Ella replicó tercamente:

—Lo he aislado... en cierto modo. Si no lo cree, mire usted mismo.

El siguió la mirada de la maestra. Idris, de cinco años, sentado solo en un pequeño escritorio cerca del fuego, parecía extraordinariamente contento de la vida. Sus ojos, de un azul pálido, abiertos desmesuradamente, miraban satisfechos, por encima de su vaso de leche.

Eso enfureció a Andrés. Rió despreciativo, ofensivamente.

—Ésta puede ser su idea del aislamiento. Temo que no sea la mía. Debe enviar ese niño a su casa, al instante.

Los ojos de la maestra despidieron leves destellos.

—¿No se da cuenta que yo soy la que manda en esta clase? Usted podrá ordenar a la gente en esferas más elevadas. Pero aquí es mi palabra la que vale.

El la miró con enfadada dignidad.

—¡Usted está violando la ley! No puede tenerlo aquí. Si lo hace, tendré que denunciarla.

Siguió un corto silencio. Manson pudo verle la mano crispada sobre la tiza. Esa muestra de su emoción aumentó su rabia contra ella y contra sí mismo. La profesora dijo desdeñosamente:

—Entonces, denúnciame, mejor. O hágame arrestar. No dudo de que ello le dará una gran satisfacción.

Furioso, Manson no respondió, sintiéndose en una posición enteramente falsa. Procuró rehacerse, alzando sus ojos, tratando de abatir los de ella, que ahora resplandecían fríamente. Se miraron por un instante, tan de cerca, que él pudo advertir la suave palpitación de su cuello y el brillo de sus dientes entre sus labios separados. En seguida, dijo la maestra:

—No hay otra cosa, ¿no? —Se volvió bruscamente a la clase—. De pie, niños, y digan: Buenos días, doctor Manson. Gracias por haber venido.

Un alboroto de sillas mientras los pequeños se levantaban y cantaban su irónico saludo. A Manson le ardían las orejas mientras ella lo acompañaba hasta la puerta. Sentía una impresión exasperante de derrota, a lo que se añadía la infeliz sospecha de que se había conducido mal al perder la tranquilidad, mientras ella había dominado tan admirablemente la suya. Buscó alguna frase aplastante, alguna aguda salida final intimidadora. Pero antes de que le acudiera a la imaginación, la puerta se cerró lentamente en sus narices.

## Capítulo VI

Manson, después de una tarde iracunda durante la cual compuso y rompió tres cartas vitriólicas al funcionario médico de salubridad, procuró olvidar el episodio. Su sentido del humor, momentáneamente perdido en las vecindades de la calle del Banco, lo impacientaba consigo mismo, a causa de su despliegue de sentimientos despreciables. Después de una aguda lucha con su tieso orgullo escocés, decidió que se había equivocado, que no podía soñar en denunciar el caso, y menos que a nadie, al inefable Griffiths. Sin embargo, aunque lo intentaba, no podía eliminar fácilmente de su mente a Cristina Barlow.

Era absurdo que una juvenil maestra de escuela ocupara así tan insistentemente sus pensamientos o que pudiera interesarle lo que ella pensara de él. Se dijo a sí mismo, que era un caso estúpido de orgullo herido. Se sabía tímido y torpe con las mujeres. Sin embargo, no había lógica alguna que pudiera alterar el hecho de que él se hallaba ahora impaciente y un tanto irritable. En momentos inesperados, como por ejemplo, cuando estaba por caer dormido, la escena de la sala de clase volvía a su mente con renovada animación, y se sorprendía con el ceño adusto en la oscuridad. Todavía la veía, oprimiendo su tiza, con sus ojos castaños, centelleantes de indignación. Había tres pequeños botones perlinos en la parte delantera de su blusa. Su figura era delgada y ágil, con una severa economía de líneas que a él le hablaba de mucho duro correr e intrépido saltar en su niñez. No se preguntaba si era hermosa. Bastaba que estuviera allí de pie, sobria y vigorosa ante su vista. Y su corazón se le agitaba sin quererlo, con una como dulce opresión que antes nunca había conocido.

Quince días después, caminaba por la calle Chapel, enteramente abstraído, cuando a poco chocó con la señora Bramwell, en la esquina de la calle de la Estación. El habría seguido sin reconocerla. Ella, sin embargo, se detuvo al momento, y lo saludó turbándolo con su sonrisa.

—Vaya, doctor Manson! El mismo hombre que buscaba. Esta noche tengo una de mis pequeñas reuniones sociales. Usted vendrá, ¿no?

Gladys Bramwell era una dama de pelo trigueño, de unos treinta y cinco años, vistosamente vestida, de buena figura, ojos azules de niño y maneras juveniles. Gladys se consideraba románticamente como una perfecta señora. Los chismes de Drineffy usaban otra palabra. El doctor Bramwell estaba perdidamente enamorado de ella, y se rumoreaba que sólo su loca pasión le impedía observar la preocupación más que caprichosa de Gladys por el doctor Gabell, el doctor «de color» de Toniglan.

Mientras la escudriñaba, Andrés buscaba apresuradamente una evasiva.

—Temo, señora Bramwell, no poder salir esta noche.

—Pero, debe hacerla, tonto. Acudirá gente muy agradable. El señor y la señora Watkins, de la mina y... —se le escapó una intencionada sonrisa— el doctor Gabell,

de Toniglan... Ah, casi me olvidaba, la maestra, Cristina Barlow!

Manson se estremeció y sonrió estúpidamente.

—¡Vaya!, por supuesto que iré, señora Bramwell. Muchas gracias por su invitación.

Se las arregló para sostener la conversación unos minutos, hasta que ella partió. Pero durante el resto del día no pudo pensar sino en el hecho de que volvería a ver a Cristina Barlow.

La reunión de la señora Bramwell comenzaba a las nueve, hora que fue escogida en consideración a los señores médicos que pudieran haber estado ocupados en sus consultas. En verdad, eran las nueve y cuarto cuando Andrés terminó su última consulta. Apresuradamente se lavó en la tina del dispensario, se alisó el cabello con el peine quebrado y se dirigió a toda prisa al Retiro. Llegó a la casa que, desmintiendo su idílico nombre, era una pequeña vivienda de ladrillo en medio del pueblo, para descubrir que era el último en llegar. La señora Bramwell, regañándolo amablemente, encabezó la marcha al comedor, seguida por sus cinco invitados y su marido.

Se trataba de una comida fría, extendida sobre mantelitos de papel en la ahumada mesa de roble. La señora Bramwell se enorgullecía de atender muy bien a sus invitados, de ser algo así como una creadora de modas en Drineffy, lo que le permitía sorprender a la opinión pública, y su idea de conseguir el éxito sin hablar y reír mucho. Siempre decía que su medio, con anterioridad a su matrimonio con el doctor Bramwell, había sido de un lujo excesivo. Esta noche, mientras se sentaban, manifestó ostentosamente:

—Ahora, que cada cual tome lo que le agrade.

Andrés, sin aliento a causa de su apuro en llegar, se vio al principio grandemente embarazado. Durante unos diez minutos no se atrevió a mirar a Cristina. Mantuvo sus ojos bajos, pero con la opresiva convicción de que ella estaba colocada en el extremo más lejano de la mesa, entre el doctor Gabell, un dandy moreno, de polainas, pantalón listado y perla en la corbata, y el señor Watkins, el administrador de la mina, de cabellos como erizo, que a su ruda manera, le hacía muchas atenciones. Al fin, decidido por una bromista alusión de Watkins: «¿Es usted todavía mi doncella de Yorkshire, señorita Cristina?», levantó celoso la cabeza, la miró, la encontró ahí, tan familiar, con su vestido gris suave de cuello y puños blancos, que quedó impresionado y desvió sus ojos, temeroso de que delatasen a ella sus sentimientos.

A la defensiva, sin saber casi lo que decía, se puso a conversar con su vecina, la señora Watkins, una personita insignificante, que había traído su tejido.

Durante lo restante de la comida sufrió la angustia de hablar con una persona mientras ansiaba hablar con otra. Pudo respirar con alivio, cuando el doctor Bramwell, que presidía a la cabecera de la mesa, miró complacido los platos vacíos e

hizo un gesto napoleónico:

—Creo, amigos míos, que todos hemos concluído. Pasemos al salón.

En el salón, una vez que los invitados se ubicaron en distintas partes, principalmente en los sillones, era claro que se esperaba música dentro del ritual de la reunión. Bramwell miró cariñosamente a su mujer, y la condujo al piano.

—¿Con qué comenzamos esta noche, amor mío?

Canturreando, hojeaba la música que había en el estante.

—«Campanas de Iglesia» —sugirió Gabell—. Nunca me cansa esa canción, señora Bramwell.

Sentándose en el taburete giratorio, la señora Bramwell tocó y cantó, mientras su marido, con una mano en la espalda y la otra adelantada como en actitud de tomar rapé, se mantenía detrás de ella y diestramente daba vuelta a las hojas. Gladys tenía una voz llena de contralto y sacaba las notas profundas del pecho, alzando el mentón. Después de «Lírica amorosa», les brindó el «Vagando» y «Una niña».

Hubo aplausos generosos. Bramwell murmuró, como distraído, por lo bajo y lleno de satisfacción:

—Está con hermosa voz esta noche.

En seguida persuadieron a que actuara el doctor Gabell. Jugando con su anillo, alisando su cabello bien engominado pero todavía rebelde, el petimetre con piel de aceituna se inclinó afectuosamente hacia la dueña de casa, y enlazándose fuertemente las manos por delante, bramó «Amor en la dulce Sevilla». En seguida, como bis, el «Toreador».

—Usted canta estas canciones de España magníficamente, doctor Gabell —comentó la bondadosa señora Watkins.

—Supongo que es mi sangre española —dijo Gabell sonriendo modestamente, mientras volvía a su asiento.

Andrés sorprendió una mirada traviesa en los ojos de Watkins. El viejo administrador de la mina, verdadero galés, sabía música; en el invierno pasado había ayudado a sus hombres a dar una de las óperas más oscuras de Verdi, y ahora, pasivo, detrás de su pipa, se regocijaba enigmáticamente. Andrés no pudo menos de pensar que debía ser muy divertido para Watkins el observar a estos extraños a su país natal, que afectaban exhibir cultura bajo la forma de cancioncillas sentimentales y sin valor. Cuando Cristina se negó sonrientemente a ejecutar, Watkins se volvió a ella contrayendo nerviosamente sus labios:

—Veo que usted es como yo, hija mía. Demasiado aficionada al piano para tocarlo.

En seguida brilló la gran lumbrera de la reunión. El doctor Bramwell ocupó el centro de la escena. Aclarando su garganta, echó un pie adelante, la cabeza atrás, se llevó teatralmente la mano al pecho y anunció:

—Señoras y caballeros, «La estrella caída». Monólogo musical.

En el piano, Gladys empezó a ejecutar un acompañamiento, y Bramwell comenzó.

La recitación, que hablaba de las patéticas vicisitudes de una actriz un día famosa, caída en una horrible pobreza, era empalagosa de sentimiento, y Bramwell la declamaba con sincera angustia; Cuando el drama era intenso, Gladys oprimía las notas graves. Cuando la emoción era dulce, recurría al trémolo. Al acercarse al punto culminante, Bramwell se exaltó, ahogándose su voz en la línea final: «Allí estaba... —pausa— muriéndose de hambre en el arroyo... —prolongada pausa— sólo una estrella caída».

La diminuta señora Watkins, cayéndosele al suelo su tejido, volvía a él sus ojos húmedos.

—Pobre mujer! Pobre mujer ¡Oh, doctor Bramwell, usted siempre recita eso tan bien!

La llegada del Burdeos constituyó una distracción. Ya eran más de las once y, tácitamente de acuerdo en que cualquier cosa después del esfuerzo de Bramwell sería insignificante, la concurrencia se preparó para la despedida. Hubo risas, corteses expresiones de agradecimiento y un movimiento general hacia el hall. Mientras Andrés se ponía el sobretodo, pensaba desesperado en que no había cambiado ni una sola palabra con Cristina en toda la noche.

Afuera se detuvo en la puerta. Sintió que debía hablarle. El pensamiento de esa larga noche desperdiciada, en la que se había prometido arreglar las cosas con ella tan fácil, tan agradablemente, le pesaba como plomo. Aunque ella había parecido no mirarlo, había estado allí, cerca de él, en la misma habitación, y él había mantenido estúpidamente sus ojos fijos en los zapatos.

«Dios mío», pensó. «Estoy peor que la estrella caída. Es mejor que me vaya a casa y me acueste».

Pero no lo hizo. Permaneció allí, agitándosele el pulso mientras ella bajaba las escaleras y avanzaba sola hacia él. Recogió todas sus fuerzas y murmuró:

—Señorita Barlow, ¿puedo acompañarla hasta su casa?

—No me atrevo... —hizo una pausa—. He prometido esperar al señor Watkins y su esposa.

Su corazón desfalleció. Se sintió escapando como un perro golpeado. Sin embargo, algo lo sostenía todavía. Su rostro estaba pálido, pero su mentón mantenía su firme línea. Las palabras acudieron atropellándose impetuosamente:

—Sólo deseo decirle que siento mucho lo relativo al asunto de la familia Howells. Hice un alarde barato de autoridad. Debí ser pateado... lo sé. Lo que usted dispuso del chico estuvo espléndido. La admiro por ello. Después de todo es mejor atenerse al espíritu que a la letra de la ley. Siento molestarla con estos recuerdos pero



necesitaba decirlo. ¡Buenas noches!

No pudo verle la cara. Ni esperó tampoco su respuesta. Se dio vuelta y marchó calle abajo.

Por la primera vez desde hacía muchos días, se sintió feliz.

## Capítulo VII

La Compañía había pagado los honorarios médicos del último semestre, dándole motivo de serias reflexiones a la señorita Page y otro tema de discusión con Aneurin Rees, el administrador del Banco. Por primera vez en dieciocho meses, se advertía un alza en las cifras. Había arriba de setenta hombres más en la «lista del doctor Page», que antes de la llegada del doctor Manson.

Complacida por el aumento de su cheque, Blowden alimentaba, sin embargo, un pensamiento inquietante. Durante las comidas Andrés la sorprendía mirándolo descuidadamente, con tina mirada inquisidora y sospechosa. El miércoles siguiente a la reunión social vespertina de la señora Bramwell, Blowden llegó bulliciosamente al almuerzo, con gran despliegue de alegría.

—Le diré —observó—. Acabo de estar pensando. Hace casi cuatro meses que usted está aquí, doctor. Y no lo ha hecho tan mal. No estoy descontenta. Fíjese, no es como el mismo doctor Page. ¡Oh, no, amigo mío! El otro día no más me decía el señor Watkins cómo todos esperaban la vuelta del doctor Page: «El doctor Page es tan hábil, me dijo el señor Watkins, que nunca soñaríamos en que alguien lo reemplazara».

Se puso a describir, con pintorescos detalles, la extraordinaria pericia y habilidad de su hermano.

—Usted no lo creería —exclamó, dilatando los ojos—. Nada hay que no pueda hacer o no haya hecho. Operaciones! Usted debería haberlas visto! Permítame decirle, doctor, que es el hombre más inteligente que se haya conocido en estos valles.

Andrés no contestó, el propósito de Blowden era evidente, y él pensó en la tenaz lealtad de la mujer, trágica y afectuosa a la vez.

Se echaba para atrás en la silla, y lo miraba procurando descifrar el efecto de sus palabras. En seguida, sonrió, confidencialmente.

—Habrà un gran regocijo en Drineffy cuando el doctor Page vuelva al trabajo. Y será muy pronto. En el verano, le dije al señor Watkins, en el verano volverá el doctor Page.

Al regresar de su gira de la tarde, hacia el fin de esa semana, Andrés se sorprendió de ver al doctor Page acomodado en una silla a la entrada, enteramente vestido, con una manta sobre las rodillas y una gorra en la cabeza. Soplaba un fuerte viento áspero y los rayos del sol de abril, que bañaban la trágica figura, eran pálidos y fríos.

—Ahí tiene! —exclamó la señorita Page desde el pórtico, dirigiéndose

triumfalmente hacia Manson—. ¡Ya ve usted! ¿no? El doctor está levantado! Acabo de telefonar al señor Watkins para decirle que el doctor Page está mejor. Pronto volverá al trabajo. ¿No es así, querido?

Andrés sintió que le afluía la sangre a la cara.

—¿Quién lo bajó aquí?

—¡Yo! —repuso Blowden desafiante—. ¿Y por qué no? Es mi hermano. Y está mejor.

—No está en situación de levantarse, al contrario. —Andrés le lanzó estas palabras en voz baja—. Haga lo que le digo. Ayúdeme a llevarlo a la cama al momento.

—Sí, sí —dijo débilmente Eduardo—. Vuélvame a la cama. Tengo frío. No me siento bien —y, para angustia de Manson, el enfermo comenzó a sollozar.

Al instante Blowden se deshizo en lágrimas junto a él. Se puso de rodillas, rodeándolo con sus brazos, contrita, exclamando:

—Ahora mismo, querido. Debes volver a la cama. Pobrecito. Blowden se equivocó. Blowden te cuidará. Blowden te ama, querido.

Lo besó en sus rígidas mejillas.

Media hora después, instalado ya Eduardo arriba, con toda comodidad, Andrés bajó a la cocina, iracundo.

Anita era ahora una verdadera amiga; entre ellos habían cambiado más de una confianza en esta misma cocina, y la sosegada y cuarentona mujer, cuando las raciones eran demasiado exiguas, le había deslizado furtivamente en la despensa a su amigo más de una manzana y de un pastelillo. A veces, es verdad, ella, como recurso extremo, bajaba a la ciudad en demanda de dos raciones de pescado, y se banquetearan suntuosamente a la luz de una vela, en la mesa de la cocina. Anita había servido en casa de Page cerca de veinte años. Tenía muchas amistades en Drineffy, toda gente decente, y su única razón de permanecer tanto tiempo en el servicio era su afecto al doctor Page.

—Deme aquí mi té, Anita —declaró Andrés—. No puedo soportar a Blowden en este momento.

Estaba en la cocina y no se había dado cuenta de que Anita tenía visitas, su hermana Olwen y el marido de ésta, Emlyn Hughes. Lo había encontrado varias veces antes. Era cartuchera en los High Lewels de Drineffy, un hombre robusto, de buen natural, con facciones pálidas y toscas.

Como Manson vacilara al verlos, Olwen, una lista mujer, de ojos oscuros, tomó la iniciativa.

—No le importe que estemos nosotros, doctor, si quiere tomar té. En realidad estábamos hablando de usted cuando entró.

—¿De mí?

—Sí. —Olwen le arrojó una mirada a su hermana—. Nada sacas con mirarme de ese modo, Anita; yo diré lo que tengo adentro. Los hombres todos hablan, doctor, de cómo durante muchos años no han tenido un doctor joven tan bueno como usted, de cómo usted se sacrifica para examinarlos, y cosas por el estilo. Puede preguntárselo a Emlyn, si no me lo cree. Y están todos irritados por la forma en que la señorita Page dispone las cosas. Dicen que, en buena ley, el consultorio debía ser suyo. Sin duda, ella adora al viejo y en realidad cree que éste mejorará. Pero alguien tiene que decirle que él no se curará!

En cuanto hubo tomado su té, Andrés se marchó. Las sinceras palabras de Olwen lo habían hecho sentirse incómodo. No obstante, era halagador para él escuchar que la gente de Drineffy lo quería y consideró un homenaje muy especial el que unos pocos días después viniera a visitarlo con su esposa Juan Morgan, perforador y capataz de la mina de hematites.

Los Morgan eran un matrimonio de mediana edad, no ricos y muy estimados en el distrito, que llevaban cerca de veinte años de casados. Andrés había oído decir que dentro de poco partirían a Sud Africa, donde a Morgan le ofrecían trabajo en las minas de Johannesburg. No era raro que los perforadores competentes fueran solicitados para las minas de oro del Rand, donde el trabajo de perforación era semejante, pero la remuneración mucho más elevada. Sin embargo; nadie se sorprendió más que Andrés, cuando Morgan, sentado en el pequeño consultorio con su mujer, le explicó orgullosamente el objeto de esta visita.

—Bien, señor, parece que al fin lo hemos conseguido. Mi mujer, aquí presente, va a tener un bebé. Después de diecinueve años, fíjese: Estamos muy contentos, doctor y hemos decidido aplazar nuestro viaje hasta después del acontecimiento. Porque hemos estado pensando en los doctores y llegamos a la conclusión de que usted es el único a quien podemos recurrir para atender el caso. Representa mucho para nosotros, doctor. Será una tarea muy difícil, a lo que pienso. Mi mujer tiene cuarenta y tres años. Si, es verdad. Pero ahora creemos que usted nos dará entera satisfacción.

Andrés se hizo cargo del caso, con un cálido sentimiento de haber sido distinguido. Era una emoción extraña, clara y sin origen material, que en su situación actual era doblemente tonificante. Últimamente se había sentido perdido, absolutamente desolado. Dentro de él se agitaban corrientes extraordinarias, inquietantes y penosas. Había momentos en que su corazón sentía una extraña molestia que, como maduro bachiller en medicina, había juzgado hasta ahora imposible.

Antes no había pensado nunca seriamente en el amor. En la universidad había sido demasiado pobre, había estado demasiado modestamente vestido y demasiado preocupado de tener éxito en sus exámenes para hacer muchas amistades con el otro sexo. En San Andrés había que tener sangre azul, como su amigo y compañero de

clase Freddie Hamson, para actuar en ese círculo que bailaba, realizaba fiestas y exhibía gracias sociales. Todo esto le había sido negado. El había pertenecido realmente —exceptuada su amistad con Hamson— a esa multitud de advenedizos que se alzaban los cuellos de sus chaquetas, estudiaban, fumaban y celebraban sus expansiones de cuando en cuando, no en la Unión, sino en un modesto salón de billares.

Es verdad que las imágenes románticas inevitables se le habían presentado espontáneamente. Por razón de su pobreza las proyectaba a un medio de dilapidadora riqueza: pero ahora, en Drineffy, miraba por la ventana del ruinoso consultorio, fijos sus ojos sombríos en el montón de escoria de los trabajos mineros, suspirando con todo su corazón por la maestra de una escuela pública. Semejante paso de lo sublime a lo ridículo le daba deseos de reír.

Siempre se había ufano de ser práctico, de su fuerte dosis de prudencia vernácula, e intentó, violentamente y por interés personal, librarse de su sentimiento amoroso a fuerza de argumentos. Fría y lógicamente procuró examinar los defectos de la joven. No era hermosa, su figura era demasiado pequeña y delgada. Tenía ese lunar en la mejilla y una ligera sinuosidad, visible cuando sonreía, en el labio superior. Además de esto, probablemente lo detestaba.

Se dijo a sí mismo, coléricamente, que él era insensato al ceder así a sus sentimientos en forma tan débil. Se había consagrado a su trabajo. Todavía no era más que un ayudante. ¿Qué clase de doctor era para crearse, en el comienzo de su carrera, un afecto que podía estorbar el futuro de ella y que ya estaba estorbándole seriamente el suyo?

En su esfuerzo para dominarse se creó distracciones. Engañándose a sí mismo en el sentido de que echaba de menos las antiguas relaciones de San Andrés, escribió una larga carta a Freddie Hamson, quien últimamente había obtenido un cargo en un hospital de Londres. Frecuentó de nuevo mucho a Denny. Pero Felipe, aunque amistoso a veces, era por lo general frío, suspicaz, con la amargura del hombre que ha sido maltratado por la vida.

Por mucho que hizo Andrés no pudo desalojar de su mente a Cristina, ni de su corazón al atormentador anhelo que le inspiraba. No la había visto desde su desahogo en la puerta del Retiro. ¿Qué pensaba de él? ¿Pensaba alguna vez en él? Había transcurrido mucho tiempo desde que la viera por última vez y, no obstante sus escrutadoras miradas al pasar por la calle del Banco, desesperaba de volver a verla.

Mas la tarde del sábado 25 de mayo, cuando casi había perdido toda esperanza, recibió una esquela que decía lo siguiente:

Apreciado doctor Manson:

El señor y la señora Watkins vendrán a cenar conmigo mañana domingo. Si usted no tiene nada mejor que hacer, sírvase venir también. A las siete y media.

Sinceramente,

CRISTINA BARLOW.

Dió un grito que atrajo corriendo a Anita de la cocina.

—Vaya doctor! —dijo Anita como en tono de reproche—. Algunas veces usted procede tontamente.

—Ya está hecho, Anita —respondió, todavía emocionado—. Pero yo... me parece que tengo que salir de un apuro. Escucha, querida Anita. ¿Me plancharás los pantalones antes de mañana? Los colgaré del lado de afuera de mi puerta esta noche al acostarme.

La tarde siguiente, que, siendo Domingo, lo dejaba libre de labor vespertina, se presentó trémulo de ansiedad en casa de la señora Herbert, con quien vivía Cristina, cerca del Instituto. Llegaba temprano, y lo sabía, pero no podía esperar más.

Fue la misma Cristina quien le abrió la puerta, con rostro acogedor y sonriente.

Sí, estaba sonriente, realmente sonriente. Y él había creído serle antipático! Estaba tan abrumado que apenas podía hablar.

—Ha sido un día delicioso, ¿no? —balbuceó mientras la seguía al salón.

—Delicioso —asintió ella— y tuve que caminar mucho esta tarde. Más allá de Pandy. Encontré, efectivamente, algunas celidonias.

Se sentaron. Estuvo a punto de preguntarle nerviosamente si le agradaba caminar, pero reprimió a tiempo la torpe vulgaridad.

—La señora Watkini acaba de enviarme un recado —observó Cristin—. Ella y su marido llegarán algo tarde. El ha tenido que ir a la oficina. ¿No le molesta a usted aguardarlos unos pocos minutos?

Molestarle! Unos pocos minutos! pudiera haberse reído de pura felicidad. Sólo si supiera ella cómo había esperado estos días, cuán maravilloso le era estar aquí en su compañía! Disimuladamente miró a su alrededor. Su saloncito, amueblado con sus propias cosas, era diferente a todas las habitaciones que él había visitado en Drineffy. No tenía ni felpas, ni alfombras de Axminster, ni ninguno de aquellos brillantes cojines de satén que adornaban profusamente el salón de la señora Eramwell. Las tablas del piso estaban bien enceradas y había un sencillo felpudo pardo frente a la chimenea abierta. El amueblado era tan sobrio que apenas lo notó. En el centro de la mesa, preparada para la cena, había una fuente blanca, sencilla, en la que flotaban, como masas de pequeñitos nenúfares, las celidonias que ella había recogido. El efecto era simple y hermoso. En el alféizar de la ventana había una caja de madera para confites, llena ahora de tierra, de la cual brotaban los verdes y delgados tallos de un almácigo. Encima de la repisa de la chimenea había un cuadro muy especial, que sólo mostraba una pequeña silla infantil de madera, pintada de rojo y, creía él, muy mal dibujada.

Ella debió advertir la sorpresa con que lo miró. Sonrió con una alegría contagiosa.

—Supongo que no piensa que es original.

Confundido, no hallaba qué decir. La revelación de su personalidad a través de la pieza, la convicción de que ella sabía cosas que a él se le escapaban, le tenía perplejo. Sin embargo, se le había despertado de tal modo el interés, que olvidó su timidez, prescindiendo de las vulgaridades estúpidas de observaciones relativas al tiempo. Comenzó a interrogarla sobre sí mismo.

Ella le respondió sencillamente. Era de Yorkshire. Su madre había muerto cuando tenía catorce años. El padre era entonces subadministrador de una de las grandes minas de carbón de Bramwell. Su único hermano, Juan, se había adiestrado en la misma como ingeniero de minas. Cinco años después, cuando ella tenía diecinueve años y había terminado su curso en la Escuela Normal, el padre había sido designado administrador en la mina de Porth, veinte millas valle abajo. Ella y su hermano habían venido con él a Gales del Sur, ella para ocuparse de la casa, él para ayudar a su padre. Seis meses después de su llegada había habido una explosión en la mina. Juan había muerto sepultado, instantáneamente. Al tener noticia del desastre, su padre había bajado al momento, sólo para ser sorprendido por una racha de gas grisú. Una semana después eran retirados juntos los cadáveres de ambos.

Cuando ella terminó hubo un silencio.

—Lo siento mucho —dijo Andrés en tono de conmiseración.

—La gente fue bondadosa conmigo —añadió ella sobriamente—. El señor Watkins y su esposa, especialmente. Conseguí el trabajo que tengo en esta escuela. —Se detuvo, volviéndosele a iluminar el rostro—. Soy, pues, como usted. Todavía extraña aquí. Cuesta mucho aclimatarse a los valles.

Andrés la miró buscando algo que siquiera débilmente expresara sus sentimientos respecto de ella, una observación que pudiera liquidar delicadamente el pasado y abrir auspiciosamente el porvenir.

—Es fácil sentirse aislado y solo, aquí. Lo sé. A menudo me ocurre. A menudo siento la necesidad de alguien con quien conversar.

Ella sonrió.

—¿De qué quiere hablar usted?

El se ruborizó, sintiendo que ella lo había acorralado.

—Oh!, de mi trabajo, supongo. —Se detuvo; luego se sintió obligado a explicars—. Paréceme que estoy desorientado, que caigo de un problema a otro.

—¿Quiere decir que le tocan casos difíciles?

—No es eso. —Vacilaba... Prosigui—. Llegué aquí atiborrado de fórmulas, casos que todos creen, o pretenden creer. Que coyunturas hinchadas significan reumatismo. Que reumatismo significa salicilato. Sabe usted, los conocimientos ortodoxos! Bien, estoy descubriendo que algunos de ellos son enteramente falsos. Lo mismo ocurre con las drogas. Creo que algunas hacen más mal que bien. Es el sistema. Un paciente

viene al consultorio. Espera su «frasco de remedio» y lo consigue, aun cuando sólo sea azúcar quemada, bicarbonato de soda y la buena agua natural. Por eso la prescripción se escribe en latín, así no la comprenda. No está bien. No es científico. Y otra cosa. Me parece que muchos doctores tratan las enfermedades empíricamente, es decir, tratan los síntomas individualmente. No se preocupan de combinar los síntomas en su espíritu y dar con el diagnóstico. Dicen muy rápidamente, porque siempre están apurados: «Ah, dolor de cabeza!... Ensaye éste polvo», o «Usted está anémico, debe tomar algo de hierro». En vez de preguntar cuál es la causa del dolor de cabeza o de la anemia... —De pronto se interrumpió bruscamente—. Oh, lo siento! La estoy aburriendo!...

—No, no —dijo ella con presteza—. Es enormemente interesante.

—Recién estoy comenzando, descubriendo mi camino —prosiguió tempestuosamente, estimulado por el interés de Cristin—. Pero juzgo honradamente, aun por lo que he visto, que los libros de texto por los cuales me enseñaron contienen demasiadas ideas conservadoras, anticuadas. Drogas inútiles, síntomas que fueron descritos por alguien en la Edad Media. Me dirá usted que ello no importa al médico corriente. ¿Pero por qué no ha de ser éste más que un preparador de emplastos o de drogas? Es hora ya de poner a la ciencia en primer plano. Mucha gente cree que la ciencia yace en el fondo de un tubo de ensayo. Yo no. Creo que la generalidad de los médicos tiene la posibilidad de ver las cosas y una situación más favorable para observar los síntomas de una nueva enfermedad en el ejercicio corriente de la profesión que en cualquier hospital. Cuando un enfermo es llevado al hospital, por lo general ha pasado ya el primer período de su mal.

Cristina iba a responder, cuando sonó la campanilla de la puerta. Se levantó, renunciando a la observación que pensaba hacer, diciendo, en cambio, con su suave sonrisa:

—Espero que no olvide su promesa de hablarme de esto en otra oportunidad.

Entraron Watkins y su esposa, disculpándose por haber llegado tarde. Inmediatamente se sentaron a la mesa.

El ambiente fue muy distinto de aquella fría reunión en que se encontraron la última vez. Se les sirvió carne de ternera con puré de papas, pastel con crema y, finalmente, queso y café. Aunque sencillos los platos eran abundantes. Después de las míseras comidas que le servía Blodwen, era una gran cosa para Andrés encontrarse ante un alimento caliente y apetitoso.

—Tiene usted suerte con la patrona, señorita Barlow! Es una excelente cocinera!

Watkins, que con ojos socarrones había estado observando a Andrés manejar el tenedor, de pronto echóse a reír.

—Sí que está bueno. —Volvióse a su mujer—. ¿Oíste, .querida? Dice que la anciana señora Herbert es una excelente cocinera.



Cristina se ruborizó ligeramente.

—No le haga caso —le dijo a Andrés—. Es el cumplimiento más amable que me hayan hecho, porque usted no se proponía dirigírmelo. Como a veces ocurre, yo preparé la comida. Estoy a cargo de la cocina de la señora Herbert. Me gusta cocinar. Y estoy habituada a ello.

Esta observación sirvió para que el administrador de mina se pusiera más alegremente bullicioso. Era muy otro del individuo taciturno que había soportado estoicamente la fiesta en casa de la señora Bramwell. Rudo y ordinario, se deleitó con su comida. Se chupó los labios con el pastel, puso los codos sobre la mesa y refirió historias que provocaron hilaridad.

La tertulia transcurrió rápidamente. Cuando Andrés miró su reloj vio, para asombro suyo, que eran casi las doce. Y había prometido hacer una visita a un enfermo en la calle Blaina antes de las diez y media.

Se levantó con gran pesar para despedirse, y Cristina lo acompañó hasta la puerta. En el angosto corredor, su brazo rozó el cuerpo de ella.

Sintió un dulce estremecimiento. Era ella tan diferente a todas las que había visto antes, con su tranquilidad, su fragilidad, sus oscuros ojos inteligentes. Que el cielo lo perdonara por haberse atrevido a creerla insignificante!

Respirando aceleradamente, tartamudeó:

—No puedo agradecerle suficientemente el haberme invitado esta noche. ¿Me permitiría verla de nuevo? No siempre converso de mi oficio. Quisiera usted... Cristina, ¿quisiera venir conmigo algún día al cine de Toniglan?

Los ojos de Cristina le sonrieron por primera vez en forma delicadamente incitante.

—Espero su invitación.

Hubo un largo minuto silencioso en el peldaño de la puerta de calle bajo las altas estrellas. El aire húmedo y perfumado era frío en las mejillas ardientes de Andrés. El aliento de Cristina le llegaba dulcemente. Anhelaba besarla. Le estrechó cálidamente la mano, dio media vuelta, taconeó calle abajo y regresó a su casa, llena la cabeza de alados pensamientos, recorriendo imaginariamente esa misma senda vertiginosa que han seguido vulgarmente millones, creyéndose, no obstante, unidos, predestinados, eternamente dichosos. ¡Oh, era una muchacha encantadora! ¡Qué bien lo había comprendido cuando le hablaba de los problemas de la profesión! Era inteligente, mucho más inteligente que él. Y además, qué maravillosa cocinera! ¡Y la había llamado Cristina!

## Capítulo VIII

Aunque Cristina ocupaba ahora su espíritu más que nunca, todo el curso de sus pensamientos se veía alterado. Ya no se sentía desanimado, sino feliz, exaltado, lleno de esperanzas. Y este cambio de perspectiva se reflejó al momento en su trabajo, Era lo bastante joven para imaginar una situación dentro de la cual ella lo observaba en sus casos, en sus métodos cuidadosos, en sus escrupulosos exámenes, le recomendaba la investigación certera de sus diagnósticos, Cualquier tentación de ahorrarse una visita, de llegar a una conclusión sin auscultar primero el tórax del paciente, era rechazada redondamente con el pensamiento inmediato de: «¡No, señor! ¿Qué pensaría ella de mí si yo hiciera tal cosa?».

Más de una vez sintió fijos en él los ojos satíricos e inteligentes de Denny. Pero no le importaba. Idealista y apasionado, vinculaba a Cristina con sus ambiciones, inconscientemente la convertía en un incentivo extra, en el gran asalto a lo desconocido.

Reconocía para sus adentros que prácticamente nada sabía aún. Sin embargo, se estaba enseñando a sí mismo a pensar por su cuenta, a mirar detrás de las apariencias en un esfuerzo para descubrir la causa próxima. Nunca antes se había sentido tan poderosamente atraído por el ideal científico, Anhelaba no convertirse nunca en mercenario o descuidado, no saltar jamás a las conclusiones, no llegar nunca a escribir «la preparación como antes». Necesitaba descubrir, ser científico, ser digno de Cristina.

Frente a este ingenuo anhelo, parecía deplorable que en la práctica su trabajo se tornara de pronto, y uniformemente, estúpido. Necesitaba escalar montañas. Sin embargo, en las semanas siguientes se vio frente a una serie de colinas insignificantes. Sus casos eran triviales, carentes por completo de interés, una avalancha vulgar de dislocaciones, dedos heridos, resfríos. El colmo ocurrió cuando lo llamó, dos millas valle abajo, una anciana de rostro amarillento que, mirándolo por debajo de su gorro de franela le pidió que le cortara los callos.

Se sentía molesto e impaciente por esta falta de oportunidades, ansiaba el torbellino y la tempestad.

Comenzó a discutir su propio optimismo, a preguntarse si le era realmente posible a un doctor en este apartado lugar ser algo más que un ganapán vulgar y entonces, cuando mayor era su pesimismo, se produjo un incidente que levantó, una vez más, hasta las nubes el mercurio de sus esperanzas.

Hacia el fin de la última semana de junio, al acercarse al puente de la estación, se encontró con el doctor Bramwell. El rey de las enfermedades pulmonares salía de la puerta lateral de la Posada del Ferrocarril, limpiándose furtivamente el labio superior con el dorso de la mano. Cuando Gladys partía, alegre y vestida de gala, a sus

enigmáticas expediciones de «compras» a Toniglan, él tenía la costumbre de regalarse libremente con unos tragos de cerveza.

Algo desconcertado al verse sorprendido por Andrés, sin embargo, salvó la situación con una mentira.

—Ah, Manson! Me alegro de verlo. Acabo de atender un llamado de Pritchard.

Pritchard era el propietario de la Posada del Ferrocarril, y Andrés lo había visto cinco minutos antes, sacando a su «terrier» a dar un paseo. Mas dejó pasar la oportunidad. Le tenía cariño al rey de las enfermedades pulmonares, cuyo altisonante lenguaje y heroicidad festiva eran compensados de manera muy humana por su timidez y los agujeros de sus calcetines, que Gladys olvidaba zurcir.

Mientras caminaban calle arriba, comenzaron a hablar del oficio. Bramwell estaba siempre pronto a conversar de sus casos y ahora, con aire de gravedad, le manifestó a Andrés que Emlyn Hughes, cuñado de Anita, estaba a su cuidado. Emlyn, decía, se había estado conduciendo en forma extraña últimamente, trastornándose en la mina y perdiendo la memoria. Se había puesto pendenciero y violento.

—Me produce mala impresión, Manson —dijo pensativamente Bramwell—. Yo he visto antes el trastorno mental. Y esto se le parece extraordinariamente.

Andrés manifestó su interés. Siempre había creído a Hughes un sujeto agradable e impasible. Recordó que Anita había dado muestras de hallarse inquieta últimamente y que al interrogarla, él había inferido vagamente que se hallaba intranquila respecto de su cuñado, por cuanto a pesar de su inclinación a los chismes, se había manifestado reticente en lo que concernía a las cosas de su familia. Cuando se separó de Bramwell aventuró la esperanza de que este caso pudiera tomar un giro favorable dentro de poco.

Pero el viernes siguiente a las seis de la mañana fue despertado por golpes en su dormitorio. Era Anita que, enteramente vestida y con los ojos enrojecidos, le presentó un sobre. Andrés lo abrió. Era un mensaje del doctor Bramwell.

*«Venga al instante. Quiero que me ayude a certificar el caso de un loco peligroso».*

Anita contenía las lágrimas.

—Es Emlyn, doctor. Ha ocurrido algo horrible. Espero que usted venga pronto.

Andrés se vistió en tres minutos. Acompañándolo calle abajo, Anita le refirió lo mejor que pudo lo de Emlyn. Había estado enfermo y extraño en el transcurso de tres semanas, pero durante la noche se había tornado violento y había salido enteramente de sus casillas, acometiendo a su mujer con un cuchillo de pan. Olwen había escapado apenas, saliendo a la calle en camisón. El sensacional relato era bastante desconsolador tal como Anita lo contaba, con palabras entrecortadas, mientras lo seguía apresuradamente a la suave luz de la mañana, y poco se le ocurría añadir a Andrés para tranquilizarla. Llegaron a la casa de Hughes. En la habitación que daba a

la calle, Andrés encontró al doctor Bramwell, sin afeitado, sin cuello ni corbata, sentado a la mesa con aire se rió, pluma en mano. Tenía ante sí un formulario de papel azul, a medio llenar.

—Ah, Manson, qué bueno que haya venido tan pronto! Un asunto desgraciado. Pero no le hará perder mucho tiempo.

—¿Qué ocurre?

Hughes se ha vuelto loco. Creo que hace una semana le manifesté que temía este desenlace. Bien. Tenía razón. Manía aguda —Bramwell subrayaba las palabras con trágica grandez—. Manía aguda homicida. Tendremos que hacerlo llevar derechamente: a Pontynewdd. Ello requiere dos firmas en el certificado, la mía y la suya... Los parientes me pidieron que lo llamara a usted. Conoce el procedimiento, ¿no?

—Sí —asintió Andrés—. ¿Cuáles son sus fundamentos?

Carraspeando, comenzó Bramwell a leer lo que había escrito en el formulario. Era un relato completo, fluido, de algunas de las acciones de Hughes durante la semana anterior, todas las cuales denunciaban su trastorno mental. Al final, Bramwell levantó la cabeza.

—Evidencia clara, me parece.

—Parece algo muy grave —respondió lentamente Andrés—. Bien, lo examinaré un poco.

—Gracias, Manson. Me hallaré aquí cuando haya terminado. Y comenzó a añadir nuevos detalles a su escrito.

Emlyn Hughes estaba en cama y, sentado a su lado —para el caso de que se necesitara la fuerza—, dos de sus compañeros de la mina. De pie frente al lecho se hallaba Olwen, con el rostro comúnmente tan vivaz y alerta, ahora demacrado y sollozante. Su actitud era de tal abatimiento, tan tensa y triste la atmósfera de la alcoba, que Andrés sintió momentáneamente un estremecimiento de frialdad, casi de miedo.

Se dirigió a Emlyn y al principio apenas lo reconoció. El cambio no era tan grande, se trataba del mismo Emlyn, pero de un Emlyn alterado y embotado, con unas facciones que de misteriosa manera habían perdido su perfil característico. Su rostro parecía hinchado, las ventanillas de la nariz engrosadas, la piel cerosa, a excepción de una mancha rojiza que se extendía por la nariz. Todo su aspecto era pesado, apático. Andrés le habló. Musitó una respuesta ininteligible. Luego, apretando los puños, prorrumpió en una andanada de disparates agresivos que, sumados al relato de Bramwell, daban completa evidencia de la necesidad de su traslado.

Siguió un silencio. Andrés lamentaba tener que estar convencido. Sin embargo, inexplicablemente, no estaba satisfecho. ¿Por qué, por qué, seguía preguntándose, por

qué hablaría así Hughes? Suponiendo que el hombre estuviera trastornado, ¿cuál era la causa? Había sido siempre un hombre feliz, satisfecho; no había tenido inquietudes, era despreocupado, amistoso. ¿Por qué, sin razón aparente, había llegado a esto?

Debía haber una razón, pensaba Manson empecinadamente; los síntomas no se presentaban por sí solos. Mirando esas facciones hinchadas, cavilando, cavilando en busca de alguna solución del enigma, instintivamente le palpó la cara abotagada, advirtiendo inconscientemente al hacerla que la presión de su dedo no dejaba depresión alguna en su mejilla edematosa.

De pronto, eléctricamente, vibró una deducción en su cerebro. ¿Por qué la hinchazón no formaba hoyuelos a la presión? Porque —y le saltaba el corazón con este hallazgo—, no era verdadero edema sino mixedema. Había dado, sí, había dado! No, no, no debía precipitarse. Se refrenó a sí mismo con energía. No debía ser un atolondrado, que saltara locamente a las conclusiones. Debía marchar con prudencia, lentamente, estar seguro.

Inclinándose, alzó la mano de Emlyn. Sí, la piel estaba seca y áspera y los dedos ligeramente hinchados en sus extremos. La temperatura era subnormal. Concluyó metódicamente el examen, reprimiendo cada nueva oleada de entusiasmo. Todos los síntomas y todos los signos ajustaban tan magníficamente como las piezas de un complicado rompecabezas. La palabra torpe, la piel seca, los dedos hinchados, el rostro tumefacto y sin elasticidad, la memoria defectuosa, la ideación lenta, los ataques de irritabilidad culminando en un estallido de violencia homicida: oh, el triunfo del cuadro completo era sublime!

Levantándose fue al salón donde el doctor Bramwell, de pie sobre el felpudo de la chimenea y dando la espalda al fuego, lo recibió.

—Bien. ¿Conforme? La pluma está en la mesa.

—Mire. Bramwell... —Andrés mantuvo desviados los ojos luchando para eliminar del tono de su voz toda entonación triunfa—. Yo no creo que debamos denunciar el caso de Hughes.

¿Eh? ¿Qué? —Poco a poco la palidez abandonó el rostro de Bramwell. Exclamó con ofendido asombro—: Pero el hombre ha perdido su juicio!

—No es ése mi punto de vista —respondió Andrés en un tono tranquilo, todavía reprimiendo, su excitación, su entusiasmo. No era bastante que hubiera diagnosticado el caso. Tenía que tratar con miramientos a Bramwell procurar no enemistarlo—. A mi modo de ver, Hughes está enfermo de su mente sólo porque lo está del cuerpo. Creo que padece de una deficiencia de la tiroides... Un caso absolutamente definido de mixedema.

Bramwell miró fijamente a Andrés. Ahora, realmente, se hallaba confundido. Hizo varios esfuerzos para hablar, un rumor extraño como de nieve que cae de un

tejado.

—Después de todo —prosiguió persuasivamente Andrés con sus ojos fijos en el felpudo de la chimenea—, Pontynewdd es un sitio abominable. Una vez que Hughes ingrese allí, no saldrá más, Y si sale, llevará el estigma de ello toda su vida. ¿Y si primero intentáramos administrarle tiroides?

—Vaya, doctor —balbuceó Bramwell—, yo no veo...

—Piense en su prestigio —lo interrumpió rápidamente Andrés, para el caso de que lo sane. ¿No cree que vale la pena? Venga ahora, llamaré a la señora Hughes. Ella está llorando desolada porque cree que le van a llevar a Emlym, Usted puede explicarle que vamos a intentar otro tratamiento.

Antes de que Bramwell pudiera protestar. Andrés salió de la habitación. Pocos minutos después cuando regresó con la señora Hughes, el rey de las enfermedades pulmonares se había tranquilizado. De pie sobre el felpudo, le informó a Olwen, de la mejor manera que pudo, de que «todavía podía haber un rayo de esperanza», mientras que, detrás de él, Andrés convertía el certificado en un ovillo y lo arrojaba al fuego. En seguida salió a telefonar a Cardiff pidiendo tiroides.

Hubo un período de ansiedad trémula, varios días de expectación angustiosa, antes de que Hughes comenzara a responder al tratamiento. Pero una vez que hubo comenzado, la reacción fue mágica. Emlyn estuvo en pie al cabo de quince días y de nuevo en su trabajo a los dos meses. Una tarde visitó el consultorio de Bryngower, flaco y activo, acompañado por la sonriente Olwen, para referirle a Andrés que nunca se había sentido tan bien en su vida. Olwen dijo:

—Todo se lo debemos a usted, doctor. Deseamos dejar a Bramwell por usted. Emlyn estaba en su lista antes de que nos casáramos. Es ni más ni menos que un tonto maricón. Hubiera enviado a mi Emlyn a..., ya sabe a dónde, si no hubiera sido por usted y por todo lo que usted ha hecho por nosotros.

—Ustedes no pueden cambiarse, Olwen —respondió Andrés—. Todo se echaría a perder. —Abandonó su gravedad profesional y se entregó a un júbilo genuinamente juvenil—. Si lo intentan siquiera..., yo los acometeré con ese cuchillo para pan.

Bramwell, encontrando en la calle a Andrés, le observó alegremente:

«Hola, Manson! Supongo que habrá visto a Hughes. Oh, ambos están muy agradecidos! Me ufano de no haber tenido nunca un caso más hermoso».

Anita dijo:

«Ese viejo Bramwell, pavoneándose por las calles como si fuera alguien. No sabe nada y su mujer, bah! No puede conservar a sus sirvientes».

La señorita Page dijo: «Doctor, no olvide que está trabajando para el Doctor Page».

El comentario de Denny fue:

«Manson, usted está ahora demasiado engreído para que se le tolere, y pronto será

el mayor de los tontos. Muy pronto».

Pero Andrés, corriendo a lo de Cristina, embriagado con el triunfo del método científico, reservó para ella todo lo que tenía que decir.

## Capítulo IX

En Julio de ese año la Conferencia Anual de la Unión Médica Británica se reunió en Cardiff. La Unión, a la cual debía pertenecer, todo médico que se respetara, como siempre se lo decía a sus alumnos el profesor Lamplough en su discurso final, era famosa por sus conferencias anuales. Espléndidamente organizadas, les ofrecían deportes y atractivos científicos y sociales a los miembros y sus familias, precios rebajados en los mejores hoteles, excursiones a cualquier abadía ruinoso de la vecindad, un artístico folleto recordatorio, prospectos de los principales fabricantes de instrumental quirúrgico y de las casas productoras de drogas y rebajas en las termas más cercanas. El año anterior les habían sido enviadas generosamente a cada doctor y su esposa, al final de la semana de reuniones, cajas de muestras gratuitas de bizcochos Non Adipo.

Andrés no era miembro de la Unión, ya que las cuota de cinco guineas estaba todavía por encima de sus posibilidades, pero, a la distancia, la miraba con algo de envidia. Su efecto fue hacerlo sentirse aislado y desconectado en Drineffy. Fotografías en los diarios locales de comisiones de médicos recibiendo alocuciones de bienvenida en un andén embanderado, lanzando la pelota desde el primer *tee*<sup>[4]</sup> en el Penarth Golf Course, o llenando un vaporcito para una excursión a Westonsuper Mare, contribuían a intensificar su sentimiento de exclusión.

Pero hacia la mitad de la semana le llegó una carta con la dirección de un hotel de Cardiff, que le causó, a Andrés una sensación más agradable. Era de su amigo Freddie Hamson. Freddie, como podía esperarse, asistía a la conferencia y le pedía a Manson que acudiera a visitarlo. Lo esperaba el sábado, a comer.

Andrés le mostró la carta a Cristina. Ya era habitual en él hacerla su confidente. Desde aquella noche, casi hacía dos meses, en que había cenado en casa de ella, se hallaba más enamorado que nunca. Ahora que podía verla con frecuencia y darse cuenta del evidente agrado que a ella le producían estos encuentros, se sentía más feliz que antes. Era tal vez Cristina quien producía en él este efecto tranquilizador. Era ella una personita muy práctica, enteramente sencilla, desprovista de toda coquetería. A menudo él se le acercaba en un estado de inquietud o irritación y se separaba calmado y tranquilo. Tenía una manera sosegada de escuchar lo que él decía, haciendo en seguida algún comentario que era extraordinariamente oportuno o divertido. Poseía un vivo sentido del humor y nunca lo lisonjeaba.

A veces, a pesar de la calma de Cristina, tenían grandes disputas, pues ella poseía un criterio propio. Le dijo un día, con una sonrisa, que su espíritu discutidor le venía de una abuela escocesa. Acaso su espíritu independiente provenía también de la misma fuente. Andrés sentía a menudo que ella tenía gran valor, lo que lo conmovía y lo hacía anhelar protegerla. Cristina estaba realmente sola en el mundo, salvo una tía



inválida de Bridlington.

Cuando hacía buen tiempo los sábados o domingos por la tarde, daban largos paseos por el Pandy Road. Un día habían ido a ver un film, a Chaplin, en «La quimera del oro», y de nuevo a Toniglan, a proposición de ella, a un concierto sinfónico. Pero él gustaba más que todo de las tardes en que la señora Watkins la visitaba y él podía disfrutar de la intimidad de su compañía en su propio saloncito. Era entonces cuando ocurrían la mayoría de sus discusiones, presenciadas por la señora Watkins, que tejía plácidamente, pero estaba resuelta, sin embargo, a hacer durar su lana hasta el fin de la sesión, haciendo entre ellos, de respetable conciliadora.

Ahora, con la visita a Cardiff en perspectiva, Andrés quería que lo acompañara. La escuela de la calle del Banco se cerraba por las vacaciones del verano, a fin de semana, y ella iría a Bridlington a pasar su descanso con su tía. Él sentía que era necesaria alguna celebración especial antes de que ella se despidiera.

Una vez que le hubo leído la carta, dijo Andrés impulsivamente:

—¿Vendrá usted conmigo? Sólo es hora y media de tren. Conseguiré que Blowden me deje libre el sábado por la tarde. Podríamos tratar de ver algo de la Conferencia. Y, en cualquier caso, me gustaría que conociera a Hamson.

Ella asintió.

—Me gustaría ir.

Entusiasmado por la aceptación, no deseaba ser detenido por la señorita Page. Antes de abordarla sobre la cuestión, colocó un visible letrero en la ventana del consultorio:

*Cerrado el sñabado por la tarde.*

Se fue alegremente a su casa.

—Señorita Page. Según lo que yo entiendo de la «Ley de trabajo de los médicos ayudantes», tengo derecho a medio día de descanso al año. Me gustaría que el mío fuera el sábado. Voy a Cardiff.

—Es decir, doctor... —Se erizó al escuchar su petición, pensando que estaba demasiado lleno de sí mismo, engreído; pero después de mirarlo, suspicazmente, declaró regañonamente—: ¡Oh, bien! Usted puede ir, supongo. —Una súbita idea cruzó por su mente. Se le iluminaron los ojos. Se relamió los labios—. En todo caso, me traerá algunos pasteles de Parry. Creo que no hay nada más exquisito que los pasteles de Parry.

El sábado a las cuatro y media Cristina y Andrés tomaban el tren para Cardiff. Andrés estaba optimista, bullanguero, y saludó por sus nombres al mozo de cordel y al boletero. Con una sonrisa miró a Cristina, sentada en el asiento de enfrente.

Llevaba ésta una blusa azul marino y pollera que acentuaba su aire habitual de corrección. Sus zapatos negros estaban muy brillantes. Sus ojos, como todo su aspecto, delataban la importancia que le asignaba al paseo. Resplandecían.

Al verla allí, lo invadió una ola de ternura y de deseo. Estaba muy bien, pensaba, esta camaradería que los unía. Pero deseaba más que eso. Deseaba tomarla en brazos, sentirla tibia y anhelante junto a sí.

Involuntariamente le dijo:

—Me sentiré perdido sin usted..., cuando se ausente este verano.

Las mejillas de Cristina se ruborizaron ligeramente. Miró a través de la ventana. Andrés preguntó impetuosamente:

—¿No debería yo haber dicho eso?

—En todo, caso, me alegro de que lo haya dicho —respondió ella, sin dar vuelta la cara.

Andrés estuvo a punto de decirle que la amaba, de preguntarle, a pesar de la inseguridad ridícula de su situación, si se casaría con él. Vio, con, intuición lúcida, que ésta era la única, la inevitable solución para ambos. Pero algo, un presentimiento de que el instante no era oportuno, lo refrenó. Decidió hablarle en el tren de regreso.

Entretanto prosiguió, casi sin aliento:

—Tendremos un rato muy agradable esta tarde. Hamson es un buen muchacho. Era más bien alegre en el Royal. Es un mozo de talento. Recuerdo que una vez —sus ojos se tornaron reminiscentes—, hubo una fiesta de caridad en Dundee para los hospitales. En el liceo se presentaban todas las estrellas, artistas aceptables, como usted lo sabe. Pues bien, Hamson subió al escenario, cantó, bailó y, ¡cáspita!, echó la casa abajo.

—Parece más un ídolo de teatro que un médico —dijo ella sonriendo.

—No tema. Cristina. Freddie le va a gustar.

El tren llegó a Cardiff a las seis y cuarto y ellos se dirigieron directamente al Palace Hotel. Hamson había prometido encontrarlos allí a las seis y media, pero no había llegado aún cuando ellos entraron en el hall de espera.

Se entretuvieron observando la escena. El local estaba atestado de doctores con sus señoras, que conversaban y reían en medio de la mayor cordialidad. Se cruzaban amistosas invitaciones:

—Doctor, usted y la señora Smith se sentarán junto a nosotros esta noche.

—¡Ah, doctor! ¿Qué me dice usted de estas entradas para el teatro?

Había un agitado ir y venir, y caballeros con insignias rojas en los ojales transitaban apresuradamente, con aire de importancia, por el pavimento de mosaico, llevando papeles en las manos. En la sala del frente un empleado seguía pregonando monótonamente: «Sección de otología y laringología, por aquí». Sobre un corredor que conducía al anexo estaba el anuncio: «Exposición Médica». También había

ramos de palmeras y una orquesta de cuerdas.

—Muy social, ¿no? —observó Andrés sintiendo que ellos estaban más bien aislados dentro de la hilaridad general—. Y Freddie, atrasado como de costumbre.

—Echemos una mirada a la exposición.

La recorrieron con interés. Pronto Andrés vio sus manos cargadas de elegante literatura, Mostró a Cristina con una sonrisa una de las hojillas: Doctor, ¿está vacío su consultorio? Podemos indicarle cómo llenarlo. Había también diecinueve folletos, todos diferentes, que ofrecían los sedantes y analgésicos más nuevos.

—Parece que la última tendencia en medicina fuera el «doping» —observó disgustada.

En el último puesto, yendo hacia afuera, un joven los atrajo discretamente, mostrándoles un aparatito resplandeciente, semejante a un reloj.

—Doctor, creo que le interesaría nuestro nuevo indexómetro. Tiene multiplicidad de usos, está absolutamente al día, crea una impresión admirable junto al lecho y sólo vale dos guineas. Permítame, doctor. Por delante ve usted un índice de períodos de incubación. Una vuelta del disco y se encuentra el período de infección. Dentro... —abrió el dorso del estuche— hay un excelente índice de color de hemoglobina, mientras que atrás, en forma de tabulador...

—Mi abuelo tenía uno de éstos —lo interrumpió secamente Andrés—, pero lo tiró.

Cristina venía sonriéndose cuando regresaban.

—Pobre hombre —observó—. Antes nadie se atrevía siquiera a reírse de su maravilloso medidor.

En ése momento, cuando ellos entraban al hall, llegaba Freddie Hamson, saltando de su auto y penetrando al hotel con un niño que le llevaba sus palos de golf, detrás de él. Los divisó al momento y avanzó con una amplia sonrisa.

—¡Hola, hola! ¡Aquí están ustedes! Siento haberme atrasado. Tenía que decidir un empate por la copa Lister. Nunca vi suerte como la de ese muchacho. Bien, bien; me alegro de volver a verte, Andrés. ¡El mismo Manson de siempre! ¡Ah!, ¿por qué no te compras un sombrero nuevo, hijo mío? —Palmeó afectuosa e íntimamente la espalda de Andrés, mientras su sonriente mirada incluía a Cristin—. Preséntame, borrico. ¿Estás en la luna?

Se sentaron en una de las mesas redondas. Hamson decidió que deberían beber algo. Con un chasquido de sus dedos, hizo venir corriendo a un mozo. En seguida, entre sorbos de jerez, les refirió todo lo tocante a su match de golf, cómo él estaba absolutamente en situación de ganar cuando su adversario había comenzado a colocar sus tiros en todos los hoyos.

De tez fresca, pelo rubio y engominado, traje de esmerado corte y gemelos de ópalo en sus puños sobresalientes, Freddie tenía aspecto elegante, sin ser buen mozo

—sus facciones eran muy ordinarias—, pero siendo, en cambio, de buen carácter e inteligente. Parecía, tal vez, algo engreído, pero cuando se empeñaba era, sin embargo, atrayente. Se creaba amigos con facilidad, a pesar de lo cual, en la Universidad, el doctor Muir, patólogo y cínico, le había hablado un día, en presencia de la clase, en estos ásperos términos: «Usted no sabe nada; señor Hamson. Su cabeza de lobo está llena de gas egotista. Pero nunca fracasa. Si usted logra triunfar en los juegos de niños conocidos aquí como exámenes le pronostico un futuro grande y brillante».

Fueron a comer al «Grill Room», ya que ninguno de ellos estaba vestido de etiqueta, bien que Freddie los informó de que tendría que ponerse frac más tarde. Había un baile, cosa muy desagradable, pero tenía que tomar parte.

Habiendo ordenado fríamente un menú del todo médico —caldo Pasteur, lenguado Madame Curie, *tournedos a la Conference Medicale*—, comenzó a recordar los antiguos días con dramático ardor.

—Nunca hubiera pensado, entonces —terminó con un movimiento de cabeza— que Manson se enterraría en los valles de Gales del Sur.

—¿Cree usted que está completamente sepultado? —preguntó Cristina, con una sonrisa más bien forzada. Hubo una pausa. Freddie inspeccionaba la atestada sala y le hacía gestos a Andrés.

—¿Qué piensas de la Conferencia?

—Supongo —respondió Andrés dubitativamente—, que es una manera útil de mantenerse al día.

—Al día, por Dios! No he asistido a ninguna de sus reuniones en toda la semana. No, no. Lo que más importa son las relaciones que uno se procura, las personas a quienes se conoce, con quienes se mezcla. No tienes idea de la gente de verdadera influencia con la que he tratado esta semana. Por eso estoy aquí. Cuando regrese a la ciudad, los visitaré, saldré a jugar golf con ellos. Con el tiempo, créeme, eso significa negocio.

—No estoy enteramente de acuerdo contigo, Freddie —dijo Manson.

—Es tan sencillo como dejar caer un pedazo de madera. Tengo un puesto, pero, mientras tanto, he colocado mis ojos en un hermoso piso del West End, en la que una plaquita de bronce que dijera Freddie Hamson, M. B., parecería muy bien. Cuando esto sea una realidad, mis compañeros me enviarán enfermos. Tú sabes cómo ocurre. Reciprocidad. Tú me rascas la espalda y yo a ti. —Freddie paladeó un lento sorbo de vino del Rín. Prosiguió—: Y fuera de esto, aprovecha la amistad con los compañeros de las zonas suburbanas. A veces pueden enviarnos clientes. Vamos, dentro de un año o dos tú me estarás enviando enfermos a la ciudad desde tu atrasado Drin... o como lo llames.

Cristina miró rápidamente a Hamson, hizo como si fuera a hablar, y luego se

reprimió. Mantuvo sus ojos fijos en el plato.

—Y ahora háblame de ti mismo, viejo Manson —continuó sonriendo Freddie—. ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Oh!, nada fuera de lo corriente. Atiendo en un consultorio de madera, treinta visitas diarias por término medio..., en su mayor parte mineros con sus familias.

—Eso no me parece tan bien. —Freddie movió de nuevo la cabeza, compasivamente.

—A mí me gusta —dijo suavemente Andrés.

Cristina intervino:

—Y realiza usted algún trabajo efectivo.

—Sí, últimamente tuve un caso muy interesante —manifestó Andrés meditativamente—. En verdad, he enviado una nota sobre el mismo al *Journal*.

Le dio a Hamson una relación sumaria del caso de Emlyn Hughes. Aunque Freddie afectó escuchar con gran interés, sus ojos seguían vagando en torno del salón.

—Eso fue magnífico —observó cuando Andrés hubo terminado—. Creía que sólo en Suiza o en alguna otra parte determinada se producían paperas. En todo caso, supongo que tú habrás percibido una buena cuenta. Y eso me recuerda otra cosa. Un compañero me decía hoy que la mejor manera de abordar este asunto de los honorarios... —Se puso de nuevo a disertar, imbuido en un plan que alguien le había metido en la cabeza, para el pago al contado de todos los honorarios. Llegaron al final de la comida antes de que él terminara su disertación. Se levantó tirando su servilleta.

—Tomemos fuera el café. Terminaremos nuestra charla en el hall.

A las diez menos cuarto, terminado su puro, agotado por el momento su repertorio de historias, Freddie bostezó ligeramente y miró su reloj pulsera de platino.

Pero Cristina estaba frente a él. Esta miró a Andrés vivamente, se enderezó y dijo:

—¿No es casi la hora de nuestro tren?

Manson estaba a punto de protestar de que disponían de otra media hora, cuando manifestó Freddie:

—Y tendré que pensar en ese maldito baile. No puedo dejar al grupo con el cual estoy ahora.

Los acompañó hasta la puerta giratoria, despidiéndose prolongada y afectuosamente de ellos.

—Bien, viejo —murmuró con un apretón de manos final y el familiar golpe en la espalda—. Cuando yo ponga la plaquita en el Wcst End, no olvidaré enviarte una tarjeta.

Afuera, en el aire tibio de la noche, Andrés y Cristina caminaron a lo largo de Park Street silenciosos. Vagamente, tenía conciencia de que la reunión no había sido el éxito que él había anticipado; de que, a lo menos, había estado muy por debajo de las expectativas de Cristina. Esperó a que hablara ella, pero no lo hacía. Por fin dijo

con recelo:

—¿Me temo que fue algo tonto para usted el haber escuchado todas estas viejas historias de hospital?

—No —respondi—. No lo encontré tonto en absoluto.

Hubo una pausa. Andrés interrogó:

—¿No le agradó Hamson?

—No mucho. —Ella se volvió, perdiendo su etiqueta, mientras sus ojos centelleaban de sincera indignación—. La idea de Hamson, sentado allí toda la tarde, con su pelo engominado y su sonrisa barata, tratándolo a usted como a un inferior...

—¿Tratándome como a inferior? —repitió Andrés, sorprendido.

Ella asintió cálidamente:

—Era intolerable. «Un compañero me hablaba de la mejor manera de abordar el asunto de los honorarios». Precisamente cuando acababa de referirle usted su maravilloso caso. Llamándolo paperas, además. Hasta yo sé que era todo lo contrario. Y esa observación relativa a que le enviara enfermos... —se le arqueó el labio—, fue sencillamente grosera. —Concluyó con altivez—: ¡Oh, apenas pude soportar esa manera cómo se colocó por encima de usted!

—No creo que se haya colocado por encima de mi —arguyó Andrés, desconcertado. Se detuvo—. Admito que parecía lleno de si mismo esta noche. Puede haber sido una modalidad suya. Es el muchacho de mejor carácter que usted pudiera esperar hallar. Éramos grandes amigos en la Universidad. Consultábamos libros juntos.

—Probablemente le halló a usted útil para él —dijo Cristina con inusitada amargura—. Consiguió que usted lo ayudara en su trabajo.

Andrés protestó en forma lamentable:

—Vamos, no sea mal pensada, Cristina.

—¿Qué dice? —exclamó ella, saltándosele las lágrimas por la ofensa recibida—. Usted debe ser ciego para no ver la clase de persona que es su amigo. Ha echado a perder nuestro paseo. Fue delicioso hasta que llegó él y se puso a hablar de sí mismo. ¡Y pensar que había un concierto maravilloso en el Victoria Hall, al cual pudimos haber ido! Pero lo hemos perdido, ya es demasiado tarde para cualquier cosa... aunque él llegará a tiempo a su estúpido baile.

Se encaminaron trabajosamente hacia la estación, que estaba a alguna distancia. Era la primera vez que había visto enojada a Cristina. Y él también estaba irritado..., irritado consigo mismo, con Hamson y con Cristina.

Sin embargo, ella tenía razón al decir que la tarde no había sido un éxito. Ahora, al observar secretamente su pálido rostro contraído, sintió que había sido un espantoso fracaso.

Entraron en la estación. De pronto, mientras se abrían camino al andén superior,

Andrés divisó a dos personas al otro lado. Los recordó al instante: la señora Bramwell y el doctor Gabell. En ese momento llegó el tren de abajo, uno local que iba a la costa de Porthcawl. Gabell y la señora Bramwell entraron juntos al tren de Porthcawl, sonriéndose mutuamente. Sonó el silbato. El tren partió.

Andrés experimentó una repentina sensación de angustia. Miró rápidamente a Cristilla, esperando que no hubiera observado el incidente. Esa mañana había encontrado a Bramwell, quien comentando la hermosura del día, se había restregado las manos satisfecho, manifestando que su esposa iría a pasar el fin de semana con su madre en Shresbury.

Andrés estaba con la cabeza caída, silencioso. Se hallaba tan enamorado, que la escena que acababa de presenciar, con todas sus consecuencias, lo afectaba como un dolor físico. Se sintió ligeramente enfermo. Sólo faltaba este remate para hacer completamente aplastador el día. Su humor parecía sufrir un completo trastorno. Una sombra había caído sobre su alegría. Ansiaba con toda su alma tener una conversación larga y tranquila con Cristina, abrirle su corazón, desvanecer esa estúpida, insignificante falta de inteligencia producida entre ellos. Ansiaba, sobre todo, estar completamente solo con ella. Tuvieron que contentarse con un compartimiento lleno de mineros que discutían en voz alta sobre un match de football.

Era tarde cuando llegaron a Drineffy, y Cristina parecía muy cansada. Él estaba convencido de que Cristina había visto a la señora Bramwell y a Gabell: Probablemente no podría hablarle ahora. No quedaba otra cosa que conducirla a la casa de la señora Herbert y darle tristemente las buenas noches.

## Capítulo X

Aunque era cerca de la medianoche cuando Andrés llegó a Bryngower, encontró a Joe Morgan que lo esperaba, recorriendo a pasos cortos el espacio entre el cerrado consultorio y la puerta de la casa. Al verlo, la cara del robusto perforador expresó alivio.

—¡Ah, doctor, me alegro de verlo! aquí he estado yendo y viniendo una hora. Mi mujer lo necesita, antes de que sea tarde.

Andrés, bruscamente apartado de la consideración de sus propios asuntos, le dijo a Morgan que esperara. Entró a la casa en busca de su maletín y en seguida ambos partieron al número 12 de Blaina Terrace. El aire de la noche estaba frío y henchido de misterio. Tan listo habitualmente, Andrés se sentía ahora embotado y torpe. No preveía que este llamado nocturno resultaría extraordinario, menos todavía que influiría en todo su futuro en Drineffy. Ambos hombres caminaron silenciosos hasta que llegaron a la puerta número 12, donde Joe se detuvo.

—Yo no entraré —dijo, y su voz revelaba signos de tensión—. Pero, doctor, espero que usted nos prestará un gran servicio.

Dentro, una angosta escalera conducía a un pequeño dormitorio, limpio, aunque pobremente amueblado y sólo alumbrado con una lámpara de aceite. Aquí la madre de la señora Morgan, una mujer alta, de cabello gris, de unos setenta años, y la robusta partera de edad madura, esperaban junto a la paciente, observando la expresión de Andrés, mientras se movía por la habitación.

—Déjeme prepararle una taza de té, dador —dijo rápidamente, al cabo de unos instantes.

Andrés sonrió débilmente. Vio que la anciana, de gran experiencia, comprendía que debería haber un período de espera, que temía que él abandonara a la enferma, diciendo que volvería más tarde.

—No tema abuelita, no me iré.

Abajo, en la cocina, bebió el té que se le ofreció. Cansado como estaba, sabía que no podría dormir ni siquiera una hora si fuera a su casa. Sabía también que el caso exigiría toda su atención. Cayó sobre él un intenso letargo. Decidió quedarse hasta que todo hubiera terminado.

Una hora después volvió a subir; observó los progresos operados y volvió de nuevo junto al fuego de la cocina. Había quietud, escuchándose sólo, el chisporroteo del carbón y el lento tic-tac del reloj de pared. No, había otro sonido..., el golpe de las pisadas de Morgan que se paseaba en la calle. Frente a él, la anciana vestida de negro estaba sentada, inmóvil, con sus ojos extrañamente vivos y alertas, escrutando la cara de Andrés incesantemente.

Los pensamientos de éste eran pesados, confusos. El episodio que había



presenciado en la estación de Cardiff todavía lo obsesionaba morbosamente. Pensaba en Bramwell, consagrado por entero a una mujer que lo engañaba miserablemente; en Denny, que vivía infelizmente, separado de su mujer. Su corazón le decía que todos estos matrimonios eran espantosos fracasos. Era una conclusión que, en su situación presente, lo hizo retroceder. Deseaba considerar el matrimonio como un estado idílico; sí, no podía considerarlo de otra manera con la imagen de Cristina ante su vista. Los ojos de Cristina, vivamente fijos en él, no admitían otra conclusión. Era el conflicto entre su mente equilibrada, dudosa, y su corazón apasionado lo que lo ponía confuso y triste. Dejó caer el mentón sobre el pecho, extendió las piernas, miró pensativamente el fuego.

Se quedó así tanto tiempo, y sus pensamientos estaban tan henchidos de Cristina, que se estremeció cuando la anciana del frente le habló sorpresivamente. La meditación de ella había seguido un curso diferente.

—Dijo Susana que no le administraran cloroformo si dañaba a la criatura. Está horriblemente preocupada por este bebé. —Sus fatigados ojos se iluminaron con un pensamiento súbito. Añadió en voz baja—: Todos lo estamos, me imagino.

Andrés se recobró con un esfuerzo.

—El anestésico no le hará daño alguno —dijo Andrés bondadosamente.

Aquí se escuchó la voz de la enfermera que llamaba desde el descanso superior. Andrés miró el reloj, que ahora señalaba las tres y media. Se levantó y subió al dormitorio. Advirtió que ahora podía comenzar su trabajo.

Pasó una hora. Fue una lucha prolongada y dura. Luego, mientras los primeros albores del día cruzaban las roturas de la persiana, nació el niño, sin vida.

Al mirar el cuerpecito inmóvil, Andrés se estremeció de horror. ¡Después de todo lo que había prometido! Su rostro congestionado con sus propios esfuerzos se le heló rápidamente. Dudó entre su deseo de intentar volver a la vida a la criatura, y su obligación para con la madre que se hallaba, por su parte, en estado desesperante. El dilema era de tanto apremio que no lo resolvió a conciencia. Ciega, instintivamente entregó la criatura a la enfermera y volvió su atención a Susana Morgan, que ahora yacía, desvanecida, de costado, casi sin pulso, sin volver todavía del éter. La prisa de Andrés era desesperada, una carrera frenética con las fuerzas de la enferma que sucumbían. Sólo tardó un instante en romper una ampollita e inyectar una dosis de pituitrina. En seguida, dejó la jeringa y trabajó empeñosamente para reponer a la desmayada mujer. Después de algunos minutos de esfuerzo febril, vio que se le robustecía el corazón y que podía dejarla sin peligro. Buscó en torno suyo, en mangas de camisa, con el pelo adherido a su frente empapada.

—¿Dónde está el niño?

La partera hizo un gesto de espanto. Lo había colocado debajo de la cama.

Andrés se arrodilló en un instante. Hurgando entre los diarios empapados, sacó al

niño de debajo de la cama. Un varoncito, perfectamente formado. El cuerpo débil y tibio estaba albo y blando como grasa. El cordón umbilical, cortado apresuradamente, parecía un tallo quebrado. La piel era de tejido encantador, suave y tierna. La cabecita se doblaba sobre el delgado cuello. Las extremidades parecían sin huesos.

Todavía de rodillas, Andrés miró al niño con expresión de espanto. La blancura significaba una sola cosa: asfixia, y su mente, en extraordinaria tensión, recordó un caso que había presenciado en la Samaritana, el tratamiento que se había empleado. En un instante estuvo de pie.

—Denme agua fría y agua caliente —le gritó a la enfermera—. Y también palanganas. ¡Pronto, pronto!

—Pero, doctor... —balbuceó ésta, fijos los ojos en el pálido cuerpo del niño.

—¡Pronto! —gritó él.

Tomando rápidamente un pañal, colocó encima al niño y comenzó el método especial de respiración artificial. Llegaron las palanganas, el jarro, la tetera grande de barro. Echó precipitadamente agua fría en una; en la otra agua tan caliente como su mano podía soportar. En seguida, como un prestidigitador, comenzó a meter al niño alternativamente en cada uno de los recipientes, ya en el agua fría, ya en la caliente.

Pasaron quince minutos. La transpiración caía sobre los ojos de Andrés, impidiéndole ver. Una de sus mangas colgaba chorreando. Respiraba jadeante. Pero en el flácido cuerpo del niño, no había el menor síntoma de aliento.

Lo oprimió un desesperado sentimiento de derrota, de rabiosa desesperanza. Sentía a la matrona observándolo consternada mientras que más allá, apoyada contra la pared, donde había permanecido todo el tiempo, con la mano presionando su cuello, muda, los ojos fijos en él, estaba la anciana. El recordó el anhelo de un nieto, tan grande como había sido el de su hija por este niño. Todo fracasaba, era inútil, sin remedio.

El piso estaba convertido en una inmundicia. Resbalando sobre una toalla empapada, Andrés casi dejó caer al niño, que se hallaba mojado y resbaladizo en sus manos, como un extraño pez blanco.

—Por piedad, doctor —lloriqueó la parter—. Ha nacido muerto.

Andrés no le hizo caso. Derrotado; desesperado, habiendo trabajado en vano media hora, insistió todavía en un último esfuerzo restregando al niño con una toalla áspera, oprimiendo y soltando el pechito con sus dos manos, procurando infundir aliento al débil cuerpecito.

Y entonces, como por un milagro, el pecho que oprimían sus manos exhaló un pequeño aliento convulsivo. Otro. Y otro. Andrés se quedó lelo. El sentimiento de la vida, que brotaba de debajo de sus dedos al cabo de todo aquel bregar, aparentemente inútil era tan delicioso que casi lo hizo desvanecer. Redobló febrilmente sus

esfuerzos. La criatura respiraba más profundamente ahora. Una burbuja de mucus salió de una de las ventanillas de la nariz una burbuja irisada. Las extremidades ya no estaban sin huesos; la cabeza ya no colgaba. La piel alba se tornaba poco a poco rosada. Después, deliciosamente, llegó el lloriqueo del niño.

—Dios del cielo —suspiró la enfermera históricamente—. Ha llegado vivo.

Andrés le entregó el niño. Se sentía débil y agotado. En torno suyo la habitación estaba en completo desorden: sábanas, toallas, palanganas, instrumentos sucios, la jeringa hipodérmica clavada en el linóleo el jarro volcado, la tetera a su lado en un charco de agua. Sobre la revuelta cama, la madre dormía aún plácidamente el sueño del anestésico. La anciana todavía permanecía de pie, apoyada contra la pared. Pero sus manos estaban juntas y sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Rezaba.

Mecánicamente, Andrés se desdobló las mangas y se puso la chaqueta.

—Vendré luego a buscar mi maleta, enfermera.

Bajó al fregadero, pasando por la cocina. Sus labios estaban secos. Bebió un largo sorbo de agua. Buscó su sobretodo y su sombrero.

Afuera encontró a Joe de pie en la vereda, con cara de expectación.

—Perfectamente, Joe —le dijo—. Ambos perfectamente.

Había aclarado mucho. Eran cerca de las cinco. En la calle había ya unos pocos mineros; el primer turno de la noche, que salía. Mientras Andrés caminaba con ellos, cansado y lento, haciendo resonar sus pisadas, cuyo eco se mezclaba con el de las de los mineros, bajo el cielo matinal, seguía pensando ciegamente, olvidado de todo lo demás que había realizado en Drineffy:

He hecho algo, ¡oh, Dios!, he hecho algo efectivo al fin.

## Capítulo XI

Después de afeitarse y bañarse (gracias a Anita, siempre había abundancia de agua caliente en la cuba), se sintió menos cansado. Pero la señorita Page, viendo que no había ocupado su cama, estuvo fríamente irónica a la hora del desayuno, tanto más cuanto que él acogía en silencio sus pullas.

—¡Ah! Parece algo decaído esta mañana, doctor. ¡Y tiene unas ojeras! ¿No regresó de Swansea hasta esta mañana, no? ¡Y se olvidó también de mis pasteles de Parry! ¿Andando por los tejados, hijo mío? ¡Ah, usted no puede engañarme! Parecería demasiado bueno para que fuera cierto. Ustedes, los ayudantes, son todos lo mismo. Nunca encontré a uno todavía que no bebiera o hiciera algo malo.

Después de las consultas matutinas y de su gira antes de las doce, Andrés volvió a ver a su enferma. Acababan de dar precisamente las doce y media cuando dobló por Blaina Terrace. Había grupitos de mujeres que conversaban en las puertas de sus casas, y cuando él pasaba dejaban de hablar para sonreír y darle un amistoso «buenos días». Al acercarse al número 12 le pareció divisar un rostro en la ventana. Y era así. Lo habían estado esperando. En el momento en que él puso los pies en el umbral de la puerta, recientemente revestido de arcilla roja, aquélla se abrió y la anciana, con una sonrisa radiante en su rostro increíblemente arrugado, le hizo un cariñoso recibimiento.

En realidad, ansiaba tanto cumplimentarle que apenas podía hilvanar sus frases. Le pidió primero que pasara a la sala a tomar algún refresco. Cuando él rehusó, dijo agitadamente:

—Muy bien, muy bien, doctor, sea como usted dice. Quizá tenga tiempo antes de irse, de servirse un traguito de vino de saúco y un poco de torta casera. —Mientras subía la escalera, lo palmeaba afectuosamente con sus trémulas manos.

Entró en la alcoba. Ésta, poco antes una carnicería, y había sido barrida y lustrada hasta quedar brillante. Todo su instrumental, colocado en perfecto orden, relucía sobre el tocador de pino barnizado. Su maletín había sido cuidadosamente lustrado con grasa de ganso, y las pinzas con pomada para metales, de tal modo que parecían de plata. La cama había sido rehecha con ropa limpia y en ella estaba la madre, que lo miraba silenciosamente feliz, con su rostro maduro, mientras el bebé chupaba tranquilo y tibio, pegado a su repleto seno.

—¡Ah! —La vigorosa partera se levantó de su asiento al lado de la cama, esbozando una serie de sonrisa—. Parece que están muy bien ahora, doctor, ¿no? No saben las angustias que nos dieron. Y ni tienen preocupación alguna.

Humedeciendo sus labios, con su mirada cálidamente inarticulada, Susana Morgan procuró tartamudear su gratitud.

—¡Ah, bien puede decirlo usted! —asintió la matrona, aprovechando al máximo

la situación— y no se olvide, mi hijita, a su edad no podría tener otro. Por lo que a usted se refiere, la ocasión era ésta o nunca.

—Sabemos eso, señora Jones —interrumpió significativamente la anciana, desde la puert—. Sabemos que aquí lo debemos todo al doctor.

—¿No ha ido a verlo aún mi Joe, doctor? —preguntó tímidamente la madr—. ¿No? Bien, irá, esté seguro. Está loco de alegría. No hace más que decir, que lo único que nos faltará cuando estemos en Sud Africa, será el no tenerlo a usted, doctor, en nuestras enfermedades.

Después de partir, convenientemente fortificado con la torta de semillas aromáticas y el vino de saúco preparado en casa —hubiera destrozado el corazón de la anciana si hubiera rehusado beber a la salud de su nieto—, Andrés prosiguió su ronda, con un calor extraño en su corazón. «No podían haberme tratado mejor», pensaba orgullosamente, «si yo hubiera sido el rey de Inglaterra». Este caso se convirtió en cierta manera en el antídoto de la escena que había presenciado en el andén de Cardiff. Algo había que decir en favor del matrimonio y de la vida de familia, cuando traía una felicidad tal como la que llenaba el hogar de Morgan.

Quince días después, cuando Andrés había hecho su última visita a la casa del número 12, Joe Morgan vino a visitarlo. La actitud de Joe era solemne. Y, después de luchar mucho tiempo con las palabras, dijo explosivamente:

—Al diablo con todo, doctor! Yo no estoy acostumbrado a hacer frases. El dinero no puede pagar lo que usted ha hecho por nosotros. Pero, de todos modos, la señora y yo queremos hacerle este pequeño obsequio.

Impulsivamente, le alargó un papel a Andrés. Era una orden contra la Building Society, por cinco guineas. Manson miró el cheque. Los Morgan eran gente acomodada, pero estaban lejos de ser ricos. Esta suma, la víspera de su partida, teniendo que afrontar gastos de viaje, debía representar un gran sacrificio, una noble generosidad. Andrés dijo, conmovido:

—No puedo aceptar esto, Joe.

—Usted debe aceptarlo —dijo Joe con grave insistencia, mientras su mano apretaba la de Andrés—, o mi mujer y yo quedaremos mortalmente ofendidos. Es un presente para usted. No es para el doctor Page. Durante años y años él ha recibido mi dinero, y nunca, sino esta vez, lo hemos molestado. El está bien pagado. Este es un obsequio para usted, doctor. ¿Comprende?

—Sí, comprendo, Joe —asintió sonriendo Andrés.

Dobló el cheque, lo colocó en el bolsillo de su chaleco y lo olvidó por unos días. El martes siguiente, al pasar por el Banco, se detuvo, reflexionó un instante y entró. Como la señorita Page le pagaba siempre en billetes, que él remitía por carta certificada a las oficinas de la Dotación, nunca había tenido ocasión de valerse del Banco. Pero ahora, con una respetable suma de su propio trabajo, decidió abrir una

cuenta con el obsequio de Joe.

Endosó el cheque en las ventanillas; llenó algunos formularios y los pasó al joven cajero, observando con una sonrisa:

—No es mucho, pero, de todos modos, es un comienzo.

Entretanto, se había dado cuenta de que a cierta distancia estaba Aneurin Rees, en suspenso, observándolo y al volverse para partir, el administrador de cabeza larga se adelantó al mostrador. Tenía el cheque en sus manos. Alisándolo suavemente, miró a los lados a través de sus anteojos.

—Buenas tardes, doctor Manson. ¿Cómo está usted? —Pausa. Aspirando a través de sus dientes amarillo—. ¿Eh? ¿Desea usted colocar este pago en su nueva cuenta?

—Sí —Manson habló algo sorprendido. ¿Es una suma demasiado pequeña para comenzar?

—¡Oh, no, no, doctor! No se trata de la cantidad. Nos alegramos mucho del negocio —Rees vaciló, mirando el cheque y levantando luego sus ojillos suspicaces al rostro de Andrés—. ¿Lo quiere usted a su propio nombre?

—Vaya... ciertamente.

—Muy bien, muy bien, doctor. —Su expresión se resolvió súbitamente en una insípida sonrisa—. Me extrañaba. Quería estar seguro. Qué tiempo tan bueno para esta estación del año! Hasta luego, doctor Manson, hasta luego.

Manson salió intrigado del Banco, preguntándose qué intención tenía ese diablo calvo y lacayo. Pasaron algunos días antes de que hallara respuesta a su pregunta.

## Capítulo XII

Cristina había partido de vacaciones hacía más de una semana. Andrés había estado tan absorto en el caso Morgan, que no había logrado verla más que unos pocos momentos, en el instante de su partida. No le había hablado. Pero ahora que se hallaba ausente la echaba de menos con todo su corazón.

El verano fue excepcionalmente molesto en Drineffy. Los verdes vestigios de la Primavera se habían marchitado hacía tiempo, convirtiéndose en un sucio amarillo. Las montañas caldeaban la atmósfera, y cuando las detonaciones diarias de las minas o las canteras estallaban en el aire, inmóvil y pesado, parecían envolver el valle en una cúpula sonora. Los hombres salían de la mina con el polvo mineral como herrumbre sobre sus rostros. Los niños jugaban descuidadamente. El viejo Tomás, el cochero, estaba con ictericia, y Andrés se veía obligado a efectuar sus visitas a pie. Mientras caminaba pesadamente por las abrasadas calles, pensaba en Cristina. ¿Qué estaría haciendo? ¿Tal vez pensaría también en él? ¿Y qué pensaría del futuro, de sus esperanzas de felicidad en común?

Y en tales circunstancias, del todo inesperadamente, recibió un recado de Watkins, que le pedía que fuera a las oficinas de la Compañía.

El administrador de la mina lo recibió amablemente, lo invitó a sentarse y colocó sobre su escritorio el paquete de cigarrillos.

—Mire, doctor —dijo en un tono amistoso—, durante algún tiempo he estado con la intención de hablar con usted y es mejor que lo hagamos antes de que yo realice mi liquidación anual.

Se detuvo para quitarse de la lengua una partícula de tabaco amarillo.

—Ha venido a verme un grupo de muchachos encabezados por Emlyn Hughes y Eduardo Williams, que me han pedido lo ponga a usted en la lista de la Compañía.

Andrés se enderezó en su silla, invadido por una ola de satisfacción, de excitación...

—¿Usted quiere decir... disponer que yo me haga cargo del trabajo del doctor Page?

—No, no exactamente, doctor —dijo Watkins lentamente—. Usted advierte que la situación es difícil. Tengo que ver cómo arreglo aquí mi cuestión del trabajo. No puedo eliminar de la lista al doctor Page, pues hay un número de mis hombres a quienes no les gustaría eso. Lo que yo quería decir en beneficio de usted mismo, era hacerlo entrar, calladamente, en la lista de la Compañía; entonces aquéllos que desearan trasladarse del doctor Page a usted, podrían hacerlo fácilmente.

La ansiedad se desvaneció de la expresión de Andrés. Frunció el ceño, con su cuerpo todavía en tensión.

—Pero usted comprenderá que yo no puedo hacer eso. Llegué aquí como

ayudante de Page. Si yo me convierto en su rival... No; ningún médico decente podría hacer eso.

—No hay otro camino.

—¿Por qué no me deja hacerme cargo del consultorio? —dijo Andrés rápidamente—. Con gusto pagaría algo por ello, de lo que ganara. Esta sería otra solución.

Watkins meneó la cabeza bruscamente.

—No lo permitiré Blowden. Ya se lo he propuesto antes. Ella se sabe en una posición fuerte. Casi todos los hombres de edad de aquí, como Enoch Davies, por ejemplo, están de parte de Page. Creen que se repondrá. Tendría una huelga si sólo intentara trasladarlo. —Se detuvo—. Piénselo hasta mañana, doctor. Pronto enviaré la nueva lista a la oficina principal de Swansea. Una vez despachada, nada podremos hacer durante otros doce meses.

Andrés miró un instante al suelo y luego hizo lentamente un gesto negativo. Sus esperanzas, tan altas hacía un momento, se venían enteramente al suelo.

—¿Para qué? No podría hacerlo. Aunque lo meditara semanas.

Le costó amarga angustia llegar a esta decisión y mantenerla frente a Watkins, que era parcial en favor suyo. Sin embargo, no había modo de eludir el hecho de que él había logrado su introducción en Drineffy en calidad de ayudante del doctor Page. Alzarse contra su superior, aun en las circunstancias especiales del caso, era cosa en que no podía pensar. Suponiendo que Page, por alguna casualidad, reanudara el ejercicio activo de la profesión ¿cómo quedaría él, disputándole pacientes al anciano! No, no. No podía, y no aceptaría.

Sin embargo, durante el resto del día estuvo tristemente abatido. Por la calma imperturbable de Blowden, comprendía que se hallaba en una situación insoluble, y deseaba que no le hubiera sido hecha la proposición. Por la noche, como a las ocho, abatido, fue a visitar a Denny. No lo había visto desde hacía algún tiempo, y sentía que una conversación con Felipe, acaso la confirmación de que había actuado correctamente, le haría bien.

Llegó a la casa de Felipe alrededor de las ocho y media, y, como acostumbraba ahora, entró sin golpear. Penetró en la sala.

Felipe estaba recostado en el sofá. Al principio, en la semiclaridad, Manson creyó que el otro descansaba después de un día de gran trabajo. Pero Felipe no había trabajado ese día. Allí, estaba de espalda, respirando pesadamente, con su brazo cruzado sobre su rostro. Ebrio como una cuba.

Andrés se volvió, encontrando junto a sí a la patrona, que lo observaba de soslayo, con ojos inquietos, temerosa.

—Lo oí entrar, doctor. Ha estado así todo el día. No ha comido nada. No puedo hacer nada con él.



Andrés no sabía sencillamente qué decir. Miraba de pie el rostro inconsciente de Felipe, recordando aquella primera observación cínica, proferida en el consultorio la noche de su llegada.

—Pasaron ya diez meses desde que tuvo su última borrachera —prosiguió la patrona—. Y en este tiempo no lo había probado. Pero cuando comienza no se detiene. Puedo decirle a usted que es terrible, estando el doctor Nicholls ausente, de vacaciones. Me parece que debería telegrafiarle.

—Haga subir a Tom —dijo por fin Andrés—, y lo llevaremos a su cama.

Ayudada por el hijo de la patrona, un joven minero que parecía tomar en broma la cosa, desvistieron a Felipe y lo metieron dentro de su pijama. Después lo llevaron, inerte y pesado como un saco, hasta su dormitorio.

—Lo principal es que no pruebe ni una gota más. Póngale llave a la puerta, si es necesario.

Mientras descendían a la sala, Andrés le habló a la dueña de casa:

—Y ahora, es mejor que me dé la lista de llamados de hoy.

De la pizarra de colegial que colgaba en el hall, copió la lista de las visitas que Felipe debía haber hecho en el día. Salió. Apurándose logró hacer la mayor parte antes de las once.

A la mañana siguiente, inmediatamente después de la consulta, volvió a la pensión. La patrona le salió al encuentro, frotándose las manos.

—No sé dónde ha bebido. No he tenido la culpa, he hecho lo que he podido en beneficio suyo.

Felipe estaba más borracho que antes; pesado, insensible. Después de fuertes sacudidas y un intento de reponerlo con café cargado, que al fin fue derramado por toda la cama, Andrés volvió a tomar la lista de los llamados. Maldiciendo al calor, a las moscas, a la ictericia de Tomás y a Denny, volvió a efectuar un trabajo doble ese día.

A la caída de la tarde regresó, rendido de cansancio, rabiosamente resuelto a poner sobrio a Denny. Esta vez le encontró sentado horcajadas en una silla, de pijama, todavía ebrio, dirigiendo un largo discurso a Tom y a la señora Seager. Al entrar Andrés, Denny se detuvo y le echó una mirada despectiva y burlona. Habló pesadamente.

—¡Ah, el buen samaritano! Comprendo que usted me ha reemplazado en mis visitas. Inmensamente noble. ¿Pero por qué usted? ¿Por qué ese demonio de Nicholls se habrá ido, dejándonos el trabajo?

—Yo no sé —la paciencia de Andrés se estaba acabando—. Todo lo que sé es que sería mejor que usted hiciera su parte.

—Yo soy cirujano. No ejerzo la medicina general. ¿Qué significa un médico universal? ¿Se lo pregunto usted alguna vez? ¿No? Yo se lo diré. Es el último y más

típico anacronismo, el sistema peor, más estúpido creado jamás por Dios hecho hombre. Estimado médico universal!... ése es el público británico... ¡Ja, Ja, Ja! —Rió irónicamente—. Ellos lo hicieron. Lo aman. Lloran por él. —Se ladeó en su asiento, y nuevamente, en forma áspera y amarga, se puso a sermonearlo—. ¿Qué puede hacer el pobre diablo acerca de eso? ¡Vuestro médico general; vuestro apreciado curandero hombre-orquesta! Tal vez han pasado veinte años desde que obtuvo su título. ¿Cómo puede saber medicina, obstétrica, bacteriología y todos los progresos científicos modernos e igualmente la cirugía? ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! No olviden la cirugía. De cuando en cuando intenta una pequeña operación en el hospital sin personal adecuado. ¡Ja, ja! —nuevamente la ironía—. Ved la mastoiditis. Dos horas y media por reloj. Cuando encuentra pus es un salvador de la humanidad. Cuando no, entierran al paciente —alzó la voz; estaba rabioso, salvaje, ebriamente rabioso—. ¡Échelo todo al diablo, Manson! Ha durado cientos de años. No quieren cambiar jamás el sistema. ¿Para qué sirve? Para qué les pregunto a ustedes. Denme otro whisky. Todos estamos locos. Y parece que yo estoy también borracho.

Hubo un silencio de algunos momentos, y luego, reprimiendo su irritación, le dijo Andrés:

—Debería volverse a la cama. Venga, lo ayudaremos.

—Déjenme solo —exclamó tercamente Denny—. No use conmigo esos malditos modales de médico junto al lecho del enfermo. Los he utilizado mucho en mis tiempos. Los conozco demasiado. —Se levantó bruscamente bamboleándose, y tomando a la señora Seager por el hombro, la arrojó a la silla. Luego, tambaleándose sobre sus pies, afectando una blanda suavidad, se dirigió a la espantada mujer—: ¿Y cómo está usted hoy, mi querida señora? Supongo que un poco mejor. El pulso algo más fuerte. ¿Duerme bien? ¡Ah, hum! Entonces debemos prescribir un pequeño sedante.

En la ridícula escena había una nota extraña, alarmante: la figura de Felipe, rechoncho, sin afeitarse, en pijama, imitando al médico de sociedad, inclinándose con servil deferencia ante la temblorosa mujer del minero. Tom tuvo un acceso nervioso de risa. En un instante Denny se volvió hacia él y le dio una violenta bofetada en la oreja.

—¡Toma! ¡Ríe! ¡Ríe, maldito, hasta enloquecer! Pero he pasado cinco años de mi vida, haciendo eso. ¡Dios mío! Cuando pienso en ello podría morirme. —Los miró; cogió un vaso que había en la repisa de la chimenea y lo estrelló contra el suelo. Un instante después, tenía en sus manos el gemelo del anterior y lo lanzaba contra la pared. Avanzó con intención destructora.

—¡Por piedad! —lloriqueó la señora Seager—. ¡Deténgalo, deténgalo!

Andrés y Tom Seager se lanzaron sobre Felipe, que luchó con la salvaje turbulencia de la intoxicación. Luego, volublemente, cedió de pronto y se tornó

sentimental, confuso.

—Manson —dijo, colgado del hombro de Andrés—, usted es un buen muchacho. Lo quiero más que a un hermano. Usted y yo..., si permaneciéramos unidos, podríamos salvar a toda la profesión médica.

Estaba de pie, con la mirada vaga, perdida. Luego dejó caer la cabeza. Se le dobló el cuerpo. Dejó que Andrés lo ayudara a trasladarse a la habitación vecina y a meterse en cama.

Mientras su cabeza daba vueltas sobre la almohada, hizo una última petición:

—¡Prométame una cosa, Manson! ¡Por Cristo, no se case con una aristócrata!

A la mañana siguiente estaba más ebrio que nunca. Andrés lo abandonó. Algo le hacía sospechar que el joven Seager le proporcionaba licor clandestinamente, bien que el muchacho, interrogado, juró palideciendo que él no tenía nada que ver con ello.

Toda esa semana Andrés tuvo que luchar con los llamados de Denny, fuera de los propios. El domingo, después del almuerzo, visitó la pensión de la calle Chapel. Felipe estaba de pie, afeitado, vestido e impecable en su aspecto, enteramente en sus cabales, a pesar de su debilidad.

—Comprendo que ha estado haciéndome mi trabajo, Manson.

Se había acabado la intimidad de estos últimos días. Sus modos eran circunspectos, fríamente rígidas.

—No fue nada —respondió sencillamente Andrés.

—Al contrario, debe haberle ocasionado muchas molestias.

La actitud de Denny era tan reprensible, que Andrés se encendió. Ni una palabra de gratitud, pensó, nada, sino esa arrogancia rígida, reservada e hiriente.

—Si quiere saber la verdad —manifestóle Andrés—, me ocasionó un infierno de preocupaciones.

—Cuenta usted con una remuneración.

—¿Qué piensa que soy yo? —respondió Andrés con calor—. ¿Algún mísero cochero que espera una propina? Si no hubiera sido por mí, la señora Seager habría telegrafiado al doctor Nicholls y usted habría sido despedido. Usted es un vulgar engreído. Y lo que le hace falta es un puñetazo en la mandíbula.

Denny encendió un cigarrillo con manos tan temblorosas, que apenas podía sostener el fósforo. Dijo burlonamente:

—Es noble de parte suya elegir este momento para proponer un combate físico. Tino realmente escocés. En alguna otra oportunidad podré complacerlo.

—¡Ah! ¡Cierre su boca mordaz! —le dijo André—. Aquí está su lista de llamados. Los que tienen una cruz deben ser visitados el lunes.

Salió de la casa furioso. «Miserable —pensaba, iracundo—, ¿quién es él para conducirse como Dios omnipotente? ¡Es como si me hubiera hecho a mí el favor,

permitiéndome realizar su trabajo!».

Pero, de vuelta a casa, su resentimiento se enfrió un poco. Le gustaba verdaderamente Felipe, y ahora comprendía mejor su compleja naturaleza: huraño, excesivamente sensitivo, vulnerable. Era esto únicamente lo que lo hacía involucrase en una apariencia de dureza. El recuerdo de su reciente ebriedad, de cómo se había conducido en el curso de la misma, ya debía estar ocasionándole una horrible tortura.

Una vez más se sintió impresionado Andrés por la paradoja de este hombre talentoso, que utilizaba a Drineffy como un refugio contra los convencionalismos.

Como cirujano, Felipe se hallaba excepcionalmente dotado. Andrés, administrando el anestésico, lo había visto ejecutar la reacción de la vesícula biliar sobre la mesa de la cocina de la casa de un minero, destilándole la transpiración de su rostro rubicundo y de sus velludos antebrazos, en una forma que era un modelo de rapidez y perfección. Era imposible hacerle reparos al hombre que ejecutaba tal trabajo.

Sin embargo, cuando Andrés llegó a su casa, todavía sufría de su choque con la frialdad de Felipe. Y así, al cruzar la puerta del frente y colgar su sombrero en el perchero, apenas tuvo paciencia para tolerar la voz de la señorita Page, que exclamaba:

—¿Es usted, doctor? ¡Doctor Manson! ¡Lo necesito!

Andrés no hizo caso. Volviéndose, se preparaba a subir a su cuarto. Pero, al colocar la mano en la baranda, resonó de nuevo la voz de Blowden, más aguda, más fuerte.

—¡Doctor! ¡Doctor Manson! ¡Lo necesito!

Andrés se volvió para ver a la señorita Page que salía de la sala, con el rostro extraordinariamente pálido y sus ojos negros chispeándole con emoción violenta. Se le acercó.

—¿Está sordo? ¿No me oyó decir que lo necesitaba?

—¿Qué hay, señorita Page? —dijo él, de mal modo.

—¡Qué hay! —Apenas podía respira—. Eso es lo que deseo saber. ¡Usted interrogándome! ¡Soy yo quien desea preguntarle algo, mi fino doctor Manson!

—¿Qué ocurre?

Lo cortante de su manera parecía excitarla más de lo que podía tolerar.

—Es esto. Sí, mi inteligente caballero. Puede que usted sea lo bastante amable para explicarme esto. —A espaldas suyas sacó una tira de papel y, sin soltarla, la agitó amenazantemente ante sus ojos. El vio que era el cheque de Joe Morgan. Luego, alzando la cabeza, vio a Rees detrás de Blowden, de pie en la puerta de la sala.

—¡Ah! Bien puede mirar —prosiguió Blowden—. Veo que lo reconoce. Pero, díganos mejor, rápidamente, cómo llegó a depositar en el Banco ese dinero a su propia cuenta, cuando le pertenece al doctor Page; y usted lo sabe.

Andrés sintió que la sangre se le agolpaba precipitadamente detrás de las orejas.

—Es mío. Joe Morgan me lo dio como un obsequio.

—¡Un obsequio! ¡Ah! Me gusta eso. No está ahora aquí para desmentirlo.

Andrés respondió apretando los dientes:

—Usted puede escribirle, si duda de mi palabra.

—Tengo algo más que hacer que escribir cartas a todo el mundo. —En un tono todavía más alto; exclamó—: ¡Hum! Venir aquí y pensar que puede aprovechar la profesión para usted mismo, cuando debería estar trabajando para el doctor Page. Pero esto revela perfectamente lo que es.

Le escupió la palabra, retirándose un tanto hacia Rees en busca de auxilio, el cual, con el rostro más pálido que de costumbre, balbucía imploraciones desde la puerta. En realidad, Andrés vio en Rees al instigador de todo esto, que, después de algunos días de indecisión, había venido con el cuento a Blowden. Apretaba rabiosamente las manos. Bajó los dos peldaños inferiores y avanzó hasta ellos, clavando sus ojos en la delgada y exangüe boca de Rees, con amenazadora intensidad. Estaba lívido de ira y sediento de lucha.

—Señorita Page —dijo, con un tono calculado—. Usted me ha formulado un cargo. A menos que lo retire dentro de dos minutos, la demando por difamación. La fuente de su información será sacada a luz en el Tribunal. No dudo de que la Junta de Dirigentes del señor Rees tendrá interés en saber cómo él traiciona sus deberes.

—Yo... yo sólo cumplí con mi deber —balbuceó el administrador del Banco, más pálido que antes.

—Espero, señorita Page. —Las palabras se precipitaban, ahogándolo—. Y si usted no se apresura, le propinaré a su administrador la peor paliza de toda su vida.

Blowden comprendió que había ido demasiado lejos, hablando más de lo que se propusiera. La amenaza de Andrés, la terrible actitud de éste, la espantaban. Casi podía seguir su rápida reflexión: «¡Indemnización por daños y perjuicios! ¡Gruesa indemnización! ¡Oh, Dios mío! Pueden sacarme una buena suma de dinero». Vaciló, se desdijo:

—Yo me retracto. Pido disculpas...

Era casi cómico ver a la enjuta e irritable mujer tan súbita e inesperadamente sometida. Pero Andrés Manson consideró que el asunto carecía de todo aspecto divertido. Con honda amargura comprendió repentinamente que había llegado al límite de su resistencia. No podía continuar por más tiempo en esa intolerable situación. Respiró con rapidez y profundidad.

—Señorita Page, hay algo que considero necesario decirle. Quizá pueda interesarle saber a usted que la semana pasada una representación de mineros se presentó al administrador, el cual me invitó luego a figurar en la lista de la Compañía. Tal vez le interese conocer, además, que he rechazado la oferta por razones

puramente morales que probablemente usted desconoce en absoluto. Señorita Page: estoy completamente harto de usted y no podría soportarla por más tiempo. Es usted una buena mujer, no cabe duda. Pero, a mi juicio, equivocada. Y aunque pasáramos juntos mil años, jamás nos entenderíamos. Le comunico que me voy dentro de un mes, a partir de la fecha.

Ella lo miró con la boca abierta, casi saltándosele los ojos de las órbitas. Luego dijo bruscamente:

—No, no. Usted no. Son todas mentiras. Usted no podría ni acercarse a la lista de la Compañía. Y está usted despedido. ¡Ningún ayudante en su vida me ha notificado su retiro! ¡La idea, la impudicia, la insolencia; hablarme de ese modo! Yo lo dije antes: está usted despedido, despedido, despedido...

El estallido fue agudo y penetrante. Y en su punto máximo hubo una interrupción. En los altos se abrió lentamente la puerta de la habitación de Eduardo y, un momento después aparecía éste en persona, con su extraña y enjuta figura, mostrando por debajo de su camisa de dormir sus escuálidas pantorrillas. Tan extraña e inesperada fue su aparición, que la señorita Page se detuvo, como muerta, en la mitad de una palabra. Desde el hall miró hacia arriba, haciendo lo mismo Rees y Andrés, en tanto que el enfermo, arrastrando tras sí su pierna parálitica, llegaba lenta y penosamente hasta el comienzo de la escalera.

—¿Puedo tener algo de tranquilidad? —su voz, aunque agitada, era firm—. ¿Qué ocurre?

Blowden tomó nuevo ímpetu, lanzándose en una lacrimosa diatriba contra Manson. Concluyó:

—Y por eso... por eso, le notifiqué el plazo de despido.

Manson no contradujo su versión del caso.

—¿Quieres decirme que se va? —preguntó Eduardo, todo trémulo por la emoción y el esfuerzo necesario para mantenerse en pie.

—Sí, Eduardo —suspir—. Lo hice por tu bien. De todos modos, tú pronto volverás al trabajo.

Hubo un silencio. Eduardo renunció a todo lo que tenía que decir. Sus ojos se detuvieron en Andrés con muda excusa; fueron hasta Rees, pasaron rápidamente a Blowden y luego vinieron a reposar tristemente en la nada. Una expresión de desesperanza y al mismo tiempo de dignidad dibujóse en su rígido rostro.

—No —dijo al fin—. Nunca me repondré. Ustedes lo saben... todos lo saben...

No dijo nada más. Volviéndose lentamente, apoyado en la pared, se arrastró hasta su habitación. La puerta cerróse sin ruido.

## Capítulo XIII

Recordando la alegría, el entusiasmo puro que le había ocasionado el caso de la familia Morgan, sentimientos trocados en algo amargo por unas pocas palabras de querrela de Blowden Page, Andrés se puso a meditar, iracundo, en que no debería llevar la cosa más adelante, escribir a Joe Morgan, pedir algo más que una mera retractación. Pero desechó la idea, considerándola indigna e interesada. Al fin se decidió por la más inútil caridad del distrito, y en un arranque de amargura envió por correo las cinco guineas al secretario y le pidió que remitiera el recibo a Aneurin Rees. Después de tal acción se sintió aliviado. Pero deseaba haber podido ver el rostro de Rees leyendo el recibo.

Y ahora, comprendiendo que su trabajo allí debía terminar dentro de un mes, comenzó inmediatamente a buscar otro puesto, recorriendo las últimas páginas del «Lancet», solicitando cualquier cosa que pareciera conveniente. Había numerosos avisos en la columna «se necesitan ayudantes». El adjuntaba en sus esmeradas solicitudes copias de sus testimonios y aun, como se solicitaba con frecuencia, fotografías de sí mismo. Pero al final de la primera semana y de nuevo al terminar la segunda, no había recibido ni una sola respuesta a sus requerimientos. Estaba desilusionado y consternado. Entonces Denny le dio la explicación en una frase concisa:

—Usted ha estado en Drineffy.

Entonces comprendió Andrés, con desalentadora angustia, que el hecho de haber ejercido la profesión en esta remota ciudad minera de Gales, lo condenaba. Nadie quería ayudantes de «los valles»; tenían mala reputación. Como transcurrieran quince días del plazo, Andrés comenzó realmente a inquietarse. ¿Qué diablos haría? Debía todavía más de cincuenta libras a la Dotación Glen. Por supuesto que le permitirían suspender sus pagos. Pero, fuera de esto, ¿cómo iba a vivir, si no podía encontrar otro trabajo? Tenía dos o tres libras en dinero contante, nada más. No tenía equipo, ni reservas. Ni siquiera se había comprado un nuevo traje desde su llegada a Drineffy, y sus ropas actuales va estaban bastante usadas cuando llegó. Tenía momentos de verdadero terror cuando se veía hundirse en el desamparo.

Rodeado de dificultades e incertidumbre, sentía ansias de ver a Cristina. Las cartas no servían de nada; él no tenía talento para expresarse por escrito; y cualquier cosa que pudiera redactar, produciría indudablemente una impresión equivocada. Con todo, ella no regresaría a Drineffy hasta la primera semana de setiembre. Miraba el calendario con ojos ávidos y aterrados, contando los días que faltaban. Doce todavía. Sintió, con creciente desaliento, que bien podían haber transcurrido, dada la expectativa que le ofrecían.

La tarde del 30 de agosto, tres semanas después de que hubo dado su notificación

a la señorita Page y había comenzado, por la dura necesidad, a alimentar la idea de procurarse un puesto de boticario, caminaba abatido por la calle Chapel, cuando encontró a Denny. En estas últimas semanas se habían mantenido en términos de amable y estirado formalismo y Andrés quedó sorprendido cuando el otro le detuvo.

Golpeando su pipa en el tacón de su zapato, Felipe la examinó como si le absorbiera toda su atención.

—Siento que se vaya, Manson. Su permanencia aquí ha creado una gran diferencia. —Vacil—. He oído decir esta tarde que la Sociedad de Auxilio Médico de Aberalaw busca un nuevo ayudante. Aberalaw... está precisamente a treinta millas a través de los valles. Tal como andan las cosas, es una Sociedad muy decente. Creo que el doctor jefe, Llewellyn, es un hombre eficaz y como es una ciudad de valle, no pueden poner inconveniente u un hombre de valle. ¿Por qué no intenta?

Andrés lo miraba dudando. Sus esperanzas habían ascendido tan alto últimamente para caer tan bajo, que había perdido toda fe en su capacidad para el éxito.

—Bien, sí —asintió lentamente—. Si tal es la situación, puedo intentar.

Unos pocos minutos después, marchaba a casa, bajo la densa lluvia que ahora caía, para solicitar el puesto.

El 6 de setiembre tuvo lugar una reunión en pleno de la Comisión de la Sociedad de Socorro Médico de Aberalaw, con el fin de elegir sucesor al doctor Leslie, que había renunciado recientemente para hacerse cargo de un puesto en una plantación malaya de caucho. Siete candidatos habían solicitado el puesto, y todos se les había pedido que esperaran.

Era una hermosa tarde de verano, cerca de las cuatro, según el reloj grande de los almacenes de la Cooperativa. Paseándose por la vereda pavimentada de las Oficinas del Socorro Médico en la plaza de Aberalaw, Andrés esperaba nerviosamente el primer golpe de la hora, lanzando inquietas miradas a los otros seis candidatos. Ahora que sus presentimientos habían resultado errados y él estaba aquí, realmente tomado en cuenta para el cargo, anhelaba triunfar con todo su corazón.

Por lo que había visto, le gustaba Aberalaw. Descansando en el extremo del valle Gethly, el pueblo estaba menos en el valle que en la cumbre. Alto, sano, mucho más grande que Drineffy —cerca de 20.000 habitantes era su cálculo— con buenas calles y tiendas, dos cinematógrafos y una impresión de extensión, dada por los campos verdes de sus alrededores. Aberalaw le pareció a Andrés, después de los abrasados confines de la hondonada de Penelly, todo un paraíso.

«Pero nunca lo conseguiré», pensaba, irritado, mientras se paseaba, «nunca, nunca, nunca». No, no podía ser tan afortunado. Todos los demás candidatos parecían tener mucha más opción que él, se veían más expansivos, más confiados. El doctor Edwards, especialmente, irradiaba optimismo. Andrés sintió que aborrecía a Edwards, hombre de edad mediana, vigoroso, rozagante, que había manifestado



espontáneamente en la conversación general de hacía un momento en la puerta de la oficina, que él acababa de vender su propio estudio más abajo del valle para «solicitar» este puesto.

«Maldito», se decía Andrés, para sus adentros; «él no habría renunciado a una situación segura si no hubiera estado cierto de la presente».

Iba y venía, para allá y para aquí, la cabeza gacha, las manos en los bolsillos. ¿Qué pensaría Cristina de él, si fracasaba? Regresaba ese día o el siguiente a Drineffy... En su carta no se mostraba completamente segura. La escuela de la calle del Banco se abría el próximo lunes. Aunque él no le había escrito ni una sílaba sobre su candidatura a este cargo, el fracaso significaría salir al encuentro de ella abatido, o, lo que sería peor, con una alegría ficticia, en el mismo instante en que él deseaba, por sobre todo en el mundo, reconciliarse con ella, merecer su sonrisa tranquila, íntima, estimulante.

Al fin, las cuatro. Al volverse hacia la entrada, un hermoso automóvil cerrado llegó silenciosamente a la plaza y se detuvo en las Oficinas. Del asiento trasero emergió un hombre bajo y vestido con pulcritud, que sonrió a los candidatos viva y afablemente, pero con una especie de seguridad despreocupada. Antes de subir los peldaños reconoció a Edwards, y lo saludó algo distraídamente.

—¿Cómo está, Edwards? —y luego, apart—. Todo andrà bien, supongo.

—Gracias, gracias, doctor Llewellyn —murmuró Edwards con profunda deferencia.

«Todo concluído» se dijo amargamente, para sí, Andrés. La sala de espera en los altos era pequeña, desmantelada, de olor penetrante, y ocupaba el extremo de un corto corredor que conducía a la sala de reunión del Comité. Andrés fue el tercero que entró en la amplia sala. Lo hizo con nerviosa obstinación. Si el puesto ya estaba prometido, no se iba a humillar por él. Ocupó el asiento que le ofrecían, con expresión de indiferencia.

Llenaban la habitación como treinta mineros que, sentados y fumando, lo miraban con una curiosidad descortés, pero no exenta de amabilidad. En una pequeña mesa lateral había un hombre pálido y reposado, con rostro despierto e inteligente, que, por ciertas cicatrices, parecía haber sido minero. Era Owen, el secretario. Repantigado al borde de la mesa, sonriendo bondadosamente a Andrés, estaba el doctor Llewellyn.

Comenzó la entrevista. Con voz tranquila, Owen explicó las condiciones del puesto:

—Es, como lo va a escuchar, doctor. Dentro de nuestro sistema, los trabajadores de Aberalaw: aquí hay dos minas de antracita, una de carbón y un establecimiento de elaboración de acero, pagan cierta cantidad semanal a la Sociedad con sus salarios. Con ello la Sociedad administra los servicios médicos necesarios, proporciona un pequeño hospital bien instalado, consultorios, drogas, etc. Además la Sociedad

contrata doctores; el doctor Llewellyn, médico y cirujano jefe, y cuatro ayudantes, junto con un cirujano dentista, y les paga un sueldo proporcional: tanto a cada uno, según el número de gentes inscriptas en su lista. Creo que el doctor Leslie sacaba como unas quinientas libras anuales cuando nos dejó. —Hizo una paus—. Todos lo estimamos como un buen sistema. —Hubo un murmullo de asentimiento por parte de los treinta hombres del Comité. Owen alzó la cabeza y los mir—. Y ahora, señores, ¿tienen alguna pregunta qué hacer?

Comenzaron a bombardear a Andrés con preguntas. Este trató de responder con calma, verídicamente, sin exageración. En un momento dado se detuvo.

—¿Habla usted galés, doctor? —le preguntó un minero joven y obstinado, llamado Chenkin.

—No —dijo Andrés—. Yo fui educado en el gaélico.

—De poco le servirá aquí.

—Siempre lo he encontrado útil para jurar contra mis pacientes —dijo fríamente Andrés, mientras se producía hilaridad general, a costa de Chenkill.

Al fin terminó:

—Muchas gracias, doctor Manson —le dijo Owen. Y Andrés estuvo de nuevo afuera, en la pequeña y desagradable sala de espera, sintiendo como si hubiera sido juguete de olas embravecidas, mirando entrar a los demás candidatos.

Edwards, el último de los llamados, estuvo adentro mucho, mucho tiempo. Salió sonriente, expresando claramente con su mirada: «Lo siento por ustedes, camaradas. El puesto es mío».

Luego, una espera interminable. Pero al fin se abrió la puerta de la sala de reunión, y desde las profundidades densas de humo de cigarro salió el secretario Owen con un papel en la mano. Después de recorrerlos a todos, sus ojos se fijaron por fin sobre Andrés en forma muy amistosa.

—¿Querría entrar un minuto, doctor Manson? El Comité desearía verlo otra vez.

Con los labios descoloridos, saltándosele el corazón, Andrés siguió al secretario a la sala del consejo. No podía ser, no, no podía ser que se interesaran por él.

De nuevo en la silla del interrogatorio, vio que se le dirigían sonrisas e inclinaciones de cabeza estimuladoras. El doctor Llewellyn, sin embargo, no lo miraba. Owen, el secretario, comenzó:

—Doctor Manson, podemos ser francos con usted. El Comité abriga alguna duda. De hecho, por consejo del doctor Llewellyn, se inclina —fuertemente en favor de otro candidato que posee una considerable práctica en el valle Gethly.

—Es demasiado gordo ese Edwards —interrumpió un miembro canoso, del fondo—. Me gustaría verlo trepar a las casas de la colina Mardy.

Andrés estaba demasiado nervioso para reír. Sin aliento esperaba las palabras de Owen.

—Pero hoy —prosiguió el secretario—, debo decir que el Comité ha sido muy bien impresionado por usted. El Comité, como lo expresó poéticamente hace un minuto Tomás Kettles, necesita hombres jóvenes y activos.

Risas, con exclamaciones de: «¡Bravo, bravo! ¡Muy bien viejo Tomás!».

—Más aún, doctor Manson —continuó Owen—. El Comité ha tenido muy en cuenta dos recomendaciones, puedo decir recomendaciones *no gestionadas* por usted, lo cual les confiere mayor valor a nuestros ojos, llegadas esta mañana por correo. Pertenecen a dos médicos de su mismo pueblo, es decir, de Drineffy. Una de ellas procede del doctor Denny, que posee el título M.S., alta distinción, según reconoce el doctor Llewellyn, que tiene razones para saberlo. La otra, incluida en la del doctor Denny, la firma el doctor Page, a cuyo lado actúa usted como ayudante, según tengo entendido. Bien, doctor Manson. El Comité tiene cierta experiencia en materia de recomendaciones y certificados, y estas dos hablan de usted en términos que han impresionado muy favorablemente a sus integrantes.

Andrés se mordió el labio y bajó la mirada, midiendo por primera vez en toda su importancia esa acción generosa de Denny.

—Pero hay una dificultad, doctor Manson. —Owen se detuvo, moviendo nerviosamente la regla sobre el escritorio—. El Comité está unánimemente inclinado a su favor, pero este cargo, con sus... responsabilidades... es para un hombre casado. Debe saber que, además de la preferencia de los hombres en el sentido de que un médico casado atiende a su familia, hay una casa, Vale View, una buena casa, anexa al cargo. No sería... no sería muy apropiada para un hombre soltero.

Silencio pesado. Andrés suspiró profundamente y su pensamiento, como un brillante rayo de luz blanca, se proyectó sobre la imagen de Cristina. Todos, incluso el doctor Llewellyn, lo miraron aguardando su respuesta. Habló sin pensarlo, con absoluta independencia de su voluntad. Escuchóse a sí mismo, declarando serenamente:

—Muy bien; señores, estoy comprometido en Drineffy. Precisamente he estado... he estado esperando un puesto conveniente... como éste... para casarme.

Owen soltó la regla, satisfecho. Hubo una aprobación significada por un golpeteo de zapatos pesados. Y el incontenible Keitles exclamó:

—Muy bien, joven. Aberalaw es un sitio extraordinariamente bueno para una luna de miel.

—Supongo que están conformes, caballeros —se impuso por sobre el ruido la voz de Owen—. El doctor Manson queda nombrado por unanimidad.

Hubo un fuerte rumor de aprobación. Andrés experimentó una inmensa emoción de triunfo.

—¿Cuándo puede hacerse cargo de su trabajo, doctor Manson? Cuanto antes, mejor, por lo que toca al Comité.

—Podría comenzar a principios de la semana próxima respondió Manson. Luego se heló al pensar: «¿Y si Cristina no me acepta? ¿Y si la pierdo, juntamente con esta maravillosa ocupación?».

—De acuerdo entonces, doctor Manson. Gracias. Tengo la seguridad de que el Comité le desea, y también a la futura señora Manson, todo éxito en su nueva ocupación.

Aplausos. Todos lo felicitaron ahora, los miembros, Llewellyn y, con un cordial apretón de manos, Owen. Luego se encontró afuera, en la sala de espera, procurando no delatar su satisfacción, procurando no darse por notificado del rostro incrédulo y consternado de Edwards.

Pero era inútil, enteramente inútil. Mientras iba de la plaza a la estación, el corazón se le dilataba con su jubiloso triunfo. Su andar era rápido y elástico. Al descender la colina vio a su derecha un parquecito público con una fuente y un tabladillo de músicos. ¡Un tabladillo de músicos!, cuando la única prominencia, el único relieve del paisaje de Drineffy era un montón de escoria! ¡Y ese cinema más allá, esas hermosas y grandes tiendas, el excelente y duro camino —no una senda rocosa de montaña— bajo sus pies! ¿Y no había dicho algo Owen de un hospital pequeño y hermoso? ¡Ah! Al pensar en lo que significaría para su trabajo el hospital, Andrés exhaló un profundo suspiro. Se precipitó en el compartimiento vacío del tren a Cardiff. Y mientras se aproximaba a ese lugar, no cabía en sí de felicidad.

## Capítulo XIV

Aunque la distancia a través de las montañas no era grande, el trazado de la línea férrea de Aberalaw a Drineffy describía un circuito. El tren de bajada se detenía en cada estación, no corría con la suficiente rapidez; por supuesto que no. El humor de Manson ya se había alterado. Hundido en el asiento del rincón y ansioso de llegar, lo atormentaban sus pensamientos.

Por primera vez comprendió lo egoísta que había sido en estos últimos meses al considerar sólo el lado suyo del asunto. Todas las dudas sobre el matrimonio, su cavilación en hablar a Cristina, se habían subordinado a sus propios sentimientos y había contado con que ella lo aceptaría. ¿Pero si hubiera incurrido en una espantosa, equivocación? ¿Si ella no lo amaba? Se vio rechazado, escribiendo tristemente una carta al Comité, para manifestarle que, «debido a causas ajenas a mi voluntad», no podía aceptar el cargo. Ahora la veía vívidamente ante sus ojos. ¡Qué bien la conocía, aquella suave e indagadora sonrisa, la manera cómo ella descansaba, la mano apoyada contra su mentón, el sereno candor de sus oscuros ojos castaños! Sintióse invadido por una dolorosa y vehemente inquietud. ¡Cristina querida! Si debía renunciar a ella, no le importaba ya lo que a él mismo pudiera ocurrirle.

A las nueve, el tren aminoró la marcha en Drineffy. En un instante estuvo en el andén, y después, caminando por la calle del Ferrocarril. Aunque no esperaba a Cristina hasta la mañana siguiente, había, sin embargo, la posibilidad de que ya hubiera llegado. Avanzó por la calle Chapel, doblando la esquina del Instituto. Una luz en la habitación anterior de su casa le produjo la emoción de la esperanza. Diciéndose a sí mismo que debía reprimirse, que tal vez no era más que la patrona de Cristina que le preparaba su habitación, se precipitó a la casa y aguardó en la sala.

¡Sí! Era Cristina. Estaba arrodillada frente a algunos libros en el rincón, acomodándolos en el estante inferior. Terminada esa tarea, había comenzado a ordenar el cordel y el papel que tenía a su lado en el suelo. Su maleta con su chaqueta y sombrero estaban en una silla. Advirtió Andrés que había llegado haría muy poco.

—Cristina.

Ella se volvió, todavía de rodillas, con un mechón de cabellos sobre la frente, y luego se levantó con un grito de sorpresa y de placer:

—¡Andrés! ¡Qué bueno que haya regresado!

Adelantándose hacia él con el rostro iluminado, le tendió la mano. Pero él le tomó ambas manos en las suyas y las mantuvo estrechamente oprimidas. La miraba intensamente. La adoraba más que nunca con esa pollera y esa blusa que llevaba. En cierto modo acrecentaban su fragilidad y delicadeza, la tierna dulzura de su juventud. De nuevo le palpitaba el corazón a Andrés.

—Cristina, tengo que decirle algo.

Sus ojos reflejaron interés. Ella le estudiaba el semblante pálido y sucio a causa del viaje, con verdadera ansiedad. Díjole rápidamente:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Más dificultades con la señorita Page? ¿Se va usted?

El sacudió la cabeza, oprimiendo las manecitas más fuertemente entre las suyas. Luego, de una vez, se lo dijo todo:

—Cristina, he conseguido un puesto, el puesto más maravilloso. En Aberalaw. He estado allá a ver al Comité. Quinientas libras al año y casa. ¡Casa, Cristina! ¡Oh, querida... Cristina! ¿Podría usted..., querría usted casarse conmigo...?

Ella se puso muy pálida. Los ojos resplandecieron en su rostro pálido. Parecía que el aliento se le quedaba en la garganta. Dijo débilmente:

—Y yo creí... creí que usted me iba a dar malas noticias.

—No, no —respondió él con vehemencia—. Es la noticia más maravillosa, querida. ¡Oh, si usted hubiera visto el lugar! Muy abierto y limpio, con campos verdes, buenas tiendas y calles, un parque oh, Cristina!, un hospital. Sólo si usted se casa conmigo, podemos partir allá al momento.

Los labios de Cristina estaban sueltos y trémulos. Pero los ojos le sonreían, le sonreían con un extraño y resplandeciente brillo.

—¿Es esto por Aberalaw o por mí?

—Es por usted, Cristina! Oh, usted sabe que la amo!, pero, pero... ¡tal vez usted no me ama...!

La garganta de ella emitió un leve sonido y se le acercó hasta reposar la cabeza en su pecho. Mientras los brazos de Andrés la rodeaban, Cristina murmuró con palabras entrecortadas:

—¡Oh, Andrés! Siempre te he amado... —sonriendo a través de sus lágrimas de alegría—. ¡Oh, siempre, desde que te vi entrar en aquella estúpida sala de clases!

## SEGUNDA PARTE

# Capítulo I

El destartalado camión de Gwilliam John Lossin trepidaba y metía un ruido ensordecedor, ascendiendo el camino de la montaña. Detrás, un viejo toldo embreado caía cubriendo la parte posterior. La herrumbrosa placa del número y el farol de aceite, nunca encendido, trazaban en el polvo una huella pareja. Las partes laterales se sacudían y chirriaban conforme al ritmo del viejo motor. Y adelante se apretujaban alegremente en el asiento de la dirección, en compañía de Gwilliam John, el doctor Manson y su esposa.

Se habían casado por la mañana. Este era su carruaje de bodas. Debajo del toldo estaban las pocas piezas del mobiliario de Cristina, una mesa de cocina de segunda mano comprada en Drineffy por veinte chelines, varias ollas y vasijas nuevas y sus maletas. Ya que carecían de orgullo, habían resuelto que la manera mejor y más barata de transportar a Aberalaw este gran acopio de bienes terrenales, juntamente con ellos mismos, era el vehículo de mudanzas de Gwilliam John.

El día era hermoso y soplabla una brisa fresca que despejaba cielo azul. Iban riendo y contándose chistes con Gwilliam John, que, de cuando en cuando, los regalaba con su personal interpretación del *Largo* de Haendel, en la bocina de su camión. Se detuvieron en la posada solitaria de la cumbre de la montaña, en el paso Ruthin, a fin de que Gwilliam John brindara por ellos con cerveza Rhymney. Gwilliam John, hombrecito atolondrado y bizco, brindó por ellos varias veces y luego se tomó un trago de gin por su cuenta. Después, el descenso a Ruthin, con sus dos recodos agudos que bordeaban un abrupto precipicio de quinientos años fue endemoniado.

Al fin remontaron la cresta final y bajaron a Aberalaw. Fue un momento cercano al éxtasis. El pueblo estaba ante ellos con sus largas y ondulantes líneas de tejados a lo largo del valle, sus comercios, iglesias y oficinas agrupadas en el extremo superior, y en el inferior sus minas y talleres, las chimeneas humeando incesantemente, el chato condensador vomitando nubes de vapor, y todo, todo bañado por el sol del mediodía.

—¡Mira, Cristina, mira! —murmuró Andrés, oprimiéndole fuertemente el brazo. Tenía todo el entusiasmo del cicerone. Es un lugar hermoso, ¿no? Allí está la plaza. Hemos llegado por el camino de atrás. ¡Y mira! Ya no más lámparas de aceite, querida. Allí está el gasómetro. Me pregunto dónde está nuestra casa.

Detuvieron a un minero transeúnte, y pronto fueron orientados hacia Vale View, que estaba, les dijo, en ese mismo camino, precisamente al borde del pueblo. Otro minuto, y habían llegado.

—¡Bien! —dijo Cristin—. Es..., es hermoso, ¿no?

—Sí, querida. Parece una hermosa casa.



—Por Dios! —dijo Gwilliam John, llevándose la gorra hasta la nuca—. Tiene aspecto extraño.

Vale View era, realmente, un edificio extraordinario, a primera vista algo entre un chalet suizo y un refugio de cazadores de montaña, con gran profusión de tejados angulosos, de conjunto tosco, y en el centro de un área de medio acre. Un jardín abandonado, lleno de malezas y ortigas, por entre las cuales saltaba un arroyo sobre una multitud de latas vacías de todos los tipos, el que en la mitad de su curso se veía coronado por un rústico puente arruinado. Aunque entonces no lo sabían, Vale View era su primer contacto con el poder múltiple, la variada omnisciencia del Comité, que en el año de prosperidad de 1919, cuando afluían los ingresos, se había propuesto construir una casa, una casa hermosa que constituiría su prestigio, algo de estilo elegante. Cada miembro del Comité había tenido su idea positiva propia sobre lo que debería ser una tal construcción. Había treinta miembros. Vale View fue el resultado.

Cualquiera que fuera su impresión del exterior, pronto, sin embargo, se reconfortaron dentro. La casa era sana, con buenos pisos y empapelados limpios. Pero el número de habitaciones era alarmante. Ambos se dieron cuenta al instante, aunque ninguno aludió al hecho, de que los pocos muebles que llevaba Cristina apenas llenarían dos de estos cuartos.

—Veamos, amor mío —dijo Cristina, contando prácticamente con sus dedos mientras estaban en el hall, después de una primera recorrida rápida—. Yo cuento un comedor, un salón y una biblioteca, o llámese como se quiera, en los bajos, y cinco dormitorios arriba.

—Exacto —dijo sonriente Andrés—. No es extraño que quieran un hombre casado. —Su sonrisa se trocó en compunción—. Honradamente, Cristina, esto hace que me sienta mal: yo, sin un penique, usando tu precioso amueblado, es como si estuviera explotando, dándolo todo por concedido, arrastrándote hasta aquí con un minuto de plazo, dándote apenas tiempo para dejar una reemplazante en la escuela. Soy un asno egoísta. Debí haber venido primero y dejado la casa decentemente lista para ti.

—¡Pobre Andrés Manson si te hubieras atrevido a dejarme allá!

—De todos modos tengo que hacer algo —le dijo con resolución inflexible—. Ahora, escucha, Cristina...

Ella lo interrumpió con una sonrisa:

—Estoy pensando, alma mía, en prepararte una tortilla..., según la receta de Madame Poulard. A lo menos, según las normas del libro de cocina.

Interrumpido por el exordio de su declamación, con la boca abierta, se quedó mirándola. Luego su seriedad se desvaneció poco a poco. Sonriendo de nuevo la siguió a la cocina. No podía separarse de ella. Los pasos de ambos hacían resonar la casa vacía como una catedral.

La tortilla —Gwilliam John había sido enviado en busca de huevos antes de que partiera—, salió de la sartén, caliente, sabrosa y de un color amarillo suave. Se la comieron sentados en el borde de la mesa de la cocina. Andrés exclamó enérgicamente:

—Por Dios!..., siento haber olvidado, querida, que yo había reformado mi carácter..., ¡por Júpiter! ¡Cómo cocinas! No está mal en la pared ese calendario que han dejado. La llena muy bien y me gusta el cuadrito que tiene..., esas rosas. ¿Hay algo más de tortilla? ¿Quién fue Poulard? Suena a gallina. Gracias, querida. ¡Cristina! ¡Tú no sabes cuánto anhelo comenzar a trabajar! Debe haber oportunidades aquí. ¡Grandes oportunidades! —Se interrumpió bruscamente, mientras sus ojos se fijaban en una caja de madera barnizada que se hallaba en un rincón junto al equipaje que traía—. Dime, Cristina, ¿qué es eso?

—¡Oh, eso! —Le dio a su voz un tono inusitado—. Es un obsequio de bodas..., de Denny.

—¡Denny! —Su rostro se alteró. Felipe había estado frío o indiferente cuando él había ido a darle las gracias por su ayuda para conseguir el puesto y a decirle que se casaba con Cristina. En esta mañana ni siquiera había acudido a despedirse de ellos. Eso había herido a Andrés, le había hecho sentir que Denny era demasiado complejo, demasiado incomprensible para continuar siendo su amigo. Se adelantó lentamente, más bien con recelo hacia la caja, temiendo que pudiera acaso contener un zapato viejo... tal era la idea del humorismo de Denny. Abrió la caja. Dió un suspiro de pura felicidad. Dentro estaba el microscopio de Denny, el primoroso Zeiss, y una nota: «Yo realmente no necesito esto; ya le dije que yo no soy más que un «serrucha-huesos». Buena suerte».

No había nada que decir. Pensativo, casi subyugado, Andrés concluyó la tortilla, con los ojos fijos durante todo el tiempo en el microscopio. Luego lo tomó reverentemente y acompañado por Cristina, lo llevó a la habitación que estaba detrás del comedor. Lo colocó solemnemente en medio del suelo desnudo.

—Esto no es la biblioteca, Cristina..., ni el estudio, ni cosa parecida. Gracias a nuestro buen amigo Felipe Denny, queda bautizada como el Laboratorio.

Acababa de besarla, para hacer realmente impresionante la ceremonia, cuando sonó el teléfono..., un campanilleo persistente que, partiendo del hall vacío, era singularmente alarmante.

Se miraron extrañados, nerviosos.

—Tal vez es un llamado. Cristina. ¡Fíjate! Mi primer enfermo en Aberlaw. —Se precipitó al hall.

No era un enfermo, sin embargo, sino el doctor Llewellyn, que le manifestaba su bienvenida desde su casa, en el otro extremo de la ciudad. A través del alambre, su voz llegaba clara y cortés, de modo que Cristina, en punta de pies y apoyada sobre el

hombro de Andrés, pudo escuchar perfectamente la conversación.

—¡Hola, Munson! ¿Cómo está usted? No se inmude, no se trata todavía de trabajo. Sólo quería ser el primero en darle la bienvenida a Aberalaw, a usted y a su esposa.

—Gracias, gracias, doctor Llewellyn. Es usted muy amable. Aunque no me importaría que se tratara de trabajo.

—¡No, no! No sueñe con ello hasta que se halle instalado —Llewellyn estaba locuaz—. Y mire, si no tiene que hacer nada esta tarde, véngase a comer con nosotros; ninguna etiqueta, a las siete y media; tendremos el mayor gusto de verlos a ambos. Entonces podremos conversar un poco. Queda arreglado. Hasta luego.

Andrés colgó el receptor con expresión agradecida.

—¿No es una fina atención de su parte, Cristina? ¡Invitarnos al momento! El doctor jefe, fíjate. Puedo decirte que es un hombre muy calificado. Lo busqué en el Registro: hospital londinense, *M. D., F. R. C. S. y D. P. H.*<sup>[5]</sup>. Son todos grados elevadísimos. Y parecía tan amable. Créame, señora Manson, vamos a hacer aquí algo grande.

Y deslizando el brazo en torno de la cintura de su esposa, Andrés comenzó jubilosamente a bailar con ella por el vestíbulo.

## Capítulo II

Aquella tarde, a las siete, recorrieron por las calles alegres y llenas de gente en dirección a la casa del doctor Llewellyn, en Glynmawr. Fue una caminata estimulante. Andrés contemplaba con interés a sus nuevos vecinos.

—Mira a ese hombre que viene, Cristina. ¡Pronto! ¡Ese hombre que tose más allá!

—Sí, querido; pero ¿qué...?

—¡Oh, nada! —Impasible—: Sólo que tal vez será mi paciente.

No les costó encontrar Glynmawr, una villa firmemente asentada con jardines bien cuidados, porque el hermoso automóvil del doctor Llewellyn estaba a la puerta y su chapa bien lustrada, que ostentaba todos sus títulos en letras pequeñas y nítidas, estaba adherida en la reja de hierro forjada. Con súbita nerviosidad ante tamaña distinción, tocaron la campanilla y fueron introducidos.

El doctor Llewellyn salió del salón para recibirlos, más elegante que nunca, de levita y puños tiesos provistos de gemelas de oro, con una expresión luminosamente cordial.

—Bien, bien, magnífico. Me complace conocerla, señora Manson. Espero que Aberlaw será de su gusto. No es mal lugar. Pasen. Mi señora bajará en un minuto.

La señora Llewellyn llegó en un instante, tan radiante como su marido. Era una mujer de pelo rojizo, de unos cuarenta y cinco años, de rostro pecoso y algo pálido. Habiendo saludado a Manson, se volvió a Cristina, con un afectuoso suspiro.

—Oh, hijita, encantadora criatura!, Confieso que ya usted se ha ganado mi corazón. Debo besarla, sin duda. ¿Me lo permite, querida, no?

Sin esperar respuesta abrazó a Cristina y luego la mantuvo a la distancia de sus brazos, contemplándola todavía entusiasmada. Al término del corredor sonó un gong. Fueron a comer.

Había una comida excelente: sopa de tomates, dos pollos asados rellenos, salchichas y budín de papas. El doctor Llewellyn y su señora hablaban sonrientes a sus invitados.

—Pronto se dará cuenta de las cosas, Manson —decía el doctor Llewellyn—. Sí, yo lo ayudaré a usted en todo lo que pueda. De paso, me alegro de que ese Edwards no consiguiera la designación. De ningún modo hubiera podido soportarlo, aunque medio le prometí decir algo en su favor. ¿Qué estaba diciendo? ¡Oh, sí! Bien, usted trabajará en el consultorio situado en la parte oeste, con el anciano doctor Urquhart, un hombre original, y el farmacéutico Gadge. Hasta ahora hemos tenido en el consultorio del lado este al doctor Medley y al doctor Oxborrow. ¡Oh! Todos buenos muchachos. Usted simpatizará con ellos. ¿Juega golf? Podríamos ir a veces a la cancha del Fernely... está sólo a nueve millas, valle abajo. Por supuesto, yo tengo bastante que hacer aquí. Sí, sí, personalmente yo no me ocupo de los consultorios.

Tengo a mi cargo el hospital, atiendo los enfermos de indemnización de la compañía, soy médico oficial de la ciudad, tengo el nombramiento de la compañía de gas, soy cirujano del asilo y vacunador público. Ah!, también me corresponde realizar las investigaciones aprobadas por la Sociedad, amén del trabajo, que no es poco, de médico legista local. Y además —le centellearon los ojos sinceros— en mis ratos perdidos atiendo a una clientela privada algo considerable.

—Es una lista bien llena —dijo Manson. Llewellyn resplandecía.

—Hemos conseguido redondear nuestros ingresos, doctor Manson. Ese autito que vio afuera costó la bagatela de mil doscientas libras. En cuanto a... ¡Oh, bien, no importa! No hay razón para que usted no obtenga aquí una buena entrada. Digamos trescientas o cuatrocientas libras si trabaja duramente. —Se detuvo, y luego, confidencial, humildemente sincero—: Hay una cosa sobre la cual creo que debo informarlo. Todos los médicos ayudantes han convenido en pagarme cada uno la quinta parte de sus ingresos. —Continuó rápidamente, sin subterfugios—: Se debe a que atiendo sus enfermos. Cuando se encuentran ante un caso difícil cuentan con mi ayuda. Les da muy buenos resultados, puedo asegurárselo.

Andrés lo miró con cierta sorpresa.

—¿No depende eso del Plan de Socorro Médico?

—Bien, no precisamente —dijo Llewellyn arrugando la frente. Fue convenido por los mismos médicos hace ya mucho tiempo.

—¿Pero...?

—Doctor Manson! —La señora Llewellyn lo llamó amablemente desde el otro extremo de la mesa—. Acabo de decirle a su mujercita que debemos vernos con frecuencia. Debe venir a tomar el té algún día conmigo. Me la reservará algunas veces, ¿verdad, doctor? Y de vez en cuando iremos a Cardiff en el auto. Será muy agradable, ¿no, hijita?

—Por supuesto —prosiguió Llewellyn finalmente—; usted saldrá ganando. Leslie, el mozo que estaba aquí antes de usted, era un flojo del diablo. ¡Oh, era un pésimo médico, casi tan malo como el viejo Edwards! No había modo de que administrase convenientemente una anestesia. Supongo que será usted un buen anestesista, doctor, ¿no? En un caso grave, usted sabe, es indispensable tener un buen anestesista. Pero ¡qué necio soy! No debemos hablar de estas cosas ahora. ¡Vaya, usted apenas acaba de llegar, no es justo importunarlo!

—Idris! —le gritó la señora Llewellyn a su marido, feliz de comunicarle algo sensacional—. Recién esta mañana se han casado. La señora Manson me lo acaba de decir. ¡Es una noviecita! ¿Te lo hubieras imaginado? ¡Los inocentes!

—Bueno, bueno, pues —dijo Llewellyn.

La señora Llewellyn acarició la mano de Cristina.

—¡Querida! Pensar en el trabajo que irá a tener usted en ese estúpido Vale View.

Yo iré a veces a ayudarla un poco.

Manson se ruborizó algo, concentrando sus ideas dispersas. Sentía como que Cristina y él hubieran sido fundidos en cierto modo y metidos en una blanda pelota lanzada de aquí para allá con toda destreza entre el doctor Llewellyn y su señora. Sin embargo, juzgó propicia la última observación.

—Doctor Llewellyn —dijo con nerviosa resolución—, es muy cierto lo que dice la señora. Estaba pensando me duele pedirlo, en si pudiera disponer de un par de días para llevar a Londres a mi mujer a fin de ver amueblados para nuestra casa y..., y una o dos cosas más.

Vio Andrés que los ojos de Cristina se le dilataban de sorpresa. Pero Llewellyn asentía graciosamente con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? Una vez que haya comenzado a trabajar le será difícil desprenderse. Usted se toma mañana y pasado, doctor Manson. ¿Ve usted? Estas son las cosas en que puedo servirlo. Puedo ayudar algo a los ayudantes. Hablaré al Comité por usted.

No le habría importado a Andrés hablar personalmente al Comité o a Owen. Pero no dio importancia a la cosa.

Tomaron el café en el salón, en «tazas pintadas a mano», como lo hizo notar la señora Llewellyn. El marido de ésta ofreció cigarrillos en su cigarrera de oro.

—Véala, doctor Manson. Es un obsequio! Agradecido paciente! Pesada ¿no? No vale menos de veinte libras.

Hacia las diez el doctor Llewellyn echó una mirada a su hermoso reloj. A decir verdad devoraba con los ojos el reloj, pues, podía contemplar aún los objetos inanimados, particularmente cuando le pertenecían, con esa afectuosa cordialidad que era tan suya. Por un instante Manson creyó que iba a extenderse en detalles íntimas referentes al reloj. Pero en vez de ello observó:

—Tengo que ir al hospital. Hice una operación gastroduodenal esta mañana. ¿Y si me acompañaran en el auto para que lo conozca?

Andrés se levantó gustoso.

—¡Vaya! Me agradaría, doctor Llewellyn.

Ya que Cristina se hallaba incluida en la invitación, le dieron las buenas noches a la señora Llewellyn, quien les dirigió cordiales adioses desde la puerta y entraron al coche que los aguardaba, el que luego avanzó con silenciosa elegancia por la calle principal, doblando después hacia la izquierda.

Poderosos reflectores, ¿no? —observó Llewellyn al darles lu—. Luxite. Son un extra. Los encargué especialmente.

—¡Luxite! —dijo de pronto Cristina, con voz suav—. ¿Seguramente son muy caros, doctor?

—Tenga la certeza de que lo fueron —asintió Llewellyn enfáticamente, dándole

su importancia a la pregunt—. Me costaron todos los peniques de treinta libras.

Andrés, gozando para sus adentros, no se atrevió a afrontar las miradas de su esposa.

—Hemos llegado —dijo Llewellyn dos minutos después—. Este es mi hogar espiritual.

El hospital era una casa de ladrillos rojos, bien construida y con una calzada de cascajo bordeada de laureles. En cuanto entraron se le iluminaron los ojos a Andrés. Aunque pequeño, el establecimiento era moderno, bien equipado. Mientras Llewellyn les mostraba el pabellón de operaciones, la sala de los rayos X, la de los entablillamientos, las dos hermosas y bien ventiladas salas de los enfermos, Andrés meditaba regocijado: «Esto es perfecto, perfecto. ¡Qué diferente de Drineffy! ¡Cuán bien cuidaré aquí a mis enfermos!».

Se encontraron con la directora, una mujer alta y huesuda que prescindió de Cristina, saludó a Andrés fríamente y luego se derritió en adoración ante Llewellyn.

—Conseguimos muy bien todo lo que necesitamos aquí, directora, ¿no? —dijo Llewellyn—. No tenemos más que dirigirnos al Comité. Son buenas personas, tomados en conjunto. ¿Cómo sigue mi gastroenterostomía?

—Muy bien, doctor Llewellyn —murmuró la directora.

—Bueno. La veré dentro de un minuto.

Volvió a llevar a Cristina y a Andrés hasta el vestíbulo.

—Sí, lo reconozco, Manson, me siento orgulloso de este sitio. Lo considero como mío. Nadie puede reprocharme por ello. Podrá llegar a su casa, ¿no? Y mire, cuando regrese el miércoles, telefonéeme. Podría necesitarlo para una anestesia.

Caminaron un rato silenciosos y luego Cristina le tomó el brazo a Andrés.

—¿Bien? —interrogó ella.

El podía adivinar su sonrisa en la oscuridad.

—Me gusta el hombre —dijo rápidamente—. Me gusta bastante. ¿Te fijaste también en la directora... como si hubiera querido besarle sus ropas? Pero ¡por Júpiter! Es un hospitalito maravilloso. Y nos dieron una buena comida. No son mezquinos. Sólo... ¡oh, yo no lo sé!... ¿por qué tengo que pagarle la quinta parte de nuestro sueldo? No suena decoroso, ni siquiera conforme a la ética. Y en cierto modo... siento como que me hubiera halagado, aplacado y dicho que fuera un buen niño.

—Has sido un niño muy bueno al pedir estos dos días. Pero en realidad, querido ¿cómo lo haremos? No tenemos dinero para comprar muebles todavía.

—Espera y verás —respondió él misteriosamente.

Dejaron atrás las luces de la ciudad y hubo entre ellos un extraño silencio mientras se acercaban a Vale View. El contacto de la mano de Cristina sobre su brazo le era delicioso a Andrés. Lo invadió una gran onda de amor. Pensó en ella, casada

precipitadamente en un pueblo minero, arrastrada por las montañas en un destartado camión, metida en una casa medio vacía donde su tálamo nupcial debería ser el solo lecho de ella..., y soportando estas durezas y estrecheces con valor y sonriente ternura. Ella lo amaba, confiaba en él, creía en él. Lo henchía una enorme resolución. El pagaría eso, le mostraría, con su trabajo, que su fe en él era justificada.

Atravesaron el puente de madera. El murmullo del arroyo, con sus revueltas orillas ocultas en la suave oscuridad de la noche, era dulce a sus oídos. Sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura.

El vestíbulo estaba casi oscuro. Cuando hubo cerrado la puerta regresó a donde ella lo esperaba. El rostro de Cristina estaba luminoso, su frágil figura expectante pero indefensa. La rodeó dulcemente con sus brazos y le susurró extrañamente:

—¿Cómo te llamas, amor mío?

—Cristina —respondió ella sorprendida.

—¿Cristina qué?

—Cristina Manson.

Su aliento le llegaba anhelante y él lo sentía tibio sobre sus labios.



## Capítulo III

La tarde siguiente el tren que los había conducido llegaba a la estación Paddington. A la ventura, pero conscientes de su inexperiencia en presencia de esta gran ciudad que ninguno de ellos había visto antes, Andrés y Cristina descendieron al andén.

—¿Lo ves? —preguntó Andrés ansiosamente.

—Tal vez esté a la salida —sugirió Cristina.

Buscaban al hombre del catálogo.

Durante la travesía Andrés le había explicado minuciosamente la hermosura, sencillez y extraordinaria previsión de su plan; cómo, aun antes de abandonar Drineffy, se había puesto en contacto con la Regency Plenishing Company and Depositories, de Londres. No era un establecimiento fastuoso —ninguna de sus secciones estaba de más— sino un modesto comercio, manejado por su mismo dueño, que se especializaba en compras a plazo. Tenía en su bolsillo la carta reciente del propietario.

—Ah! —exclamó satisfecho—. ¡Allí está!

Un hombrecito lleno de granos, con un reluciente traje azul y sombrero hongo, provisto de un gran catálogo verde parecido a un premio de escuela dominical, parecía, gracias a algún oscuro misterio telepático, singularizarlos en la muchedumbre de viajeros. Se adelantó a su encuentro.

—¿El doctor Manson, señor? ¿La señora Manson? —Quitándose respetuosamente el sombrero—: Represento al Regency. Recibimos esta mañana su telegrama, señor. El auto nos espera. ¿Puedo ofrecerle un cigarro?

Al recorrer las extrañas calles, atestadas de tráfico, Andrés dejó traslucir, tal vez, una ligerísima vislumbre de inquietud, mientras miraba con el rabo del ojo el cigarro que se le obsequiara, todavía sin encender en su mano. Refunfuñó:

—Hemos tenido que caminar mucho en automóvil estos últimos días. Pero esta vez no puede haber accidentes. Lo garantizan todo incluso el transporte sin costo desde la estación y el regreso a ella, y también nuestros pasajes de ferrocarril.

Sin embargo, a pesar de esta seguridad, su recorrido a lo largo de calles de un tránsito asombrosamente complicado, fue visiblemente angustioso. Pero al fin llegaron al Regency Emporium. Se trataba de un establecimiento más espléndido de lo que cualquiera de ellos esperaba y exhibía en sus vitrinas mucha cristalería y artículos de bronce. Bajaron del automóvil y se encontraron en el Regency Emporium.

También eran esperados aquí. Fueron ceremoniosamente saludados por un vendedor de edad, de levita y cuello alto, quien, con su impresionante aire de probidad, tenía alguna semejanza con el difunto príncipe Alberto.

—Por aquí, señor. Por aquí, señora. Muy complacidos de servir a un señor médico, doctor Manson. Usted quedaría sorprendido del número de especialistas de Harley Street que he tenido el honor de atender. ¡Los testimonios que he recibido de ellos! y ahora doctor, ¿qué necesita usted?

Comenzó a mostrar les muebles, recorriendo en todos sentidos los departamentos del emporio con majestuoso paso. Señalaba precios que eran intolerablemente elevados. Usaba las palabras Tudor, Jacobino y Looez Sez y lo que les mostraba no eran más que trastos barnizados.

Cristina se mordía los labios mientras se acentuaba su gesto de desagrado. Quería con toda su alma que no fueran a engañar a Andrés que éste no fuera a llenar su casa con estas espantosas mercaderías.

—Querido —le susurró suavemente, al darles la espalda el príncipe Alberto—, esto es inservible, completamente inservible.

Un apretar de labios apenas perceptible fue la respuesta que obtuvo. Inspeccionaron unas cuantas piezas más. Luego, con toda tranquilidad, pero con sorprendente rudeza, se dirigió Andrés al vendedor.

—Mire usted. Hemos venido desde lejos a comprar muebles. He dicho *muebles*. No trastos como éstos.

Con el pulgar oprimió violentamente la puerta de un ropero que, siendo de madera muy tenue cedió a la opresión con un crujido lamentable.

El vendedor estuvo a punto de desplomarse. Sencillamente esto no podía ser cierto, decía con la expresión.

—Pero, doctor —dijo sorprendido—, le he estado mostrando a usted y a su señora lo mejor de la casa.

—Entonces muéstrenos lo peor —respondió ásperamente Andrés—. Muéstrenos cosas viejas de segunda mano, con tal de que sirvan para algo.

Pausa. Luego, murmurando por lo bajo:

—El jefe me dará mi merecido, si yo no le vendo a usted.

El vendedor se alejó desconsolado. No volvió. Cuatro minutos después se les acercó estrepitosamente un hombre cito pequeño y vulgar de tez rojiza. Los interrogó:

—¿Qué desean?

—Muebles de segunda mano, bueno... ¡barato!

El hombre pequeño lanzó una mirada dura a Andrés. Sin hablar más, dio media vuelta y los condujo a un ascensor para mercaderías, el que, puesto en movimiento, los depositó en un gran subterráneo helado, atestado hasta el techo de mercaderías de segunda mano.

Durante una hora Cristina hurgó en medio del polvo y las telarañas, encontrando aquí una cómoda sólida, allí una mesa buena y sencilla, un pequeño sillón tapizado, bajo un rimero de arpillera, en tanto que Andrés, marchando a su retaguardia, discutía

larga y tercamente los precios con el hombrecito.

Al fin completaron su lista y Cristina, con el rostro tizado pero feliz, apretó la mano de Andrés con un sentimiento de triunfo mientras subían en el ascensor.

—Exactamente lo que necesitábamos —le susurró.

El hombre de tez rojiza los llevó a la oficina donde, depositando su libreta en el escritorio del propietario, con aire del hombre que ha trabajado lo mejor que ha podido, díjole:

—Este es el pedidos, señor Isaac.

El señor Isaac se acarició la nariz. Sus ojos, claros en el fondo de su piel cetrina, entristecían mientras estudiaba la libreta de órdenes.

—Temo que no podamos ofrecerle facilidades de pago por estas cosas, doctor Manson. Como usted ve, son todas mercaderías de segunda mano. —Y encogiendo sus hombros humildemente—:

—Así no hacemos negocio.

Cristina palideció. Pero Andrés, insistiendo implacablemente, se sentó en una silla como con la intención de quedarse.

—Oh, sí, lo harán, señor Isaac! A lo menos así lo dice su carta. Está impreso en grandes caracteres en el membrete de su carta. Muebles nuevos y de segunda mano, con facilidades de pago.

Hubo un silencio. El hombre de color rojo, inclinado junto a Isaac, le cuchicheaba rápidamente, gesticulando. Cristina cogía al vuelo palabras nada académicas, que daban testimonio de la dureza de la fibra de su marido, del poder de su perseverancia racial.

—Bien, doctor Manson —dijo Isaac, sonriendo algo forzadamente—, saldrá usted con la suya. No diga que el establecimiento ha sido malo con usted. Y no olvide referirlo a sus pacientes. Todo lo concerniente a lo bien que lo tratamos aquí. ¡Smith! Haga la cuenta en la hoja de «venta a plazo» y vea que mañana a primera hora se le envíe una copia al doctor Manson.

—Gracias, señor Isaac:

Nueva pausa. Manifestó el señor Isaac, como queriendo terminar la entrevista:

—Está bien, entonces, está bien. Las mercaderías le llegarán el viernes.

Cristina hizo ademán de irse. Pero Andrés seguía todavía pegado a su silla. Dijo lentamente:

—¿Y ahora, señor Isaac, lo referente a nuestros pasajes por ferrocarril?

Fue como si en la oficina hubiera estallado una bomba. Parecía que se le iban a reventar las venas a Smith, el colorado.

—Por Dios, doctor Manson! —exclamó Isaac—. ¿Qué pretende usted? Así no podemos hacer negocio. Lo justo es justo, pero yo no soy un camello. ¡Pasajes de ferrocarril!

Andrés sacó inexorablemente su cartera. Su voz era ponderada, aunque temblaba algo.

—Aquí tengo una carta, señor Isaac, en que usted dice en letras bien claras que pagará los pasajes por ferrocarril de sus clientes de Inglaterra y Gales cuando compren más de cincuenta libras.

—Pero le digo —imploró desesperadamente Isaac— que usted sólo ha comprado mercaderías por valor de cincuenta y cinco libras y todo de segunda mano.

—En su carta, señor Isaac.

—Qué importa mi carta! —exclamó Isaac, alzando las mano—. Qué importa nada! ¡Queda nulo lo pactado! En toda mi vida no tuve jamás un comprador como usted. Estamos habituados a jóvenes casados muy gentiles, con quienes se puede conversar. Usted comenzó por insultar al señor Clapp; luego el señor Smith no pudo hacer nada con usted y, por fin, viene a atormentarme con sus pasajes de ferrocarril. No podemos hacer negocio, doctor Manson. Puede intentar obtener mejores condiciones en otra parte.

Cristina miró asustada a Andrés, con ojos que expresaban una desesperada súplica. Sintió que todo estaba perdido. Este marido terrible había desperdiciado todas las ventajas logradas con tantas dificultades. Pero Andrés, aparentando no verla languidecer, plegaba lentamente la carta y se la metía en el bolsillo.

—Entonces perfectamente, señor Isaac. Le diremos buenas tardes. Pero puedo advertirle que esto no le parecerá muy bien a mis pacientes y amigos. Tengo una vasta clientela. Y esto se va a saber. Cómo usted nos trajo hasta Londres, prometiendo pagar nuestros pasajes, y cuando nosotros...

—¡Basta! ¡Basta! —gimió Isaac en una especie de frenesí—. ¿Cuánto valen sus pasajes? Páguelos, señor Smith. Páguelos, páguelos, páguelos. Pero no diga que el Regency no cumplió alguna vez lo prometido. ¡Ahí tiene! ¿Está usted satisfecho?

—Gracias, señor Isaac. Estamos muy satisfechos. Esperaremos las cosas el viernes. Buenas tardes, señor Isaac.

Manson le dio gravemente la mano y tomando del brazo a Cristina salió con ella apresuradamente.

Afuera los estaba aguardando el antiguo «limousine» que los había traído y, como si hubiera hecho la compra más importante de la historia del Regency, exclamó Andrés:

—Al Musseum Hotel, chofer.

Partieron al instante, sin dilación alguna, dejando rápidamente atrás al East End rumbo a Bloomsbury. Y Cristina, que apretaba fuertemente el brazo de Andrés, lo fue soltando poco a poco.

—Oh, querido! —murmuró—. Te has portado maravillosamente. Justamente cuando yo creía que...

Andrés movió la cabeza, con la mandíbula tercamente apretada aún.

—No tenían para qué amargarse tanto. Yo poseía su promesa, su promesa *escrita*... —Se volvió hacia ella, brillándole los ojos—. No se trataba de estos míseros pasajes, mi hijita. Eran los principios. La gente debe cumplir su palabra. También me irritó la manera cómo nos esperaban; se podía advertir a la legua: he aquí un par de paletos... dinero fácil. Ah!, Y aquel cigarro que me ofrecieron, todo olía a estafa.

—De todos modos conseguimos lo que necesitábamos —murmuró ella discretamente.

El asintió. Se hallaba en un estado de demasiada tensión y efervescencia para percibir entonces lo humorístico de lo acontecido. Pero en su habitación del hotel se le manifestó su lado cómico. Mientras encendía un cigarrillo y se tendía en la cama, mirándola componerse el pelo, de pronto Andrés se echó a reír. Se rió tanto que ella también lo imitó.

—Aquella expresión del rostro del viejo Isaac... —jadeaba, hasta dolerle las costillas—. Era estupendamente cómico.

—Cuando tú le pediste los billetes.

—Los negocios, dijo. No podemos hacer negocio. —Y lo acometió otro ataque de risa—. «Yo no soy un camello, dijo. ¡Oh, Dios mío! Un camello».

—Sí, querido. —Peine en mano, rodándole las lágrimas por las mejillas, Cristina volvióse hacia él pudiendo apenas articular—. Pero lo más divertido fue cómo tú seguías diciendo: «Yo tengo aquí con letras claras», cuando yo... ¡ay, querido!..., *cuando yo sabía que habías dejado la carta en casa, sobre la carpeta de la chimenea*.

Andrés se incorporó mirándola y luego acostóse de nuevo riendo a más no poder. Se revolvía tapándose la boca con la almohada, sin dominio de sí, mientras ella se aferraba al peinador, sacudiéndose de risa, pidiéndole que se contuviera o moriría.

Después, cuando se hubieron serenado, fueron al teatro. Habiendo dejado él que ella eligiese libremente, Cristina decidió ir a ver *Santa Juana*. Durante toda su vida, le dijo, había deseado ver representar una obra de Shaw.

Sentado a su lado en la platea repleta, Andrés dejó dominar menos por la obra —«demasiado histórica, le dijo, y, de todos modos, ¿quién se cree que es este señor Shaw?»— que por el rostro ligeramente encendido, absorto y extasiado de Cristina.

Era la primera vez que iban juntos al teatro. No sería la última, en cualquier caso. Los ojos de Andrés vagaban por la sala atestada. Volverían un día, no a la platea, sino a uno de los palcos. El se encargaría de ello. ¡Les mostraría a todos unas cuantas cosas! Cristina llevaría un vestido escotado de fiesta, la gente los miraría, se harían señas: «Ese es Manson, el médico que escribió esa maravillosa obra sobre el pulmón,». Se levantó súbitamente, mas bien con timidez, y en el intervalo le compró helados a Cristina.

Después se condujo principescamente. Fuera del teatro, halláronse

completamente desorientados, deslumbrados por las luces, los ómnibus y el gentío. Andrés levantó imperativamente la mano. Al verse a salvo, conducidos a su hotel, se creyeron, ingenua y dichosamente, los primeros que descubrían el aislamiento que proporciona un taxi cerrado.

## Capítulo IV

Después de Londres la brisa de Aberlath era vigorizante y fría. Descendiendo el jueves por la mañana desde Vale View para iniciar sus trabajos, sintió Andrés que le azotaba tonificadamente las mejillas. Lo inundaba una alegría inmensa. Veía que se dilataba ante él la perspectiva de sus futuros trabajos aquí, trabajos hechos a conciencia, guiados siempre por su principio, el método científico.

El consultorio del lado oeste, que estaba a no más de cuatrocientas yardas de su casa, era un edificio alto y abovedado, con baldosas blancas y un aspecto general de higiene. Su parte central y principal era la sala de espera. En el extremo del fondo, separada de la sala de espera por un tabique correo, estaba la farmacia. Arriba había dos salas de consultas, una con el nombre del doctor Urquhart y la otra, recientemente pintada, con el nombre del doctor Manson, que atraía misteriosamente la atención.

Le produjo a Andrés una emoción agradable el verse identificado ya con su sala, la que, aun no siendo grande, tenía un buen escritorio y un apropiado diván de cuero para exámenes. También se sintió halagado por el número de personas que lo esperaba, una muchedumbre tal, que creyó mejor comenzar al momento su trabajo antes de hacerse presente al doctor Urquhart o al farmacéutico Gadge, como lo tenía proyectado.

Habiéndose sentado, hizo pasar a su primer enfermo. Era un hombre que solicitaba sencillamente un certificado que consignara la dislocación de su rodilla. Andrés lo examinó, vio que ello era cierto y le dio un certificado de incapacidad para el trabajo.

Entró el segundo enfermo. También solicitó un certificado: nistagmo. El tercer enfermo: certificado, bronquitis. Él cuarto: certificado, dislocación del codo.

Andrés se levantó, ansioso de saber dónde estaba. Estos exámenes de certificados quitaban mucho tiempo. Salió a la puerta y preguntó:

—¿Cuántos más quieren certificados? ¿Quieren ponerse de pie?

Eran, tal vez, cuarenta los que esperaban. Todos se pararon. Andrés reflexionó rápidamente. Le tomaría la mayor parte del día examinarlos seriamente a todos..., algo imposible. De mala gana, resolvió postergar los exámenes minuciosos para mejores tiempos.

Aun así eran las diez y media cuando se desocupó de su último enfermo. Entonces, mientras él miraba distraído, entró a la sala un hombre viejo de tamaño mediano con un rostro rojo ladrillo, y una pequeña pera gris agresiva. Se inclinó ligeramente, de modo que su cabeza tomó un aspecto beligerante. Llevaba pantalones de pana, polainas y una chaqueta escocesa, cuyos bolsillos laterales estaban repletos hasta reventar con la pipa, un pañuelo, una manzana y un catéter de goma elástica.

Olía a tabaco fuerte, ácido carbólico y drogas. Antes de que hablara ya sabía Andrés que se trataba del doctor Urquhart.

—Hombre del diablo —dijo Urquhart, sin un apretón de manos ni una palabra de introducción—, ¿dónde ha estado usted estos últimos días? He tenido que hacerle su trabajo. No importa. No hablaremos más de ello. Gracias a Dios que parece sano de alma y cuerpo ahora que ya está aquí ¿Fuma una pipa?

—Sí.

—Gracias a Dios también por ello. ¿Toca el violín?

—No.

—Tampoco yo..., pero los construyo hermosos. También colecciono porcelana. Han puesto mi nombre en un libro. Se lo mostraré algún día que venga a mi casa. Es justamente al lado del consultorio que usted habrá observado. Y ahora venga a ver a Gadge. Es un pobre diablo. Pero conoce su incapacidad.

Andrés siguió a Urquhart a través de la sala de espera hasta la farmacia, donde Gadge lo saludó con ademán sombrío. Era un hombre alto, débil, cadavérico, con una cabeza calva surcada por mechones de pelo negro como azabache y enmarcada por patillas del mismo color. Usaba un saco corto de alpaca, verdoso a causa de sus años y las manchas de drogas, el cual dejaba ver sus muñecas huesudas y sus hombros esqueléticos. Su aire era triste, cáustico, cansado; su actitud, la del hombre más desilusionado del mundo. Al entrar Andrés estaba atendiendo a su último cliente, pasándole una caja de píldoras a través del tabique, como si fuera veneno para ratones. «Tómelo o déjelo —parecía decir—; se morirá en todo caso».

—Bien —dijo vivamente Urquhart, cuando hubo efectuado la presentación—. Usted ha visto a Gadge y conoce al peor. Le advierto que no cree en nada, a excepción tal vez, del aceite de castor y Carlos Bradlaugh. Ahora..., ¿puedo decirle algo más?

—Me preocupa el número de certificados que tengo que firmar. Algunos de los muchachos que he visto esta mañana me parecían perfectamente capaces de trabajar.

—Ay, ay! Leslie los dejaba amontonarse sobre sí de cualquier modo. Su concepto de examinar un paciente era tomarle el pulso exactamente durante cinco segundos por reloj. No le importaba un comino.

Andrés respondió rápidamente:

—¿Qué se puede pensar de un doctor que entrega certificados como cupones de cigarrillos?

Urquhart le dirigió una mirada. Dijo secamente:

—Sea prudente en lo que hace. Pueden disgustarse si los rechaza.

Por primera y última vez esa mañana intervino adustamente Gadge:

—Eso se debe a que la mitad de ellos no tiene mal alguno, ¡bribones robustos!

Durante todo el día, mientras hacía sus visitas, Andrés estuvo inquieto por tales



certificados. La gira no fue cosa fácil, pues no conocía la vecindad; las calles no le eran familiares y más de una vez tuvo que volver atrás y recorrer de nuevo lo andado. Su distrito, además, o la mayor parte del mismo, estaba en el lado de esa colina Mardy a que se había referido Tom Kettles, lo que importaba un áspero trepar entre una hilera de casas y la siguiente.

Antes de mediodía sus reflexiones lo habían llevado a una decisión desagradable. No podía, en manera alguna, dar un certificado descuidado. Marchó a su consultorio de la tarde con una determinación angustiosa, pero firme, metida entre ceja y ceja.

Había más gente que en la consulta de la mañana. Y el primer paciente que entró fue un hombretón lleno de grasa, oliendo fuertemente a cerveza y que parecía no haber trabajado un día entero en toda su vida. Tenía unos cincuenta años y unos ojillos de cerdo que se clavaron sobre Andrés.

—¡Certificado! —dijo, sin cuidarse de sus modales.

—¿Por qué? —preguntó Andrés.

—Nistagmo. —Alargó su man—. Me llamo Chenkin Ben Chenkin.

Sólo el tono hizo que Andrés mirara a Chenkin con inmediato desagrado; Aun con una inspección sumaria sentía la convicción de que Chenkin no tenía nistagmo. Sabía muy bien, aparte de la notificación de Gadge, que algunos de estos mineros viejos abusaban del pretexto de nistagmo, obteniendo compensaciones en dinero a las cuales no tenían derecho, durante largos años. Sin embargo, había traído consigo su oftalmoscopio. Pronto sabría a qué atenerse. Se levantó.

—Quítese la ropa.

Ahora fue Chenkin el que preguntó:

—¿Por qué?

—Voy a examinarlo.

Ben Chenkin se quedó con la boca abierta. Durante los siete años de trabajo del doctor Leslie, nunca había sido examinado, a lo que podía recordar. De mala gana se quitó el saco, la bufanda, la camisa listada de azul y rojo, descubriendo un torso velludo y adiposo.

Andrés realizó un examen largo y completo, especialmente de los ojos, mirando cuidadosamente ambas retinas con su pequeña linterna eléctrica.

Luego dijo en forma cortante:

—Vístase, Chenkin. —Se sentó y tomando su pluma comenzó a escribir un certificado.

—El siguiente, tenga la bondad —llamó Andrés.

Por poco arrebató Chenkin de manos de Andrés la papeleta rosada. Luego salió triunfalmente del consultorio.

Cinco minutos después regresaba lívido, bramando como un toro, abriéndose camino entre los hombres que aguardaban sentados en los bancos.

—¡Miren lo que ha hecho con nosotros! ¡Entremos! ¿Quieren? ¡Ah! ¿Qué significa esto?

Agitaba el certificado ante los ojos de Andrés.

Andrés afectó leer la hoja. Decía, de su puño y letra:

*Certifico que Ben Chenkin sufre de los efectos de excesos en el consumo de la cerveza, pero se halla perfectamente apto para el trabajo.*

A. MANSON.

—¿Bien? —preguntó.

—¡Nistagmo! —gritó Chenkin—. Certificado de nistagmo.

—No puede reírse de nosotros. Durante quince años hemos obtenido certificado de nistagmo.

—No lo ha conseguido ahora —dijo Andrés. Una multitud se había apiñado detrás de la puerta abierta. Se daba cuenta de que la cabeza de Urquhart lo acechaba curiosamente desde la otra habitación, de que Gadge contemplaba feliz el tumulto a través de su tabique.

—Por Última vez..., ¿nos va a dar certificado de nistagmo? —aulló Chenkin.

Andrés perdió la paciencia.

—¡No, no! —le grit—. Y salga de aquí antes de que lo eche.

Ben jadeaba. Parecía como que quisiera barrer el suelo con Andrés. Luego bajó los ojos, se volvió, y profiriendo juramentos y amenazas salió del consultorio.

Apenas se había marchado, Gadge salió de la farmacia y se abrió camino hasta llegar a donde estaba Andrés. Se frotaba las manos con melancólico deleite.

—¿Sabe a quién acaba de despedir? A Ben Chenkin. Su hijo es un personaje del Comité.

## Capítulo V

Fue enorme la sensación producida por el raso Chenkin. En un instante se rumoreó por todo el distrito de Manson. Algunos decían que había sido «una buena obra» —unos pocos llegaron hasta decir: «algo magnífico»—, el que se hubiera puesto fin a la estafa de Ben y se lo hubiera declarado apto para el trabajo. Mas la mayoría estaba de parte de Ben. Todos los que obtenían indemnizaciones por incapacidad estaban particularmente irritados con el nuevo médico. Al hacer sus giras se daba cuenta Andrés de las torvas miradas que se le dirigían. Y por las noches, en el consultorio, tenía que afrontar una manifestación aún peor de impopularidad.

Aunque nominalmente cada ayudante estaba adscripto a un distrito, los trabajadores del mismo tenían derecho a elegir libremente su médico. Cada hombre tenía una tarjeta que, entregándola a otro médico, le permitía efectuar un cambio. Fue esa ignominia la que hubo de soportar Andrés desde entonces. Durante esa semana hombres a quienes jamás había visto venían cada noche al consultorio —algunos que temían el encuentro personal enviaban a sus mujeres— a decirle, sin mirarlo:

—Si no tiene inconveniente, doctor, desearía mi tarjeta.

La humillación de tener que levantarse para sacar estas tarjetas del cajón de su escritorio era intolerable. Y cada tarjeta que entregaba significaba diez chelines menos de su sueldo.

El sábado por la noche Urquhart lo invitó a su casa. El anciano que durante toda la semana había exhibido en sus coléricas facciones un aire de justificación de sí propio, comenzó por mostrarle los tesoros de sus cuarenta años de ejercicio de la profesión. Tenía, tal vez, una veintena de violines amarillos, todos ellos por él mismo, colgados de sus paredes, pero éstos carecían de importancia comparados con lo selecto de su colección de porcelana antigua.

Era una colección soberbia: Spode, Wedgwood, Crown Derby y mejor todavía, Swansea antigua, todo estaba allí. Sus platos y cubiletes, sus tazones, tazas y jarros, llenaban todas las habitaciones de la casa y aun llegaban hasta el cuarto de baño, donde le era posible a Urquhart, al hacerse la toilette, contemplar con orgullo un servicio de té de modelo original.

La porcelana era, de hecho, la pasión de la vida de Urquhart y era un maestro viejo y astuto en el arte de adquirirla. Siempre que veía un «bocado apetitoso» —conforme a su propia frase— en la casa de algún paciente, lo visitaba continuamente con infatigable atención, mientras miraba con una especie de persistente avidez la codiciada pieza, hasta que al fin, desesperada, la buena dueña de casa exclamaba:

—Doctor, usted parece enormemente impresionado por esa pieza. No puedo menos de ponerla a su disposición.

Entonces Urquhart hacía una protesta virtuosa y luego, tomando su trofeo, lo

envolvía en un diario, y se lo llevaba triunfalmente a su casa para colocarlo amorosamente en sus escaparates.

El anciano era característico en el pueblo. Se decía de sesenta años, pero probablemente tenía más de setenta y puede que cerca de ochenta. Flexible como barba de ballena, sin otro vehículo que la suela de sus zapatos, cubría distancias increíbles, profería juramentos homicidas contra sus pacientes, y, sin embargo, podía ser tierno como una mujer. Vivía solo —desde la muerte de su esposa once años atrás—, y se alimentaba casi exclusivamente de sopas de conserva.

Aquella tarde, habiendo desplegado ufanamente su colección, observó de pronto a Andrés, como enfadado:

—Hombre del diablo. Yo no quiero ninguno de sus enfermos. Tengo suficientes. ¿Pero qué puedo hacer si vienen a jorobarme? No pueden ir todos al consultorio del lado este, es demasiado lejos.

Andrés se enrojeció. No podía decir nada.

—Tiene que ser más prudente, hombre —prosiguió Urquhart con tono alterado. ¡Oh, lo sé, lo sé! Usted quiere derribar las murallas de Babilonia. Yo también he sido joven. Pero de todos modos, no se apresure, no se cree dificultades, mire antes de saltar. ¡Buenas noches! Saludos a su señora.

Con las palabras de Urquhart zumbándole en los oídos, Andrés se esforzó por ser cauto. Pero aun así le sobrevino inmediatamente un desastre mayor.

El lunes siguiente fue a la casa de Tomás Evans, en la calle Cefan. Evans, operario de la mina de carbón de Aberalaw, se había derramado una caldera de agua hirviendo sobre el brazo izquierdo. Era una quemadura seria, que cubría una gran área y particularmente grave en la región del codo. Cuando llegó Andrés halló que la enfermera del distrito, que se hallaba en la vecindad en el momento del accidente, había tratado la quemadura con aceite de linaza y luego había proseguido su gira. Andrés examinó el brazo, reprimiendo cuidadosamente el horror que le producía el inmundo vendaje. Con el rabo del ojo observó la botella de aceite de linaza, taponada con papel de diario y que contenía un sucio líquido blancuzco, en el que casi podía ver pululando las bacterias.

—La enfermera Lloyd lo ha hecho muy bien, ¿no, doctor? —dijo Evans nerviosamente.

Era un mocetón de ojos oscuros y fuerte musculatura. Su mujer, que se hallaba allí cerca, observando atentamente a Andrés, también estaba nerviosa como su marido.

—Hermoso vendaje —dijo Andrés con desbordante entusiasmo—. Pocas veces he visto uno más limpio. Sólo un primer vendaje, por supuesto. Ahora creo que ensayaremos ácido pícrico.

Sabía que si no usaba rápidamente el antiséptico, el brazo se infectaría casi

seguramente. Y entonces, pensaba, ¡qué el cielo salve esa articulación del codo!

Le observaban sospechosamente mientras, con escrupulosa finura, limpiaba el brazo y le colocaba una compresa empapada en ácido pícrico.

—¡Ya está! —exclamó—. ¿Se siente mejor?

—No sé cómo estará —dijo Evans—. ¿Está seguro de que no habrá peligro, doctor?

—Positivamente —dijo Andrés con una sonrisa inspiradora de confianza—. Debe dejarnos esto a la enfermera y a mí.

Antes de abandonar la casa escribió una pequeña nota a la enfermera del distrito, haciendo lo posible para ser discreto y considerado respecto de los sentimientos de ella. Le daba las gracias por su espléndido tratamiento de emergencia y le pedía, como medida contra posibles infecciones, tuviera la bondad de insistir en las compresas de ácido pícrico. Cerró cuidadosamente el sobre.

A la mañana siguiente, al volver, Andrés vio que las compresas de ácido pícrico habían sido arrojadas al fuego y que el brazo había sido curado nuevamente con aceite de linaza. Preparada para la batalla, la enfermera del distrito estaba esperándolo.

—Me agradecería saber qué significa todo esto. ¿No es bastante bueno para usted mi trabajo, doctor Manson?

Era una mujer de edad mediana, gruesa, de pelo gris desarreglado y rostro fatigado y envejecido. Apenas podía hablar a causa de la palpitación de su pecho.

El corazón de Andrés se encogió. Pero se dominó firmemente y forzó una sonrisa.

—Venga, enfermera Lloyd, no me comprenda mal. ¿Quiere que conversemos sobre esto en la habitación de enfrente?

La enfermera se irguió, mirando al rincón en que Evans y su mujer, que tenía pegada a su falda a una pequeñuela de tres años, escuchaban alarmados Y con unos ojos enormes.

—No, lo hablaremos aquí. No tengo nada que ocultar. Mi conciencia está limpia. Nacida y educada en Aberlath, me he casado aquí, aquí he tenido niños, aquí he perdido a mi marido y trabajado veinte años como enfermera del distrito. Y nadie me dijo jamás que no usara aceite de linaza en una quemadura o escaldadura.

—Escuche ahora, enfermera —alegó Andrés—. Tal vez el aceite de linaza esté muy bien en algunos casos. Pero aquí hay peligro de contracción. —Puso rígido el codo de ella por vía de ejemplo—. Por esto quiero que emplee mi compresa.

—Jamás oí hablar de eso. El anciano Urquhart no la usa. Y eso es lo que le dije al señor Evans. ¡No me gustan las ideas nuevas de alguien que no ha estado aquí más de una semana!

Andrés tenía la boca reseca. Se sentía enfermo y vacilante ante la perspectiva de una nueva dificultad, de las repercusiones de esta escena, porque la enfermera, que

iba de casa en casa y en todas partes exponía sus ideas, era una persona con quien resultaba peligroso indisponerse. Pero él no podía, no se atrevía a exponer a su paciente con ese tratamiento anticuado. Le dijo en voz baja:

—Si no quiere poner la compresa, enfermera, yo mismo vendré mañana y tarde para ello.

—Usted puede hacerlo, entonces; para lo que me importa —exclamó la enfermera Lloyd, con los ojos humedecidos—. Y espero que Tom Evans salga con vida.

Un minuto después se había ido de la casa.

En profundo silencio Andrés quitó el vendaje. Estuvo casi media hora lavando y curando pacientemente el brazo accidentado. Al dejar la casa prometió volver esa noche a las nueve.

Esa misma tarde, al entrar a su consultorio, la primera persona que se presentó fue la señora Evans, con el rostro pálido y con sus negros ojos espantados evitando la mirada de Andrés.

—Doctor —balbuceó—, le aseguro que no deseo molestarlo; pero ¿podría devolverme la tarjeta de Tom?

Una oleada de pesimismo pasó por Andrés. Se levantó sin decir palabra, buscó la tarjeta de Tom Evans y se la pasó.

—Usted comprende, doctor, usted..., usted, no será llamado otra vez.

El respondió inseguramente:

—Comprendo, señora Evans. —Luego, mientras ella se acercaba a la puerta, le preguntó, tenía que preguntarle—: ¿De nuevo están con el aceite de linaza?

Ella asintió y se fue.

Después del consultorio, Andrés, que se iba habitualmente a casa lo más rápidamente, marchó fatigado a Vale View. «Un triunfo para el método científico! —pensaba amargamente—. Y, una vez más, ¿soy honrado o sencillamente extravagante...? Extravagante y estúpido, estúpido y extravagante!».

Estuvo muy callado durante la comida. Pero después en la sala, ahora confortablemente amueblada, mientras estaban sentados junto al alegre fuego, colocó su cabeza sobre el blando seno de Cristina.

—Oh, querida! —gimi—. He comenzado en forma desastrosa.

Mientras ella lo acariciaba, golpeándole cariñosamente la frente, sorprendió lágrimas en sus ojos.

## Capítulo VI

El invierno llegó temprano e inesperadamente con una gran nevada. Aunque era sólo mediados de octubre, Aberalaw estaba tan alto, que heladas terribles azotaban la ciudad aun antes de que las hojas hubieran caído de los árboles. La nieve bajó silenciosamente durante la noche en blandos copos. Cristina y Andrés se encontraron al despertar con una vasta blancura resplandeciente. Unos *ponies* montañeses habían bajado por un boquete de la palizada quebrada al lado de la casa y estaban apiñados alrededor de la puerta trasera. Sobre las anchas mesetas y pastizales que rodean a Abcralavv, estos animalitos salvajes de color oscuro vagaban en gran número, huyendo al acercarse el hombre. Pero en tiempo de nevada el hambre los arrastraba hasta las cercanías de la ciudad.

Durante el invierno Cristina alimentó a los caballitos. Al principio ellos le huían, tímidos y recelosos, pero al fin se acercaban a comer de su mano. Uno especialmente se convirtió en amigo suyo, el más pequeño de todos, negro y de crin enmarañada, animalito de ojos pícaros, no mayor que un Shetland, al que bautizaron Darkie.

Comían toda clase de alimento: migas de pan, cáscaras de papas y de manzanas Y aun de naranjas. Una vez, por diversión, Andrés le ofreció a Darkie una caja de fósforos vacía. Darkie la mascó con fruición y luego se relamió los labios como un gourmet que comiera pité.

Aun siendo tan pobres, aun teniendo que tolerar tantas cosas, Cristina y Andrés conocieron la felicidad. Andrés sólo tenía peniques que hacer sonar en sus bolsillos, pero la deuda de la Dotación estaba casi cancelada y en vía de pago la instalación de la casa. Cristina, con toda su fragilidad y aspecto de inexperiencia, tenía la cualidad de la mujer de Yorkshire: era una dueña de casa. Con la sola ayuda de una jovencita llamada Jenny, hija de un minero del camino de atrás, que venía todos los días por unos cuantos chelines semanales, mantenía la casa brillante. Aunque cuatro de las habitaciones permanecían sin muebles y discretamente bajo llave, hizo un hogar de Vale View. Cuando Andrés regresaba cansado, casi vencido por un largo día de trabajo, ella le tenía comida caliente sobre la mesa, que pronto lo reponía.

El ejercicio de la profesión era enormemente duro, no, ¡ay! porque tuviera muchos enfermos, sino a causa, de la nieve, las difíciles subidas a las partes altas del distrito y las grandes distancias entre las casas de sus pacientes. Cuando se derretían las nieves y los caminos se convertían en pantanos, antes que nevara de nuevo por la noche, la marcha era pesada y difícil. Tan a menudo regresaba con los extremos de los pantalones empapados, que Cristina le compró un par de polainas. Por la noche, cuando él se dejaba caer exhausto en una silla, ella se arrodillaba y le quitaba estas polainas, luego sus pesados zapatos y le alcanzaba las pantuflas. No era un acto de servidumbre, sino de amor.

La gente seguía suspicaz, difícil. Toda la parentela de Chenkin —que era numerosa, siendo frecuentes en los valles los matrimonios de consanguíneos—, se había mancomunado en una general hostilidad. La enfermera Lloyd era su enemiga declarada y amarga y se complacía en desprestigiarlo mientras se sentaba a tomar té en las casas que visitaba, escuchada por grupos de mujeres de la vecindad.

Además tenía que luchar con una molestia siempre creciente. El doctor Llewellyn recurría a él para anestésicos con mayor frecuencia que lo conveniente y permitido. Andrés aborrecía administrar anestésicos: era un trabajo mecánico que exigía un tipo especial de espíritu, un temperamento tranquilo y mesurado, que ciertamente él no poseía. No se negaba en lo más mínimo tratándose de sus enfermos propios. Pero cuando se vio solicitado tres por semana para enfermos a quienes jamás había visto antes, comenzó a sentir que estaba soportando una carga que le correspondía a otro. No obstante, no se atrevía a protestar, sencillamente por miedo a perder su ocupación.

Un día de noviembre, sin embargo, Cristina notó que algo inusitado lo había deprimido. Entró esa noche sin saludarla alegremente y, aunque procuró aparentar indiferencia, Cristina, que lo amaba demasiado, pudo advertir, en el surco ahondado entre sus ojos y en otras cuantas señales menudas, que Andrés había recibido un golpe inesperado.

Durante la comida ella no hizo comentario alguno y en seguida comenzó a trabajar en una costura junto al fuego. Él se sentó a su lado, la pipa entre los dientes, y al instante declaró de un sopetón.

—Me disgusta quejarme, Cristina. Y más me disgusta intranquilizarte. Sabe Dios que yo procuro guardarme las cosas para mí mismo.

Esto, teniendo en cuenta que él le abría a ella su corazón cada tarde, era sumamente divertido. Pero Cristina no se rió cuando él prosiguió:

—Tú conoces el hospital, querida. Recuerda que lo has visitado nuestra primera noche. Recuerda cuánto me gustó y cómo me extasié ante las oportunidades de efectuar allí un trabajo hermoso, y todo lo demás. Pensé mucho en eso, ¿no fue así? Tenía un elevado concepto de nuestro hospitalito de Aberalaw.

—Sí, así fue.

El prosiguió fríamente:

—No debí haberme engañado. No es el hospital de Aberalaw. Es el hospital de Llewellyn.

Cristina se quedó muda, sus ojos en suspenso, aguardando que se explicara.

—Tuve un enfermo esta mañana, Cristina —hablaba ahora rápidamente, con todo fuego—. Tú notarás que digo: tuve... un caso de neumonía apical realmente incipiente en uno de los perforadores de la antracita. A menudo te he dicho cuánto me intereso por el estado pulmonar de esa gente. Sé positivamente que hay allí un gran campo de investigación. Pensé para mis adentros: he aquí mi primer enfermo para el



hospital, oportunidad típica para la sinopsis Y el archivo científicos. Telefoneé a Llewellyn, le pedí que viera el caso conmigo, de manera que yo pudiera hacerlo llevar a la sala.

Andrés se detuvo a tomar aliento y luego prosiguió:

—Bien. Vino Llewellyn con su limousine. Muy gentil y concienzudo en su examen. Conoce su trabajo al revés y al derecho, es un hombre eminente. Confirmó el diagnóstico, después de señalar una o dos cosas que yo había pasado por alto, y convino absolutamente en llevar al enfermo al hospital al instante. Comencé a darle las gracias, manifestándole cuánto significaba para mí el acceso a la sala y el tener tales facilidades para el tratamiento de este caso especial. Entonces Llewellyn me dirigió una mirada muy risueña y amistosa. «Usted no tiene que molestarse en venir, Manson —dijo—. Yo lo trataré. No podríamos permitir que los ayudantes trajinaran por las salas», les dio una mirada a mis polainas, «con sus zapatos claveteados...»: — Andrés terminó con la voz ahogada ¡Oh!, ¿qué significaba todo eso? Lo siguiente: yo puedo ir a las casas de los mineros, con mis zapatos pesados y mi impermeable empapado; puedo examinar mis enfermos con una luz pésima, tratarlos en malas condiciones, pero cuando se trata del hospital, ¡oh!, allí sólo se me necesita para administrar el éter.

Fue interrumpido por la campanilla del teléfono. Dirigiéndole una mirada de comprensión, Cristina se levantó para atender el llamado. Andrés podía escucharla hablando en el hall luego regresó muy vacilante.

—El doctor Llewellyn está en el teléfono. Lo siento..., lo siento tanto, querido. Te necesita mañana a las once para un anestésico.

Andrés no respondió, sino que se quedó con la cabeza apoyada sobre los puños apretados.

—¿Qué le diré? —murmuró ansiosamente Cristina.

—Dile que se vaya al diablo —exclamó él—. Luego, pasándose la mano por la frente: No, no. Dile que estaré allí a las once, a las once *en punto* —añadió con amarga sonrisa.

Al regresar, Cristina le traía una taza, de café caliente..., uno de sus recursos efectivos para combatir su depresión.

Mientras lo bebía, sonreía a su mujer.

—Me siento tan feliz aquí contigo, Cristina. ¡Sólo si el trabajo anduviera como es debido! ¡Oh! Reconozco que no hay nada de personal o extraordinario en el hecho de que Llewellyn me excluya de las salas. Lo mismo ocurre en Londres, en todos los grandes hospitales por doquier. Es el sistema. ¿Por qué tiene que ser así, Cristina? ¿Por qué un médico es separado de su enfermo cuando éste ingresa al hospital? Pierde el caso tan completamente como si hubiera perdido al paciente. Es parte de nuestro maldito sistema de médicos universales y es erróneo, completamente erróneo.

¡Dios mío! ¿Por qué te hago disertaciones a ti? Como si ya no tuviéramos bastantes preocupaciones. ¡Cuándo pienso en como principié a trabajar aquí! ¡Qué de cosas iba a hacer! Y en vez de eso, una cosa después de otra, todo malo.

Pero al término de la semana recibió una visita inesperada. Muy tarde, cuando él y Cristina estaban por subir al dormitorio, sonó la campanilla de la puerta. Era Owen, el secretario de la Sociedad.

Andrés palideció. Miró la visita del secretario como el acontecimiento más lamentable de todos, la culminación de estos meses de luchas y fracasos. ¿Quería el Comité que renunciara? ¿Lo iban a despedir, a echar a la calle con Cristina, en mísero abandono? Se le oprimió el corazón al mirar el rostro enjuto, tímido del secretario, y luego se le dilató, aliviado y alegre, cuando Owen sacó una tarjeta amarilla.

—Siento venir a esta hora, doctor Manson, pero me he quedado hasta tarde en la oficina, no tuve tiempo de ir al consultorio. Me preguntaba si usted tendría inconveniente en aceptar mi tarjeta médica. Es, en cierto modo, extraño, siendo yo el secretario de la sociedad, que nunca me haya preocupado de elegir. La última vez que consulté a un doctor estaba en Cardiff. Pero ahora, si me acepta, me agradecería mucho estar en su lista.

Andrés podía apenas hablar. Había devuelto tantas tarjetas como ésta, con el desagrado consiguiente, que el recibir una ahora, y del mismo secretario, le parecía abrumador.

—Gracias, señor Owen... Me complacerá mucho atenderlo a usted.

Cristina, que estaba en el hall, intervino rápidamente:

—¿Por qué no tiene la bondad de pasar, señor Owen?

Pretextando que los estaba incomodando, el secretario parecía querer, sin embargo, que lo introdujeran. Sentado en una silla de brazos, fijos sus ojos en el fuego, pensativamente, tenía un aire de extraordinaria tranquilidad. Aunque por su acento e indumentaria no parecía diferenciarse de un hombre de trabajo corriente, tenía la quietud contemplativa, el color casi transparente del asceta. Parecía por momentos estar ordenando sus pensamientos. Luego dijo:

—Me alegro de tener la oportunidad de hablarle, doctor. No se descorazone si tiene obstáculos en sus comienzos. Las gentes son aquí algo difíciles, pero buenas en el fondo. Volverán después de un poco, volverán.

Antes de que Andrés pudiera hablar, él prosiguió:

—No ha tenido noticias de Tom Evans, ¿no? El brazo se le ha inutilizado. Ah, aquel líquido contra el cual los previno, le produjo exactamente el resultado que usted temía! El codo se le ha puesto enteramente rígido y encorvado; no puede usarlo, por lo que ha perdido su puesto en la mina. ¡Ay!, Y como fue en su casa en donde se quemó, no saca ni un penique de indemnización.

Andrés delató con su expresión cuánto deploraba el hecho. No tenía rencor contra

Evans; sino tan sólo un sentimiento de tristeza ante la fatalidad de este enfermo que tan innecesariamente se había agravado.

Owen guardó silencio una vez más. Luego comenzó a contarles, con su voz tranquila, las primeras luchas de él mismo, de cómo había trabajado bajo tierra siendo niño de catorce años, asistiendo de noche a la escuela, cómo había mejorado poco a poco de situación, aprendido dactilografía y taquigrafía y obteniendo, finalmente, la secretaria de la Sociedad.

Andrés podía ver que toda la vida de Owen estaba dedicada a mejorar la suerte de los obreros. Amaba su trabajo en la Sociedad, porque era una expresión de su ideal. Pero él aspiraba a algo más que a puros servicios médicos. Aspiraba a mejorar habitación, más higiene, condiciones superiores y más seguras, no sólo para los mineros, sino también para sus familiares. Citaba la cifra de la mortalidad por maternidad entre las mujeres de los mineros, la cifra de la mortalidad infantil. Tenía todos los gráficos, todos los hechos en la punta de los dedos.

Pero, además de hablar, escuchaba. Sonrió cuando Andrés le contó su experiencia con la alcantarilla de la epidemia de tifus en Drineffy, Mostró gran interés por la idea de que los trabajadores de la antracita se hallasen más sujetos a las enfermedades pulmonares que los demás trabajadores bajo tierra.

Estimulado por la presencia de Owen, Andrés se dedicó a este asunto con gran ardor. Lo había impresionado, como resultado de muchos penosos exámenes, ver qué gran porcentaje de mineros de la antracita sufrían de formas insidiosas de la tuberculosis. En Drineffy, muchos de los perforadores que acudían a él quejándose de tos o de «algo de flemas en los bronquios», eran en realidad casos incipientes o francos de tuberculosis pulmonar. Y aquí estaba observando lo mismo. Había comenzado a preguntarse si no había alguna relación directa entre la ocupación y la enfermedad.

¿Advierte usted lo que quiero decir? —exclamó ansiosamente—. Estos operarios trabajan todo el día en el polvo, en el polvo de piedra de las galerías subterráneas. Sus pulmones se sofocan con él. Ahora tengo la sospecha de que es dañino. Los perforadores, por ejemplo, que absorben la mayor parte, parecen contraer el mal con más frecuencia que los cargadores, pongamos por caso. ¡Oh, puedo estar equivocado! Pero no lo creo. Y lo que me excita tanto es..., ¡oh, vamos, es una senda de investigación que nadie ha seguido muy lejos! En la lista del Home Office no hay mención de ninguna enfermedad industrial parecida. Cuando estos hombres caen enfermos, no consiguen un solo penique de indemnización.

Owen se inclinó hacia adelante, entusiasmado, encendido su pálido rostro con una vívida animación.

—¡Vaya, doctor, eso sí que es hablar! Durante mucho tiempo no había escuchado algo tan importante.

Debatieron animadamente la cuestión. Era tarde cuando el Secretario se levantó para marcharse. Excusándose por haberse quedado tanto rato, instó calurosamente a Andrés a proseguir sus investigaciones, prometiéndole toda la ayuda que estuviera en su poder.

Al cerrarse detrás de Owen la puerta de calle, dejó una cálida impresión de sinceridad. Y Andrés pensó, como en la reunión del comité en que se le había otorgado el puesto: «Ese hombre es mi amigo».

## Capítulo VII

La noticia de que el secretario le había llevado su tarjeta a Andrés se divulgó rápidamente por el distrito, e hizo algo para detener la oleada de impopularidad del nuevo médico.

Aparte de esta ganancia material, Cristina y él se sintieron mejor después de la visita de Owen. Hasta aquí la vida social de la ciudad había prescindido enteramente de ellos. Bien que Cristina nunca se quejaba, había momentos durante las largas ausencias de Andrés, motivadas por sus visitas, en que ella sentía el peso de la soledad. Las mujeres de los empleados superiores de la compañía tenían un concepto demasiado elevado de su propia importancia, para visitar a las de los ayudantes del Socorro Médico. La señora Llewellyn, que le había prometido un afecto imperecedero y gratas excursiones en automóvil a Cardiff, dejaba tarjetas cuando Cristina estaba ausente y no se dejó ver más. Entretanto, las esposas de los doctores Medley y Oxhorrow, del consultorio del este —la primera una mujer marchita y la otra una fanática que hablaba una hora, por el reloj de segunda mano de la Regency, de las misiones del Africa occidental—, se habían ilustrado singularmente reservadas. Parecía no existir ninguna conciencia de unidad o solidaridad social entre los médicos ayudantes o sus esposas. Eran indiferentes, pasivos y hasta serviles en la actitud en que se presentaban ante la ciudad.

Una tarde de diciembre, cuando Andrés regresaba a Vale View por el camino de atrás, que seguía por la cresta de la colina, vieron acercarse a un joven larguirucho pero enhiesto, de su misma edad, al que reconoció al instante como Ricardo Vaughan. Su primer impulso fue atravesar al otro lado para evitarlo. Y entonces le asaltó tenazmente el pensamiento: ¿Por qué he de hacerla? No me importa ese hombre.

Con sus ojos vueltos a otra parte, se preparaba a dejar atrás a Vaughan, cuando, para sorpresa suya, oyó que lo llamaban en un tono amistoso, casi jovial.

¡Hola! ¿Usted es el médico que hizo volver al trabajo a Ben Chenkin, no?

Andrés se detuvo, alzando la mirada cautelosamente, con una expresión que decía:

—¿Y qué? No lo he hecho por usted.

Aun cuando respondió cortésmente, se dijo a sí mismo que no estaba dispuesto a dejarse dominar ni siquiera por el hijo de Edwin Vaughan. Los Vaughan eran los propietarios virtuales de la compañía de ABERALAW; sacaban todas las regalías de las minas adyacentes, eran ricos, exclusivos, inaccesibles. Ahora que el viejo Edwin se había retirado a una finca cerca de Brecon, Ricardo, el hijo único, se había hecho cargo de la dirección de la Compañía. Casado recientemente, se había construido una gran casa moderna que dominaba la ciudad.

En seguida, mirando a Andrés y atusándose el ralo bigote, díjole:

—Hubiera gozado viendo la cara del viejo Ben.

—No la encontré particularmente divertida.

El labio de Vaughan se encogió detrás de su mano, ante el terco orgullo escocés. Añadió en tono amable:

—Ustedes serán nuestros vecinos más cercanos. Mi mujer, que ha estado en Suiza estas últimas semanas, irá a ver a la suya, ahora que están establecidos.

—Gracias —dijo secamente Andrés, continuando su camino.

Aquella noche, en el té, le refirió burlescamente el incidente a Cristina:

—¿Qué pretendía? Dímelo. Lo he visto, al cruzarse en la calle con Llewellyn, hacerle apenas una venia. Tal vez creyó que me induciría a hacer volver al trabajo a sus malditas minas, a unos cuantos hombres más.

—No, Andrés —protestó Cristin—. Eso se te ocurre a ti. Eres suspicaz, terriblemente suspicaz.

—Piensa que sospecho de él. Orgulloso, nadando en dinero, educado en colegio de aristócratas Y feo como macaco... «Mi esposa, que ha estado paseando en los Alpes mientras ustedes se consumían en la colina Mardy hará una visita a la suya». ¡Ah! Yo la veo llegando a nuestra casa, querida. Y si lo hace —se indignó súbitamente—, ten mucho cuidado de no humillarte ante ella.

Cristina respondió tan lacónicamente como jamás la oyera él en todos aquellos primeros meses de ternura:

—Creo saber comportarme.

A pesar de los pronósticos de Andrés, la señora Vaughan visitó a Cristina y se quedó evidentemente mucho más rato que el exigido por la mera etiqueta. Cuando Andrés regresó esa tarde, encontró a Cristina alegre, ligeramente colorada, con todas las muestras de haberse divertido. No respondió a sus irónicas averiguaciones, pero admitió que la cosa había sido un éxito.

Andrés se burló de ella:

—Supongo que sacaste a relucir la platería de la familia, la mejor platería, la tetera enchapada de oro. ¡Oh, y una torta de Parry!

—No. Comimos pan con manteca —respondió tranquilament—. Y la tetera marrón.

El alzó las cejas burlescamente.

—¿Y les gustó?

—Espero que sí.

Algo inquietaba extrañamente a Andrés después de esta conversación, una emoción que, de haberla intentado analizar, no lo hubiera conseguido del todo. Diez días después, cuando la señora Vaughan llamó al teléfono y los convidó a comer a él y Cristina, quedó estupefacto. En ese momento Cristina estaba en la cocina, preparando un pastel, y él en persona atendió el teléfono.

—Lo siento —respondió—, temo que me sea imposible. Atiendo el consultorio casi hasta las nueve todos los días.

—Pero no el domingo, seguramente. —La voz de ella era suave, encantadora—. Vengan a comer el domingo próximo. Queda convenido, entonces. Los esperamos.

Andrés arremetió contra Cristina.

—Estos malditos amigos tuyos encopetados nos obligan a ir comer con ellos. No podemos ir. Tengo la convicción positiva de que el domingo próximo por la tarde me tocará un parto.

—Ahora tú me escuchas a mí, Andrés Manson. —Los ojos de Cristina se habían iluminado al decir esto, pero, sin embargo, lo sermoneó severament—. Debes dejar ya de ser tonto. Somos pobres y todo el mundo lo sabe. Tú llevas trajes gastados y yo atiendo la cocina. Pero no importa. Tú eres médico, y un buen médico, además, y yo soy tu mujer —su expresión perdió por un momento su tensión ¿Me estás escuchando? Sí, puede causarte sorpresa, pero tengo la libreta de matrimonio guardada en mi cajón. Los Vaughan tienen mucho dinero, pero esto no es más que un detalle ante el hecho de que son personas bondadosas, encantadoras e inteligentes. Juntos somos maravillosamente felices aquí, amor mío, pero debemos tener amigos. ¿Por qué no seríamos sus amigos si ellos nos lo permiten? No te avergüences, pues, de ser pobre. Olvida lo del dinero, de la situación y todo lo demás, y aprende a tomar a la gente por lo que realmente es.

—¡Oh, bien!... —refunfuñó Andrés.

El domingo, pues, acudieron a la invitación. Andrés iba inexpresivo, con una docilidad aparente, y mientras recorrían la magnífica explanada que tenía a su lado una cancha nueva de tenis, murmuró entre dientes:

—Probablemente no nos recibirán, viendo que yo no soy aristócrata.

Contra lo que esperaba, fueron bien recibidos. El rostro huesudo y feo de Vaughan sonrió amablemente por encima de una cajita de plata que, por alguna razón desconocida, sacudía vigorosamente. La señora Vaughan los saludó con natural sencillez. Había otros dos invitados, el profesor Challis y su señora, que pasaban el fin de semana con los Vaughan.

Después del primer cocktail de toda su vida, Andrés se dio cuenta de la gran sala en que estaba, con su alfombra amarilla, sus floreros, libros y amueblado antiguo extrañamente hermoso. Cristina conversaba alegremente con Vaughan y su esposa y la señora Challis, mujer de edad, con cómicas arrugas en torno de sus ojos. Sintiendo aislado y singular, Andrés se aproximó cautelosamente a Challis, que, a pesar de su larga barba blanca, despachaba alegremente y con todo éxito su tercer traguito.

—¿Habrás algún médico joven que emprenda bondadosamente una investigación —dijo dirigiéndose sonriente a Andrés—, referente a la función exacta de la aceituna

en el martini? Le advierto de antemano que tengo mis sospechas. Pero ¿qué piensa usted, doctor?

—Vaya... —balbuceó Andrés—. Yo..., yo apenas sé...

—¡Mi teoría!

Challis se compadeció de él. Una conspiración de mozos de bar y sujetos poco hospitalarios, como nuestro amigo Vaughan. Una explotación de la ley de Arquímedes —pestañeó rápidamente bajo sus pobladas cejas negras—. Por la simple acción del desplazamiento esperan ahorrar el gin.

Andrés no podía sonreírse, pensando en su propia cortedad. Carecía de aptitudes para moverse en sociedad, y jamás en toda su vida había estado en casa tan magnífica. No sabía qué hacer con el vaso vacío, con las cenizas del cigarrillo, con sus propias manos. Se alegró cuando pasaron al comedor. Pero aquí se sintió nuevamente en una posición desventajosa.

La comida era sencilla, pero bien presentada: una taza de consomé esperaba en cada plato, y luego vino una mayonesa de aves con tierna lechuga extraña y exquisitamente condimentada. Andrés fue colocado al lado de la señora Vaughan.

—Su esposa es encantadora, doctor Manson —observó ella mientras se sentaban.

Era una mujer alta y delgada, de aspecto muy delicado, no hermosa en absoluto, pero de grandes ojos inteligentes y maneras fáciles y distinguidas. Su boca tenía una especie de curvatura hacia arriba, una movilidad que en cierto modo indicaba ingenio y reflexión.

Empezó a hablarle a Andrés acerca de su trabajo, manifestándole que su marido había tenido noticias de su escrupulosidad en más de una ocasión. Ella procuró, bondadosamente, hacerlo conversar, preguntándole con todo interés cómo creía que mejorarían las condiciones de la profesión en el distrito.

—Bien..., no sé... —dijo, mientras, en su atolondramiento, derramaba algo del caldo—. Supongo..., me gustaría que se pusiesen en práctica métodos más científicos.

Obtuso y torpe de lengua en su mismo tema favorito, con el cual había tenido extasiada a Cristina durante horas, mantuvo los ojos fijos en el plato hasta que, para alivio suyo, la señora. Vallghan se puso a conversar con Challis, su otro vecino.

Challis, dado a conocer en ese momento como profesor de metalurgia en Cardiff, profesor de la misma materia en la Universidad de Londres y miembro de la ponderada Junta de Trabajo Minero, era un conversador alegre y ameno. Hablaba con el cuerpo, las manos y la barba, argumentando, riendo, rebatiendo, ingiriendo entretanto grandes cantidades de comida y bebida, como un fogonero que alimenta afanosamente la caldera. Pero su conversación era buena y parecía gustar al resto de los comensales.

Andrés, sin embargo, rehusaba admitir el valor de la conversación, y escuchó de



mala gana mientras se hablado de música, de las cualidades de Bach, y luego, gracias a uno de esos saltos prodigiosos de Challis, de la literatura rusa. Oyó mencionar los nombres de Tolstoi, Tchekov, Turguenev, Pushkin, con los nervios de punta. «Tonterías», se decía rabioso para sí, «puras tonterías sin importancia. ¿Quién se cree que es este castor viejo? Quisiera verlo efectuando una traqueotomía, digamos, en una mísera cocina allá en la calle Cefan. No sacaría mucho con su Pushkin».

Cristina, sin embargo, se estaba divirtiendo mucho. Al mirar alrededor, Andrés vio que le sonreía a Challis, que tomaba parte en la discusión. No exhibía pretensión alguna, era perfectamente natural. Una o dos veces aludió a su escuela de la calle del Banco. Le sorprendía lo bien que ella argumentaba con el profesor, con cuánta rapidez y naturalidad puntualizaba sus razones. Comenzó Andrés a mirar por primera vez a su mujer bajo una nueva y extraña luz. «Parece saberlo todo de estos bichos raros, —se decía—, y nunca me habla de ellos». Y después, cuando Challis le daba golpecitos en la mano a Cristina, en signo de aprobación, pensaba malhumorado Manson: «¿No puede prescindir de palmoteos ese vejete? ¿No tiene una mujer *suya*?».

Una o dos veces sorprendió los ojos de Cristina que lo invitaban a un intercambio de impresiones íntimas, y varias desvió la conversación hacia él.

—Mi marido se interesa mucho por los trabajadores de antracita, profesor Challis. Ha iniciado una serie de investigaciones sobre la inhalación del polvo.

—Sí, si —exclamó Challis, dirigiendo a Manson una mirada de interés.

—¿No es así, querido? —díjole estimuladoramente Cristina—. Tú me los estabas refiriendo la otra noche.

—Oh, no sé! —refunfuñó Andrés—. Probablemente no hay nada sobre el particular. Todavía no tengo datos suficientes. Tal vez esta enfermedad no procede del polvo.

Andrés estaba furioso consigo mismo, por supuesto. Quizá este Challis pudiera haberlo ayudado; no que él hubiera tenido que solicitar su ayuda, sino que el hecho de que estuviera en relación con la Junta de Trabajo Minero parecía ciertamente ofrecer una oportunidad magnífica. Por alguna incomprendible razón su ira se volvió contra Cristina. Mientras regresaban a Vale View, al término de la velada, los celos le pusieron mudo. Y con el mismo silencio se fue antes que ella al dormitorio.

Mientras se desvestían, momento habitualmente comunicativo y sin ceremonias, en que, con los tirantes caídos y el cepillo de dientes en la mano, él se explayaba sobre los acontecimientos del día, mantuvo su mirada premeditadamente desviada.

Cuando Cristina observó: «Hemos pasado un rato agradable, ¿verdad, querido?», él respondió con toda cortesía: «Oh, sí, excelente!». En la cama se mantuvo junto al borde, alejado de ella y haciendo fracasar la menor tentativa suya para aproximársele, con un largo y pesado ronquido.

A la mañana siguiente subsistía en ellos la misma tirantez. Se fue a su trabajo de mal humor, estúpidamente disgustado consigo mismo. Como a las cinco de la tarde, mientras tomaban té, tocaron el timbre de la puerta del frente. Era el chófer de Vallghan, con un montón de libros y un gran ramo de narcisos sobre ellos.

—De parte de la señora Vaughan, señora —dijo sonriendo, llevándose la mano a la gorra al retirarse.

Cristina volvió a la sala con los brazos cargados y el rostro radiante.

—Mira, amor mío! —gritó nervios—. ¿No es demasiada hondad? Todo Trollope facilitado por la señora Vaughan. Siempre había deseado leerlo entero. ¡Y estas flores encantadoras!

El se levantó secamente, regañando:

—¡Muy hermoso! Libros y flores de la esposa del señor feudal. Te las has ingeniado para conseguirlos, supongo, a fin de que te ayuden a tolerar la vida conmigo. Soy demasiado *rústico* para ti. Yo no soy de aquellos brillantes conversadores que parecían gustarte tanto anoche. Ignoro a los rusos. Soy precisamente uno de estos vulgares ayudantes médicos.

—¡Andrés! —todo el color se le había ido del rostr—. ¡Cómo puedes tú!...

—Es cierto, ¿no? Pude verlo mientras hacía el papel de un necio en esa maldita comida. Tengo ojos en la cara. Ya estás aburrida de mí. Sólo sirvo para andar por el fango, para revolver cobertores sucios, para recoger pulgas. Tengo mucho de patán para tu gusto ahora.

Los ojos oscuros de Cristina en su pálido rostro denotaban piedad. Pero dijo con firmeza:

—¿Cómo puedes hablar así? Te amo porque tú eres el que eres. Y nunca amaré a nadie más.

—Bien se ve —murmuró él, y salió de la habitación cerrando con estrépito la puerta.

Durante cinco minutos estuvo oculto en la cocina, paseándose en todas direcciones, mordiéndose los labios. En seguida regresó de pronto, se precipitó a la sala donde ella estaba de pie mirando al fuego, con la cabeza baja, en actitud de desamparo. La tomó impetuosamente en sus brazos.

—¡Cristina, querida! —gritó fervorosamente arrepentido.

Querida, lo siento en el alma! Perdóname, por Dios. No pensé ni una palabra de lo que te dije. No soy más que un loco celoso. Te adoro.

Se abrazaban apretada, frenéticamente. El aire estaba saturado con los narcisos.

—¿No sabes —sollozó ella— que me moriría sin ti?

Después, sentada con su mejilla pegada a la de él, Andrés le dijo sumisamente, inclinándose para alcanzar uno de los libros: l.

¿Quién es, pues, ese Trollope, Cristina? Me hablarás de él, querida. Soy un

ignorante egoísta.

## Capítulo VIII

Pasó el invierno. El tenía ahora el nuevo incentivo de su trabajo sobre la inhalación del polvo, que había iniciado planeando y efectuando poco a poco un examen sistemático de todos los operarios de la antracita de su lista. Sus noches juntos eran más felices aun que antes. Cristina lo ayudaba a transcribir sus notas, trabajando ambos frente al hermoso fuego de carbón —era una ventaja del distrito el que nunca carecieran de carbón barato en abundancia—, cuando él regresaba de su última consulta. A menudo tenían largas conversaciones, en que la extensión de la cultura de Cristina, aun cuando ella nunca hiciera alarde de la misma, y su familiaridad con los libros, asombraban a Andrés. Más aun, éste comenzó a discernir en ella una fineza instintiva, una intuición que daba una misteriosa exactitud a sus juicios sobre literatura, sobre música y especialmente sobre las personas.

Gustaba de hacerle bromas.

—Estoy comenzando a conocer a mi mujer. En caso de que te pongas infatuada, en media hora te derrotaré en el piquet.

Los Vaughan les habían ensañado dicho juego.

A medida que los días se alargaban, Cristina comenzó a trabajar en esa aridez que era el jardín, sin decir una palabra a Andrés. Jenny, la criada, tenía un tío abuelo —estaba orgullosa de este único pariente—, un minero de edad e inhabilitado, que por diez peniques la hora se convirtió en el ayudante de Cristina. Al atravesar el derruido puente, junto al lecho del arroyo, los sorprendió Manson una tarde de marzo en que la habían emprendido contra las mohosas latas de salmón que había allí.

—¡Ah! ¡Ustedes allí! —gritó desde el puente—. ¿Qué están haciendo? ¿Malogrando mí pesca?

Ella respondió a sus pullas con una alegre inclinación de cabeza.

—Espera y verás.

En unas cuantas semanas ella había arrancado las malezas y limpiado los senderos abandonados. El lecho del arroyo estaba igualmente limpio y sus bordes arreglados. Al pie del arroyo se erguía un nuevo cerco hecho de piedras sueltas de los alrededores, El jardinero de Vaughan, John Roberts seguía viniendo, trayendo bulbos y estacas y dando sus consejos. Con verdadero triunfo Cristina llevó del brazo a Andrés para que viera el primer narciso.

Luego, el último domingo de marzo, sin aviso ninguno, vino a visitarlos Denny. Lo recibieron con los brazos abiertos y palmoteándolo en su regocijada acogida. Le produjo gran placer a Andrés volver a ver esa figura rechoncha, ese rostro colorado de cejas rubias. Una vez que le hubieron mostrado la casa, dado de comer lo mejor que pudieron e instalado en la silla más confortable, le pidieron ansiosamente noticias.

—Page ha partido —les comunicó Felipe—. Sí, el pobre hombre murió hace un mes. Otro derrame. Y algo bueno también —chupó su pipa, mientras su cinismo familiar le arrugaba los ojos—. Blodwen y vuestro amigo Rees parecen listos para el matrimonio.

—De modo que ha ocurrido eso... —dijo Andrés con inusitada amargura—. ¡Pobre Eduardo!

—Page era un espíritu noble. Un buen médico —observó Denny. Ustedes saben que yo aborrezco hasta la pronunciación de esas letras fatales y todo lo que representan. Pero Page se desprendió de ellas silenciosamente.

Hubo una pausa, en que ellos pensaron en Eduardo Page, que había suspirado por Capri con sus pájaros y su sol en medio de aquellos años de trabajo rudo entre las escorias de Drineffy.

—¿Y qué nos cuentas de ti, Felipe? —preguntóle al fin Andrés.

—¡Oh, no sé! Me estoy poniendo inquieto. —Denny sonreía serenamente—. Drineffy no parece el mismo desde que ustedes se fueron. Creo que haré un viaje a algún país extranjero. Cirujano de barco, tal vez..., si algún barco de carga barato me acepta.

Andrés se quedó callado, apenado nuevamente con el pensamiento de este hombre inteligente, este cirujano de verdadero mérito, que malgastaba deliberadamente su vida con una especie de sadismo contra sí mismo, Sin embargo, ¿estaba Denny realmente malgastando su vida? Cristina y Andrés habían conversado a menudo sobre Felipe, procurando descifrar el enigma de su vida. Sabían vagamente que se habla casado con una mujer de mejor posición social que él, la que había intentado amoldarlo a las exigencias de una clientela en que no daba prestigio el trabajar bien cuatro días a la semana, si no se dedicaba a la caza los otros tres. Después de cinco años de esfuerzos por parte de Denny, ella lo había premiado abandonándolo sencillamente por otro hombre. No era extraño que Denny hubiese huido lejos de las grandes ciudades, despreciando los convencionalismos y aborreciendo la ortodoxia. Tal vez algún día volvería a la civilización.

Conversaron toda la tarde, y Felipe esperó hasta el último tren. Se interesaba en los informes de Andrés sobre las condiciones del trabajo profesional de Aberalaw, y cuando Andrés llegó, indignado, a la cuestión del porcentaje de Llewellyn, deducido de los sueldos de los ayudantes, dijo Denny con una extraña sonrisa:

—No te imagino tolerando eso por mucho tiempo.

Una vez que hubo partido Felipe, Andrés fue acentuando su convicción, a medida que los días pasaban, de la existencia de un extraño vacío en su trabajo. En Drineffy, cerca de Felipe, siempre había tenido conciencia de un vínculo común, un propósito definido compartido entre ambos. Pero en Aberalaw no había tal cosa y no advertía propósito semejante entre sus colegas.

El doctor Urquhart, su colega del consultorio del oeste, era un hombre bondadoso, a pesar de todo su mal humor. Sin embargo, era anciano, más bien mecanizado, y carente en absoluto de inspiración. Aunque una larga experiencia lo capacitaba, según sus palabras, para oler la neumonía en cuanto «ponía su nariz» en la habitación del enfermo, aunque era diestro en la aplicación de emplastos y entablillamientos, y un adepto del tratamiento cruciforme de los forúnculos, aunque a veces se complacía en demostrar que podía efectuar algunas pequeñas operaciones, sin embargo era perfectamente anticuado en muchos sentidos. A los ojos de Andrés, representaba a las claras el tipo del «buen viejo», del doctor de familias, según la expresión de Felipe; astuto, sacrificado, de experiencia, un médico sentimentalizado por sus pacientes y por el público en general, que no había abierto un libro de medicina en veinte años, y estaba casi peligrosamente atrasado en sus conocimientos. Aunque Andrés estaba siempre pronto a discutir con Urquhart, el anciano tenía escaso tiempo para la charla. Cuando su jornada de trabajo había terminado, gustaba de tomar su sopa de conserva —la de tomate era su preferida—, lijar su nuevo violín, inspeccionar su porcelana antigua e irse luego al club masónico a jugar damas y fumar.

Los dos ayudantes del consultorio del este eran igualmente desalentadores. El doctor Medley el de más edad, de unos cincuenta años, de rostro inteligente y despierto, era, desgraciadamente, casi tan sordo como una tapia. De no ser por esta dolencia, que por alguna razón el vulgo siempre encontraba divertida, Carlos Medley habría estado a mucha distancia de una ayudantía en los valles mineros. Y, como Andrés, era esencialmente médico. Era notable en sus diagnósticos. Pero cuando sus pacientes le hablaban no podía oírles palabra. Por supuesto que era muy experto en leer en los labios. No obstante, era tímido, pues incurría a menudo en errores risibles. Era doloroso mirar sus ansiosos ojos fijos, en una especie de escudriñamiento desesperado, sobre los labios en movimiento de la persona que le hablaba, Porque temía tanto cometer un grave error, no prescribía sino las dosis más pequeñas de cualquier droga. No tenía fortuna, pues su familia ya grande le había originado dificultades y gastos, y del mismo modo que su marchita mujer, se había convertido en un ser incapaz y extrañamente patético, que vivía receloso del doctor Llewellyn y del Comité, temiendo que lo despidieran.

El otro ayudante, el doctor Oxborrow, era un carácter muy distinto del pobre Medley, y Andrés no sentía el mismo aprecio por él. Era un hombretón fofo, de dedos regordetes y muy alegre. Andrés pensaba a menudo que con más sangre en las venas hubiera podido ser un admirable *bookmaker*<sup>[6]</sup>. Pero tal como era Oxborrow, se dirigía los sábados por la tarde, acompañado por su mujer, que tocaba el armonio portátil, al pueblo vecino de Fernley —los convencionalismos le impedían hacerla en Averalaw—, y allí, en el mercado, instalaba su pequeña tribuna alfombrada y celebraba una reunión religiosa al aire libre, Oxborrow era evangelista. A fuer de

idealista, creyente en una fuerza suprema vivificadora de la existencia, Andrés pudiera haber admirado su fervor. Pero Oxborrow, ¡ay!, era desagradablemente emotivo. Lloraba inesperadamente y oraba en forma aún más desconcertante. En presencia, una vez, de un parto difícil que superaba su habilidad, se puso súbitamente de rodillas al lado del lecho e imploró gimiendo un milagro divino en favor de la pobre mujer. Urquhart, que aborrecía a Oxborrow, le refirió el incidente a Andrés pues había sido él quien, acudiendo, se había trepado al lecho con zapatos y socorrido con éxito a la paciente ayudado del fórceps.

Mientras más consideraba Andrés la situación de los ayudantes, sus colegas y el sistema bajo el cual trabajaban, más deseaba asociarlos. No había unidad alguna entre ellos, ningún sentido de cooperación, y poca camaradería. Estaban sencillamente allí, uno contra otro, en la competencia ordinaria que existe en el ejercicio de la profesión en todo el país, procurando cada cual conseguir para sí todos los pacientes que pudiera. La suspicacia y la antipatía eran a menudo el resultado. Andrés había presenciado que Urquhart, por ejemplo, una vez, habiéndole llevado a este último su tarjeta uno de los pacientes de Oxborrow, tomó el frasco de medicina a medio usar de las manos del enfermo allí en el mismo consultorio, lo destapó, lo olfateó con desprecio Y exclamó: «¡De modo que esto es lo que le había estado dando Oxborrow! ¡Échelo a la basura! ¡Lo ha estado envenenando lentamente!».

Entretanto, frente a estas desavenencias, el doctor Llewellyn tomaba tranquilamente su parte del cheque de pago de cada ayudante. Andrés ardía, ansiaba crear una situación diferente, instituir una comprensión nueva y mejor, que permitiera a los ayudantes mantenerse unidos, sin subvencionar a Llewellyn. Pero sus propias dificultades, el sentimiento de su mismo carácter de recién llegado y sobre todo, los yerros cometidos al comienzo en su propio distrito, lo hacían ser cauto. Hasta taparse con Con Boland no se decidió a acometer el gran intento.

## Capítulo IX

Un día, a principios de abril, Andrés se descubrió una caries en una muela y, en consecuencia, fue en busca al dentista de la Sociedad, una tarde de la semana siguiente. Todavía no conocía a Boland e ignoraba sus horas de consulta. Al llegar a la plaza, donde se encontraba el pequeño consultorio de Boland, halló la puerta cerrada y sobre ella, clavado con alfileres, un papel escrito con tinta roja:

*Ausente para una extracción. En caso de urgencia, llamar a la casa.*

En un instante de reflexión Andrés decidió que, puesto que se hallaba aquí, a lo menos podía acudir para ponerse de acuerdo, por lo que, habiendo averiguado el derrotero a uno de los muchachos que haraganeaban en la parte exterior del *Valley Saloon*, partió hacia la casa del dentista.

Era una villa pequeña semiaislada en el extremo alto del lado éste de la ciudad. Mientras Andrés subía la senda descuidada que daba a la puerta delantera, oyó un fuerte martilleo y, mirando por las puertas abiertas de par en par de un ruinoso cobertizo de madera, ubicado al lado de la casa, vio a un hombre de pelo rojo, en mangas de camisa, que atacaba violentamente con un martillo el cuerpo desarmado de un automóvil. Al mismo tiempo el hombre lo divisaba a él.

—¡Hola! —le dijo.

—¡Hola! —respondió Andrés algo receloso.

—¿Qué desea?

—Necesito ponerme de acuerdo con el dentista. Soy el doctor Manson.

—Entre —dijo el hombre blandiendo amablemente el martillo. Era Boland.

Andrés penetró en el cobertizo, que estaba sembrado de piezas en desorden de un automóvil increíblemente viejo. En el centro se hallaba el chasis, sostenido por cajones vacíos, el que presentaba la evidencia de haber sido aserrado por el medio. Andrés, después de contemplar este extraordinario espectáculo de ingeniería, miró a Boland.

—¿Es ésta la extracción?

—Lo es —asintió Co—. Cuando me siento desgano en el consultorio, me vengo al garaje y le coloco alguna pieza a mi automóvil.

Prescindiendo de su acento irlandés, muy cerrado, empleaba las palabras garaje, para indicar el cobertizo ruinoso, y automóvil, aplicada al vehículo inutilizado, con un acento de inequívoco orgullo.

—Usted no creería lo que estoy haciendo ahora —prosiguió—, esto es, a menos que tenga una cabeza de mecánico, como yo. He tenido cinco años este autito y, note usted, tenía tres de uso cuando lo adquirí. Usted no lo creería viéndolo desmantelado,



pero corre como una liebre. Pero es pequeño, Manson; es pequeño para mi familia actual. Por eso estoy en vías de agrandarlo. Lo he cortado, como ve, exactamente por la mitad, y es aquí donde le agregaré dos buenos pies. Espere hasta verlo terminado, Manson. —Buscó su sac—. Quedará lo bastante grande para llevar un regimiento. Venga ahora al consultorio y le arreglaré la muela.

En el consultorio, que estaba casi tan desordenado como el garaje, y, debemos decirlo, igualmente sucio, Con tapó la muela hablando todo el tiempo. Hablaba tanto y tan violentamente, que su poblado bigote rojo estaba siempre rociado con globitos de saliva. Su mechón de cabellos castaños, que harto necesitaba de la tijera, se le metía por los ojos a Andrés, mientras aquél se inclinaba aplicando la amalgama que había colocado bajo la uña de su dedo grasiento. No se tomó la molestia de lavarse las manos...; esto era una fruslería para Con. Era un sujeto descuidado, impetuoso, de buen fondo, generoso. Cuanto más conocía Andrés a Con, más completamente cautivado se sentía por su buen humor, sencillez, rusticidad e imprevisión. Con, que había estado seis años en Aberalaw, no tenía ahorrado un penique. Sin embargo, extraía de la vida una gran dosis de buen humor. Era loco por la «mecánica», siempre estaba haciendo repuestos e idolatraba su automóvil. El hecho de que Con poseyera un automóvil era en sí una broma. Pero a él le gustaban las bromas, aun cuando fueran a costa suya. Le refirió a Andrés que cierta vez en que, llamado a sacarle una muela en mal estado a un miembro importante del Comité, había ido a la casa del paciente creyendo llevar las pinzas en el bolsillo, se sorprendió dando caza a la muela con unos alicates de seis pulgadas.

Terminada la tapadura, Con echó sus instrumentos en un jarro con lisol, lo que constituía su despreocupada noción de la asepsia, y le pidió a Andrés que lo acompañara a su casa a tomar el té.

—Acompañeme, ahora —insistió amablemente—. Tiene que conocer a mi familia. Y es la hora justa. Son las cinco.

En efecto, la familia de Con tomaba el té cuando ellos llegaron, pero estaban, evidentemente, acostumbrados a las extravagancias de Con para que los perturbara la presencia de un extraño. En la habitación tibia y desordenada, la señora Boland se hallaba sentada a la cabecera de la mesa con un bebé en brazos. Luego venía María, de quince años, tranquila, tímida —«la única de pelo negro y la favorita de su padre», fue la presentación de Con—, que ya estaba ganando un sueldo decente como empleada de Joe Jarkins, el librero de la plaza. Además de María estaban Terencio, de doce, y otros tres niños menores tendidos por el suelo, que gritaban para que su padre les hiciera caso.

Había en esta familia, a excepción tal vez de la tímida y reflexiva María, una despreocupada alegría que cautivó a Andrés. En el cuarto mismo reinaba un magnífico desorden. Sobre el fuego, debajo del retrato en colores del Papa Pío X,

adornado con una hoja de palma bendita, se estaban secando los pañales del bebé. La jaula del canario, sucia pero pletórica de trinos, estaba sobre el aparador junto al corsé de la señora Boland. —Se lo había quitado por comodidad— y un paquete rojo de galletitas. Sobre la cómoda había seis botellas de cerveza recién traídas del almacén, al lado de la flauta de Terencio. Y en un rincón había juguetes quebrados, zapatos raros, un patín mohoso, un quitasol japonés, dos libros de oraciones algo estropeados y una fotografía.

Pero, mientras tomaba el té, Andrés quedó en grado sumo fascinado por la señora Boland. Sencillamente, no podía apartar los ojos de ella. Pálida, soñadora, imperturbable, bebía silenciosamente interminables tazas de té cargado, en tanto que los niños reñían en torno suyo y el bebé chupaba desembozadamente el alimento de su generosa fuente. Ella sonreía, asentía, cortaba pan para los niños, servía té, bebía y amamantaba todo con una especie de abstraída placidez, como si los años de hollín, de polvo y de mugre —y la efervescencia de Con— la hubieran elevado al fin a un plano de locura celestial en que estuviera aislada e inmune.

Andrés casi volcó su taza cuando ella le dijo, mirando por encima de su cabeza, con voz suave y como excusándose:

—Tenía intención de ir a visitar a la señora Manson, doctor. Pero estaba tan ocupada...

—En el nombre de Dios! —Con se desternilló de risa—. Ocupada!, ciertamente. No tenía traje nuevo..., eso es lo que quiere decir. Yo tenía el dinero listo; pero ¡al diablo!, Terencio u otro de ellos necesitaba zapatos nuevos. No importa, mujer, espera hasta que agrande el auto y te llevaremos lujosamente. —Se volvió a Andrés con naturalidad perfecta—: Andamos escasos de dinero, Manson. ¡Es el demonio! Tenemos, gracias a Dios, comida en abundancia, pero a veces no nos preocupamos tanto de los trapos. En el Comité son unos tacaños. Y, por supuesto, el jefe principal saca su ganga.

—¿Quién? —preguntó asombrado Andrés.

—Llewellyn me quita la quinta parte a mí tanto como a usted.

—Pero ¿por qué?

—¡Oh de tarde en tarde me atiende uno o dos casos! En estos últimos seis años se ha hecho cargo de un par de quistes dentales. Y es el experto en rayos X cuando se lo necesita. Pero es un abuso.

La familia se había retirado a jugar en la cocina, de modo que Con pudo conversar libremente.

—Ni él ni su gran automóvil. Este es pura apariencia. Déjeme contarle, Manson. Una vez subía detrás de él la colina Mardy en mi autito, cuando resuelvo acelerar: ¡Diablos! ¡Le hubiera visto la cara cuando le eché el polvo!

—Mire, Boland —dijo Andrés de pront—. Esto de la exacción de Llewellyn es

una imposición que subleva. ¿Por qué no la combatimos?

—¿Eh?

—¿Por qué no la combatimos? —Insistió Andrés más fuerte. Aun al hablar sentía que le hervía la sangr—. Es una abominable injusticia. Aquí estamos en situación estrecha, procurando abrírnos paso... Escuche. Boland, usted es precisamente el hombre con quien deseaba encontrarme. ¿Me acompañará en esto? Nos conquistaremos a los demás ayudantes. Haremos un gran esfuerzo unidos...

Los ojos de Con irradian un ligero resplandor.

—¿Usted, hombre, usted quiere combatir a Llewellyn?

—Quiero.

Con le alargó su mano solemnemente.

—Manson, hijo mío —declaró con énfasis—, estamos juntos desde el comienzo.

Andrés corrió adonde Cristina, lleno de entusiasmo, ansioso de lucha.

—¡Cristina! ¡Cristina! ¡He hallado una joya de hombre! Un dentista de cabeza roja, «enteramente loco», si, como yo, sabía que dirías. Pero escúchame, querida, vamos a iniciar una revolución. —Andrés se reía nerviosamente—. ¡Oh, Señor! ¡Si sólo supiera Llewellyn lo que le está reservado!

No necesitó Andrés de la insinuación de Cristina de que fuera prudente. Estaba resuelto a proceder con discernimiento en todo cuanto hiciera. Al día siguiente, por lo tanto, comenzó a visitar a Owen.

El secretario se interesó y se mostró enérgico. Le manifestó a Andrés que el acuerdo en cuestión era algo voluntario entre el doctor jefe y sus ayudantes. Toda la cuestión estaba fuera de la jurisdicción del Comité.

—Doctor Manson —concluyó Owen—, el doctor Llewellyn es un hombre muy hábil y bien calificado. Nos consideramos afortunados con él. Pero recibe una buena remuneración de la Sociedad para actuar como superintendente nuestro. Son ustedes los médicos ayudantes los que piensan que él debería tener más...

«No lo pensamos, en realidad», se dijo para sí Andrés.

Se fue satisfecho; visitó a Oxborrow y a Medley y los comprometió a acudir a su casa esa noche. Urquhart y Boland ya le habían prometido ir. Sabía, por conversaciones anteriores, que cada uno de los cuatro detestaba la pérdida de la quinta parte de su sueldo. Una vez que los juntara a todos, la cosa estaría hecha.

El siguiente paso consistió en hablar a LJewellyn. Reflexionando había decidido que hubiera sido desleal no darle a entender de antemano sus intenciones. Aquella tarde se encontraba en el hospital administrando un anestésico. Mientras observaba a Llewellyn haciendo su operación, un caso abdominal largo y complicado, no pudo reprimir un sentimiento de admiración. La observación de Owen era enteramente verdadera: Llewellyn era asombrosamente hábil, no sólo hábil, sino dúctil. Era la excepción, el ejemplo único que —hubiera pretendido Denny— confirmaba la regla.

Nada se le escapaba, nada lo separaba. Desde la administración de la salubridad pública, cada uno de cuyos reglamentos se sabía de memoria, hasta la última técnica radiológica, el conjunto de sus múltiples deberes encontraba a Llewellyn experto y preparado.

Después de la operación, mientras Llewellyn se estaba lavando, Andrés se le acercó, quitándose a tirones el delantal.

—Perdóneme que le hable de ello doctor Llewellyn..., pero no pude menos de observar el trabajo finísimo que realizó al extirpar ese tumor.

Llewellyn dejó ver una expresión de agradecimiento. Su mirada era afable.

—Me alegro de que lo crea, Manson. Venga para que hablemos. Usted está progresando mucho en sus anestésias.

—No, no —murmuró Andrés—. Nunca lo haré muy bien.

Hubo una pausa. Llewellyn se seguía jabonando las manos tranquilamente. Andrés, a su lado se aclaraba nerviosamente la garganta. Ahora que había llegado el momento, sentía que le era casi imposible hablar. Pero se esforzó para decir:

—Mire, doctor Llewellyn. Creo de mí deber manifestarle..., todos los ayudantes pensamos que no es correcto el pago que le hacemos de un porcentaje de nuestros sueldos. Es molesto tener que decirlo, pero yo..., yo voy a proponer que esto termine. Esta noche tenemos una reunión en mi casa. He preferido que lo sepa ahora a que lo sepa después. Quiero..., quiero que sienta que a lo menos soy honrado en este asunto.

Antes de que Llewellyn pudiera replicar, y sin siquiera mirarlo, Andrés dio media vuelta y dejó la sala. ¡Qué mal lo había dicho! . Sin embargo, fuera como fuera, lo había dicho. Cuando le enviaran el ultimátum, Llewellyn no podría acusarlo de haberlo atacado por la espalda.

La reunión en Vale View estaba fijada para las nueve de la noche. Andrés sacó algunas botellas de cerveza y le pidió a Cristina que preparara sándwiches. Hecho esto, ella se puso su abrigo y se fue a pasar una hora con los Vaughan. Nervioso anticipadamente, Andrés se paseaba por el hall, luchando por sintetizar sus ideas. Y pronto llegaron los otros; primero Boland, luego Urquhart, Oxborrow y Medley, juntos.

En la sala, sirviendo cerveza y obsequiando sándwiches, Andrés procuró comenzar con un rasgo cordial. Ya que casi le disgustaba Oxborrow, se dirigió primeramente a él.

—¡Sírvase, Oxborrow! —Hay mucho más en la despensa.

—¡Gracias, Manson! —La voz del evangelista era agud—. No pruebo el alcohol en ninguna forma. Es contra mis principios.

—En el nombre de Dios! —dijo Con, al través de la espuma de su bigote.

Como comienzo, la cosa no era prometedora. Comiendo sándwiches, Medley mantenía todo el tiempo sus ojos alertas, estampada en su rostro la ansiedad del

sordo. La cerveza ya estaba exaltando la belicosidad natural de Urquhart. Después de mirar fijamente a Oxborrow por algunos minutos, dijo de pronto:

—Ahora que me encuentro con usted, doctor Oxborrow, tal vez estime usted conveniente explicar cómo Tudor Evans, de la calle Glyn Num 17, pasó de *mi* lista a la *suya*.

—No recuerdo el caso —dijo Oxborrow, oprimiéndose la punta de los dedos.

—Pero yo sí! —explotó Urquhart—. ¡Fue uno de los enfermos que usted me robó! Y lo peor es...

—¡Caballeros! —gritó consternado Andrés—. ¡Por favor!, ¡por favor! ¿Cómo haremos jamás algo si reñimos entre nosotros mismos? Recuerden para qué estamos aquí.

—¿Para qué estamos aquí? —dijo Oxborrow afeminadamente—. Yo debería estar con un enfermo.

Andrés, de pie sobre el felpudo de la chimenea, con expresión rígida y seria, intervino en aquella situación resbaladiza.

—Esto es lo que hay, pues, caballeros. —Inhaló profundamente—. Soy aquí el más joven y no llevo mucho tiempo en el ejercicio de la profesión, mas... espero que ustedes excusen todo esto. Tal vez porque soy reciente, obtengo una impresión nueva de las cosas, cosas con las que ustedes se han familiarizado desde mucho tiempo. En primer lugar, me parece que nuestro sistema aquí es completamente erróneo. ¡Estamos trabajando como negros y embruteciéndonos en una forma antediluviana, como si fuéramos médicos de aldea o de campo, luchando contra nosotros mismos, y no como miembros de la misma Sociedad Médica, con maravillosas oportunidades de trabajar juntos! Cada médico con quien me he encontrado jura que la profesión es una vida de perros. Dice que se afana, que se consume caminando, que no dispone de un minuto para sí, que no tiene tiempo ni para comer, siempre acudiendo a llamados. ¿Por qué ocurre esto? Porque *en nuestra profesión no existe la organización*. Veamos precisamente un ejemplo de lo que quiero decir..., aunque podría darles docenas. ¡Los llamados nocturnos! Ustedes saben cómo todos nos acostamos, temiendo ser despertados para acudir a un llamado. Nuestras noches son intranquilas porque *podemos* ser llamados. Supongan que supiéramos que no nos llamarán. Supongan que convenimos, para comenzar, un sistema cooperativo de trabajo nocturno. Que un doctor tome todos los llamados nocturnos durante una semana y luego quede libre de todos los llamados nocturnos, por el resto del mes, mientras que los demás hacen sus turnos. ¿No sería espléndido? Piensen qué frescos se sentirían para el trabajo del día.

Se interrumpió, observando sus caras desconcertadas.

—Eso no marcharía —arguyó Urquhart—. ¡Demonios! Preferiría levantarme todas las noches del mes a confiar al viejo Oxborrow uno solo de mis enfermos. ¡Ja, ja! Cuando se le presta uno, no lo devuelve.

Andrés se interpuso febrilmente.

—Dejemos eso entonces..., en todo caso, hasta otra reunión ya que no estamos en ello de acuerdo. Pero hay una cosa en la que convenimos. Y por ella estamos aquí. Este porcentaje que pagamos al doctor Llewellyn. —Se detuvo. Todos lo miraban ahora, afectados en sus bolsillos, interesados—. Todos hemos convenido en que es injusto. Le he hablado de ello a Owen. Dice que eso no tiene nada que ver con el Comité, sino que es asunto de arreglo entre los mismos doctores.

—Eso es cierto —exclamó Urquhart—. Recuerdo cuando fue estipulado. Hace como nueve años. Entonces teníamos dos pésimos ayudantes. Uno en el consultorio del este y el otro en mi barrio. Le daban bastante trabajo a Llewellyn con sus enfermos y así un buen día él nos reunió a todos y nos dijo que no le convenía molestarse a menos que llegáramos a un acuerdo con él. Así comenzó y así ha seguido.

—Pero su sueldo del Comité ya cubre todo su trabajo en la Sociedad. Y sencillamente obtiene dinero de sus otras ocupaciones. ¡Está nadando en plata!

—Lo sé, lo sé —atestiguó Urquhart—. Pero fíjese, Manson. Llewellyn nos es, desgraciadamente, muy útil, y lo sabe. Si decidiera romper con nosotros, quedaríamos en triste situación.

—¿Por qué debemos pagarle? —Andrés insistía inexorablemente.

—¡Escuchen, escuchen! —interrumpió Con, llenando una vez más su vaso.

Oxborrow miró al dentista.

—Si me permiten decir una palabra... Convengo con el doctor Mansen en que es injusto que se nos mutilen nuestros sueldos. Pero el hecho es que el doctor Llewellyn es hombre de gran situación, altamente conceptuado, que da gran distinción a la sociedad. Y, además, se sale de su estricto deber para hacerse cargo de nuestros casos delicados.

Andrés miró fijamente al otro.

—¿Desea usted desembarazarse de sus casos difíciles?

—Por supuesto —dijo Oxborrow ásperamente—. ¿Y quién no?

—¡Yo! —exclamó Andrés—. A mí me gusta conservarlos, observarlos.

—Oxborrow tiene razón murmuró Medley —inesperadamente—. Es la primera norma de la práctica, médica, Manson. Usted se dará cuenta de ello cuando tenga más años. Líbrese del enfermo de mal cariz, líbrese de él, líbrese de él.

—Al diablo con todo! —protestó Andrés con vehemencia.

La discusión continuó en grupos durante tres cuartos de hora, Al término de ese rato Andrés acertó a exclamar, muy acalorado:

—Tenemos que solucionar esto. ¿Me oyen ustedes? Llewellyn sabe que estamos en contra suya. Se lo dije esta tarde.

—¡Cómo! —La exclamación salió de Oxborrow, Urquhart y aun de Medley.

—¿Quiere usted decir, doctor, que le *dijo* al doctor Llewellyn...?

Medio incorporado, Oxborrow le dirigió una trémula mirada a Andrés.

—¡Por supuesto que lo hice! Alguna vez tenía que saberlo. ¿No ven ustedes que sólo reuniéndonos y mostrando un frente unido, *tenemos que vencer*?

—¡Demonios! —Urquhart estaba lívid—. ¡Tiene usted un tupé! ¡Usted no sabe la influencia que tiene Llewellyn! Mete mano en todo. Seremos afortunados si no nos despiden a todos. Piense en mí procurando hallar otra ocupación a mis años. —Se encaminó hacia la puerta—. Usted es un buen muchacho, Manson, Pero es *muy joven*. Buenas noches.

Ya Medley se había puesto apresuradamente de pie. La mirada de sus ojos decía que se iba a dirigir derechamente a su teléfono para manifestarle con zalamerías al doctor Llewellyn que él, el doctor Llewellyn, era un médico soberbio, y él, Medley, le podía oír perfectamente, Oxborrow se fue detrás de ellos. En dos minutos quedó despejada la habitación. Sólo Con, Andrés y el resto de la cerveza.

Terminaron de beber en silencio. En seguida, recordó Andrés que había otras seis botellas en la despensa. Las terminaron también. Entonces comenzaron a hablar. Se dijeron cosas referentes al origen, la familia y el carácter moral de Oxborrow, Medley y Urquhart. Se detuvieron especialmente en Oxborrow y su armonio. No se dieron cuenta de que Cristina había llegado y subido. Hablaron sinceramente, como hermanos vergonzosamente traicionados.

A la mañana siguiente Andrés salió a sus visitas con un espantoso dolor de cabeza y la mirada ceñuda. En la plaza se cruzó con Llewellyn, que iba en su auto. Mientras Andrés alzaba la cara desconfiado y corrido, Llewellyn le dirigió una mirada radiante.

## Capítulo X

Durante una semana Andrés anduvo iracundo con su derrota, amargamente oprimido. En la mañana del domingo, destinada habitualmente a un largo y apacible reposo, estalló de repente.

—No es el dinero, Cristina! Son los principios. Cuando pienso en ello..., me vuelvo loco. ¿Por qué no puedo dejar pasar esto? ¿Por qué no me agrada Llewellyn? ¿Por qué, a lo menos, me agrada un minuto y lo aborrezco al siguiente? Dímelo honradamente, Cristina. ¿Por qué no me humillo ante él? ¿Soy envidioso? ¿Qué es lo que hay?

La respuesta de Cristina lo consternó.

—Sí, creo que eres envidioso.

—¿Cómo!

—No me rompas los tímpanos, querido. Me pediste que te respondiera honradamente. Eres envidioso, terriblemente envidioso. ¿Y por qué no lo serías? Yo no quiero estar casada con un santo. Ya hay bastante brillo en la casa para que tú te ciñas una aureola.

—Prosigue —gruñó é—. Dime todos mis defectos, ya que estás en ello ¡Suspícal! ¡Envidioso! ¡Oh, soy demasiado *joven*, supongo! El octogenario Urquhart me lo dijo en mis barbas el otro día.

Una pausa, durante la cual Andrés aguardó a que ella reanudara su argumento. Luego, irritado, continuó:

—¿Por qué le tendría envidia a Llewellyn?

—Porque hace magníficamente su trabajo, sabe mucho y bien..., principalmente porque posee todas estas calificaciones de primera clase.

—Mientras que yo tengo el mísero título de bachiller en Medicina de una Universidad escocesa. ¡Dios Todopoderoso! Ahora sé lo que piensas realmente de mí —se levantó lleno de furia y comenzó a pasearse por la alcoba, en pijam—. De todos modos, ¿qué importan las calificaciones? ¡Fruslerías! Es el método, la habilidad clínica lo que cuenta. Yo no creo en todas las cosas que nos sirven en los libros de texto. ¡Creo en lo que percibo a través de mi estetoscopio! Y si tú no sabes, yo percibo mucho. Estoy comenzando a hacer descubrimientos efectivos en mi investigación entre los obreros de la antracita. Tal vez algún día le dé una sorpresa, señora mía. ¡Caramba! Es una hermosa situación la del hombre que despierta el domingo por la mañana para que su mujer le diga que *no sabe nada*.

Sentándose en la cama, Cristina tomó su estuche de tocador y comenzó a arreglarse las uñas, esperando que él terminara.

—No te dije todo eso, Andrés —lo razonable de su esposa lo irritaba todavía más—. Es justo, Andrés, que tú no vas a ser un ayudante *toda* la vida. Necesitas gente



que te escuche, se preocupe de tus trabajos, de tus ideas... ¡Oh, tú comprendes lo que quiero decir! Si tuvieras un título realmente hermoso... un *M. D. o el M. R. C. P.*<sup>[7]</sup>, te colocarías en buena situación.

—¡El M. R. C. P.! —repitió él desconcertado. Y luego—: De modo que ella lo ha estado pensando todo con su cabecita. El M. R. C. P..., ¡hum!, ¡obtener eso del ejercicio de la medicina entre los mineros! —la sátira de Andrés debió haberla abrumado—. ¿No comprendes que sólo otorgan eso a las testas coronadas de Europa?

Andrés cerró de un golpe la puerta y se fue al baño a afeitarse. Cinco minutos después estaba de vuelta, afeitada la mitad de la cara y la otra jabonada. Estaba arrepentido, nervioso.

—¿Crees tú que yo podría hacerla? Tienes toda la razón. Necesitamos unos pocos títulos en mi chapa de doctor para sostenernos. Pero el M. R. C. P. es el más difícil de todos los exámenes médicos. ¡Es la muerte!... No obstante, creo... Espera, voy en busca de los detalles...

Interrumpiéndose, se echó escaleras abajo en busca de la «Guía Médica». Cuando volvió con ella, su rostro se hallaba en profunda depresión.

—¡Hundido! —murmuró consternado—. Completamente derrotado. Te dije que era un examen imposible. Hay una prueba preliminar en idiomas. Cuatro idiomas. Latin, francés, griego y alemán... y dos de ellos obligatorios, aun antes de que siquiera se pueda rendir el examen médico. No conozco idiomas. Todo el latín que sé se reduce a unas cuantas palabras. En cuanto al francés...

Ella no respondió. Hubo un silencio mientras él permanecía de pie junto a la ventana, en una meditación pesimista. Al fin se volvió, pensativo, ceñudo.

—¿Por qué no aprendería yo estos idiomas para el examen?

Las diferentes piezas del estuche de tocadores esparcieron por el suelo cuando ella saltó de la cama y lo abrazó.

—¡Oh, quería que dijeras eso, mi amado! Ahora eres verdaderamente *tú*. Podría... podría ayudarte tal vez. No olvides que tu mujercita es una maestra de escuela, retirada.

Durante todo el día trazaron planes nerviosamente. Empaquetaron a Trollope, Tchekov y Dostoievski en el dormitorio vacío. Despejaron la sala para el trabajo. Y esa noche él se puso a estudiar con ella. La noche siguiente, y la subsiguiente...

A veces sentía Andrés la sublime vulgaridad de ello, escuchaba desde lejos la risa burlona de los dioses. Sentado en una dura mesa con su mujer, en esta lejana ciudad minera de Gales, pronunciando con ella *caput, capitis*, o *Madame, est il possible que*, vadeando a través de declinaciones, verbos irregulares, leyendo en voz alta a Tácito y una obra patriótica que había encontrado, *Pro Patria*, súbitamente se echaba para atrás en su silla, morbosamente envanecido...

«Si Liewellyn pudiera verme aquí..., ¡no haría gestos! ¡Y pensar que esto es sólo

el principio, que me queda todavía todo el programa médico!».

Hacia el fin del siguiente mes comenzaron a llegar periódicamente a Vale View paquetes de libros de la sucursal de Londres de la Biblioteca Médica Internacional. Andrés comenzó a leer todo aquello que no alcanzara a estudiar en las aulas. Pronto descubrió cuán temprano había dejado de estudiar. El descubrimiento del progreso terapéutico de la bioquímica lo abrumó. Descubrió los trastornos renales, las ureas de la sangre, el metabolismo basal y lo inseguro de los análisis de la albúmina. Al escapársele de sus manos esta noción básica de sus días de estudiante, exclamó en voz alta:

—¡Cristina! ¡Yo no sé nada! ¡Y este programa me está matando!

Como tenía que hacer frente al trabajo de la profesión, sólo le quedaban las largas noches para estudiar. Sostenido por café cargado y una toalla mojada alrededor de la cabeza, prolongaba su lectura hasta las primeras horas de la madrugada. Cuando se iba al lecho, exhausto, a menudo no podía dormir, despertaba transpirando a causa de una pesadilla, con la cabeza atiborrada de términos, fórmulas y alguna tontería de su francés tartamudeante.

Fumaba con exceso, disminuía de peso, se le adelgazaba el rostro. Pero Cristina estaba allí, constantemente, silenciosamente, permitiéndole hablar sus idiomas extraños, dibujar diagramas, explicar en una nomenclatura endiablada, la acción selectiva asombrosa, fascinadora, de los tubitos de los riñones. También le permitía gritar, gesticular y, cuando sus nervios se hallaban más excitados, irritarse contra ella. Al traerle Cristina café fresco a las once, estaba propenso a reñirla:

—¿Por qué no puedes dejarme solo? ¿Para qué sirve esto? Cafeína... Sólo es una droga podrida. Tú sabes que me estoy matando, ¿no? Y todo es por ti. ¡Eres dura! ¡Dura como un carcelero! Jamás conseguiré este maldito grado. Hay centenares de muchachos que bregan por obtenerlo desde el West End de Londres, desde los grandes hospitales, y yo... Desde Aberalaw... ¡Ja, ja! —su risa era histéric—. ¡Desde la simpática Sociedad de Socorro Médico! ¡Oh, Dios! Estoy tan rendido y sé que me llamarán esta noche para ese parto en la calle Cefan y...

Cristina era mejor soldado que Andrés. Tenía un don de equilibrio que salvaba a ambos en todas las crisis. También tenía ella su genio, pero lo dominaba. Hacía sacrificios, rehusaba todas las invitaciones de los Vaughan, no asistía ya a los conciertos del Temperance Hall. Por muy mal que hubieran dormido, se levantaba siempre temprano, correctamente vestida, con el desayuno pronto cuando Andrés bajaba, aun sin afeitarse, y con el primer cigarrillo del día entre sus labios.

Cuando ya llevaba seis meses de trabajo, la tía que Cristina tenía en Bridlington cayó enferma de flebitis y le escribió a aquélla que fuera, a verla. Pasándole la carta a Andrés, Cristina le manifestó al momento que le era imposible acudir. Pero él, inclinado obstinadamente sobre su jamón con huevos, le dijo:

—Quiero que vayas, Cristina. Estudiando así, trabajaré más sin ti. Últimamente nos hemos estado estropeando mutuamente los nervios. Lo siento... pero... creo que es mejor que vayas.

Contra su gusto, Cristina se marchó al fin de la semana. Antes de que hubieran pasado veinticuatro horas, él comprendió su error. Sin ella era la muerte. Jenny, aunque trabajaba según instrucciones prolijas, era una perpetua molestia. Pero no era la cocina de Jenny, ni el café tibio, o la cama mal hecha. Era la ausencia de Cristina: el saber que ella no estaba en casa, el no poder llamarla, el echarla de menos. Se sorprendía mirando estúpidamente sus libros, perdiendo horas mientras pensaba en ella.

Al cabo de una quincena ella le anunció telegráficamente su regreso. Él lo dejó todo y se preparó para recibirla. Nada era demasiado bueno, demasiado ostentoso para la celebración de su llegada. El telegrama de Cristina no le había dejado mucho tiempo de que disponer; pero pensó rápidamente y luego corrió en singular misión a la ciudad. Compró primero un ramo de rosas. En lo del pescadero Kendrick tuvo la suerte de hallar una langosta fresca. Se apoderó rápidamente de ella, temeroso de que la señora Vaughan —para la cual reservaba Kendrick todos esos primores— llegara y se la llevara. Después compró bastante hielo, una ensalada y, finalmente, con cierta vacilación, una botella de vino dulce que Lampart, el almacenero de la plaza, le aseguró que era «sano».

Después del té le dijo a Jenny que podía marcharse, pues ya sentía los ojos de ésta fijos en él con curiosidad. Luego se puso a trabajar y confeccionó amorosamente una ensalada de langostas. El balde de cinc del fregadero, lleno de hielo, servía admirablemente para conservar el vino fresco. Las flores le crearon una dificultad inesperada, pues Jenny había echado llave al armario que había debajo de las escaleras, en el que se guardaban todos los jarrones, y había escondido la llave. Pero él superó aún esta dificultad, colocando la mitad de las rosas en el jarro del lavabo y el resto en el vaso de los cepillos de dientes. Fue una nota de variedad.

Al fin estuvieron terminados sus preparativos: las flores, la comida y el vino en el hielo. Sus ojos contemplaban la escena con radiante intensidad. Después de las consultas; a las nueve y media, él corrió a esperarla a la Upper station.

Era algo nuevo, maravilloso, como enamorarse otra vez. La llevó tiernamente a casa para su idílica fiesta. La noche estaba tibia y tranquila. Brillaba la luna sobre sus cabezas. Olvidó las complicaciones referentes al metabolismo basal. Díjole a Cristina que bien pudiera creerse en Provenza u otro sitio parecido, en un gran castillo junto a un lago. Díjole que era una niña dulce y exquisita. Que él había sido un bruto para con ella, pero que por el resto de su vida sería un tapiz —no rojo, pues ella se opuso a este color— que ella pudiera hollar con sus pies. Le dijo mucho más todavía. Hacia el fin de la semana, Andrés le pedía que le trajera sus pantuflas.

Llegó agosto, abrasador y polvoriento. Habiendo terminado su lectura, se vio ante la necesidad de perfeccionarse en los trabajos prácticos, especialmente en histología, dificultad aparentemente insuperable en la situación presente. Fue Cristina la que pensó en el profesor Challis y su posición en la Universidad de Cardiff.

Cuando Andrés le escribió, aquél le respondió al momento, manifestándole ampulosamente que se alegraría mucho de utilizar sus influencias en el Departamento de Patología. Manson, decía, encontraría en el doctor Glyn-Jones un camarada de primera clase. Terminaba preguntando con mucho interés por Cristina.

—Tengo que mostrártela, Cristina. Algo significa tener amigos. Y yo que estuve a punto de no encontrarme esa noche con Challis en casa de los Vaughan. ¡Simpático charlatán! Pero de todas maneras, aborrezco pedir favores. ¿Y qué significa eso de consagrarte sentimientos afectuosos?

A mediados del mes hizo su aparición en Vale View una motocicleta Red Indian, de segunda mano, una máquina baja, lo menos adecuado del mundo para un profesional, anunciada como «muy rápida» por su propietario anterior. Dentro de la pereza del verano, había tres horas de la tarde que Andrés podía considerar razonablemente como suyas. Todos los días, inmediatamente después del almuerzo, una línea rojiza se deslizaba resoplando valle abajo, en dirección a Cardiff, a treinta millas de distancia. Y todos los días, hacia las cinco de la tarde, se producía el mismo fenómeno en sentido inverso, para rematar en Vale View.

Estas sesenta millas con un calor sofocante, alivianadas con sándwiches a medio camino, la hora de estudio bajo la dirección de Glyn-Jones, a menudo usando el microscopio con manos aún temblorosas por la vibración de la guía, hicieron muy pesadas las semanas siguientes. La parte más angustiosa de toda la loca aventura era para Cristina el ver partir a Andrés exhausto, entre el rápido y estrepitoso jadear de su vehículo, y aguardar apasionadamente el primer débil rumor de su retorno, temiendo todo el tiempo que algo pudiera acontecerle mientras iba inclinado sobre el metal de la diabólica máquina.

Aunque iba tan presuroso, a veces hallaba tiempo para traerle fresas a Cristina desde Cardiff. Las guardaban hasta después de su consulta. A la hora del té, siempre estaba abrasado y con los ojos enrojecidos, preguntándose sombríamente si no habría dejado su duodeno en el último bache de Trecoed y si lograría atender antes del consultorio estos llamados, que había recibido en su ausencia.

Pero al fin hizo la jornada final. Glyn-Jones ya nada tenía que enseñarle. Se sabía de memoria cada ejemplar y cada preparación microscópica. Todo lo que faltaba era presentar su nombre y remitir la fuerte suma de la matrícula para el examen.

El 15 de octubre Andrés partió solo para Londres. Cristina lo acompañó hasta la estación. Ahora que el desenlace real estaba tan próximo, lo había invadido una gran tranquilidad. Todos sus afanes, sus frenéticos esfuerzos, sus desahogos casi histéricos

parecían ya muy lejanos. Su cerebro estaba inactivo, casi embotado. Sentía que no sabía nada. Al día siguiente, sin embargo, cuando comenzó la parte escrita del examen, en el Colegio de Médicos, se encontró contestando las preguntas con un automatismo ciego. Escribía y escribía, sin mirar jamás el reloj, llenando hoja tras hoja, hasta sentir que la cabeza le zumbaba.

Había ocupado una habitación en el Museum Hotel, donde había estado con Cristina en su primer viaje a Londres. Era muy barato; mas la comida era pésima y con su digestión ya trastornada, le produjo una grave dispepsia que lo obligó a reducir su dieta a leche malteada caliente. Un gran vaso de la misma en un salón de té en el Strand, era su almuerzo. Entre sus papeles vivía en una especie de delirio. No soñaba siquiera en asistir a algún sitio de diversión. Apenas divisaba a la gente en las calles. A veces, para despejarse la cabeza, daba una vuelta en el imperial de un ómnibus.

Después de la prueba escrita comenzó la parte práctica y oral del examen, que fue para Andrés mucho más temible que todo lo anterior. Había, tal vez, unos veinte candidatos más, todos mayores que él y todos con un aire inequívoco de suficiencia y seguridad. El candidato colocado junto a él, por ejemplo, un sujeto llamado Harrison, al que le había hablado una vez o dos, poseía un *Oxford B. Ch.*<sup>[8]</sup>, un puesto en el hospital de St. John y un consultorio en Brook Street. Cuando Andrés comparó las maneras desenvueltas de Harrison y su evidente confianza con su propia torpeza provinciana, sintió que eran, en verdad, muy pocas sus posibilidades de impresionar favorablemente a los examinadores.

Su prueba práctica en el South London Hospital resultó bastante bien, según creyó. Su caso fue una bronquitis en un muchacho de catorce años, lo que, dado su conocimiento profundo de los pulmones, era ya buena suerte. Creyó haber escrito un buen informe. Pero al llegar a la parte oral, su suerte pareció cambiar completamente. El proceso oral en el Colegio de Médicos tenía sus particularidades. Cada candidato era sucesivamente interrogado por dos examinadores diferentes. Si al final de la primera sesión el candidato era juzgado no apto, recibía una nota cortés en que se le manifestaba que no debía volver al día siguiente. Ante la inminencia de esta misiva fatal, descubrió Andrés, para horror suyo, que le había tocado como primer examinador un profesor de quien había oído hablar con temor a Harrison: el doctor Mauricio Gadsby.

Era éste un hombrecito debilucho, de estatura menos que mediana, bigotes negros y ásperos y ojos pequeños, de mirada dura. Recientemente elegido para su cargo, carecía en absoluto de la tolerancia de los examinadores viejos y parecía deliberadamente resuelto a hacer fracasar a los candidatos que caían en sus manos. Miró a Andrés arqueando arrogantemente las cejas y colocó delante de él seis preparaciones microscópicas. Andrés nombró correctamente cinco de las mismas, pero no pudo hacerlo con la sexta. En ésta, precisamente, insistió Gadsby. Durante

cinco minutos mortificó a Andrés al respecto —se trataba, según parecía, del huevo de un oscuro parásito del África Occidental—. Luego, flojamente, sin interés, lo remitió al examinador siguiente, sir Robert Abbey.

Andrés se levantó y atravesó el recinto con el rostro pálido y el corazón que se le saltaba del pecho. Toda la laxitud, la inercia que había experimentado al comienzo de la semana había desaparecido ahora. Tenía un deseo casi desesperado de triunfar. Pero estaba persuadido de que Gadsby lo haría fracasar. Alzó los ojos para ver a Robert Abbey, que lo contemplaba con una sonrisa amistosa, casi picaresca.

—¿Qué le ocurre? —dijo inesperadamente Abbey.

—Nada, señor —balbuceó Andrés—. Creo que salí mal con el doctor Gadsby; eso es todo.

—No se preocupe por eso. Eche una mirada a estos ejemplares. Diga lo que sepa de ellos.

Abbey sonreía estimulándolo. Era un hombre rubicundo, perfectamente afeitado, de unos sesenta y cinco años, de frente alta y labio superior largo y risueño. Aunque Abbey era actualmente, quizá, el tercer médico de Europa, había conocido la dificultad y las luchas amargas en sus días de principiante cuando, llegado de Leeds, su ciudad natal, sin otro apoyo que su reputación provinciana, se había encontrado con los prejuicios y la oposición en Londres. Mientras observaba a Andrés disimuladamente, notando su traje de mal corte, su camisa y cuello sin almidonar, la corbata ordinaria y mal anudada, y, sobre todo, la impresión de rigidez que revelaba su cara seria, le vinieron a la memoria los días de su juventud provinciana. Instintivamente su corazón simpatizó con este candidato inusitado y sus ojos, mirando la lista que tenía delante, advirtieron con satisfacción que sus notas, particularmente en el ejercicio práctico reciente, estaban muy por encima del nivel medio.

Entretanto, Andrés, con la mirada fija en los frascos de vidrio que tenía al frente, había estado haciendo un comentario vacilante sobre los ejemplares.

—Bien —dijo Abbey de pronto. Tomó un ejemplar —un aneurisma de la aorta ascendente— y comenzó a interrogar a Andrés en forma amistosa. Sus preguntas, muy sencillas al principio, se ampliaron poco a poco y se hicieron más profundas, hasta que, finalmente, llegaron a converger sobre un tratamiento específico reciente por la inoculación de la malaria. Pero Andrés, tranquilo por la manera simpática de interrogar, respondió bien.

Por fin, al dejar el ejemplar, observó Abbey:

—¿Sabe algo usted de la historia del aneurisma?

—Créese que Ambrosio Paré —respondió Andrés, y ya Abbey había esbozado su gesto aprobatorio—, descubrió ese mal.

—¿Por qué «créese», doctor Manson? Paré descubrió el aneurisma.

Andrés enrojeció y palideció luego mientras proseguía.

—Así es, señor; es lo que dicen los textos. Está en todos los libros... y yo mismo me di el trabajo de verificarlo respecto de seis de ellos. —Tomó aliento—. Pero estaba leyendo a Celsus, al preparar mi latín, que necesitaba ser pulido, señor, cuando di con la palabra *aneurismus*. Celsus conocía el aneurisma. Lo descubrió íntegramente. Y eso ocurrió como trece siglos antes de Paré.

Hubo un silencio. Andrés alzó los ojos, preparado para una bondadosa burla. Abbey lo miraba con una expresión extraña en su rostro bermejo.

—Doctor Manson —dijo al fin—, usted es el primer candidato en esta sala de exámenes que me ha dicho algo original, algo verdadero y que yo desconocía. Lo felicito.

Andrés enrojeció otra vez.

—Dígame una sola cosa más... como una curiosidad personal —concluyó Abbey—. ¿Cuál considera usted el principio fundamental, la idea básica, diré, que observa en el ejercicio de su profesión?

Hubo una pausa durante la cual Andrés reflexionó desesperadamente. Al fin, sintiendo que comprometía todo el buen efecto ya logrado, balbuceó:

—Creo... creo en mi fuero íntimo que no debo tomar nada como absoluto.

—Gracias, doctor Manson.

Mientras Andrés dejaba la sala, Abbey tomaba la pluma. Se sintió joven una vez más y un poco sentimental. Pensó: «Si me hubiera respondido que procuraba sanar a la gente, ayudar a la humanidad doliente, lo habría reprobado de pura desilusión». Y anotó el inaudito máximo, 100, frente al nombre de Andrés Manson. Realmente, si hubiera estado en su mano, Abbey habría duplicado esa cifra.

Algunos minutos después, Andrés bajaba la escalera con los demás candidatos. Al pie de ésta, junto a su maletín de cuero, estaba un portero de librea con un montón de sobres al frente. A medida que pasaban los candidatos le daba a cada cual su sobre. Harrison, saliendo al lado de Andrés, rompió rápidamente el suyo. Se le alteró la expresión y dijo tranquilamente:

—Parece que no me necesitan mañana. —Luego, forzando una sonrisa—: ¿Y a usted?

Le temblaban los dedos a Andrés. Apenas podía leer. Oyó confusamente que Harrison lo felicitaba. Todavía tenía probabilidades. Anduvo hasta el salón de té y se tomó su leche malteada, Pensó febrilmente: «Si no logro éxito ahora, después de esto, me tiro debajo de un autobús».

Pasó el día siguiente. Apenas quedaba la mitad de los candidatos originales, y se rumoreaba que de éstos caería otra mitad. Andrés no tenía idea de si lo estaba haciendo bien o mal; sólo sabía que le dolía atrocemente la cabeza, que tenía los pies helados y su interior vacío.

Al fin terminó todo. A las cuatro de la tarde, Andrés salía riel guardarropa extenuado y melancólico, poniéndose el abrigo. Entonces se dio cuenta de que Abbey estaba de pie frente al gran fuego que ardía en medio del hall. Hizo ademán de pasar. Pero Abbey, por algún motivo, le tendía la mano; sonriente, hablándole, diciéndole... diciéndole que había triunfado.

¡Santo Dios, había triunfado! ¡Había triunfado! Otra vez se sentía vivir, vivir gloriosamente, y olvidado de su dolor de cabeza y de todo su cansancio. Mientras corría al correo más próximo, el corazón le hacía escuchar una salvaje, una loca melodía. Había vencido; no desde el West End de Londres, sino desde un apartado rincón minero. Todo su ser se estremecía de dicha. Aquellas largas noches, aquellas carreras locas a Cardiff, aquellas torturantes horas de estudio estaban justificadas, después de todo. Y seguía su camino presurosamente, tropezando y dando empujones por entre el gentío, brillándole los ojos, corriendo, corriendo a telegrafiarle a Cristina la noticia del milagro.



## Capítulo XI

Cuando llegó el tren, media hora más tarde, era cerca de la medianoche. Todo el trayecto valle arriba la locomotora había venido luchando con un fuerte viento en contra y al caminar sobre el andén de Aberalaw, Andrés casi fue arrebatado por el huracán. La estación estaba desierta. Los álamos nuevos plantados en hilera a su entrada se doblaban como ramas, silbando y sacudiéndose con el temporal. Arriba las estrellas brillaban resplandecientes.

Andrés caminó por la calle de la Estación, con el cuerpo azotado y el espíritu regocijado por la presión del vendaval. Lleno de su éxito, de su contacto con el grande y viciado mundo médico, resonándole: en los oídos las palabras de sir Robert Abbey, no llegaba al lado de Cristina bastante pronto para referírsele todo, todo lo que le había ocurrido. El telegrama le debía haber transmitido la buena nueva; pero ahora deseaba contarle en detalle toda la emocionante historia de su triunfo.

Al meterse con la cabeza gacha por la calle Talgarth, sintió de repente que alguien corría tras él. El hombre se le acercó penosamente, perdiéndose de tal modo en el vendaval el ruido de sus botas sobre el pavimento, que parecía una figura fantasmagórica. Andrés se detuvo instintivamente. Al aproximársele el hombre, le reconoció; era Frank Davis, individuo de la ambulancia del pozo número 3 de la mina de antracita, que la primavera anterior había asistido a su curso de auxilios de emergencia. En el mismo momento Davis reconocía a Andrés.

—Venía en busca suya, doctor. Había ido a su casa. Este viento ha destruido los alambres.

Una ráfaga se llevó el resto de sus palabras.

—¿Qué desgracia ha ocurrido? —gritó Andrés.

—Un derrumbe en el número tres.

Davis ahuecó las manos junto a la oreja de Manson.

—Un muchacho está allí casi enterrado. Parece que no pueden levantarlo. Sam Bevan; está en su lista. Apúrese, doctor, y vaya a verlo.

Andrés recorrió unos cuantos pasos con Davis y luego una súbita reflexión lo hizo detener.

—Necesito mi maletín —le gritó a Davis—. Vaya a mi casa y tráigamelo. Yo seguiré hasta el número tres. —Y agregó—: Dígale a mi mujer, Frank, a dónde he ido!

En cuatro minutos llegó al pozo número 3, impelido hasta allí por el viento persistente, después de cruzar el desvío de la línea férrea y seguir a lo largo de la calle Roath. En la sala de auxilios halló al administrador y tres hombres más que lo esperaban. Al verlo se animó ligeramente la expresión angustiada del subadministrador.

—Me alegro de verlo, doctor. La tormenta nos tiene a todos deshechos. Y hemos tenido un espantoso derrumbe. Nadie ha muerto, a Dios gracias, pero uno de los muchachos ha sido cogido por el brazo. No podemos moverlo una pulgada. Y el techo está en ruinas.

Fueron hasta el pozo, llevando dos de los hombres una camilla con tablillas atadas a la misma y un tercero una caja de madera con material de primeros auxilios. Al entrar ellos en el montacargas, otra figura atravesó el patio corriendo. Era Davis, que llegaba jadeante con el maletín.

—Ha llegado rápido, Frank —dijo Manson, mientras Davis se agachaba a su lado en el montacargas.

Davis asintió sencillamente; no podía hablar. Hubo un chirrido, un instante en el espacio y el montacargas llegó al fondo rocoso. Salieron todos de a uno en fondo, adelante el subadministrador, luego Andrés, Davis —que llevaba todavía el maletín—, ¡por fin, los tres hombres!

Andrés había estado antes bajo tierra y estaba acostumbrado a las cavernas de altas bóvedas de las minas de Drineffy, enormes socavones oscuros y resonantes, muy profundos, desde cuyo lecho había sido barrenado y extraído el mineral. Pero este pozo número 3 era un pozo antiguo, con una galería tortuosa que conducía hasta los trabajos. La galería era menos un pasaje que una madriguera de techo bajo, y por cuyas paredes húmedas y viscosas se arrastraron, a menudo sobre las manos y las rodillas, en el espacio de casi media milla. De repente la luz que llevaba el subadministrador se detuvo delante de Andrés, quien supo entonces que habían llegado.

Se arrastró lentamente hacia adelante. Tres hombres apretados, de bruces en un extremo, hacían lo posible por salvar a otro, que yacía encogido, con su cuerpo de lado, y un hombro vuelto hacia atrás, al parecer perdido en la masa de roca derrumbada en torno suyo. Detrás de los hombres había herramienta esparcidas por el suelo, dos tarros de comida volcados y sacos hechos jirones.

—¿Qué hay, muchachos? —preguntó el subadministrador en voz baja.

—No podemos moverlo de ninguna manera. —El hombre que hablaba volvió su cara sucia con la transpiración—. Todo lo hemos ensayado.

—No —dijo el subadministrador mirando rápidamente el tech—. Aquí está el doctor. Retírense un poco, muchachos, y hagamos sitio. Retrocedan otro poco.

Los tres hombres retrocedieron desde su rincón, y Andrés cuando le hubieron dejado sitio, pasando tras él, se adelantó. En un momento dado, al hacerla, le vino a la cabeza el recuerdo de su reciente examen, de su adelantada bioquímica, de su terminología altisonante y frases científicas. No había contemplado tal examen una contingencia como la presente.

Sam Bevan tenía todo el conocimiento. Pero sus facciones estaban desfiguradas

bajo la capa de polvo. Trató débilmente de sonreírle a Manson.

—Parece que va a aplicarme a mí mismo un tratamiento de emergencia.

Bevan había sido alumno de ese curso de primeros auxilios y a menudo había sido solicitado para efectuar vendajes.

Andrés se le aproximó. A la luz que proyectaba el subadministrador, palpó con sus manos los hombros del accidentado. Todo el cuerpo de Bevan estaba libre a excepción de su antebrazo izquierdo, sepultado bajo el derrumbe, tan oprimido y destrozado bajo el enorme peso de la roca, que lo convertía en un inmóvil prisionero.

Andrés vio al instante que la única manera de libertar a Bevan era amputándole el antebrazo. Y Bevan, haciendo un esfuerzo con sus ojos atormentados, leyó esa decisión en el momento que fue tomada.

—Proceda, entonces, doctor —murmuró—. Sólo retírenme pronto de aquí.

—No se inquiete, Sam —le dijo Andrés—. Lo voy a hacer dormir ahora. Cuando despierte estará en su cama.

Tendido en un cenagal bajo el techo de dos pies, se quitó el saco, lo dobló y lo colocó bajo la cabeza de Bevan. Se arremangó la camisa y pidió su maletín. El subadministrador se lo pasó y al hacerlo le dijo al oído:

—Apresúrese, por Dios, doctor. Este techo caerá sobre nosotros antes de que sepamos dónde estamos.

Andrés abrió el maletín. Al momento sintió el vaho a cloroformo. Casi antes de meter la mano en el interior y palpar vidrios quebrados, comprendió lo que había ocurrido. Frank Davis, en su apuro para llegar a la mina, había dejado caer el maletín. El frasco de cloroformo se había quebrado, desparramándose su contenido. Andrés se estremeció. No tenía tiempo de enviar a buscar otro. Y carecía de anestésico.

Durante unos treinta segundos estuvo como paralizado. Luego, automáticamente, buscó su jeringa de inyecciones, la cargó y le administró a Bevan una dosis máxima de morfina. No pudo aguardar que produjera todo su efecto. Arreglando de tal modo el maletín que los instrumentos necesarios le quedaran al alcance de su mano, se inclinó de nuevo sobre Bevan, y le dijo, mientras apretaba el torniquete:

—¡Cierre los ojos, Sam!

La luz era confusa y parpadeante. A la primera incisión Bevan gimió entre sus apretados dientes. Volvió a gemir. Después, cuando el cuchillo operaba sobre el hueso, felizmente se desmayó.

Una transpiración helada brotó de la frente de Andrés mientras apretaba las pinzas de torsión en la carne destrozada y sangrante. No podía ver lo que hacía. Se sentía ahogado en esta ratonera, sepultado a tanta profundidad bajo la superficie de la tierra, tendido en el lodo. No había anestesia, ni sala de operaciones, ni cuerpo de enfermeras que corrieran a ejecutar sus órdenes. El no era cirujano. Se sentía impotente. No terminaría jamás. El techo se desplomaría encima de todos ellos.

Detrás de él la respiración anhelante del subadministrador. Por una gotera el agua le caía a gotas lentas y heladas sobre el cuello. Sus dedos trabajaban febrilmente, manchados y calientes. El rechinar de la tierra sobre el hueso. La voz de sir Robert Abbey, a mucha distancia: «La oportunidad de la medicina científica... Oh, Dios! ¡No concluiría nunca!».

Al fin. Casi sollozó de alivio. Colocó un tapón de gasa sobre el muñón sangriento. Temblándole las rodillas, dijo:

—Sáquenlo.

Cincuenta yardas más atrás, en un ensanchamiento de la galería, donde podía estar de pie y con cuatro lámparas en torno suyo, terminó la tarea. Aquí era más fácil. Limpió, ligó, empapó la herida en antiséptico. Un tubo ahora. En seguida un par de suturas. Bevan seguía inconsciente. Pero su pulso, aunque débil, era firme. Andrés se pasó la mano por la frente. Había terminado.

—Lleven firme la camilla. Envuélvanlo en estas mantas. Necesitamos botellas de agua caliente al salir.

La lenta procesión, inclinada hasta la cintura en los sitios bajos, comenzó a moverse por entre las sombras de la galería.

No habían andado sesenta pasos cuando un derrumbe sordo resonó en la oscuridad allá abajo, a espaldas de ellos. Fue como el último rumor sordo de un tren que desaparece en el interior de un túnel. El subadministrador no se volvió. Sólo le dijo a Andrés, con tranquilo horror:

—Ahí tiene. El resto del techo.

Tardaron en salir casi una hora. Tenían que ladear oblicuamente la camilla en los sitios malos. Andrés no podía decir cuánto tiempo habían estado sepultados. Pero al fin llegaron a la base del pozo.

Emergieron de las profundidades. Los recibió el contacto helado del viento cuando salieron del montacargas. Andrés respiró profundamente con una especie de éxtasis.

Se detuvo al pie de la escalera, asido a la baranda. Todavía estaba oscuro, pero en el patio de la mina habían encendido una hoguera de nafta que silbaba Y saltaba en muchas lenguas. Alrededor del fuego vio una multitud de figuras que aguardaban. Había mujeres entre ellas, con chales en sus cabezas.

De repente, mientras la camilla continuaba lentamente dejándolo atrás, Andrés oyó que gritaban agudamente su nombre y un instante después los brazos de Cristina le rodeaban el cuello. Sollozando histéricamente, se aferró a él. Sin sombrero, con sólo un abrigo encima del camisón, los pies desnudos dentro de unas pantuflas, parecía una mujer abandonada en la tempestuosa oscuridad.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Andrés estremecido, procurando desembarazarse de sus brazos para verle la cara.

Pero ella no lo dejaba. Apretada frenéticamente a él como una mujer que se ahoga, le decía con voz entrecortada:

—Nos dijeron que el techo se había desplomado..., que tú no..., que tú no saldrías más.

Cristina tenía la piel azul, le castañeteaban los dientes de frío.

La llevó al fuego de la sala de auxilios, avergonzada pero hondamente conmovido. Allí había cacao caliente. Bebieron de la misma taza el líquido hirviente. Pasó mucho tiempo antes de que ninguno de los dos recordara nada de lo concerniente a su nuevo gran título.

## Capítulo XII

El rescate de Sam Bevan era algo corriente en una ciudad que había conocido anteriormente el horror y la agonía de desastres mucho mayores. Sin embargo, en su propio distrito le dio mucho crédito a Andrés. Si hubiera regresado con el solo éxito de Londres a costas, habría ganado únicamente una burla más por «una nueva estupidez de reciente invención». Con lo hecho, recibió saludos y aun sonrisas de gentes que antes no parecían haberlo mirado nunca. La popularidad real de un médico en Aberalaw podía ser medida a su tránsito por las calles. Y, donde Andrés había sido recibido antes con una hilera de puertas herméticamente cerradas, ahora las hallaba abiertas; los hombres que no estaban de turno y fumaban en mangas de camisa, prontos a conversar con él; las mujeres, listas para invitarlo a entrar mientras pasaba, y los niños saludándolo sonrientes por su nombre.

El viejo Gus Parry, perforador jefe del pozo número 2 y decano del distrito oeste, sintetizó la nueva corriente de opinión de sus compañeros al contemplar la figura de Andrés que se alejaba:

—¡Eh, muchachos! No hay duda de que es hombre de libros. Pero, con todo, puede hacer un trabajo real cuando se lo necesita.

Las tarjetas comenzaron a volver a Andrés, al principio poco a poco, y cuando vieron que él no trataba mal a sus desertores arrepentidos, en súbita avalancha. Owen se congratuló del aumento de la lista de Andrés. Encontrándolo un día en la plaza, le dijo sonriente:

—¿No se lo previne yo?

Llewellyn había afectado gran placer por el resultado del examen. Felicitó efusivamente a Andrés por teléfono, y luego, con suavidad le dio trabajo doble en la sala de operaciones.

—De paso —observó, mirándolo fijamente al término de una prolongada administración de éter—, ¿les dijo usted a los examinadores que era ayudante en una organización de socorro médico?

—Les mencioné su nombre, doctor Llewellyn —respondió suavemente Andrés—; Y eso lo allanó todo.

Oxborrow y Medley no se dieron por enterados del éxito de Andrés. Pero Urquhart se alegró sinceramente, aun cuando su comentario adquirió la forma de una explosión de censura:

—¡Váyase al diablo, Manson! ¿Qué se imagina usted que está haciendo? ¡Tratando de eliminarme!

A modo de homenaje a su distinguido colega, lo llamó en consulta para un caso de neumonía que atendía por entonces y quiso conocer su pronóstico.

—Mejorará —dijo Andrés, y dio razones científicas. Urquhart movió

escépticamente la cabeza. Dijo:

—Jamás oí hablar de sus sueros polivalentes, de sus anticuerpos o sus unidades internacionales. Pero la enferma se llamaba Powell antes de casarse. Y cuando a los Powell se les hincha el vientre en sus neumonías, mueren antes de los ocho días. Conozco la historia de la familia. Tiene el vientre hinchado, ¿no?

El anciano experimentó una especie de triunfo sombrío sobre el método científico cuando su paciente murió al séptimo día.

Denny, ausente en el extranjero, nada supo del nuevo grado.

Pero una larga carta de Freddie Hamson le trajo una felicitación decisiva y algo inesperada. Freddie había visto los resultados en el *Lancet*, felicitaba a Andrés por su éxito, lo invitaba a Londres y luego le relataba sus grandes triunfos en la calle de la Reina Ana, donde, como lo había predicho aquella noche en Cardiff, brillaba ahora su limpia chapa de bronce.

—Es una vergüenza el modo cómo hemos perdido contacto con Freddie — declaró Manson—. Debo escribirle más a menudo. Siento que algún día lo veremos de nuevo. Hermosa carta, ¿no?

—Sí, muy hermosa —respondió secamente Cristin—. Pero habla casi toda de él mismo.

Con la aproximación de Navidad el tiempo se hizo más frío: días helados y noches tranquilas y estrelladas. Las calles endurecidas como hierro resonaban con los pasos de Andrés. El aire puro era como un vino estimulante. Ya tomaba forma en su mente la nueva etapa de su gran lucha dentro del problema de la inhalación de polvo. Sus hallazgos entre sus propios pacientes le habían infundido grandes esperanzas, Y obtuvo permiso de Vaughan para extender el campo de sus investigaciones haciendo un examen sistemático de todos los trabajadores de los tres pozos de antracita. Oportunidad maravillosa. Se propuso adoptar como punto de referencia los trabajadores de pozo y los de la superficie. Comenzaría con el Año Nuevo.

La víspera de Navidad regresó del consultorio a Vale View con un sentimiento extraordinario de alegría espiritual y de bienestar físico. Mientras recorría el camino le era imposible substraerse a las señales de la próxima festividad. Los mineros daban gran importancia aquí a la Navidad. Durante la semana última la habitación delantera de cada casa había estado con llave para los niños, adornada con cintas de papel. Los cajones de los aparadores escondían juguetes, y sobre las mesas se veía una gran cantidad de cosas buenas que comer: pasteles, naranjas, galletitas, dulces, comprado todo con el dinero del club, pagado por esa época del año.

Cristina había hecho sus propios adornos de acabo y muérdago, con alegre expectativa. Pero al llegar a casa esta noche, Andrés advirtió en su rostro una excitación extraordinaria.

—No digas una palabra —dijo prontamente ella, levantando la man—. Ni una

sola palabra. Cierra los ojos y sígueme.

Andrés la dejó que lo guiara hasta la cocina. Había allí en la mesa cierto número de paquetes extrañamente confeccionados, algunos envueltos sencillamente en papel de diario pero cada cual con una notita adjunta. En un instante se dio cuenta de que eran regalos de sus pacientes. Algunos de los regalos no tenían envoltorio en absoluto.

—¡Mira, Andrés! —exclamó Cristina—. ¡Un ganso! ¡Y dos patos! ¡Y una torta deliciosa! ¡Y una botella de vino de saúco! ¿No es bondad de parte de ellos? ¿No es maravilloso que te obsequien así?

Andrés, sencillamente, no podía responder. Lo abrumaba esta evidencia de que la gente de su distrito había comenzado, al fin, a apreciarlo, a quererlo. Con Cristina apoyada en su hombro leyó las notas, los manuscritos laboriosos y llenos de errores, algunos garabateados a lápiz en sobres viejos vueltos al revés. «Su agradecido enfermo de la calle Cefan número 3». «Con agradecimiento de la señora Williams». Una gema labrada por Sam Bevan: «Gracias por haberme sanado para Navidad, doctor», Y otras por el estilo.

—Debemos guardarlas, querido —dijo Cristina en voz baja—. Yo las llevaré arriba.

Cuando Andrés hubo recuperado su locuacidad —un vaso de vino de saúco casero lo ayudó a ello—, comenzó a pasearse por la cocina mientras Cristina preparaba el ganso. Andrés desvariaba poéticamente:

—Así es cómo deberían ser pagados los honorarios, Cristina. Nada de dinero, de malditos billetes, de cuota por cabeza, de lucha por el oro. Pago en bondad. ¿Me comprendes, no? Uno cura a su paciente, y él le envía algo que ha hecho, producido. Carbón, si quieres, un saco de papas de su huerta, quizá huevos, si tiene gallinas..., tal es mi idea. Entonces tendríamos el ideal ético. A propósito, esa señora Williams que nos envió los patos... Leslie la tuvo tragando píldoras y drogas durante cinco años, antes de que yo le curara su úlcera gástrica con una dieta de cinco semanas. ¿Dónde estaba yo? ¡Oh, sí! ¿No ves? Si todos los doctores eliminaran la cuestión del *negocio*, todo el sistema sería más puro...

—Si querido ¿Quieres alcanzarme las pasas? En la tabla de arriba del armario.

—¡Al diablo, mujer! ¿Por qué no escuchas? ¡Caramba! Ese estofado va a quedar bueno.

A la mañana siguiente, la Navidad llegó clara y hermosa. Los fanales de Tallyn se veían plomizos en la lejanía azul, con un albo casquete de nieve. Después de unas pocas consultas matinales, con la agradable perspectiva de no tenerlas en la tarde, Andrés realizó sus visitas. Tenía una lista corta. En todas las casitas se preparaban comidas especiales, lo que también hacía Cristina.

No se cansó de dar y recibir saludos de Navidad a lo largo de las calles. No podía



menos de comparar esta alegría presente con su helado paso por esas mismas calles sólo un año atrás.

Fue tal vez este pensamiento el que lo hizo detenerse con una extraña vacilación frente al número 18 de la calle Cefan. De todos sus pacientes, fuera de Chenkins, al que no quería, el único que no había vuelto a él era Tom Evans. Hoy que se hallaba inusitadamente conmovido, acaso exaltado indebidamente por un sentimiento de fraternidad humana, tuvo un repentino impulso de llegar hasta Evans y desearle feliz fiesta.

Después de golpear una vez, abrió la puerta del frente y caminó hasta la cocina, en el fondo. Allí se detuvo, completamente sobrecogido. La cocina estaba desmantelada, y en el fogón ardía una brasa. Sentado delante de ella, en una silla de madera de respaldo quebrado, con su brazo tieso y doblado hacia afuera como un ala, estaba Tom Evans. Sus hombros caídos denotaban su abandono y desesperanza. Tenía en las rodillas a su niñita de cuatro años. Ambos miraban en contemplación silenciosa una rama de abeto, plantada en una vasija vieja. Sobre este diminuto árbol de navidad, para obtener el cual Evans había tenido que caminar dos millas por la montaña, había tres pequeñas velas de vera, aún sin encender.

Y debajo estaba el banquete de Navidad de su familia, tres naranjas pequeñas.

De pronto Evans se volvió y vio a Andrés. Estremeciéndose y un ligero rubor de vergüenza y resentimiento se le acentuó en el rostro. Comprendió Andrés que para él era amargo ser sorprendido sin trabajo, con la mitad de sus enseres derrengados o empeñados, por el doctor cuyo consejo había rechazado. Había sabido, por supuesto, que Evans estaba en mala fortuna, pero nunca sospechó nada tan lamentable como esto. Se sintió trastornado e incómodo; quiso marcharse. En ese momento llegó a la cocina la esposa de Evans, por la puerta trasera, con un paquete bajo el brazo. Nerviosa ante la presencia de Andrés, dejó caer el paquete, que al abrirse en el suelo de piedra permitió ver dos trozos de carne de vaca, la más barata que había en Aberalaw. La criatura, mirando a su madre, comenzó de pronto a gritar.

—¿Qué ocurre, señor? —se atrevió a decir al fin la señora Evans, oprimiéndose el costado con la mano—. El no ha hecho nada.

Andrés se apretaba los dientes. Y quedó tan conmovido y sorprendido con esta escena, que sintió que una sola actitud podía dejarlo tranquilo.

—¡Señora Evans! —mantenía los ojos fijos en el suelo—. Sé que hubo un malentendido entre Tomás y yo. Pero es Navidad... y... ¡oh!, bien, quiero... —dijo débilmente—, me complacería enormemente que ustedes tres vinieran a acompañarnos en nuestra mesa.

—Pero, doctor... —murmuró ella.

—Tranquilízate, mujer —interrumpió orgullosamente Evans—. No iremos a ninguna comida. Si lo único que *podemos* tener es esta carne, será lo único que

comeremos. ¡Basta! No queremos ninguna caridad sangrienta de nadie.

—¿Qué está diciendo usted? —exclamó Andrés, desalentado—. Lo estoy invitando como amigo.

—¡Ah! ¡Ustedes son todos iguales! —respondió amargamente Evans—. Una vez que hunden a un hombre, todo lo que pueden hacer es tirarle unos mendrugos a la cara. Guárdese su comida. No la queremos.

—¡Vamos, Tomás!... —protestó débilmente la señora Evans. Andrés se dirigió hacia ella, apenado, pero resuelto todavía a poner en práctica su propósito.

—Usted lo persuadirá, señora. Yo me sentiré verdaderamente ofendido si ustedes no vienen. A la una y media. Los esperaremos.

Antes de que ninguno pudiera decir una palabra, él dio media vuelta y se marchó.

Cristina no hizo ningún comentario cuando Andrés le dijo lo que había hecho. Los Vaughan hubieran venido a verlos, probablemente, en este día, a no ser por el hecho de que habían ido a Suiza a esquiar. ¡Y ahora invitaba Andrés a un minero desocupado, con su familia! Estos eran los pensamientos de Andrés, mientras dando la espalda al fuego, observaba a su mujer que arreglaba los nuevos sitios en la mesa.

—¿Estás molesta, Cristina? —le dijo al fin.

—Creí casarme con el doctor Manson —respondió ella un tanto brusca—. No con el doctor Bernardo. Realmente, querido, eres un sentimental incorregible.

Los Evans llegaron exactamente a la hora, limpios y cepillados, orgullosos y tímidos al mismo tiempo. Andrés, luchando nerviosamente para crear una atmósfera de cordialidad, tenía un terrible presentimiento de que Cristina estaba en lo cierto, que la fiesta sería un horrible fracaso. Evans, mirando con extrañeza a Andrés, se desempeñó torpemente en la mesa a causa de su brazo malo. Su mujer tuvo que cortarle y ponerle manteca al pan. Y a esta altura de la cena, cuando Andrés utilizaba la vinagrera, se cayó la tapa del frasco de la pimienta y la media onza de su contenido se volcó integro en su sopa. Hubo un profundo silencio y luego la pequeña Inés estalló en una risa convulsiva que procuraba ahogar. Su madre, consternada, se inclinó para reprenderla, pero la mirada de Andrés la detuvo. Un instante después, todos reían.

Libre de su temor de verse tratado como inferior, Evans se reveló un ser humano, entusiasta por el rugby y gran aficionado a la música. Tres años atrás había ido a Cardiff a cantar en el Eisteddfod. Orgulloso de mostrar sus conocimientos comentó con Cristina los oratorios de Elgar, mientras que Inesita era entretenida con unas sorpresas por Andrés.

Después Cristina llevó a la señora Evans y a la niña a la otra habitación. Una vez solos, un extraño silencio se produjo en la mente de ambos y, sin embargo, ninguno de ellos acertaba a darle expresión. Finalmente dijo Andrés, a la desesperada:

—Siento lo de su brazo, Evans. Sé que a causa de él ha perdido su trabajo en la

mina. No crea que estoy tratando de jactarme ante usted o cosa por el estilo. Lo siento sincera y profundamente.

—Usted no lo siente tanto como yo —repuso Evans.

Hubo una pausa y luego prosiguió Andrés:

—¿Me permitiría que le hablara de usted al señor Vaughan? Dígamelo si piensa que me meto en lo que no me corresponde..., pero tengo algo de influencia ante aquél y estoy seguro de que podría conseguirle algún trabajo en la superficie..., marcador del tiempo... o algo...

Se interrumpió, sin atreverse a mirar a Evans. Ahora el silencio fue largo. Al fin levantó los ojos Andrés, sólo para bajados inmediatamente después. A Evans le corrían las lágrimas por las mejillas y todo su cuerpo vibraba con el esfuerzo que hacía para no ceder. Pero inútil. Colocó su brazo hábil sobre la mesa y sepultó en él su rostro.

Andrés se levantó y fue hasta la ventana, donde permaneció unos cuantos minutos, al cabo de los cuales ya Evans se había dominado. No dijo nada, absolutamente nada, y sus ojos evitaron los de Andrés con una reticencia más significativa que las palabras.

A las tres y media la familia Evans se despidió con una alegría que contrastaba con la nerviosidad de su llegada. Cristina y Andrés fueron a la sala.

—¿Sabes, Cristina —filosofó Andrés—, que toda la desgracia de ese pobre muchacho —quiero decir la rigidez de su codo—, no es culpa suya? Desconfió de mí porque era nuevo. No podía esperarse que estuviera informado acerca de ese maldito aceite de linaza. Pero el amigo Oxborrow, que aceptó su tarjeta, él debería haberlo sabido. Ignorancia, ignorancia, pura maldita ignorancia. Una ley debería obligar a los médicos a mantenerse al día. Toda la culpa está en nuestro abominable sistema. Debería haber clases obligatorias de posgraduados... cada cinco años...

—¡Amor mío! —protestó sonriente Cristina desde el sofá—. He tolerado tu filantropía durante todo el día. He observado que extendías alas protectoras como un arcángel. Basta de sermones ahora. Ven y siéntate a mi lado; tenía una razón importante para desear que hoy estuviéramos solos.

—¿Sí? —preguntó escépticamente; luego, indignado añadió—: Supongo que no te quejas. Creí haberme conducido bastante bien. Después de todo..., Navidad...

Ella reía silenciosamente.

—Oh, querido, eres demasiado bueno! En otra oportunidad habrá una tormenta de nieve y tú te marcharás con los San Bernardos —arrebujado hasta tu garganta—, para volver con alguien de la montaña..., tarde, muy entrada la noche.

—Conozco a alguien que fue hasta el pozo número 3..., tarde, muy entrada la noche —repuso Andrés, desquitándose—. Y no estaba arrebujada.

—Siéntate aquí —dijo ella extendiendo su braz—. Necesito decirte algo.

Se le acercó para sentarse a su lado, cuando sintieron afuera la penetrante llamada de un «klaxon»: «Krr-krr Krr Ki-ki-ki Krr».

—¡Caramba! —dijo escuetamente Cristina—. Sólo una bocina de automóvil en Aberlaw podía tocar de ese modo. Pertenece a Con Boland.

—¿No los quieres? —preguntó Andrés algo sorprendido—. Con había dejado entender que vendría para el té.

—¡Oh, bien! —dijo Cristina, levantándose Y acompañándolo hasta la puerta.

Fueron al encuentro de los Boland, que estaban instalados frente a la puerta, en el automóvil reconstruido; Con, muy tieso en el volante, de galera y enormes guantes nuevos, con María y Terencio a su lado, y los otros tres niños alrededor de la señora Boland, que tenía al bebé en brazos, en el asiento de atrás, todos apretados, como sardinas, a pesar del ensanchamiento del vehículo.

De pronto comenzó a sonar otra vez la bocina: «Krr-krrkrr». Inadvertidamente, Con había oprimido el botón al desconectar, el cual había quedado presionado. El «klaxon» no quería callarse. —Krr-krr-krr...—. Con hurgueteaba y juraba; se abrieron las ventanas de la vereda de enfrente. Y entretanto la señora Boland seguía en su asiento impertérrita, con una expresión indiferente, soñadora, con la criatura en sus brazos.

—¡En nombre de Dios! —gritaba sobre el guardabarro Con, erizándosele los mostachos—. Estoy descargando la batería. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Un corto circuito o qué?

—Es el botón, papá —le dijo tranquilamente María. Y con su dedito lo echó afuera. Cesó la bulla.

—¡Ah! Está bien —suspiró Con—. ¿Cómo está usted, Manson, hijo mío? ¿Qué le parece ahora mi auto? Lo he alargado unos dos buenos pies. ¿No es grande? Todavía hay un pequeño desarreglo en la caja de velocidades. No subimos muy bien la cuesta, que digamos.

—Sólo que nos «quedamos» por unos cuantos minutos, papá —interrumpió María.

—No me importa! —dijo Co—. Pronto arreglaré eso cuando lo desarme de nuevo. ¿Cómo está usted, señora Manson? Aquí hemos venido a desearles feliz Navidad y a tomar el té con ustedes.

—Pase usted, Con —dijo Cristina sonriendo—. ¡Qué hermosos sus guantes!

—Obsequio de mi mujer para Navidad —respondió Con, mirándolos flotar en sus muñecas—. Material de más en el ejército.

¿Creería usted que todavía están vendiéndolos? ¡Ah!, ¿qué le ha pasado a esta puerta?

No pudiendo abrir la puerta, pasó por encima de ella sus largas piernas, y una vez en tierra ayudó a bajar a su mujer e hijos, inspeccionó el auto, quitando solícitamente

un pelotón de barro del parabrisas, y luego siguió a los demás a Vale View.

Fue muy ameno el té. Con estaba de excelente humor, muy engréido de su creación.

—Ustedes no lo reconocerán cuando le dé una mano de pintura.

La señora Boland se bebió abstraídamente seis tazas de té puro cargado. Los niños comenzaron con las galletitas de chocolate y terminaron en un pugilato por el último pedazo de pan. Dejaron limpios todos los platos de la mesa.

Después del té, mientras María había ido a lavar la loza —insistía en que Cristina parecía cansada—, Andrés le quitó el bebé a la señora Boland y jugó con él sobre el felpudo frente al fuego. Era el bebé más gordo que jamás había visto, un niño de Rubens, con ojos enormes y solemnes masas de carne en las extremidades. Trató insistentemente de meterle un dedo en el ojo de Andrés. Cada vez que fracasaba mostraba en el semblante una expresión atónita. Cristina estaba sentada con las manos en la falda, sin hacer nada. Observaba a su marido jugando con el niño.

Pero Con y su familia no podían quedarse mucho rato. Afuera estaba oscureciendo y Con, preocupado de las baterías; tenía dudas, que no formuló, respecto del funcionamiento de las luces. Cuando se levantaron para marcharse los invitó:

—Salgan a vernos partir.

Andrés y Cristina estaban una vez más en la puerta. Mientras Con llenaba el auto con su prole. Después de un par de sacudidas le obedeció la máquina, y él, haciéndoles un saludo triunfal, se puso los guantes y se ajustó el sombrero inclinándolo hacia atrás. Luego irguióse orgullosamente en el asiento con las manos en el volante.

En ese momento cedió la conexión, y el auto se derrumbó con estrépito.

Al peso de la familia integra, el vehículo, excesivamente alargado, se hundió limpiamente hasta el suelo, como una bestia de carga que pereciera de puro agotamiento. Ante los ojos atónitos de Andrés y Cristina, las ruedas se inclinaron hacia afuera. Hubo un sonido de piezas que caían, una expulsión de herramientas lanzadas del cajón, y luego el cuerpo del vehículo vino a reposar, desmembrado, en el nivel de la calle. Un instante antes era un automóvil, y en el siguiente, un desecho ridículo. Adelante estaba Con abrazado al volante; atrás, su mujer abrazando al bebé. La señora Boland tenía la boca abierta, sus ojos soñadores fijos en la eternidad. La estupefacción del rostro de Boland ante su repentino descenso, era irresistible.

Andrés y Cristina se pusieron a reír. Una vez que comenzaron no pudieron detenerse. Rieron hasta quedar agotados.

—En nombre de Dios —dijo Con, frotándose la cabeza y levantándose.

Observando que ninguno de los niños estaba herido, que la señora Boland seguía impertérrita, aunque pálida, en su asiento, reflexionó ofuscado sobre el accidente:

—¡Sabotaje! —declaró al fin, mirando las ventanas del frente mientras se le venía a la cabeza una idea—. Alguno de esos demonios ha metido aquí la mano. —Luego se le iluminó el rostro. Tomó del brazo al exánime Andrés y le indicó con melancólico orgullo la arrugada capota, bajo la cual la máquina emitía todavía débiles resoplidos convulsivos—. ¡Mire, Manson! ¡Todavía funciona!

Trabajosamente arrastraron los restos hasta el patio del fonda de Vale View. La familia Boland se fue a pie.

—¡Qué día! —exclamó Andrés, cuando al fin se vieron en paz—. Mientras viva jamás olvidaré esa expresión del rostro de Con.

Estuvieron callados un momento, y luego, volviéndose a Cristina, le preguntó:

—¿Qué tal pasaste Navidad?

Ella replicó en forma extraña:

—Gocé viéndote jugar con el bebé. El la miró.

—¿Por qué?

Cristina evitó sus ojos.

—Todo el día he estado buscando el momento de decírtelo, ¡Oh! ¿No puedes adivinarla, amor mío...? Después de todo, no creo que seas tan buen médico...

## Capítulo XIII

De nuevo la primavera. Y principios del verano. El jardín de Vale View era una mancha de suaves colores, para contemplar los cuales se detenían a menudo los mineros al regresar de su turno. Tales colores se debían principalmente a los arbustos floridos que Cristina había plantado el otoño anterior, pues ahora Andrés le prohibía todo trabajo manual.

—Tú has hecho el jardín —le dijo Andrés autoritariamente—. Ahora *siéntate* en él.

El sitio favorito de Cristina estaba al final de la pequeña hondonada, donde, junto a una minúscula cascada, podía escuchar el sedante murmullo del arroyo. El ramaje de un sauce la protegía contra las hileras de casas de encina. La molestia del jardín de Vale View consistía en que se lo dominaba desde la vecindad. No tenían más que sentarse del lado exterior de la casa, para que todas las ventanas fueran ocupadas y corriera el rumor: «¡Eh, muchachos! ¡Vengan a ver! El doctor y su señora están tomando un poco de sol!», En los primeros días, en efecto, una vez que Andrés había deslizado su brazo alrededor de la cintura de Cristina, mientras se paseaban a la orilla del arroyo, había visto el brillo de un lente enfocando desde el salón del viejo Glyn Joseph. «¡Demonio! —había exclamado vehementemente Andrés—. Ese perro viejo... ha dirigido sobre nosotros su telescopio».

Pero debajo del sauce estaban enteramente protegidos y aquí definía Andrés su política.

—Tú ves, Cristina —jugando con el termómetro; en un exceso de precaución se le acababa de ocurrir tomarle la temperatura—, debemos mantener nuestra tranquilidad. No es como si fuéramos... ¡oh, bien!... gente *ordinaria*. Después de todo, tú eres la esposa de un médico, y yo soy..., yo soy un médico. He visto ocurrir esto centenares, a lo menos veintenas de veces antes. Es asunto muy corriente. Un fenómeno de la naturaleza, la supervivencia de la especie, etcétera. Ahora no me interpretes mal, querida; para nosotros es maravilloso, desde luego. Es el hecho de que he comenzado a preguntarme si tú no eras demasiado pequeña, demasiado niña todavía..., ¡oh, bien, estoy encantado!, pero no vamos a ponernos sentimentales. Tonterías sentimentales, quiero decir. ¡No, no! Dejemos eso para el matrimonio Smith. Sería más bien idiota para mí, un doctor, comenzar a angustiarme a propósito de esas casillas que estás tejiendo. No. Las miro y me digo: «Espero que abrigarán lo suficiente». Y todas estas conjeturas acerca de cuál será el color de los ojos de él o de ella, o del porvenir que le depararemos, son cosas que están fuera del mapa.

Se detuvo, poniéndose serio, y luego, poco a poco, se dibujó en su rostro una sonrisa reflexiva:

—Me pregunto, Cristina si será una niña.

Ella rió hasta que le corrieron las lágrimas por las mejillas. Se rió tanto, que él se levantó, preocupado.

—Termina de una vez, Cristina. Te podría ocurrir algo.

—Oh, querido! —se limpió los ojos—. Como idealista sentimental, te adoro. Como cínico, en cambio..., bien... no quisiera tenerte en la casa.

El no comprendió del todo lo que ella quiso decir. Pero él sabía que su conducta era científica y prudente. En las tardes, cuando Andrés comprendía que ella debería hacer algún ejercicio, la llevaba a pasear al parque, pues el trepar le estaba severamente prohibido. Allí se paseaban, escuchaban la banda, observaban a los niños de los mineros que acudían a merendar con sus botellas de agua gaseosa y sus sorbetes.

Una mañana de mayo, temprano: mientras estaban en cama, él advirtió en medio de un sueño ligero, un débil movimiento. Despertó, advirtiendo de nuevo ese suave movimiento, el primero del niño dentro de Cristina. Andrés se quedó quieto, apenas atreviéndose a creerlo, embargado por una oleada de sentimiento, de éxtasis. «¡Oh, diablo! —pensó un instante después—; al fin de cuentas, tal vez no sea yo más que un Smith. Supongo que por esto mantienen la norma de que un médico no puede atender a su propia esposa».

A la semana siguiente creyó oportuno hablarle al doctor Llewellyn, que debía hacerse cargo del caso, según ambos lo habían decidido desde el principio. Cuando Andrés acudió a él, Llewellyn se sintió complacido y halagado. Fue al momento e hizo un examen preliminar. En seguida conversó con Andrés en la sala.

—Me alegro de servirlo, Manson —díjole, aceptando un cigarrillo—. Siempre pensé que usted no simpatizaba lo suficiente conmigo como para pedirme este favor. Créame, haré todo lo que esté de mi parte. De paso, Aberlaw está actualmente algo sofocante. ¿No cree que su mujercita debería cambiar de aire, mientras pueda?

«No lo comprendo», se dijo Andrés, cuando Llewellyn se hubo marchado. «¡Me gusta ese hombre! Se ha portado bien. Tiene simpatía y tino. Es un mago en su trabajo. Y hace un año yo deseaba cortarle el cuello. Soy un escocés testarudo, envidioso y zafio».

Cristina no quería salir, pero él insistió suavemente:

—Sé que no quieres dejarme, Cristina. Pero es para mejor. Tenemos que pensar en todo. ¿Preferirías la playa o tal vez te gustaría ir al norte, adonde tu tía? Tengo cómo enviarte, Cristina. Estamos en buena situación ahora.

Había terminado de pagar a la Dotación Glen y la instalación del mobiliario, y tenían en el Banco cerca de cien libras. Pero ella no pensaba en esto cuando, oprimiéndole la mano, le respondió muy convencida:

—Sí, estamos muy bien, Andrés.

Ya que debía ir, decidió visitar a su tía de Bridlington, y la semana siguiente



Andrés la despedía en la estación Alta, con un prolongado abrazo y una canasta de frutas para el viaje.

La echó de menos mucho más de lo que se hubiera imaginado, de tal modo su camaradería se había convertido en parte de su vida. Sus conversaciones, discusiones, riñas, sus mismos silencios, la manera como él la llamaba cuando regresaba a su casa y aguardaba con el oído atento su alegre respuesta; ahora vino a comprender cuánto significaban para él todas estas cosas. Sin ella la alcoba se convertía en la habitación extraña de un hotel. Sus comidas, preparadas concienzudamente por Jenny según el programa escrito por Cristina, eran bocados apresurados frente a un libro abierto y sostenido verticalmente sobre la mesa.

Vagando por el jardín que ella había hecho, Andrés quedó de pronto sorprendido por la ruinosa condición del puente. Lo molestaba, le parecía una injuria a su Cristina ausente. Varias veces le había hablado de esto al Comité, en el sentido de que el puente se estaba cayendo poco a poco, pero aquellos señores eran difíciles de conmover cuando se trataba de reparar las casas de los Ayudantes. Ahora, sin embargo, en un acceso de sentimiento, se presentó a la oficina y urgió enérgicamente la cuestión. Owen estaba ausente con unos pocos días de permiso, pero el empleado le aseguró a Andrés que la cosa ya había sido aprobada por el Comité y entregada al constructor Richard. Sólo porque éste estaba ocupado con otro contrato no se había iniciado ya el trabajo.

Por las noches iba a ver a Boland; dos veces visitó a los Vaughan, que lo hacían quedarse para el bridge, y en una ocasión, para gran sorpresa suya, se encontró jugando al golf con Llewellyn. Les escribió cartas a Hamson y a Denny, que al fin había dejado Drineffy y viajaba a Tampico como cirujano de un barco petrolero. Su correspondencia con Cristina era un modelo de brillante reserva. Pero buscaba distracción especialmente en su trabajo.

Sus exámenes clínicos en los pozos de antracita estaban en buen camino por este tiempo. No podía precipitarlos, ya que, fuera de los llamados de sus propios clientes, su oportunidad de examinar a los hombres se producía a medida que ellos iban a los baños de la mina principal al final del turno y era imposible retenerlos más tiempo cuando querían irse a sus casas a comer. Efectuaba un promedio de dos exámenes diarios, y, sin embargo, los resultados ya aumentaban su curiosidad. Sin saltar a una conclusión precipitada, vio que los trastornos pulmonares entre los trabajadores de antracita eran positivamente mayores que los existentes entre los demás trabajadores de las minas de carbón.

Aunque desconfiaba de los libros de texto, en defensa propia, ya que no deseaba descubrir después que no había hecho más que seguir las huellas trazadas por otros, estudió la literatura concerniente al asunto. Su exigüidad lo dejó atónito. Pocos investigadores parecían haberse interesado mayormente por las enfermedades

pulmonares profesionales. Zenker había introducido un término altisonante: «neumonoconiosis», que comprendía tres formas de fibrosis pulmonar debidas a la inhalación del polvo. La antracosis, por supuesto, la infiltración negra de los pulmones que se advierte en los mineros del carbón, había sido conocida desde hacía largo tiempo y era tenida como inocua por Goldman, en Alemania, y por Trotter, en Inglaterra. Había unos pocos tratados sobre el predominio de las perturbaciones pulmonares entre los fabricantes de piedras de molino, particularmente los franceses, en los afiladores de cuchillos y hachas —«mal del afilador»— y los picapedreros. Había testimonios, casi siempre contradictorios, procedentes de Sudáfrica, respecto de esa piedra roja que ocasiona las enfermedades del trabajo en Rand, la tisis del minero del oro, debida indudablemente a la inhalación del polvo. También se registraba que los trabajadores del lino y del algodón y los trasplantadores de granos se hallaban sometidos a perturbaciones crónicas de los pulmones. ¡Pero fuera de esto, nada!

Andrés abandonó su lectura con una curiosidad febril. Se sentía en la pista de algo definitivamente inexplorado. Pensó en el gran número de trabajadores subterráneos de las grandes minas de antracita, en la vaguedad de la legislación referente a las inhabilitaciones de que sufrían, en la enorme importancia social de este plano de investigaciones. ¡Qué oportunidad, qué oportunidad maravillosa! Un sudor frío corrió por la frente ante el súbito pensamiento de que alguien pudiera adelantársele. Pero desechó este pensamiento. Paseándose por la sala frente al fuego extinguido mucho después de la medianoche, de pronto tomó el retrato de Cristina de la repisa de la chimenea.

—¡Cristina! Creo realmente que voy a hacer algo.

En el índice de tarjetas que había comprado para este objeto, comenzó a clasificar cuidadosamente los resultados de sus exámenes. Aunque nunca reflexionaba en ello, su pericia clínica era ahora notable. Allí, en el vestuario, los hombres comparecían ante él, desnudos hasta la cintura, y con sus dedos y su estetoscopio, sondeaba severamente la oculta patología de esos pulmones vivos: aquí un sector fibroso, el siguiente un enfisema, luego una bronquitis crónica —reconocida vergonzosamente como «una pequeña tos»—. Localizaba minuciosamente las lesiones sobre el diagrama impreso en el reverso de cada tarjeta.

Al mismo tiempo tomaba muestras de esputos de cada hombre y, trabajando hasta las dos y tres de la madrugada en el microscopio de Denny, registraba sus hallazgos en las tarjetas. Encontró que la mayor parte de estas muestras de mucopús calificada por los mineros como «esputo-blanco», contenía brillantes partículas angulares de sílice. Quedó asombrado del número de células alveolares, de la frecuencia con que descubría el bacilo de la tuberculosis. Pero fue la presencia, casi constante, de silicio cristalino en las células alveolares y de los fagocitos por doquiera, lo que cautivó su

atención. No podía deshacerse de la acentuada idea de que los trastornos de los pulmones, tal vez aun las infecciones concomitantes, dependían fundamentalmente de este factor.

Tal era el límite de su progreso cuando regresó Cristina a fines de junio y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué bueno es haber regresado! Sí, soy feliz; pero ¡oh! no, y tú pareces pálido, mi amor. Creo que Jenny no te ha dado de comer.

El descanso le había hecho provecho a Cristina, estaba bien y sus mejillas tenían un color hermoso. Pero estaba preocupada por él, por su falta de apetito, su constante ansia de fumar.

Le preguntó gravemente:

—¿Cuánto tiempo te va a exigir este trabajo especial?

—No lo sé. —Era el día siguiente al regreso de Cristina, un día húmedo, y él estaba inesperadamente irritado—. Podría exigirme un año podría exigirme cinco.

—Bien, escúchame. No te estoy corrigiendo, basta uno en la familia; pero ¿no crees que si tardaras tanto como dices, deberías trabajar sistemáticamente, observar horas regulares, no acostarte tarde y matarte de esa manera?

—Eso no me afecta.

Pero en ciertas cosas Cristina era particularmente insistente. Hizo que Jenny limpiara bien el piso del laboratorio y colocó allí una silla de brazos y un felpudo. Era una habitación fresca en estas, noches cálidas y las tablas de pino tenían un agradable olor resinoso que se mezclaba con las acres esencias de éter de los reactivos que él empleaba. Aquí le gustaba sentarse a Cristina, cosiendo y tejiendo mientras él trabajaba en la mesa. Inclinado sobre el microscopio, se olvidaba enteramente de ella, pero ella estaba allí, y a las once de la noche se levantaba siempre.

—¡Hora de dormir!

—¡Oh! Creo... —mirándola con los ojos encandilados por encima del ocular—. ¡Sube tú, Cristina! Te seguiré dentro de un minuto...

—Andrés. Manson, si tú piensas que me voy a acostar sola, *en mi estado*...

La última frase se había convertido en una muletilla cómica en la intimidad conyugal. Ambos la usaban, indistintamente, por chiste, como un broche de todos sus argumentos. Andrés no podía resistirla. Se levantaba riendo, se estiraba, hacía girar sus lentes, retiraba las preparaciones.

Hacia fines de julio una epidemia aguda de varicela le dio mucho trabajo y el 3 de agosto se halló con una lista especialmente nutrida que lo mantuvo fuera de casa desde la consulta matinal hasta después de las tres.

Al regresar, exhausto, preparado para esa combinación de lunch y té que sería su comida, divisó el automóvil del doctor Llewellyn en la puerta de su casa.

Lo que significaba ese objeto inmóvil lo hizo estremecerse repentinamente Y

apresurar con el corazón latiéndole aceleradamente.

Subió corriendo la escalera de entrada abrió la puerta y en el hall se encontró a Llewellyn, Mirándolo con nerviosa ansiedad, balbuceó:

—¡Hola, Llewellyn! No esperaba verlo tan pronto por aquí.

—No —respondió Llewellyn. Andrés sonrió.

—¿Bien? —En su excitación no pudo hallar mejores palabras, pero la pregunta era obvia en su rostro radiante.

Llewellyn no sonreía. Dijo después de una angustiosa pausa:

—Venga aquí un minuto, mi querido amigo. —Y condujo a Andrés a la sal—. Toda la mañana hemos estado tratando de encontrarlo.

El modo de Llewellyn, su vacilación, la extraña simpatía de su voz, fueron como un baño helado ¡Ahora Andrés! Balbuceó:

—¿Está mal?

Llewellyn miró por la ventana en dirección al puente, como buscando la explicación mejor, la más caritativa. Andrés ya no podía resistir. Apenas respiraba, ahogándosele el pecho en la angustia de la expectación.

—Manson —dijo suavemente Llewellyn—, esta mañana, mientras su esposa atravesaba el puente... cedió una de las planchas en mal estado. Ella está muy bien ahora; pero temo...

Andrés comprendió aun antes de que el otro terminara. Una gran angustia lo oprimía.

—A usted podrá agraderle saber —prosiguió Llewellyn, en un tono de tranquila conmiseración— que lo hicimos todo. Yo acudí al momento, traje a la partera del hospital, hemos estado aquí todo el día.

Hubo un silencio. En la garganta de Andrés estalló un sollozo, luego otro, y otro. Se cubrió los ojos con la mano.

—Por favor mi querido amigo —le rogó Llewellyn—. ¿Quién podía evitar un accidente como ése? Le suplico... suba y consuele a su esposa.

Con la cabeza inclinada, cogido de la baranda, Andrés subió. En el lado exterior de la puerta del dormitorio se detuvo respirando apenas, y luego entró vacilante.

## Capítulo XIV

Por el año 1927 el doctor Manson, de Aberalaw, disfrutaba de una reputación algo extraordinaria. Su trabajo no era prodigioso. Numéricamente, su lista no había aumentado gran cosa desde aquellos primeros días febriles de su llegada a la ciudad; pero cada persona de la lista creía firmemente en él. Recurría a pocas drogas. Tenía la costumbre inverosímil de prevenir a sus enfermos contra las mismas, pero cuando las recetaba era de un modo revolucionario. No era raro ver a Gadge atravesar la sala de espera con una receta en la mano.

—¿Qué es esto, doctor Manson? ¡Una dosis de sesenta granos<sup>[9]</sup> de K. Br. para Evans Jones! Y la *Pharmacopoeia* dice cinco.

—¡Así lo dice el libro de sueños de la tía Catalina! Dele sesenta, Gadge. Usted sabe que se alegraría realmente de liquidar a Evans.

Pero Evans Jones, epiléptico, no se liquidaba. En cambio se le veía, una semana después, aliviado de sus ataques, paseándose por el parque.

El Comité debería estar contento con el doctor Manson, por cuanto su consumo de drogas —fuera de los casos extraordinarios— era menos de la mitad que el de cualquier otro ayudante. ¡Pero, ay! ¡Manson le costaba al Comité el triple por otros capítulos, y a menudo había guerra por ello! Empleaba, por ejemplo, vacunas y sueros, cosas arruinadoras, que, según declaraba vehementemente Ed. Chenkin, ninguno de ellos había oído mentar jamás. Cuando Owen citaba, para defenderlo, aquel mes de invierno en que Manson, usando la vacuna Bordet y Gengou, había detenido una violenta epidemia de tos convulsa en su distrito, en tanto que en todo el resto de la ciudad los niños seguían enfermándose de ella, Ed. Chenkin replicaba:

—¿Cómo sabemos que se debió a esta novedad? ¡Vaya! Cuando yo mismo lo urgí, dijo que nadie podía estar *seguro*.

Al paso que Manson tenía muchos amigos leales, tenía también enemigos. Eran aquellos del Comité que nunca le habían perdonado del todo su exabrupto, aquellas palabras amargas que les espetara en ocasión de lo del puente, mientras se hallaban en plena sesión, tres años atrás. Compadecían, por supuesto, a la señora Manson y a él mismo por la desgracia que los afligía, pero no podían considerarse responsables. El Comité no hacía jamás las cosas precipitadamente. Owen estaba de vacaciones y Len Richards, a quien se le había confiado el trabajo, estaba ocupado por entonces en las nuevas casas de la calle Powis. Era absurdo culparlos.

A medida que pasaba el tiempo, Andrés tenía muchas dificultades con el Comité, pues se obstinaba en su sistema, lo que no le agradaba al Comité. Había, además, cierta animosidad clerical en contra suya. Aunque su mujer iba a menudo a la iglesia, a él no se le veía jamás allí —el doctor Oxborrow había sido el primero en hacerla notar—, y se decía que él se había burlado de la doctrina de la inmersión total Más

aún: tenía un enemigo mortal entre la gente de iglesia, nada menos que en el reverendo Edwal Parry, pastor de Sinaí.

En la primavera de 1928 el buen Edwal, casado recientemente, había llegado a hora avanzada y como a hurtadillas al consultorio de Manson, con ademanes enteramente cristianos, pero sin embargo, como hombre de mundo deseoso de captarse la benevolencia del médico.

—¿Cómo está usted, doctor Manson? Acerté a pasar por aquí. Como norma consulto al doctor Oxborrow; es uno de mis fieles, usted sabe, y también lo tengo a mano en el consultorio del este. Pero usted es un doctor que está muy al día en todo sentido. Usted está al tanto de todas las novedades. Y yo me alegraría, advierta también que le pagaré un honorario muy pequeño, si pudiera aconsejarme... (Edwal disimuló un ligero rubor sacerdotal haciendo derroche de candor mundano). Mi mujer y yo no deseamos tener hijos durante algún tiempo, en absoluto, siendo mi estipendio lo que es, como...

Manson miró al ministro de Sinaí con frío desagrado y replicóle calculadamente:

—¿No se da cuenta usted de que hay gentes con la cuarta parte del estipendio suyo, que darían su mano derecha para tener hijos? ¿Para qué se casó? —Se le enardeció la ira—. Retírese pronto, mísera criatura de Dios.

Con una extraña contracción del rostro, Parry se había marchado. Acaso Andrés le había hablado demasiado violentamente. Pero es que, desde su accidente fatal, Cristina no tendría nunca hijos y ambos lo deseaban con toda el alma.

De regreso a casa de un llamado en este 15 de mayo de 1927, Andrés se preguntó por qué él y Cristina se habían quedado en Aberalaw después de la muerte de su criatura. La respuesta era bastante sencilla: su trabajo sobre la inhalación del polvo lo había absorbido, fascinado, esclavizado a las minas.

Al recordar lo hecho, considerando las dificultades que se había visto obligado a afrontar, se extrañaba de no haber tardado más tiempo en completar sus descubrimientos. Aquellos primeros exámenes que había hecho, ¡cuán lejanos le parecían en el tiempo, sí, y en la técnica!

Después de haber hecho un examen clínico completo de las condiciones pulmonares de todos los obreros del distrito y registrado sus hallazgos, tenía la absoluta evidencia de la acentuada preponderancia de las enfermedades pulmonares entre los trabajadores de antracita. Encontró, por ejemplo, que el noventa por ciento de sus enfermos de fibrosis pulmonar provenían de las minas de antracita. Encontró también que la mortalidad por trastornos pulmonares entre los mineros de la antracita de más edad era casi el triple que la de los mineros empleados en todas las minas de carbón. Diseñó una serie de tablas que indicaban la proporción de las enfermedades pulmonares entre las varias categorías de trabajadores de la antracita.

En seguida se consagró a mostrar que el polvo de sílice que él había encontrado

en sus exámenes de esputos se hallaba presente realmente en las galerías de antracita. No sólo lo demostró en forma concluyente, sino que, exponiendo planas de vidrio untadas con bálsamo del Canadá durante períodos variados en diferentes partes de la mina, obtuvo cifras de las distintas concentraciones de polvo, cifras que subían agudamente durante las explosiones y las perforaciones.

Ahora poseía una serie de sugerentes ecuaciones que correlacionaban las excesivas concentraciones atmosféricas de polvo de sílice con la excesiva repetición de la enfermedad pulmonar. Pero no era esto suficiente. Tenía que demostrar efectivamente que el polvo era dañino, destructivo del tejido pulmonar y no únicamente un accesorio inocuo después del hecho. Le era necesario realizar metódicamente una serie de experimentos patológicos con conejos de la India para estudiar la acción del polvo de sílice sobre sus pulmones.

Aquí, bien que aumentó su curiosidad, comenzaron sus verdaderas dificultades. Ya poseía un cuarto libre, el laboratorio. Era fácil procurarse unos cuantos conejos de la India. Y el material requerido por sus experimentos era sencillo. Mas, aunque su espíritu de investigación era notable, él no era un patólogo, y nunca lo sería. La certidumbre de este hecho lo puso irritado y más resuelto que nunca. Maldijo ese sistema que lo obligaba a trabajar solo, y se hizo ayudar por Cristina, enseñándole a preparar cortes, la mecánica de manipulaciones que ella jamás realizó peor que él.

En seguida construyó, muy sencillamente, una cámara de polvo, en la que durante ciertas horas del día los animales se veían expuestos a concentraciones de polvo, siendo otros substraídos a ellas: los controles. Era un trabajo exasperante, que exigía más paciencia que la suya. Dos veces se le quebró su pequeño ventilador eléctrico. En una etapa crítica de su experimento echó a perder su sistema de controles y tuvo que comenzar de nuevo. Pero a pesar de los errores y dilaciones consiguió sus ejemplares, demostrando en etapas progresivas la deterioración del pulmón y la formación de fibrosis por el polvo.

Dio un gran suspiro de satisfacción, dejó de reñir a Cristina y, por unos pocos días, se pudo vivir con él. Entonces lo agitó otra idea y una vez más se consagró al trabajo.

Todas sus investigaciones habían sido dirigidas sobre hipótesis de que el mal de los pulmones era ocasionado por la destrucción mecánica debida a la inhalación de cristales de sílice duros y agudos. Pero ahora se preguntó de pronto si no había también alguna acción química fuera de la pura irritación física producida por las partículas. Andrés no era un químico, pero estaba por este tiempo demasiado absorbido en su idea para quedar derrotado. Proyectó una nueva serie de experimentos.

Obtuvo sílice coloidal y la inyectó bajo la piel de uno de los animales. El resultado fue un absceso. Descubrió que abscesos semejantes podían ser obtenidos

inyectando soluciones acuosas de sílice amorfa, que no era físicamente irritante. Entretanto, como conclusión triunfal, halló que la inyección de una sustancia mecánicamente irritante, tal como las partículas de carbono, no producían absceso alguno. El polvo de sílice era químicamente inactivo.

Ahora estaba casi fuera de sí de entusiasmo y alegría. Había obtenido aún más de lo que se había propuesto. Reunió febrilmente sus datos y dio forma coherente a los resultados de sus tres años de trabajo. Hacía meses había decidido, no sólo publicar sus investigaciones, sino enviarlas como tesis para obtener el grado de doctor en medicina. Cuando el impreso regresó de Cardiff, elegantemente encuadernado en tapas azul pálido, lo leyó embriagado y fue con Cristina a expedirlo por correo y luego se sumergió en una crisis de desesperación.

Se sentía gastado e inerte. Comprendió, más vivamente que nunca, que él no era un experto en laboratorio, que la parte mejor y más valiosa de su trabajo era la primera etapa de investigación clínica. Recordó con la angustia del arrepentimiento cuántas veces había reñido a la pobre Cristina. Durante algunos días estuvo abatido e impaciente. Y, sin embargo, en medio de tal estado, había momentos luminosos en que tenía conciencia de haber realizado algo, después de todo.



## Capítulo XV

Aquella tarde de mayo, al llegar Andrés a casa, su ensimismamiento, esta extraña fase negativa que había persistido desde el envío de su tesis, hizo que no advirtiera la impresión de dolor dibujada en el semblante de Cristina. La saludó distraídamente, subió a lavarse y luego regresó para el té.

Cuando hubo terminado, sin embargo, y encendido un cigarrillo, observó de pronto la expresión de su esposa. Le preguntó mientras buscaba el diario de la tarde:

—¿Cómo? ¿Qué te ocurre?

Ella pareció examinar por un momento su cuchará de té.

—Tuvimos visitantes hoy... o más bien yo los tuve, cuando tú estabas ausente esta tarde.

—¡Ah! ¿Quiénes eran?

—Una delegación del Comité, cinco de ellos, Ed. Chenkin inclusive, encabezados por Parry..., tú sabes, el ministro de Sinaí..., y un tal Davies.

Hubo un extraño silencio. Andrés le dio una larga chupada a su cigarrillo e inclinó el diario para mirar a Cristina.

—¿Qué deseaban?

Por primera vez Cristina afrontó la mirada indagadora de Andrés, revelándole plenamente la mortificación y la ansiedad que se asomaban a sus ojos.

—Vinieron como a las cuatro —habló precipitadamente—. Preguntaron por ti. Les dije que habías salido. Entonces Parry expresó que no importaba, que ellos necesitaban entrar. Por supuesto que yo quedé desconcertada. No sabía si deseaban esperarte o qué. Entonces, Ed. Chenkin dijo que ésta era la casa del Comité, al que ellos representaban, y que en nombre suyo podían y querían entrar.

Cristina se detuvo para tomar aliento.

—Yo no me moví una pulgada. Estaba indignada, trastornada. Pero traté de averiguarles por qué deseaban entrar. Parry habló entonces. Dijo que había llegado a sus oídos, y a los del Comité, y que ya lo sabía todo el pueblo, que tú estabas realizando experimentos con animales, vivisección, tuvo la imprudencia de llamarlos. Y por eso habían venido a examinar tu sala de trabajo y traído al señor Davies, representante de la Sociedad Protectora de Animales.

Andrés no se había movido ni sus ojos se habían despegado de Cristina.

—Continúa —dijo tranquilamente.

—Bueno, quise impedirselo, pero fue inútil. Los siete me llevaron por delante, cruzando el hall hasta el laboratorio. Cuando vieron los conejos, Parry dio un alarido: «¡Oh, los pobres animalitos indefensos!». Y Chenkin señaló las manchas de las tablas donde yo volqué la botella de tinta roja, tú recuerdas, y exclamó: «¡Miren eso! ¡Sangre!». Lo revolvieron todo, nuestros hermosos cortes microscópicos, el

micrótomo, todo. Entonces dijo Parry: «No permitiré que esas pobres criaturitas sigan siendo torturadas por más tiempo. Las substraeré a ese martirio». Tomó la bolsa que traía Davies y los metió a todos dentro. Procuré explicarle que no era cuestión de tortura, de vivisección ni de nada por el estilo. Y que en todo caso esos cinco conejos no serían usados para experimentos, que íbamos a obsequiarlos, como animalitos domésticos, a los niños Boland y a Inesita Evans. Pero sencillamente no quisieron escucharme. Y luego... luego se marcharon...

Hubo un silencio. La cara de Andrés estaba ahora encendida. Se levantó:

—En mi vida había visto tanta grosería y hasta impertinencia. Es lástima que hayas tenido que tolerarlo, Cristina. ¡Pero haré que la paguen!

Reflexionó un minuto y luego partió hacia el hall para valerse del teléfono. Pero cuando él se le acercaba, sonó la campanilla. Descolgó el auricular.

—¡Hola! —dijo coléricamente; luego su voz se suavizó. Owen lo llamab—. Sí, habla con Manson. Mire, Owen...

—Lo sé, lo sé, doctor —interrumpió rápidamente Owen a Andrés—. Toda la tarde he estado procurando ponerme en contacto con usted. Escúcheme ahora. No, no, no me interrumpa. No perdamos la cabeza en este asunto. Tenemos que habérnosla con un caso serio, doctor. No diga nada más por teléfono. Voy a verlo a usted.

Andrés volvió al lado de Cristina.

—¿Qué pretende? —dijo coléricamente después que le hubo referido a Cristina la conversación telefónica—. Cualquiera creería que nosotros somos los culpables.

Esperaron la llegada de Owen. Andrés paseándose furioso e indignado, Cristina sentada en su costura, con la mirada intranquila.

Llegó Owen. Pero en su rostro no había nada tranquilizador. Antes de que Andrés pudiera hablar, le preguntó:

—¿Doctor, tenía permiso?

—¿Qué? —Andrés lo miró—. ¿Qué clase de permiso?

La cara de Owen parecía ahora más inquieta.

—Usted debería haberse procurado un permiso del Ministerio del Interior para trabajos experimentales con animales. Usted sabía eso, ¿no?

—Pero demonios! —protestó calurosamente Andrés—. Yo no soy un patólogo, nunca lo seré. Y no administro un laboratorio. Sólo necesitaba hacer unos pocos experimentos para completar mi trabajo clínico. No teníamos más que una docena de animales. ¿No es así, Cristina?

Owen había desviado sus ojos.

—Usted debería haber tenido ese permiso, doctor. Un sector del Comité está tratando de jugarle una mala partida por esto. —Prosiguió rápidamente—: Usted ve, doctor, un joven como usted, que está verificando un trabajo de investigador, que es

lo bastante honrado para hablar de sus intenciones, está obligado a... bien, en todo caso, debe saber que hay aquí un sector que desea perjudicarlo. Pero..., no importa!, todo se arreglará. Habrá una querrela con el Comité, tendrá que comparecer. Pero ya ha tenido usted antes sus dificultades con ellos. De nuevo saldrá triunfante.

Andrés se exaltó.

—Iniciaré una acción judicial. Los demandaré por violación de domicilio. No, demonios, los demandaré por haberme robado mis conejos de la India. Quiero que me los devuelvan, de cualquier modo.

El rostro de Owen se contrajo en una suave sonrisa.

—No podrá obtenerlos, doctor. El reverendo Parry y Ed. Chenkin dijeron que tenían que poner fin a su miseria. Y por humanidad, los ahogaron con sus propias manos.

Owen se marchó triste. Y a la tarde siguiente, Andrés recibió una citación que le intimaba presentarse ante el Comité dentro del plazo de una semana.

Entretanto, el caso se había propagado con mayor rapidez que un incendio de petróleo. Nada tan apasionante, tan escandaloso, tan apetitoso como la propia magia negra, había conmovido a Aberalaw desde que Trevod Day, el abogado, había sido acusado de haber envenenado a su mujer con arsénico.

La gente tomó partido, se formaron violentas facciones. Desde su púlpito del Sinaí, Edwal Parry tronaba poniendo de manifiesto los castigos que en esta vida y en la futura están reservados a los torturadores de animales y criaturas. En el otro extremo de la ciudad, el reverendo David Walpole, ministro obeso de la Iglesia Oficial, para quien parry era lo mismo que el cerdo para el buen mahometano, vociferaba sobre el progreso y el conflicto entre la Iglesia Liberal de Dios y la Ciencia.

Aun las mujeres fueron arrastradas a la acción. La señorita Myfanwy Bensusan, presidenta local de la «Liga del Esfuerzo de las Damas Galesas» habló a una compacta reunión en el Salón de Temperancia. Es verdad que Andrés había ofendido una vez a Myfanwy al rehusar presidir la reunión anual de dicha sociedad. Pero, por lo demás, los motivos de la dama eran indiscutiblemente puros. Después de la reunión y en las tardes siguientes, las señoritas pertenecientes a la Sociedad, sólo activas normalmente en las calles en los días de feriado, distribuían horrendos folletos contra la vivisección, cada uno de los cuales llevaba como ilustración un perro con los intestinos a medio vaciar.

El miércoles por la noche vino Con Boland con una alegre historia:

—¿Cómo está usted, Manson? ¿Manteniéndose firme? ¡Bien! Creí que podría interesarle... Esta tarde, nuestra María venía para casa desde lo de Larkin, cuando una de esas tontas vendedoras de días festivos la detuvo con un volante..., esas acusaciones de crueldad que han estado repartiendo contra usted. ¿Sabe usted? ¡Ja,

¡ja! ¿Sabe lo que hizo la audaz María? Tomó el volante y lo hizo pedazos. Luego le dio unas cachetadas en las orejas a la vendedora, le quitó el sombrero de la cabeza, y le dijo..., ¡ja, ja!, ¿qué cree que le dijo nuestra María?: «Si ustedes persiguen la crueldad, toma, para que la conozcas».

Otros, tan leales como María, repartieron también bofetadas.

Aunque el distrito de Andrés estaba firmemente de su parte, alrededor del consultorio del este había un bloque de opinión hostil. En las tabernas se producían verdaderas batallas entre los partidarios de Andrés y sus enemigos. Frank Davies, con algunas ligeras contusiones, fue al consultorio el jueves por la noche, a decir a Andrés que había «abofeteado a dos de los pacientes de Oxborrow por decir: «Manson es un carnicero sanguinario».

Después de esto el doctor Oxborrow pasaba frente a Andrés con andar desafiante, mirándolo fija y largamente desde lejos. Se sabía que trabajaba abiertamente con el reverendo Parry contra su indeseable colega. Urquhart volvió del Club Masónico con una serie de sabrosos comentarios cristianos, el más exquisito de los cuales quizá era éste: «¿Por qué razón cualquier médico ha de tener derecho a asesinar a las criaturas del Señor?». Urquhart tenía poco que decir; Pero en una ocasión, mirando de soslayo el rostro contraído de Andrés, afirmó:

—¡Demonios! Cuando tenía su edad, yo también habría gozado con un alboroto como éste. Pero ahora... creo que me estoy volviendo viejo.

Andrés no podía dejar de pensar que Urquhart lo juzgaba mal. Estaba muy lejos de gustar del «alboroto». Se sentía fatigado, irritable, angustiado. Se preguntaba nervioso si iba a pasar toda su vida golpeándose la cabeza contra murallas de piedra. Sin embargo, aunque su vitalidad estaba deprimida, tenía un deseo desesperado de justificarse, de verse abiertamente rehabilitado ante la población dividida en grupos beligerantes.

La semana transcurrió al fin, y el sábado por la tarde se reunió el Comité para lo que se especificaba en la orden del día como el examen disciplinario del doctor Manson. No había un solo sitio vacío en la sala del Comité, y afuera, en la plaza, merodeaban grupos cuando Andrés llegó a las oficinas y subió por las angostas escaleras. Sintió que el corazón le latía aceleradamente. Se había dicho, a sí mismo que debía mantenerse tranquilo e inflexible. En cambio, al ubicarse en la misma silla que ocupara cinco años atrás como candidato, se puso nervioso, se le secaron los labios, perdió la naturalidad.

Comenzó el proceso, no con una plegaria, como se hubiera podido esperar de la atmósfera de religiosidad en que la oposición había envuelto su campaña sino con un violento discurso de Ed. Chenkin.

—Voy a plantear todos los hechos del caso —dijo Chenkin, poniéndose de pie—, ante mis colegas del Comité.

Y en un discurso estentóreo, desprovisto de retórica, procedió a enumerar los cargos. El doctor Manson no tenía derecho a efectuar este trabajo. Era labor desarrollada en un tiempo que pertenecía al Comité, labor hecha mientras se le pagaba para trabajar en beneficio del Comité y labor hecha con la propiedad del Comité. También era vivisección o algo muy parecido ¡y todo sin el permiso necesario, delito muy grave ante la ley!

Aquí intervino rápidamente Owen.

—Por lo que se refiere a este último punto, debo informar al Comité que si denuncia la no obtención de esta autorización, por el doctor Manson, cualquier acción subsecuente envolvería a la Sociedad de Socorro Médico como corporación.

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Chenkin.

—Que él es nuestro ayudante —sostuvo Owen—. Nosotros somos legalmente responsables por el doctor Manson.

Estas palabras provocaron un murmullo de aprobación y las exclamaciones de: «Owen tiene razón. No queremos molestia alguna para la Sociedad. Que la cosa no salga de aquí».

—¡Dejemos de lado, entonces, la sanguinaria autorización! —chilló Chenkin, todavía de pi—. Hay lo suficiente en los demás cargos para ahorcar a cualquiera.

—Oigan, oigan —gritó alguien atrás—. ¿Y aquellos viajes furtivos a Cardiff, en motocicleta, aquel verano de hace tres años?

—No significa nada —dijo la voz de Len Richards—. Se puede aguardar una hora a la puerta de su consultorio sin que se remedie nada.

—¡Orden, orden! —gritó Chenkin. Cuando los hubo tranquilizado, procedió a su perorata final—: ¡Todos estos cargos son suficientes! Prueban que el doctor Mansón no ha sido jamás un servidor satisfactorio del Socorro Médico. Además de lo cual puedo añadir que no da a los hombres certificados convenientes. Pero debemos atenernos al cargo principal. Aquí tenemos a un ayudante contra el cual está toda la población por cosas que de derecho incumbirían a la policía, un hombre que ha convertido nuestra propiedad en un matadero. Juro por el Todopoderoso, amigos asociados, que con mis propios ojos he visto sangre en el piso..., un hombre que no es más que un experimentador y un maniático. Yo les pregunto a ustedes, colegas, si van a tolerarlo. ¡No!, digo yo. ¡No!, dicen ustedes. Sé que me acompañan unánimemente al reclamar la inmediata renuncia del doctor Manson.

Chenkin dirigió una mirada circular a sus amigos y se sentó en medio de nutridos aplausos.

—Tal vez ustedes permitirán al doctor Manson que se defienda —dijo Owen, muy pálido, y se volvió a Andrés.

Hubo un silencio. Andrés se mantuvo sentado e inmóvil por un instante. La situación era peor aún de lo que se había imaginado. «No confíes en comités»,

pensaba amargamente para sí. ¿Eran éstos los mismos que le habían sonreído aprobatoriamente cuando le dieron su nombramiento? El corazón parecía que le iba a estallar. No renunciaría, sencillamente no quería renunciar. Si se puso de pie. No era orador y él sabía que no lo era. Pero ahora estaba enardecido, absorbida su nerviosidad por la indignación que le producía la ignorancia, la intolerante estupidez de la acusación de Chenkin y la aclamación con que había sido recibida. Comenzó:

—Nadie parece haber dicho nada sobre los animales que Ed. Chenkin ahogó. Eso fue una crueldad... crueldad inútil. ¡Lo que he estado haciendo no es eso! ¿Por qué llevan ustedes ratones blancos y canarios al fondo de la mina? Para comprobar la existencia del gas grisú..., todos lo saben. Y cuando estos ratones mueren víctimas del gas, ¿lo juzgan ustedes crueldad? No; se dan cuenta de que estos animales han sido empleados para salvar vidas humanas, tal vez las vidas de *ustedes mismos*.

«¡Eso es lo que he estado tratando de hacer en beneficio de ustedes mismos! He estado trabajando en estas enfermedades pulmonares provocadas por el polvo de las galerías de las minas. Todos ustedes saben que se contrae una enfermedad pulmonar y que cuando se la contrae no se obtiene indemnización. En estos tres últimos años he dedicado casi todos los instantes de mi tiempo libre a este problema de la inhalación. He descubierto algo que puede mejorar las condiciones de trabajo de ustedes, proporcionarles un tratamiento más humano, mantenerlos en buena salud mejor que lo hubiera hecho ese frasco de drogas de que hablaba Len Richards. ¿Qué representa ante esto el sacrificio de una docena de conejos? ¿No creen que valía la pena?».

«Quizás no me crean. Tienen bastantes prejuicios para suponer que les miento. Acaso piensan todavía que he estado malgastando mi tiempo, el tiempo de ustedes, como lo llaman, en una serie de experimentos insensatos. —Estaba tan emocionado que olvidó su firme resolución de no ser teatral. Del bolsillo de su chaleco sacó la carta que había recibido a principios de la semana—. Pero esto les mostrará lo que piensan otras personas, calificadas para opinar».

Se acercó a Owen y le alcanzó la carta. Era la notificación del secretario del Consejo Directivo de la Facultad de St. Andrews, según la cual se le confería el doctorado en medicina por su tesis sobre las inhalaciones de polvo.

Owen leyó la carta de tipos azules y monograma con una súbita iluminación de su semblante. En seguida fue pasada de mano en mano.

Irritó a Andrés el observar el efecto creado por la comunicación del Consejo Directivo. Aunque estaba tan desesperado por justificarse, casi lamentaba el haberla exhibido. Si no eran capaces de aceptar su testimonio sin una especie de apoyo oficial, debían estar sumamente prevenidos en su contra. Con carta o sin ella, sentía que estaban dispuestos a hacer un escarmiento con él.

Se sintió aliviado cuando, después de unas pocas consideraciones más, dijo Owen:

—¿Quiere tener la bondad de dejarnos ahora, doctor?

Esperando afuera, mientras votaban en su causa, llegó al colmo de su exasperación. Este grupo de hombres de trabajo que fiscalizaban los servicios médicos de la comunidad en beneficio de sus compañeros de labor, constituía un hermoso ideal. Pero sólo un ideal. Eran demasiado parciales, demasiado poco inteligentes para dirigir progresivamente semejante sistema. Era un trabajo perpetuo para Owen el mantenerlos en la senda. Y Andrés tenía la convicción de que en este caso no lo salvaría ni la buena voluntad de Owen.

Pero cuando Andrés entró de nuevo, el secretario estaba sonriente, frotándose alegremente las manos. Otros miembros del Comité lo miraban algo más benévolaente, a lo menos sin hostilidad. Y Owen se levantó al momento y dijo:

—Me alegro de manifestarle, doctor Manson —hasta puedo decirle que personalmente me complazco en decírselo—, que el Comité ha decidido por mayoría pedirle que se quede.

Había ganado, los había vencido, después de todo. Pero el saberlo, después de una rápida sensación de satisfacción, no le levantó el ánimo. Hubo una pausa. Evidentemente esperaban que les manifestase su complacencia, su agradecimiento. Pero no podía. Se sentía cansado de todo ese tortuoso asunto, del Comité, de Aberalaw, de la medicina, del polvo de sílice, de los conejos de la India y de sí mismo.

Finalmente pudo decir:

—Gracias, señor Owen. Me alegro, después de todo lo que he procurado hacer aquí, de que el Comité no desee que me vaya. Pero, lo siento, no puedo permanecer por más tiempo en Aberalaw. Desde hoy notifico al Comité mi retiro dentro del mes.

Hubo un silencio mortal. Ed. Chenkin fue el primero en reponerse:

—Buena liberación —dijo con dudosa sinceridad al irse Manson.

En seguida Owen los sorprendió a todos con el primer ímpetu de cólera que jamás hubiera exhibido en esa sala del Comité:

—Deje de decir necedades, Chenkin. —Golpeó la regla sobre la mesa con violencia amedrentadora—. Hemos perdido al mejor hombre que hayamos tenido.

## Capítulo XVI

Andrés se despertó a medianoche, lamentándose:

—¿Soy un necio, Cristina? ¿Renunciar a nuestra fuente de entradas..., una ocupación excelente? Después de todo últimamente estaba consiguiendo algunos pacientes privados. Y Llewellyn se ha portado muy bien. ¿Te lo dije...? Casi me había prometido permitirme tener consultas en el hospital. Y el Comité..., prescindiendo del grupo de Chenkin, es buena gente. Creo que para cuando Llewellyn se retire, me hubieran nombrado doctor jefe en lugar suyo.

Allí a su lado, en la obscuridad, Cristina lo consoló, tranquila, razonable.

—Realmente, querido, no pensarás que nos pasemos toda la vida ejerciendo en una mina galesa. Aquí hemos sido felices, pero es tiempo de que nos traslademos.

—Pero escucha, Cristina —se lamentó é—. Todavía no tenemos suficiente dinero para instalar un consultorio. Deberíamos haber juntado más dinero antes de dar este paso.

Cristina respondió soñolienta:

—¿Qué tiene que ver con ello el dinero? Además, vamos a gastar todo lo que hemos ahorrado..., casi..., en unas verdaderas vacaciones. ¿Te das cuenta de que apenas te has movido de estas minas durante cerca de cuatro años?

El espíritu de su esposa contagió a Andrés. A la mañana siguiente el mundo le parecía un lugar alegre y sin preocupaciones.

Durante el desayuno, que tomó con un placer desconocido, le dijo:

—No eres una mala chica, Cristina. En vez de eruirte y decirme que esperas grandes cosas de mí, ahora, que es tiempo de que yo salga e imprima mi huella en el mundo, tú precisamente...

Ella no lo escuchaba. Sin que viniera al caso, protestó:

—¡Realmente, querido, me gustaría que no doblaras así el diario! Creí que sólo las mujeres lo hacían. ¿Cómo piensas que pueda leer yo mi columna sobre jardinería?

—No la leas. —Al salir la besó sonriend—. Piensa en mí.

Se sentía feliz, preparado para tentar suerte en la vida. Por lo demás, su lado práctico no podía menos que mirar el aspecto económico de su actuación anterior. Tenía su M. R. C. P., un honroso doctorado en medicina y más de trescientas libras esterlinas en el Banco. Respaldados por todo esto, seguramente no se morirían de hambre.

Convenía que su propósito fuese firme. Un cambio de sentimiento había revolucionado la ciudad. Ahora que se iba por su propia voluntad, todos deseaban que permaneciera.

Esto culminó una semana después de la reunión, cuando Owen encabezó sin éxito una delegación que fue a Vale View a pedir a Andrés que reconsiderara su decisión.



En adelante la animosidad contra Ed. Chenkin llegó a los límites de la violencia. Era objeto de burla en las calles. Dos veces fue acompañado hasta su casa desde la mina por una banda de pitos, ignominia reservada habitualmente por los trabajadores a los tramposos.

Frente a estas agitaciones locales, resultaba extraño lo poco que su tesis parecía haber conmovido al mundo exterior. Le había conquistado a Andrés su doctorado en medicina. Había sido impresa en la *Revista de Higiene Industrial*, de Inglaterra, y publicada como folleto en Estados Unidos por la Asociación de Higiene Americana. Pero aparte de esto, le valió tres cartas, ni más ni menos.

La primera fue de una firma de Brick Lane —del condado este—, la que le informaba del envío de muestras de su producto Pulmo Syrup, infalible específico pulmonar, en cuyo elogio poseían centenares de testimonios, entre los cuales varios de médicos eminentes. Esperaban que recomendara su Pulmo Syrup entre los mineros de su clientela. El Pulmo-Syrup, añadían, curaba también el reumatismo.

La segunda fue del profesor Challis, entusiasta carta de felicitación y aprecio que terminaba invitando a Andrés a ir algún día de esa semana al Instituto de Cardiff. Challis añadía en una posdata:

*Haga un esfuerzo y venga el jueves.*

Pero Andrés, en la premura de estos últimos días, no pudo acudir a la cita de Challis. Extravió la carta y por el momento se olvidó de contestarla.

La tercera la contestó al instante, tan profundamente lo emocionó su recepción. Era una comunicación extraordinaria, estimulante, que había cruzado el Atlántico desde Oregón. Andrés leyó y releó las carillas escritas a máquina y luego las llevó entusiastamente a Cristina.

—Esto sí que es hermoso, Cristina..., esta carta norteamericana..., es de un tal Stillman, Robert Stillman, de Oregón..., probablemente tú jamás lo has oído nombrar, pero yo sí... Está llena de las apreciaciones más exactas sobre mi asunto de la inhalación. Más, mucho más que la de Challis..., ¡diablo!, debería haberle contestado su carta. Este mozo ha comprendido muy bien lo que yo quiero y, sencillamente, me rectifica en uno o dos puntos. Parece que el ingrediente destructivo de mi sílice es la ceresita. Yo no poseía química suficiente para llegar a eso. Pero es una carta maravillosa, congratulatoria... ¡y de Stillman!

—¿Sí? —Cristina miró con curiosidad. ¿Es de algún doctor?

—No, eso es lo asombroso. En realidad, se ocupa de ciencias naturales. Pero está en una clínica de enfermedades pulmonares, cerca de Portland, en Oregón... Sí, ya está cobrando prestigio. Algunos todavía no lo reconocen, pero en su especialidad es tan grande como Spanlinger. Cuando tengamos tiempo te hablaré de él.

El que Andrés se sentara allí mismo y respondiese la carta de Stillman reveló

cuánto la apreciaba.

Cristina y Andrés estaban abrumados ahora con los preparativos de sus vacaciones, los arreglos para depositar su amueblado, en Cardiff, el centro más conveniente, y las tristes visitas de despedida. La partida de Drineffy había sido brusca, un desgarramiento heroico. Pero aquí dejaban muchos viejos afectos. Fueron festejados por los Vaughan, los Boland, aún por los Llewellyn. Andrés tuvo la «dispepsia de la despedida», sintomática de los banquetes de despedida. Cuando llegó el día de la partida, Jenny le dijo llorando, para consternación suya, que iban a ser despedidos en la estación.

En el último instante, como si no fuera suficiente esta inquietante notificación, llegó apresuradamente Vaughan.

—Siento molestarlos otra vez. Pero mire, Manson, ¿cómo se ha portado usted con Challis? Acabo de recibir una carta suya. Su folleto lo ha dejado estupefacto y, a lo que supongo, también a la Junta Metalífera. En todo caso, me dice que me ponga al habla con usted. Quiere que lo vea en Londres, sin falta; dice que es de suma importancia.

Andrés respondió algo malhumorado.

—Nos vamos de vacaciones, hombre. Las primeras vacaciones que hemos tenido durante años. ¿Cómo podré verlo?

—Deme su dirección, entonces. Seguramente querrá escribirle.

Andrés miró indeciso a Cristina. Se habían propuesto mantener en secreto su destino, para verse libre de toda preocupación, de la correspondencia y de las visitas. Pero dio el dato a Vaughan.

Llegaron apresuradamente a la estación, donde los rodeó la multitud del distrito que los aguardaba allí, recibieron apretones de mano, palmoteos en la espalda, aclamaciones, y fueron finalmente introducidos en su compartimiento del tren, que ya comenzaba a andar. Mientras se alojaban lentamente, sus amigos, reunidos en el andén, comenzaron a cantar *Men of Harlech*.

—¡Dios mío! —dijo Andrés, tratando de mover sus dedos entumecidos—. ¡La última despedida! —Pero le brillaban los ojos y un minuto después añadía—: Por ninguna cosa hubiera renunciado a ella. Son buena gente. ¡Y pensar que un mes atrás medio pueblo quería ahorcarme! No podemos prescindir del hecho..., la vida es sumamente entretenida. —Miró alegremente a Cristina, sentada allí a su lado—. Y ésta es la segunda luna de miel, señora Manson, aunque usted sea ya una mujer casada hace algunos años.

Llegaron esa tarde a Southampton y ocuparon sus camarotes en el vaporcito que atraviesa el canal. A la mañana siguiente vieron salir el sol detrás de St. Malo y una hora después los acogía Bretaña.

Estaba madurando el trigo, los cerezos se hallaban cargados de fruta, los cabritos

retozaban por praderas florecientes. Había sido idea de Cristina venir aquí, conocer la verdadera Francia, no sus galerías de pinturas ni sus palacios, ni sus ruinas o monumentos, nada de lo que la guía del turista insiste que debe verse.

Llegaron a Val André. Desde su hotelito escuchaban el mar y percibían el aroma de los prados. El dormitorio tenía piso de tablas sencillas y limpias y el café matinal les llegó humeando en gruesos tazones azules. Vagaron durante todo el día.

—¡Oh, Señor! —no se cansaba de repetir Andrés—. ¿No es maravilloso, amor mío? Nunca, nunca más quiero volver a mirar una neumonía.

Bebieron sidra, comieron langostinos, camarones, pasteles y cerezas. A la noche Andrés jugaba al billar con el dueño en la antigua mesa octogonal. A veces sólo perdía por cincuenta sobre ciento.

Todo era delicioso, maravilloso, exquisito —adjetivos de Andrés—, todo menos los cigarrillos —añadía. Pasó un mes dichoso, íntegro. Y entonces, más frecuentemente y con creciente inquietud, Andrés comenzó a palpar la carta aún cerrada, manchada ya por jugo de cerezas y chocolate, que había permanecido en su chaqueta durante los últimos quince días.

—Anda —lo urgió al fin Cristina una mañana—. Hemos cumplido nuestra palabra. Ábrela.

Andrés la despojó cuidadosamente del sobre, la leyó tendido de espalda al sol, se incorporó lentamente y volvió a leerla. En silencio se la pasó a Cristina.

La carta era del profesor Challis. Consignaba que como resultado directo de sus investigaciones sobre la inhalación del polvo, el D. T. M. C. —Departamento del Trabajo de las Minas de Carbón y Metal— había decidido revisar toda la cuestión con miras a informar a la comisión parlamentaria. Con este objeto el Departamento iba a nombrar un funcionario médico permanente y, en atención a las recientes investigaciones de Andrés, le ofrecía el puesto por unanimidad y sin vacilación.

Cuando ella hubo leído la carta, lo miró feliz.

—¿No te dije que algo resultaría? —Cristina sonrió—. ¡Es magnífico!

Andrés le estaba tirando piedras rápida, nerviosamente, a una olla de langostas en la playa.

—Es un trabajo clínico —reflexionó en voz alta—. No podría ser otra cosa. Ellos saben que soy un clínico.

Cristina lo observaba sonriente.

—Supongo, querido, que recuerdas nuestro compromiso. Seis semanas aquí como mínimo, sin hacer nada, en completa quietud... No permitirás que esto interrumpa nuestro descanso.

—No, no. —Mirando su reloj—. Terminaremos nuestras vacaciones, pero..., en todo caso... —se paró de un salto y alegremente la puso de pie a ella—, no nos hará daño alguno ir hasta la oficina del telégrafo. Y me pregunto si tendrán allí un horario

de trenes.

## **TERCERA PARTE**

## Capítulo I

El Departamento del Trabajo de las Minas de Carbón y Metal —comúnmente designado con las iniciales T. C. M.— estaba instalado en un enorme e impresionante edificio de piedra gris, Sobre el Malecón, no lejos de los jardines de Westminster, muy bien ubicado junto al Ministerio de la Industria y el Comercio y el Departamento de Minas, que se habían disputado furiosamente el tenerlo bajo su jurisdicción, olvidándose luego de ello.

El 14 de agosto, una mañana fresca y luminosa, radiante de salud y en excelente estado de ánimo, Andrés ascendía las escaleras del edificio, con la actitud del hombre dispuesto a conquistar Londres.

—Soy el nuevo médico —le dijo al ordenanza que llevaba un uniforme de la Oficina de trabajos.

—Sí, señor; sí, señor —respondió éste paternalmente. Andrés se sintió satisfecho de que parecieran esperarle—. Usted querrá ver al señor Gill. Jones! Lleve a nuestro nuevo doctor al despacho del señor Gill.

El ascensor subió lentamente, dejando ver muchos pisos y corredores con baldosas verdes, desde los cuales podían verse de nuevo los sedantes uniformes de la Oficina de Trabajos. En seguida Andrés fue introducido en un amplio salón iluminado por el sol, donde estrechó la mano del señor Gill, que se levantó del escritorio y dejó su ejemplar de *The Times* para darle la bienvenida.

—Llego un poco tarde —declaró con franqueza—. Lo siento. Acabamos de regresar ayer de Francia... Pero estoy pronto a comenzar.

—Eso me parece muy bien...

Gill era un hombrecillo risueño, de anteojos con marco de oro un cuello casi eclesiástico, traje azul oscuro y corbata del mismo color sujeta con un anillo plano de oro. Miró a Andrés con aire complacido.

—Tenga la bondad de sentarse. ¿Se servirá una taza de té o un vaso de leche caliente? Yo acostumbro tomarme uno alrededor de las once. Y ahora... sí, es más o menos esa hora...

—¡Oh, bien!... —dijo indeciso Andrés, que reaccionó al instante—. Tal vez usted podrá explicarme el trabajo mientras...

Cinco minutos después llegaba un mozo con el uniforme de la Oficina de Trabajos, una preciosa taza de té y un vaso de leche caliente.

—Espero que le agrada, señor Gill. Ha hervido, señor.

—Gracias, Stevens.

—Es un muchacho muy servicial —informó Gill a Andrés—. Hace deliciosas tostadas calientes con manteca. Es más bien difícil aquí conseguir ordenanzas de primera clase. Dependemos de todos los Departamentos: Oficina del Interior,

Departamento de Minas, Ministerio de la Industria y el Comercio; yo mismo —Gill tosió con discreto orgullo—, soy del Almirantazgo.

Mientras Andrés sorbía su leche caliente, y estaba ansioso de ser informado sobre su trabajo, Gill disertaba amenamente sobre el tiempo, la Bretaña, el plan de pensiones del Servicio Civil y la eficacia de la pasteurización. Luego, levantándose, llevó a Andrés a su oficina.

También ésta era una habitación tranquila, confortablemente alfombrada, asoleada, con una soberbia vista sobre el río. Un gran moscardón se agitaba torpemente, como amodorrado, contra el cristal de la ventana.

—Le reservo ésta —dijo Gill en tono complaciente—. Arréglese usted. Hay una estufa abierta a carbón, usted verá, agradable para el invierno. Espero que sea de su agrado.

—¡Vaya! Es una habitación maravillosa, pero...

—Ahora le presentaré a su secretaria..., la señorita Mason.

Gill golpeó y abrió la puerta de comunicación, dejando ver a la señorita Mason, de edad ya madura, fina, correcta y atildada, sentada frente a un pequeño escritorio. Levantándose, la señorita Mason dejó su ejemplar de *The Times*.

—Buenos días, señorita Mason.

—Buenos días, señor Gill.

—Señorita Mason, le presento al doctor Manson.

—Buenos días, doctor Manson.

La cabeza de Andrés vaciló un tanto bajo el efecto de estos saludos, pero se rehízo e intervino en la conversación.

Cinco minutos después, al marcharse alegremente Gill le dijo a Andrés alentadoramente:

—Le enviaré algunos legajos.

Stevens los trajo cuidadosamente. Además de su talento para preparar tostadas y té, Stevens era el mejor portador de papeles del edificio. Cada hora entraba a la oficina de Andrés trayéndole expedientes que colocaba amorosamente sobre el escritorio en la bandeja barnizada que decía *entrada*, mientras sus ojos buscaban ávidamente algo que llevarse de la bandeja que decía *salida*. Cuando encontraba vacía la bandeja de *salida*, Stevens sentíase deprimido. En estas lamentables ocasiones se retiraba colérico, derrotado.

Perdido, desorientado, irritado, Andrés revisaba los legajos —menudencias de reuniones pasadas de la T. C. M.—, estúpidas, pesadas; sin importancia. Entonces se dirigía apremiantemente a la señorita Mason. Pero ésta, que venía, según lo explicó, del Departamento de Investigación de la Carne Helada de la Oficina del Interior, demostró ser una fuente de información poco ilustrativa. Le dijo que el horario era de diez a dieciséis. Le habló del partido de hockey de la oficina —«el equipo femenino,

por supuesto, doctor Manson»—, del cual era ella vicecapitana. Le preguntó si se interesaba por su ejemplar del *Times*. La secretaria le pedía con su mirada que se mantuviera tranquilo.

Pero Andrés no lo estaba. Renovado con sus vacaciones, ansioso de trabajar, comenzó a imaginar un dibujo en la alfombra de la Oficina de Trabajos. Miraba irritado el alegre espectáculo del río, donde pululaban remolcadores y largas hileras de lanchones con carbón bogaban contra la corriente. Luego, a grandes pasos, descendió a ver a Gill.

—¿Cuándo comienzo?

Gill saltó ante lo brusco de la pregunta.

—Mi querido amigo, me ha asustado. Creo haberle dado legajos suficientes para ocuparlo durante un mes. —Miró su reloj—. Venga usted. Es hora de que almorcemos.

Mientras se comía su lenguado ahumado, Gill le explicó con todo tino a Andrés, que luchaba con una chuleta, que la reunión próxima del Departamento no se verificaría, no podría verificarse hasta el 18 de septiembre, que el profesor Challis estaba en Noruega, el doctor Mauricio Gadsby en Escocia, sir William Dewar, el presidente, en Alemania, y su propio jefe inmediato, el señor Blades, en Frinton con su familia.

Andrés regresó esa tarde al lado de Cristina con la cabeza hecha un laberinto. Los muebles todavía estaban en depósito y, a fin de tener tiempo para encontrar una casa conveniente, habían tomado por un mes un pequeño departamento amueblado en Earl's Court.

—¿Lo creerías, Cristina? Todavía no están listos para ocuparme. Tengo todo un mes para tomar leche, leer *The Times* y marcar legajos con mis iniciales..., ¡oh! y sostener largas conversaciones sobre hockey con una vieja señorita Mason.

—Si no tienes inconveniente, limitarás tus conversaciones a tu propia mujercita. Oh, querido, esto es encantador..., sobre todo, después de Aberlaw! Esta tarde hice una pequeña excursión hasta Chelsea. Descubrí dónde está la casa de Carlyle y la galería Tate. ¡Oh, he proyectado cosas tan deliciosas para ambos! Por un penique se puede tomar un vaporcillo hasta Kew. Piensa en los Gardens, querido. Y el próximo mes, Kreisler en el Albert Hall. ¡Oh, debemos ver el Memorial para saber por qué todo el mundo ríe de él! Y están dando una comedia de la Guilda del Teatro, de Nueva York. ¿No sería delicioso que algún día me encontrara contigo para almorzar? —Alargó su manecita temblorosa. Rara vez la había visto Andrés tan excitada—. ¡Queridito! Vamos a comer afuera. Hay un restorán ruso en esta calle. Parece muy bueno. Después, si tú no estás muy cansado, podríamos...

—¡Cómo! —protestó él mientras Cristina lo guiaba hasta la puerta—. Supuse que te tenías por el miembro positivista de esta familia. Pero créeme, Cristina, después de



mi primer día de *trabajo* me vendrá bien una noche de diversión.

A la mañana siguiente leyó todos los legajos que había en su escritorio, los marcó con sus iniciales y a las once recorría su habitación. Pero pronto le pareció una jaula excesivamente reducida, y se lanzó violentamente afuera a explorar el edificio. Carecía de interés, como una morgue sin cuerpos, hasta que, llegando al último piso, se halló de repente en una gran sala, medio arreglada como laboratorio, donde, sentado en una caja que un tiempo había tenido azufre, se hallaba un joven de guardapolvo blanco, largo y sucio, limpiándose las uñas, en tanto que su cigarrillo acentuaba más la mancha amarilla de nicotina en el labio superior.

—¡Hola! —dijo Andrés.

Una pequeña pausa y luego el otro respondió sin interés:

—Si se ha extraviado, el ascensor está en la tercera puerta, a la derecha.

Andrés se apoyó en la mesa de experimentos, y sacó un cigarrillo. Preguntó:

—¿No sirven té aquí?

El joven levantó por primera vez la cabeza, de color negro azabache y lustrosamente peinada, en singular contraste con el cuello alzado del sucio guardapolvo.

—Sólo a los ratones blancos —respondió—. Las hojas de té les resultan particularmente nutritivas.

Andrés rió, tal vez porque el gracioso era cinco años menor que él. Explicó:

—Me llamo Manson.

—Lo temía. ¿De modo que ha venido a sumarse a los hombres olvidados? —Una pausa—. Yo soy el doctor Hope..., a lo menos solía pensar que era Hope: Ahora soy definitivamente un Hope desilusionado<sup>[10]</sup>.

—¿Qué hace usted aquí?

—Sólo Dios lo sabe..., y Billy «Botones»... es decir, Dewar. Parte del tiempo me siento aquí y pienso. Pero casi siempre me siento. De cuando en cuando me envían trozos descompuestos de un minero y me preguntan la causa de la explosión.

—¿Y usted les responde? —inquirió cortésmente Andrés.

—¡No! —dijo rudamente Hope—. Me c... en ellos!

Ambos se sintieron mejor después de aquella suprema vulgaridad y salieron para almorzar juntos. Ir a almorzar, explicó el doctor Hope, era la única función del día que le permitía conservar la razón. Hope le explicó a Manson otras cosas. Era un estudiante procedente de Birmingham, que hacía investigaciones en los fondos de la universidad de Cambridge, a lo cual debía atribuir —dijo sonriendo irónicamente— sus frecuentes faltas de buen gusto. Había sido puesto a disposición del Departamento gracias a la cargosa solicitud del profesor Dewar. No tenía que hacer sino pura mecánica, tarea rutinaria de la que podría haberse ocupado cualquier ayudante de laboratorio. Infería que seguramente se estaba volviendo loco por la indolencia e

inercia del Departamento, al que calificaba concisamente de «Paraíso de los locos». Era característico de la mayor parte del trabajo de investigación del país: fiscalizado por un círculo de nulidades eminentes, demasiado infladas con sus teorías personales y demasiado ocupadas en reñir unas con otras para llegar a una conclusión determinada. Hope era llevado de aquí para allá; se le indicaba lo que debía hacer en vez de dejarlo obrar según su criterio, y de esta manera interrumpido, nunca estaba más de seis meses en la misma tarea.

Le diseñó a Andrés un pintoresco cuadro del consejo del «Paraíso de los locos». Sir William Dewar, el presidente, un nonagenario decrépito pero indomable —a quien Hope apodaba Billy «Botones» a causa de su propensión a dejarse desabrochados ciertos cierres esenciales—, presidía, asimismo, casi todos los comités científicos de Inglaterra. También daba por radio esas desordenadas conversaciones populares: la ciencia para los niños.

Además, estaban el profesor Whinney, muy conocido de sus alumnos por *Nag*<sup>[11]</sup>; Challis, que no era malo cuando se olvidaba de dramatizar, a quien apodaban Rabelais Pasteur Challis, y el doctor Mauricio Gadsby.

—¿Conoce usted a Gadsby? —preguntó Hope.

—He tratado a ese caballero.

Andrés refirió la experiencia de su examen.

—Ese es nuestro Mauricio —dijo Hope con amargura—. Y es un intruso del diablo. Se mete en todo. Uno de estos días se introducirá en una Farmacia Real. Es una bestezuela inteligente, sin duda. Pero no se interesa por la investigación Sólo se interesa en sí mismo. —Hope comenzó a reírse de repent—. Robert Abbey cuenta una deliciosa anécdota de Gadsby. Este quería entrar al Rumpsteak Club, uno de esos sitios selectos para comer y asuntos amorosos que hay en Londres, bastante decentes, a veces. Bien: Abbey, que es un infatuado servicial, prometió hacer lo que pudiera por Gadsby, aunque Dios sabe por qué. En fin, una semana después Gadsby encontró a Abbey. «¿Estoy dentro?», le preguntó. «No», le respondió Abbey, «no lo está». «¡Buen Dios!», gritó Gadsby. «¿Quiere decir que fui rechazado?». «¡Rechazado!», dijo Abbey. «Escuche, Gadsby: *¿ha visto usted alguna vez un plato de caviar?*». — Hope se echaba atrás y se desternillaba de risa. Un momento después añadía—: Abbey está bien en nuestra Junta. Es un sujeto inocente. Pero tiene demasiada cordura para venir a menudo.

Fue la primera vez que almorzaron juntos, cosa que después se repitió con relativa frecuencia. A pesar de su humor estudiantil y de su natural tendencia a la petulancia, estaba bien dotado de fósforo. Su irreverencia era sana. Comprendía Andrés que algún día podría ser algo. En realidad, en sus momentos serios, Hope hablaba a menudo de su ansia de volver al verdadero trabajo que se había propuesto, sobre el aislamiento de los fermentos gástricos.

De cuando en cuando Gil! venia a almorzar con ellos. La frase que Hope le aplicaba a Gill era característica: un excelente huevito Aunque venerado por sus treinta años en la Administración pública —se había abierto camino desde escribiente a jefe—, Gill era humano en el fondo. En la oficina funcionaba como una maquina bien aceiteada, de movimientos fáciles. Llegaba desde Sunbury todas las mañanas con el mismo tren, y regresaba por el mismo todas las tardes, a no ser que fuera «detenido». En Sunbury tenía mujer y tres hijas y un jardincito en que cultivaba rosas. Superficialmente era tan fácil de caracterizar, que pudiera haber pasado por el perfecto modelo de residente de los suburbios. Sin embargo llevaba adentro un Gill real que gustaba de Yarmouth en invierno y siempre pasaba allí sus días desocupados de diciembre, que tenía una rara Biblia, que se sabía de memoria, un libro llamado *Hadji Baba*, y que —miembro durante quince años de la Sociedad—, era infantilmente adicto a los pingüinos del Zoo.

En una ocasión Cristina hizo el cuarto en esta mesa. Gill se superó a sí mismo en exhibir la urbanidad de los funcionarios públicos. Aun Rape se condujo con admirable gentileza. Le manifestó a Andrés que desde que había conocido a su señora era un candidato con menos opción a la camisa de fuerza.

Pasaban los días. Mientras Andrés esperaba la reunión de la Junta, en compañía de Cristina hacía el descubrimiento de Londres. Hicieron un viaje por vapor a Richmond. Dieron con un teatro llamado Old Vic. Conocieron el tempestuoso tumulto de Rampstead Heath y la fascinación de un café a medianoche. Pasearon por el Row y bogaron en el Serpentine. Cuando ya no necesitaron estudiar los planos subterráneos antes de confiarse a los metropolitanos, empezaron a sentirse londinenses.

## Capítulo II

Por fin llegó —también para Andrés— la tarde del 18 de septiembre, en que se reunió el consejo del T. G. M. Sentado al lado de Gill y Hope, advirtiendo las miradas de inteligencia que le dirigía este último, Andrés observaba la entrada de los miembros en la amplia sala de cornisas doradas: Whinney, el doctor Lancelot Dodd-Canterbury, Challis, sir Robert Abbey, Gadsby y, finalmente, el propio Billy «Botones». Dewar.

Antes de la llegada de Dewar, Abbey y Challis le habían hablado a Andrés —Abbey, en forma mesurada, y el profesor, efusivamente—, felicitándolo por su designación. Y cuando entró Dewar miró a Gill, exclamando con su aguda voz peculiar:

—¿Dónde está nuestro nuevo médico, señor Gill? ¿Dónde está el doctor Manson?

Andrés se puso de pie, confundido ante la aparición de Dewar, que superaba aún la descripción de Hope. Billy era pequeño, encorvado y de mucho pelo. Llevaba ropas viejas, el chaleco muy gastado, el sobretodo verdoso repleto de papeles, folletos y memorias de una docena de sociedades diversas. No había excusa para Billy pues poseía mucho dinero e hijas, una de ellas casada con un noble millonario, y, sin embargo, tenía, como siempre, el aspecto de un descuidado mono viejo.

—Hubo un Manson conmigo en Queens, en 1880 —chillo amablemente, a modo de saludo.

—Es este mismo, Sir —murmuró Hope, para quien la tentación fue irresistible.

Billy lo oyó.

—¿Cómo lo sabe usted, doctor Hope? —Miró de soslayo, cortésmente, por encima de los lentes enmarcados en acero que llevaba montados en la punta de la nariz—. Usted no estaba entonces ni siquiera en pañales. ¡Ja, ja, ja!

Se encaminó riendo a su lugar, a la cabecera de la mesa. Ninguno de sus colegas, ya sentados, hizo caso alguno de él. Parte de la técnica de esta Junta consistía en prescindir orgullosamente del propio vecino. Pero esto no desanimó a Billy. Sacando de su bolsillo un paquete de papeles y después de tomarse un vaso de agua, tomó el martillito que tenía delante e hizo resonar la mesa con un golpe.

—¡Caballeros, caballeros! El señor Gill leerá ahora las actas.

Gill, que actuaba como secretario de la Junta, rápidamente leyó el acta de la última reunión, en tanto que Billy, no prestándole atención alguna, alternativamente hojeaba entre sus papeles o dejaba vagar benévola mente sus ojos en dirección a Andrés, al que asociaba vagamente con el Manson de Queens, de 1880.

Al fin terminó Gill. Billy empuñó en seguida el martillo.

—Señores, nos es particularmente grato tener aquí presente a nuestro nuevo médico. Recuerdo que allá por 1904 yo acentuaba la necesidad de un clínico

permanente que estuviera adscrito a la Junta como un colaborador sólido de los patólogos que de cuando en cuando le hurtamos, ¡ja, ja, ja!, que de cuando en cuando le hurtamos al trascuarto de investigaciones de la Universidad de Cambridge. Y digo esto con todo respeto a nuestro joven amigo Rope, de cuya amabilidad, ¡hum, hum!, hemos dependido en tan amplia medida. Ahora recuerdo bien que por el año 1889...

Sir Robert Abbey lo interrumpió:

—Estoy seguro, señor, de que los demás miembros de la Junta desean unirse sinceramente en sus felicitaciones al doctor Manson por su trabajo sobre la silicosis. Si se me permite decirlo, lo he considerado una pieza particularmente paciente y original de investigación clínica, y, como bien lo sabe la Junta, puede tener las más vastas consecuencias sobre nuestra legislación industrial.

—Escuchen, escuchen —subrayó Challis en apoyo de su protegido.

—Eso es lo que yo iba a decir, Robert —dijo Billy malhumorado. Abbey era para él un joven, casi un estudiante, cuyas interrupciones exigían una suave reprensión—. Cuando en nuestra última reunión decidimos que debía proseguirse esta investigación, el nombre del doctor Manson acudió inmediatamente a mi pensamiento. El ha iniciado esta cuestión y debe recibir toda clase de facilidades para proseguirla. Deseamos, caballeros —siendo esto en ventaja de Andrés, lo miró solícitamente a lo largo de la mesa—, que visite todas las minas de antracita del país, y es posible que con el tiempo extendamos esto a todas las minas de carbón. Deseamos poner a su disposición, asimismo, toda clase de medios para el examen clínico de los mineros de la industria, y dispondrá incluso de los hábiles servicios bacteriológicos de nuestro joven amigo el doctor Rope. En una palabra, señores, no habrá nada que no hagamos para conseguir que nuestro nuevo médico lleve este importante asunto de la inhalación del polvo hasta sus últimas consecuencias científicas y administrativas.

Andrés exhaló un rápido y furtivo suspiro. Era espléndido, espléndido..., mejor que todo lo que había esperado. Iban a darle carta blanca, a respaldarlo con su inmensa autoridad, iban a dejarlo libre para la investigación clínica. Eran ángeles, todos sin excepción, y Billy era el mismo arcángel Gabriel.

—Pero, caballeros —añadió de pronto Billy, registrando en sus bolsillos—. Antes de que el doctor Manson se haga cargo de este problema, antes de que nosotros mismos podamos sentirnos en libertad para permitirle concentrar en él sus esfuerzos, hay otro asunto más urgente del cual creo que debe ocuparse.

Pausa. Andrés sintió oprimírsele el corazón y comenzó a abatirse lentamente a medida que proseguía Billy:

—El doctor Bigsby, del Departamento de la Industria y el Comercio, me ha señalado la alarmante diferencia reinante en las disposiciones relativas a los equipos de primeros auxilios en la industria. Por supuesto, la ley en vigor tiene una cláusula al

respecto, pero es elástica y poco satisfactoria. No hay medidas precisas, por ejemplo, en cuanto al tamaño y tejido de las vendas, el largo, material y tipo de los entablillados. Ahora bien, señores, ésta es una cosa importante y que concierne directamente a la Junta. Considero necesario que nuestro médico emprenda una completa investigación y nos presente un informe al respecto antes de que afronte el problema de la inhalación.

Silencio. Andrés miró desesperadamente en torno de la mesa, Dodd-Canterbury, con las piernas extendidas; tenía los ojos fijos en el techo. Gadsby dibujaba diagramas sobre un secante, Whinney fruncía el ceño y Challis inflaba el pecho para hablar. Pero fue Abbey el que dijo:

—Seguramente, sir William, ésta es una cuestión para el Departamento de la Industria y el Comercio, o para el Departamento de Minas.

—Nosotros estamos a disposición de ambas Corporaciones —chilló Billy—. Somos, ¡ja, ja, ja!, el chico huérfano de ambas.

—Sí, lo sé. Pero, después de todo, esta... esta cuestión del vendaje es relativamente trivial, y el doctor Manson...

—Le aseguro, Robert, que está muy lejos de ser trivial. Pronto habrá un debate en la Cámara. Recién ayer lo supe por Lord Ungar.

—¡Ah! —dijo Gadsby, prestando atención—. Si Ungar tiene interés, no podemos elegir.

Gadsby podía adular con desconcertante prontitud, y Ungar era un hombre a quien tenía especial interés en complacer.

—Excúseme; sir William —balbuceó Andrés—. Yo..., yo entendía que iba a efectuar, aquí una labor clínica, Durante un mes me he estado paseando en mi oficina, y si ahora voy a...

Se interrumpió mirándolos a todos. Fue Abbey quien acudió en su ayuda.

—El punto de vista del doctor Manson es muy justo. Durante cuatro años ha estado trabajando pacientemente en su propio tema, y ahora, después de haberle ofrecido facilidades para desarrollarlo, proponemos enviarlo a contar vendajes.

—Si el doctor Manson ha tenido paciencia durante cuatro años, Roberto —chilló Billy—, puede esperar un poco más. ¡Hum, hum!

—¡Cierto, cierto! —gritó Challis—. Tendrá momentos libres para dedicarse a la silicosis.

Whinney se aclaró la garganta.

—Ahora —le susurró Hope a Andrés— va a relinchar «el petizo».

—Caballeros —dijo Whinney—, durante mucho tiempo he estado solicitando a esta Junta que investigue la cuestión de la fatiga muscular en relación con el calor de vapor..., asunto que, como ustedes saben, me interesa profundamente y que, me atrevo a decir, no ha recibido todavía de ustedes la atención que ampliamente merece.

Ahora me parece que si el doctor Manson va a ser alejado de la cuestión de la inhalación, sería una admirable oportunidad para proseguir esta importante cuestión de la fatiga muscular...

Gadsby miró su reloj.

—Tengo un compromiso en la calle Harley, exactamente dentro de treinta y cinco minutos.

Whinney se volvió iracundo hacia él. Su colega Challis lo secundó exclamando:

—¡Es una impertinencia intolerable!

Parecía que iba a estallar un tumulto.

Pero detrás de sus barbas el amable rostro amarillo de Billy vigilaba la reunión. No se alteraba. Durante cuarenta años había presidido reuniones semejantes. Sabía que lo detestaban y deseaban que se fuese. Pero no se iba..., no se iba nunca. Su enorme cráneo estaba lleno de problemas, fechas, oscuras fórmulas, ecuaciones de fisiología y química, de observaciones y proyectos de investigaciones; era un profundo sepulcro abovedado, visitado por fantasmas de gatos descerebrados, iluminado por luz polarizada y teñido de rosa por el gran recuerdo que, cuando niño, Lister le había metido en la cabeza.

—Debo decirles, señores, que ya les he prometido a Lord Ungar y al doctor Bigsby ayudarlas en sus dificultades. Seis meses bastarán, doctor Manson. Quizá un poco más. No carecerá de interés. Lo pondrá a usted, joven, en contacto con hombres y cosas. ¿Recuerda la observación de Lavoisier referente a la gota de agua? ¡Hum, hum! y ahora, en lo referente al examen patológico por el doctor Hope de la muestra de la mina de Wendover en julio último...

A las cuatro, cuando todo había terminado, Andrés ventiló la cuestión con Hope y Gill, en la oficina de este último. La consecuencia de esa reunión, y tal vez de su edad, fue que comenzara a dominar sus impulsos. Ni se precipitaba ni lanzaba sus iracundas interjecciones, sino que se contentaba sencillamente con picotear un limpio papel con una pluma sobre un escritorio del fisco.

—No será tan malo —le dijo Gill a manera de consuelo—. Significa viajar por todo el país, lo sé, pero eso puede ser más bien agradable. Incluso puede llevar a su señora. Ahora toca Buxton..., esto es, el centro de toda la región carbonífera de Derbyshire. Y al cabo de seis meses podrá comenzar su trabajo de la antracita.

—Nunca logrará la oportunidad —dijo Hope—. ¡Será un fiscalizador de vendajes... para toda la vida!

Andrés tomó su sombrero.

—Lo malo de usted, Hope, es ser demasiado joven.

Se fue a su casa, a ver a Cristina y el lunes siguiente, al negarse en forma terminante a perder la alegre aventura, compraron un Morris de segunda mano en sesenta libras y partieron juntos a la gran investigación de los elementos de primeros

auxilios. Sin duda eran felices mientras el auto corría velozmente por los montañosos caminos en dirección al norte, mientras Andrés, habiendo hecho una representación simiesca de Billy «Botones», guiaba el auto con los pies, diciendo:

—¡De todos modos..., qué importa lo que Lavoisier haya dicho de la gota de agua en 1832! ¡Estamos juntos, Cristina!

El trabajo era estúpido. Consistía en la inspección de los elementos de primeros auxilios guardados en las diferentes minas de carbón a través del país: tablillas, vendajes, algodón, antisépticos, torniquetes, y todo lo demás. En las grandes empresas el equipo era bueno; en las pobres, mezquino. La inspección bajo tierra no era una novedad para Andrés. Hizo centenares, recorriendo millas a lo largo de galerías, hasta llegar al carbón para inspeccionar una caja de vendajes cuidadosamente colocada allí media hora antes. En los pequeños pozos del corazón de Yorkshire, alcanzó a escuchar a subadministradores cuchicheando furtivamente: «Baja corriendo, Geordie, y dile a Alejo que vaya donde el farmacéutico», y a renglón seguido: «Tenga la bondad de sentarse, doctor, en seguida lo atenderemos». En Nottingham reconfortó a los hombres de la ambulancia de templanza, diciéndoles que el té frío es un estimulante superior al brandy. En otras partes juró por el whisky. Pero casi siempre hacía el trabajo a conciencia, de modo alarmante. Cristina y Andrés hallaban habitaciones en centros convenientes. Desde allí recorrían el distrito en auto. Mientras él inspeccionaba, Cristina se sentaba a cierta distancia y tejía. Les ocurrían aventuras, por lo común con las dueñas de casas de pensión. Se hacían de amigos, principalmente entre los inspectores de minas. No sorprendía a Andrés que su misión produjera risas locas en estos ciudadanos de cabezas duras y buenos para los golpes. Lo lamentable es que reía con ellos.

Y luego, en marzo, regresaron a Londres, vendieron el auto en sólo diez libras menos que las pagadas por él, y Andrés se puso a redactar su informe. Había resuelto que la junta viera que su dinero había sido bien invertido, presentarles estadísticas, páginas de índices, planos y gráficos que mostrasen cómo ascendía la curva de las vendas a medida que descendía la de las tablillas. Estaba decidido, le dijo a Cristina, a mostrarles cuán bien había hecho su trabajo y cuán magníficamente todos ellos habían perdido su tiempo.

A fin de mes, cuando hubo entregado a Gill su grueso informe, tuvo la sorpresa de recibir un llamado del doctor Bigsby, del Departamento de la Industria y el Comercio.

—Está complacido con su informe —le dijo zalameramente Gill a Andrés, mientras lo guiaba por Whitehall—. Yo no debería haberle hecho esta confidencia. Es un magnífico comienzo, mi querido amigo. Usted no tiene idea de la importancia de Bigsby. Tiene en el bolsillo toda la administración industrial.

Les costó algún tiempo para llegar hasta el doctor Bigsby. Tuvieron que aguardar, con el sombrero en la mano, en dos antecámaras antes de ser recibidos. Pero allí estaba,



por fin, el doctor Bigsby, corpulento y cordial, con un traje gris oscuro y polainas del mismo color más oscuras aún y un chaleco cruzado, febrilmente activo.

—Siéntense, caballeros. Este es su informe, Manson. He visto su estudio y, aun cuando es prematuro hablar de él, debo decirle que me produce buena impresión. Muy científico. Gráficos excelentes. Eso es lo que necesitamos en este departamento. Ahora, como vamos a uniformar los equipos de las fábricas y minas, debe conocer mis ideas. En primer lugar, veo que usted recomienda un vendaje de tres pulgadas como máximo. Ahora bien, yo lo prefiero de dos pulgadas y media. ¿Usted estará conforme, no?

Andrés estaba irritado: pudieran haber sido las polainas.

—Personalmente, por lo que se refiere a las minas, creo que mientras mayor es el vendaje, mejor. Pero no creo que la diferencia sea mucha.

—¿Eh...? ¿cómo? —enrojeciendo tras las orejas—. ¿Ninguna diferencia?

—No mucha.

—¿Pero no ve usted..., no se da cuenta de que está comprometido todo el principio de uniformación? Si nosotros sugerimos dos pulgadas y media, y usted recomienda tres, puede haber grandes dificultades.

—Entonces recomendaré tres pulgadas —dijo fríamente Andrés.

Se le erizaron los cabellos a Bigsby; era posible verlos, alzándose.

—Su actitud es difícil de entender. Durante años hemos trabajado por el vendaje de dos pulgadas y media. Pero... claro, no conoce usted mucho estas cuestiones.

—¡Sí, las conozco! —Andrés perdió también la calma—. ¿Ha estado usted jamás bajo tierra? Yo sí. He efectuado una sangrienta operación, echado de boca sobre un pantano y con una linterna de seguridad, al descubierto. Y le digo redondamente que una mísera diferencia de media pulgada en el vendaje no importa un comino.

Andrés salió del edificio más rápidamente de lo que había entrado, seguido de Gill que se estrujaba las manos y se lamentó todo el camino hasta el Malecón.

De regreso ya en su oficina, Andrés se puso a contemplar ceñudamente el tráfico del río, las calles bulliciosas, los autobuses que corrían, los tranvías que resonaban sobre los puentes, el movimiento de la colmena humana, todo el fluir palpitante de la vida.

«Yo no estoy bien aquí», meditó con creciente impaciencia. «Debería estar allí... allí».

Abbey había dejado de asistir a las reuniones de la Junta. Y Challis lo había descorazonado hasta el pánico, llevándolo a almorzar la semana anterior y advirtiéndole que Whinney estaba trabajando activamente en el sentido de conseguir que lo dedicaran a su investigación de la fatiga muscular antes de tocar el problema de la silicosis. Andrés reflexionó, con un desesperado intento humorístico:

—Si ocurre *eso*, además de las vendas, podría tomar una tarjeta de lector en el

Museo Británico.

Caminando a casa desde el Malecón, se sorprendió mirando con envidia las chapas de bronce colocadas en las rejas de las casas de los médicos. Se detenía, miraba a un cliente subir hasta la puerta, tocar el timbre, ser introducido..., y luego, siguiendo pensativamente su camino, imaginaba la escena siguiente: las preguntas, las interrogaciones, la rápida aplicación del estetoscopio, toda la emocionante ciencia del diagnóstico. ¿No era médico también él? A lo menos, hubo un tiempo en que...

Hacia fines de mayo y en este estado de ánimo, iba por la calle Oakley como a las cinco de la tarde, cuando divisó de pronto una multitud apiñada en torno a un hombre tendido en el pavimento. En la cuneta había una bicicleta destrozada y casi encima de ella un camión.

Cinco segundos después estaba Andrés en medio del gentío observando al herido que, ayudado por un agente de policía, arrodillado, sangraba de una profunda herida en la ingle.

—¡Déjenme pasar! Soy médico.

El policía, luchando infructuosamente por aplicar un torniquete, miró con rostro confuso.

—No puedo detener la hemorragia, doctor. Viene de muy arriba.

Andrés vio que era imposible hacerlo con torniquete. La herida se internaba demasiado en la arteria ilíaca y el hombre se desangraba.

—Levántese —le dijo al policía—. Colóquelo de espalda.

En seguida, poniendo rígido el brazo derecho, se apoyó sobre él enterrando el puño en el vientre del hombre, sobre la aorta descendente. Todo el peso de su cuerpo, transmitido así a la gran arteria, detuvo inmediatamente la hemorragia. El policía se quitó el casco y se enjugó la frente. Cinco minutos después llegaba la ambulancia. Andrés fue en ella.

A la mañana siguiente llamaba al hospital. El cirujano respondió en forma brusca, como de costumbre:

—Sí sí, está cómodo. Mejora. ¿Quién desea saber?

—¡Oh! —murmuró Andrés desde la cabina del teléfono público—. ¡Nadie!

Y eso, pensó con amargura, traducía exactamente lo que era él: nadie, que no hace nada, que no consigue nada en ninguna parte. Soportó hasta el fin de la semana y entonces, tranquilamente, sin ostentación, entregó su renuncia a Gill para que la transmitiera a la Junta.

Gill quedó estupefacto, pero reconoció, sin embargo, que lo había inquietado la previsión del triste acontecimiento. Le dirigió a Andrés un pequeño discursito muy pulido, que terminaba así:

«Después de todo, mi querido amigo, me he dado cuenta de que su lugar está... bueno, si se me permite una comparación guerrera..., no en la base, sino... en la línea

de fuego... con las tropas».

Hope dijo:

—No le haga caso al cultivador de rosas Y aficionado a los pingüinos. Usted es afortunado y yo lo seguiré si conservo la razón... apenas terminen mis tres años.

Andrés no supo nada de las actividades de la Junta sobre la cuestión de la inhalación del polvo hasta meses después, cuando Lord Ungar agitó dramáticamente el asunto en la Cámara, citando libremente las pruebas médicas aportadas por el doctor Mauricio Gadsby.

Gadsby fue aclamado por la prensa como un benefactor de la humanidad y un gran médico y ese mismo año la silicosis fue clasificada como una enfermedad industrial.

## **CUARTA PARTE**

## Capítulo I

Comenzaron a buscar dónde ejercer la profesión. Era algo muy caprichoso; ascendían a las alturas de las grandes esperanzas para hundirse luego en abismos de desesperación. Herido por la certidumbre de tres fracasos sucesivos... —así al menos juzgaba sus salidas de Drineffy, de Aberalaw y del T. C. M.—. Andrés anhelaba recuperarse por fin. Pero todo su capital, aumentado por un ahorro estricto durante los últimos meses de sueldo seguro, no pasaba de seiscientas libras. Aunque frecuentaban las agencias médicas y respondían a todos los avisos publicados en las columnas del *Lancet*, resultó que esta suma era apenas suficiente para comprar un consultorio en Londres.

No olvidaron nunca su primera tentativa. El doctor Brent, de Cadogan Gardens, abandonaba su trabajo y ofrecía una buena clientela para un caballero calificado. En principio, parecía una excelente ocasión. Por temor a que algún candidato más rápida pudiera anticipárseles, tomaron un «taxi» extravagante que los llevó volando hasta la casa de Brent, que era un hombrecito de albas cabellos, agradable y casi tímido.

—Sí —dijo modestamente el doctor Brent—. Es una ubicación bastante buena. La casa también es agradable. Yo sólo exijo siete mil libras por la escritura. Hay cuarenta años de plazo y la renta del suelo es sólo de trescientas libras anuales. En cuanto al consultorio, creo que es lo usual..., el importe de dos años, al contado... ¿Qué le parece, doctor Manson?

—¡Perfectamente! —manifestó gravemente Andrés—. ¿Usted también me ayudaría a familiarizarme durante un tiempo considerable? Gracias, doctor Brent. Lo estudiaré.

Lo estudiaron mientras se tomaban un té de tres peniques en el Brompton Road Lyons.

—¡Siete mil!... por la escritura, —Andrés se rió. Se quitó el sombrero de la arrugada frente y colocó los codos sobre la mesa de mármol—. ¡No es muy edificante, Cristina! ¡El modo cómo los viejos se aferran a lo suyo! Y no se les puede hacer salir a menos que uno consiga dinero. ¿No es la condenación de nuestro sistema? pero, infame como es, lo aceptaré. ¡Tú verás! De ahora en adelante, me voy a preocupar de esta cuestión del dinero.

—Espero que no —dijo sonriendo Cristina—. Sin él hemos sido suficientemente felices.

Andrés refunfuñó:

—No dirás eso cuando comencemos a cantar por las calles. Deténgase, señorita, por favor.

En razón de sus títulos de doctor en medicina y M. R. C. P., Andrés quería un consultorio sin listas, sin anexo de farmacia, quería verse libre de la tiranía del

sistema de las tarjetas. Pero a medida que pasaban las semanas, estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, cualquier cosa que le diera alguna oportunidad. Visitó consultorios en Tilse Hill, Islington y Brixton, y uno —el consultorio tenía un hoyo en el techo— en Camden Town. Llegó hasta discutir con Hope —quien le aseguraba que con su capital era el suicidio— el plan de tomar una casa y tentar suerte.

Y entonces, al cabo de dos meses, cuando estaban a punto de desesperarse, el cielo se apiadó y permitió que muriera el anciano doctor Foy, sin sufrimiento alguno, en Paddington. La noticia de su muerte, cuatro líneas en la *Revista Médica*, llamó la atención de Andrés. Fueron sin entusiasmo al número 9 de Chesborough Terrace. Vieron la casa, un sepulcro alto, de color plomizo, con un consultorio al lado y un garaje de ladrillos atrás. Revisaron los libros según los cuales el doctor Foy quizá había ganado quinientas libras anuales, sobre todo de consultas, con medicamentos, a tres chelines y seis peniques. Hablaron con la viuda, que les aseguró tímidamente que el consultorio del doctor Foy era seguro, que en un tiempo había sido excelente, con muchos «pacientes acomodados» que entraban por la «puerta delantera». Le dieron las gracias y se fueron sin mayor entusiasmo.

—Y, sin embargo..., no sé —dijo Andrés—. Tiene muchos inconvenientes. Detesto las recetas. Es un mal lugar. ¿Viste toda esas casas de huéspedes apolilladas, casi contiguas? Pero está rodeado de un barrio decente. Es una esquina. Y una calle principal. Y bastante cerca de lo que podemos gastar. La ganancia de un año y medio... Estuvo bien de parte de ella decir que abandonaba el mobiliario de la sala de consultas y de la salita de operaciones del viejo... Todo listo para entrar... Esta es la ventaja de una vacancia por fallecimiento. ¿Qué opinas, Cristina? Ahora o nunca. ¿Probamos suerte?

Ella lo miró dubitativamente. Para Cristina la novedad de Londres se había desvanecido. Amaba el campo, y ahora, en esos suburbios grises, lo añoraba de todo corazón. Sin embargo, Andrés deseaba de tal modo instalar un consultorio en Londres, que ella no se atrevió siquiera a tratar de disuadirle. Incluyó lentamente la cabeza.

—Si tú lo quieres, Andrés...

Al día siguiente Andrés le ofreció al representante de la señora Foy 600 libras en vez de las 750 pedidas. La oferta fue aceptada y el cheque firmado. El sábado 10 de octubre sacaron los muebles del depósito y entraron en posesión de su nuevo hogar.

Llegó el domingo antes de que se vieran libres de la terrible «erupción» de paja y de bolsas y se maravillaran, incrédulos, de mantenerse en pie todavía. Andrés aprovechó la ocasión para pronunciar uno de aquellos sermones poco frecuentes pero desagradables, que lo hacían aparecer como un diácono de una capilla no conformista.

—Cristina, estamos convenientemente instalados aquí. Hemos invertido lo poco

que teníamos. Hemos de vivir con lo que ganemos. Sólo Dios sabe cómo nos irá. Pero hay que hacerlo. Tendrás que esmerarte, Cristina, economizar...

Para desaliento suyo, Cristina se echó a llorar, pálida, de pie allí en la sala de la calle, grande, sombría, de techo sucio y aún sin alfombrar.

—¡Por favor! —sollozó—. Déjame sola. ¡Economizar! ¿No te economizo siempre? ¿Te cuesto algo...?

Ella se abrazó frenéticamente contra él.

—¡Cristina! —exclamó Andrés, azorado.

—¡Es esta casa! No me daba cuenta. Ese subterráneo, las escaleras, la suciedad.

—¡Pero, qué importa! Es el consultorio lo que en realidad interesa.

—Podríamos haber conseguido un pequeño consultorio rural, en alguna parte.

—Sí. Con rosas alrededor de la puerta del chalet. ¡Demonio!...

Finalmente, Andrés se disculpó por su sermón. En seguida, tomándola de la cintura, fue con ella a freír huevos al maldito subterráneo. Allí Andrés trató de halagarla persuadiéndola de que no era un subterráneo, sino una sección del Paddington Tunnel, por donde pasarían trenes en cualquier momento. Cristina rió débilmente de su intento de chiste, pero en realidad miraba la alcantarilla quebrada del fregadero.

Al día siguiente, a las nueve en punto —un poco tarde, no fueran a creerlo muy impaciente!— abrió su consultorio. Su corazón latía excitado y con una expectación mayor, mucho mayor que en aquella mañana casi olvidada en que atendió su primer cliente en Drineffy.

Dieron las nueve y media. Esperaba ansiosamente. Estando en el pequeño consultorio, que poseía su propia puerta a la calle lateral, unido a la casa por un corto pasadizo, Andrés podía vigilar igualmente su sala de operaciones —el cuarto principal del primer piso, no mal equipado con el escritorio del doctor Foy, un diván y una vitrina—, a la que entraban por la «puerta delantera» los «pacientes acomodados», según la expresión de la señora Foy. Se diría que Andrés tenía tendida una doble red. Anhelante como todo pescador, esperaba el momento de recogerla.

Sin embargo, no caía nada, nada. Eran cerca de las once ya, y todavía no llegaba nadie. Unos cuantos choferes de taxi, de pie junto a sus coches, conversaban amigablemente en la vereda de enfrente. Su chapa brillaba en la puerta, debajo de la vieja y desgastada del doctor Foy.

De pronto, cuando casi había abandonado las esperanzas, sonó la campanilla de la puerta lateral y entró una anciana de chal. Bronquitis crónica, advirtió Andrés antes de que ella hablara, tosiendo con dificultad. Tiernamente, muy tiernamente, Andrés se sentó y la interrogó. Era antigua enferma del doctor Foy. Le conversó. En un estrecho reducto que hacía de botiquín, a mitad de camino entre la salita de operaciones y la sala de consultas, le preparó su droga. Volvió con ella. Y entonces,

sin preguntar, mientras él se preparaba trémulo para cobrárselo, la anciana le alargó el honorario, tres chelines y seis peniques.

La emoción de ese momento, la alegría, el alivio de estas monedas de plata, allí, en la palma de su mano, fueron increíbles. Parecían el primer dinero que hubiese ganado en su vida. Cerró el consultorio, corrió a ver a Cristina y le entregó las monedas.

—El primer enfermo, Cristina. Después de todo, no debía ser una clientela muy mala. En todo caso, esto nos alcanza para el almuerzo.

No tenía que hacer visitas, pues el anciano doctor había muerto hacía ya cerca de tres semanas y en el intervalo nadie lo había reemplazado. Debía esperar hasta que se produjesen los llamados. Entretanto, dándose cuenta de que Cristina deseaba ocuparse sola de sus menesteres domésticos, dedicó la mañana a recorrer el barrio, mirando, examinando las casas con los frentes desgastados, la larga sucesión de hoteles particulares de color grisáceo-amarillento, las plazas manchadas de hollín y arboladas horriblemente, las estrechas caballerizas, convertidas en garajes, y luego, en un brusco recodo de la calle Norte, un triste retazo de arrabal: casas de préstamos, carritos de vendedores de baratijas, tabernas, vidrieras con medicinas patentadas y muestras de colores llamativos.

Andrés se dijo para sí que el barrio había venido al mundo aquellos días en que los vehículos se deslizaban hasta los pórticos pintados de amarillo. Era negruzco y sucio, pero se advertían signos de nueva vida, surgiendo entre el moho: un nuevo grupo de casas en construcción, algunas tiendas y oficinas y, al extremo de la plaza Gladstone, el famoso Laurier's. Aun él, que nada sabía de modas femeninas, había oído hablar de Laurier's y no necesitaba de la larga hilera de automóviles estacionados frente al edificio sin ventanas e inmaculadamente blanco, para convencerse de que lo poco que sabía acerca de la fama del modisto sin duda era exacto. Le parecía extraño que Laurier's estuviese tan inadecuadamente situado en medio de estas calles modestas. Sin embargo, estaba allí, tan real como el policía del frente.

Por la tarde completó su gira inaugural visitando a los médicos de las vecindades. En total hizo ocho visitas, Sólo tres le impresionaron: el doctor Ince, de la plaza Gladstone, un hombre joven; Reeder, al final de la calle Alexandra y en la esquina de Royal Crescent, un escocés de edad madura, llamado McLen. Pero el modo con que todos dijeron: «¡Oh, es la clientela del pobre anciano Foy la que usted ha tomado!» lo desalentó algo pero se dijo a sí mismo que dentro de seis meses cambiarían de tono: Aunque Manson tenía ahora treinta años y conocía la importancia del dominio de sí mismo, todavía odiaba la afabilidad para con los inferiores como el gato odia el agua.

Esa noche hubo tres pacientes en el consultorio, dos de los cuales le pagaron el honorario de tres chelines y seis peniques. El tercero le prometió volver y cancelarle



el sábado. En su primer día de trabajo había ganado diez chelines y seis peniques.

Pero al día siguiente no obtuvo absolutamente nada. Y el subsiguiente, sólo siete chelines. El jueves fue un día bueno; el viernes apenas si pasó de ser un día en blanco, y el sábado, después de una mañana ociosa, obtuvo diecisiete chelines y seis peniques por la tarde, aunque el paciente a quien había dado crédito el lunes no cumplió su promesa de regresar y pagar.

El domingo, aunque no comentó nada con Cristina, Andrés revisó la semana con amargura. ¿Había cometido un inmenso error al adquirir ese consultorio abandonado, al enterrar todos sus ahorros en esa casa que parecía una tumba? ¿Cuáles eran sus fallas o defectos? Tenía treinta años, sí, más de treinta. Era doctor en medicina, y M. R. C. P. Poseía capacidad para la clínica y un hermoso trabajo de investigación en su haber. Sin embargo, allí estaba, cobrando apenas tres chelines y seis peniques, con lo que apenas podía comer. «Es el sistema», pensó indignado, «es un sistema senil. Debería haber una organización mejor, una oportunidad para todos —digamos—. ¡Oh!, digamos el contralor del Estado». Pero luego suspiró, recordando al doctor Bigsby y al T. C. M. «No, eso no sirve para nada; la burocracia mata el esfuerzo individual —me asfixiaría—. ¡Yo debo triunfar, maldito sea, y triunfaré!».

Jamás le había preocupado tanto el lado práctico de la medicina. Y no se podría haber imaginado un método más sutil de convertirlo al materialismo que esas angustias auténticas del apetito —el eufemismo era suyo— que soportaba durante varios días a la semana.

Como a unas cien yardas más abajo, en la ruta principal de autobuses, había una pequeña fiambrería, de una mujercita pequeña y gorda, alemana de origen, que se llamaba Smith, pero que, a juzgar por su lenguaje cortado y la exageración de las s, era evidentemente Schmidt. Este lugarcito de la señora Schmidt era típicamente europeo, con un angosto mostrador de mármol lleno de arenques en escabeche, aceitunas en jarros, encurtidos, varias clases de salchichas, pasteles, y un queso delicioso llamado Liptauer. Tenía también el mérito de ser muy barato. Ya que el dinero andaba escaso en el número 9 de la calle Chesborough, y el horno de la cocina era una ruina, Andrés y Cristina recurrieron a la señora Schmidt. En los días favorables se servían chorizos calientes y pastel de manzanas; en los malos, arenques en escabeche y papas asadas.

Por la noche iban a menudo a la fiambrería Schmidt y luego de escudriñar ávidamente, a través de la vidriera empañada, el despliegue de comestibles, se volvían con algo sabroso en un saco de cuerdas.

La señora Schmidt los estimó pronto. Le tomó especial simpatía a Cristina. Su inflado rostro de pastelera se arrugaba hasta cerrar casi sus ojos bajo su alto copete de pelo rubio, mientras le decía sonriente y moviendo la cabeza, a Andrés:

—Le irá muy bien. Usted tendrá éxito. Tiene una buena esposa. Es pequeña,

como yo. Pero es buena. Espere un poco... j yo le enviaré enfermos! .

Casi de repente cayó sobre ellos el invierno, y las calles se vieron envueltas en la niebla, que parecía intensificada por el humo de la estación ferroviaria cercana. Andrés y Cristina lo tomaban a la ligera, fingían que sus dificultades eran divertidas, pero en ninguno de sus años de Aberlaw habían pasado por tantas dificultades.

Cristina hizo lo que pudo en aquellos cuartos helados. Blanqueó los techos, cosió cortinas nuevas para la sala de espera. Empapeló de nuevo el dormitorio. Pintándolas de negro y oro, transformó las viejas puertas plegadizas que desfiguraban el salón del primer piso.

La mayoría de los llamados de Andrés, infrecuentes como fueron, lo llevaron a las casas de huéspedes de la vecindad. Era difícil hacerse pagar de tales pacientes: muchos de ellos eran tipos andrajosos, incluso de dudosa moralidad y aficionados al arte de estafar. Procuró hacerse agradable a las escuálidas mujeres que regenteaban estos establecimientos. Les entablaba conversación en los sombríos corredores. Decía: «No sospeché que hiciese tanto frío. Debía haber traído mi sobretodo»; o bien: «Es molesto ir de un lado a otro. Mi auto está en compostura por el momento».

Trabó relación con el agente de policía que habitualmente estaba de guardia en una esquina de mucho tráfico, cerca del negocio de la Schmidt. Se llamaba Donal Struthers, y en seguida se hicieron amigos, porque Struthers, como Andrés, procedía de Fife. Le prometió hacer cuanto estuviese a su alcance para contribuir al éxito del médico nativo de su mismo lugar, diciéndole con humorismo de mal gusto:

—Si atropellan y matan a alguien aquí, con toda seguridad se lo haré llevar a su consultorio, doctor.

Cierta tarde, Andrés estuvo visitando a los farmacéuticos de las inmediaciones y, pretextando que necesitaba urgentemente una jeringa Voss, especial, de 100 centímetros cúbicos, seguro de que ninguno de ellos la tenía, se presentó como el nuevo y activo médico de Chesborough Terrace. Era más o menos un mes después de haber llegado. Al volver a casa advirtió que la expresión de Cristina reflejaba cierta nerviosidad.

—Hay una enferma en la sala de consulta —le susurró—. Entró por la puerta delantera.

Se le iluminó el rostro. Era el primer paciente «acomodado» que lo visitaba. Tal vez era el anuncio de tiempos mejores. Preparándose, entró alegremente en la sala de consultas.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirla?

—Buenas tardes, doctor. Vengo por recomendación de la señora Smith.

Se levantó de la silla para darle la mano. Era gorda, robusta, sólida, llevaba un abrigo corto de piel y una cartera de mano. Andrés advirtió de inmediato que se trataba de una de las prostitutas que frecuentaban el barrio.

—¿Si? —preguntó él, disminuyendo su curiosidad.

—¡Oh, doctor! —prosiguió ella, sonriendo con desconfianza—. Mi amigo acaba de darme un par de aros de oro. Y la señora Smith, de la cual soy cliente, me dijo que usted podría perforarme las orejas. Mi amigo teme que yo pueda usar alguna aguja sucia, doctor.

Andrés dio un gran suspiro. ¿Habría llegado realmente a esto? Le contestó:

—Bien, le perforaré las orejas.

Lo hizo cuidadosamente, esterilizando la aguja, rociándole los lóbulos con cloruro de etilo y aun ajustándole los aros de oro.

—¡Oh, doctor, qué bien! —mirándose en el espejo de su cartera—. Y no sentí nada. Mi amigo estará muy contento. ¿Cuánto, doctor?

La tarifa reglamentaria para los clientes «acomodados» de Foy, por mucho que fueran un mito, era de siete chelines y seis peniques. Mencionó esta suma.

Ella sacó un billete de diez chelines. Lo juzgó un caballero muy bondadoso, distinguido y buen mozo —le gustaban algo morenos—, y pensó también, mientras le recibía el vuelto, que parecía tener hambre.

Cuando ella hubo partido, Andrés no pateó la alfombra como en otro tiempo lo hubiera hecho, indignado de que también él se hubiera prostituido por este acto mezquino y servil. Sentía una extraña humillación. Con el arrugado billete en la mano, se fue a la ventana y la miró desaparecer en la calle, moviendo las caderas, balanceando su cartera, y muy ufana con sus nuevos aros.

## Capítulo II

En medio de las dificultades de la lucha, Andrés anhelaba la amistad de sus colegas. Había asistido a una reunión de la Asociación Médica local, sin quedar muy satisfecho. Denny estaba aún en el extranjero. Encontrando de su gusto Tampico, Felipe había permanecido allí aceptando un puesto de cirujano de la Compañía Petrolífera Nuevo Siglo. A lo menos por el momento estaba perdido para Andrés. Destacado en misión a Cumberland, Hope, entretanto, coleccionaba corpúsculos para el «paraíso de los locos», según le decía en una tarjeta postal de colores chillones.

Andrés sintió muchas veces la tentación de ponerse en contacto con Freddie Hamson, y aunque a menudo se llegó hasta la guía del teléfono, siempre lo detuvo la reflexión de que todavía no tenía éxito, de que no estaba establecido decorosamente. Freddie hallábase aún en Quien Ane Street, aunque se había mudado a un número diferente. Andrés se sorprendió preguntándose cada vez con más frecuencia cómo Freddie había logrado abrirse camino, recordando las viejas aventuras de sus días de estudiante, hasta que al fin la tentación fue irresistible. Lo llamó.

—Probablemente te has olvidado de que yo existo —le dijo, algo preparado para un mal recibimiento—. Soy Manson... Andrés Manson. Ejercicio aquí en Paddington.

—¡Manson! ¡Olvidarte a ti! ¡A ti, veterano! —Freddie le hablaba líricamente desde el otro extremo de la línea—. ¡Hombre, por Dios! ¿Por qué no me habías llamado?

—¡Oh!, apenas acabamos de instalarnos —le respondió Andrés, sonriente dentro de la cabina, alentado por la efusión de Freddie— y antes, en ese puesto del Departamento, viajábamos por toda Inglaterra. Estoy casado, debes saberlo.

—¡Yo también! Mira, viejo, tenemos que juntamos de nuevo. ¡Pronto! ¡No puedo creerlo! ¡Tú aquí, en Londres! ¡Maravilloso! ¿Dónde está mi libreta? Mira, ¿qué te parece el próximo jueves? ¿Puedes venir a comer, ese día...? Sí, sí. ¡Magnífico! Hasta pronto, pues. Entretanto, haré que mi mujer le envíe cuatro letras a la tuya.

Cristina no mostró mayor entusiasmo cuando le comunicó la Invitación.

—Ve tú, Andrés —insinuó ella, después de una pausa.

—Oh, es absurdo! Freddie quiere que conozcas a su mujer. Sé que él no te agrada mucho, pero seguramente habrá mis gente, otros médicos. Podremos ver allí nuevos horizontes, querida. Además, no nos hemos distraído últimamente. Corbata negra, me dijo. Afortunadamente me compré aquel saco de etiqueta para el banquete de las minas de Newcastle. ¿Pero tú, Cristina? Tú tienes que tener algo que ponerte.

—Lo que necesito es una nueva cocina a gas —respondió algo ásperamente.

Aquellas últimas semanas le habían hecho mella. Había perdido algo de esa frescura que siempre había sido su mayor encanto. Y algunas veces, como ahora, su tono era cortante y desalentado.

Pero el jueves por la noche, cuando salieron para Quien Ane Street, Andrés no pudo menos que pensar cuán dulce se veía con su vestido blanco; era el mismo vestido blanco que había comprado para la comida de Newcastle, modificado de modo que lo hacía aparecer nuevo y más hermoso. También se había peinado en forma distinta, con el pelo más apretado a la cabeza, de modo que resaltaba su obscuridad sobre la pálida frente. Lo advirtió mientras ella le hacía el nudo de la corbata quiso decirle cuán bella estaba, y luego lo olvidó con el repentino temor de que fuera tarde.

Sin embargo, no llegaron tarde, sino temprano, tan temprano, que transcurrieron tres desagradables minutos antes de que acudiese alegremente Freddie, con los brazos abiertos, excusándose y saludándolos a la vez, diciéndoles que acababa de llegar del hospital, que su mujer bajaría dentro de unos instantes, ofreciéndoles aperitivos, palmoteando a Andrés en la espalda, haciéndolos sentarse. Freddie había engordado desde aquella tarde de Cardiff, y había aumentado el rosado rollo de carne de detrás de su cuello pero le brillaban los ojillos y ni un solo mechón de pelo rubio estaba fuera de su sitio. Hallábase tan acicalado que resplandecía.

—¡Créeme! —dijo alzando su copa—. Es maravilloso verlos de nuevo. Esta vez sí que nos seguiremos viendo. ¿Qué te parece mi casa, viejo? ¿No te lo dije en aquella comida...?, ¡y *qué* comida! Apuesto a que ésta será mejor. El año pasado adquirí la propiedad absoluta de esta casa. Y me costó plata. —Se arregló la corbata a modo de aprobación—. Por supuesto, aunque yo tenga éxito, no hay por qué pregonarlo. Pero no importa que tu lo sepas, viejo.

Sin duda, se respiraba un ambiente de suntuosidad; pulido mobiliario moderno, chimenea profundamente instalada, un piano con una flor de magnolia artificial hecha de madre perla en un gran vaso blanco. Andrés estaba a punto de expresar su admiración cuando entró la señora Hamson, alta, fría, de pelo oscuro partido al media y vestido extraordinariamente diferente al de Cristina.

—Ven, querida.

Freddie la recibió con afecto e incluso cortésmente, y se adelantó para servirle y ofrecerle un vaso de sherry. Apenas había tenido tiempo de tomar el vaso displicentemente, cuando fueron anunciados los otros invitados: el señor Carlos Ivory y el doctor Pablo Deedman con sus respectivas esposas. Siguiéronse las presentaciones, hablando y riendo mucho los Ivory, Deedman y Hamson. Pasaron a comer, no demasiado pronto.

El servicio de mesa era rico y finísimo. Se parecía mucho a una valiosa exhibición, hasta con sus candelabros, que Andrés había visto en la vitrina de Labin and Benn, los famosos joyeros de Regent Street. No se podía distinguir si el primer guiso era carne o pescado; sin embargo, era exquisito. Y había champaña. Después de dos vasos, Andrés se sintió más animado. Comenzó a conversar con la señora Ivory,

sentada a su izquierda, mujer muy frágil, vestida de negro, que llevaba extraordinaria cantidad de joyas en torno de su cuello y tenía ojos azules grandes y saltones que de cuando en cuando volvía hacia Andrés con una mirada casi infantil.

Su marido era el cirujano Carlos Ivory. Ella rió al responder a la pregunta de Andrés, pues imaginaba que todo el mundo conocía a Carlos. Vivían en la New Cavendish Street, al doblar la esquina, perteneciéndoles toda la casa. Era muy agradable estar cerca de Freddie y su esposa. Carlos, Freddie y Pablo Deedman eran todos buenos amigos, socios del Sackville Club. La dama quedó sorprendida cuando Andrés le confesó que no pertenecía al club. Ella creía que todo el mundo pertenecía al Sackville.

Abandonado, se volvió a la señora Deedman, que tenía al otro lado, encontrándola más amable, más cordial, con una belleza casi oriental. También la estimuló a que hablara de su marido. Se dijo para sí: «Quiero informarme sobre estos señores; se los ve tan prósperos y elegantes...».

Pablo —según la señora Deedman— era médico, y aun cuando ocupaban un departamento en Portland Place, el consultorio estaba en Harley Street. Tenía una clientela maravillosa —ella hablaba demasiado afectuosamente para fanfarronear— principalmente en el Plaza Hotel..., él debía conocer el enorme Plaza nuevo, frente al Parque. A la hora de almuerzo el «grill» se llenaba de celebridades. Prácticamente, Pablo era el médico oficial del Plaza Hotel. Tantos americanos ricos y artistas del cine... —se interrumpió, riendo—... ¡oh!, todo el mundo acudía al Plaza, lo que era una maravilla para Pablo.

Andrés simpatizó con la señora Deedman. La dejó disertar hasta que se levantó la señora Hamson, momento que aprovechó él para retirarle galantemente la silla.

—¿Un cigarro, Manson? —le insinuó Freddie, con aire familiar, una vez que hubieron salido las damas. Estos te gustarán. Y te aconsejo que no desprecies este brandy 1894. Sin engaño alguno.

Fumándose el cigarro y con una dosis de brandy en la ventruda copa que tenía al frente, Andrés acercó su silla a las de los otros. Esto era lo que había deseado: una animada conversación confidencial entre médicos, directamente del tema profesional, sin rodeos. Esperaba que Hamson y sus amigos hablaran. Lo hicieron.

—Hoy —dijo Freddie— compré una de estas nuevas lámparas de Iradium en lo de Glickert. Bastante sólida. Alrededor de ochenta guineas. Pero las vale.

—Sí —dijo pensativamente Deedman. Era delgado, de ojos oscuros, con un inteligente rostro judío—. Debe corresponder al interés de su precio.

Andrés tomó su cigarro en actitud discutidora.

—No creo mucho en esa lámpara, ¿saben? ¿Han leído el artículo de Abbey en el *Journal* sobre la falsa helioterapia? Esas lámparas carecen de toda capacidad para los rayos infrarrojos.

Freddie miró y luego rió.

—Tienen una capacidad infernal para las guineas. Además, su bronce reluce magníficamente.

—Mira, Freddie —interrumpió Deedman—, yo no soy partidario de los aparatos caros. Hay que pagarlos antes de sacarles provecho. Además, pasan de moda. Honradamente, viejo, no se encontrará nada que venza a la vieja jeringa hipodérmica.

—Tú la empleas, sin duda —dijo Hamson.

Intervino Ivory. Era obeso, mayor que los otros de rostro pálido y afeitado, con el desenfado del hombre de mundo.

—A propósito, hoy anoté en mi libreta una serie de inyecciones. Doce. Manganeseo. Y les diré lo que hice. •Conviene en estos tiempos. Le dije al sujeto: Mire, usted es un hombre de negocios. Esta serie le costará cincuenta guineas, pero si me paga ahora mismo, le costarán cuarenta y cinco. Me firmó el cheque allí mismo.

—Viejo pillo —le dijo Freddie—. Creí que eras cirujano.

—Lo soy —replicó Ivory—. Y hago una operación mañana en Sherrigton.

—«Love's labour lost».<sup>[12]</sup> —dijo distraídamente Deedman, mirando su cigarro; y luego, volviendo a su primer pensamiento—: No hay que apartarse de este camino. Interesa fundamentalmente. En buena práctica profesional, la medicación oral está definitivamente pasada de moda. Si yo receto..., vamos, unos papelillos en el Plaza, no obtendría ni para comprar hielo por valor de una guinea. Pero si administro la misma cosa hipodérmicamente, friccionando la piel, esterilizando, etcétera, el paciente piensa, científicamente, que se le está dando algo estupendo.

Hamson declaró vigorosamente:

—Es magnífico para la profesión médica que la administración oral se halle eliminada en el West End. Tomen como ejemplo, el presente caso de Carlos. Si hubiera prescrito manganeseo, o manganeseo y hierro, el clásico frasco de remedio, probablemente de igual utilidad para el enfermo, obtiene de él tres guineas. En cambio mete la droga en doce ampolletas y cobra cincuenta..., perdón, Carlos, quiero decir cuarenta y cinco.

—Menos doce chelines —murmuró suavemente Deedman—. El precio de las ampolletas.

La cabeza de Andrés oscilaba. Era un argumento en favor de la abolición del frasco de medicina, que lo sorprendía con su novedad. Tomó otro trago de brandy para reanimarse.

—Hay otro punto —reflexionó Deedman—. La gente no sabe lo poco que cuestan estas cosas. Cuando la paciente ve una serie de ampolletas en nuestro escritorio, piensa instintivamente: «¡Cielos!, esto va a costar un dineral».

—¡Tú observarás! —Hamson le guiñó el ojo a Andrés—, cómo el uso de la buena palabra «paciente» es habitualmente femenino en boca de Deedman, De paso, Pablo,

oí hablar ayer de ese tiro al blanco. Dummet quiere que formemos una sociedad si tú, Carlos y yo vamos con él.

En los diez minutos siguientes hablaron de tiro al blanco, de golf, que jugaban en diferentes y costosos campos de juego en los alrededores de Londres y de automóviles —Ivory le estaba haciendo construir una carrocería a su gusto a un pequeño Rex nuevo—. En tanto, Andrés escuchaba, bebía brandy y se fumaba su cigarro. Todos bebieron una buena dosis de brandy. Algo achispado, Andrés sintió que eran excelentes colegas. No lo excluyeron de la conversación, pues siempre hallaron el modo de hacerle sentir, con una palabra o con una mirada, que estaba con ellos. En cierto modo le hicieron olvidar que no había almorzado más que un arenque en escabeche. Y cuando se levantaron Ivory lo palmoteó en la espalda:

—Tengo que enviarle mi tarjeta, Manson. Sería un verdadero placer examinar juntos un enfermo... en cualquier ocasión.

De vuelta al salón, la atmósfera pareció formal por el contraste, pero Freddie, muy animado, más radiante que nunca con las manos en los bolsillos, resplandeciente la pechera inmaculada, resolvió que siendo temprano, deberían terminar la velada en el Embassy.

—Creo que debemos irnos —le dijo Cristina a Andrés con una mirada de desmayo.

—Imposible, querida! —respondió sonriendo satisfecho—. No debemos ni soñar en abandonar la partida.

En el Embassy, Freddie era evidentemente popular. El y su grupo fueron objeto de saludos y sonrisas amables; ocuparon una mesa pegada a la pared. Hubo más champaña. Se bailó. «Estos muchachos se tratan bien» —pensó Andrés con su mente oscurecida—. «¡Oh, están... están tocando un aire espléndido! Tal-tal-tal tal vez Cristina querría bailar».

En el taxi, de regreso por fin a la calle Chesborough, Andrés exclamó encantado:

—¡Gente excelente, cristina! Ha sido una noche magnífica, ¿no es verdad? .

Ella respondió con voz suave, pero firme:

—Ha sido una noche abominable.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Me gustan Denny y Hope como... como tus amigos médicos, Andrés; no éstos, estos médicos de oropel...

—Pero Cristina... ¿Qué hubo de malo...? —le interrumpió Andrés.

—¡Oh!, tú no verías —respondió con fría cólera—. Todo. La comida, los muebles, lo que conversaron..., de dinero, de dinero todo el tiempo. Tal vez tú no advertiste la manera cómo ella miraba mi vestido, quiero decir la señora Hamson. Hubieras podido verla comprobando que ella gasta más en un hermoso vestido que yo en todo el año. Fue casi divertido en el salón, cuando descubrió qué ser anónimo era



yo. Ella, por supuesto, es la hija de Whitton..., el del whisky Whitton. No puedes imaginarte lo que fue la conversación antes de que ustedes entraran. Chismografía elegante, quién pasará con quién el fin de semana, lo que le dijo el peluquero, el último aborto entre las mujeres de sociedad: ni una sola palabra interesante. ¡Vaya! Ella insinuó de hecho que «le gustaba», fueron sus palabras, el director de la orquesta de bailables.

Era diabólico el sarcasmo del tono de Cristina. Tomándolo por envidia, Andrés balbuceó:

—Ganaré dinero para ti, Cristina te compraré muchos trajes caros.

—Yo no quiero dinero —repuso ella secamente—. Y odio los trajes caros.

—Pero querida —se le acercó, ebrio, haciendo movimientos de tal.

—¡No! —La voz de Cristina lo sobrecogió—. Te amo, Andrés; pero no cuando estás bebido.

Andrés se hundió en su rincón, desconcertado, furioso. Era la primera vez que lo rechazaba.

—Perfectamente, mi pequeña. ¡Si así son las cosas!

Pagó el taxi y se introdujo en la casa antes que ella. En seguida, sin decirle palabra, subió al dormitorio para huéspedes. Todo parecía desteñido y feo después del lujo que acababa de presenciar. El interruptor eléctrico no funcionó bien..., toda la instalación de la casa estaba en mal estado.

«¡Demonio! —pensó mientras se metía en la cama—. Saldré de esta cueva. Ya lo verá Cristina. Ganaré dinero. ¿Qué se puede hacer sin él?»

Desde que se casaran, hasta entonces, jamás habían dormido separados.

## Capítulo III

Por la mañana, durante el desayuno, Cristina se condujo como si hubiera olvidado todo lo ocurrido. Andrés pudo advertir que procuraba ser lo más amable posible con él. Esto lo halagó y lo puso más satisfecho que nunca. «Una mujer», reflexionó aparentando estar absorto en la lectura del diario, «necesita que de cuando en cuando se le señale su sitio». Pero, después que hubo proferido unas cuantas respuestas impertinentes, Cristina dejó repentinamente de mostrarse amable y se reconcentró en sí misma, manteniéndose sentada allí en la mesa con los labios apretados, sin mirarlo, aguardando que terminara. «¡Diablillo taimado», pensó al levantarse y salir de la habitación, «yo la enseñaré!».

Lo primero que hizo, llegado al consultorio, fue tomar la Guía Médica. Tenía curiosidad y ansiedad a la vez de poseer informaciones más precisas acerca de sus amigos de la víspera. Dio vuelta rápidamente las páginas, tomando primero a Freddie. Sí, ahí estaba... Frederick Hamson. Quien Ane Street. M. B. y Ch. B., ayudante de enfermos externos, Walthamwood.

Andrés arrugó perplejo la frente. Freddie había hablado mucho la noche anterior del puesto en el hospital... Nada como un cargo de hospital para ayudar a un muchacho del West End —había dicho—; da confianza a los clientes el saberlo médico visitador. No obstante, ¿no sería ésta una institución de beneficencia... y Walthamwood, uno de los suburbios más nuevos? No podía haber error, sin embargo. La que tenía en sus manos era la guía vigente, la había comprado hacía apenas un mes.

Con menos interés buscó Andrés a Ivory y Deedman, y luego dejó caer sobre sus rodillas el gran libro rojo, quedándose inquieto y extrañamente pensativo. Pablo Deedman era, como Freddie, un M. B. Pero sin la distinción de éste. Deedman no tenía puesto alguno de hospital. ¿E Ivory? Carlos Ivory, de la calle New Cavendish, no tenía otra calificación quirúrgica que la más modesta, el M. R. C. S., y ningún puesto de hospital. Su foja de servicio indicaba cierta experiencia en tiempo de la guerra y en hospitales de emergencia. Pero, fuera de eso..., nada.

Muy pensativo ahora Andrés se levantó y colocó el libro en el armario. Luego apuntó en su rostro una resolución súbita. No había comparación entre sus propias calificaciones y las de los florecientes muchachos con quienes había cenado la noche anterior. Lo que ellos podían hacer lo podría él también. Más aún. A pesar del disgusto de Cristina, estaba más resuelto que nunca a tener éxito. Pero primero era necesario que fuera admitido en un hospital. No en Walthamwood u otro establecimiento de beneficencia por el estilo, sino en uno de los hospitales de Londres. ¡Sí!, un verdadero hospital..., tal debía ser su objetivo inmediato. Mas, ¿cómo?

Lo meditó durante tres días y en seguida se dirigió con cierto recelo a lo de sir Robert Abbey. Lo más difícil del mundo era para él solicitar un favor; y ahora le resultó especialmente arduo, en vista de la calurosa benevolencia con que le acogió Abbey.

—¡Bien! ¿Cómo está nuestro medidor de vendas? ¿No tiene vergüenza de mirarme a los ojos? He oído decir que el doctor Bigsby está con la presión muy alta. ¿Sabe algo al respecto? ¿Qué es lo que desea, conversar conmigo o un puesto en la Junta?

—Bueno, no, sir Robert. Yo me preguntaba..., es decir..., ¿podría usted ayudarme a encontrar un puesto de médico de enfermos externos de hospital?

—¡Hum! Es mucho más difícil que en la Junta. ¿Sabe usted cuántos jóvenes están asediándonos? Todos en espera de nombramientos honorarios. Además, usted debe proseguir su trabajo sobre enfermedades pulmonares... lo que restringe su campo de acción.

—Bien..., yo..., yo supongo...

—El Victoria Chest Hospital. Ese tiene que ser su blanco. Uno de nuestros hospitales más antiguos de Londres. Haré algunos sondeos. ¡Oh!, no prometo nada, pero estaré a la expectativa.

Abbey lo hizo quedarse a tomar el té. A las cuatro, invariablemente, cumplía el ritual de tomarse dos tazas de té chino en su consultorio, sin leche, sin azúcar, ni acompañamiento alguno. Era un té especial que tenía un sabor a flor de naranja. Abbey mantuvo la conversación sobre los más diversos tópicos, desde las tazas sin platillo de Kíang-Si hasta la reacción cutánea de Von Pirquet, y luego, al acompañar a Andrés hasta la puerta, le dijo:

—¿Todavía peleando con los libros de texto? No renuncie a ello. Y aún si lo ubico en el Victoria; por el amor de Galeno, no trate familiarmente a los enfermos. — Le brillaron los ojos. Esto es lo que me ha arruinado.

Andrés se fue a casa lleno de ilusiones. Estaba tan feliz que se olvidó de mantener su dignidad ante Cristina. Se expansionó sencillamente:

—He estado con Abbey. Va a tratar de colocarme en el Victoria Chest. Esto me da prácticamente una situación importante. —La alegría del rostro de Cristina lo hizo sentirse súbitamente pequeño, avergonzado—. Me he portado bastante mal últimamente, Cristina. No nos hemos entendido bien, creo. ¡Pero olvidémoslo, querida!

Cristina corrió hacia él, protestando de que todo había sido por su culpa. En seguida, por alguna extraña razón, le pareció a Andrés que el único culpable era él. Sólo un pequeño segmento de su mente retenía la intención fija de abrumarla con la magnitud de su éxito material.

Se puso a trabajar con nuevo empeño, sintiendo que algo propicio le ocurriría

dentro de poco. Entretanto, no cabía duda de que su clientela aumentaba. No era —se decía a sí mismo—, la clase de gente que necesitaba, la de estas consultas de a tres chelines. Sin embargo, era ejercicio auténtico de la profesión. Las personas que venían a verlo o lo llamaban eran demasiado pobres para soñar en importunar al médico a menos que estuvieran realmente enfermas. De este modo descubrió la difteria en singulares alcobas mal ventiladas, sobre establos transformados; el reumatismo agudo en habitaciones subterráneas de criados; la neumonía en buhardillas de casas de pensión. Combatió la enfermedad en aquella habitación, la más trágica de todas: el cuarto redondo en que algún hombre o mujer de edad madura vivía solo, desaseado, desatendido, olvidado de parientes y amigos, preparando pobres alimentos en pico de gas. Había muchos casos semejantes. Le tocó el padre de una actriz muy conocida —cuyo nombre brillaba entre luces relucientes en Shaftesbury Avenue—, un anciano de setenta años, paralítico, que vivía en medio de la inmundicia. Visitó a una anciana, escuálida, ridícula y desfallecida de hambre que pudo mostrarle su propia fotografía con el atavío de su presentación en la Corte y hablarle de los días en que había recorrido estas mismas calles en su propio carruaje. A medianoche volvió a la vida —después se arrepintió de haberlo hecho—, a una infeliz criatura, pobre y desesperada, que habría preferido la muerte al taller.

Muchos de sus casos eran urgentes, casos de intervención quirúrgica que reclamaban una inmediata atención hospitalaria. Y aquí encontró Andrés su mayor dificultad. Era la cosa más difícil del mundo conseguir la admisión, aun para los enfermos más graves. Parecía como que estos casos elegían la noche para presentarse. Al regresar, con el saco y el sobretodo sobre su pijama, una bufanda alrededor del cuello, y el sombrero todavía en la cabeza, llamaba por teléfono a un hospital después de otro, rogando, suplicando, amenazando, y encontrándose siempre con el mismo rechazo, el lacónico y a veces insolente: «¿Doctor quién? ¿Quién? No, no lo siento. ¡No tenemos lugar!».

Se iba a ver a Cristina, lívido, blasfemando:

—No es cierto que no tengan lugar. Tienen bastantes camas en St. John para sus propios médicos. Si no lo conocen a uno, lo descartan irremisiblemente. Con gusto le hubiera retorcido el pescuezo a ese mozalbete. ¿No es el infierno, Cristina? Aquí estoy con una hernia estrangulada y no puedo conseguir una cama. ¡Oh, supongo que algunos hospitales están repletos! Y esto es Londres! Este es el corazón del despreciable Imperio Británico. Este es el sistema de nuestros hospitales gratuitos. Y un bastardo de filántropo se levantó el otro día en un banquete para decir que era el más maravilloso del mundo. Significa el hospicio una vez más para el pobre diablo. Llenando formularios... ¿cuánto gana usted? ¿qué religión tiene? y ¿era legítima su madre...?, ¡y el infeliz con peritonitis! ¡Oh, bien! Sé amable, Cristina, y llámame al teléfono al médico de turno.

Cualesquiera fuesen las dificultades de Andrés, y por más que maldijese contra la sociedad y la pobreza con las que a menudo tenía que habérselas, Cristina tenía siempre la misma respuesta:

—De todos modos, éste es el trabajo auténtico. Y para mí en eso estriba toda la diferencia.

—No tanto como para que yo me libre de las chinches —replicó él yendo al baño a saquírselas.

Ella reía, pues había recuperado su antigua felicidad. Aunque la lucha había sido formidable, al fin había sometido la casa. A veces intentaba alzar cabeza y resistírsele, pero en lo esencial estaba limpia, acicalada, sumisa a su voluntad. Tenía una nueva cocina a gas, nuevas pantallas para las lámparas, había limpiado las fundas de las sillas, y las varillas de la escalera brillaban como los botones de un centinela. Después de semanas de molestias con sirvientes que, en este distrito, preferían trabajar en las casas de pensión a causa de las propinas que allí recibían, Cristina había encontrado a la señora Bennet, viuda de cuarenta años, limpia y trabajadora, que a causa de su hijita de siete años, no había podido colocarse «con cama». Juntas, la señora Bennet y Cristinas, se habían dedicado al subterráneo. Ahora el antiguo túnel de ferrocarril era un confortable dormitorio-sala, empapelado, con muebles pintados de color crema por Cristina, en que se sentían seguras la señora Bennet y su hijita, la pequeña Florrie, que ahora asistía regularmente a la escuela de Paddington llevando su cartera escolar. A cambio de esta seguridad y comodidad —después de dos meses de angustiada incertidumbre— la señora Bennet no hallaba cómo demostrar su gratitud.

Las primeras flores primaverales que adornaban tan alegremente la sala de espera, reflejaban la felicidad de la casa de Cristina. Las había comprado en la calle por unos cuantos peniques cuando iba a sus compras por la mañana. La conocían mucho los vendedores de la calle Mussleburgh. Allí era posible comprar frutas, verduras y pescado baratos. Ella debería haber tenido más en cuenta su condición de esposa de un profesional; pero ¡ay! no era así, y a menudo traía sus compras en su limpia bolsita de cuerdas, deteniéndose en su viaje de vuelta en la fiambrería de la señora Schmidt a conversar unos cuantos minutos y llevarle un trozo de ese queso Liptauer que tanto le agradaba a Andrés.

Por las tardes recorría a menudo la Serpentine. Los castaños se ponían verdes y las aves acuáticas se deslizaban sobre el agua rizada por el viento. Era un buen sustituto del campo abierto que siempre amara tanto.

A veces, por la noche, Andrés la miraba con esa manera extraña que indicaba que estaba contrariado porque el día habla transcurrido sin haber estado con ella.

—¿A qué te has dedicado todo el día..., mientras yo he estado trabajando? Si alguna vez compro un automóvil tú tendrás que manejarlo. Así te tendré cerca de mí.

Andrés aguardaba aún a esos pacientes acomodados, que no acudían, ansioso de tener noticias de Abbey respecto del puesto, contrariado porque la noche pasada en Queen Anne Street no le había creado ninguna oportunidad posterior. Secretamente estaba desconcertado por no haber tenido noticias desde entonces de Hamson ni de sus amigos.

En esta situación se sentó una tarde en su consultorio a fines de abril. Eran cerca de las nueve y estaba a punto de cerrar, cuando entró una joven. Lo miró algo vacilante.

—No sabía si entrar por aquí o por la puerta del frente.

—Es exactamente lo mismo —replicóle Andrés, sonriendo—. Sólo que por aquí vale la mitad. Venga. ¿Qué le ocurre?

—No tengo inconveniente en pagar la tarifa íntegra.

La enfermera avanzó con particular seriedad, y se sentó en una silla enfundada. Tenía unos veintiocho años, calculó él, era fuerte y bien proporcionada; tenía las piernas gruesas y un amplio rostro muy serio, y llevaba un vestido oscuro, verde oliva. Mirarla era pensar instintivamente: ¡nada de bromas con ésta!

Andrés cedió, expresando:

—¡No hablemos de dinero! Dígame su mal, de qué padece.

—Bien, doctor —todavía vacilaba, parecía no sentirse segura—. Fue la señora Smith, del pequeño almacén de provisiones, la que me recomendó que viniera a verlo. La conozco desde hace mucho tiempo.

Trabajo en lo de Laurier's, muy cerca. Me llamo Cramb. Pero debo decirle que he consultado a muchos médicos de por aquí. —Se quitó los guantes—. Mis manos.

Andrés le observó las manos, cuyas palmas estaban cubiertas de una dermatitis rojiza, más parecida a una psoriasis. Pero no se trataba de eso, pues los bordes no eran serpiginosos. Con todo interés tomó un lente de aumento y miró más escrupulosamente. Entretanto, ella seguía hablando con su tono ansioso y convincente.

—No puedo explicarle qué dificultad significa esto para mi trabajo. Daría cualquier cosa para mejorar. He ensayado cuanta pomada hay en el mundo. Pero ninguna me ha servido para nada.

—No, no podrían hacer nada. —Dejó el lente, experimentando toda la emoción de un diagnóstico oscuro, pero positivo—. Esta es una condición de la piel más bien rara, señorita Cramb. Es inútil el tratamiento local. Se debe a una condición de la sangre y la única manera de librarse de ello es mediante la alimentación.

—¿Ningún remedio? —Su ansiedad anterior dio paso a la duda—. Nadie me dijo eso antes.

—Yo se lo digo ahora.

Se rió Andrés, y tomando su libreta, anotó una dieta, añadiendo también una lista

de alimentos que debía evitar en absoluto.

Ella aceptó escépticamente.

—Bueno. Por supuesto. Lo ensayaré, doctor. Ensayaría cualquier cosa. —Pagó escrupulosamente lo que debía, permaneció un instante como todavía dudosa y en seguida se fue. Andrés la olvidó al momento.

Diez días después regresó, entrando esta vez por la puerta delantera, y pasando a la sala de consultas con tal expresión de fervor contenido, que él apenas pudo reprimir una sonrisa.

—¿Quiere ver mis manos, doctor?

—Bien. —Ahora sonrió Andrés—. Supongo que no está arrepentida de haber seguido el régimen.

—¡Arrepentida! —Le tendió las manos en un arranque de emocionada gratitud—. ¡Mire! Enteramente sanas. Ni una sola mancha. Usted no sabe cuánto significa para mí..., no puedo explicárselo..., tal inteligencia...

—Está bien —dijo Andrés en voz baja—. Es mi oficio saber estas cosas. Váyase tranquila. Absténgase de aquellos alimentos que le señalé y no volverán...

Ella se levantó.

—Y ahora permítame pagarle sus honorarios, doctor.

—Ya me los ha pagado.

Andrés se emocionó ante el hermoso gesto. Con todo gusto le hubiera aceptado otros tres chelines y seis peniques o aun siete, pero no pudo resistir la tentación de dramatizar el triunfo de su habilidad.

—Pero doctor... —Contra su voluntad ella se dejó conducir hasta la puerta donde se detuvo para una efusión última—. Acaso pueda mostrarle mi gratitud de alguna otra manera.

Mirándole su cara de luna, un pensamiento lascivo cruzó la mente de Andrés. Pero se limitó a mover la cabeza, y cerró la puerta tras de ella. La olvidó una vez más. Estaba fatigado, ya medio arrepentido de haber rehusado el pago y, en todo caso, no le daba gran importancia a lo que pudiera hacer por él una empleadita de tienda. Pero en esto, por lo menos, no conoció a la señorita Cramb. Más aún, desperdició una de aquellas oportunidades señaladas por Esopo y que, siendo mal filósofo, debió haber recordado.

## Capítulo IV

Martha Cramb era conocida como la «Zaguera» de las «chicas» de Laurier's. Vigorosa, sin atractivos, asexual, parecía extraño que fuera una de las empleadas principales de esa tienda única que comerciaba lujosamente con trajes elegantes, ropa interior primorosa y pieles tan ricas que sus precios se elevaban a centenares de libras. Sin embargo, la «zaguera» era una vendedora admirable, muy apreciada por los clientes. El hecho era que Laurier's, en su orgullo, empleaba un sistema especial, conforme el cual cada vendedora seleccionaba sus propios clientes, un pequeño grupo de clientes a quienes atendía exclusivamente, estudiaba, «vestía» y para los cuales «reservaba» cosas cuando llegaban los nuevos modelos. La relación era íntima, a menudo se prolongaba por muchos años, y la «zaguera», seria y sincera, tenía grandes condiciones para desempeñarse con éxito.

Era hija de un procurador de Kettering. Muchas de las empleadas de Laurier's eran hijas de modestos profesionales de las provincias o suburbios. Se consideraba un honor ingresar a lo de Laurier's, y llevar el uniforme verde oscuro del establecimiento. El trabajo abrumador y las malas condiciones de vida que debían soportar a veces las empleadas de las tiendas corrientes, no existían allí, pues las jóvenes eran admirablemente alimentadas, alojadas y cuidadas. El señor Winch, el único vendedor de sexo masculino de la tienda, se preocupaba especialmente de que las jóvenes tuvieran una compañía de respeto. Estimaba particularmente a la «zaguera», con quien tenía a menudo cordiales conferencias. Era un caballero anciano, rosado, maternal, que durante cuarenta años se había ocupado en tiendas de señoras. Se le había gastado el pulgar de tanto palpar ponderativamente las mercaderías y su espalda sufría de calambre crónico a fuerza de inclinarse reverencialmente. Todo lo maternal que pudiera ser, Winch exhibía ante el extraño que entraba a lo de Laurier's, los únicos pantalones en un vasto y bullente mar de feminidad. Tenía ojos poco simpáticos para aquellos maridos que venían con sus esposas a inspeccionar los maniqués. Conocía a la realeza. Era una institución casi tan grande como Laurier's.

El incidente de la curación de la señorita Cramb causó cierta sorpresa entre el personal. Y el resultado inmediato fue que muchas de las «chicas» se llegaron hasta el consultorio de Andrés, con sus pequeñas dolencias. Entre risas se decían unas a otras que deseaban saber «cómo era el médico de la «zaguera».

Poco a poco, las jóvenes de Laurier's comenzaron a afluir en mayor número todavía al consultorio de la calle Chesborough. Todas ellas disfrutaban del seguro de enfermedad. La ley las forzaba a atenerse a una lista de médicos, pero con orgullo muy propio de Laurier's se rebelaban contra el sistema. A fines de mayo no era raro que media docena de ellas estuvieran aguardando en el consultorio..., muy elegantes,



vestidas según los modelos de sus clientes, con los labios pintados, jovencitas. El resultado fue un considerable aumento en las entradas del consultorio. También una risueña observación de Cristina:

—¿Qué haces con ese coro de bellezas, querido? Seguramente habrán confundido nuestra puerta con la del escenario.

Pero la fervorosa gratitud de la señorita Cramb —¡oh, el encanto de esas manos sanas!— sólo comenzaba a manifestarse. Hasta aquí el doctor Mc. Lean, hombre de edad e inofensivo, del Royal Crescent, había sido considerado como el médico semioficial de Laurier's llamado en los casos de urgencia, como por ejemplo, cuando la señorita Twig, de la sastrería, se quemó con una plancha. Pero el doctor Mc. Lean estaba a punto de retirarse, y su socio y sucesor inmediato, el doctor Benton, no era ni de edad ni inofensivo. Los ojos curiosos del doctor Benton y su solicitud demasiado tierna para las jovencitas más hermosas, ya habían dado motivo de inquietud al señor Winch. La señorita Cramil y el señor Winch discutían esos tópicos en sus conferencias, éste asintiendo gravemente con sus manos cruzadas a la espalda cuando la primera insistía en lo inadecuado de Benton y en la presencia de otro profesional en la calle Chesborough, estricto y serio, que se expedía admirablemente sin sacrificar a Thais. Nada se había decidido, el señor Winch siempre se daba plazo, pero sus ojos brillaban extrañamente cuando corría a atender a una duquesa.

En la primera semana de junio, cuando Andrés ya había llegado a avergonzarse del primitivo desdén con que la mirara, la señorita Cramb le hizo sentir otra manifestación de sus buenos oficios.

Recibió una carta, muy exacta y concisa —una informalidad tal como la de un llamado telefónico no hubiera convencido a la autora, lo comprendió después él—, en la que le pedía fuera al día siguiente, martes, lo más cerca posible de las once, al número 9 de Park Gardens, para atender a la señorita Winifred Everett.

Cerrando temprano su consultorio, salió para hacer esta visita con una sensación optimista. Era la primera vez que lo llamaban fuera de la modesta vecindad en que hasta el momento se había circunscrito su trabajo profesional. Park Gardens era un hermoso grupo de casas, no del todo modernas, pero grandes y sólidas, con una hermosa vista sobre el Hyde Park. Llamó en el N9 9, lleno de nerviosidad, con la extraña convicción de que al fin había encontrado su oportunidad.

Una criada de edad lo hizo entrar. La habitación era espaciosa, tenía muebles antiguos, libros y flores, y le recordó a Andrés el salón de la señora Vaughan. Al entrar sintió que su previsión era acertada. Se volvió al aparecer la señorita Everett, que lo estudió con la mirada.

Era una mujer bien hecha, de unos cincuenta años, de pelo oscuro y tez pálida, severamente vestida, con un aire de entera seguridad. Comenzó al momento, en un tono mesurado:

—He perdido a mi médico, desgraciadamente, pues tenía gran fe en él. La señorita Cramb me lo recomendó a usted. Es una criatura muy leal y tengo confianza en ella. Conozco sus antecedentes. Son buenos. —Se detuvo, inspeccionándolo abiertamente, escrutándolo. Tenía el aspecto de una mujer bien alimentada, bien cuidada, que no toleraría que ni uno solo de sus dedos careciera de la debida inspección de la cutícula. Luego, precavidamente—: Creo que acaso usted pueda convenirme. Habitualmente me coloco una serie de inyecciones por esta época del año. Padezco de fiebre intermitente. Usted sabe todo lo concerniente a este mal, supongo.

—Sí —respondió él—. ¿Qué inyecciones se aplica?

Ella mencionó el nombre de una preparación muy conocida.

—Mi antiguo médico me las recetó. Les tengo gran fe.

—¡Oh, bien!

Irritado por el tono de la dama, estuvo a punto de decirle que el infalible remedio de su infalible médico era inservible, que había conseguido su popularidad gracias a una hábil propaganda de la firma productora y a la falta de polen en la mayoría de los veranos ingleses. Pero se reprimió con un esfuerzo. Había una lucha entre sus convicciones y todo lo que deseaba alcanzar. Pensó receloso: «Si yo dejo escapar esta oportunidad, después de todos estos meses, soy un necio». Le contestó:

—Creo que puedo aplicarle las inyecciones como el mejor.

—Muy bien. Y ahora sus honorarios. Nunca le pagaba al doctor Sinclair más de una guinea por visita. ¿Puedo contar con que usted aceptará esta proposición? .

¡Una guinea por visita..., el triple del mayor honorario que jamás había recibido! Y algo más importante todavía: representaba su primer paso entre esta clientela superior que había estado anhelando todos estos meses. Una vez más sofocó la inmediata protesta de sus convicciones. ¿Qué importaba que las inyecciones fueran inútiles...?, eso era asunto de ella, no de él. Estaba harto de fracasos, cansado de ser un peón de a tres chelines y seis peniques. Quería mejorar de situación, triunfar. Y triunfaría a cualquier precio.

Al día siguiente acudió nuevamente a las once en punto. Ella lo había prevenido, con su severo tono, contra el más ligero atraso. No quería que le interrumpieran su paseo de la mañana. Andrés le administró la primera inyección. Y en adelante acudió dos veces por semana, prosiguiendo el tratamiento.

Era puntual, exacto como ella, y nunca se jactaba. Era casi divertida la forma en que gradualmente fue confiando en él. Winifred Everett era una mujer extraña y de una personalidad sumamente acentuada. Bien que rica —su padre había sido un gran industrial de cuchillería en Sheffield y todo el dinero que había heredado estaba bien invertido en títulos de la deuda pública—, se esmeraba en sacar el máximo de utilidad a cada penique. No era sordidez, sino más bien una extraña forma de egoísmo. Se

convertía en el centro de su universo, le daba el más prolijo cuidado a su cuerpo aún blanco y hermoso, y se sometía a toda clase de tratamientos que se imaginaba podían hacerle bien. Lo quería todo de lo mejor. Como poco, pero sólo los platos más exquisitos. Cuando en la sexta visita de Andrés se dio el gusto de ofrecerle un vaso de Jerez, él observó que era Amontillado de 1819. Se vestía en lo de Laurier's. Su ropa de cama era lo más primoroso que hubiera visto Andrés. Y con todo esto, sin embargo, nunca desperdiciaba a sabiendas ni un cuarto de penique. Manson no se hubiera podido imaginar jamás a la señorita Everett dándole media corona al chófer de un taxi sin antes mirar atentamente el marcador.

Debería aborrecerla; por una razón extraña, sin embargo, no lo hacía. Ella había elevado su egoísmo a la condición de una filosofía. Y de este modo era extraordinariamente sensible. Le recordó exactamente a Andrés la mujer de un viejo cuadro holandés, un Terborch, que había visto un día con Cristina. Tenía el mismo cuerpo grande, la misma piel suave, la misma boca desagradable, pero sensual.

Cuando Winifred vio que Andrés iba a convenirle, según su misma frase, se mostró mucho menos reservada. Era para ella una ley tácita el que la visita del médico durara veinte minutos, pues de otro modo le parecía que no le había exprimido todo su valor. Pero al cabo de un mes él la extendía a media hora. Conversaban juntos. Él le refirió su deseo de éxito. Ella aprobó. Su ámbito de conversación era limitado. Pero el ámbito de su parentela, era ilimitado, y de ella le hablaba por lo general. Le hablaba frecuentemente a Andrés de su sobrina, Catalina Sutton, que vivía en Derbyshire y venía a menudo a la ciudad, ya que su marido, el capitán Sutton, era miembro del Parlamento, en representación de Barnwell.

—El doctor Sinclair solía atenderlos —observó Winifred, afectando indiferencia—. No veo por qué no lo haría usted ahora.

En su última visita ella le dio otro vaso de su Amontillado, y le dijo muy agradablemente:

—Odio recibir cuentas. Permítame que nos arreglemos ahora —y le pasó un cheque doblado, por doce guineas—. Por supuesto que pronto lo llamaré de nuevo. Acostumbro a aplicarme una vacuna antigripal en el invierno.

Lo acompañó hasta la puerta del apartamento y allí se detuvo un instante, iluminándosele ligeramente el rostro en lo más próximo a una sonrisa que jamás le hubiera visto Andrés. Mas pasó rápidamente, y mirándolo con aire admonitorio, le dijo:

—Siga el consejo de una mujer de bastante edad para ser su madre. Vaya a lo de un buen sastre. Al sastre del capitán Sutton..., Rogers, en la calle Conduit. Usted me ha manifestado lo mucho que desea triunfar. Nunca lo conseguirá, vestido en esa forma.

Andrés se alejó maldiciéndola a su antigua manera apasionada, sintiendo que

todavía le quemaba la frente la impertinencia. ¡Vieja perra intrusa! ¿Qué le importaba a ella? ¿Qué derecho tenía a decirle cómo debería vestirse? ¿Lo tomaba por un perrillo faldero? Eso era lo peor de los compromisos, de la sumisión a las convenciones. Sus pacientes de Paddington le pagaban sólo tres chelines y seis peniques, pero no le pedían que fuera un maniquí de sastres. En lo futuro se limitaría a ellos, pero sería dueño de sí mismo.

Mas el mal humor se disipó. Era enteramente cierto que jamás había puesto el menor interés en sus ropas, que un traje cualquiera siempre le había servido excelentemente, lo había cubierto y protegido del frío sin elegancia. Cristina, asimismo, aunque tan correcta, nunca se preocupaba de los vestidos. Se sentía dichosa con una pollera de paño escocés y una blusa de lana tejida por ella misma.

Mentalmente hizo un inventario de sí mismo, de sus viejos y estrambóticos pantalones arrugados, manchados de lodo en los bordes. Después de todo, pensó, ella tiene toda la razón. ¿Cómo puedo conquistar pacientes acomodados con este aspecto? ¿Por qué no me lo habrá dicho Cristina? ¡ Es misión suya, no de esa vieja Winihed! ¿Cuál fue el nombre que me dio...? ¡Rogers, de la calle Conduit! Demonios, iré.

Había recuperado el ánimo cuando llegó a su casa. Extendió el cheque ante los ojos de Cristina.

—¡Mira, queridita! ¿Recuerdas cuando llegué corriendo con aquellos míseros tres chelines y pico del consultorio? ¡Bah! Esto sí que es verdadero dinero, auténticos honorarios, como debe ganarlos un doctor en medicina y distinguido M.R.C.P. Doce guineas por conversarle amablemente a Winifred la tonta, inyectándola inofensivamente con Eptone de Glickert.

—¿Qué es eso? —preguntó Cristina riendo. Pero inmediatamente se puso pensativa—. ¿No es eso lo que te he oído criticar tanto?

Se le alteró el semblante a Andrés, la miró sombríamente, desconcertado por completo. Cristina le había hecho la única observación que no hubiera querido escuchar. Al instante se sintió malhumorado, no consigo mismo, sino con ella.

—¡Vaya; Cristina! Nunca estás satisfecha. —Dio media vuelta y salió de la habitación. Todo el resto del día estuvo sombrío. Pero al día siguiente se alegró de nuevo, y fue a lo de Rogers, a la calle Conduit.

## Capítulo V

Andrés se sentía orgulloso como un colegial cuando, quince días después, descendió con uno de sus dos trajes nuevos. Era un gris oscuro, cruzado, que por sugestión de Rogers usaba con un cuello de puntas vueltas y una corbata de lazo, oscura, que hacía juego con el traje. Sin duda, el sastre de la calle Conduit conocía su oficio, y el nombre del capitán Sutton había hecho que trabajara a conciencia.

Ocurrió que esa mañana Cristina no se sentía bien. Le dolía la garganta y se había envuelto protectoramente el cuello y la cabeza con su vieja bufanda. Se servía el café cuando de pronto surgió ante ella la figura deslumbradora de Andrés.

Por un instante se quedó demasiado aturdida para hablar.

—¡Vaya, Andrés! —murmuró—. Estás estupendo. ¿Vas a alguna parte?

—¿Ir a alguna parte? Vaya a mis visitas, a mi trabajo, por supuesto. —Su engreimiento le hizo sentirse audaz. ¡Bien! ¿Te gusta?

—Sí —contestó ella, no lo bastante pronto para agradarle—. Estás sumamente elegante, pero... —sonrió— en cierto modo parece que no eres tú.

—Preferirías verme como un vagabundo, quizá.

Ella enmudeció y su mano, al alzar la taza, se contrajo súbitamente de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos. «¡Ah, pensó él, no tiene qué contestar!».

Terminó el desayuno y entró a la sala de consultas.

Cristina lo siguió cinco minutos después, con la bufanda todavía alrededor del cuello, indecisa e implorante la mirada.

—¡Querido! —le dijo—, por favor, no me entiendas mal. Me alegra verte con tu traje nuevo. Quiero que lo tengas todo, todo lo que necesites. Siento haber dicho eso hace un momento: pero, tú ves..., estoy acostumbrada a ti... ¡oh!, es terriblemente difícil explicarlo..., pero siempre te he identificado con..., ¡por favor, no me interpretes mal!..., con alguien a quien no le importa lo que parece o lo que piensa la gente a su respecto. ¿Recuerdas aquella cabeza de Epstein que vimos? No hubiera parecido la misma si..., ¡oh!, si hubiera sido afeitada y acicalada.

Andrés respondió secamente:

—Yo no soy una cabeza de Epstein.

Cristina no respondió. Últimamente había sido difícil razonar con Andrés, y ahora herida por esta incompreensión, no supo qué decir. Todavía vacilante, se alejó.

Tres semanas después, cuando la sobrina de la señorita Everett vino a pasar unas pocas semanas en Londres, Andrés fue recompensado por su dócil observancia de los consejos de la dama. Con un pretexto la señorita Everett lo llamó a Park Gardens, donde lo examinó, otorgándole su severa aprobación. Casi pudo verla Andrés adoptándolo como candidato digno de sus recomendaciones. Al día siguiente recibió un llamado de la señora Sutton, que, ya que el mal parecía estar en la familia, deseaba

el mismo tratamiento de la fiebre intermitente que su tía. Esta vez no tuvo remordimiento alguno de inyectarle el inútil Eptone de los útiles señores Glickert. Le produjo excelente impresión a la señora Sutton. Y antes del fin de mes era llamado por una amiga de la señorita Everett que también ocupaba un apartamento en Park Gardens.

Andrés estaba sumamente contento de sí mismo. Ganaba, ganaba, ganaba. En su violento anhelo del éxito se olvidó de cuán opuesto era su progreso a todo cuanto había creído hasta aquí. Su vanidad se había despertado. Se sentía animado y optimista. No se paraba a meditar en que esta rodante bola de nieve de su clientela «acomodada» había sido empujada, en primer término, por una alemanita gordinflona detrás del mostrador de una pequeña fiambrería, cerca del vulgar Mercado de Mussleburgh. Casi antes de que en absoluto hubiera tenido tiempo de reflexionar, la bola de nieve dio otro salto cuesta abajo... y otra oportunidad más emocionante aún se le ofreció a su avidez.

Una tarde de junio, en esa hora lacia que va de las dos a las cuatro, en que no ocurría normalmente nada de importancia, estaba sentado en su consultorio, computando las entradas del último mes, cuando de pronto sonó el teléfono. Tres segundos y estaba al lado del aparato.

—Sí, sí, habla el doctor Manson.

Escuchó una voz angustiada y palpitante:

—Ah, doctor Manson! Siento verdadero alivio de encontrarlo.

Usted habla con Winch..., de Laurier's. Le ha ocurrido un pequeño incidente a una de nuestras clientas. ¿Podría venir al instante?

—Estaré allí dentro de cinco minutos.

Colgó el auricular y corrió en busca del sombrero. Salió apresuradamente y saltó a un ómnibus número 15. A los cuatro minutos y medio había atravesado las puertas giratorias de Laurier's, recibido por la angustiada señorita Cramb y escoltado sobre superficies tersas de alfombra verde, teniendo que pasar frente a espejos dorados y paneles, contra los cuales podía verse, como por casualidad, un pequeño sombrero en su percha, una bufanda de encaje, un abrigo de noche, de armiño. Mientras ellos se deslizaban rápidamente, la señorita Cramb le explicó:

—Es la señorita Le Roy, doctor Manson. Una de nuestras clientes. No mía, gracias a Dios, pues siempre da mucho que hacer. Pero, doctor Manson, usted ve, yo le hablé al señor Winch de usted...

—¡Gracias! —dijo bruscamente. Todavía podía ser brusco en ciertas oportunidades—. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que ha tenido..., ¡oh, doctor Manson!..., que ha tenido un ataque en el probador.

En lo alto de la ancha escalera la señorita Cramb condujo a Andrés ante el señor

Winch, que, sonrojado en su agitación, le dijo:

—Por aquí, doctor, por aquí...; espero que pueda hacer algo. Es una terrible desgracia...

En la sala de pruebas, tibia, exquisitamente tapizada en un matiz verde muy pálido, con artonados dorados y verdes, había una multitud de chicas vocingleras, una silla dorada patas arriba, una toalla por el suelo, un vaso de agua derramada, una batahola de los diablos. Y allí, como centro de todo, la señorita Le Roy, la dama del ataque. Yacía en el suelo, rígida, apretando espasmódicamente las manos y atiesando súbitamente los pies. De cuando en cuando le brotaba de la apretada garganta un chillido forzado y atemorizador.

Al entrar Andrés con el señor Winch, una de las vendedoras de más edad del grupo rompió a llorar.

—No fue por culpa mía —sollozó—. Sólo le hice ver a la señorita Le Roy que era el modelo escogido por ella misma...

—Oh queridita, por Dios! —exclamaba Winch—. Esto es espantoso, espantoso. ¿Llamaré a la ambulancia?

—No, no todavía —dijo Andrés, con su tono acostumbrado.

Se inclinó hacia la señorita Le Roy. Era muy joven, de unos veinticuatro años, de ojos azules y pelo sedoso muy claro, desparramado bajo su oblicuo sombrero. Su rigidez, sus espasmos convulsivos iban en aumento. Al otro lado de ella estaba de rodillas otra mujer, de ojos oscuros, al parecer, su amiga.

—¡Oh, Toppo, Toppo! —seguía murmurando.

—Por favor, despejen la habitación —dijo de pronto Andrés—. Querría que salieran todos... —sus ojos se posaron sobre la joven morena—, salvo esta señora.

Las chicas se fueron, algo contrariadas... Había sido una verdadera diversión el asistir al ataque de la señorita Le Roy. Incluso se retiraron la señorita Cramb y el señor Winch. En cuanto hubieron salido, las convulsiones se tornaron espantosas.

—Es un caso sumamente serio —dijo Andrés, hablando de modo muy distinto.

La señorita Le Roy giró los ojos hacia él.

—Tenga la bondad de alcanzarme una silla.

La otra mujer enderezó la silla derribada en el centro de la habitación.

En seguida, muy lentamente y con la mayor suavidad, sosteniéndola por la axilas, Andrés sentó a la convulsa señorita Le Roy. Le mantuvo erguida la cabeza.

—¡Míreme! —dijo con mayor suavidad aún. Luego, con la palma de la mano le aplicó un resonante golpe en la mejilla. Era su acción más enérgica de muchos meses, y siguió siéndolo, ¡ay!, por muchos meses todavía.

La señorita Le Roy dejó de chillar, cesó el espasmo, sus ojos extraviados se enderezaron por sí solos. Miró a Andrés con asombro infantil y doloroso. Antes de que pudiera reincidir, Andrés, le dio una nueva fuerte palmada en la otra mejilla:

¡pam! La angustia del rostro de la señorita Le Roy era divertida. Se estremecía, parecía a punto de chillar de nuevo, y en seguida comenzó a quejarse suavemente. Lloró, volviéndose a su amiga:

—Quiero regresar a casa, querida.

Andrés miró como excusándose a la dama joven y morena, que ahora lo miraba con extraordinario interés, aunque contenido.

—Lo siento mucho —murmuró—. Era la única manera. Histeria, espasmos de manos y pies. Podía haberse hecho daño Yo no tenía anestésico ni nada. Y, en todo caso, ha surtido efecto.

—Sí..., ha surtido efecto.

—Déjela que grite —dijo Andrés—. Buena válvula de escape. Dentro de pocos minutos estará enteramente bien.

—Espere, sin embargo... Usted debe acompañarla a su casa.

—Muy bien —dijo Andrés, con el más grave tono profesional.

Al cabo de cinco minutos, Topsy Le Roy estuvo en condiciones de arreglarse el rostro, larga operación interrumpida por unos sollozos inconexos.

—¿No estoy demasiado fea, verdad? —le preguntó a su amiga.

De Andrés no se preocupó en absoluto.

En seguida abandonaron el probador y su paso por la larga sala de exhibiciones causó sensación. El espanto y el alivio dejaron casi sin habla al señor Winch. No sabía, no sabría nunca cómo había ocurrido esto, cómo habían hecho andar a la convulsa parálitica. Los siguió, balbuceando palabras deferentes. Al salir Andrés por la puerta principal, detrás de las dos damas, le dio un caluroso apretón de manos.

El taxi los llevó por la calle Bayswater en dirección a Marble Arch. No hubo siquiera intento de hablar. La señorita Le Roy estaba ahora huraña, como una niña mimada que ha sido castigada y continuó con sollozos ahogados; de cuando en cuando se contraían involuntariamente los músculos de la cara y las manos. Ahora que se la podía ver en forma más normal, era muy delgada y casi bonita. Su vestido era hermoso, pero, no obstante, a Andrés le pareció exactamente un pollito recién salido del cascarón, por el que pasaran periódicamente corrientes eléctricas. El mismo estaba nervioso, consciente de la delicada situación y, sin embargo, dispuesto a aprovecharla plenamente.

El taxi dobló por Marble Arch, corrió a lo largo de Hyde Park y, tomando a la izquierda, se detuvo frente a una casa de la Green Street. Casi en un instante estaban dentro. La mansión dejó con la boca abierta a Andrés, que no se había imaginado jamás algo tan suntuoso. El amplio corredor de madera de pino, el saloncito resplandeciente de jade, las sillas de laca de un dorado rojizo, los amplios canapés, la única y extraña pintura colocada en un valioso marco, los pisos cubiertos de finísimas pieles.



Topy Le Roy se echó en un sofá de cojines de seda, ignorando todavía a Andrés, quitándose el sombrero, que tiró al suelo.

—Llama, querida, necesito beber. Gracias a Dios, papá no está en casa.

Rápidamente un criado trajo cocktails. Cuando se hubo ido, la amiga de Topy miró pensativamente a Andrés, casi con una sonrisa.

—Creo que debemos explicarnos con usted, doctor. Todo ha sido tan precipitado. Soy la señora Lawrence. Topy, aquí presente, la señorita Le Roy, tuvo un altercado con motivo de un vestido que se está haciendo confeccionar especialmente para el baile de beneficencia de los artistas, y... ¡bueno!..., ha tenido mucho que hacer últimamente; es una personita muy nerviosa, y en resumidas cuentas, aunque se halla muy enojada con usted, ambas le estamos enormemente agradecidas por habernos acompañado hasta aquí. Y voy a tomarme otro cocktail.

—Yo también —dijo. Topy, de mal humor—. ¡Esa maldita mujer de Laurier's! Le diré a papá que vaya y haga que la echen. No, no, no lo haré! —Mientras se tomaba su segundo cocktail se dibujó lentamente sobre su rostro una sonrisa de agradecimiento. En todo caso, les di algo que hacer, ¿no, Francisca? Me puse sencillamente salvaje. Esa expresión del rostro del viejo Mam Winch era divertidísima. —Su flaco cuerpecito se sacudió de risa. Su mirada se cruzó con la de Andrés, sin malevolencia—. Ríase no más, doctor. Fue algo divertidísimo.

—No, no creo que fuera tan divertido. —Andrés hablaba rápidamente, deseoso de explicarse, de fijar su posición, de convencerla de que aún estaba enferma—. Usted tuvo realmente un grave ataque. Siento haber tenido que tratarla como lo hice. Si hubiese tenido un anestésico se lo habría dado. Mucho menos molesto para usted. Y le ruego no suponga en modo alguno que yo crea en su deliberado propósito de prolongar aquel ataque. La histeria... sí, porque fue eso, es un síndrome definido. La gente no debería tener tal indiferencia respecto de ella. Es una enfermedad del sistema nervioso. Usted ve, está extremadamente fatigada, señorita Le Roy; todos sus gestos están alterados, se halla sumamente nerviosa.

—Es perfectamente cierto —asintió Francisca Lawrence—. Has trabajado demasiado últimamente, Topy.

—¿Me hubiera dado efectivamente cloroformo? —le preguntó Topy a Andrés, con infantil extrañeza—. Habría sido divertido.

—Pero, seriamente, Topy —dijo la señora Lawrence—, desearía que te mejoraras.

—Hablas como papá —dijo Topy, perdiendo su buen humor.

Hubo una pausa. Andrés había terminado su cocktail. Dejó el vaso sobre la repisa de pino tallado, que estaba detrás de él. Le pareció que no tenía nada más que hacer allí.

—Bueno —dijo—, debo continuar mi tarea. Tenga la bondad de seguir mi

consejo, señorita Le Roy. Coma cosas ligeras, acuéstese y, ya que no puedo prestarle otro servicio, llame a su propio médico mañana. Adiós.

La señora Lawrence lo acompañó hasta la puerta, con un modo tan pausado, que él se vio obligado a moderar la precipitación de su salida. Era alta y delgada, con hombros más bien altos y cabeza pequeña y elegante. En su pelo oscuro hermosamente ondeado, unas cuantas hebras grises le daban una curiosa distinción. Sin embargo, era muy joven, no tendría más de veintisiete años, estaba seguro. A pesar de su altura, tenía estructura delicada, sus muñecas especialmente eran pequeñas y hermosas, y su figura íntegra realmente parecía flexible, exquisitamente templada, como la de un esgrimista. La dama le tendió la mano, fijos en él sus ojos castaño-verdosos, con aquella sonrisa suave, cordial, serena.

—Sólo quería decirle cuánto admiro su nuevo método de tratamiento —se contrajeron sus labios—. No lo abandone por nada. Creo que le proporcionará grandes éxitos.

Caminando por la Street Green para tomar un autobús, vio con gran asombro que eran cerca de las cinco. Había pasado tres horas en compañía de esas dos mujeres. Tenía derecho a cobrar un subido honorario. Y, sin embargo, a pesar de este pensamiento alentador —tan sintomático de su nuevo y audaz modo de ver las cosas—, se sentía confundido, extrañamente descontento. ¿Había sacado realmente todo el partido de la oportunidad? Parecía haber agradado a la señora Lawrence. Pero nunca se podía estar seguro con gente como ésa ¡Qué casa tan maravillosa, además! De pronto se mordió los labios exasperado. No sólo no había dejado su tarjeta, sino que había olvidado decirles quién era. Al tomar asiento en el autobús repleto, junto a un anciano obrero de sucio suéter, se censuró acerbamente por haber dejado escapar esa magnífica ocasión.

## Capítulo VI

A la mañana siguiente, a las once y cuarto, hallándose a punto de partir a hacer unas cuantas visitas baratas por los alrededores del Mercado Mussleburgh, sonó el teléfono. Le hablaba la voz de un criado, gravemente solícita.

—¿El doctor Manson, señor? ¡Ah! La señorita Le Roy desea saber señor, a qué hora vendrá a verla hoy. ¡Ah!, excúseme señor, no se retire, la señora Lawrence le hablará personalmente.

Andrés estuvo en suspenso, con excitación temblorosa, mientras la señora Lawrence le hablaba muy amistosamente, explicándole que esperaban que fuera sin falta.

Al colgar el auricular se dijo a sí mismo, radiante de felicidad, que, después de todo, no había desperdiciado la oportunidad del día anterior, no, no.

Postergó todos sus demás llamados, urgentes o no, y se fue directamente a la casa de Green street.

Allí se encontró por primera vez con José Le Roy. Este lo aguardaba impaciente en el hall adornado con jade. Era un hombre grueso y calvo, bajo y erguido, que apuraba el cigarro, como un hombre que no tiene tiempo que perder. En un segundo sus ojos traspasaron a Andrés, rápida operación quirúrgica, que terminó a satisfacción mutua. En seguida habló enérgicamente, con una pronunciación colonial:

—Vea, doctor estoy apurado. La señora Lawrence ha tenido que volverse loca esta mañana siguiéndole la pista. Entiendo que usted es un joven talentoso y serio. También es casado, ¿no? Bien; ahora, hágase cargo de mi chica. Mejórela, robustézcala, sáquele toda esta maldita histeria de su sistema. No escatime nada. Puedo pagar. Hasta la vista.

José Le Roy era oriundo de Nueva Zelandia. Y a pesar de su dinero, de su casa de la Green Street y de su exótica y pequeña Toppy, no era difícil dar fe a la verdad: su bisabuelo era un tal Miguel Cleary, trabajador agrícola iletrado de los alrededores de Greymouth Harbour, conocido familiarmente de sus «desarrapados» camaradas como «Leary». José Le Roy había hecho frente a la vida, indudablemente, como Joe Leary, niño cuyo primer oficio fue el de ordeñador en las grandes granjas de Greymout. Pero Joe había nacido, según decía, para ordeñar otra cosa que vacas. Y treinta años después en la oficina del último piso del rascacielos de Auckland, era José Le Roy quien ponía su firma al contrato que unificaba las granjas de la isla en una gran compañía de leche condensada.

Era un plan mágico, la Sociedad Cremogen. Por este tiempo los productos de leche condensada eran desconocidos, y estaban comercialmente desorganizados. Fue Le Roy quien vislumbró sus posibilidades, quien condujo su asalto al mercado mundial, anunciándolos como un alimento caído del cielo para niños e inválidos. La

esencia del negocio radicaba, no en los productos de Joe, sino en su propia audacia. El exceso de nata de la leche, que había sido arrojada a las alcantarillas o dada a los cerdos en centenares de haciendas de Nueva Zelanda, era vendida ahora en las ciudades del mundo en las latas de Joe, elegantemente presentadas como Clemogen, Cremax y Cremefat, por un precio triple del de la leche fresca.

Codirector de la asociación Le Roy y administrador de los intereses ingleses ora Jack Lawrence, que había sido, bastante ilógicamente, oficial de guardias antes de dedicarse a los negocios en la urbe. Sin embargo, lo que unió a Topy y a la señora de Lawrence fue algo más que la mera asociación de intereses. Francisca, rica por derecho propio y mucho más en su centro en la elegante sociedad de Londres que Topy —que a menudo delataba sus antecedentes cerriles—, tenía un complaciente cariño por la niña terrible. Cuando Andrés subió después de su entrevista con Le Roy, ella estaba esperándolo cerca del cuarto de Topy.

Por lo general, los días siguientes, Francisca estuvo presente a la hora de su visita, ayudándolo con su caprichosa y exigente enferma, pronto a ver cualquier mejoría en Topy, empeñada en que continuara el tratamiento, preguntando cuándo debían esperar su próxima visita.

Agradecido a la señora Lawrence, era todavía bastante desconfiado para encontrar extraño que esa aristócrata, mujer encumbrada a quien sabía excluyente antes de que negase a ver sus fotografías en las revistas, tuviera siquiera este ligero interés por él. Su boca ancha y más bien caprichosa, expresaba habitualmente hostilidad hacia las personas que no eran de su intimidad, y, sin embargo, por alguna razón nunca le era hostil a Andrés. Sintió éste un deseo extraordinario, mayor que la curiosidad, de sondear su carácter, su personalidad. Le parecía no saber nada de la verdadera señora Lawrence. Era una delicia observar las mesuradas acciones de sus miembros mientras se movía por la habitación. Era siempre ágil y ligera, cuidadosa en todo lo que hacía, con una intención en el fondo de sus ojos benévolos, a pesar del gracioso descuido de su conversación.

En cuanto se dio cuenta Andrés de que la sugestión había sido de ella —aunque no le dijo nada a Cristina, que todavía barajaba alegremente su presupuesto doméstico en chelines y peniques— comenzó a preguntarse impacientemente cómo un médico podía cultivar una clientela en las altas esferas sin un automóvil elegante. Era ridículo que caminase por Green Street, llevando su propio maletín, con sus zapatos empolvados, presentándose sin auto ante el criado que le miraba con aire de superioridad. Tenía un garaje de ladrillos en la parte posterior de su casa, lo que reduciría considerablemente el costo de manutención, y había firmas que se especializaban en proporcionar autos a los médicos, firmas admirables que no tenían inconveniente en facilitar amablemente las condiciones de pago.

Tres semanas después, un cupé de capota plegable, flamante y lustroso, se detenía

en la calle Chesborough número 9. Descendiendo del asiento de la dirección, Andrés subió corriendo la escalera de su casa.

—¡Cristina! —gritó, procurando ahogar el temblor emocionado de su voz—. ¡Cristina! ¡Ven a ver algo!

La quería deslumbrar, y lo consiguió.

—¡Dios mío!; —le tomó el brazo a Andrés—. ¿Es *nuestro*? ¡Oh, qué hermoso!

—¿Verdad? Míralo, querida; no toques la pintura, podría marcar el barniz — Andrés le sonreía enteramente a su antigua manera—. Grata sorpresa, Cristina, ¿no? Y lo he comprado, he conseguido la licencia y todo lo demás sin decirte una palabra. Distinto del viejo Morris. Suba, señora, y le haré una demostración. Corre como un pájaro.

Cristina no podía admirar lo bastante el auto mientras él la llevaba, así en cabeza, a dar una vuelta alrededor de la plaza. Cuatro minutos después estaban de vuelta, de pie sobre la acera, deleitando todavía sus ojos Andrés en la contemplación del tesoro. Sus momentos de intimidad, de mutua comprensión y felicidad común eran tan escasos ahora, que ella no quería interrumpir éste. Murmuró:

—Te será tan fácil triunfar ahora, querido. —Y después recelosa—: Y si pudiéramos dar una vuelta por el campo, por ejemplo, los domingos, por los bosques..., ¡oh, sería *maravilloso*!

—Por supuesto —respondió Andrés, ausente—. Pero, en realidad, es para la profesión. No podemos andar vagando por ahí, cubriéndolo de barro.

Pensaba en el efecto que haría sobre sus clientes este cupé resplandeciente.

El efecto principal, sin embargo, superó sus expectativas. El jueves de la semana siguiente, al salir de la pesada puerta de cristal y hierro labrado de la Green Street número 17 A, se topó de manos a boca con Freddie Hamson.

—¡Hola, Hamson! —exclamó. No pudo reprimir un estremecimiento de satisfacción a la vista del rostro de Hamson. Al principio éste apenas lo había reconocido, y al hacerlo, su expresión, después de recorrer varios grados de sorpresa, era todavía francamente de estupor.

—¡Vaya! ¡Hola! —dijo Freddie—. ¿Qué haces por aquí?

—Un paciente —respondió Andrés, volviendo atrás la cabeza en dirección al número 17 A—. Tengo a la hija de Joe Le Rayen mis manos.

—¡Joe Le Roy!

Esa sola exclamación valía mucho para Manson. Puso una mano de dueño en la portezuela de su nuevo y hermoso cupé.

—¿En qué dirección vas? ¿Puedo dejarte en alguna parte?

Freddie se repuso rápidamente. Rara vez se desconcertaba, y nunca por tiempo prolongado. En treinta segundos su opinión sobre Manson, toda su idea acerca de la utilidad que Manson podía tener para él, había experimentado una rápida e inesperada

revolución.

—Si —sonrió amigablemente—. Iba a Bentinck Street..., a la casa de Ida Sherrington. Caminando para conservar la línea. Pero iré contigo.

Callaron durante algunos minutos, mientras corrían por la calle Bond. Hamson meditaba. Había saludado efusivamente a Manson a su llegada a Londres, porque esperaba que el trabajo de éste pudiera proporcionarle de vez en cuando alguna consulta de tres guineas en Queen Alme Street. Pero ahora el cambio operado en su antiguo compañero de clase, el auto y, sobre todo, la mención de Joe Le Roy —el nombre tenía para él una significación mundana infinitamente mayor que para Manson—, le mostraban su error. Existían, además, las características idealistas de Andrés, útiles, utilísimas.

Mirando astutamente a lo lejos, Freddie vio una base de cooperación entre ellos, mucho mejor y más provechosa. Quiso ir con tino, por supuesto, pues Manson era un diablo inseguro y suspicaz.

—¿Por qué no vienes conmigo a ver a Ida? Te será útil conocerla, aunque tiene la peor clínica de Londres. Y ciertamente cobra más.

—¿Sí?

—Ven a ver a mi enferma. Es inofensiva... la anciana señora Raeburn. Ivory y yo le estamos haciendo algunos exámenes. Tú eres fuerte en pulmón, ¿no? Examínale su tórax. Le agradecerá enormemente. Y serán cinco guineas para ti.

—¡Cómo!... ¡Tú pretendes! ¿Pero qué tiene que ver su tórax?

—No mucho —dijo sonriente Freddie—. No te quedes tan espantando. Tal vez tiene algo de bronquitis senil. Y se alegraría de verte. Es así cómo lo hacemos aquí. Ivory, Deedman y yo. Tú debes realmente unirte a nosotros, Manson. No hablaremos ahora de ello..., si, a la vuelta de aquella esquina..., pero te asombrará, ver cómo funciona el sistema.

Andrés detuvo el auto en la casa indicada por Hamson, una casa habitación corriente, alta y estrecha, que evidentemente jamás había sido concebida para su actual destino. Considerando la bulliciosa calle, de un tránsito ensordecedor, era difícil imaginar cómo pudiera hallar la paz aquí una persona enferma. Era precisamente el sitio indicado para provocar más que para curar un trastorno nervioso. Andrés se lo dijo a Hamson mientras subían las gradas de la puerta principal.

—Lo sé, mi querido amigo —convino Freddie, con pronta cordialidad—. Pero son todas lo mismo. Este rinconcito del West End está atestado de ellas. Tú ves, deben sernos cómodas a nosotros —hizo una mueca—; sí, serían ideales en algún sitio tranquilo pero..., por ejemplo..., ¿qué cirujano recorrería diez millas cada día para ver a su enfermo cinco minutos? ¡Oh, tendrás que conocer con el tiempo los refugios de los enfermos en nuestro pequeño West End! —Pasaron al estrecho hall—.

Tienen todas tres olores, como lo observarás: anestésicos, cocina y excrementos..., sucesión lógica... Perdóname, Viejo. Y ahora vamos a ver a Ida.

Con el aire del hombre que conoce el camino, lo llevó a una pequeña oficina del piso bajo, donde una mujer pequeña, con uniforme lila y una toca blanca almidonada, estaba sentada frente a un pequeño escritorio.

—Buenos días, Ida —exclamó Freddie, entre el halago y la familiaridad—. ¿Haciendo sus sumas?

Ella alzó los ojos, los vio y sonrió amablemente. Era baja, robusta y en extremo sanguínea. Pero su brillante cara roja estaba de tal modo cubierta de polvos, que el resultado era un color lila casi igual al de su uniforme. Tenía un aspecto de vitalidad dinámica, de buen humor, de energía. Sus dientes eran postizos y le quedaban mal, el cabello grisáceo. En cierto modo era fácil suponerle un vocabulario grueso, imaginarla desempeñándose admirablemente como empresaria de un club nocturno de segundo orden.

Sin embargo, la clínica de Ida Sherrington era la más a la moda en Londres. La mitad de los pares habían estado en el consultorio de Ida; mujeres de sociedad, personajes del «turf», famosos abogados y diplomáticos. Bastaba tomar el diario de la mañana para enterarse de que todavía otro brillante actor o actriz de la escena o de la pantalla había dejado su apéndice entre las manos maternas de Ida. Vestía a todas sus enfermeras en un delicado tono de malva, le pagaba a su proveedor de vinos doscientas libras al año y a su cocinero el doble de dicha suma. Los precios que les cobraba a sus enfermos eran fantásticos. Cuarenta guineas semanales por una habitación no era una suma poco frecuente. Y amén de eso, venían las extras, la cuenta del farmacéutico —a veces cuestión de libras—, la enfermera especial para la noche, el derecho a pabellón. Pero cuando se le discutía, Ida tenía una respuesta que ella adornaba a menudo con un adjetivo libre y expedito. Tenía sus preocupaciones, debía pagar sueldos y porcentajes, y a veces sentía como que era ella la esquilada.

Ida tenía su debilidad por los médicos jóvenes, y saludó amablemente a Manson mientras Freddie decía:

—Mírelo bien. Pronto le enviaré tantos pacientes, que usted tendrá que desbordarse sobre el Plaza Hotel.

—El Plaza Hotel se desborda sobre mí —replicó Ida, inclinando significativamente la cabeza.

—¡Ja, ja, ja! —rió Freddie—. Está muy bien..., debo decírselo al viejo Deedman. Le gustará a Pablo. Ven, Manson. Subiremos a la cumbre.

El ascensor repleto, precisamente lo bastante grande para dar cabida a una camilla de ruedas colocada diagonalmente, los llevó al cuarto piso. El corredor era angosto. Junto a las puertas había vasijas y jarrones de flores marchitas en la cálida atmósfera. Entraron a la habitación de la señora Raeburn.

Era una mujer de más de sesenta años, que, acomodada sobre sus almohadas, aguardaba la visita del doctor con un papelito en la mano, en el que había anotado algunos síntomas experimentados durante la noche, juntamente con las preguntas que tenía que hacer. Andrés la clasificó certeramente como hipocondríaca de edad, la *enferma del trocito de papel*, de Charcot.

Sentado sobre la cama, Freddie le conversó, le tomó el pulso —nada más—, la escuchó y la reconfortó alegremente. Le dijo que Ivory vendría con los resultados de algunos exámenes altamente científicos, por la tarde. Le pidió que le permitiera a su colega el doctor Manson, especialista en pulmón, que la auscultara. La señora Raeburn se sintió halagada. Le encantó. Resultó que había estado durante dos años en manos de Hamson. Era rica, carecía de parientes y compartía su tiempo entre hoteles selectos y aristocráticos, y clínicas del West End.

—¡Hombre! —exclamó Freddie cuando salieron de la habitación—. No te imaginas qué mina de oro ha sido para nosotros esta vieja. Qué de libras le hemos extraído!

Andrés no respondió. El ambiente de este sitio lo enfermaba. Estaban enteramente sanos los pulmones de la anciana dama, y sólo su conmovedora mirada de gratitud hacia Freddie salvaba todo aquello de ser francamente deshonesto. Trató de persuadirse. ¿Por qué sería él tan intransigente? Nunca triunfaría continuando intolerante, aferrado a sus convicciones. Y Freddie se lo había dado a entender bondadosamente al proporcionarle la oportunidad de examinar a esta enferma.

Le dio un amistoso apretón de manos a Hamson antes de subir a su cupé. Y a fin del mes, cuando recibió un cheque por cinco guineas, prolijamente escrito, de la señora Raeburn, juntamente con sus mejores agradecimientos, se rió de sus tontos escrúpulos. Ahora se regocijaba de recibir cheques, y para su gran satisfacción le llegaban en número cada vez mayor.



## Capítulo VII

El consultorio había experimentado un aumento prometedor. Adquirió ahora una expansión rápida y casi eléctrica en todas direcciones, lo que tuvo por efecto que Andrés se dejase arrastrar más rápidamente por la corriente. En cierto sentido era víctima de su propia energía. Siempre había sido pobre. En el pasado su individualismo obstinado sólo le había procurado derrotas. Ahora podía justificarse a sí mismo con las sorprendentes demostraciones de su éxito material.

Poco después del llamado urgente del Laurier's, tuvo una entrevista sumamente halagadora con el señor Winch, y desde entonces, nuevas chicas de la tienda y aun algunas de las clientas vinieron a consultarlo. Acudían principalmente con achaques triviales; sin embargo, una vez que una joven lo había visitado, era difícil que no volviera frecuentemente...; su manera era tan bondadosa, tan amable, tan viva.

Aumentaron las entradas de su consultorio. Pronto procuró que se pintara nuevamente el frente de la casa, y con ayuda de una de esas firmas de proveedores de médicos —impacientes por ayudar a los jóvenes profesionales a ampliar sus entradas—, pudo reamueblar el consultorio y la sala de operaciones con un nuevo diván, un sillón giratorio tapizado, y varios elegantes botiquines y vitrinas de cristal y esmalte blanco.

La evidente prosperidad de la casa recién pintada de color crema, de su auto, de este resplandeciente equipo moderno, se impusieron pronto al vecindario, reconquistándole muchos de los clientes «acomodados» que habían consultado al doctor Foy en el pasado, pero lo habían abandonado gradualmente a medida que el anciano y su consultorio decayeron progresivamente.

Se habían terminado para Andrés los días de espera de inactividad forzosa. Las consultas de la tarde excedían a su capacidad de trabajo; sonaba la campanilla de la puerta delantera, rechinaba la puerta de la salita de operaciones, los pacientes aguardaban a ambos lados, obligándole a multiplicarse y apresurarse entre las dos habitaciones. No había otro recurso. Se vio en la necesidad de organizar las cosas de otro modo, para ahorrar tiempo.

—Escucha, Cristina —le dijo una mañana—. Acabo de discurrir algo que me va a simplificar mucho estas terribles horas. Tú ves..., cuando he examinado a un paciente en el consultorio, vengo a casa a prepararle su remedio, lo que me quita habitualmente cinco minutos. Y es una lamentable pérdida de tiempo..., que yo podría utilizar en atender a uno de los clientes «acomodados» que me aguardan en la sala de consultas. Bueno, ¿entiendes mi plan? ¡En lo sucesivo, tú serás mi farmacéutico!

Cristina lo miró con una instantánea contracción de las cejas.

—Pero yo no sé nada de preparar remedios.

Andrés sonrió tranquilamente.

—Claro, querida. He preparado unas mezclas. Todo lo que tú tienes que hacer es llenar los frascos, rotularlos y envolverlos.

—Pero... —la perplejidad de Cristina se delataba en sus ojos—. ¡Oh, yo quiero ayudarte, Andrés!... Sólo que..., ¿crees tú realmente...?

—¿No ves que tengo que creerlo? —La mirada de Andrés evitó la de Cristina. Se bebió malhumorado el resto del café—. Sé que solía disertar sobre las drogas en Aberalaw. ¡Puras teorías! Ahora soy..., soy un médico práctico. Además, todas esas muchachas de Laurier's son anémicas. Una buena preparación de hierro no les hará ningún daño.

Antes de que ella pudiera responder, tuvo que acudir él al llamado de la campanilla del consultorio.

En otros tiempos ella habría discutido, adoptado una posición firme. Pero ahora reflexionaba tristemente en la inversión de sus relaciones recíprocas. Ya no influía, ya no lo guiaba. Era él quien tomaba la delantera.

Cristina comenzó a estacionarse en el reducto de la farmacia durante aquellas horas febriles de las consultas, en espera de alguna exclamación imperiosa de Andrés a su rápido tránsito entre los clientes «acomodados» y los de la salita de operaciones: «¡Hierro!», o «alba», o «carminativo», o a veces, cuando ella protestaba que la preparación de hierro se había concluido, él exclamaba significativamente: «¡Cualquier cosa! ¡Diablo! ¡Cualquier cosa!».

Con frecuencia, las consultas no terminaban hasta después de las nueve y media. Entonces hacían el libro, el pesado libro mayor del doctor Foy, que sólo estaba lleno hasta la mitad cuando ellos recibieron el consultorio.

—¡Dios mío! ¡Qué día, Cristina! —exclamaba—. ¿Recuerdas aquellos primeros míseros tres chelines y seis peniques que obtuve como un tímido colegial? Bueno, hoy hemos sacado más de ocho libras sonantes.

Andrés metía el dinero, pesados montones de plata y algunos billetes, en el saquito de tabaco Afrikander que usara el doctor Foy para lo mismo, y lo guardaba con llave en el cajón del medio de su escritorio. Como el libro mayor, seguía usando el viejo saquito para no perder la suerte.

Había olvidado todas sus primeras dudas y elogiaba el acierto de haberse hecho cargo del consultorio.

—Nos ha resultado espléndido en todo sentido, Cristina. Un consultorio productivo y una firme vinculación con la clase media. Y, además, me estoy creando por mi cuenta una clientela de lujo. Tú ves adónde vamos.

El 1º de octubre Andrés pudo decirle a su mujer que amueblara de nuevo la casa. Después de la consulta de la mañana le manifestó con indiferencia, como solía hacerlo ahora:

—Quisiera que hoy fueras de compras. Ve a lo de Hudson... o a lo de Ostley, si lo prefieres. A la mejor parte. Y compra todos los muebles nuevos que necesitas. Un par de juegos de dormitorio, amueblado de salón, compra de todo.

Cristina lo miró en silencio mientras él encendía su cigarrillo, riendo.

—Esa es una de las satisfacciones de ganar dinero: el poder darte todo lo que necesitas. No creas que soy avaro. No. Tú has sido un ángel durante nuestros días malos. Ahora estamos comenzando precisamente a disfrutar de nuestros buenos tiempos.

—Comprando muebles lujosos y... un juego de sillones tapizados en lo de Ostley. Andrés no advirtió la amargura del tono de Cristina. Se rió.

—Eso es, querida. Ya es tiempo de que nos deshagamos de nuestros vejestorios y de la Regencia.

A Cristina se le saltaron las lágrimas. No pudo contener su indignación:

—No los creías vejestorios en Aberalaw. Y tampoco lo son. ¡Oh, aquéllos sí que eran dalas, aquéllas eran días felices! Ahogando un sollozo dio media vuelta y abandonó la habitación.

El la miró desconcertado. Sus actitudes habían sido extrañas últimamente..., la había visto indecisa y deprimida, con súbitos arranques de incomprensible amargura. Andrés sentía que se estaban alejando el uno del otro, perdiendo aquella misteriosa unidad, ese oculto lazo de camaradería que siempre había existido entre ellos. ¡Bueno! No era culpa suya. El hacía todo lo que podía. Y pensó amargamente: «Mi mejor situación no significa nada para ella, nada». Pero no tenía tiempo para detenerse en lo irrazonable e injusto de la conducta de Cristina. Veía ante sí una larga lista de llamados y, ya que era martes, debía hacer su visita habitual al Banco.

Regularmente dos veces por semana iba al Banco a efectuar depósitos a su cuenta, pues sabía que no era prudente acumular dinero en efectivo en su escritorio. No podía menos de advertir el contraste entre estas visitas agradables y su experiencia en Drineffy, en que, como modestísimo ayudante, había sido humillado por Aneurin Rees. Aquí el señor Wade, el gerente, le dispensaba siempre una cálida sonrisa de deferencia y a menudo le invitaba a fumar un cigarrillo en su oficina privada.

—Si puedo expresarme así, doctor, sin alusiones personales, usted está trabajando notablemente bien. Aquí deseamos trabajar con un doctor progresista, que posea la dosis justa de conservadurismo. Como usted, doctor, si me lo permite. Ahora bien, estas acciones Southern Railway Guaranteed, sobre las que conversábamos el otro día...

La deferencia de Wade no era más que un ejemplo del cambio general de opinión. Veía ahora que los demás doctores del distrito le hacían un amistoso saludo cuando se cruzaban sus cupés. En la reunión local del otoño, de la Asociación Médica, en esa

misma sala en que, en su primera presentación, se le había hecho sentirse un paria, le dieron la bienvenida, otorgándosele importancia, y el doctor Ferrie, el vicepresidente, le ofreció un cigarro.

—Me alegro de verlo entre nosotros, doctor —le dijo, derritiéndose, el pequeño y rojizo Ferrie—. ¿Qué opina usted de mi discurso? Tenemos que defender nuestros honorarios. Especialmente en los llamados nocturnos, he tomado una posición firme. La otra noche fui llamado por un niño..., un simple chiquillo de doce años: «Venga pronto, doctor», me dice. «Papá está en el trabajo y mi mamá se siente horriblemente mal». Usted conoce esa conversación de las dos de la madrugada. Y yo no había visto al muchacho jamás en mi vida. «Mi querido niño —le digo—, tu madre no es cliente mía. Márchate y vuelve con media guinea, y entonces acudiré. Por supuesto que no volvió más. Le digo a usted, doctor, esta zona es terrible».

La semana siguiente a la reunión médica, la señora Lawrence lo llamó. Siempre se deleitaba Andrés con la graciosa incongruencia de sus conversaciones telefónicas, pero hoy, después de referirle que su marido estaba pescando en Irlanda, que posiblemente ella iría a juntársele después, lo invitó a almorzar el próximo viernes, deslizando su invitación como algo de poca importancia.

—Topsy estará allí. Y una o dos personas... menos tontas, creo, que las que uno suele encontrar. Le será de algún provecho... tal vez... el conocerlas.

Andrés colgó el tubo entre complacido y extrañamente irritado. En su corazón experimentaba el sentimiento de que Cristina no hubiera sido invitada. Después, poco a poco, llegó a comprender que no se trataba de una oportunidad social, sino de negocios. El debía relacionarse, crearse contactos, especialmente entre la categoría de personas que estarían presentes en dicho almuerzo. Y, en todo caso, no había para qué informar a Cristina de todo este asunto. Cuando llegó el viernes le dijo que tenía el almuerzo comprometido con Masón y saltó a su auto, aliviado. Olvidó que no sabía mentir en absoluto.

La casa de Francisca Lawrence estaba en Knightsbridge, en una calle tranquila entre Hans Place y Wilton Crescent. Aunque no tenía el esplendor de la mansión Le Roy, su gusto refinado daba testimonio de un mismo sentido de la opulencia. Andrés llegó tarde y la mayoría de los convidados ya estaban allí: Topsy, Rosa Keane, la novelista, sir Dudley Rumbold Blane, doctor en medicina y F. R. C. P. médico famoso y miembro de la Junta de los Productos Crema, Nicolás Watson, viajero y antropólogo, y varios otros de distinción menos alarmante.

Andrés se encontró en la mesa al lado de una señora Thornton, que vivía, según lo afirmó, en Leicestershire, y que venía periódicamente al Hotel Brown a pasar cortas temporadas en la urbe. Aunque ahora era capaz de afrontar serenamente el ritual de las presentaciones, se alegró de recuperar su aplomo al abrigo de su charla, una relación maternal de una herida en un pie, recibida en el hockey, por su hija Sybil,

colegiala de Roedeall.

Escuchando con un oído a la señora Thornton, que tomaba su muda atención por interés, se dio maña para pescar algo de la amable e ingeniosa conversación de sus vecinos, las agudas bromas de Rosa Keane, la relación fascinadoramente graciosa de Watson de un viaje que había realizado últimamente por el interior del Paraguay. También admiraba la destreza con que Francisca animaba la conversación, soportando al mismo tiempo la discreta pedantería de sir Rumbold, que se hallaba a su lado. Una o dos veces sintió Andrés fijos en los suyos los ojos de la dama, medio sonrientes, interrogativos.

—Por supuesto —concluyó Watson su narración con una sonrisa—. Evidentemente, mi peor experiencia fue llegar a casa y verme asaltado al instante por un ataque de gripe.

—¡Oh! —dijo sir Rumbold—. Usted también ha sido víctima.

Con el recurso de despejarse la garganta y colocarse los lentes en su prominente nariz, atrajo la atención de los comensales. Sir Rumbold se hallaba cómodo en esta posición: por muchos años la atención del gran público británico se había concentrado sobre él. Era sir Rumbold quien hacía un cuarto de siglo había conmovido a la humanidad con la declaración de que cierta parte del intestino humano era no sólo inútil, sino francamente dañosa. Centenares de personas se habían precipitado a hacer extraer la peligrosa sección, y aunque sir Rumbold no se hallaba entre ellas, la fama de la operación, que los cirujanos llamaban la escisión Rumbold-Blane, asentó su reputación de galeno. Desde entonces se había mantenido en primer plano, introduciendo en el país la alimentación con salvado, el yogur y los bacilos del ácido láctico. Misteriosamente inventó la masticación Rumbold-Blane, y ahora, además de sus actividades en muchos directorios de compañía: industriales, redactaba los menús para la famosa cadena de restaurantes Railey:

*Vengan, señoras y caballeros, que sir Rumbold Blane, Doctor en Medicina y Miembro de la Real Academia, lo ayude a elegir sus calorías.*

Eran muchos los rezongos proferidos entre médicos más legítimos en el sentido de que sir Rumbold debería haber sido borrado del Registro de Médicos años atrás, a lo que la respuesta era evidentemente, ¿qué sería el Registro sin sir Rumbold?

Mirando paternalmente a Francisca, Rumbold le decía:

—Una de las características más interesantes de esta reciente epidemia ha sido el asombroso efecto terapéutico del Cremogro. Tuve oportunidad de decir lo mismo en la reunión de nuestra Compañía la semana pasada. No tenemos, ¡ay!, específico alguno contra la gripe. Y en su ausencia la sola manera de resistir la homicida invasión consiste en provocar un estado vigoroso de resistencia, una defensa vital del organismo contra las incursiones de la enfermedad. Yo he dicho, tengo la satisfacción

de haber dicho que hemos demostrado incontestablemente, no en conejos de Indias, como nuestros amigos de laboratorio, sino en seres humanos, el poder fenomenal del Cremogen en organizar y dar energía a la defensa vital del cuerpo.

Watson se volvió a Andrés con su extraña sonrisa:

—¿Qué piensa usted de los productos Cremo, doctor?

Cogido de sorpresa, Andrés respondió:

—Es una manera tan buena como otra cualquiera de tomar la crema de la leche.

Rosa Keane, con una oblicua mirada aprobatoria, fue lo suficientemente cruel para reírse. Francisca se reía también. Apresuradamente sir Rumbold pasó a describir su reciente visita a Trossachs, en calidad de huésped de la Unión Médica del Norte.

Por lo demás, el almuerzo fue cordial. Andrés concluyó por tomar parte con toda naturalidad en la conversación general. Antes de que él se despidiera de Francisca en el salón, ésta le dijo unas cuantas palabras.

—Realmente, usted descuella fuera de la sala de consultas —le dijo por lo bajo—. La señora Thornton no ha podido tomar el café por hablarme de usted. Tengo el presentimiento de que se la ha «embolsado», ¿es éste el término?, como paciente.

Resonándole la observación en los oídos, se fue a casa pensando que la aventura había sido provechosa, sin molestia de Cristina.

A la mañana siguiente, sin embargo, a las diez y media, tuvo una desagradable sorpresa: Freddie Hamson lo llamó para preguntarle vivamente:

—¿Muy agradable el almuerzo de ayer? ¿Qué cómo lo supe? ¡Vaya, perro viejo! ¿No has visto la *Tribuna* de esta mañana?

Anonadado, Andrés se fue directamente a la sala de espera, donde se depositaban los diarios luego que él y Cristina los habían leído. Por segunda vez recorrió la *Tribuna*, uno de los diarios ilustrados más conocidos. De pronto se estremeció. ¿Cómo no lo había visto antes? Allí, en la sección «Vida social», había una fotografía de Francisca Lawrence con un párrafo que describía su almuerzo del día anterior, figurando el nombre de Andrés entre los invitados.

Con un gesto de mortificación en el rostro, desprendió la página del resto, la convirtió en una pelota y la arrojó al fuego. Entonces se dio cuenta de que ya Cristina había leído el diario. Tuvo un acceso de furor. Aunque se sentía seguro de que ella no había visto el maldito párrafo, se fue rabioso a su consulta.

Pero Cristina lo había leído. Y, después de una instantánea desorientación, se sintió herida en el corazón. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué? ¿Por qué? Ella no hubiera objetado su asistencia a ese estúpido almuerzo. Trató de tranquilizarse... todo era demasiado insignificante para ocasionarle tal ansiedad y sufrimiento. Pero vio con dolor sordo que sus consecuencias no eran insignificantes.

Cuando Andrés salió a sus visitas, Cristina procuró continuar sus quehaceres en la casa. Pero no pudo. Vagaba por el consultorio, de aquí a la sala de consultas, con la

misma opresión en el pecho. Comenzó a sacudir el polvo del consultorio sin el menor ánimo. Junto al escritorio estaba su viejo maletín médico, el primero que poseyera, el que usara en Drineff, llevándolo por las calles y en sus llamados de emergencia al fondo de la mina. Lo acarició con extraña ternura. Ahora tenía Andrés un maletín nuevo, uno más hermoso. Formaba parte de esta clientela nueva y más encumbrada tras la cual luchaba tan febrilmente y de la que ella recelaba en el fondo de su corazón. Sabía que era inútil intentar hablarle de sus presentimientos. El era tan sensible ahora —señal de su propia intranquilidad interior—, que una palabra de Cristina lo exaltaba, provocaba al instante una disputa. Ella tenía que tratar de reconquistarlo de otra manera.

Era el sábado por la mañana y le había prometido a Florrie llevarla consigo cuando saliera a sus compras. Florrie era una niñita muy viva y Cristina se había encariñado con ella. Ahora podía divisarla en espera, al comienzo de la escalera del subterráneo, enviada por su madre, muy limpia y con traje nuevo, como preparada para un gran paseo. A menudo salían juntas los sábados, como ahora.

Cristina se sintió mejor al aire libre, con la niña de la mano, caminando por el Mercado, hablándoles a sus vendedores conocidos, comprando frutas, flores, procurando llevar algo que le agradara a Andrés especialmente. Sin embargo, la herida todavía estaba abierta. ¿Por qué, por qué no se lo había dicho? y ¿por qué no la había llevado a ella? Recordó aquella primera ocasión en Aberalaw, cuando habían ido a lo de los Vaughan y ella había tenido que recurrir a todas sus fuerzas para arrastrarlo a dicha visita. ¡Qué distinta era ahora la situación! ¿Tenía ella la culpa? ¿Había cambiado, reconcentrándose en sí misma, tornándose algo insociable? No lo creía así. Todavía le agradaba ver y conocer gente, sin atender a quién o quiénes eran. Su amistad con la señora Vaughan subsistía aún en su regular intercambio de cartas.

Pero en realidad, aunque se sentía herida y desdeñada, su preocupación principal era menos por ella que por él. Sabía que los ricos se enferman tanto como los pobres, que Andrés era tan buen médico en la calle Green, como en la calle Cefan, en Aberalaw. No exigía la supervivencia de objetos tan heroicos como las polainas y la vieja motocicleta Red Indian. Sin embargo, sentía con toda su alma que en aquellos días su idealismo había sido puro y maravilloso, que había iluminado la vida de los dos con una blanca llama. Ahora la llama se había puesto más amarillenta y el globo de la lámpara estaba empañado.

Al ir a casa de la señora Schmidt procuró deshacer las arrugas de inquietud que surcaban su frente. Sin embargo, advirtió que la miraba vivamente. Y, en efecto, le dijo:

—Usted no come lo bastante, hija mía. No está como solía. Y tiene ahora un hermoso auto y dinero y de todo. ¡Mire! Le daré a probar esto. ¡Es muy bueno!

Empuñando el largo y afilado cuchillo le cortó una tajada de su famoso jamón

cocido, e hizo que Cristina se comiera un blando sándwich. Al mismo tiempo Florrie recibía un pastel helado. La señora Schmidt seguía hablando sin interrupción:

—Y ahora necesita un poco de Liptauer. El doctor... se ha comido libras de mi queso y nunca le cansa. Algún día le voy a pedir que me escriba un certificado para colocarlo en la vidriera. Este queso es el que me ha hecho famosa.

Entre risas, Frau Schmidt siguió hablando hasta que la dejaron.

Afuera, Cristina y Florrie se detuvieron en la acera esperando que el agente de guardia —su viejo amigo Struthers—, hiciera la señal para atravesar. Cristina sujetaba con una mano el brazo de la impulsiva Florrie.

—Siempre tienes que fijarte aquí en el tránsito —le advirtió—. ¿Qué diría tu madre si te atropellaran?

Florrie, llena la boca con el resto de su pastel, vio en ello una magnífica broma.

Al fin llegaron y Cristina comenzó a deshacer los envoltorios de sus compras. Mientras circulaba por el vestíbulo, colocando en un vaso los crisantemos color bronce que había comprado, se sintió triste de nuevo.

De pronto sonó el teléfono.

Fue a atenderlo con el rostro inmóvil y los labios ligeramente contraídos. Acaso durante cinco minutos estuvo ausente. Al regresar, su expresión se había transfigurado. Sus ojos brillaban, estaban excitados. De vez en cuando miraba hacia afuera por la ventana, ansiosa del regreso de Andrés, olvidada de su abatimiento con la buena noticia que había recibido, noticia tan importante para él, para los dos, sí. Cristina tenía la convicción feliz de que nada podía haber sido más propicio. Ningún antídoto mejor contra el veneno de un éxito fácil podía haber sido administrado jamás. ¡Y al mismo tiempo era tal avance, un paso tan real para él en su carrera! Anhelante fue de nuevo a la ventana.

Cuando llegó no pudo contenerse sino que corrió a encontrarlo al hall.

—¡Andrés! He recibido un recado para ti de sir Roberto Abbey. Acaba de hablar por teléfono.

—¿Sí? —Su rostro, tocado de súbito arrepentimiento al verla, se iluminó.

—Sí! El mismo llamó, quería hablarte. Le dije quién era yo... ¡Oh, estuvo sumamente amable!... ¡Oh..., oh!... ¡Te lo estoy refiriendo tan mal! ¡Querido! Vas a ser nombrado para los enfermos externos del Victoria Hospital, inmediatamente.

Los ojos se le llenaron lentamente de emocionada comprensión.

—¡Vaya, es una buena noticia, Cristina!

—¿No es así? —exclamó ella feliz—. De nuevo tu propio trabajo..., oportunidades de investigación, todo lo que querías en el Departamento y no conseguiste.

Le echó los brazos al cuello y lo acarició.

Andrés clavó en ella su mirada, indescriptiblemente conmovido por su amor, por



su generosa abnegación. Experimentó una momentánea angustia.

—¡Qué alma tan buena eres, Cristina mía! ¡Y... qué bruto soy yo!

## Capítulo VIII

El catorce del siguiente mes Andrés comenzó a trabajar en el departamento de enfermos extremos del Victoria Chest Hospital. Sus días eran los martes y jueves, y el horario de tres a cinco de la tarde. Era exactamente lo mismo que sus antiguos días de consultorio en Aberalaw, salvo que ahora todos los enfermos que le llegaban lo eran del pulmón o de los bronquios. Y él, para grande y secreto orgullo suyo, ya no era un ayudante, sino médico honorario de uno de los hospitales más antiguos y famosos de Londres.

El Victoria Hospital era indiscutiblemente antiguo. Ubicado en Battersea, en una red de callejuelas junto al Támesis, rara vez veía, aun en verano, más que un precario rayo de sol, mientras que en el invierno sus balcones, hacia los cuales se hacían rodar las camas de los enfermos, estaban casi siempre envueltos en la neblina del río. Sobre la fachada sombría y deteriorada, había un gran cartel en blanco y tojo, que parecía claro y redundante:

*El Hospital Victoria se viene abajo.*

El departamento de los pacientes externos, donde se hallaba Andrés, era, en parte, una reliquia del siglo XVIII. En el hall de entrada se exhibían muy orgullosamente, en una caja de cristal, un triturador y un mortero usados por el doctor Lintel Hodges, médico honorario del mismo departamento del hospital desde 1761 hasta 1793. Las desgastadas paredes estaban pintadas de un particularísimo matiz chocolate oscuro y los irregulares corredores, aunque escrupulosamente limpios, tenían tan mala ventilación, que rezumaban humedad y en todas las habitaciones el olor característico que exhalan las cosas vetustas.

El primer día lo acompañó el doctor Eustaquio Thoroughgood, el honorario antiguo, hombre de unos cincuenta años, amablemente correcto, de talla menos que mediana, de bondadosas maneras, que parecía más bien un eclesiástico. El doctor Thoroughgood tenía sus salas propias en el hospital, y, dentro del sistema vigente, herencia de una antigua tradición —en la que él era interesante erudito—, resultaba «responsable» por Andrés y por el doctor Milligan, el otro honorario joven.

Después de su vuelta por el hospital llevó a Andrés a la larga sala común del subterráneo, cuyas luces ya estaban encendidas, aun cuando apenas eran las cuatro. Ardía allí un hermoso fuego y en las paredes tapizadas con lienzo colgaban retratos de médicos distinguidos del hospital, el del doctor Lintel Hodges, muy obeso, con su peluca, en el sitio de honor sobre la repisa de la chimenea. Era una supervivencia perfecta de un pasado vasto y venerable y el doctor Thoroughgood, solterón y mayordomo de una iglesia como era, lo amaba como a su propio hijo.

En compañía del personal restante tomaron muy agradablemente el té, con muchas tostadas calientes cubiertas de manteca. Los médicos del establecimiento le resultaron jóvenes muy agradables. Sin embargo, al notar la deferencia que le guardaban al doctor Thoroughgood y a él mismo, no pudo menos de sonreír, al recordar sus choques con otros «mozalbetes insolentes», no hacía muchos meses, en las frecuentes luchas por hacer admitir sus pacientes en el hospital.

Se hallaba sentado junto a él un joven, el doctor Vallance, que había pasado doce meses estudiando en los Estados Unidos con los hermanos Mayo. Andrés y él comenzaron a conversar sobre la famosa clínica y su sistema, y luego aquél, con súbito interés, le preguntó si había oído hablar de Stillman mientras estaba en América.

—Sí, desde luego —replicó Vallance—. Allá se lo estima mucho. Por supuesto que carece de título, pero extraoficialmente ahora más o menos lo reconocen. Consigue los resultados más extraordinarios.

—¿Ha visto usted su clínica?

—No —replicó Vallance moviendo la cabeza—. No llegué hasta Oregón.

Andrés calló un momento, vacilando entre hablar o no.

—Creo que es un sitio muy notable —dijo al fin—. Me ha ocurrido estar en contacto con Stillman durante algunos años; él me escribió primeramente sobre una publicación que yo hice en la *Revista Americana de Higiene*. He visto fotografías y leído detalles de su clínica. No se podría desear un sitio más ideal para tratar los propios enfermos. A buena altura, en el centro de un bosque de pinos, aislada, con balcones protegidos por vidrios, un sistema especial de aire acondicionado para garantizar una pureza perfecta y una temperatura constante en el invierno.

Andrés se interrumpió excusándose de su entusiasmo, pues un paréntesis en la charla general había permitido que todos lo escuchasen.

—Cuando se piensa en nuestras condiciones en Londres, aquello nos parece algo inalcanzable.

El doctor Thoroughgood sonrió con adusta aspereza:

—Nuestros clínicos de Londres siempre han sabido desempeñarse muy bien en estas mismas condiciones londinenses, doctor Manson. No podemos tener los recursos exóticos de que usted habla. Pero me atrevo a sugerir que con nuestras métodos firmes, bien experimentados, aunque menos espectaculares, se consiguen resultados igualmente satisfactorios y quizá más duraderos.

Andrés, que mantenía sus ojos bajos, no respondió. Sintió que como miembro nuevo del personal había sido indiscreto al expresar tan sin ambages su opinión. Y el doctor Thoroughgood, para mostrar que no había tenido intención de dar una reprimenda, cambió muy agradablemente el giro de la conversación. Habló sobre el arte de aplicar ventosas. La historia de la medicina había sido por mucho tiempo su

«distracción» predilecta y poseía un cúmulo de informaciones a propósito de los cirujanos-barberos del Londres de antaño.

Cuando se levantaron de la mesa le declaró amablemente a Andrés:

—Tengo en realidad un auténtico par de copas para ventosas. Algún día se las mostraré. Es realmente una vergüenza que se haya renunciado a las ventosas. Era todavía, un recurso admirable para disminuir la congestión.

Fuera de aquella primera y suave colisión, el doctor Thoroughgood se mostró un colega simpático y servicial. Era un médico juicioso, un diagnosticador casi infalible y siempre se alegraba de ver a Andrés par sus salas. Pero en cuanto a tratamiento, su espíritu metódico era refractario a la introducción de lo nuevo. No quería ni oír hablar de la tuberculina y sostenía que su valor terapéutico no había sido en absoluto demostrado aún. Era circunspecto en el empleo del neumotórax y su porcentaje de aplicaciones resaltaba el más bajo del hospital. Sin embargo, mostrábase extremadamente liberal en lo referente al aceite de hígado de bacalao y la malta. Se los prescribía a todos sus pacientes.

Andrés se olvidó de Thoroughgood al comenzar su trabajo. Era maravilloso, se dijo, encontrarse comenzando de nuevo al cabo de meses de espera. En un principio mostró el mismo ardor y entusiasmo que en sus viejos tiempos.

Su trabajo anterior sobre las lesiones tuberculosas acarreadas por la inhalación de polvo lo había traído inevitablemente a la consideración de la tuberculosis pulmonar en toda su amplitud. Se propuso vagamente, teniendo presente la prueba de Van Pirquet, investigar los primeros signos físicos de la lesión inicial. Disponía de gran material aprovechable en los niños desnutridos traídos por sus madres, con la esperanza de aprovechar la generosidad con que el doctor Thoroughgood ordenaba extracto de malta.

Y sin embargo, aunque puso el máximo empeño no pudo dedicarse de todo corazón al trabajo. No logró recuperar aquel entusiasmo espontáneo por sus investigaciones sobre la inhalación. Tenía muchas preocupaciones en su espíritu, demasiados casos importantes en su consultorio para escrutar signos oscuros que incluso podían no existir. Nadie sabía mejor que él cuánto tiempo exigía el examen prolijo de un solo enfermo. Y él estaba siempre apurado. Este argumento era incontestable. Pronto se deslizó hacia una actitud de lógica admirable... Humanamente hablando, no podía hacerlo.

Las pobres gentes que venían al dispensario no le exigían mucho. Parecía que su predecesor había sido algo antipático y, con tal de que Andrés recetara copiosamente y dijera de cuando en cuando algunas bromas, su popularidad no corría peligro. También se entendió perfectamente con el doctor Milligan, su colega rival, y bien pronto adoptó el método suyo de tratar enfermos corrientes. Les hacía presentarse en un grupo ante su escritorio al comienzo de la sesión y firmaba rápidamente sus

tarjetas. Al anotar: Rep. Mist. —La receta anterior—, no tenía tiempo de recordar cómo se había burlado antes de la frase clásica. Iba muy bien en camino de convertirse en un admirable médico honorario.

## Capítulo IX

Seis meses después que se había hecho cargo de su puesto en el *Victoria*, mientras tomaba el desayuno con Cristina, abrió una carta que venía con el matasellos de Marsella. Mirándola incrédulamente por un instante, prorrumpió después en una súbita exclamación:

—Es de Denny! Al fin se ha cansado de México! Regresa a establecerse, dice... lo creeré cuando lo vea. ¡Pero qué bueno será verlo otra vez! ¿Cuánto tiempo ha estado ausente? Parece que siglos. Regresa por China. ¿Tienes ahí el diario, Cristina? Ve cuándo entra el *Greta*.

Cristina se alegró tanto como Andrés de la inesperada noticia, mas por diferente razón. Había un poderoso instinto maternal en Cristina, un extraño anhelo calvinista de protección respecto a su marido. Siempre había reconocido que Denny y, en menor grado, Hope, ejercían sobre él un ascendiente benéfico. Especialmente ahora en que él parecía cambiar. Cristina estaba más ansiosamente alerta. Apenas había llegado esta carta, cuando ya proyectaba reunirlos.

El día anterior a aquel en que el *Greta* era esperado en *Tilbury*, ella abordó el asunto:

—Me pregunto si te gustaría, Andrés... Creo que podría dar una pequeña comida la próxima semana, para ti, Denny y Hope.

Andrés la miró algo sorprendido. Dada esa sorda tirantez que existía entre ellos, era extraño que ella hablara de diversiones. Respondió:

—Hope está probablemente en Cambridge. Y Denny y yo podemos igualmente salir a alguna parte. —Luego, mirando su rostro, reaccionó rápidamente—. ¡Oh! Perfectamente. Hazlo el domingo, sin embargo; será la mejor noche para todos nosotros.

El domingo siguiente llegó Denny, más vigoroso y rubicundo que nunca. Parecía de más edad, menos pesimista y más medido en sus maneras. Sin embargo, era el mismo Denny, ya que los saludó:

—Esta es una casa magnífica. Estoy seguro de no haberme equivocado. —Volviéndose de soslayo a Cristina, gravemente—: Este caballero bien vestido es el doctor Manson, ¿no? Si lo hubiera sabido le habría traído un canario.

Un momento después, ya sentado, rehusó beber:

—¡No! Ahora soy un adicto al zumo de lima. Por extraño que parezca, voy a ponerme a trabajar en forma muy seria. Ya he visto bastante del cielo vasto y estrellado. La mejor manera de comenzar a querer a este vituperado país es ausentarse de él.

Andrés le dio una mirada de cariñoso reproche.

—Tú tienes realmente que establecerte, Felipe —le dijo—. Después de todo, estás

cerca de los cuarenta y con tu talento...

Denny le lanzó una extraña mirada por debajo de las cejas.

—No sea tan grave, profesor. Todavía puedo mostrarle a usted algunas tretas uno de estos días.

Les dijo que había tenido la suerte de ser designado cirujano inspector de la South Hertfordshire Infirmary, con trescientas libras al año y casa y comida. No lo consideraba algo definitivo, por supuesto, pero había allí mucho que operar y él podría renovar su técnica quirúrgica. Después vería lo que había que hacer.

—¿No saben cómo me dieron el puesto? Debe ser otro caso de identidad equivocada.

—No —fue la respuesta algo simple de Andrés—. Es tu título de doctor en cirugía, Felipe. Un título como ese te ayudará a ir lejos.

—¿Qué le ha estado haciendo? —dijo Denny—. No parece el mismo que voló conmigo aquella alcantarilla.

En este momento llegó Hope. No conocía a Denny. Pero bastaron cinco minutos para que ambos se entendieran. Al cabo de ellos, cuando pasaban a comer, ya se habían unido para hostilizar en común a Andrés.

—Por supuesto, Rape —observó tristemente Felipe, mientras desdoblaba la servilleta—. No hay que esperar que den mucha comida aquí. ¡Oh, no! He conocido por mucho tiempo a esta gente; he conocido al profesor antes de que se convirtiera en un lanudo personaje de West End<sup>[13]</sup>. Fueron echados de la última casa que habitaron por matar de hambre a sus conejos de la India.

—Yo llevo siempre una tajada en mi bolsillo —dijo Hope—. Es una costumbre que aprendí de Billy «Botones» en la última expedición a Kitchengunga. Pero desgraciadamente no tengo huevos. Las gallinas de mamá no ponen, por el momento.

En el transcurso de la comida esto se repitió —la chispa de Hope parecía particularmente estimulada por la presencia de Denny—, mas poco a poco se pusieron a conversar. Denny refirió, algunas de sus experiencias en los Estados del Sur —tenía una o dos historias de negros que hicieron reír a Cristina—, y Hope les contó algunas actividades de la Junta. Whinney había conseguido, al fin, poner en práctica los experimentos sobre la fatiga muscular, tanto tiempo esperados por él.

—Eso es lo que hago ahora —se lamentó Hope—. Pero gracias al cielo sólo le quedan nueve meses más a mi compromiso. Entonces haré algo. Estoy cansado de trabajar para realizar ideas ajenas, de ser mandado por viejos... —su tono se tornó ridículizador...— «¿Cuánto ácido sarcoláctico encontré esta vez, señor Hope?». Quiero hacer algo por mí mismo. Quisiera tener un pequeño laboratorio por mi cuenta.

Entonces, como lo había esperado Cristina, la conversación se tornó enteramente médica. Después de comer —a pesar del melancólico pronóstico de Denny, se habían

despachado un par de patos—, al ser traído el café, ella mostró deseos de quedarse. Y aunque Hope le aseguró que el lenguaje no sería apropiado para damas, ella permaneció allí, con los codos sobre la mesa, el mentón entre sus manos, escuchando silenciosamente, abstraída, fijos ardientemente sus ojos en el rostro de Andrés.

Al principio se había mostrado éste terco y reservado. Aunque se alegraba de ver nuevamente a Felipe, tenía el sentimiento de que su viejo amigo era algo indiferente hacia su éxito, de que se mostraba desdeñoso, aun algo burlesco. Después de todo, él no lo había hecho tan mal. ¿Y qué había hecho...?, si ¿qué había hecho Denny? Cuando Hope intervino con sus rasgos de buen humor, Andrés casi les había expresado, bien acentuadamente, que debían abstenerse de bromas a costa suya.

Sin embargo, ahora que hablaban del oficio, se vio arrastrado inconscientemente por la conversación. Por un momento, quisierálo o no, lo contagiaron los otros dos, y se hizo escuchar con mucho de su antiguo ardor.

Hablaban de hospitales, lo que hizo pronunciarse de pronto sobre todo el sistema hospitalario.

—Yo lo veo así. —Dio una larga chupada a su cigarro (ya no era un cigarrillo Virginia, barato, sino un puro de la caja que había sacado a relucir exprofeso, para provocar la envidia de Denny)—. Todo el sistema es anticuado. No piensen en absoluto que estoy desprestigiando mi propio hospital. Me gusta el Victoria y puedo decirles que hacemos un gran trabajo. Pero es el sistema. Nadie sino el indolente público británico lo toleraría..., como nuestros caminos, por ejemplo, un caos anacrónico sin remedio. El Victoria se está cayendo. También el St. John..., la mitad de los hospitales de Londres claman que se están cayendo. ¿Y qué hacemos? Juntar peniques. Recogiendo unas migajas por suscribir los avisos que se colocan en los frentes: Cerveza Brown: es la mejor. ¿No es divertido? En el Victoria, si tenemos suerte, dentro de diez años comenzaremos a construir una nueva ala, o una casa para las enfermeras... ¡Deberían ver dónde duermen las enfermeras! ¿Pero de qué sirve reparar el viejo armazón...? ¿Para qué sirve un hospital de enfermedades broncopulmonares en el centro de una ciudad bulliciosa y húmeda como Londres...? ¡Demonios!, es como llevar una neumonía al fondo de una mina de carbón. Y lo propio ocurre con la mayoría de los demás hospitales y las clínicas. Tiemblan en medio de un tránsito ensordecedor, con los cimientos sacudidos por la circulación subterránea; aun las camas de los enfermos trepidan cuando pasan los ómnibus. Si yo me hospedara allí sano, todas las noches necesitaría una dosis de hipnótico para conciliar el sueño. Piensen en los enfermos que sufren esa tortura después de una seria operación abdominal o con una temperatura de cuarenta grados y meningitis.

—Bueno, ¿cuál es el remedio? —Felipe arqueó una ceja con esa nueva irritante manera—. ¿Una junta de hospitales contigo por jefe?

—No seas borrico, Denny —contestó Andrés malhumorado—. El remedio es la



descentralización. No, no es precisamente una noción libresca, sino el resultado de todo lo que he visto desde que llegué a Londres. ¿Por qué nuestros grandes hospitales no estarían ubicados en un área verde fuera de Londres, digamos a unas quince millas? Un sitio como Benham, por ejemplo, sólo a diez millas de distancia, donde todavía hay tierra verde, aire puro, tranquilidad. No crean que habría dificultad alguna de transporte. El subterráneo, ¿y por qué no un servicio de locomoción propio de los hospitales, una línea recta y silenciosa?, podría llevarnos allí en dieciocho minutos exactos. Considerando que nuestra ambulancia más rápida demora cuarenta minutos por término medio en llevar un enfermo, aquello me parece un progreso. Podrían decir ustedes que de trasladar los hospitales privaríamos a cada zona de sus servicios médicos. ¡No! El dispensario permanece en la zona, el hospital se traslada. Y ya que hablamos de esto, este asunto del servicio local es precisamente un gran problema sin solución. Cuando llegué aquí, vi que el único sitio a que podía llevar mi enfermos de este barrio del oeste, era el hospital del este. También allá en el Victoria recibimos enfermos de todas partes: Kensington. Ealing, Muswell Hill. No hay el menor propósito de señalar zonas, todo viene a volcarse en el centro de la ciudad. A menudo la confusión es increíble: puedo afirmarlo lisa y llanamente. ¿Y qué se hace? Nada, absolutamente nada. Continuamos dentro del viejo sistema, haciendo sonar cajas de lata, celebrando días de fiesta, haciendo que los estudiantes obtengan dinero, actuando como juglares en trajes de fantasía. Una cosa sobre estos nuevos países europeos: en ellos se hacen las cosas. ¡Ah, si yo tuviese poder, arrasaría el Victoria y construiría un nuevo hospital para broncopulmonares en Benham, con una línea recta de comunicación! ¡Y por Dios! Luego verían un alza en la curva de nuestra situación sanitaria.

Esto fue sólo por vía de introducción. El crescendo de la discusión continuó.

Felipe insistió en su antigua idea: la locura de pedir al médico corriente que lo hiciera todo, que lo sacara todo de una cartera, como un prestidigitador, la estupidez de hacerlo cargar con la responsabilidad de toda clase de enfermos, hasta aquel momento feliz en que, por cinco guineas, algún especialista que nunca había visto antes, dijese que ya no había nada que hacer.

Hope, sin miramiento alguno, se refirió al caso del bacteriólogo joven, acorralado entre el mercantilismo y el conservadurismo: por un lado, la firma de farmacéuticos que le pagaban por confeccionar drogas patentadas; por otro, una Junta de viejos chochos.

—¿Podéis imaginaros —dijo Hope—, a los hermanos Marx en un automóvil desvencijado con cuatro comandos independientes y un número ilimitado de bocinas? Tal es nuestro papel en el T. C. M.

No terminaron hasta las doce y entonces, inesperadamente, vieron ante sí sándwiches y café sobre la mesa.

—Oh, señora Manson! —protestó Hope con una finura que revelaba que, según la pulla de Denny, él era un buen jovencito en el fondo—. Hemos debido aburrirla bastante. Es curioso el apetito que da la conversación. Se lo sugeriré a Whinney como un nuevo derrotero de investigación: efecto en las secreciones gástricas de la fatiga del aire caliente. ¡Ja, ja, ja!

Cuando Hope se hubo marchado, protestando calurosamente lo agradable de la reunión, Denny permaneció todavía unos pocos minutos, acogándose al privilegio de su antigua amistad. Entonces, mientras Andrés había salido a llamar un taxi, él sacó excusándose una mantilla española pequeña y hermosísima.

—El profesor me matará, probablemente —dijo—. Pero esto es para usted. No se lo diga hasta que me halle fuera de su alcance. —Y ahogó la manifestación de la gratitud de Cristina, para él la más molesta de las emociones—. Es extraordinario cómo todos estos chales vienen de la China. No son realmente españoles. Conseguí éste en Shangai.

Un silencio. Pudieron oír a Andrés que regresaba del teléfono. Denny se levantó, evitando sus ojos bondadosos y arrugados la mirada de Cristina.

—No me inquietaría mucho por él, usted sabe. —Sonrió—. Pero debemos procurar que vuelva a las costumbres de Drineffy, ¿verdad?

## Capítulo X

A comienzos de las vacaciones de Pascua, Andrés recibió una nota de la señora Thornton en que le pedía acudiera al Brown's Hotel para ver a su hija. En la carta le decía brevemente que el pie de Sybil no había mejorado, y ya que ella había quedado muy complacida por el interés que Andrés le había demostrado en casa de la señora Lawrence, deseaba que le diese su parecer. Halagado con este homenaje a su personalidad, Manson realizó al momento la visita.

El examen le reveló en la enferma algo muy sencillo. Sin embargo, exigía una pronta operación.

Se enderezó sonriéndole a la robusta Sybil, que estaba sentada con las piernas desnudas en el borde de la cama, colocándose sus largas medias negras, y le explicó a la señora Thornton:

—El hueso ha engrosado. Si no se lo trata puede formar una protuberancia. Aconsejo que se la opere al momento.

—Es lo que decía el doctor de la escuela. —La señora Thornton no se sorprendió—. Estamos preparados, en realidad. Sybil puede, ingresar aquí a una clínica... Pero... Bueno... tengo confianza en usted, doctor. Y quiero que se encargue usted de todo lo necesario. ¿Quién sugiere usted que debería hacerla?

La pregunta directa colocaba a Andrés en un dilema: Siendo su trabajo casi únicamente médico, se había encontrado con muchos de los clínicos más eminentes, pero no conocía a ninguno de los cirujanos de Londres. De pronto pensó en Ivory. Dijo amablemente:

—El doctor Ivory podría hacerla..., si él no tiene inconveniente.

La señora Thornton había oído hablar de Ivory. ¡Por supuesto! ¿No era el cirujano que había figurado en todos los diarios el mes anterior en ocasión de haber ido en vuelo al Cairo para atender un caso de insolación? Un hombre sumamente conocido. La dama juzgó admirablemente la idea de que se hiciera cargo de su hija. Su única condición consistía en que su hija fuese a la clínica de la señora Sherrington. Tantas amigas suyas habían estado allí, que ella no le podía permitir que fuera a otra parte.

Andrés fue a su casa y telefoneó a Ivory, con toda la vacilación del hombre que efectúa un tanteo preliminar. Pero la manera de Ivory, amistosa, de confianza, amable, lo tranquilizó. Convinieron en ver juntos el caso al día siguiente, e Ivory manifestó que aunque sabía que Ida no tenía lugar disponible, la persuadiría, para que de algún modo le diese una habitación a la señorita Thornton, en caso de ser necesario.

A la mañana siguiente, cuando Ivory había concordado pomposamente, en presencia de la señora Thornton con todo lo dicho por Andrés —añadiendo que se imponía la operación inmediata—, Sybil fue trasladada a la clínica de la señora

Sherrington y dos días después se ejecutó la operación.

Andrés estuvo presente. Ivory insistió en ello de la manera más sincera y amistosa imaginable.

La operación no era difícil —en realidad, en sus días de Drinefy, Andrés la habría realizado él mismo— y aunque no parecía agradarle mucho la celeridad, la efectuó con destreza sorprendente. Tenía un aspecto de serenidad y fuerza con el delantal blanco, por sobre el cual emergía el rostro firme, sólido, de poderosa mandíbula. Nadie respondía mejor a la imagen popular del gran cirujano que Carlos Ivory. Tenía las manos finas y flexibles con que la ficción popular adorna siempre al héroe de la sala operatoria. En su seguridad y arrogancia resultaba dramáticamente impresionante. Andrés, que también se había metido dentro de un delantal, lo observaba desde el otro lado de la mesa con profundo respeto.

Quince días después, cuando Sybil Thornton había abandonado la clínica, Ivory lo invitó a almorzar al Sackville Club. Fue muy agradable. Ivory era un conversador perfecto, llano y entretenido, con un caudal de chismes al día, que en cierto modo colocaba a su compañero en idéntico pie de intimidad con el gran mundo, que él. El comedor alto del Sackville, con su cielorraso pintado por Adam, y sus candelabros de cristal de roca, estaba lleno de nombres famosos, según los llamaba irónicamente Ivory. Andrés encontró halagadora la experiencia, como no cabía duda de que Ivory trató que resultara.

—Usted me permitirá que inscriba su nombre en la próxima reunión —le expresó el cirujano—. Encontrará aquí buen número de amigos, Freddie, Pablo, yo mismo; de paso, Jackie Lawrence es miembro. Interesante ese matrimonio: son perfectos amigos y cada cual anda por su cuenta. Verdaderamente, quisiera hacerlo admitir a usted. Me ha parecido que abrigaba algún recelo a mi respecto, amigo mío. ¿Su prudencia escocesa, no? Como usted sabe, no visito ninguno de los hospitales. Es porque prefiero mi libertad. Además, querido amigo, estoy demasiado ocupado. Algunos de estos vejestorios de hospitales no tienen un caso privado por mes. ¡Yo tengo diez por semana, término medio! A propósito, no nos desentenderemos de los Thornton, por ahora. Déjemelo todo a mí. Son gente «muy bien». Y a propósito, ya que hablo de ello, ¿no cree que también se le debería extraer las amígdalas a Sybil? ¿Se las miró usted?

—No... no lo hice.

—Oh, debería haberlo hecho, hijo mío! Enteramente obstruidas. No hay límite a la infección. Me tomé la libertad... espero que no le parezca mal, de decir que se las deberíamos sacar cuando llegue el buen tiempo.

Mientras regresaba a su casa no pudo menos de pensar qué muchacho tan agradable había resultado ese Ivory; realmente, debería estarle agradecido a Hamson por la presentación. Esto había sido soberbio. Los Thornton estaban especialmente

contentos. No podía haber prueba mejor.

Tres semanas después, mientras tomaba el té con Cristina, el correo de la tarde le trajo una carta de Ivory.

*Mi querido Manson,*

*La señora Thornton acaba de venir gentilmente a cancelar la cuenta. Tal como le envió su parte al anestesista, le remito a usted la suya... por haberme ayudado tan espléndidamente en la operación. Sybil irá a verlo cuando se reponga totalmente de la operación. Recuerde lo de las amígdalas de que le he hablado. La señora Thornton está encantada.*

*Siempre cordialmente suyo.*

C. I.

Había dentro un cheque por veinte guineas.

Andrés miró el cheque estupefacto. No había hecho nada en ayuda de Ivory en la operación. Y luego le invadió el corazón el cálido sentimiento que siempre le producía el dinero. Con sonrisa complaciente le pasó la carta y el cheque a Cristina para que los viera.

—Se ha portado bien ese diablo de Ivory, Cristina, ¿no? Apuesto a que este mes batiremos nuestro «récord» de ingresos.

—Pero no comprendo. —La expresión de Cristina era de perplejidad—. ¿Es ésta tu cuenta a la señora Thornton?

—No, tonta. Es una pequeña extra..., sólo por el rato que le consagré a la operación.

—Quieres decir que Ivory te ha dado parte de sus honorarios.

Andrés se sonrojó súbitamente indignado.

—¡Por Dios, no! Eso es absolutamente vedado. No soñaríamos en eso. ¿No ves que he ganado esto por asistir, por estar allí, tal como el anestesista ganó su honorario por aplicar el anestésico? Ivory lo cobra todo con su cuenta. Y apuesto que fue una enormidad.

Cristina dejó el cheque sobre la mesa, abrumada, triste.

—Parece mucho dinero.

—Bien, ¿por qué no? —Andrés cerró su argumento con un relámpago de indignación—. Los Thornton son enormemente ricos. Para ellos probablemente esto no es más de lo que son tres chelines y seis peniques para uno de nuestros enfermos del consultorio.

Cuando Andrés se hubo ido, los ojos de Cristina quedaron fijos sobre el cheque con angustiada inquietud. No se había dado cuenta de que aquél se había asociado profesoralmente con Ivory. De pronto cayó sobre ella todo su malestar anterior. Nunca debería haberse realizado esa reunión con Denny y Hope, por todos sus

efectos sobre Andrés. ¡Cuán ávido, cuán terriblemente ávido de dinero estaba ahora! Su trabajo en el Victoria parecía no importarle al lado de esta sed devoradora de éxito material. Aun en el consultorio habla observado ella que empleaba más y más drogas, recetándose las a personas que no tenían nada y obligándolas a volver una y otra vez. Sentada allí, frente al cheque de Ivory, se le acentuaba a Cristina el aspecto atormentado de su rostro, que parecía comprimido y pequeño. Las lágrimas le vinieron lentamente a los ojos. Debía hablarle, debía, debía.

Por la noche, después de la consulta, se le acercó recelosa.

—¿Andrés, querías hacer algo para complacerme? ¿Me llevarías al campo en auto el domingo próximo? Me prometiste cuando lo compraste. Y por supuesto, durante todo el invierno no hemos podido hacerlo.

Andrés la miró desconfiadamente.

—¡Bueno...! ¡Perfectamente!

Llegó el domingo, suave, hermoso, primaveral, como ella habla deseado que fuese. A las once él había hecho sus visitas indispensables y pudieron partir llevando un mantel y un canasto de provisiones en la parte posterior del coche. El ánimo de Cristina se rejuvenecía mientras corrían atravesando el puente de Hammersmith y tomaban el Kingston By Pass en dirección a Surrey. Pronto estuvieron en Dorking y tomaron a la derecha por el camino a Shere. Hacía tanto tiempo que no estaban juntos en el campo, que su dulzura, el verde intenso y brillante de los prados, la púrpura de los olmos en gemación, el polvo dorado de los amentos colgantes, el amarillo pálido de las primavera agrupadas a la orilla, inundaron su ser, embriagándola.

—No vayas tan rápido querido —le murmuró en un tono más suave que el que usara desde hacía semanas—. ¡Es tan delicioso aquí!

Andrés parecía decidido a dejar atrás a todos los autos que encontraban.

Alrededor de la una llegaron a Shere. La aldea, con sus pocas casas de techo rojo y su arroyo que se deslizaba mansamente por entre los lechos de berros, no había sido perturbada todavía por el bullicio de los turistas veraniegos. Llegaron a la colina boscosa que estaba más allá y colocaron el auto cerca de una de las sendas cubiertas de césped. Allí, en un pequeño claro sobre el que extendieron el mantel, había una soledad melodiosa que sólo les pertenecía a ellos y a los pájaros.

Comieron sus sándwiches, al sol, y bebieron el café que traían en un termo. En torno a ellos, en los grupos de alisos, crecían las primavera en gran profusión. Cristina ansiaba cogerlas, hundir el rostro en su fresca blandura. Andrés estaba tendido con los ojos medio cerrados y la cabeza cerca de ella. Una dulce tranquilidad había caído sobre la oscura angustia del alma de Cristina. Si la vida de ambos pudiera ser siempre así!

La mirada soñolienta de Andrés había estado fija algunos momentos en el coche y dijo de pronto:

—No es malo, Cristina, ¿verdad?, quiero decir, para lo que nos costó. Pero compraremos otro nuevo en la exposición.

Ella se estremeció, renovada su inquietud con este nuevo ejemplo de la incansable ambición de Andrés.

—Pero lo acabamos de comprar. Me parece que constituye todo lo que pudiéramos desear.

—¡Humm! Es lento. ¿No te fijaste cómo nos pasó aquel Buick? Quiero uno de estos nuevos coches lujosos de gran velocidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Puedo comprarlo. Sabes que nos está yendo bien, Cristina. Sí! — Encendió un cigarrillo y se volvió hacia ella lleno de satisfacción—. Por si acaso no lo has advertido, mi querida maestra de Drineffy, he de decirte que nos estamos enriqueciendo rápidamente.

Cristina no respondió a su sonrisa. Sintió que su cuerpo, tibio y calmo bajo la caricia del sol, se le afiebraba de repente. Comenzó a recoger un manojito de hierba y a enroscarlo tontamente en un extremo del mantel. Dijo lentamente:

—Pero querido, ¿necesitamos ser ricos? Yo no. ¿Por qué toda esta conversación sobre dinero? Cuando apenas si teníamos con qué vivir, éramos... ¡oh, éramos infinitamente felices! Nunca hablábamos de él entonces. Pero ahora no hablamos de otra cosa.

Andrés sonrió otra vez con superioridad.

—Después de años de chapalear en el fango, de comer arenques en escabeche y salchichas, de ser víctima de los abusos de un comité testarudo, y atender a las mujeres de los mineros en alcobas sucias, propongo a cambio de todo eso que mejoremos nuestra suerte. ¿Qué tienes que objetar?

—No lo tomes a broma, querido. No acostumbrabas hablar así. ¡Oh! ¿no ves, no ves que te estás convirtiendo en víctima del mismo sistema que solías condenar, de todas las cosas que aborrecías? —Presa de gran agitación, el rostro de Cristina tenía un aspecto lamentable— ¿No recuerdas ya cómo concebías la vida, como un salto en lo desconocido, como un ataque cuesta arriba, como si hubieras de tomar algún castillo que sabías estaba allá, en la cima, pero que no podías ver?

Andrés, incómodo, rezongó:

—Oh!, entonces era joven..., tonto. Charlas románticas. Si miras alrededor, verás que todos hacen lo mismo... ¡Juntar lo que pueden! Es lo único que hay que hacer.

Ella suspiró fatigosamente. Comprendía que debía hablar ahora o nunca.

—¡Amor mío! No es lo único. Escúchame, por favor. ¡Por favor! He sido tan desgraciada con esto... con tu cambio. Denny lo advirtió también. Nos está alejando al uno del otro. Tú no eres el Andrés Manson con quien me casé. ¡Oh, sí sólo fueras como eras antes!

—¿Qué he hecho? —preguntó irritado—. ¿Te pego, me embriago, asesino? Dame un solo ejemplo de mis crímenes.

Cristina replicó desesperada:

—No se trata de cosas concretas, querido; es toda tu actitud. Por ejemplo, ese cheque que te envió Ivory. Es algo insignificante a primera vista, pero en el fondo... ¡oh, sí lo consideras en el fondo, es mezquino, codicioso y deshonesto!

Cristina lo vio erguirse, ponerse luego de pie, mirándola iracundo.

—¡Por amor de Dios! ¿Por qué sacar a relucir eso de nuevo? ¿Qué tiene de malo que lo haya aceptado?

—¿No lo puedes ver? —Toda la emoción acumulada en los últimos meses la abrumó, ahogando sus argumentos y haciéndola estallar en llanto. Gritó histéricamente—: ¡Por amor de Dios, querido! ¡No te vendas, no te conviertas en mercenario!

Andrés apretó los dientes, furioso. Habló lentamente, con frialdad cortante:

—¡Por última vez! Te advierto que debes dejar de convertirte en una tonta neurótica. ¿No puedes tratar de ser una ayuda para mí, en vez de un obstáculo, reprochándome todos los instantes del día?

—No te he reprochado... —sollozó—. Había querido hablar antes, pero no lo hice.

—Entonces no lo hagas —perdió el dominio de sí mismo y gritó de repente—: ¿Me oyes? ¡No! Es algún complejo que se te ha metido. Hablas como si yo fuera un estafador inmundo. Sólo quiero ganar. Y si quiero dinero es sólo como medio para un fin. La gente nos juzga por lo que somos, por lo que tenemos. Si somos unos pordioseros, nos dominan. Bueno, en mi tiempo fui bastante de aquello. En adelante seré de los que mandan. Ahora me comprendes. En lo sucesivo, no menciones siquiera este maldito absurdo.

—Perfectamente, perfectamente —repuso ella, llorando—. No lo haré. Pero te lo advierto... algún día te arrepentirás.

La excursión se había malogrado, sobre todo para ella. Aunque secó sus ojos y cogió un gran ramo de primaveras, aunque pasaron otra hora en la asoleada falda y se detuvieron de regreso en lo de Lavender Lady a tomar té, aun cuando conversaron, con aparente armonía, de cosas triviales, todo el encanto del día estaba muerto. El rostro de Cristina, mientras corrían en medio de las primeras sombras crepusculares, estaba pálido y rígido.

La irritación de Andrés se trocó en indignación. ¿Por qué sería Cristina la única en hacerle reproches? otras mujeres y mujeres encantadoras además, se entusiasman con su rápido triunfo.

Pocos días después lo llamó al teléfono Francisca Lawrence. Había estado ausente, pasando el invierno en Jamaica —en los dos últimos meses Andrés había



recibido varias cartas desde el Myrtle Bank Hotel—, pero ahora estaba de vuelta, ansiosa de ver a sus amigos, irradiando el sol que había absorbido. Le dijo a Andrés que deseaba que la viera antes de perder la tostadura de su piel.

Andrés asistió a su té. Como ella se lo había anunciado, estaba hermosamente quemada, sus manos, sus frágiles muñecas y su rostro delgado e interrogativo, estaban oscurecidos como los de un fauno. La satisfacción de verla de nuevo fue extraordinariamente acentuada por el placer que leyó en los ojos de la dama, esos ojos indiferentes para con tantas personas y que tan dulces eran para él.

Hablaron como viejos amigos. Ella le habló de su viaje, de los campos de coral, de los peces vistos a través de botes con fondo de vidrio, del clima celestial. Andrés le relató en cambio, la historia de sus progresos. Tal vez en sus palabras asomó algo de sus pensamientos, porque ella replicó rápidamente:

—Usted está sumamente solemne y lamentablemente prosaico. Eso es lo que le acontece cuando me ausento. ¡No! Francamente creo que es porque trabaja demasiado. ¿Tiene que continuar con ese trabajo del consultorio? Por mi parte, creo que ha llegado el momento oportuno para que tome un apartamento en West, calle Wimpole o Welbeck, por ejemplo, e instale allí su consultorio.

En este momento entró su marido, alto, de ademanes lánguidos. Saludó a Andrés, al que conocía muy bien ahora —habían jugado bridge una o dos veces en el Sackville Club—, y aceptó de buen grado una taza de té.

Aun cuando protestó alegremente de que no los interrumpiría, su llegada desvió el giro serio de la conversación. Comenzaron a recordar, en forma muy divertida, la última tiesta de Rumbold Blane.

Pero, media hora después, al regresar a Chesborough Terrace, el consejo de la señora Lawrence le atenazaba el espíritu. ¿Por qué no habría de alquilar un piso para sus consultas en la calle Welbeck? Habla llegado el momento de hacerlo. No renunciaría a nada de su trabajo en Paddington..., el consultorio era demasiado productivo para abandonarlo a la ligera. Pero podía combinarlo fácilmente con un consultorio en el West End, usar esa dirección para su correspondencia, poner el membrete en sus esquelas, en sus cuentas.

El pensamiento centelleaba dentro de él, lo incitaba a mayores conquistas. Qué suerte tan grande era Francisca para él, tan servicial como la señorita Everett, pero infinitamente más encantadora, más excitante! Sin embargo, mantenía excelentes relaciones con su marido. No tenía para qué salir a hurtadillas de la casa, como algún vil sabueso de boudoir. ¡Oh, la amistad era una gran cosa!

Sin decirle nada a Cristina, comenzó a buscar un apartamento adecuado, en el West. Y cuando lo encontró, como un mes después, declaró, afectando indiferencia, mientras leía el diario de la mañana:

—A propósito... puede interesarte saber..., he alquilado un piso en la calle

Welbeck. Lo utilizaré para sala de consultas de mi clientela más acomodada.

## Capítulo XI

El apartamento de la calle Welbeck 57 le proporcionó a Andrés una nueva sensación de triunfo: Estoy allí —se decía regocijado, para sus adentros—, al fin estoy allí. Aunque no grande, la habitación se hallaba bien iluminada por una ventana que daba a la calle, y situada en el primer piso, ventaja positiva, ya que la mayoría de los enfermos aborrecían el subir escaleras. Más aún, aunque la sala de espera le era común con varios otros profesionales cuyas chapas brillaban junto a la suya en la puerta del frente, esta sala de consultas era exclusivamente suya.

El 19 de abril, cuando se firmó el contrato, Hamsan lo acompañó al ir a tomar posesión. Freddie se había mostrado extraordinariamente servicial en todos los preliminares y le había encontrado una útil enfermera, amiga de la mujer a quien empleaba en Queen Anne Street. La enfermera Sharp no era hermosa. De edad mediana, tenía una expresión amarga, como de pena contrariada, pero inteligente. Freddie la definió concisamente:

—Lo que más le daña a un profesional joven es una enfermera hermosa. Sabes lo que quiero decir, viejo. Las diversiones son diversiones y los negocios, negocios. Y no pueden conciliarse. A ninguno de nosotros nos conviene. Eres un mozo lo bastante perspicaz para comprenderlo. En realidad, tengo la certeza de que felizmente vamos a acercarnos, ahora que te has trasladado a mi barrio.

Mientras Freddie y Andrés discutían el arreglo de la habitación, apareció inesperadamente la señora Lawrence. Pasaba al azar y venía, alegremente, a juzgar su elección. Tenía un modo simpático de presentarse como por casualidad, de no parecer jamás indiscreta. Ahora estaba singularmente encantadora, con una pollera y un abrigo negros, y una riquísima gargantilla color café. No se quedó mucho tiempo, pero dio ideas, sugerencias para el decorado, para las cortinas; que debían colocarse en la ventana y detrás del escritorio, de mucho mejor gusto que los vulgares diseños de Freddie y Manson. Privada de su animadora presencia, la habitación pareció repentinamente vacía. Freddie murmuró:

—Si he visto algún hombre afortunado, eres tú. Es apetitosa. —Sonrió envidiosamente—. ¿Qué dijo Gladstone en 1980 tocante a la manera más segura de impulsar la carrera de un hombre?

—No sé adónde vas.

Sin embargo, cuando el cuarto estuvo listo, Andrés tuvo que convenir con Freddie, y con Francisca, que llegó a ver su idea realizada, que daba la nota justa: moderna y, no obstante, profesionalmente correcta. Tres guineas por consulta parecía un honorario justo y razonable en esos alrededores.

Al principio no tuvo muchos pacientes. Pero a fuerza de escribir cortésmente a cuanto médico le enviaba enfermos al Victoria —cartas referentes, naturalmente, a

estos enfermos de hospital y sus síntomas—, pronto dispuso de una red que se extendía a todo Londres, la que comenzó a enviarle pacientes a su puerta. Era ahora un hombre muy ocupado, que viajaba como un relámpago en su nuevo y lujoso coche entre Chesborough Terrace y el Victoria, entre el Victoria y la calle Welbeck, con muchas visitas además, y su consultorio siempre lleno, en el que frecuentemente permanecía hasta las diez de la noche.

El tónico del éxito lo estimulaba para todo, corría por sus venas como un generoso elixir. Halló tiempo para ir a lo de Rogers a hacerse confeccionar otros tres trajes, y luego a lo de un camisero de Jermyn Street, que le había recomendado Hamson. En el hospital aumentaba su popularidad. Es verdad que disponía de menos tiempo que consagrar a su trabajo con los enfermos externos, pero se decía a sí mismo que lo que sacrificaba en tiempo lo ganaba en pericia. Aun para con sus amigos se revistió de una brusquedad de hombre apurado, más bien simpática, con su fácil sonrisa: «Tengo que trabajar, viejo, apresurarme lo más posible».

Un viernes por la tarde, cinco semanas después de su instalación en la calle Welbeck, una dama de edad vino a consultarlo por su garganta. No tenía más que una simple laringitis, pero era una personita molesta y parecía ansiosa de una segunda opinión. Algo herido en su amor propio, Andrés reflexionó a qué médico la enviaría. Era ridículo que le fuera a quitar su tiempo a un hombre como sir Robert Abbey. De pronto se le iluminó el rostro al pensar en Hamson, que estaba a la vuelta de la esquina. Este había sido extremadamente gentil con Manson últimamente. Podría «embolsarse» las tres guineas tan bien como algún extraño desagradecido. Andrés la envió con una esquila a Freddie.

Tres cuartos de hora más tarde regresó, con un aire enteramente distinto, tranquilizada y satisfecha de sí misma, de Freddie y, sobre todo, de Manson.

—Excúseme de que vuelva, doctor. Sólo deseaba agradecerle por la molestia que le he causado. Vi al doctor Hamson y confirmó todo lo que usted me había dicho. Y me dijo que la receta que usted me había dado era sencillamente inmejorable.

En junio le extrajeron las amígdalas a Sybil Thornton. Estaban en cierto grado dilatadas y últimamente, en el Journal, se había sugerido que la absorción tonsilar tuviera relaciones con la etiología del reumatismo. Ivory efectuó la extirpación con tediosa prolijidad.

—Prefiero ser lento con estos tejidos linfáticos —le dijo a Andrés, mientras se lavaban. Me atrevo a decir que usted ha presenciado extirpaciones rápidas. Yo no trabajo así.

Cuando Andrés recibió su cheque de Ivory —de nuevo llegó por correo—, Freddie estaba con él. Frecuentemente se visitaban en sus respectivos consultorios. Hamson lo había compensado inmediatamente, enviándole una hermosa gastritis a cambio del caso de laringitis. Por este tiempo, ya varios pacientes habían recorrido el

camino, portadores de notas, entre las calles Welbeck y Queen Anne.

—Manson, me alegro de que hayas abandonado tu vieja posición de perro del hortelano, de puritano —le observó Freddie—. Aun ahora no le estás exprimiendo todo el jugo a la naranja —miró el cheque por encima del hombro de Andrés—. Únete conmigo, muchacho, y tendrás un banquete más succulento.

Andrés tuvo que reírse.

Al regresar a casa aquella tarde, iba extraordinariamente contento. Encontrándose sin cigarrillos, se detuvo y entró a una cigarrería de la calle Oxford. Al salir vio a una mujer que curioseaba en una vidriera vecina. Era Blodwen Page.

Aunque la reconoció inmediatamente, parecía muy distinta do la dinámica matrona de Bryngower. Ya no era vigorosa, se inclinaba pesadamente, y cuando él la habló, lo miró apática e indiferente.

—¿La señorita Page..., debo decir la señora Rees? ¿No se acuerda de mí? El doctor Manson.

Ella lo observó, advirtió su correcto vestir y aire próspero.

Dijo, suspirando lentamente:

—Lo recuerdo, doctor. Supongo que le va muy bien. —Luego, como temerosa de permanecer allí, se volvió hacia donde, unos metros más allá, la esperaba impacientemente, un hombre alto y calvo. Terminó atemorizada—: Tengo que irme, doctor. Mi marido me espera.

Andrés observó la precipitación de Blodwen para irse y vio cómo los labios de Rees se movían para formular un reproche.—«¿Qué es eso..., haciéndome esperar?»— mientras ella agachaba sumisamente la cabeza. Por un instante sintió Andrés que se posaban en él los ojos fríos del administrador de Banco. Después la pareja avanzó y desapareció entre la multitud.

Andrés no se pudo quitar el cuadro de su vista. Cuando llegó a su casa encontró a Cristina en la habitación que daba a la calle, tejiendo, con el té —que había pedido al sentir el ruido del auto— en una bandeja. Andrés la miró sondeándola. Quería referirle el incidente, anhelaba poner fin a ese período de tensión. Pero cuando había aceptado una taza de té, y antes de que pudieran hablar, ella lo hizo tranquilamente:

—La señora Lawrence llamó de nuevo esta tarde. No dejó recado.

—Oh! —él enrojeció—. ¿Qué quiere decir «de nuevo»?

—Es la cuarta vez que te llama en la semana.

—Bien, ¿y qué?

—Nada. No quiero decir nada.

—Tu modo de mirar... Yo no puedo evitar que me llame.

Cristina callaba, con los ojos inclinados sobre su tejido. Si Andrés hubiera podido ver la tormenta que se agitaba en ese pecho aparentemente tranquilo, no habría perdido la calma, como le ocurrió.

—Con esa actitud pareces pensar que soy un bígamo. Ella es una mujer enteramente correcta. ¡Vaya! Su marido es uno de mis mejores amigos. Son gente encantadora. ¡Oh, demonio!...

Se tomó de un sorbo el resto del té y se levantó. Sin embargo, al momento de salir ya estaba arrepentido. Se fue al consultorio, encendió un cigarrillo, reflexionando en que las cosas iban de mal en peor entre él y Cristina. Y no quería que empeorasen. Su distanciamiento creciente lo irritaba y deprimía; era la única nube en el cielo diáfano de su éxito.

Cristina y él habían sido idealmente felices en su vida matrimonial. El inesperado encuentro con la señora Page le había traído una ráfaga de dulces e inefables recuerdos de su noviazgo en Drineffy. Ya no la idolatraba como en otro tiempo, pero, a pesar de todo, la quería. Acaso la había herido una o dos veces últimamente. De pie allí sintió un repentino deseo de reconciliación, de complacerla, de halagarla. Pensó mucho. De pronto brilló una idea en sus ojos. Miró su reloj, vio que le quedaba media hora justa antes de que cerrase Laurier's. Un minuto después estaba en su auto, en camino para entrevistarse con la señorita Cramb.

Cuando Andrés le mencionó su deseo, ésta se puso inmediata y entusiastamente a sus órdenes. Conversaron muy seriamente, y luego pasaron al departamento de pieles, donde examinó varias. La señorita Cramb las acariciaba con dedos expertos, señalando el lustro, el plateado, todo lo que sobresalía en cada piel en particular. Una o dos veces se mostró gentilmente en desacuerdo con los gustos de Andrés, indicándole nerviosamente cuáles eran de verdadera calidad. Finalmente eligió unas y ella aprobó cordialmente. En seguida fue en busca del señor Winch y regresó para explicar, radiante:

—Dice el señor Winch que puede llevárselas al costo —nunca palabra como «al por mayor» había profanado los labios de una empleada de Laurier's—. Son cincuenta y cinco libras, y es lo que realmente valen, puede crérmelo, doctor. Son pieles hermosas, hermosas. Su señora se sentirá orgullosa de llevarlas.

El sábado siguiente, a las once, Andrés tomó la caja verdeoliva, con la marca inimitable aristocráticamente grabada sobre la tapa, y fue al salón.

—¡Cristina! —llamó—. Ven un momento.

Ella estaba arriba, ayudándole a hacer las camas a la Bennet pero bajó al instante, un poco jadeante, algo intrigada por el llamado.

—¡Mira, querida! —ahora que llegaba el instante crítico, Andrés sintió una turbación casi sofocante—. Te he comprado esto, Sé..., sé que no nos hemos entendido muy bien últimamente, pero esto debe mostrarte...

Se interrumpió, y como un colegial le alargó la caja. Cristina estaba muy pálida al abrirla. Las manos le temblaban sobre el cordel. Luego dio un grito de estupor:

—¡Qué pieles maravillosas!

Allí, sobre el papel de seda, había dos zorros plateados, dos pieles primorosas unidas a la moda, formando una sola pieza. Andrés las tomó rápidamente, acariciándolas como lo había hecho la señorita Cramb, hablando con voz alterada:

—¿Te gustan, Cristina? Pruébatelas. La buena «zaguera» me ayudó a elegir las. Son absolutamente de primera calidad. No había mejores. Y también valiosas. Tú les ves ese brillo y la mejor marca atrás, que es lo que hay que considerar especialmente.

Corrían lágrimas por las mejillas de Cristina. Se volvió hacia él, fuera de sí:

—Me amas, ¿verdad, querido? Eso es lo único que me importa en el mundo.

Tranquilizada al fin, se probó las pieles. Eran magníficas. Andrés no acababa de admirarlas. Quiso hacer completa la reconciliación y le dijo sonriente:

—Mira, Cristina, podríamos también darnos una fiestecita, ya que estamos en esto. Almorzaremos fuera hoy. Te espero a la una en el «grill» del Plaza.

—Bueno, querido —y observó tímidamente—: Sólo que... tengo un pastel de cordero para el almuerzo de hoy..., de los que a ti te gustaban tanto.

—¡No, no! —la risa de Andrés era alegre como nunca desde varios meses atrás—. No seas una vieja casera. A la una. Encuentra en el Plaza al gentil caballero de negro. No necesitas llevar un clavel rojo. Te reconocerá por las pieles.

Andrés estuvo toda la mañana de excelente humor. ¡Qué tonto había sido..., olvidando a Cristina! A todas las mujeres les agrada que se les preste atención, que se las lleve a paseo, que se les den satisfacciones. El «grill» del Plaza era el sitio preciso... Todo Londres, o la mayoría de lo que había en él de más alta significación, estaba allí de una a tres.

Cristina llegó tarde, cosa inusitada que impacientó ligeramente a Andrés, que, sentado en el pequeño hall frente a la mampara de vidrio, veía ocuparse rápidamente las mejores mesas. Se hizo traer un segundo aperitivo. Era la una y veinte cuando ella llegó presurosa, confundida por el ruido, la gente, los elegantes lacayos y el hecho de que, durante la última media hora, había estado esperando tontamente en el otro hall.

—Lo siento querida —le dijo— esperé y esperé. Y entonces me di cuenta de que era el hall del restorán.

Les dieron una mala mesa, pegada a una columna al lado del servicio. El sitio estaba abominablemente atestado, las mesas tan próximas entre sí, que las personas parecían sentadas unas encima de otras. Los mozos se movían como equilibristas. El calor era tropical. El bullicio crecía y amenguaba como la baraúnda de un colegio.

—Bien, Cristina, ¿qué deseas? —le dijo en forma algo imperativa.

—Elige tú, querido —contestó.

Andrés ordenó un magnífico y costoso menú: sopa Príncipe de Gales, caviar, pollo, espárragos, *fraises de boíl in syrup*<sup>[14]</sup>. También una botella de *Liebframnilch*, 1829.

—En nuestros días de Drineffy no sabíamos mucho de cosas. —Andrés reía,

decidido a hacerla feliz—. Nada como tratarnos bien, amiguita.

Ella procuró noblemente responder a su humor. Alabó el caviar, hizo un esfuerzo heroico con la exquisita sopa. Aparentó interés cuando Andrés le señaló a Glen Roscoe, la estrella de cine; a Mavis Yorke, una americana famosa por sus seis maridos, y a otros cosmopolitas igualmente distinguidos. La elegante vulgaridad del lugar le era odiosa a Cristina. Los hombres estaban irreprochables, bruñidos y engominados. Todas las mujeres que veía eran rubias, vestidas de negro, elegantes, pintadas, negligentemente aristocráticas.

Cristina se sintió al instante algo aturdida. Comenzó a perder el equilibrio. Habitualmente sus maneras eran de una natural sencillez. Pero últimamente había sido muy grande la tensión de sus nervios. Tuvo conciencia del contraste entre su nueva piel y su vestido corriente. Sintió fijas en ella las miradas de otras mujeres. Comprendió que allí estaba tan fuera de lugar como una margarita en un invernáculo de orquídeas.

—¿Qué te pasa? —preguntó súbitamente Andrés—. ¿No estás contenta?

—Sí, por supuesto —protestó ella, procurando sonreír. Pero sus labios estaban rígidos. Apenas pudo tragar, y menos gustar, el pollo excesivamente cubierto de crema que tenía en su plato.

—No atiendes lo que te digo —expresóle Andrés, con desagrado—. Ni siquiera has tocado el vino. ¡Qué diantre! Cuando un hombre saca a su mujer...

—Quisiera tomar un poco de agua —solicitó débilmente.

Podría haber gritado. No pertenecía a un sitio como éste. No tenía teñido el pelo, ni la cara arreglada, por lo que no era raro que aun los mozos la mirasen ahora. Nerviosamente levantó un tallo de espárrago. Al hacerlo se le tronchó a éste la cabeza, cayendo sobre su piel nueva, goteando salsa.

La rubia platinada de la mesa próxima miró a su compañero con una sonrisa irónica. Andrés advirtió esa sonrisa. Abandonó su propósito de divertirse. El almuerzo terminó en un silencio lúgubre.

Regresaron a casa más lúgubrementemente. Andrés partió al momento a atender sus llamados. Estaban más distanciados que antes. La pena en el corazón de Cristina era intolerable. Comenzó a perder la fe en sí misma, a preguntarse si realmente era ella la mujer que le convenía a Andrés. Esa noche le echó los brazos al cuello y lo besó, agradeciéndole una vez más las pieles y la invitación.

—Me alegro de que te hayas divertido —le respondió escuetamente. Y se fue a su dormitorio.



## Capítulo XII

A estas alturas ocurrió un acontecimiento, que por el momento distrajo la atención de Andrés de sus dificultades domésticas. Vio un párrafo en la *Tribuna* que anunciaba la llegada en el «Imperial» del señor Ricardo Stillman, el tan conocido perito de Portland, Estados Unidos, que se hospedaba en el Brooks Hotel.

En otro tiempo habría corrido anhelante a casa de Cristina, con el diario en la mano, diciendo:

«Mira, Cristina, ha llegado Ricardo Stillman. Tú recuerdas... Me carteaba con él en aquellos meses. ¿Le agradecería verme...? Sencillamente..., me gustaría encontrarme con él».

Pero ahora había perdido la costumbre de acudir a Cristina. En vez de hacerlo, meditó profundamente, diario en mano, contento de poder ver a Stillman, no como un ayudante médico, sino con la autoridad de un profesional de la calle Welbeck. Redactó cuidadosamente una carta haciéndose recordar del americano e invitándolo para el miércoles al grill del Plaza.

A la mañana siguiente lo llamó al teléfono Stillman. Su voz era tranquila, amistosa, atenta.

—Me alegro de hablarle, doctor Manson. Me gustaría que almorzáramos juntos. Pero no lo hagamos en el Plaza. Yo odio ese lugar. ¿Por qué no viene a almorzar conmigo aquí?

Andrés encontró a Stillman en la sala de su apartamento del Brooks, hotel selecto y tranquilo, ante el cual daba vergüenza el bullicio del Plaza. Era un día caluroso, la mañana había sido agitada y Andrés casi se arrepintió de haber venido cuando divisó a su huésped. El norteamericano tenía unos cincuenta años, era pequeño y frágil, de una cabeza desproporcionadamente grande y mandíbula inferior encajada. Su tez era de un rosado y blanco infantil, su pelo rubio era fino y partido al medio. Sólo cuando Andrés miró sus ojos, de un azul pálido, firmes y glaciales, vino a darse cuenta, casi sintió el efecto, de la energía animadora oculta tras ese cuerpo insignificante.

—Espero que no le moleste el venir aquí —dijo Ricardo Stillman con ese tono tranquilo del hombre por acercarse al cual muchos se habrían sentido dichosos—. Sé que se cree que a los americanos nos gusta el Plaza —sonrió, revelándose humano—. Pero acude allí una muchedumbre indeseable. —Se detuvo—. Y ahora que lo he visto, permítame felicitarlo realmente por ese espléndido trabajo sobre la inhalación. ¿No le molestó lo que le dije sobre la ceresita? ¿Qué ha hecho últimamente?

Bajaron al restorán; donde el jefe de un grupo de mozos se puso a las órdenes de Stillman.

—¿Qué se sirve usted? Yo deseo jugo de naranja dijo Stillman rápidamente, —sin mirar el largo menú francés— y dos costillas de cordero con arvejas. Después café.

Andrés indicó su lista y se volvió luego, con creciente respeto, a su compañero. Era imposible permanecer largo tiempo en presencia de Stillman sin rendirse al interés avasallador de su personalidad. Su historia, que Andrés conocía en sus grandes líneas, era en sí misma única.

Ricardo Stillman provenía de una antigua familia de Massachusetts, que durante generaciones había ejercido el Derecho en Boston. Mas, a pesar de esta tradición, el joven Stillman manifestó un fuerte deseo de seguir la profesión médica y, finalmente, a los dieciocho años, persuadió a su padre que le permitiera empezar sus estudios en Harvard. Había seguido durante dos años el curso de medicina en esta Universidad cuando su padre murió repentinamente, dejando a Ricardo, su madre y una hermana, en una difícil situación económica.

En este momento, cuando debían haberse encontrado algunos medios de sostén para la familia, el viejo Juan Stillman, abuelo de Ricardo, insistió en que su nieto debería abandonar los estudios médicos en homenaje a la tradición jurídica de la familia. Los argumentos fueron inútiles —el anciano era implacable— y Ricardo se vio forzado a tomar, no el diploma médico que había deseado, sino un grado en Derecho, al cabo de tres años de tedioso estudio. En seguida en 1906, ingresó a las oficinas de la familia en Boston, y durante cuatro años se consagró en Derecho.

Sin embargo, era una consagración a medias. La bacteriología, y en particular la microbiología, lo habían fascinado desde sus primeros días de estudiante, y en el desván de su casa de Beacon Hill instaló un pequeño laboratorio, tomó a un empleado como ayudante y dedicó todos los momentos libres a satisfacer su pasión. Este desván fue en realidad el comienzo del Instituto Stillman. Ricardo no era un aficionado. Por el contrario, desplegaba no sólo la más alta habilidad técnica, sino una originalidad rayana con el genio. Y cuando en el invierno de 1903 su hermana María, a la que quería mucho, murió de tisis galopante comenzó a concentrar sus esfuerzos sobre el bacilo de la tuberculosis. Utilizó los trabajos de Pierre Louis y del discípulo americano de aquél, James Jackson, hijo. Su examen de la obra de Laennee sobre la auscultación lo llevó al estudio fisiológico del pulmón. Inventó un nuevo tipo de estetoscopio. Con el limitado instrumental de que disponía, comenzó sus tentativas para producir un suero de la sangre.

En 1910, cuando falleció el viejo Juan Stillman, Ricardo había conseguido, por fin, sanar la tuberculosis en los conejos de Indias. Los resultados de este doble acontecimiento fueron inmediatos. La madre de Stillman había simpatizado siempre con su labor científica. No necesitó de mucho para renunciar a la abogacía en Boston, y, con su herencia de la finca del anciano, comprar una propiedad cerca de Portland, en Oregón, donde se entregó de inmediato a la finalidad real de su vida.

Ya había malgastado tantos años valiosos, que no hizo la menor tentativa por alcanzar un grado médico. Quería progresos, resultados. Pronto produjo un suero de

los caballos bayos y tuvo éxito con una vacuna bovina en la inmunización en masa de vacas, en Jersey. Al mismo tiempo aplicaba las observaciones fundamentales de Helmholtz y Willard Gibbs, de Yale, y de médicos posteriores, como Bisailon y Zinks, al tratamiento de los pulmones enfermos mediante la inmovilización. De aquí pasó derecho a la terapéutica.

Su obra curativa en el nuevo Instituto lo destacó luego con triunfos todavía mayores que los de su laboratorio. Muchos de sus pacientes eran tuberculosos «ambulantes», que vagaban de un sanatorio a otro, temidos por incurables. Su éxito con estos casos le atrajo inmediatamente las invectivas, las acusaciones y la resuelta hostilidad de los profesionales.

Entonces comenzó para Stillman una lucha muy distinta y más larga: la batalla en pro del reconocimiento de su obra. Había invertido todo el dinero que poseía en el establecimiento de su Instituto, cuyo mantenimiento era costoso. Aborrecía la publicidad y resistió todas las sugerencias de que mercantilizara su trabajo. A veces pareció que las dificultades materiales, sumadas a una oposición inclemente, iban a hundirlo. Stillman, sin embargo, con magnífico coraje, se sobrepuso a todas las crisis, aun a una campaña periodística nacional dirigida contra él.

Pasada la etapa de las falsedades, decayó la tempestad de la controversia. Poco a poco ganó Stillman el malhumorado reconocimiento de sus adversarios. En 1925 visitó el Instituto una comisión de Washington e informó calurosamente sobre su labor. Stillman, reconocido ahora, comenzó a recibir grandes donaciones de individuos particulares, de directores de trusts y aun de organismos públicos. Dedicó esos fondos a la ampliación y perfeccionamiento de su Instituto, que con su magnífico instrumental y ubicación, sus rebaños de Jersey y de caballos irlandeses finos para sueros, llegó a ser algo importantísimo en el Estado de Oregón.

Aun cuando Stillman no se hallaba del todo libre de enemigos —en 1929, por ejemplo, las recriminaciones de un ayudante de laboratorio despedido ocasionaron otro escándalo—, cuando menos se había asegurado la inmunidad para proseguir sus trabajos. Sin que el triunfo lo envaneciese, siguió siendo la misma personalidad reposada y modesta que cerca de veinticinco años atrás había ensayado sus primeros cultivos en el desván de Beacon Hill.

Y ahora, sentado allí en el restorán del Brooks Hotel, miraba a Andrés con apacible benevolencia.

—Es muy agradable —dijo— estar en Inglaterra. Me gusta su país. Nuestros veranos no son tan frescos como éste.

—Supongo que ha venido en gira de conferencias, ¿no?

Stillman sonrió.

—¡No! Ahora no doy conferencias. ¿Será vanidad decir que dejo que mis resultados hablen por mí? La verdad, estoy aquí tranquilamente. Resulta que el señor

Cranston, su compatriota, me refiero a Herbert Cranston, que fabrica esos autos pequeños maravillosos, vino a verme a Norteamérica hace como un año. Había sido mártir del asma toda su vida, y yo..., bueno, en el Instituto logramos curarlo. Desde entonces ha estado insistiendo para que venga a instalar aquí una pequeña clínica según el modelo de la de Portland. Convine en ello hace seis meses. Aprobamos los planos, y ahora los trabajos están por terminarse, en un lugar que llamamos Bellevue, en Chiltners, cerca de High Wycombe. Luego de iniciar su funcionamiento se la confiaré a Marland, uno de mis ayudantes. Lo considero un experimento, francamente, muy prometedor, con mis métodos, especialmente desde el punto de vista del clima y de la raza. ¡El aspecto financiero carece de importancia!

Andrés se inclinó hacia adelante.

—Eso parece interesante. ¿En qué se va a especializar? Me agradecería visitar el sitio.

—Puede venir cuando estemos listos. Tendremos nuestro régimen radical para el asma. Cranston lo quiere. Y, además, he indicado especialmente el tratamiento de unos pocos casos de tuberculosis incipiente. Digo unos pocos porque... —aquí sonrió Stillman— yo no olvido que soy precisamente un biofísico que sabe algo sobre el aparato respiratorio; pero en Norteamérica nuestra dificultad está en salvarnos de que nos aplasten. ¿Qué le estaba diciendo? ¡Ah, sí! Estas tuberculosis incipientes. Esto le interesará a usted. Poseo un nuevo método de aplicar el neumotórax. Es realmente un progreso.

—¿Se refiere al Emile Weil?

—No, no. Mucho mejor. Sin los inconvenientes de la fluctuación negativa —el rostro de Stillman se iluminó—. Usted conoce la dificultad del aparato de frasco fijo, ese punto en que la presión intrapleural equilibra la presión del fluido y cesa completamente la emisión de gas. En el Instituto hemos recurrido a una cámara accesoria de presión que se la mostraré cuando venga, con lo cual podremos introducir gas con una presión negativa determinada desde el principio.

—¿Pero la embolia gaseosa? —insinuó rápidamente Andrés.

—Eliminamos totalmente el peligro. Mire. Introduciendo un pequeño manómetro de bromoformo junto a la aguja, evitamos la rarefacción. Una fluctuación de 14 cm. proporciona sólo 1 cc. de gas en la punta de la aguja. De otra parte, nuestra aguja tiene un cuádruple enchufe que funciona algo mejor que el de Sangman.

A pesar suyo —y de su puesto de honorario en el Victoria—, Andrés estaba impresionado.

—¡Vaya! —dijo—. Si es así, se va a reducir a nada el shock pleural. Usted sabe, señor Stillman..., bueno, parece extraño, para mí es sorprendente que todo esto proceda de usted. ¡Oh!, perdóneme, me he expresado mal, pero usted sabe lo que quiero decir... Tantos médicos, que siguen usando los viejos aparatos...

—Mi querido médico —le contestó Stillman con una mirada traviesa—, no olvide que Carson, el primero que usó el neumotórax, era sólo un experimentador fisiólogo.

Después de eso se abismaron en cuestiones técnicas. Discutieron sobre la apicolisis y la frenicotomía, sobre los cuatro puntos de Brauer, y pasaron después al oleotórax y al trabajo de Brenon en Francia: inyecciones macizas intrapleurales en el enfisema tuberculoso. Sólo cesaron cuando Stillman miró su reloj y advirtió, con una exclamación, que se hallaba con media hora de retraso para un compromiso con Churston.

Andrés abandonó el Brooks Hotel con el espíritu tonificado y exaltado. Pero detrás de eso vino una extraña reacción de confusión, de descontento con su propio trabajo. «Me he dejado arrastrar por ese hombre», se dijo para sí, molesto.

Al llegar a la calle Chesborough no se hallaba en una disposición de espíritu muy favorable. Sin embargo, al enfrentarse con su casa procuró imprimir a sus facciones un aire indiferente. Sus relaciones con Cristina habían llegado a exigir esta actitud, pues ella se presentaba ahora ante él con un rostro tan sumiso e inexpresivo, que Andrés sentía, por mucho que interiormente estuviese disgustado, que debía responder en el mismo tono bondadoso.

Le parecía que ella se había concentrado en sí misma, reclusándose en una vida interior, a la cual él no podía tener acceso. Cristina leía mucho, escribía cartas. Una o dos veces, al regresar la encontró jugando con Florrie...; juegos infantiles, con fichas de colores que compraban en las tiendas. Comenzó también, con discreta regularidad, a frecuentar la iglesia. Y esto lo exasperó más que todo.

En Drineffy, Cristina había acompañado todos los domingos a la iglesia parroquial a la señora Watkins, y Andrés no había encontrado motivo de queja. Pero ahora, alejado de ella y nada benévolo, sólo vio en ello un nuevo desaire, una actitud devota hostil a su persona.

Aquella tarde, al entrar en el saloncito, Cristina estaba allí sola, sentada con los codos sobre la mesa, calados los lentes a que había recurrido últimamente, un libro frente a ella, dando la impresión de una colegiala muy concentrada en su lección. Un áspero sentimiento de verse desdeñado agitó a Andrés. Por encima de los hombros le cogió el libro, que ella intentó ocultar demasiado tarde. Y allí, en el margen superior, pudo leer: *El Evangelio según San Lucas*.

—¡Bueno, bueno! —Andrés estaba ofuscado, furioso. ¿A esto has llegado? ¡Dedicada a la Biblia!

—¿Por qué no? Acostumbraba a leerla antes de conocerte.

—Ah!, lo hacías, ¿eh?

—Sí —en los ojos de Cristina había una extraña mirada de tristeza—. Es posible que tus amigos del Plaza no le dé, importancia al hecho. Pero a lo menos es buena literatura.

—¡Así es! Bueno, déjame decírtelo, en caso de que no lo sepas: te estás convirtiendo en una neurótica calamitosa.

—Muy probablemente. Eso también es culpa mía únicamente. Pero déjame decirte esto: prefiero ser una neurótica calamitosa y estar espiritualmente viva, a ser un triunfador calamitoso... y espiritualmente muerto.

Se interrumpió de repente, mordiéndose los labios, reprimiendo las lágrimas. A duras penas consiguió el dominio de sí misma. Mirándolo firmemente, con ojos tristes, le dijo en voz baja:

—Andrés, ¿no crees que sería bueno para los dos que yo saliera por un tiempo? La señora Vaughan me ha escrito invitándome a pasar con ella dos o tres semanas. Han tomado una casa en Newquay por el verano. ¿No crees que debo ir?

—¡Si! ¡Ve! —Dio media vuelta y se fue.

## Capítulo XIII

La partida de Cristina a Newquay fue un alivio, una deliciosa emancipación. Por tres días íntegros. En seguida Andrés comenzó a cavilar, a preguntarse qué haría ella y si lo echaría de menos, a irritarse pensando celosamente en cuándo regresaría. Aunque se dijo a sí mismo que ahora era libre, experimentaba el mismo sentimiento de faltarle algo que lo había desviado del trabajo en Aberlaw cuando ella había ido a Bridlington, dejándolo entregado a la preparación de su examen.

Su imagen se alzó ante los ojos de Andrés, pero no las frescas facciones de aquella primera Cristina, sino un rostro más pálido, más maduro, con las mejillas ligeramente hundidas y ojos miopes tras unos lentes redondos. No era un rostro hermoso, pero tenía un inolvidable aspecto de sufrimiento.

Andrés salió mucho, jugó al bridge con Ivory, Freddie y Deedman en el Club. A pesar de su reacción a la fecha de su primer encuentro, siguió frecuentando a Stillman, que oscilaba entre el Brooks Hotel y la clínica, ahora casi terminada, en Wycombe.

Lo escribió a Denny pidiéndole viniera a Londres, pero a éste le fue imposible, por ser tan reciente su nombramiento. Hope era inaccesible en Cambridge.

Procuró concentrarse febrilmente en su investigación clínica del hospital. Imposible. Estaba demasiado inquieto. Con este mismo afán nervioso trató de sus inversiones con Wade, el administrador del Banco. Todo satisfactorio, todo marchaba bien. Comenzó entonces a madurar un plan para comprar una casa en la calle Welbeck —gruesa inversión, pero que resultaría altamente beneficiosa—, vender la de Chesborough, conservando solamente el consultorio contiguo. Una de las sociedades constructoras le ayudaría. Despertaba en las noches calurosas, con la cabeza llena de proyectos, pensando en su clientela, con los nervios agotados, echando de menos a Cristina, mientras su mano buscaba automáticamente un cigarrillo en la mesa de noche.

En medio de todo esto, llamó a Francisca Lawrence.

—Estoy solo aquí, por el momento. ¿Tendría inconveniente en salir a alguna parte por la tarde? ¡Hace tanto calor en Londres!

El acento de la dama le llegó suave, extrañamente calmante para él.

—Sería inmensamente agradable. Esperaba que usted me llamara. ¿Conoce usted Crossways? Estilo isabelino, aunque con demasiada luz, temo. Pero el río es allí magnífico.

La tarde siguiente despachó el consultorio en tres cuartos de hora. Mucho antes de las ocho recogía a Francisca en Knightsbridge y lanzaba su coche en dirección a Chertsey.

Corrieron hacia el oeste, a través de los bajos jardines del mercado, más allá de

Staines, bajo la inundación del sol poniente. Ella iba al lado de Andrés, hablando muy poco, pero llenando el coche con su presencia encantadora y extraña. Llevaba un traje de un género delgado color café claro, y un sombrero oscuro pegado a su cabeza pequeña. Andrés experimentaba el sentimiento abrumador de la gracia de Francisca, de su consumada elegancia. Su mano desnuda, junto a él, expresaba curiosamente esta cualidad..., alba, tierna. Cada largo dedo terminaba en un exquisito óvalo escarlata. Sumamente delicada.

Crossways, como ella lo había supuesto, era una magnífica residencia isabelina en medio de jardines perfectos, sobre el Támesis, que en modo alguno se acomodaba a que, por conveniencias modernas, la hubiesen transformado de mansión señorial en lugar de recreo, con una abominable jazz-band. Pero aunque un lacayo de facción saltó al auto cuando ellos entraron al patio, ya lleno de coches suntuosos, los viejos ladrillos brillaban detrás de las parras y las altas chimeneas se alzaban serenamente hacia el cielo.

Pasaron al restaurante. Era elegante, amplio, con mesas colocadas en torno de un cuadrado de piso lustroso, y había un «maitre» que podía haber sido hermano del gran visir del Plaza. Andrés odiaba y temía a los «maitre». Pero se debía, descubrió ahora, a que nunca los había afrontado al lado de una mujer como Francisca. Una rápida mirada y se veían reverencialmente conducidos a la mejor mesa de la sala, rodeados de un cuerpo de servidores, uno de los cuales desdobló la servilleta de Andrés y la colocó ritualmente sobre sus rodillas.

Francisca se sirvió muy poco: una ensalada, melva asada y agua helada en vez de vino. Impertérrito, el «maitre» parecía ver en esa frugalidad la confirmación de la alta condición social de aquélla. Andrés se dio cuenta, con una súbita sensación de pena, que si hubiese penetrado en ese santuario con Cristina y pedido esa comida vulgar, habría sido arrojado al camino con desprecio.

Volvió en sí para encontrarse con la mirada sonriente de Francisca.

—¿Se da cuenta de que nos conocemos hace ya bastante tiempo y ésta es la primera vez que me invita a salir con usted?

—¿Lo lamenta?

—No tanto como eso, creo.

Una vez más la familiaridad encantadora de ese rostro suavemente sonriente lo exaltó, lo hizo sentirse más despierto, más cómodo, en un plano superior. No era mera afectación ni tonta jactancia. El sello de la distinción de Francisca era algo que en cierto modo se difundía hasta envolverlo a él mismo. Andrés se daba cuenta de que las gentes de las mesas vecinas los observaban con interés, de la admiración masculina, que ella desdeñaba serenamente. No pudo menos que experimentar el sentimiento de una unión más firme con ella.

Díjole Francisca:



—¿Lo halagaría mucho el saber que he deshecho un compromiso anterior para venir aquí? Nicol Watson..., ¿lo recuerda? Me iba a llevar al ballet, uno de mis favoritos; ¿qué pensaría usted de mi gusto infantil? Massine en *La Boutique Fantasque*.

—Recuerdo a Watson y su viaje por el Paraguay. Inteligente mozo.

—Es sumamente agradable.

—¿Pero no le parece que habría hecho demasiado calor en el teatro?

Ella sonrió sin contestar, y sacó un cigarrillo de una cajita plana de esmalte, en que se hallaba grabada en colores suave una exquisita miniatura de Boucher.

—Sí, tuve noticias de que Watson andaba detrás de usted —insistió Andrés, con repentina vehemencia—. ¿Qué piensa de eso su marido?

De nuevo calló Francisca, alzando simplemente una ceja, como si deplorara suavemente la falta de sutileza de Andrés. Al cabo de un momento, dijo:

—Seguramente lo comprenderá. Jackie y yo somos los mejores amigos. Sin embargo, tenemos nuestros *propios* amigos. El está en Juan ahora. Pero no le pregunto por qué. —Y luego, débilmente—. ¿Bailamos... sólo una vez?

Bailaron. Ella se movía con la misma gracia extraordinariamente fascinadora, y él la sentía leve en sus brazos, impersonal.

—No sirvo —dijo Andrés cuando regresaron. Estaba adoptando aún el idioma de ella. Estaban lejos, muy lejos los días en que habría dicho—: ¡Demonios, Cristina, me carga el baile!

Francisca no respondió. Una vez más sintió Andrés que eso era característico suyo. Otra mujer habría lisonjeado, le habría contradicho, le habría hecho sentirse rústico. Llevado de una curiosidad impulsiva, exclamó Andrés:

—Tenga la bondad de decirme una cosa. ¿Por qué ha sido tan amable conmigo, ayudándome como lo ha hecho... todos estos meses?

Ella lo miró algo irónica, pero sin evadirse.

—Usted es extraordinariamente atrayente para las mujeres, y su mayor encanto es que lo ignora.

—No, pero, realmente... —protestó Andrés, enrojeciendo. Luego murmuró—: Supongo que también valgo algo como médico.

Francisca sonrió, alejando lentamente el humo del cigarrillo con su mano.

—Usted no se convencerá. O no se lo debía haber dicho. Y, por supuesto, es un médico excelente. Precisamente, la otra noche hablábamos de usted en Green Street. Le Roy se está aburriendo con el confeccionador de menús de nuestra Compañía. ¡Pobre Rumbold...!, no habría gozado mucho al oír gritar a Le Roy: «Debemos hacer salir al abuelito». Pero Jackie conviene en ello. En el directorio necesitan uno más joven, de más empuje... —¿emplearé el cliché?—, un hombre de porvenir. Parece que proyectan una gran campaña en los periódicos médicos, quieren interesar

realmente a la profesión, desde el punto de vista científico, como dijo Le Roy. Y por supuesto que Rumbold constituye una diversión entre sus colegas. Mas, ¿por qué hablo así? ¡Perder una noche como ésta! No ponga esa cara como si quisiera asesinarme, o al mozo, o al director del jazz..., Me gustaría realmente que usted lo..., ¿no es abominable? Usted está lo mismo que aquel primer día, cuando llegó a la sala de pruebas..., muy altanero, orgulloso y nervioso..., incluso un tanto ridículo, Y luego..., ¡pobre Topsy! Según las normas ordinarias, es ella la que debería estar aquí.

—Me alegro mucho de que no esté —repuso Andrés, con los ojos fijos en la mesa.

—Por favor, no me crea vulgar. No lo podría tolerar. Supongo que somos lo bastante inteligentes... y nosotros... bueno, yo para empezar, no creo precisamente en las grandes pasiones... ¿No es suficiente la frase? Pero creo que la vida es mucho más alegre si se tiene... un amigo... que recorra con uno parte del camino —de nuevo hubo ironía en sus ojos—. Ahora parezco enteramente «ruborizada», lo que es demasiado terrible. —Francisca tomó su cigarrera—. Y en todo caso, esto está sofocante. Quiero que vea la luna sobre el río.

Andrés pagó y la siguió a lo largo de las ventanas de vidrio que un acto de vandalismo había colocado en la hermosa muralla antigua. La música del baile llegaba tenuemente a la terraza rodeada de una balaustrada. Frente a ellos conducía hasta el río una amplia avenida de césped entre hileras oscuras de tejas podados. Como decía Francisca, había una luna que proyectaba grandes sombras desde los tejos y destellaba pálidamente: unas flechas que iban a hacer blanco en los prados del fondo. Más allá, el resplandor plateado del agua.

Caminaron hasta el río y se sentaron en un banco que había junto a la orilla. Ella se quitó el sombrero y contempló silenciosamente la mansa corriente, cuyo rumor eterno se fundía extrañamente con el ruido sordo de un potente automóvil que cruzaba a gran velocidad a la distancia.

—¡Qué extraña parece la noche! —murmuró Francisca—. Lo antiguo y lo nuevo. Y allí reflectores en competencia con la luna. Es nuestra época.

Andrés la besó. Ella no hizo ademán alguno. Sus labios estaban secos y ardientes. Al cabo de un minuto dijo:

—Fue muy dulce. Y muy mal hecho.

—Puedo hacerla mejor —balbuceó Andrés, mirando al frente sin moverse. Se sentía cohibido, falto de aplomo, avergonzado y nervioso. Se dijo emocionado que era maravilloso estar allí en una noche como ésa, con una mujer tan graciosa y encantadora. Según todas las normas de los claros de luna y de las revistas, él debería haberla estrechado locamente entre sus brazos. De hecho se dio cuenta de su posición violenta, de su deseo de fumar, de que el vinagre de la ensalada le irritaba su antigua dispepsia.

Y el rostro de Cristina se reflejaba, de modo inexpresable, en el agua del río, un rostro fatigado y más bien torturado, que ostentaba en la mejilla una lastimosa mancha de pintura de la brocha con que ella misma había pintado la pesada puerta plegadiza al llegar por primera vez a Chesborough Terrace. Lo inquietaba y lo exasperaba. Aquí estaba él, retenido por la necesidad de las circunstancias. Y era un hombre, ¿no...?, no un candidato de Voronoff. Desafiante, besó de nuevo a Francisca.

—Creí que se iba a tomar, posiblemente, otros doce meses para resolverse. —Los ojos de Francisca conservaban esa afectuosa ironía—. ¿No cree que ahora deberíamos irnos, doctor? ¿Estos aires nocturnos no son más bien peligrosos para el espíritu puritano?

Andrés la ayudó a ponerse de pie y ella le retuvo la mano, que oprimía ligeramente mientras caminaban en busca del auto. Andrés le dio un chelín al cuidador y puso en movimiento su coche en dirección a Londres. El silencio de Francisca delataba su felicidad.

Pero él no estaba feliz. Se sentía vil y tonto. Maldiciéndose, desengañado de sus propias reacciones, todavía temía volver a su alcoba sofocante, a su lecho, solitario y febril. Tenía el corazón helado y la cabeza hecha una masa de pensamientos atormentadores. Recordó la inefable dulzura de su primer amor por Cristina, del éxtasis de aquellos remotos días de Drineffy. Rechazó furioso semejante recuerdo.

Habían llegado a la casa de Francisca y el espíritu de Andrés todavía se debatía en el problema. Bajó del coche y abrió la portezuela. Ambos estuvieron parados un instante sobre el pavimento mientras ella abría la cartera y sacaba la llave.

—Usted subirá, ¿no? Temo que las criadas se hayan recogido.

Andrés vaciló, tartamudeando:

—Es muy tarde, ¿verdad?

Ella aparentó no oír y subió los peldaños de piedra con la llave en la mano. Al seguirla, ocultándose tras de ella, Andrés tuvo una débil visión de Cristina caminando por el mercado con su viejo saco tejido.

## Capítulo XIV

Tres días después estaba sentado Andrés en su escritorio en la sala de consultas de la calle Welbeck. Era una tarde calurosa y a través de la cortina de la ventana abierta le llegaba el molesto rumor del tránsito. Estaba fatigado, agotado, temeroso del regreso de Cristina a fines de la semana, en espera y, sin embargo, nervioso ante todo llamado telefónico, agobiado por la tarea de luchar con seis enfermos de a tres guineas en el espacio de una hora y el pensamiento de que debía despachar rápidamente su consultorio para llevar a cenar a Francisca. Miró impacientemente al entrar la enfermera Sharp, con más acrimonia que de costumbre en sus facciones.

—Hay un hombre que desea verlo, una persona terrible. No es enfermo y dice que no es viajante. No tiene tarjeta. Se llama Boland.

—¿Boland? —repitió perplejo Andrés; luego se le iluminó el rostro. ¿No será Con Boland? Que entre. ¡Vaya al momento!

—Pero tiene un paciente esperando. Y dentro de diez minutos la señora Roberts...

—¡Oh, no se preocupe de la señora Roberts! —repuso irritado—. Haga lo que le digo.

La enfermera Sharp enrojeció al oírle gritar. Estuvo a punto de decirle que no estaba acostumbrada a que se le hablara así. Dio un respingo y salió. Un minuto después hacía entrar a Boland.

—¡Vaya, Con! —dijo Andrés dando un salto.

—Hola, hola, hola! —gritó Con, avanzando con su amplia sonrisa peculiar. Era el dentista pelirrojo en persona, no otro, tan real y desaliñado con su brillante traje azul que le quedaba grande y con unos enormes botines color café, como aquella vez que trabajaba en su garaje de madera, algo más viejo acaso, pero con la escobilla de su rojo mostacho no menos rígida, y todavía espontáneo, hirsuto, estentóreo. Golpeó fuertemente en la espalda a Andrés.

—¡En nombre de Dios, Manson! Cosa grande verlo de nuevo. Usted está maravillosamente. Lo habría conocido entre un millón. ¡Bueno, bueno! Tiene aquí una instalación de primera clase. —Volvió la mirada a la agriada Sharp, que observaba desdeñosamente—. Esta señora enfermera no quería dejarme entrar. Hasta que le dije que yo también era un profesional. Es muy cierto, enfermera. Este muchacho elegante para el que trabaja usted, estaba hace poco en el mismo servicio médico que yo. Allá arriba en Averalaw. Si usted pasa por allí alguna vez, háganos una visita a mi mujer y a mí y le daremos una taza de té. ¡Cualquier amigo de mi viejo amigo Manson es bienvenido como el día!

La Sharp le echó una mirada y salió. Pero fue inútil, pues Con se desbordaba en las efusiones de una alegría pura y espontánea. Dando vueltas en torno de Andrés, sin

poder contenerse:

—No es hermosa, Manson, hijo mío. Pero es una mujer decente, estoy seguro. Bueno, bueno. ¿Cómo están ustedes? ¿Cómo están ustedes?

No quiso soltar la mano de Andrés, sacudiéndosela, sonriendo de satisfacción.

Era un raro tónico ver de nuevo a Con en este día enervante. Cuando Andrés se desprendió por fin, se echó en la silla giratoria, sintiéndose humano una vez más. Le ofreció cigarrillos a Con. Entonces éste, con un pulgar en la sisa del chaleco y el otro oprimiendo la punta mojada de un cigarrillo recién encendido, explicó el motivo de su visita.

—Me correspondía un día de vacaciones, hijo mío, y tenía que tratar un par de asuntos, por lo que mi mujer me hizo hacer la maleta y partir. He estado trabajando en algo así como el invento de un resorte para apretar los frenos sueltos. He estado dedicando toda la chispa de mi substancia gris a la idea. Pero que el diablo se los lleve, no hay nadie que se preocupe del asunto. Pero no importa, no importa, dejaremos esto. No importa nada al lado de lo otro. —Con dejó caer en la alfombra la ceniza de su cigarrillo y su rostro tomó una expresión más seria—. Escuche, Manson, hijo mío. Es María... Usted recordará seguramente a María, porque ella lo recuerda mucho. Se ha sentido mal últimamente. Se la hemos llevado a Llewellyn, y maldito el provecho que ha sacado. —Con se acaloró de repente, su voz bajó de tono—. ¡Demonios! Manson, ha tenido el tupé de decir que está algo picada de tuberculosis..., como si todo eso no hubiera terminado en la familia Boland cuando el tío Dan fue al sanatorio hace quince años. Mire, Manson: ¿hará algo por nuestra antigua amistad? Sabemos que es ahora un gran hombre, se habla de usted en Aberalaw. ¿Querrá examinar a María? No le puedo decir la confianza que ella y nosotros tenemos en usted. Por eso me dice mi mujer: «Cuando puedas vas a ver al doctor Manson, y si puede examinar a nuestra hija se la enviamos en el momento que sea oportuno». Ahora, ¿qué dice usted, Manson? Si está demasiado ocupado no tiene más que decírmelo, y no lo importunaré.

Andrés lo escuchaba con todo interés.

—No hable así, Con: ¿No ve qué gusto he tenido de verlo? Y María..., ¡pobre chica!, haré lo que pueda por ella, todo lo que pueda.

Desentendiéndose de las significativas apariciones de la enfermera Sharp, Andrés ocupó su precioso tiempo conversando con su amigo Con hasta que, finalmente, aquélla no lo pudo soportar más.

—Lo esperan cinco pacientes, doctor Manson. Y está atrasado más de una hora. Ya no les puedo dar más excusas, no estoy acostumbrada a tratar así a los clientes.

A pesar de todo todavía hablaba con Con y lo acompañó hasta la puerta, ofreciéndole encarecidamente su casa.

—No le voy a permitir regresar al momento a Aberalaw, Con. ¿De cuánto tiempo

dispone? Tres o cuatro días..., ¡bueno! ¿Dónde se hospeda? El Westland, por Bayswater. No está bien. ¿Por qué no se viene con nosotros, ya que estamos cerca? Y tenemos muchas habitaciones. Cristina regresará el viernes. Se alegrará de verlo, Con, se alegrará mucho. Hablaremos juntos de los viejos tiempos.

Al día siguiente Con llevó su maleta a Chesborough Terrace. Después del consultorio de la tarde fueron al anexo del Palladium music hall. Era sorprendente cuán agradable parecía todo en compañía de Con. La pronta risa del dentista resonaba, suave al principio y luego más fuerte, contagiando a la vecindad. La gente se daba vuelta para sonreír con él.

—En nombre de Dios! —Con giraba en su asiento—. ¿Ve a ese muchacho con bicicleta? ¿Tiene que hacer, Manson...?

En el intervalo estuvieron en el bar. Boland, con el sombrero en la nuca, la espuma en los bigotes, zapatos color café que le venían muy bien.

—¡Qué bien me trata, Manson, hijo mío! ¡Usted es la bondad en persona!

Frente a la cordial gratitud de Con, Andrés se sintió en cierto modo un hipócrita.

Después se tomaron un bocadillo y cerveza en el «Cadero»; de regreso, atizaron el fuego en el salón y se sentaron a conversar. Charlaron, fumaron y bebieron nuevas botellas de cerveza. Andrés olvidó por un momento las complejidades de la vida supercivilizada. La tensión de su trabajo, la perspectiva de asociarse con Le Roy, la posibilidad de su ascenso en el Victoria, el estado de sus inversiones, la suave atadura a la delicadeza de Francisca Lawrence, el temor de la acusación en los ojos de Cristina..., todo *esto* lo olvidó mientras Con gritaba.

—¿Recuerda los tiempos en que peleamos con Llewellyn? Urquhart y los otros retrocedieron (Urquhart es el mismo de siempre: le envía saludos); y luego entre los dos pusimos manos a la obra y... ¿terminamos la cerveza?

Pero llegó el día siguiente. Y trajo inexorablemente el instante del encuentro con Cristina. Andrés arrastró al inocente Con hasta el extremo del andén, sintiendo, irritado, lo inseguro de su situación y comprendiendo que Boland era su salvador.

Cuando al fin llegó el tren, su corazón latía penosamente. Tuvo un instante de remordimiento y angustia al divisar el pequeño familiar rostro de Cristina que avanzaba entre la multitud de extraños, esforzándose ansiosa por llegar hasta los suyos.

—Hola, Cristina! Creí que no llegarías nunca. Sí, míralo no más. Es Con en persona. El y no otro. Y ni un día más viejo. Está con nosotros, Cristina..., en el auto te lo contaremos todo. Lo tengo afuera ¿Lo pasaste bien? ¡ Oh!, ¿por qué llevas tu maleta?

Enajenada por lo inesperado de esta recepción en el andén —cuando había temido no ser esperada en absoluto—, Cristina perdió su expresión desabrida y el color volvió a sus mejillas. También había estado recelosa, en nerviosa tensión, con ansias

de un nuevo comienzo. Ahora se sentía casi esperanzada. Cómodamente instalada en el asiento posterior del coche, acompañada de Con, habló mucho, dirigiendo miradas furtivas al perfil de Andrés, que manejaba.

—¡Oh, qué bueno es estar en casa! —Respiró profundamente al traspasar el umbral y luego, rápida, gravemente, añadió—: ¿Me has echado de menos, Andrés?

—Creería que sí. *Todos* te hemos echado de menos. ¿Eh, señora Bennett? ¿Eh, Florrie? ¡Con! ¿Qué diablos está haciendo con ese equipaje?

Salió en un segundo, ayudando a Con y encargándose innecesariamente de las maletas. En seguida, antes de que nada se pudiera hacer o decir, tuvo que marcharse a efectuar sus visitas. Insistió en que lo esperasen a tomar el té. Al arrellanarse en el asiento del auto, pensó:

«Gracias a Dios esto ha pasado. No parece haber aprovechado en absoluto su viaje. ¡Oh, demonio!... Estoy seguro de que no notó nada. Y esto es lo principal por el momento».

Aunque tardó en regresar, su viveza, su alegría era enorme. Con estaba encantado con tal entusiasmo.

—En nombre de Dios! Usted tiene más vida adentro que jamás en aquellos viejos tiempos, Manson, hijo mío.

Una o dos veces sintió Andrés en los suyos los ojos de Cristina, como solicitando una señal, una mirada de comprensión. Se daba cuenta de que la enfermedad de María la perturbaba... inquietud enojosa. Cristina explicó, en un paréntesis de la conversación, que le había pedido a Con que telegraficara para que se viniera al instante, en lo posible mañana mismo. Estaba preocupada por María. Creía que algo, o más bien todo, debía hacerse sin demora.

Resultó mejor de lo que había esperado Andrés. María telegrafió comunicando su llegada al día siguiente antes del almuerzo, y Cristina se absorbió en los preparativos para recibirla. El movimiento y la excitación de la casa cubrían la falsa alegría de Andrés.

Pero cuando llegó María fue de nuevo él mismo. A primera vista era evidente que la joven no estaba bien. Transformada en esos años en una niña delgada de veinte abriles, con una ligera inclinación de hombros, tenía esa tez bella no natural, que le sirvió a Andrés de advertencia inmediata.

Estaba cansada del viaje y aunque, con el placer de verlas, deseaba seguir tomando parte en la charla, la convencieron de que a las seis se acostara. Entonces subió Andrés a auscultarla.

Estuvo con ella sólo quince minutos, pero cuando volvió donde estaban Con y Cristina, en el salón, por un momento su expresión fue de indudable inquietud.

—Creo que no hay duda. El vértice izquierdo. Llewellyn tenía toda la razón, Con. Pero no se alarme. Sólo es de primer grado. Podemos hacer algo.

—Usted quiere decir —dijo Con, sombríamente receloso—, usted quiere decir que puede sanar.

—Sí. Llegaría hasta decir eso. Necesita vigilancia, observación constante, todos los cuidados. —Reflexionó, frunciendo el ceño—. Me parece, Con, que Averalaw es el peor sitio para ella. Siempre la casa es mala para la tuberculosis incipiente. ¿Por qué no me permite llevarla al Victoria? Tengo influencia con el doctor Thoroughgood. Con seguridad la admitiría en su sala. Yo la observaría.

—¡Manson! —exclamó Con impresionado—. Esa sí que es amistad. ¡Si supiera la confianza que le tiene mi niña! Si alguien la puede curar, será usted.

Andrés se fue a telefonar a Thoroughgood al instante. Volvió a los cinco minutos con la noticia de que María podía ser admitida en el Victoria a fin de semana. Con se iluminó visiblemente y, respondiendo su ágil optimismo a la idea del Hospital Victoria, de la atención de Andrés y supervigilancia de Thoroughgood, dio a María por curada.

Los dos días siguientes fueron de mucho trabajo. El sábado por la tarde, cuando María fue admitida y Con hubo tomado el tren en Paddington, Andrés logró por fin dominarse en el grado que lo exigían las circunstancias. Pudo oprimir el brazo de Cristina y exclamar, al ir al consultorio:

—¡Cuánto me alegro de estar juntos otra vez, Cristina! ¡Señor! ¡Qué semana ha sido ésta!

Pareció muy a tono. Pero felizmente no miró Andrés la expresión del rostro de Cristina. Esta se sentó sola en la habitación, la cabeza ligeramente inclinada, las manos en la falda, muy quieta. ¡Había abrigado tantas esperanzas al regresar! Pero ahora se alzaba dentro de ella la terrible interrogación: «¡Santo Dios! ¿Cuándo y cómo terminará esto?».



## Capítulo XV

Su éxito continuaba cobrando mayores proporciones, cual una represa desbordada, cuyo torrente siempre rumoroso y creciente lo impulsaba irresistiblemente.

Su asociación con Hamson e Ivory era más estrecha y provechosa que nunca. Más aún: Deedman le había pedido que lo reemplazara en el Plaza, mientras iba por siete días a jugar golf a Le Touquet, y que a modo de reconocimiento, se dividiesen los honorarios. Habitualmente era Hamson quien reemplazaba a Deedman, pero Andrés sospechaba alguna desinteligencia producida últimamente entre ellos.

Cuán halagador era para Andrés comprobar que podía ir directamente a la alcoba de una estrella cinematográfica desmayada, sentarse sobre sus sábanas de seda, palpar con manos seguras su anatomía sin sexo, acaso fumar un cigarrillo en su compañía, si disponía de tiempo!

Pero más halagador aún era el patrocinio de José Le Roy. En el último mes había almorzado dos veces con él. Sabía que maduraba en su cabeza ideas importantes. En su último encuentro Le Roy le había dicho a manera de sondeo:

—Usted sabe, doctor, que he estado familiarizándome con usted. Ando detrás de algo muy grande y necesitaré el concurso de inteligentes consejeros médicos. Ya no quiero nada con esos potentados importantes..., el viejo Rumbold no sirve para nada y, sencillamente, vamos a deshacernos de él. Y no necesito de esos llamados técnicos que arman una baraúnda y que me vuelven loco. Necesito un consejero médico sensato y comienzo a creer que usted podría serlo. Como ve, hemos llegado a gran parte del público con nuestros productos de base popular. Pero creo honradamente que ha llegado el momento de ampliar nuestros intereses y ensayar derivados más científicos. Separar los componentes de la leche, electrificarlos, irradiarlos, ponerlos en pastillas. Crema con vitamina B. Cremofax y lecitina para la desnutrición, el raquitismo, los insomnios... ¿comprende, doctor? Y voy más lejos, creo que si organizamos esto según las líneas profesionales más ortodoxas, podremos contar con la ayuda y la simpatía de todo el cuerpo médico, convertir a cada médico, por así decirlo, en un vendedor virtual. Ahora bien, esto representa propaganda científica, acercamiento científico y es aquí donde creo que un médico joven con capacidad científica podría ayudarnos a lo largo de todo el camino. Deseo que me comprenda bien, todo esto es perfectamente claro y *científico*. Estamos actualmente organizándonos. Y cuando se consideran los extractos sin valor que recomiendan los médicos, como Marrobin C., Vegatog y Bonebran, ¡vaya! creo que, al elevar el nivel general de la salud le estamos prestando un gran servicio a la nación!

Andrés no se detuvo a considerar que probablemente había más vitaminas en un guisante fresco que en varios tarros de Cremofax. Estaba entusiasmado, no por los

honorarios que recibiría por actuar en la sociedad, sino por el hecho del interés de Le Roy.

Fue Francisca la que le dijo cuánto podía lucrar gracias al espectacular mercado de operaciones de Le Roy. ¡Ah!, era agradable ir a tomar el té con ella, sentir que esta encantadora mujer de mundo le reservaba una mirada especial, una insinuante sonrisa de intimidad. Su trato también le proporcionó habilidad, aplomo. Inconscientemente se adaptó a su modo de ver el mundo. Guiado por ella estaba aprendiendo a cultivar los refinamientos superficiales, abandonando las cosas más profundas.

Ya no le era una dificultad afrontar a Cristina; podía llegar a su casa con toda naturalidad, después de una hora pasada con Francisca. No se detuvo a reflexionar en este cambio asombroso. Si pensaba en ello, era para argüir que él no amaba a Francisca, que Cristina no sabía nada, que todo hombre en algún momento de su vida llegaba a esta encrucijada. ¿Por qué se tendría él por diferente?

A modo de compensación procuraba ser simpático y amable con Cristina, hablarle con consideración, aun discutir con ella sus planes. Sabía ella que Andrés se proponía comprar la casa de la calle Welbeck para la primavera próxima, que dejarían la de Chesborough en cuanto terminara el contrato. Ahora no le discutía nunca, nunca le lanzaba recriminaciones y si experimentaba amarguras él no las advertía. Parecía enteramente pasiva. La vida tenía para Andrés un ritmo demasiado vertiginoso para que se detuviera en largas reflexiones. La marcha lo alegraba. Tenía una falsa sensación de fuerza. Se sentía vigoroso, cada vez más importante, y por lo tanto, dueño de sí mismo y de su destino.

Y entonces cayó el rayo desde lo alto.

La noche del 5 de noviembre vino a su sala de consultas de la calle Chesborough la mujer de un pequeño comerciante de la vecindad.

Era la señora Vidler, una cotorra de mujer, de edad mediana, pero de ojos vivos y lista, una londinense cabal que en su vida se había alejado de Bow Bells más allá de Margate. Andrés conocía bien a los Vidler, había atendido al niño en un achaque infantil cuando se hallaba recién establecido en el barrio. También en aquellos días enviaba allá sus zapatos para que se los remendasen, pues los Vidler, gente de trabajo respetable y muy laboriosa, tenían una doble tienda al comienzo de la calle Paddington, pomposamente denominada *Renovations Ltd.*; la mitad dedicada a composturas de zapatos y la otra a la limpieza y planchado de la ropa. A menudo se podía ver al mismo Harry Vidler, hombre robusto y de rostro pálido, sin cuello y en mangas de camisa, con una horma entre las rodillas o, aun cuando tenía un par de ayudantes, usando la tabla de planchar, si era urgente el trabajo en la otra sección.

Fue de Harry de quien habló la señora Vidler.

—Doctor —dijo con tu tono vivo—, mi marido no está bien.

Durante semanas se ha sentido mal. Lo he instado repetidas veces a que venga,

pero se niega. ¿Quiere ir mañana, doctor? Se lo tendré en cama.

Andrés prometió ir.

A la mañana siguiente encontró en cama a Vidler, quien le refirió una historia de dolores internos y de una gordura creciente. Su cintura había aumentado extraordinariamente en estos últimos meses, e inevitablemente, como la mayoría de los pacientes que han disfrutado de buena salud durante toda la vida, tenía varias maneras de explicar su mal. Sugería haber tomado demasiada cerveza inglesa o que quizá debería atribuirlo a su vida sedentaria.

Pero Andrés, previo examen, se vio Obligado a contradecir estas lucubraciones, sé convenció de que se trataba de un quiste que, sin ser peligroso, exigía una intervención quirúrgica. Hizo lo que pudo por tranquilizar a Vidler y a su esposa, explicándoles cómo un simple quiste como éste podía desarrollarse interiormente y ocasionar un sinnúmero de molestias, todas las cuales desaparecerían una vez eliminado. Andrés no abrigaba la menor duda en cuanto al resultado de la operación y propuso que Vidler se fuera al punto al hospital.

Aquí, sin embargo, alzó sus manos la señora Vidler.

—¡No, señor, yo no enviaré a mi Harry a un hospital! —La señora se esforzó por dominar su agitación—. Tenía como un presentimiento de que esto iba a suceder..., el modo cómo ha estado trabajando en el negocio! Pero ahora que ha acontecido, gracias a Dios que estamos en situación de poder hacerle frente. No somos ricos, doctor, como usted lo sabe, pero tenemos nuestros ahorritos y ahora es el momento de utilizarlos. No quiero que Harry vaya a suplicar en busca de recomendaciones, a hacer cola y a ingresar a una sala común como si fuera un indigente.

—Pero, señora Vidler, puedo disponer...

—¡No! Usted puede llevarlo a una clínica privada, señor. Hay muchas por aquí. Y usted puede hablarle a un doctor particular para que lo opere. Puedo asegurarle, señor, que mientras yo esté aquí, ningún hospital público hospedará a Harry Vidler.

Andrés comprendió que la resolución de la señora era inquebrantable. Incluso el mismo Vidler, frente a esta desagradable contingencia, era de la misma opinión que su mujer. Quería el mejor tratamiento que se le pudiera proporcionar.

Esa tarde Andrés llamó a Ivory. Ya era automático para él recurrir a Ivory, tanto más en una ocasión como la presente, en que debía pedirle un favor.

—Quisiera que me hiciese un favor, Ivory. Tengo aquí un abdominal que necesita ser operado... gente decente, muy trabajadora, pero no rica, usted comprende. Temo que no haya mucho para usted aquí. Pero le quedaría agradecido si pudiera hacer la operación... digamos, por la tercera parte del honorario corriente.

Ivory estuvo muy amable. Nada podía complacerlo más que prestar a su amigo Manson cualquier servicio que estuviera en su poder. Hablaron del caso durante varios minutos y al final de la conversación Andrés telefoneó a la señora Vidler.

—Acabo de hablar con el doctor Carlos Ivory, cirujano de West End y amigo mío. Irá conmigo a ver a su marido mañana, señora Vidler, a las once. ¿Conforme?, y dice, ¿me escucha? dice, señora Vidler, que si la operación se impone, la hará por treinta guineas. Teniendo en cuenta que su honorario habitual tal vez sería de cien guineas o más, creo que no nos va demasiado mal.

—Sí, doctor, sí. —El tono de la señora acusaba inquietud; sin embargo, hizo un esfuerzo por parecer complacida—. Es muy amable de su parte, indudablemente. Creo que de alguna manera arreglaremos eso.

A la mañana siguiente Ivory vio el caso con Andrés y al subsiguiente día Harry Vidler se trasladaba a la clínica Brunsland en la plaza del mismo nombre.

Era una clínica limpia, a la antigua, no lejos de Chesborough Terrace, una de las muchas en la zona, donde los precios eran módicos y el equipo escaso. La mayoría de sus enfermos no eran para operarse: hemipléjicos, cardíacos crónicos, ancianas postradas, respecto de quienes la principal dificultad era el evitar las llagas ocasionadas por la permanencia en cama. Como todas las demás clínicas que había visitado Andrés en Londres, no había sido construida con miras a su destino actual. Carecía de ascensor y la sala de operaciones en un tiempo había estado dedicada a conservatorio. Pero la señorita Buxton, la propietaria, era una enfermera titulada y una mujer muy trabajadora. Cualesquiera fuesen sus defectos, la Brunsland era inmaculadamente aséptica..., aun hasta el más remoto rincón de sus pisos resplandecientes con el linóleo.

La operación fue fijada para el viernes y, ya que Ivory no podía llegar temprano, se señaló una hora extraordinariamente tarde: las dos.

Aunque Andrés llegó primero a Brunsland Square, Ivory lo hizo puntualmente, en compañía del anestesista. Cuidó de que su chófer entrara su gran maletín de instrumentos operatorios. Y, que nada pudiera ser un estorbo a sus escrúpulos operatorios. Y, aunque es evidente que se formó una idea modesta de la clínica, sus maneras siguieron siendo tan suaves como de costumbre. Al cabo de diez minutos había tranquilizado a la señora Vidler, que esperaba en el salón, se había conquistado a la señorita Buxton y a sus enfermeras y luego, habiéndose colocado el delantal y los guantes en la caricatura de sala operatoria estuvo imperturbablemente listo.

El enfermo entró por sus pasos con resuelta alegría, se quitó su bata, que una de las enfermeras llevó para afuera, y trepó a la angosta mesa. Dándose cuenta de que tenía que someterse a la prueba, Vidler había llegado a mirarla con valor. Antes de que el anestesista le colocara la máscara, sonrióle a Andrés.

—Quedaré mejor después de esto.

Un momento más tarde había cerrado sus ojos y absorbía casi ansiosamente el éter en profundas inspiraciones. La señorita Buxton quitó las vendas. Apareció el área enyodada, hinchada, una protuberancia brillante. Ivory comenzó la operación.

Empezó con algunas inyecciones espectaculares profundas en los músculos lumbares.

—Contra el shock —díjole gravemente a Andrés—. Siempre lo acostumbro. En seguida comenzó el verdadero trabajo.

La incisión central fue ancha e inmediatamente, casi ridículamente, se descubrió el mal. El quiste se movía en medio de la abertura como una pelota mojada, enteramente inflada. Si algo podía acrecentar el amor propio de Andrés, era esta justificación de su diagnóstico. Reflexionó en que Vidler se sentiría muy bien una vez liberado de este molesto accesorio, y pensando en su enfermo siguiente, miró a hurtadillas el reloj.

Entretanto, Ivory, a su manera magistral, jugaba con la pelota, procurando imperturbablemente llegar con las manos hasta su punto de adherencia, fracasando sin inmutarse. Cada vez que lo intentó, la bola se le resbaló. No lo ensayó una vez sino veinte.

Andrés miraba irritado a Ivory, pensando: ¿qué hace este hombre? No había mucho espacio en que trabajar en el abdomen, pero era suficiente. Había visto a Denny, a Llewellyn, a una docena más en su antiguo hospital, manipulando expertamente en mucho menos espacio. Era arte de cirujano palpar en las posiciones más embarazosas. De pronto se dio cuenta de que ésta era la primera operación abdominal que Ivory realizaba a pedido suyo. Disimuladamente volvió el reloj a su bolsillo y se inclinó más hacia la mesa, casi rígidamente.

Ivory se esforzaba por alcanzar la parte posterior del quiste, todavía tranquilo, incisivo, sereno. La señorita Buxton y una enfermera joven estaban confiadamente allí cerca, sin saber mucho de nada. El anestésista, un hombre maduro algo canoso, acariciaba con su pulgar el extremo del frasco tapado. La atmósfera de la pequeña habitación de techo de vidrio estaba enteramente serena. No había ninguna sensación de tensión o de tragedia; sólo Ivory alzando un hombro, maniobrando con sus manos enguantadas, procurando llegar a la parte de atrás de la suave pelota. Sin embargo, Andrés se sintió invadido por una sensación de frío.

Se encontró frunciendo el ceño, observando con la mayor tensión. ¿Qué temía? No había nada que temer, nada. Era una operación sencilla, que estaría terminada en unos cuantos minutos.

Ivory, con una débil sonrisa, como de satisfacción, renunció al intento de hallar el punto de inserción del tumor. La enfermera joven lo miró humildemente cuando pidió el bisturí. Ivory lo tomó con un movimiento reposado. Acaso nunca en su carrera había sido más exactamente el gran cirujano de la novela. Bisturí en mano, antes de que Andrés supiera lo que iba a hacer, dio una fuerte incisión a la pared brillante del quiste. Después de eso todo anduvo rápido.

El quiste reventó, lanzando al aire gran cantidad de sangre envenenada y

volcando su contenido en la cavidad abdominal. En un instante dado había una esfera redonda tensa; en el instante siguiente era una bolsa flácida de tejido en medio de una masa de sangre gorgoteante. La señora Buxton, como loca, buscó las esponjas de hilas. El anestesista se irguió de repente. La enfermera joven pareció como que se iba a desmayar. Ivory dijo gravemente:

—Grapas, por favor.

Un estremecimiento de horror pasó por Andrés. Vio que Ivory, sin poder alcanzar el pedicelo de la ligadura, había roto el quiste, ciegamente, despreocupadamente.

Y era un quiste hemorrágico.

—Esponja de hilas, por favor —dijo Ivory con su voz impasible.

Estaba palpando en medio de todo aquello, procurando comprimir el pedicelo, limpiando la cavidad llena de sangre, apretando, sin conseguir detener la hemorragia. Andrés tuvo la intuición inmediata de lo que ocurría. Pensó: «Dios Todopoderoso. Este hombre no puede operar, no puede operar en modo alguno».

El anestesista, con su dedo en la carótida, murmuró con voz suave, tímida:

—Temo..., parece que se va, Ivory.

Ivory, abandonando las grapas, llenó de gasas la cavidad del vientre. Comenzó a suturar su gran incisión. No había hinchazón ahora. El estómago de Vidler estaba vacío, hundido, pálido, por la razón muy sencilla de que Vidler había muerto.

—Sí, ahora ha muerto —dijo finalmente el anestesista.

Ivory dio su última puntada, aseguró metódicamente la sutura con clips y se volvió hacia la bandeja de instrumentos para dejar las tijeras. Paralizado, Andrés, no podía moverse. La señorita Buxton, con su rostro del color de la arcilla, sacando de las frazadas las botellas de agua caliente, las encajonaba automáticamente. Con un gran esfuerzo de voluntad, parecía conservar su lucidez. Salió. El portero, ignorante de lo acontecido, trajo la camilla. Un minuto después el cuerpo de Harry Vidler era llevado a su dormitorio, escaleras arriba.

Ivory habló por fin.

—Lástima —dijo con su voz mesurada mientras se quitaba el delantal—. Creo que fue un shock... ¿No le parece Glay?

Gray, el anestesista, refunfuñó una respuesta. Estaba ocupado empaquetando su aparato.

Andrés no podía hablar todavía. En medio del estupor de su emoción, recordó de pronto a la señora Vidler que aguardaba abajo. Pareció como que Ivory leyera sus pensamientos. Le dijo:

—No se inquiete, Manson. Yo atenderé a la mujercita. Venga. Yo me encargaré de ella.

Instintivamente, como un hombre incapaz de resistir, Andrés se encontró siguiendo a Ivory escaleras abajo, en dirección a la sala de espera. Todavía estaba

aturdido, amargado, enteramente incapaz de hablarle a la señora Vidler. Fue Ivory el que acudió y estuvo casi a la altura de la situación.

—Mi querida señora —le dijo en tono compasivo, colocándole gentilmente la mano sobre el hombro—, temo... tememos tener que darle malas noticias.

Ella se retorció las manos, estrujando los guantes. El terror y la súplica se fundían en su mirada.

—¿Cómo?

—Su pobre marido, señora Vidler, a pesar de todo lo que hicimos por él...

La señora Vidler se desplomó sobre la silla, con el rostro pálido y las manos enguantadas todavía asidas entre sí.

—¡Harry! —exclamó con voz desgarradora. En seguida una vez más—: Harry!

—Sólo puedo asegurarle —prosiguió tristemente Ivory—, en nombre del doctor Manson, del doctor Gray, de la señorita Buxton y de mí mismo, que ningún poder sobre la tierra podría haberlo salvado. Y aun si hubiera sobrevivido a la operación... encogió los hombros significativamente.

Ella lo miró, comprendiendo lo que le quería decir, reconociendo aún en este momento terrible la condescendencia, la bondad que había tenido para con ella.

—Es lo mas consolador que usted pudiera haberme dicho, doctor.

Hablaba al través de sus lágrimas.

—Le enviaré a la hermana. Esfuércese por ser animosa. Y gracias, gracias por su valor.

Ivory salió de la habitación, y una vez más Andrés lo siguió.

Al extremo del corredor estaba la oficina vacía, cuya puerta se hallaba abierta. Ivory entró buscándose la pitillera. Allí encendió un cigarrillo y le dio una larga chupada. Su rostro estaba tal vez algo más pálido que de ordinario, pero su mandíbula seguía firme como sus manos, sus nervios absolutamente incólumes.

—Bueno, está terminado —reflexionó fríamente—. Lo siento, Manson. No soñé que este quiste fuera hemorrágico. Pero estas cosas ocurren en los servicios mejor llevados, usted sabe.

Era una habitación pequeña cuya única silla estaba detrás del escritorio. Andrés se sentó en el guardafuegos cubierto de cuero que rodeaba la chimenea. Miraba febrilmente los aspidistros de la vasija verde amarillenta, colocada en la rejilla vacía. Estaba enfermo, destrozado, al borde de un desfallecimiento total. No podía alejar la visión de Harry Vidler, caminando sin ayuda hasta la mesa: «Me sentiré mejor después de esto», y diez minutos más tarde, inerte, sobre la camilla, un cadáver mutilado y sangriento.

Apretó los dientes, se cubrió el rostro con la mano.

—Por supuesto —dijo Ivory mirando el extremo de su cigarrillo—, no murió sobre la mesa. Concluí antes... lo que lo allana todo. No hay necesidad de

investigación.

Andrés alzó la cabeza. Temblaba, enfurecido por el sentimiento de su propia debilidad en aquella situación terrible que Ivory había soportado con semejante sangre fría. Le dijo en un arrebato:

—Por Cristo, no hable más. Usted sabe que lo mató. Usted no es un cirujano. Nunca lo fue..., nunca lo será. Usted es el peor chapucero que haya visto en toda mi vida.

Hubo un silencio. Ivory le lanzó a Andrés una fría mirada.

—No me agrada hablar en ese tono, Manson.

—Sé que no. —Un penoso sollozo histérico conmovió a Andrés—. Sé que no. Pero es la verdad. Todos los enfermos que le había dado hasta ahora habían sido juego de niños. Pero éste... el primer enfermo verdadero que habíamos tenido... ¡Oh, Dios mío! ¡Yo debería haber sabido! Soy tan culpable como usted...

—Reprímase, tonto histérico. Lo oirán.

—¿Y qué? —Otro acceso de cólera cogió a Andrés—. Usted sabe tanto como yo que es la verdad. Chapuceó tanto... que fue casi un asesinato.

Por un instante pareció como que Ivory lo iba a golpear hasta dejarlo exánime, esfuerzo físico que, con su peso y fuerza, hubiera podido realizar fácilmente, a pesar de sus años. Pero se dominó con un gran trabajo. No dijo nada, sino que sencillamente dio media vuelta y salió. Pero en su rostro frío y duro se reflejó una expresión de odio reveladora de ese rencor que no perdona.

Andrés no supo cuánto tiempo permaneció en la oficina, con la frente pegada al frío mármol de la repisa de la chimenea. Pero se levantó al fin, comprendiendo torpemente que le quedaba trabajo por hacer. El choque terrible de la desgracia lo había anonadado con la violencia destructora de un explosivo. Era como si también él estuviera sin vísceras y vacío. Sin embargo, todavía se movía automáticamente, avanzando como podría hacerlo un soldado horriblemente herido, impelido por el hábito mecánico a cumplir los deberes que le esperaban.

En estas condiciones hizo como pudo sus visitas restantes.

Después regresó a casa con dolor de cabeza y el corazón oprimido. Era tarde, cerca de las siete. Llegaba justamente a tiempo para sus consultas vespertinas.

La sala de espera de adelante y la sala de operaciones estaban repletas. Pesadamente, como un moribundo, hizo inventario de sus enfermos, apretujados allí, a pesar de la hermosa tarde de verano, para rendir tributo a su manera, a su personalidad. La mayoría mujeres, muchas de ellas jóvenes de Laurier's, gentes que habían venido a consultarlo durante semanas estimuladas por su sonrisa, su tino, su sugestión de que continuaran con su droga... la vieja camarilla —pensó torpemente— ¡el viejo juego!

Se dejó caer en la silla giratoria de su consultorio y comenzó con rostro impasible



el acostumbrado rito de la tarde.

—¿Cómo está usted? Sí, creo que tiene mejor aspecto. Sí, el pulso tiene mucha más firmeza. El remedio le está haciendo bien. Supongo que no lo encontrará demasiado malo, mi estimada señorita.

Y con esto salía Andrés camino de la sala de consultas, entregándole de paso el frasco de remedio vacío a Cristina apostada en el corredor, para hacer allá las mismas interrogaciones vulgares y mostrar idéntica simpatía falsa, y recorrer nuevamente el pasadizo en sentido contrario, cogiendo ahora el frasco lleno con el cual regresaba al consultorio. Así continuaba en este círculo infernal de su propia condenación.

Era una noche sofocante. Andrés sufría abominablemente, pero todavía seguía, algo para torturarse Y algo también porque no podía detenerse, temeroso de afrontar el vacío mortal de su espíritu. Al pasar de aquí para allá y de allá para aquí, se seguía preguntando en medio de su angustia: «¿Adónde voy? ¡En nombre de Dios!, ¿adónde voy?».

Al fin, más tarde que de costumbre, a las diez menos cuarto, aquello terminó. Le echó llave a la puerta exterior del consultorio, vino por éste a la sala de operaciones donde, según la rutina, lo esperaba Cristina, pronta para dictarle las listas, para ayudarle a hacer el libro.

Por primera vez después de muchas semanas, Andrés realmente la miró, le observó profundamente el rostro mientras ella, con la vista baja, estudiaba la lista que tenía en su mano. A pesar de la torpeza de Andrés, el cambio de Cristina lo impresionó. Su expresión era quieta y fija, su boca flácida. Aunque no lo miraba, había una tristeza mortal en sus ojos.

Sentado allí, en el escritorio, frente al pesado libro, Andrés sintió una terrible punzada en el costado. Pero su cuerpo, esa envoltura exterior de su inercia, no dejó traslucir nada de esa agitación interna. Antes de que pudiera hablar, ella había comenzado a leer la lista.

Y Andrés seguía y seguía anotando en el libro, una cruz por una visita, un círculo por una consulta, anotando el conjunto de sus iniquidades. Terminada la tarea, ella preguntó con un tono cuya aguda ironía sólo entonces percibió Andrés:

—¡Bueno! ¿Cuánto hay?

El no respondió, no podía hacerlo. Cristina abandonó la habitación. La escuchó subir las escaleras hasta su cuarto, percibió el débil sonido con que cerró la puerta. Estaba solo: árido, quebrantado, anonadado. «¿Adónde voy? ¿Adónde voy, en nombre de Dios?».

Repentinamente, sus ojos dieron con el saquito de tabaco lleno de dinero, hinchado con los ingresos del día otro acceso de histeria lo acometió. Tomó el saco y lo arrojó a un rincón. Cayó con un sonido sordo.

Andrés se levantó. Se ahogaba, no podía respirar. Saliendo de la sala de operaciones se fue al patiecito posterior de la casa, pequeño pozo de tiniebla bajo las

estrellas. Allí se apoyó débilmente en la pared divisoria de ladrillos, y comenzó a vomitar violentamente.

## Capítulo XVI

Se agitó inquieto en la cama toda la noche hasta que, a las seis de la mañana, por fin, se quedó dormido. Habiendo despertado tarde bajó después de las nueve, pálido, y con los ojos pesados, para encontrar que Cristina ya se había desayunado y salido. Normalmente esto no debería haberlo perturbado. Ahora, en medio de su angustia, le hizo sentir cuánto se habían distanciado.

Cuando la señora Bennet le trajo su exquisito jamón cocido con huevos, no pudo comer, los músculos de la garganta se negaban a funcionar. Bebió una taza de café y luego, en un ímpetu, preparó un vaso bien lleno de whisky con soda y se lo bebió también. Entonces se preparó para hacer frente al día.

Aunque la máquina lo sostenía todavía, sus movimientos eran menos automáticos que antes. Un resplandor débil, un vacilante rayo de luz había comenzado a romper sus tinieblas. Se sabía al borde de un enorme y colosal derrumbe. Sabía también que si algún día caía en ese abismo, no saldría jamás de él. Entrando con precaución, abrió el garaje y sacó su auto. El esfuerzo le hizo brotar la transpiración de las palmas de las manos.

Su principal intento en esta mañana, era llegar al Victoria. Tenía el compromiso de ver a María Boland con Thoroughgood. Ese, por lo menos, era un compromiso al que no quería faltar. Se fue lentamente al hospital. Realmente se sentía mejor en el auto que cuando caminaba estaba tan habituado que el manejo había llegado a serle automático, mecánico.

Llegó al hospital; arrimó su coche y subió a la sala. Con una señal a la hermana siguió hasta el lecho de María, cogiendo de camino su tarjeta. En seguida se sentó sobre el borde del lecho de cobertores rojos, advirtiendo la sonrisa acogedora de la enferma y el gran ramo de rosas que tenía a su lado, pero todo el tiempo estudiando su tarjeta. Esta no era satisfactoria.

—Buenos días —le dijo la joven—. ¿Hermosas mis flores, no? Cristina me las trajo ayer.

Andrés la miró. Descolorida, algo más delgada que cuando llegó.

—Sí, son lindas flores. ¿Cómo se siente, María?

—¡Oh... perfectamente! —Sus ojos evitaron por un momento los de él, y luego lo miraron de nuevo llenos de confianza—. De todos modos, sé que no será largo. Usted me mejorará pronto.

La confianza de sus palabras y, sobre todo, de su mirada, le produjeron mucha pena. «Si algo anda mal aquí», pensó, «será el golpe final».

En ese momento llegó el doctor Thoroughgood para hacer la visita de la sala. Vio a Andrés al entrar y se le acercó al instante.

—Buenos días, Manson —le dijo amablemente—. ¡Cómo! —¿Qué le ocurre?

¿Está enfermo?

Andrés se levantó.

—Estoy perfectamente, gracias.

El doctor Thoroughgood le dirigió una mirada extraña y luego se volvió hacia la cama de María.

—Me alegro de que haya querido ver conmigo a esta enferma.

Corra las cortinas, enfermera.

Dedicaron diez minutos a examinar juntos a María, y luego Thoroughgood fue hasta un extremo de la habitación, donde, aunque con toda la sala a la vista al través de la ventana, no podían ser escuchados.

—¿Bien? —dijo aquél.

Entre la bruma que lo envolvía, Andrés se oyó hablar:

—No sé lo que opinará, doctor Thoroughgood, pero creo que la evolución de esta enferma no es satisfactoria.

—Hay uno o dos síntomas..., —Thoroughgood se tironeó la barbilla recta y recortada.

—Me parece que hay una ligera extensión.

—No lo creo, Manson.

—La temperatura es más inconstante.

—Es posible.

—Perdóneme que le haga una sugestión. Comprendo perfectamente nuestras respectivas posiciones, pero para este caso significa mucho para mí. Dadas las circunstancias, ¿no indicaría usted el neumotórax? Usted recuerda que yo estaba muy empeñado en usarlo con María cuando la enferma llegó al hospital.

Thoroughgood miró de soslayo a Manson. Se le alteró el rostro, adquiriendo un adusto perfil.

—No, Manson No creo que sea éste un caso de inducción. No lo creí entonces tampoco ahora.

Hubo un silencio. Andrés no pudo pronunciar otra palabra. Conocía a Thoroughgood, su obstinación inflexible. Se sentía gastado, física y moralmente, incapaz de insistir en un argumento que sería estéril. Escuchó con rostro impasible mientras Thoroughgood continuó exponiendo sus propias ideas sobre el caso. Cuando terminó y partió para ver a los demás enfermos, Andrés retornó al lecho de María, le dijo que vendría a verla al día siguiente y dejó la sala. Antes de irse del hospital le dijo al portero que llamara a su casa para avisar que no volvería a almorzar.

No era mucho más de la una. Todavía estaba desolado, sumido en una dolorosa introspección y débil por falta de alimento. Cerca del puente de Battersea se detuvo frente a un pequeño y modesto café. Se hizo servir café y algunas tostadas calientes con manteca. Pero sólo pudo tomarse el café, pues su estómago se resistió a las

tostadas. Advirtió que la muchacha que lo atendía lo miraba curiosamente.

—¿No están a su gusto? —le dijo—. Le traeré otras.

Sacudió la cabeza y pidió la cuenta. Mientras ella la escribía, él se sorprendió contando estúpidamente los brillantes botones negros de su vestido. Un día, hacía mucho tiempo, había mirado tres botones color perla en una sala de clase de Drineffy. Sobre el río, afuera, se proyectaba un resplandor amarillo. Como a lo lejos, recordó que tenía dos enfermos esta tarde en la calle Welbeck. Se dirigió allá lentamente.

La enfermera Sharp estaba de mal humor, como de costumbre, cuando le pedía que viniera los sábados. Sin embargo, ella también le preguntó si se sentía enfermo. En seguida, en un tono más suave, porque el doctor Hamson era objeto particular de su consideración, le dijo que Freddie lo había llamado dos veces después del almuerzo.

Cuando ella salió de la sala de consultas, Andrés se sentó junto a su escritorio mirando al frente. El primero de sus enfermos llegó a las dos y media, un cardíaco, empleado joven del Departamento de Minas, que había venido por indicación de Gill y padecía verdaderamente de una lesión valvular. Se detuvo largo rato en examinar a este enfermo, con la mayor solicitud, y muy prolijamente le explicó los detalles del tratamiento. Al fin, cuando el otro buscaba afanosamente su escuálida cartera, le dijo rápidamente:

—No me pague ahora, por favor. Espere hasta que le envíe la cuenta.

El pensamiento de que nunca se la enviaría, de que había perdido su sed de dinero y podía desdeñarlo otra vez, lo tranquilizaba extrañamente.

Después entró el segundo cliente, una dama de cuarenta y cinco años, la señorita Basden, una de sus más fieles pacientes. El corazón le desfalleció al verla. Rica, egoísta, hipocondríaca, era un remedo, más joven y más egoísta, de aquella señora Raeburn a quien había visto un día con Hamson en la clínica Sherrington.

Escuchó aburrido con la mano en la frente mientras ella, sonriente, se explayaba en una relación de todo cuanto le había acontecido a su constitución desde su última consulta pocos días atrás. De pronto Andrés levantó la cabeza:

—¿Para qué viene aquí, señorita Basden?

Ella se interrumpió en la mitad de una frase, con la parte superior de su cara todavía alegre, pero dejando caer poco a poco la mandíbula inferior.

—¡Oh, sé que soy culpable! —dijo Andrés—. Yo le he dicho que viniese. Pero en realidad, no padece usted mal alguno.

—¡Doctor Manson! —tartamudeó sin poder dar crédito a sus propios oídos.

Era enteramente cierto. Andrés comprendió, con cruel discernimiento, que todos los síntomas de la dama eran debidos al dinero. Ella no había trabajada un día de su vida, su cuerpo estaba fofo, rozagante, sobrealimentado. No dormía porque no ejercitaba los músculos. Ni siquiera ejercitaba el cerebro. No tenía que hacer otra

cosa que recortar cupones, pensar en sus dividendos, reñir a su criada y meditar en lo que comerían ella y su Lulú de Pomerania. ¡Sólo si saliera de su habitación e hiciera algo efectivo! ¡Si abandonara todas esas píldoras, sedantes, hipnóticos y colagogas y demás porquerías; diera algo de su dinero a los pobres y ayudara a otros y dejara de pensar en sí misma! Pero jamás, jamás hacía esto, era inútil pedírselo siquiera. Estaba espiritualmente muerta y también lo estaba él.

Andrés dijo reposadamente:

—Siento no poder seguir siéndole útil, señorita Basden. Es posible que yo me yaya. Pero no dudo de que usted hallará otros médicos por aquí que se sentirán muy felices de servirle de alcahuetes.

La mujer abrió varias veces la boca, como un pescado que se asfixia. Luego se dibujó en su rostro una expresión de auténtico terror. Estaba segura, absolutamente segura, de que Manson había perdido el juicio.

No se detuvo a razonar con Andrés. Se levantó, cogió apresuradamente sus cosas y salió del cuarto.

Andrés se preparaba para irse a su casa, cerrando los cajones del escritorio como en forma definitiva, pero antes de que se levantara, la enfermera Sharp entró sonriendo al despacho.

—¡El doctor Hamson viene a verlo! Ha venido él mismo en vez de llamarlo por teléfono.

Un minuto después Freddie estaba allí, encendiendo despreocupadamente un cigarrillo, instalándose en una silla como con un propósito determinado. Nunca había sido más amistoso su tono.

—Siento molestarte en sábado. Pero supe que estabas aquí, de modo que le traje la montaña a Mahoma. Todo lo sé respecto de la operación de ayer y no tengo reparo alguno en decirte que me alegro mucho. Era tiempo de que conocieses por dentro al querido amigo Ivory. —La voz de Hamson adquirió bruscamente un tono de rencor—. Creo que debes saber, viejo, que últimamente me he estado apartando de Ivory y de Deedman. No han estado haciendo el juego conmigo. Hemos hecho juntos algún camino, y muy provechoso que fue, pero ahora estoy bien seguro de que estos dos me están escamoteando algo de lo que me corresponde. Además de esto, me tiene enfermo la torpeza de Ivory. No es cirujano. Tú tienes toda la razón. No es más que un mísero abortador. No lo sabías, ¿eh? Bueno, créemelo como Evangelio. Hay dos clínicas a no más de cien millas de esta casa, donde no hacen otra cosa, por supuesto, todo muy bien hecho y a la luz del día, e Ivory es el «raspador» jefe. Deedman no es mucho mejor. No es más que un vicioso zalamero interesado, sin la astucia de Ivory. Uno de estos días va a recibir una seria censura de la D. D. A. Ahora, escúchame, viejo, te estoy hablando por tu bien. Me interesa que conozcas toda la historia íntima de estos dos sujetos, porque quiero que los dejes y te asocies conmigo. Has sido

demasiado inexperto. No has aprovechado lo que te correspondía. ¿No sabes que cuando Ivory saca cien guineas de una operación declara cincuenta?... es así cómo se las procura; ¡tú ves! ¿Y qué te han entregado a ti...?, unas míseras quince o acaso veinte. ¡No es suficiente, Manson! Y después de esta chabonada de ayer yo no lo toleraría. Nada les he dicho todavía, soy demasiado listo para eso, pero he aquí mi plan, viejo. Rompamos del todo con ellos, tú y yo, y comencemos una pequeña sociedad entre nosotros. Después de todo, somos viejos compañeros de colegio, ¿no? te aprecio. Siempre te he apreciado. Y te puedo enseñar muchas cosas. —Freddie se interrumpió para encender otro cigarrillo y luego sonrió amablemente, expansivamente, exhibiendo sus posibilidades como socio virtual—. Tú no creerías la suerte que he tenido. ¿Sabes la última? Tres guineas cada vez por inyecciones... ¡de agua esterilizada! La enferma vino un día para que le pusiera su vacuna. Había olvidado pedirla y, en vez de desanimarme, recurrí al H<sub>2</sub>O. Volvió al día siguiente para decirme que nunca había experimentado una reacción mejor. *Continué, en consecuencia.* ¿Y por qué no? Todo está en la fe y en el frasco de agua de color. Piensa que les puedo introducir en el cuerpo toda la farmacopea cuando es necesario. No soy un patán. ¡No, señor! Es precisamente que soy cuerdo, y si tú y yo nos asociamos realmente, Manson, tú con tus grados y yo con mi experiencia, haríamos el gran negocio. Tenemos que ser los dos. Tú siempre necesitas otra opinión. Y yo he puesto los ojos en un cirujano joven muy hábil, infinitamente mejor que Ivory, a quien podríamos manejar después. Finalmente, podríamos tener nuestra propia clínica. Y *entonces* estaríamos en Klondyke.

Andrés permaneció inmóvil, rígido. No sentía animosidad contra Ramsoll, sino tan sólo una amarga repugnancia de sí mismo. Nada mejor que esa proposición de Hamson para revelarle más bruscas y violentamente su situación, lo que había hecho, por dónde se encaminaba. Al fin, viendo que se esperaba alguna respuesta suya, murmuró:

—No puedo asociarme contigo, Freddie. De la noche a la mañana me ha asqueado todo eso. Creo que me ausentaré por un tiempo. Hay demasiado chacales en esta milla cuadrada en que vivimos. Hay un grupo de hombres buenos, que procuran hacer un trabajo honrado, ejerciendo su profesión en forma honesta, noble; pero los demás son exactamente chacales. Son chacales los que administran todas estas inyecciones innecesarias, extraen amígdalas y apéndices que no hacen daño alguno, juegan a la pelota entre ellos mismos con sus enfermos, se reparten los honorarios, practican abortos, patrocinan remedios pseudocientíficos, andan todo el tiempo a caza de guineas.

El rostro de Hamson se había ido enrojeciendo lentamente.

—¡Qué diablos! —exclamó tartamudeante—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Lo sé, Freddie —dijo Andrés lenta y tristemente—. Soy culpable de todo eso.

No quiero que haya ningún disgusto entre nosotros. Tú habías sido mi mejor amigo.

Hamson saltó.

—¿No estás en tus cabales, o qué?

—Quizá. Pero voy a hacer la prueba y a dejar de pensar en el dinero y en el éxito material. No es ésa la piedra de toque de un buen médico. Cuando un médico gana cinco mil al año, no es honesto. Y ¿por qué..., por qué trataría un hombre de hacer dinero a costa de la humanidad doliente?

—Tonto de remate —dijo desdeñosamente Hamson. Giró sobre los talones y salió.

De nuevo Andrés se sentó mecánicamente frente a su escritorio, solo, abatido. Al fin se levantó y se fue a su casa. Al aproximarse sintió el latir acelerado del corazón. Eran más de las seis. Todo el curso de su tedioso día parecía acercarse a su culminación. Le tembló violentamente la mano al girar el picaporte.

Cristina estaba en la sala de la calle. La visión de su rostro pálido y tranquilo le produjo un estremecimiento. Andrés ansiaba que ella le preguntara, que mostrara algún interés respecto del modo cómo había pasado estas horas lejos de ella. Pero se limitó a decir, con ese tono reservado y evasivo:

—¿Has trabajado mucho hoy? ¿Quieres un poco de té antes de las consultas?

—No habrá consultas esta noche. Ella lo miró.

—Pero el sábado... es tu tarde más ocupada.

Su respuesta fue escribir un aviso que informaba que el consultorio estaba cerrado por esa tarde. Recorrió el pasadizo y lo clavó en la puerta del consultorio. El corazón le palpitaba ahora de tal modo, que creyó que le iba a estallar.

Cuando regresó por el pasadizo, ella estaba en la sala de consultas, con el rostro más pálido todavía y los ojos turbados.

—¿Qué ocurre? —preguntó con acento extraño.

Andrés la miró. La angustia de su corazón lo venció; se desbordó en una explosión incontenible.

—¡Cristina!

Todo lo que tenía dentro se volcó en esa sola palabra. Se echó a sus pies, arrodillándose, sollozante.



## Capítulo XVII

Su reconciliación fue la cosa más maravillosa que les había acontecido desde el momento que se enamoraron. A la mañana siguiente, domingo, él yacía junto a ella, como en aquellos días de Aberlaw, conversando, conversando y, como si se le hubieran caído años de encima, desahogando su corazón en el de ella. Afuera estaba en el ambiente la quietud del domingo, el tañido de las campanas, sedante y apaciguador. Pero Andrés no tenía paz.

—¿Cómo llegué a eso? —dijo nerviosamente—. ¿Estaba loco, Cristina, ¡oh!, cómo? No puedo creerlo cuando miro hacia atrás. ¡Yo... metiéndome con esa cáfila..., después de Denny, de Hope!... ¡Dios mío!, debería ser ejecutado.

Cristina lo tranquilizó.

—Todo ocurrió tan vertiginosamente, queridito. ¡Hubiera arrastrado a cualquiera!

—No; pero, honradamente, Cristina, creo volverme loco cuando pienso en ello. ¡Y qué período debió ser para ti! ¡Dios mío! ¡Debe haber sido una ejecución dolorosa!

Ella sonreía, sonreía verdaderamente. Era la experiencia más maravillosa ver su rostro libre de aquella palidez mortal, tierna, feliz, solícita para con él. «¡Oh, Dios mío! —pensó él—, ahora vivimos otra vez».

—Sólo hay que hacer una cosa —dijo frunciendo el ceño con decisión. A pesar de su excitación nerviosa se sentía fuerte, libre de aquella bruma de engaño, dispuesto a obrar—. Tenemos que irnos de aquí. Estoy demasiado envuelto en todo esto, Cristina, demasiado. A cada instante algo me haría recordar el ambiente de ficción en que he estado moviéndome, sí, y tal vez me haría reincidir. Podemos vender fácilmente el consultorio y... ¡oh, Cristina, tengo una idea maravillosa!

—¿Sí, querido?

Andrés aflojó su adusto ceño para sonreírle tímida, tiernamente.

—¿Cuánto tiempo hace que me hablaste de eso? Me agrada. Sí, lo sé, lo merecía... ¡Oh; no me dejes comenzar a pensar otra vez, Cristina!... Esta idea, este plan, se me hizo presente en cuanto desperté esta mañana. Una vez más me amargaba el pensamiento de que Hamson me hubiera solicitado para su ruin idea de una sociedad, cuando de pronto se me ocurrió: ¿Por qué no una sociedad legítima y noble? Es lo que existe entre los médicos de Norte América (aunque Stillman no es médico, al verlo siempre me acuerdo de eso) y precisamente aquí no se ha avanzado mucho en este sentido. Tú ves, Cristina, aun en una pequeña ciudad de provincia se podría tener una clínica, un pequeño cuerpo médico en que cada cual hiciera su propia tarea. Escúchame ahora, querida: en vez de unirme con Hamson, Ivory y Deedman, ¿por qué no reunir a Denny y Hope y formar un genuino trío? Denny hará todo el trabajo quirúrgico, ¡y sabes cuán bueno es!, yo me encargaré de la parte

médica, y Hope será nuestro bacteriólogo. Las ventajas son evidentes: cada uno se perfecciona en su especialidad y pone a disposición de los otros sus conocimientos. Tal vez tú recuerdas todos los argumentos de Denny, y también los míos, sobre nuestro mísero sistema del médico universal, cómo éste se ve obligado a hacerla todo, es decir, algo imposible. La medicina por grupos es la solución, la perfecta solución. Se sitúa entre la medicina del Estado y el esfuerzo individual, aislado. La única razón de que no lo hayamos tenido aquí es que los grandes hombres gustan de tenerlo todo en sus manos. Pero ¿no sería maravilloso, querida, si nosotros pudiéramos formar una pequeña unidad de acción, científicamente y... sí, déjame decirlo, espiritualmente intacta, una especie de fuerza de avanzada que combatiera el prejuicio, derribara los viejos fetiches, iniciara acaso una revolución completa en todo nuestro sistema médico?

Con la mejilla sobre la almohada, Cristina lo contemplaba con ojos radiantes.

—¡Oírte hablar así, como en aquellos días de antaño! No puedo decirte cuánto me agrada. ¡Oh!, es como empezar todo de nuevo. ¡Soy feliz, Andrés mío, soy feliz!

—Tengo mucho que reparar —añadió sombríamente—. He sido un tonto. Y peor —se oprimió la frente con las manos—. No puedo quitarme de la cabeza al pobre Harry Vidler. Y no lo conseguiré hasta que no realice algo que verdaderamente, repare aquello —suspiró de repente—. Fui culpable en eso, Cristina, tanto como Ivory. No puedo dejar de pensar que me he escapado muy fácilmente. No parece justo que yo deba quedar impune. Pero trabajaré tenazmente, Cristina. Y creo que Denny y Hope se asociarán conmigo. Tú conoces sus ideas. Denny se muere realmente por volver otra vez a los azares de la profesión. Y Hope, si le damos un pequeño laboratorio donde pueda efectuar trabajo original además de fabricarnos nuestros sueros, nos seguirá a cualquier parte.

Saltó de la cama y comenzó a pasearse por la alcoba su antigua manera impetuosa, repartidos sus sentimientos entre el entusiasmo por el futuro y el remordimiento por el pasado, revolviéndolo todo en su cabero, inquietándose, esperando, proyectando.

—¡Tengo tantas cosas que arreglar, Cristina! —exclamó—; pero voy a proponerte algo de inmediato. Mira, querida. Una vez que haya escrito algunas cartas, luego de comer, ¿qué te parecería que hiciéramos un paseíto por el campo?

Ella le dirigió una mirada interrogadora.

—Pero si estás ocupado...

—No estoy demasiado ocupado para esto. Sinceramente, Cristina, tengo un peso horrible encima, con lo de María Boland. No sigue bien en el Victoria y yo no me he preocupado bastante. Thoroughgood es indiferente y no entiende propiamente su caso, a lo menos, según mi modo de pensar. Si le ocurriera algo a María después de haberme hecho responsable de ella ante Con creo que me volvería loco. Es terrible

decirlo del propio hospital, pero no se mejorará *jamás* en el Victoria. Debería irse al campo, al aire puro, a un buen sanatorio.

—¿Sí?

—Por eso quiero que vayamos a casa de Stillman. Bellevue es el lugar más agradable y maravilloso que jamás esperes ver. Sólo si pudiera persuadirlo que aceptara a María... Oh, no sólo estaría satisfecho entonces, sino que sentiría que habría hecho realmente algo bueno.

Cristina dijo con decisión:

—Saldremos en cuanto te desocupes.

Cuando Andrés se hubo vestido, bajó, escribió una larga carta a Denny y otra a Hope. Sólo tenía tres enfermos graves en sus manos, y en su salida a visitarlos depositó las cartas. Luego, después de una ligera merienda, salió con Cristina para Wycombe.

El viaje, a pesar de la tensión emocional que subsistía en su espíritu, fue sin novedad. Sentía más que nunca que la felicidad era un estado interior, enteramente espiritual, independiente —dijeran lo que dijeran los cínicos—, de los bienes mundanos. Durante todos estos meses —mientras se había estado consumiendo por alcanzar riqueza y posiciones, triunfando en todo sentido, materialmente— se había creído feliz. Pero no había sido feliz. Vivía en una especie de delirio, anhelando cada vez más después de todo lo obtenido. «¡Dinero —pensaba amargamente—, todo era por el sucio dinero!». Primero se había dicho que necesitaba ganar mil libras al año. Cuando consiguió esa entrada, de inmediato la duplicó, fijando esta otra como su máximo. Pero una vez logrado este máximo, lo dejó descontento. Y así sucesivamente. Había ansiado más y más. Eso lo habría matado al fin.

Miró de soslayo a Cristina. ¡Cuánto habría sufrido por él! Pero si hubiera necesitado alguna confirmación de lo sano de su propósito, bastaba la visión del rostro transfigurado y radiante de Cristina. No era ahora un rostro hermoso, pues conservaba la huella de los sufrimientos y de las lágrimas, estaba algo ojerosa y tenía una débil depresión de las mejillas, que fueran un día firmes y rozagantes. Mas era un rostro que siempre había ostentado un aire de serenidad y de verdad. Y esa nueva vida que lo animaba era tan luminosa y conmovedora, que Andrés se sintió intensamente conmovido por un nuevo impulso de dolor y de remordimiento. Juró que en toda su vida no volvería a hacer nada que le ocasionara una tristeza.

Llegaron a Wycombe cerca de las tres, y en seguida tomaron un camino cuesta arriba que los condujo a la cumbre de la colina hasta más allá de Lacey Green. La ubicación de Bellevue era soberbia, sobre una pequeña meseta que, aunque cerrada por el norte, franqueaba el panorama de ambos valles.

Stillman los acogió cordialmente. Era un hombrecito reservado, poco efusivo, que rara vez se entusiasmaba. Sin embargo, reveló el agrado que le producía la visita de

Andrés, mostrándoles toda la hermosura y eficacia de su creación.

Bellevue era intencionalmente pequeña, pero no había discusión acerca de su perfección. Dos alas, esquinadas hacia el sudoeste, unidas por una sección central administrativa. Sobre el hall de entrada y las oficinas había una sala de tratamiento magníficamente equipada, cuya pared sur era toda de vidrio. Todas las ventanas eran de este mismo material, y la calefacción y el sistema de ventilación, la última palabra de la eficiencia moderna. Mientras recorría el establecimiento, Andrés no pudo menos de comparar su perfección ultramoderna, con esos edificios vetustos, contruidos un siglo antes, que eran muchos de los hospitales de Londres, y con aquellas antiguas casas de habitación, mal transformadas y mal equipadas, que se disfrazaban de clínicas.

Una vez que los hubo paseado por todas partes, Stillman los invitó a tomar el té. Y en ese momento Andrés le formuló su pedido de buenas a primeras:

—No me agrada pedir favores, señor Stillman. —Cristina tuvo que sonreír al escuchar la casi olvidada fórmula—. Pero pienso que quizá usted podría hacerme uno: recibir a una enferma. Tuberculosis incipiente. Probablemente necesita neumotórax. Es hija de un gran amigo mío, un profesional, dentista, y no se encuentra bien donde está.

Algo como ironía se advirtió tras los ojos azul pálido de Stillman.

—Usted no quiere significar que desea enviarme una enferma. Los doctores no me envían enfermos aquí..., aunque lo hacen en Norteamérica. Olvida que aquí yo no soy más que un impostor, un curandero, al frente de un sanatorio dirigido con métodos empíricos, que hace caminar descalzos a sus pacientes por el rocío... antes de conducirlos a tomar un desayuno de zanahorias ralladas.

Andrés no sonrió.

—No le he pedido que me tome el pelo, señor Stillman. Le hablo muy en serio de esta niña. Me tiene muy preocupado.

—Pero creo no tener cabida, amigo mío. A pesar de la antipatía de su hermandad médica, tengo una lista de postulantes del largo de mi brazo. ¡Es asombroso! —Al fin Stillman sonrió impasiblemente—. La gente me pide que la cure, a pesar de los doctores.

—¡Bien! —murmuró Andrés. La negativa de Stillman constituía para él un gran desencanto—. Yo más o menos contaba con ello. Si pudiéramos haber traído aquí a María..., me habría sentido *aliviado*! Usted tiene el mejor centro de curación de Inglaterra. No tengo el propósito de halagarlo. Lo sé. Cuando pienso en esa sala del Victoria, donde ella yace ahora, escuchando las cucarachas que se mueven detrás de los zócalos...

Stillman se inclinó y tomó un sándwich delgado de pepino, de la mesa baja que tenía delante. Poseía una manera característica, casi afectada, de tomar las cosas,

como si hubiera acabado de lavarse las manos y temiera ensuciárselas de nuevo.

—¡Bien! Está usted aderezando una pequeña comedia satírica. No, no debo hablar así, veo que está preocupado y yo lo ayudaré. Aunque *sea médico...* me haré cargo de su enferma —se encogió el labio de Stillman al advertir la expresión turbada del semblante de Andrés—. Usted ve, tengo un espíritu amplio. No tengo reparos en alternar con la profesión cuando me veo obligado. ¿Por qué no se ríe...?, es una broma. No importa. Aun cuando usted carece del sentido del humor, tiene una perspicacia superior a la de la mayoría de sus colegas. Déjeme pensar. No tengo una habitación libre hasta la semana próxima. El miércoles, creo. Tráigame a su enferma el miércoles de la semana próxima, y le prometo hacer por ella todo lo que pueda.

El rostro de Andrés se encendió de gratitud.

—No puedo... no puedo agradecerle suficientemente... el...

—No lo haga, entonces. Y no sea tan cumplido. Lo prefiero cuando parece disparar las cosas. Señora Manson, ¿le tira con los platos alguna vez? Tengo un gran amigo en Norteamérica, dueño de dieciséis diarios, que cada vez que se encoleriza quiebra un plato de los que valen cinco centavos. Bien: un día ocurrió que...

Y les refirió una historia larga y, para Manson, en absoluto desprovista de interés. Pero, mientras regresaban a casa con el fresco de la tarde, le explicaba a Cristina:

—Eso queda arreglado, Cristina...; me quita un gran peso de encima. Estoy seguro de que es el sitio indicado para María. Es un hombre excelente este Stillman. Me agrada mucho. No aparenta nada, mas por dentro tiene la firmeza del acero. ¡Ojalá Denny, Rape y yo tengamos algún día una clínica por el estilo, una reproducción en pequeño! Es un sueño disparatado, ¿no? Pero nunca se sabe. Y he pensado que si los tres nos instalamos en provincia podríamos estar lo suficientemente cerca de una de las minas de carbón para que yo reanude mi trabajo sobre la inhalación. ¿Qué te parece, Cristina?

A modo de respuesta, se inclinó hacia él y, sin preocuparse del riesgo que allí en el camino podía tener un descuido, lo besó intensa y largamente.

## Capítulo XVIII

A la mañana siguiente Andrés se levantó temprano, después del reposo de Una buena noche. Se sentía ágil, con el temple necesario para acometerlo todo. Fue directamente al teléfono y puso su consultorio en manos de Falger y Turner, agentes de transferencias médicas, de la calle Adam. El señor Gerald Turner, jefe actual de aquella antigua firma, respondió personalmente, y en atención a lo solicitado por Andrés se hizo presente de inmediato en Chesborough Terrace. Luego de una revisión de los libros, que duró toda la mañana, le aseguró que no tendría la menor dificultad en verificar una venta rápida.

—Por supuesto, tendremos que dar una razón en nuestros avisos; doctor —dijo Turner, golpeándose suavemente los dientes con el cabo del lápiz—. Todo comprador no podrá menos de preguntarse: «¿Por qué renuncia un médico a semejante mina de oro?». Porque, discúlpeme que se lo diga, doctor, *es una mina de oro*. Jamás he visto tales ingresos en dinero contante durante muchos días. ¿Diremos que por motivos de salud?

—¡No! —contestó bruscamente Andrés—. Dícales la verdad. Diga... —se contuvo—, ¡oh!, diga que por razones personales.

—Muy bien, doctor —y el señor Gerald Turner escribió su proyecto de aviso: «Abandonado por motivos puramente personales y sin relación con la profesión».

Andrés concluyó:

—Y recuerde, yo no exijo una fortuna por esto..., sólo un buen precio. Hay unos cuantos cucañeros que no seguirían a mi reemplazante.

A la hora del almuerzo Cristina trajo dos telegramas que le habían llegado. Andrés les había pedido a Denny y a Rape que respondieran telegráficamente a las cartas que les había escrito el día anterior.

El primero, de Denny, decía: «Comprometido. Espérame mañana por la tarde».

El segundo declaraba con típica impertinencia: «Debo pasar toda la vida con locos. Características de ciudades provincianas inglesas: Cantinas, ganado, catedrales y mercados de cerdos. ¿Dijo usted laboratorio?». (Firmado): *Contribuyente indignado*.

Después del almuerzo Andrés se fue al Victoria. No era la hora de visita del doctor Thoroughgood, mas ello sirvió admirablemente a sus propósitos. No deseaba alborotos ni desagradados, y menos que nada deseaba molestar a su jefe, que —no obstante su obstinación y excesivo interés por los médicos-barberos del pasado—, Andrés lo reconocía, le había tratado bien.

Sentado junto al lecho de María, le explicó privadamente lo que pensaba hacer.

—Fue culpa mía el comenzar —le dijo palmoteándole la mano tranquilizadamente—. Debí prever que éste no era precisamente el sitio para usted.

Notará una gran diferencia cuando llegue a Bellevue, una gran diferencia, María. Pero aquí han sido muy bondadosos con usted, y no hay para qué herir los sentimientos de nadie. Debe decir que desea salir el miércoles próximo; si no lo quiere hacer usted misma, yo haré que Con escriba y manifieste que desea que salga. Tienen tanta gente esperando camas, que será fácil. Entonces yo la llevaré en auto a Bellevue, el mismo día. Dispondré de una enfermera y de todo lo necesario. Nada más sencillo... ni mejor para usted.

Volvió a casa con el sentimiento de una realización más, experimentando que comenzaba a despejar el laberinto en que había caído su vida. Aquella tarde en el consultorio comenzó a despedir a los crónicos, a sacrificar sin piedad a su clientela predilecta. Doce veces en el curso de una hora declaró firmemente:

—Esta será su última visita. Ha estado viniendo mucho tiempo. Se halla mucho mejor ahora. Y no le aprovecha seguir tomando remedios.

Era asombroso, al final de todo, cuánto más aliviado se sentía. Ser capaz de decir honradamente, valientemente, lo que pensaba. Era un lujo que se había negada durante mucho tiempo. Fue a ver a Cristina con paso casi infantil.

—Ahora me parezco menos a un vendedor de sales de baño —y poco después—: ¡Dios mío! ¡Cómo puedo hablar así! Olvido lo que ha ocurrido... Vidler..., todo lo que he hecho.

Entonces sonó el teléfono. Cristina fue a atenderlo y a Andrés le pareció que había estado ausente mucho rato y encontró que su semblante revelaba una extraña tensión.

—Alguien te necesita en el teléfono.

—¿Quién?

En el mismo instante comprendió que lo había llamado Francisca Lawrence. Hubo en la sala un silencio. Luego, apresuradamente, dijo:

—Dile que no estoy. Que he salido. No, ¡espera! —su expresión acusó una resolución enérgica y salió con paso firme—. Yo mismo le hablaré.

Volvió a los cinco minutos para encontrarla sentada en su rincón familiar cerca de la luz, con algún trabajo entre las manos. La miró disimuladamente y luego miró afuera, avanzó hasta la ventana y se quedó pensativamente allí, con las manos en los bolsillos. El apacible sonido de las agujas de tejer lo hizo sentirse extremadamente tonto, como un perro triste y estúpido que vuelve a casa sucio, zalamero y con la cola entre las piernas, después de alguna correría ilícita. Al fin ya no se pudo contener. Todavía dándole la espalda a Cristina, dijo:

—Eso también ha concluido. Puede interesarte saber que fue mi estúpida vanidad... y el interés. Siempre te he amado ~de pronto se lamentó~: Fue todo culpa mía, Cristina. Estas gentes no conocen a nadie distinto de ellas mismas; pero yo sí. Estoy saliendo de esto demasiado fácilmente. Pero déjame decirte..., ya que estaba

en el teléfono, llamé a Le Hoy, pensando que tenía otro asunto pendiente. Los productos Crema ya no se interesarán por mí en lo futuro. También me he eliminado de su personal. Y, ¡por Dios!, veré que me dejen fuera.

Cristina no respondió, pero el ruido de sus agujas ponía una nota alegre en la estancia silenciosa.

Andrés debió permanecer mucho tiempo allí, con sus avergonzados ojos fijos en el movimiento de la calle, en las luces que surgían en la oscuridad. Cuando por fin se dio vuelta, la creciente oscuridad había invadido toda la habitación, pero ella todavía estaba sentada allí, casi invisible en la silla, una leve figurita abstraída en su labor.

Esa noche despertó Andrés angustiado y transpirando, buscándola a tientas, todavía trémulo por los terrores de su sueño.

—¿Dónde estás, Cristina? Estoy arrepentido. Estoy verdaderamente arrepentido. Haré cuanto pueda para ser bueno contigo en adelante. —Luego, más tranquilo, ya casi despierto—: Tendremos un descanso cuando vendamos esto ¡Dios mío! Tengo los nervios destrozados. ¡Y pensar que un día te llamé neurótica! Y cuando nos instalemos, dondequiera que sea, tendrás un jardín, Cristina. Sé que te gusta. Recuerda... ¿Recuerdas a Vale View, Cristina?

A la mañana siguiente le trajo un gran ramo de crisantemos. Se esmeraba con todo su antiguo ardor, por mostrarle su cariño, no con aquella generosidad ostentosa que ella aborrecía —¡el recuerdo de aquel almuerzo en el Plaza todavía lo hacía estremecerse!—, sino por vías modestas, discretas, casi olvidadas.

A la hora del té, cuando él llegó con un bizcocho de los que tanto le gustaban a Cristina, y además de esto le llevó en silencio sus zapatillas de casa, que estaban en el armario al final del corredor, ella se irguió en su silla frunciendo el ceño y protestando suavemente:

—No, queridito, no..., o voy a molestarme seguramente. En la próxima semana te estarás tirando el pelo y andarás dando puntapiés por la casa..., como lo hacías antiguamente.

—¡Cristina! —exclamó Andrés, entristecido—. ¿No adviertes que todo ha cambiado? De hoy en adelante yo te haré las cosas.

—Perfectamente, perfectamente, querido.

Se frotó sonriente los ojos. En seguida, con un fuego que nunca Andrés hubiera sospechado en ella, prosiguió:

—No me importa cómo sea, con tal de que estemos *juntos*. No quiero que andes tras de mí. Todo lo que te pido es que no vayas tras de nadie más.

Aquella tarde llegó Denny, como lo había prometido, para la comida. Traía un recado de Rape, que lo había llamado por teléfono desde Cambridge para decidir que no podría llegar a Londres esa noche.

—Me dijo que lo retenían los negocios —declaró Denny sacudiendo su pipa—.



Pero temo para mí que el amigo Rope tendrá pronto una novia. Negocios románticos... el matrimonio de un bacteriólogo.

—¿Expresó algo respecto de mi idea? —Preguntó vivamente Andrés.

—Sí, está ansioso..., lo que no importa; inmediatamente podríamos metérselo en el bolsillo y llevarlo a cualquier parte. Y yo también estoy ansioso. —Denny desdobló la servilleta y se sirvió ensalada—. No puedo comprender cómo un proyecto magnífico como éste salió de tu insensata cabeza. Particularmente cuando me imaginé que te habrías instalado como un comerciante en jabón, del West End. Infórmame al respecto.

Andrés se lo refirió todo y con entusiasmo creciente. Comenzaron a discutir el plan en sus detalles más prácticos. De pronto se dieron cuenta de cuánto habían avanzado cuando dijo Denny:

—Opino que no debemos elegir una ciudad demasiado grande. Menos de veinte mil habitantes... es ideal. Allí podríamos hacer grandes cosas con la mayor facilidad. Mira un mapa del West Midlands. Encontrarás muchísimos pueblos industriales atendidos por cuatro o cinco médicos que cortésmente luchan entre sí y en que el Viejo doctor en medicina saca media amígdala en una mañana y prepara una droga la siguiente. Es precisamente allí donde podemos demostrar nuestra idea de la cooperación especializada. No nos meteremos a la fuerza. Sencillamente llegamos, por así decir. ¡Dios mío! ¡Me gustaría verles la cara...!, quiero decir, la cara de los doctores Brown, Jones y Robinson. Tendremos que tolerar muchas ofensas; podemos hasta ser linchados. Pero, hablando en serio, necesitamos una clínica central, como tú dices, con el laboratorio de Hope anexo. Aún podríamos tener en los altos un par de camas. Al principio no será muy en grande: se trata de adaptación más que de edificación, supongo, pero tengo el presentimiento de que echaremos raíces.

De pronto, al advertir el brillo de los ojos de Cristina mientras escuchaba sentada su disertación, se sonrió:

—¿Qué le parece, señora? Descabellado, ¿no?

—Sí —replicó, con algo de ronquera—. Pero son las cosas descabelladas las que valen.

—Esa es la palabra, Cristina! ¡Por Dios! Esto vale.

Andrés empuñó el cuchillo, golpeando con el puño:

—El plan es bueno. ¡Pero el ideal es el que está detrás del plan! Una nueva interpretación del juramento hipocrático; una absoluta fidelidad al ideal científico; nada de empirismo, nada de métodos falsos, de recetar al azar, de arrebatarse los honorarios, de afán de dinero ni de halagar a los hipocondríacos. ¡Oh, por Dios! Dénme un trago. Mis cuerdas vocales no resisten, debería tener un tambor.

Conversaron hasta la una de la madrugada. La gran excitación de Andrés era un estímulo hasta para el estoico Denny. Su último tren había partido hacía mucho. Lo

alojaron en la habitación desocupada y cuando, a la mañana siguiente, salió precipitadamente después del desayuno, prometió regresar el viernes próximo. Entretanto, vería a Rape y —prueba final de su entusiasmo— compraría un mapa detallado de West Midlands.

—¡Esto marcha, Cristina, esto marcha! —dijo Andrés con tono triunfal al regresar de la puerta—. Felipe es ocre como la mostaza. No dice mucho. Pero lo conozco.

Ese mismo día los primeros interesados estuvieron a ver el consultorio. Vino un presunto comprador, seguido luego de otros. Gerald Turner venía en persona con los compradores que presentaban más probabilidades. Poseía un lenguaje fluido y elegante, que aplicaba incluso a la arquitectura del garaje. El lunes acudió dos veces el doctor Noel Lowry: por la mañana, solo, y acompañado del agente, por la tarde. Después Turner le telefoneó a Andrés, en tono confidencial:

—El doctor Lowry está interesado, doctor, *muy* interesado podría decirle. Tiene particular interés en que no hagamos la venta hasta que su esposa tenga ocasión de ver la casa. Ella está en la costa con los niños. Llega el miércoles.

Era el día en que Andrés había dispuesto llevar a María a Bellevue, pero le pareció que la cosa podía quedar en manos de Turner. En el hospital todo había ocurrido según lo previera. María debía partir a las dos. Andrés había comprometido a la enfermera Sharp para que los acompañase en el auto.

Llovía a cántaros cuando, a la una y media, Andrés partió en dirección a la calle Welbeck para recoger a la enfermera Sharp. Estaba ésta con el genio avinagrado, en espera, pero de mala gana, cuando él llegó al número 57 A. Desde que Andrés la había notificado de que prescindiría de sus servicios al término del mes, sus maneras habían sido más desagradables todavía. Barbulló una respuesta a su saludo y subió al auto.

Afortunadamente, no tuvo dificultades con María. Andrés se detuvo cuando esta llegaba a la habitación del portero y un momento después ya estaba en el asiento posterior del lujoso coche con la enfermera Sharp, confortablemente envuelta en una manta y con una botella caliente a los pies. No había recorrido mucho, sin embargo, cuando Andrés comenzó a arrepentirse de haber traído a la taimada y suspicaz enfermera. Era evidente que ella consideraba ese viaje como algo ajeno a sus obligaciones. Se extrañaba de cómo había logrado entenderse con ella tanto tiempo.

A las tres y media llegaron a Bellevue. La lluvia ya había cesado y el sol asomaba por entre las nubes cuando ascendían a la explanada. María se inclinó, fijando nerviosamente los ojos, con un poco de recelo, en el sitio en el que la habían hecho poner tantas esperanzas.

Andrés encontró a Stillman en la oficina. Estaba ansioso de examinar con él a la enferma, pues el asunto del neumotórax le pesaba como plomo en el espíritu. Habló de ello mientras fumaba un cigarrillo y bebía una taza de té.

—Muy bien —asintió Stillman cuando Andrés hubo terminado—. Subiremos ahora mismo.

Y lo guió a la habitación de María, que ya estaba en cama, descolorida a causa del viaje y todavía inclinada al recelo, mirando a la enfermera Sharp que, de pie en un extremo del cuarto, le doblaba su vestido. Se agitó un poco cuando avanzó Stillman.

Este la examinó meticulosamente. Calmo, silencioso, absolutamente preciso, la revisión de Stillman fue para Andrés una revelación. No era zalamero con los enfermos. No era ostentoso. Realmente no se parecía a un médico en su labor sino a un hombre de negocios enredado en las complicaciones de una máquina de sumar echada a perder. Aunque usaba el estetoscopio, lo más de su investigación era táctil, un palpamiento de los espacios intercostales y supraclaviculares, como si, con sus delicados dedos, pudiera verdaderamente advertir el estado de las celdillas del pulmón vivo y palpitante allá dentro.

Cuando concluyó no le dijo nada a María, sino que invitó a Andrés a salir de la habitación.

—Neumotórax —expresó—. No cabe duda. Ese pulmón debería haber sido comprimido hace semanas. Voy a hacerlo al instante. Vaya y dígaselo.

Mientras Stillman iba a ver su aparato, Andrés regresaba junto a María y le informaba de su decisión. Habló dándole a la cosa la menor importancia que pudo; sin embargo, fue evidente que la perspectiva inmediata de la operación sobresaltó más todavía a la enferma.

—¿Usted lo hará? —preguntó con tono intranquilo. ¡Oh, preferiría que lo hiciese usted!

—No es nada, María. No sentirá dolor alguno; yo estaré aquí. Yo lo ayudaré. Veré que nada le ocurra.

Había tenido realmente la intención de abandonar toda la tarea a Stillman. Pero como ella estaba tan nerviosa, tan suspensa de él, y como se sentía responsable de que estuviese allí, fue a la sala de tratamientos y le ofreció su ayuda a Stillman.

Diez minutos después, estaban listos. Cuando trajeron a María, Andrés le dio la anestesia local. En seguida se hizo cargo del manómetro, mientras Stillman insertaba hábilmente la aguja, controlando la entrada del nitrógeno esterilizado a la pleura. El aparato era exquisitamente delicado, y Stillman un maestro de la técnica, indudablemente. Manejaba hábilmente la cánula, haciéndola avanzar con destreza, con los ojos fijos en el manómetro para el sonido final que anunciaba la perforación de la pleura parietal. Tenía su propio método de manipulación profunda para prevenir el enfisema quirúrgico.

Después de una primera fase de nerviosidad aguda, la intranquilidad de María disminuyó poco a poco. Se abandonó a la operación con creciente confianza, y al final pudo sonreírle a Andrés, enteramente tranquila. De nuevo en su salita, le dijo:

—Usted tenía razón. No era nada. No siento que me hayan hecho nada.

—¿No? —Andrés frunció el ceño y luego rió—. Así debe ser: ningún alboroto, ninguna impresión de algo terrible; me gustaría que todas las aplicaciones fuesen así. Pero, con todo, le hemos inmovilizado el pulmón. Ahora descansará y cuando comience a respirar otra vez, créamelo, estará curada.

La mirada de María se clavó en él y luego vagó por la agradable piecita y a través de la ventana hasta el panorama del valle allá abajo.

—Me va a gustar esto, después de todo. No se afana por parecer bondadoso... el señor Stillman, quiero decir..., pero de todos modos una siente que lo es. ¿Cree usted que podría tomar té?

## Capítulo XIX

Eran cerca de las siete cuando Andrés se fue de Bellevue. Había permanecido más tiempo de lo que proyectaba, conversando con Stillman en la galería de abajo, gozando del aire fresco y de la conversación de aquél. Al ponerse en marcha se vio invadido de un extraordinario sentimiento de placidez, de tranquilidad. Lo atribuía a Stillman, cuya personalidad, con su reposo, su indiferencia respecto a las trivialidades de la vida, actuaba favorablemente sobre su propio temperamento impetuoso. Más aún, ahora era optimista respecto de María. Sentía el contraste entre su precipitada acción anterior, el haberla hecho ingresar tan a la ligera a un hospital anacrónico, y todo lo que había hecho por ella esta tarde. Le había ocasionado molestias, había tenido que hacer arreglos dificultosos que iban contra las normas habituales. Aun cuando no había discutido con Stillman la cuestión del pago, era evidente que Con no estaba en situación de afrontar los gastos de Bellevue y que, en consecuencia, él tendría que correr con la cuenta. Pero todo esto era nada al lado del sentimiento maravilloso de haber hecho algo, que ahora lo invadía. Por primera vez después de muchos meses, sintió haber realizado algo que valiera a sus propios ojos. Este pensamiento lo tonificaba, era el comienzo de su rehabilitación.

Condujo lentamente el auto, disfrutando de la quietud de la tarde. La enfermera Sharp iba también en el asiento de atrás, pero no tenía nada que decir, y él, entregado a sus propios pensamientos, casi no la advertía. Al llegar a Londres, sin embargo, le preguntó dónde quería que la dejara, y, a pedido suyo, se detuvo en la estación Notting Hill, del subterráneo. Andrés se alegró de verse libre de ella. Era buena enfermera, pero de un temperamento concentrado y sombrío. Nunca había simpatizado con Andrés. Este decidió enviarle por correo su sueldo al día siguiente. No deseaba verla más.

Por una razón extraña su humor había cambiado cuando recorría la calle Paddington. Siempre lo afectaba al pasar por la tienda de Vidler. Con el rabo del ojo divisó el letrero: «Renovations Ltd». Uno de los ayudantes estaba bajando las cortinas de hierro. Esta sola acción era tan simbólica, que lo hizo estremecerse. Abrumado llegó a su casa y metió el auto en el garaje. Entró en seguida, oprimido por una extraña tristeza.

Cristina le salió al encuentro alegremente, en el hall. Cualquiera que pudiera ser el estado de Andrés, ella era feliz. Las noticias que tenía se le adivinaban en los ojos.

—¡Vendida! —declaró alegremente—. Vendida íntegra, con todo su contenido. Te esperaron y te esperaron, querido. Se acaban de ir. El doctor Lowry y su señora, quiero decir. Se inquietó tanto porque tú no estabas para la consulta —añadió riéndose Cristina—, que él mismo la atendió. Después les invité a comer. Seguimos conversando. Casi pude oír a la señora Lowry diciendo que tú habrías chocado.

Entonces comencé a inquietarme. Pero ya estás aquí, amor mío. Y todo está bien. Tienes que verte con él mañana en la oficina del señor Turner, a las once, para firmar el contrato. Y..., ¡oh, sí..., le ha hecho un depósito al señor Turner!

Andrés la siguió al salón delantero, en el que ya habían levantado la mesa. Andrés se alegró, naturalmente, de que el consultorio estuviera vendido; por el momento, sin embargo, no pudo dar muestras de gran satisfacción.

—Es magnífico —prosiguió Cristina— que todo se haya arreglado tan rápidamente, ¿no? No creo que él espere una presentación muy larga. ¡Oh, he estado pensando tanto antes de que tú llegaras! Sólo si pudiéramos darnos de nuevo unas vacacioncitas en Val André, antes de que empezáramos otra vez. Fue tan delicioso allí, ¿no, querido?; y pasamos tan maravillosamente —se interrumpió para fijarse en él—. ¡Vaya! ¿Qué te ocurre, querido?

—¡Oh, nada! —dijo Andrés, sentándose sonriente—. Creo que estoy algo cansado. Probablemente porque me quedé sin comer...

—¡Cómo! —exclamó Cristina, consternada—. Yo estaba convencida de que habrías comido en Bellevue antes de venirme. —Miró en torno suyo—. Y se lo han llevado todo, y la señora Bennett ha ido al cine.

—No importa.

—Sí. No es extraño que no saltaras cuando te conté lo de la venta. Siéntate aquí sólo un minuto, y te traeré algo. ¿Te agradaría alguna cosa en especial? podría calentar un poco de sopa... o prepararte un huevo frito... ¿o qué?

Andrés pensó.

—El huevo, Cristina. ¡Oh!, pero no te molestes. Bueno, si me haces el favor..., y tal vez un poco de queso después.

Ella regreso al momento con una bandeja en que había un plato con huevos fritos, un vaso de jugo de apio, pan, galletas, manteca y la quesera. Colocó la bandeja sobre la mesa. Mientras él acercaba su silla, Cristina sacó una botella de cerveza del aparador.

En tanto Andrés comía, ella lo observaba solícitamente. Sonreía.

—He pensado a menudo, querido, que si hubiéramos vivido en Cefan Row, con una cocina y un dormitorio, habríamos estado perfectamente. La vida fastuosa no es para nosotros. Ahora que volveré a ser la mujer de un hombre de trabajo, me siento inmensamente feliz.

El continuaba con su cena. Indudablemente, la comida lo hacía sentirse mejor.

—Tú debes saber, querido —prosiguió Cristina, colocándose las manos bajo su mentón, según su modo característico, que he pensado muchas cosas estos últimos días. Antes de esto mi espíritu estaba como rígido, paralizado. Pero desde que estamos juntos..., ¡Oh, desde que somos nosotros de nuevo, parece que todo se ha simplificado! Las cosas sólo adquieren valor cuando ha habido que luchar para

conseguirlas. Si llegan por sí solas, no nos producen satisfacción. ¿No recuerdas aquellos días de Aberlaw (todo el día los he tenido presentes en mi espíritu), cuando teníamos que afrontar juntos todas aquellas dificultades? ¡Bueno! Siento que vamos a reanudarlo. Es nuestro género de vida, querido. Somos nosotros. ¡Y soy tan feliz con ello!

Andrés la miró.

—¿Eres realmente feliz, Cristina?

Ella lo besó suavemente.

—En mi vida he sido más feliz que en este instante.

Hubo una pausa. Andrés le puso manteca a una galleta y levantó la tapa de la quesera para servirse. Pero tuvo una desilusión, pues vio, no su Liptauer favorito, sino un trozo de queso ordinario que la señora Bennett empleaba en la cocina. En cuanto lo vio, Cristina lanzó una exclamación, reprochándose a sí misma:

—¡Y yo que pensé llamar hoy a lo de Frau Schmidt!

—Oh! Está muy bien, Cristina.

—Pero no, no está muy bien. —Cristina retiró la fuente antes de que Andrés pudiera servirse—. Aquí estoy en la luna como una colegiala sentimental, sin darte nada de comer..., cuando tú llegas cansado muriéndote de hambre. ¡Excelente mujer para un hombre de trabajo! —Se levantó de un salto, mirando el reloj—. Tengo el tiempo justo de correr allá antes de que cierre.

—¡No te molestes, Cristina!...

—Por favor, querido. —Cristina le impuso silencio alegremente—. Quiero hacerlo. Quiero... porque tú adoras el queso de Frau Schmidt y yo a ti.

Antes de que Andrés pudiera protestar de nuevo ella ya había salido. Oyó sus rápidos pasos en el hall, el débil cerrarse de la puerta de calle.

Manson sonreía suavemente..., era tan de ella hacer eso. Le puso manteca a otra galleta, esperando la llegada del famoso Liptauer, esperando su regreso.

La casa estaba en paz: Florrie duerme allá abajo, pensó él, y la señora Bennett en el biógrafo. Se alegraba de que ésta quisiera acompañarlos en su nueva aventura. Stillman había estado magnífico esa tarde. María se hallada ahora perfectamente. Era maravilloso cómo había cesado la lluvia..., había sido hermoso volver a casa por el campo, tan fresco y apacible. ¡Gracias a Dios, Cristina tendría pronto otra vez su jardín! El, Denny y Rape podrían hacerse linchar por los cinco médicos de Muddletown. ¡Pero Cristina tendría siempre su jardín!

Comenzó a comerse distraídamente una de las galletas con manteca. Perdería el apetito si Cristina no se apuraba. Debía estar hablando con la señora Schmidt. Buena mujer: le había enviado sus primeros enfermos. Sólo si él hubiera continuado decentemente en vez de..., ¡oh, bueno, eso ya había pasado, gracias a Dios! Estaban unidos otra vez, Cristina y él, felices como nunca. Era maravilloso habérselo oído

decir a ella hacía un momento. Encendió un cigarrillo.

De pronto tocaron violentamente la campanilla de la puerta. Miró, dejó su cigarrillo y fue al hall. Pero ya la campanilla había sonado de nuevo. Abrió la puerta delantera.

Inmediatamente pudo ver un tumulto al lado de afuera, un gran gentío en la calle, cuyos rostros se confundían en la obscuridad.

Pero antes de que pudiera explicarse el abigarrado cuadro, apareció ante él el policía que había hecho sonar la campanilla. Era Struthers, su antiguo amigo de Fife, el agente de tránsito. Lo extraño en Struthers fue la mirada de estupor con que clavó los ojos.

—¡Doctor! —le dijo con dificultad, como un hombre que ha estado corriendo—. Su esposa está herida. Corrió, oh, santo Dios!, salió corriendo de la fiambrería directamente frente al ómnibus.

Andrés se sintió oprimido por una gran mano de hielo. Antes de que pudiera hablar lo rodeó el gentío. El hall se llenó en un instante: la señora Schmidt, que lloraba, un conductor de ómnibus, otro policía, extraños, todos apretujándose y haciéndole retroceder hasta el consultorio. Y entonces, a través de la multitud, traída por dos hombres, apareció la figura de Cristina, con la cabeza doblada hacia atrás pendiente de su delgado y albo cuello. Todavía tenía entre los dedos de su mano izquierda, atado con un cordelito, el pequeño paquete de la señora Schmidt. La colocaron sobre el desván del consultorio.

Estaba muerta.



## Capítulo XX

Andrés quedó completamente anonadado, y por varios días estuvo fuera de sí. Tenía momentos de lucidez cuando identificaba a la señora Bennett, a Denny y, una o dos veces, a Hope. Pero la mayor parte del tiempo su vida era meramente fisiológica y ejecutaba los actos que se le sugerían por puro automatismo, concentrado profundamente dentro de sí todo su ser en una larga pesadilla de desesperación. Su sistema nervioso gastado le intensificaba la angustia de su pérdida, creándole fantasías enfermizas y terrores de remordimiento, de los que despertaba transpirando, gritando de angustia.

Obscuramente tuvo conciencia del sumario, del odioso procedimiento del tribunal, de los testimonios suministrados tan minuciosamente, tan innecesariamente, por los testigos. Andrés miraba fijamente la rechoncha figura de la señora Schmidt, por cuyas infladas mejillas caían y caían las lágrimas.

—Se estuvo riendo, riendo todo el tiempo que permaneció en la fiambrería. «Apúrese, por favor», seguía diciéndome, «no quiero hacer esperar a mi esposo...».

Cuando oyó al juez manifestar su condolencia al doctor Manson en su penosa situación de soledad, comprendió que todo había concluido. Se levantó mecánicamente y se encontró caminando por las aceras grises con Denny.

No supo cómo se hicieron los arreglos para los funerales; todo ocurrió misteriosamente sin su conocimiento. Mientras se dirigía a Kensal Green sus pensamientos, como saetas, iban y venían del pasado al presente. En el triste encierro del cementerio recordó las vastas mesetas barridas por el viento que había detrás de Vale View, donde corrían y sacudían sus crines enmarañadas los potros de la montaña. A Cristina le gustaba andar por allí, sentir la brisa sobre sus mejillas y ahora iba a ser colocada en esta horrible ciudad de los muertos.

Esa noche, en medio de la tortura de su neurosis, procuró insensibilizarse bebiendo. Pero el whisky no parecía provocarle más que indignación contra sí mismo. Se paseó por el salón hasta tarde, hablando en voz alta, apostrofándose como ebrio:

«Imaginabas que ibas a escapar. Creías que ya estabas escapando. Pero no había tal. Crimen y castigo, crimen y castigo. Tú eres culpable de lo que le ocurrió a Cristina. Tienes que sufrir». Recorrió toda la calle, sin sombrero, tambaleante, para contemplar con ojos de estupor las ventanas cerradas del negocio de Vidler. Regresó balbuciendo con el llanto del ebrio. “Nadie se burla de Dios”. Cristina lo dijo una vez: nadie se burla de Dios, amigo mío».

Subió a tropezones la escalera, dudó, penetró en el dormitorio de Cristina, silencioso, frío, abandonado, Allí en el tocador estaba su cartera. La tomó, la oprimió contra sus mejillas, luego la abrió con mano torpe. Había dentro unas monedas de

cobre y plata, un pequeño pañuelo, una cuenta de almacén y después, en el compartimiento del medio, halló algunos papeles, una instantánea borrosa de sí mismo tomada en Drineffy y..., sí, las reconoció oprimido de angustia, aquellas esquelitas que había recibido para Navidad de sus pacientes de Averalaw: *con sinceros agradecimientos*, y que ella había ido guardando todos aquellos años. Un profundo sollozo agitó su pecho. Cayó de rodillas junto al lecho, en un acceso de llanto.

Denny no hizo esfuerzo alguno para impedirle que bebiera. Le pareció que Denny estaba en la casa casi todos los días. No era por la clientela, pues el doctor Lowry la atendía ahora. Lowry vivía fuera, pero venía para las consultas y a tomar lista de los llamados. Andrés no sabía nada, nada de lo que ocurría, no quería saber nada. Evitaba encontrarse con Lowry. Sus nervios estaban destrozados. El sonido de la campanilla le hacía palpar locamente el corazón. Un paso inesperado le provocaba la transpiración de las palmas de las manos. Se sentaba en su habitación, con el pañuelo estrujado entre los dedos, enjugándose de cuando en cuando las palmas empapadas, mirando el fuego, subiendo que, llegada la noche, tendría que afrontar el espectro del insomnio.

Esta era su situación cuando Denny entró una mañana y le dijo:

—Al fin estoy libre, gracias a Dios. Ahora podemos irnos.

No había manera de resistirse, pues había perdido todo poder de reacción. Ni siquiera preguntó adónde iban. Con muda indiferencia vio que Denny le empaquetaba un traje, Una hora después estaban en camino a la estación Paddington.

Viajaron toda la tarde por los condados del sudoeste, traspasaron en Newport y continuaron por Monmouthshire. En Abergavenny abandonaron el tren y a la salida de la estación, Denny alquiló un automóvil. Mientras salían del pueblo cruzando el río Usky se internaban por la hermosa campiña que ostentaba los matices otoñales, le dijo Felipe:

—Este es un lugarcito al que solía venir antes..., a pescar. Abadía Llantony. Creo que nos conviene.

A las seis de la tarde llegaron a destino, por una red de senderos bordeados de avellanos. En torno de una plaza de apretado césped estaban las ruinas de la Abadía, piedras grises lisas, unos cuantos arcos todavía enhiestos de los claustros y al lado estaba la casa de huéspedes, construida enteramente con las piedras de las ruinas. Muy cerca corría un arroyuelo con su infatigable y sedante murmullo. Un humo de leña, recto y azul, ascendía en el tranquilo aire de la tarde.

A la mañana siguiente Denny sacó a pasear a Andrés. Era un día seco y tibio, pero Andrés, con la debilidad de una noche sin sueño, fatigándosele los flojos músculos en la primera colina, quiso regresar cuando habían andado sólo un corto trecho. Denny, sin embargo, se mantuvo firme. Hizo caminar a Andrés ocho millas ese primer día y

diez al siguiente. Hacia el fin de la semana recorrían veinte millas diarias y Andrés, casi arrastrándose hasta su habitación, por la noche, se quedaba dormido al momento.

Nadie los importunaba en la Abadía. Sólo quedaban unos cuantos pescadores, pues ya terminaba la estación de la trucha. Comían en un refectorio embaldosado de piedra, en una larga mesa de encina, frente a una chimenea abierta. El alimento era bueno y sencillo.

En sus paseos no hablaban. A menudo andaban todo el día sin cruzarse más que unas pocas palabras. En un principio Andrés se mostró enteramente indiferente al país que recorría, pero a medida que pasaban los días, la belleza de sus bosques y ríos, de sus colinas cubiertas de helechos, se insinuó imperceptiblemente en sus sentidos dormidos.

El progreso de su mejoría no fue extraordinariamente rápido; sin embargo, al final del primer mes pudo resistir la fatiga de sus largas caminatas, comer y dormir normalmente, bañarse en agua fría todas las mañanas Y mirar el futuro sin acobardarse. Era evidente que no podía haberse elegido un sitio mejor para su convalecencia que el de este retiro, ni mejor sistema que el de esta existencia espartana y monástica. Cuando cayó la primera helada sintió la instintiva alegría de su efecto tonificador.

Inesperadamente comenzó a hablar. Al principio sus temas de conversación eran inconexos. Su espíritu, como el atleta que ejecuta ejercicios sencillos antes de acometer hazañas mayores, era cauteloso en su acercamiento a la vida. Pero imperceptiblemente supo por Denny la sucesión de los acontecimientos.

El consultorio había sido vendido al doctor Lowry, no en la cantidad íntegra que había fijado Turner —ya que, en virtud de las circunstancias, no hubo presentación a la clientela—, sino en una suma muy aproximada a aquella cantidad. Hope por fin concluyó sus estudios y estaba ahora en su casa de Birmingham. Denny también se hallaba libre. Había renunciado a su cargo de archivero antes de venir a Llantonny. La conclusión era tan clara que Andrés alzó de pronto la cabeza:

—A principios de año tengo que estar listo para el trabajo.

Ahora conversaban entusiasta y seriamente y al cabo de una semana había desaparecido su penosa apatía. Le parecía extraño y triste que la mente humana fuese capaz de reponerse de un golpe tan terrible como el que lo había derribado. Sin embargo, no podía evitarlo, la mejoría estaba allí. Primeramente había vivido con estoica indiferencia, como una máquina en perfecto funcionamiento. Ahora respiraba el aire helado con verdadero vigor, sacudía los helechos con el bastón, recibía su correspondencia de manos de Denny y maldecía cuando el correo no le traía la *Revista Médica*.

Por la noche estudiaba con Denny un mapa en escala enorme. Ayudados de un almanaque hicieron una lista de pueblos, la expurgaron y luego redujeron su

selección a ocho nombres. Dos estaban en Staffordshire, tres en Northamptonshire y tres en Warwickshire.

El lunes siguiente Denny se ausentó por una semana. En este lapso experimentó Andrés el retorno impetuoso de su antiguo deseo de trabajar en su propia tarea, el verdadero trabajo que podía realizar con Denny y Rope. Su impaciencia se tornó colosal. El sábado por la tarde caminó todo el trayecto hasta Abergavenny para esperar el último tren de la semana. Al regresar, desalentado, resignado a sufrir otras dos noches y un día íntegro de esta desesperante demora, se encontró con un Ford obscuro detenido frente a la casa de huéspedes. Entró apresuradamente. Allí, en el refectorio alumbrado por una lámpara, Denny y Hope estaban sentados frente al aparador, sobre el cual se veía una cena compuesta de jamón con huevos, té, crema batida y duraznos en conserva.

Ese fin de semana tuvieron el paraje enteramente a su disposición. El informe de Felipe, dado en el curso de esa merienda succulenta, fue un animado prelude de la viveza de sus discusiones. Afuera la lluvia y el granizo golpeaban las ventanas. El tiempo se había descargado por fin. No les tenía miramientos.

Dos de las poblaciones visitadas por Denny —Franton y Stanborough— estaban maduras para la cosecha médica, según la frase de Hape. Ambas eran importantes ciudades semiagrícolas en las que se había implantado recientemente una nueva industria. Stanborough poseía una planta recién instalada para la elaboración de repuestos de motores, y Franton, una gran fábrica de azúcar de remolacha. En los alrededores se edificaban casas y la población iba en aumento. Pero en ambos casos los servicios médicos se habían quedado atrás. Franton sólo tenía un hospital mísero y Stanborough ni siquiera eso. Los enfermos de urgencia eran enviados a Coventry, a quince millas de distancia.

Estos pocos detalles fueron suficientes para hacerlos salir como sabuesos tras una pista.

Pero Denny poseía informes aún más estimulantes. Sacó un plano de Stanborough, arrancado de un itinerario de la región y observó:

—Lamento decir que me lo robé del hotel —en Stanborough. Parece un buen comienzo para nosotros allí.

—¿Qué es esta marca? —dijo impacientemente el un día humorista Hope.

—Esto —dijo Denny, mientras sus cabezas se inclinaban sobre el plano— es la plaza del mercado..., a lo menos, a eso equivale, sólo que por alguna razón la llaman el Círculo. Está en el centro de la población, en situación prominente y hermosa. Ustedes conocen la costumbre: un anillo de casas, comercios y oficinas, que son a la vez residenciales y negocios; más bien un estilo georgiano, con ventanas y pórticos bajos. El médico jefe del lugar, una ballena de hombre, a quien vi, con una gran cara colorada y mandíbula de carnero, ocupa actualmente dos ayudantes y tiene su casa en

el Círculo. —El tono de Denny era suavemente irónico—. Precisamente al frente, al otro lado de la encantadora fuente de granito que hay en medio del Círculo, existen dos casas vacías con habitaciones grandes, suelos en buen estado y fachada decente. Está en venta. Me parece...

—Me parece —dijo Hope tomando aliento— que, desde luego, nada me gustaría más que un pequeño laboratorio frente a esa fuente.

Siguieron conversando. Denny proporcionó nuevos detalles, sumamente interesantes.

—Por supuesto —concluyó—. Es probable que todos estemos enteramente locos. Esta idea ha sido llevada a la perfección en las grandes ciudades norteamericanas gracias a una organización completa y enormes desembolsos. Pero aquí..., en Stanborough... y ninguno de nosotros tiene bastante dinero. Probablemente peharemos como demonios entre nosotros mismos. Pero de algún modo...

—¡Qué Dios ayude al de la mandíbula de carnero! —dijo Hope levantándose y estirándose.

El domingo adelantaron sus planes, disponiendo que el lunes, de regreso a su casa, Hope hiciese un rodeo que comprendiese a Stanborough. Denny y Andrés llegarían el miércoles, se encontrarían con él en el hotel y uno de ellos efectuaría discretas averiguaciones entre los agentes locales de propiedades.

Con la perspectiva de todo un día por delante, Hope salió temprano a la mañana siguiente, levantando salpicaduras de barro con su Ford, antes de que los otros hubieran concluido su desayuno. El cielo se hallaba aún densamente nublado; pero el viento era alto: día tempestuoso y tonificado! Después del desayuno Andrés salió por una hora. Era agradable sentirse apto otra vez, con un trabajo que lo esperaba de nuevo en la gran aventura de la nueva clínica. No se había dado cuenta de lo que su plan significaba para él hasta que ahora, en un abrir y cerrar de ojos, estaba a punto de realizarse.

Cuando regresó, a las once había llegado el correo con un montón de cartas despachadas desde Londres. Se sentó a la mesa ansioso de leerlas. Denny estaba junto al fuego con el diario de la mañana por delante.

La primera carta era de María Boland. A medida que recorría las hojas de apretada escritura, su rostro adquiría una expresión sonriente. La joven comenzaba con alusiones corteses, manifestando sus esperanzas de que ya Andrés estuviera del todo repuesto. En seguida, le hablaba brevemente de sí misma. Estaba mejor, infinitamente mejor, casi bien. Su temperatura había sido normal durante las últimas cinco semanas. Se había levantado y hada ejercicios graduales. Había aumentado tanto de peso que apenas se reconocía. Le preguntaba si no podría ir a verla. El señor Stillman había regresado a América por varios meses, dejando a su ayudante, señor Marland, a cargo del establecimiento. No podía agradecerle suficientemente el

haberla llevado a Bellevue.

Andrés dejó la carta, con su expresión todavía iluminada por la noticia de la mejoría de María. Después, haciendo a un lado una cantidad de circulares y literaturas de propaganda, que venían en sobres muy delgados y con estampillas de medio penique, tomó la segunda carta. Era un gran sobre de procedencia oficial. Lo abrió y sacó el grueso pliego de oficio que contenía.

Entonces se le desvaneció la sonrisa. Miró el papel con ojos de estupor: Se le dilataron las pupilas. Se puso mortalmente pálido. Durante un minuto estuvo inmóvil mirando y remirando la carta.

—Denny —le dijo en voz baja—, entérate de esto.

## Capítulo XXI

Ocho semanas antes, cuando Andrés dejó a la enfermera Sharp en la estación Notting Hill, ella se fue por el metropolitana hasta Oxford Circus y desde allí caminó rápidamente hasta la Queen Anne Street. Estaba comprometida con su amiga la enfermera Trent, empleada del doctor Hamson, para pasar la noche en el Queen's Theatre, donde Luis Savory, al que ambas adoraban, se presentaba en «La confesión de la duquesa». Pero ya eran las ocho y cuarto y la función comenzaba a las ocho y cuarenta y cinco, de modo que era escaso el tiempo que le quedaba a la Sharp para ir por su amiga y llegar hasta las localidades altas del Queen. Más aún, en vez de tener tiempo para una apetitosa comida caliente en Corner House, según lo habían proyectado, se verían obligadas a comerse un sándwich por el camino o tal vez a contentarse con nada. El estado de ánimo de la enfermera Sharp mientras caminaba por la calle Queen Anne era el de una persona amargamente vejada. A medida que los acontecimientos de la tarde le daban vuelta en la cabeza, hervía de indignación y de cólera. Habiendo subido las escaleras del N9 17. C, oprimió febrilmente el timbre.

La enfermera Trent en persona abrió la puerta, con una expresión de resignado reproche. Pero antes de que pudiera hablar, la Sharp le oprimió el brazo.

—Querida mía —le dijo hablando rápidamente— ¡lo siento tanto! ¡Pero qué día he tenido! Te lo diré después. Déjame entrar un instante para dejar mis cosas. Si voy tal como estoy, creo que llegaremos a tiempo.

En ese momento, mientras estaban ambas mujeres en el corredor, . Hamson bajaba la escalera, atildado, resplandeciente y con su ropa de tarde. Al verlas se detuvo. Nunca podía renunciar Freddie a una oportunidad de mostrar el encanto de su personalidad. Era parte de su técnica, hacerse querer de la gente, sacarles el mejor partido.

—¡Hola, señorita Sharp! —le dijo alegremente, sacando un cigarrillo de su cigarrera de oro—. Parece molesta. ¿Y por qué están las dos tan atrasadas? ¿No le oí algo a la enfermera Trent respecto de una función esta noche?

—Sí, doctor —respondió la Sharp—. Pero..., me atrasé con una enferma del doctor Manson.

—¿Cómo? —El tono de Freddie insinuó una leve curiosidad.

Fue suficiente para la enfermera Sharp. Enconada, con antipatía por Andrés y admiración por Hamson, se desahogó al instante.

—Nunca he tenido un trato semejante en toda mi vida, doctor Hamson. Llevar una enferma del Victoria hasta ese lugar de Bellevue; ser retenida allí tres horas por el doctor Manson mientras él efectúa un neumotórax con un hombre que no posee título...

Refirió toda la historia de la tarde, reprimiendo a duras penas sus amargas

lágrimas de víctima.

Cuando terminó hubo un silencio. Los ojos de Freddie adquirieron una extraña expresión.

—Muy malo, enfermera —dijo al fin—. Pero supongo que ustedes no querrán perder la función. Mire, enfermera Trent..., tomen un taxi y me lo carga a mí. Anótelos en su planilla de gastos. Ahora tengo que partir, si ustedes me lo permiten.

—Ese es un caballero —murmuró la Sharp, siguiéndolo con una mirada de admiración—. Vamos, querida, toma el taxi.

Freddie, muy pensativo, se encaminó hacia el club. Desde el disgusto con Andrés había tenido que olvidar su orgullo por necesidad y había vuelto a una asociación más estrecha con Deedman e Ivory.

Ese día comían juntos los tres y mientras lo hacían, Freddie, menos por maldad que por el deseo de interesarlos, de ganar de nuevo la estimación de sus colegas, subrayó con aire de superioridad:

—Manson parece estar haciendo juegos de salón desde que nos dejó. Sé que ha comenzado a enviarle enfermos a ese tal Stillman.

—¿Qué? —exclamó Ivory soltando el tenedor.

—Y en colaboración, a lo que entiendo.

Hamson les proporcionó una divertida versión de la historia.

Cuando concluyó, Ivory preguntó con súbita brusquedad.

—¿Es verdad eso?

—Mi querido amigo —respondió Freddie en un tono solemne—, lo he sabido de su misma enfermera no hace media hora.

Hubo una pausa. Ivory bajó los ojos y continuó comiendo. Sin embargo, bajo la apariencia de su calma experimentaba un júbilo inmenso. Jamás le había perdonado a Andrés aquella observación final después de la operación de Vidler. Aunque no era quisquilloso, tenía el orgullo del hombre que conoce su propia debilidad y la oculta cuidadosamente. En lo profundo de su corazón se sabía un cirujano incompetente. Pero nadie le había dicho con violencia tan cortante toda la magnitud de su incapacidad. Aborrecía a Manson por esa amarga verdad.

Después que los otros hubieron conversado un poco, levantó la cabeza. Su voz era impersonal.

—Esa enfermera de Manson... ¿puede conseguir su dirección?

—Sin duda.

—Me parece —dijo Ivory fríamente—, que hay que hacer algo a este propósito. Entre nosotros, Freddie, nunca he podido consagrarle mucho tiempo a este Manson; pero esto no viene al caso. Pienso únicamente en el aspecto ético. La otra tarde no más me hablaba Gadsby de este Stillman; asistíamos a la comida de Mayfly. Comienza a figurar en los diarios... me refiero a Stillman. Algún asno ignorante de



Fleet Street ha reunido una lista de pretendidas curaciones de Stillman, casos en que los médicos han fracasado: ustedes conocen las habladurías corrientes. Gadsby está bastante irritado con todo eso. Creo que Churston fue un tiempo su paciente antes de que lo abandonara por este curandero. Es precisamente lo que va a ocurrir si miembros de la profesión van a apoyar a este patán extranjero. ¡Por Dios! Cuanto más pienso en ello, menos agradable me resulta. Me pondré en comunicación con Gadsby para tratar directamente el asunto. ¡Mozo! Vea si el doctor Mauricio Gadsby está en el club. En caso contrario, que el portero llame por teléfono y vea si está en su casa.

Hamson se sintió intranquilo esta vez. No había en él rencor ni mala voluntad para con Manson, al que siempre había querido a su manera despreocupada y egoísta. Le manifestó:

—No me mezcles en el asunto.

—No seas tonto, Freddie. ¿Dejaremos que ese sujeto nos enlode y siga con esto?

El mozo regresó para decir que Gadsby estaba en su casa. Ivory le dio las gracias.

—Temo que esto signifique el fin de mi bridge, muchachos. A menos que Gadsby esté comprometido.

Aunque no eran precisamente amigos, eran lo suficientemente conocidos para que el médico sacase su mejor apuro y un buen puro. Tuviera o no noticia Gadsby de la reputación de Ivory, a lo menos conocía la situación social del cirujano, lo que valía mucho para que Mauricio Gadsby, aspirante a los honores, lo tratara con la debida amabilidad.

Cuando Ivory le mencionó el objeto de su visita, Gadsby no tuvo necesidad de aparentar interés. Se inclinó hacia adelante en su silla, con sus ojillos fijos en Ivory, escuchando el asunto con la mayor atención.

—¡Bueno! ¡Demonios! —exclamó con no acostumbrada vehemencia al final—. Conozco a ese Manson. Lo tuvimos por corto tiempo en el T. C. M. Y le aseguro que experimentamos un gran alivio cuando se retiró. Un perfecto advenedizo, con los modales de un muchacho para mandados. ¿Y me dice usted que retiró a una enferma del Victoria? Debe haber sido uno de los casos de Thoroughgood. Ya veremos lo que éste dice al respecto. ¿Y se la llevó a Stillman?

—Más que eso: ayudó realmente a Stillman en la operación.

—Si es verdad —dijo con toda intención Gadsby—, el caso corresponde a la G. M. C.

—Bien —Ivory vaciló muy cumplidamente—. Esa era precisamente mi idea. Pero habría preferido abstenerme. Usted comprende, en otro tiempo he tenido mayores relaciones que usted con ese sujeto. Realmente no estimaba propio presentar yo mismo la denuncia.

—Yo lo haré —dijo autoritariamente Gadsby—. Si lo que usted me dice es

efectivamente cierto, yo lo expondré personalmente. Faltaría a mi deber si no tomase medidas inmediatas. Se trata de un problema fundamental, Ivory. Ese sujeto Stillman es una amenaza, no tanto para el público como para la profesión. Creo que le referí mi experiencia con él la otra noche, en una comida. Amenaza nuestra situación legal, nuestra técnica, nuestra tradición. Amenaza todo lo que nosotros defendemos. Nuestro recurso es obtener su eliminación del campo profesional. Tarde o temprano se hundirá por lo del diploma legal. Fíjese, Ivory. A Dios gracias, hemos mantenido los diplomas en manos de la profesión. Sólo nosotros podemos extender un certificado de defunción. Pero si —fíjese bien—, si ese sujeto y otros como él pueden asegurarse la colaboración profesional, estamos perdidos. Afortunadamente la G. M. C. ha caído siempre como una tonelada de ladrillos sobre tales intentos. Usted recuerda el caso de Jarvis, el manipulador, hace varios años, cuando consiguió que un medicastro le hiciese una anestesia. Fue condenado al momento. Mientras más pienso en ese Stillman, más resuelto me siento a hacer un escarmiento con él. Si usted me permite un instante, voy a telefonar a Thoroughgood. Y mañana interrogaré a esa enfermera.

Se levantó y habló con Thoroughgood. Al día siguiente, en presencia de éste, le tomó una declaración escrita a la enfermera Sharp. Tan concluyente fue el testimonio de ésta, que al instante se puso Gadsby en contacto con sus abogados, los señores Boon y Everton, de Blomsbury Square. Aborrecía a Stillman, por supuesto. Pero ya poseía una halagadora idea del prestigio que probablemente gana un defensor público de la moralidad médica.

Mientras Andrés, olvidado de todo, se iba a Llantony, el proceso iniciado en su contra seguía seguramente su curso. Es verdad que Freddie, al dar con un párrafo que refería la investigación tocante a la muerte de Cristina, le había telefoneado a Ivory para que procurara detener el proceso. Pero ya era demasiado tarde. La denuncia había sido presentada.

Posteriormente, el tribunal de asuntos penales consideró la denuncia y bajo su autoridad se envió un oficio que citaba a Andrés a comparecer a la reunión de noviembre del Consejo, a fin de responder al cargo que había en su contra. Esta era la carta que tenía ahora en sus manos, pálido de ansiedad, intimidado por la amenaza de su fraseología jurídica:

*«Que usted, Andrés Manson, con conocimiento y consentimiento, ayudó el 15 de agosto a un Ricardo Stillman, persona no diplomada, que ejerció la medicina en una sala de operaciones, habiéndose asociado con él en el plano profesional, al llevar a cabo semejante operación y que, por consiguiente, ha sido usted culpable de indignidad profesional».*

## Capítulo XXII

La audiencia estaba fijada para ello de noviembre y Andrés estuvo en Londres toda una semana antes de esa fecha. Se hallaba solo, pues le había pedido a Hope y a Denny que lo dejaran librado enteramente a sus propias fuerzas. Y se hospedó, con un sentimiento de amargura y de melancolía, en el Musseum Hotel.

Aunque exteriormente tranquilo, su estado de ánimo era desesperado. Oscilaba entre sombríos accesos de amargura y una incertidumbre emotiva que provenía no sólo de sus dudas respecto del futuro, sino del recuerdo vívido de todos los momentos pasados de su carrera médica. Seis semanas atrás, esa crisis lo habría sorprendido todavía anonadado por el dolor de la muerte de Cristina, incapaz de toda atención o interés. Pero ahora repuesto, ansioso y pronto a comenzar a trabajar de nuevo, experimentó con cruel intensidad el golpe que lo amenazaba. Entristecido, comprendió que la destrucción de sus esperanzas renacidas equivalía a su muerte.

Estos y otros pensamientos dolorosos asediaban su cerebro, ocasionándole a veces estados de espantosa confusión. No podía creer que él, Andrés Manson, estuviera en esta horrible situación, próximo a afrontar la temida pesadilla de todo médico. ¿Por qué debía comparecer ante el Consejo? ¿Por qué deseaban borrarlo del registro? No había hecho nada vergonzoso. No era culpable de ninguna felonía, de ninguna incorrección: Todo lo que había hecho era curar de la tisis a María Boland.

Su defensa estaba en manos de Hopper y Cía., de Lincoln's Inn Fields, firma de abogados que Denny le había recomendado con insistencia. A primera vista Tomás Hopper no impresionaba; era un hombre pequeño, de cara encarnada y gestos nerviosos, que llevaba unos anteojos con armazón de oro. Por algún defecto de la circulación se veía sujeto a ataques de congestión de la piel que le daban un aire de preocupación de sí mismo, peculiaridad que ciertamente no era la más indicada para inspirar confianza. Sin embargo, Hopper tenía sus ideas claras respecto de la defensa que había de hacer. Cuando Andrés, en su primer ímpetu de angustiosa indignación, había querido correr a lo de sir Robert. Abbey, su único amigo influyente de Londres, Hopper le hizo saber que Abbey era miembro del Consejo. Con igual desaprobación el inquieto abogadito había rechazado el ardoroso deseo de Andrés de cablegrafiar a Norte América para que Stillman regresara al momento. Poseían todos los testimonios que les pudiera proporcionar Stillman y la presencia de ese profesional sin título sólo podría contribuir a exasperar a los miembros del Consejo. Por la misma razón había que mantener al margen a Marland, jefe interino de Bellevue.

Poco a poco comenzó a comprender Andrés que el punto de vista legal del asunto era muy distinto del suyo. Mientras protestaba de su inocencia en la oficina de Hopper, su lógica arrebatada hizo que éste frunciese el ceño en señal de desaprobación. Al fin tuvo que declararle:

—Si hay algo que debo rogarle, doctor Manson, es que no se exprese en tales términos durante la audiencia del miércoles. Le aseguro que nada podría ser más fatal a nuestra causa.

Andrés se detuvo estupefacto, con las manos entrelazadas y mirando a Hopper con ojos ardientes.

—Pero quiero que sepan la verdad. Quiero mostrarles que curar a esta joven ha sido lo mejor que he hecho durante años. Después de enlodarme durante varios meses de ejercer la profesión en la forma especulativa vulgar, he realizado en realidad algo hermoso y por eso me acusan.

Los ojos de Hopper manifestaban profundo interés detrás de sus lentes. En su disgusto, la sangre se le agolpó a la piel.

—Por favor, por favor, doctor Manson. Usted no comprende la gravedad de nuestra situación. Debo aprovechar esta oportunidad para decirle francamente que, en el mejor de los casos, estimo escasas nuestras probabilidades de éxito. Los precedentes están absolutamente en contra nuestra: Kent en 1909, Louden en 1912, Foulger en 1919, fueron todos condenados por asociarse a elementos no profesionales. Y, por supuesto, en el caso famoso de Hexam, en 1921, éste fue condenado por haber administrado una anestesia general para Jarvis, el que arreglaba huesos. Lo que deseo rogarle ahora es esto: responda a las preguntas en forma afirmativa o negativa o, de lo contrario, en la forma más breve posible. Porque yo le prevengo que si usted se lanza en una de estas digresiones que recientemente le he estado escuchando, perderemos con seguridad nuestra causa y será borrado del registro tan ciertamente como que yo me llamo Tomás Hopper.

Andrés comprendió obscuramente que debía tratar de reprimirse. Cual un paciente tendido sobre la mesa, tenía que someterse a las operaciones formales del Consejo. Pero le era difícil alcanzar ese estado de pasividad. La sola idea de que debía renunciar a todo intento de reivindicarse y responder estúpidamente «sí» o «no», era más de lo que podía soportar.

La tarde del martes 9 de noviembre, cuando su febril ansiedad por lo que ocurriría al día siguiente había llegado al máximo, se encontró sin saber cómo en Paddington, caminando en dirección a la tienda de Vidler, llevado de un extraño impulso subconsciente. Profundamente sepultada en su mente yacía la imaginación morbosa, todavía no dimanada, de que todas las calamidades de esos últimos meses se habían producido en castigo por la muerte de Vidler. La deducción era involuntaria, acudía sin su consentimiento. No obstante, allí estaba, emergiendo de las raíces profundas de su creencia primitiva. Sentíase irresistiblemente atraído hacia la casa de la viuda de Vidler, como si el solo verla pudiera ampararlo, proporcionarle, por extraño modo, algún alivio a su tormento.

Era una noche oscura y lluviosa y había poca gente en las calles. Tenía Andrés un

sentimiento de extraña irrealidad, al caminar de incógnito por este distrito en que había sido tan bien conocido. Su propia figura oscura se convertía en un fantasma entre otras sombras que se apresuraban, se apresuraban bajo la densa lluvia. Llegó a la tienda justamente antes de que la cerraran, vaciló y luego, al salir un parroquiano, él se introdujo precipitadamente.

La señora Vidler estaba sola, detrás del mostrador de la sección de limpieza y planchado, doblando un abrigo de mujer que le acababan de llevar. Llevaba una pollera negra y una blusa vieja teñida del mismo color, un poco ancha de cuello. El luto la hacía verse algo más pequeña. De pronto alzó los ojos y lo vio.

—¡El doctor Manson! —exclamó, iluminándosele el rostro—. ¿Cómo está, doctor?

La respuesta reveló la nerviosidad de Andrés. Advirtió que la mujer no sabía nada de sus actuales dificultades. Permaneció de pie en la puerta de entrada, mirándola, mientras le goteaba el agua del ala de su sombrero.

—Entre, doctor. ¡Vaya, está empapado! Es una noche infame...

El la interrumpió con una voz alterada, casi irreal:

—Señora Vidler, durante mucho tiempo he deseado venir a verla. Me he preguntado a menudo cómo le iría...

—Trabajo, doctor. No tan mal. Tengo un joven nuevo para las composturas. Trabaja bien. Pero entre y permítame ofrecerle una taza de té.

Andrés sacudió negativamente la cabeza.

—Pasaba..., pasaba al azar. —Después entró, casi desesperadamente—. Usted debe echar mucho de menos a Harry.

—Bueno, sí, por supuesto. A lo menos, al principio. Pero es maravilloso... (llegó hasta sonreír)... cómo uno se acostumbra a todo.

Andrés dijo rápida y confusamente:

—Yo me reprocho..., en un sentido. ¡Oh!, todo ocurrió tan repentinamente para usted que a menudo he creído que podía culparme...

—¡Culparlo a usted! —La señora Vidler movió negativamente la cabeza—. ¿Cómo puede decir tal cosa, cuando usted lo hizo todo, aun con la clínica, y lo encomendó al mejor ciudadano?

—Pero usted ve —prosiguió secamente Andrés, con una rigidez helada de todo su cuerpo—, si hubiera procedido en otra forma, tal vez si Harry hubiera ido al hospital...

—Habría sido lo mismo, doctor, Mi Harry tuvo lo mejor que podía proporcionarle el dinero. Vaya, aun sus funerales, me hubiera gustado que los hubiera visto... ¡las coronas! En cuanto a culparlo a usted... ¡vaya!, muchas veces he dicho en esta tienda que Harry no pudo tener un doctor más bondadoso, hábil ni mejor que usted...

Mientras ella proseguía hablando, Andrés vio con pena definitiva que, aun cuando

él lo confesara todo, ella nunca le creería. La señora tenía su ilusión sobre la muerte apacible, inevitable, y dispendiosa de Harry. Hubiera sido una crueldad quitarle esa ilusión a la que se asía tan felizmente. Dijo después de una pausa:

—Me alegro mucho de haberla visto de nuevo, señora Vidler. Como he dicho, deseaba verla otra vez.

Le dio la mano deseándole buenas noches y se marchó.

El encuentro, lejos de tranquilizarlo, o consolarlo, sólo sirvió para aumentar su desdicha. Su estado de ánimo padeció un completo trastorno. ¿Qué había esperado? El perdón, según la mejor tradición novelesca. ¿La condenación? Pensó amargamente que tal vez la señora tenía ahora de él mejor idea que nunca.

Mientras caminaba de regreso por las calles mojadas, tuvo la repentina convicción de que al día siguiente perdería su causa. Este convencimiento se acentuó hasta convertirse en una aterradora certeza.

No lejos de su hotel, en una tranquila calle lateral, pasó frente a la puerta abierta de una iglesia. Una vez más lo dominó el impulso, lo hizo detenerse, volver sobre sus pasos y entrar. Adentro estaba tenebroso, tibio y vacío, como si poco antes hubiese terminado una misa. No sabía qué iglesia era, ni le importaba. Se sentó sencillamente en el último asiento, y fijó la triste mirada en el ábside envuelto en la penumbra. Reflexionó en que Cristina, en la época de su alejamiento mutuo, había tornado al pensamiento de Dios. El no había sido jamás un devoto; pero, sin embargo, aquí estaba ahora, en esta iglesia desconocida. La tribulación traía aquí a los hombres, los volvía a sus sentidos, los volvía al pensamiento de Dios.

Allí estuvo sentado, cabizbajo, como un hombre que reposa al final de una jornada. Sus pensamientos fluían, no en alguna plegaria definida, sino llevados en alas de los anhelos de su alma. «¡Dios! ¡No permitas que me condenen! ¡Oh, Dios!, ¡no permitas!» Acaso durante media hora continuó en esta extraña meditación; luego se levantó y se fue directamente al hotel.

A la mañana siguiente, aunque había dormido profundamente, despertó con una sensación angustiosa todavía mayor. Al vestirse le temblaban ligeramente las manos. Se reprochaba el haber venido a este hotel vinculado a los recuerdos de su examen. El sentimiento que ahora experimentaba era exactamente el del temor que precede a un examen, pero multiplicado por ciento.

Abajo no pudo desayunarse. Su causa se veía a las once y Hopper le había pedido que estuviera temprano. Calculó que no tardaría más de veinte minutos en llegar a la calle Hallam, y estuvo hojeando los diarios —pretexto nervioso— en el hall del hotel, hasta las diez y media. Pero cuando partió su taxi se vio detenido en una larga espera debido a una obstrucción en la calle Oxford. Estaban dando las once cuando llegó a las oficinas de la G. M. C.

Corrió a la sala del Consejo, recibiendo sólo una perturbadora impresión de su

tamaño, de la elevada mesa en que estaba el Consejo con su presidente, Sir Jenner Halliday, en la silla central. Sentados allá lejos estaban los participantes en su causa, como actores que esperan su turno. Allí estaban Hopper, Maria Holand acompañada de su padre, la enfermera Sharp, el doctor Thoroughgood, el señor Boon, la enfermera de la sala Myles. La mirada de Andrés recorrió las filas de asientos. En seguida se sentó apresuradamente junto a Hopper.

—Creo que le pedí que llegara temprano —dijo el abogado en tono serio. El caso anterior está por terminarse. Con el Consejo es fatal un atraso.

Andrés no respondió. Como lo decía Hopper, el presidente pronunciaba en ese mismo momento, la sentencia del caso anterior al suyo, un fallo condenatorio, eliminación del registro. Andrés no pudo apartar los ojos del médico convicto de alguna incorrección de menor cuantía, un individuo desharrapado que parecía como si hubiera trabajado mucho para poder vivir. La expresión de absoluta desesperanza con que estaba allí condenado por este augusto cuerpo de sus colegas, hizo estremecer a Andrés.

Pero éste no tenía tiempo para pensar, para sentir más que un estremecimiento pasajero de piedad. Un instante después, se anunciaba su causa, y, al iniciarse, se le oprimió el corazón.

Se dio lectura a la acusación. En seguida tomó la palabra el abogado acusador, señor Jorge Boon. Delgado, perfectamente afeitado, usaba levita y se aseguraba los lentes con una ancha cinta negra. Hablaba muy mesuradamente.

—Señor presidente, señores: este caso que se va a considerar no tiene nada que ver con ninguna teoría medica de las definidas en el artículo veintiocho de la Ley Médica. Por el contrario, es un ejemplo neto y claro de asociación con una persona no registrada, tendencia que, puedo tal vez observar, el Consejo ha tenido recientemente motivos de deplorar.

—Los hechos son los siguientes: «La enferma, María Boland, afectada de tisis apical, fue admitida en la sala del doctor Thoroughgood en el Hospital Victoria, el 16 de julio. Allí permaneció bajo los cuidados del referido médico, hasta el 14 de septiembre, en que ella se retiró con el pretexto de que deseaba volver a su hogar. Digo pretexto, porque el día de su partida, en vez de regresar a su casa, la enferma se encontró en la puerta del hospital con el doctor Manson, quien la llevó de inmediato a una institución conocida con el nombre de Bellevue que, según tengo entendido, pretende realizar la curación de las enfermedades pulmonares».

«Al llegar a dicho sitio de Bellevue, la enferma fue puesta en cama y examinada por el doctor Manson en compañía del propietario del establecimiento, señor Ricardo Stillman, persona no titulada y, según entiendo, un extranjero. En vista del examen, fue decidido en consulta —pido especialmente al Consejo que tome nota de la frase —, en consulta, por el doctor Manson y el señor Stillman, hacerle a la enferma la

operación del neumotórax. En seguida el doctor Manson le administró la anestesia local y el neumotórax fue aplicado por el doctor Manson y el señor Stillman».

«Ahora, señores, habiendo expuesto sumariamente el caso, propongo, con permiso de ustedes, que escuchemos a los testigos. Doctor Eustaquio Thoroughgood, tenga la bondad».

El doctor Thoroughgood se levantó y avanzó. Quitándose los anteojos y teniéndolos listos en la mano para acentuar sus puntos, Boon comenzó a interrogarlo.

—Doctor Thoroughgood, no deseo molestarlo. Todos conocemos su reputación, puedo decir su celebridad como especialista en enfermedades del pulmón y no dudo de que usted puede verse movido por un sentimiento de benignidad hacia su colega más joven; pero, doctor Thoroughgood, ¿no es un hecho que el 10 de septiembre el doctor Manson lo invitó a ver en consulta a esta enferma María Boland?

—Sí.

—¿Y no es verdad, también, que en el curso de dicha consulta él lo urgió a seguir una clase de tratamiento que usted no juzgaba indicada?

—El deseaba que le aplicaran el neumotórax.

—¡Exactamente! Y teniendo en cuenta las necesidades de la paciente, usted se negó.

—Efectivamente.

—Cuando usted se negó, ¿advirtió algo particular en la actitud del doctor Manson?

—Bueno... —Thoroughgood vacilaba.

—¡Por favor, doctor Thoroughgood! Respetamos su natural repugnancia.

—No pareció el mismo esa mañana. Parecía estar en desacuerdo con mi opinión.

—Gracias, doctor Thoroughgood. Usted no tenía motivos para imaginar que la enferma se hallaba descontenta con los cuidados del hospital —la sola idea hizo dibujar una sonrisa en el serio rostro de Boon—, que ella tuviese razón alguna de queja contra usted o el personal.

—No, en absoluto. Siempre pareció muy complacida, feliz y contenta.

—Gracias, doctor Thoroughgood.

Boon tomó otro papel.

—Y ahora, la enfermera de la sala, Myles, por favor.

El doctor Thoroughgood se sentó. La enfermera Myles avanzó. Boon continuó:

—Enfermera Myles, la mañana del lunes 12 de septiembre, dos días después de esa consulta entre el doctor Thoroughgood y el doctor Manson, ¿solicitó este último ver a la enferma?

—Sí.

—¿A la hora en que el acostumbraba?

—No.



—¿Examinó a la enferma?

—No. No teníamos cortinas esa mañana. Se sentó y conversó con ella.

—Precisamente, enfermera... una conversación prolongada y animada, si puedo emplear las palabras de su declaración escrita. Pero díganos, enfermera, con sus propias palabras ahora, ¿qué ocurrió inmediatamente después de la partida del doctor Manson?

—Como media hora después; la enferma N 17, es decir, María Boland, me dijo: «Enfermera, he estado pensando las cosas, y he resuelto irme. Usted ha sido muy bondadosa conmigo. Pero quiero irme el próximo miércoles».

Boon interrumpió rápidamente.

—El próximo miércoles. Gracias, enfermera. Era el punto que deseaba establecer. Bastará por el momento.

La enfermera Myles se retiró.

El abogado hizo un gesto muy gentil con sus anteojos encintados.

—Y ahora la enfermera Sharp, por favor. —Una pausa—. Enfermera Sharp, usted está en situación de dar testimonio de los movimientos del doctor Manson la tarde del 14 de septiembre.

—¡Sí, estuve allí!

—Veo por su tono, enfermera Sharp, que usted estuvo allí contra su voluntad.

—Cuando vi adónde íbamos y quién era ese Stillman, no un médico, o cosa parecida, me sentí...

—Ofendida —sugirió Boon.

—Eso es —asintió la enfermera Sharp—. Jamás he tenido que ver sino con verdaderos médicos especialistas, durante toda mi vida.

—Exactamente —susurró Boon—. Ahora, enfermera Sharp, hay un punto precisamente que deseo que deje usted bien claro una vez más en homenaje al Consejo. ¿Cooperó efectivamente el doctor Manson con el señor Stillman en..., en la ejecución de esa operación?

—Lo hizo —respondió la Sharp en tono vengativo.

En este momento Abbey se inclinó hacia adelante y, previa autorización del presidente, formuló suavemente una pregunta:

—¿No es verdad que al ocurrir todo esto, enfermera Sharp, el doctor Manson le había comunicado que cesaría usted en sus funciones?

La Sharp enrojeció, perdió su compostura y dijo con violencia:

—Sí, supongo.

Al sentarse ésta, un minuto después, Andrés tuvo una débil chispa de esperanza. Cuando menos, Abbey continuaba siendo amigo suyo. Boon se volvió a la mesa del Consejo, algo amostazado por la interrupción.

—Señor presidente, señores: pudiera continuar llamando testigos, pero estimo

demasiado el valor del tiempo del Consejo. Por otra parte, creo haber probado en forma concluyente mi acusación. No parece haber la menor duda de que la enferma María Boland fue sustraída, con entera connivencia del doctor Manson, a los cuidados de un especialista eminente de uno de los mejores hospitales de Londres para ser llevada a ese dudoso instituto, que por sí mismo constituye una grave trasgresión de las normas profesionales, y que el doctor Manson se asoció deliberadamente con el propietario no titulado de dicho instituto en la ejecución de una operación peligrosa ya contraindicada por el doctor Thoroughgood, el especialista, éticamente responsable del caso. Señor presidente, señores: en este caso no tenemos que contemplar, como pudiera aparecer a primera vista, un ejemplo aislado, una incorrección accidental, sino una infracción premeditada y casi sistemática del código médico.

El señor Boon se sentó muy complacido y comenzó a limpiar sus lentes. Hubo un instante de silencio. Andrés seguía con los ojos fijos en el suelo. Había sido un tormento para él soportar la exposición malintencionada del caso. Se dijo amargamente que lo estaban tratando como a un salteador de caminos. Entonces, su abogado avanzó y se aprestó para dirigirse al Consejo.

Como de costumbre, Hopper parecía bebido con su rostro encarnado y tenía dificultad en disponer sus papeles. Sin embargo, extrañamente, esto parecía conquistarle la indulgencia del Consejo.

El presidente dijo:

—Bien, señor Hopper...

Este se aclaró la garganta.

—Señor presidente, señores, yo no discuto las pruebas aportadas por el señor Boon. No tengo la intención de salirme de los hechos. Pero el modo de interpretarlos nos interesa profundamente. Hay, además, algunos puntos adicionales que le dan a la cuestión un aspecto mucho más favorable a mi cliente.

«Todavía no se ha establecido que la señorita Boland, anteriormente, era paciente del doctor Manson, ya que lo consultó antes de ver al doctor Thoroughgood, el 11 de julio. Además, el doctor Manson estaba personalmente interesado en el caso. La señorita Boland es hija de un amigo íntimo suyo. Así, pues, siempre se consideró personalmente responsable por la salud de la enferma. Debemos admitir francamente que la acción del doctor Manson fue completamente errónea. Pero sugiero respetuosamente que no fue ni deshonrosa ni malintencionada».

«Hemos oído lo referente a esta ligera diferencia de opinión entre el doctor Thoroughgood y el doctor Manson a propósito del tratamiento. Recordando el gran interés del doctor Manson por la enferma, es muy natural que él quisiera hacerse cargo de ella nuevamente. Por supuesto que no quería ocasionar ninguna molestia a su colega jefe. Esa y no otra fue la razón del subterfugio que ha subrayado tanto el

señor Boon».

A esta altura Hopper se detuvo, sacó un pañuelo y tosió. Tenía el aire de un hombre que se aproxima a un paso más difícil.

—Y ahora llegamos a lo de la asociación del señor Stillman y de Bellevue. Presumo que los miembros del Consejo no ignoran el nombre del señor Stillman. Aunque sin títulos, goza de cierta reputación y aun se dice que ha efectuado ciertas curaciones difíciles.

El presidente interrumpió gravemente:

—Señor Hopper ¿qué puede saber usted, un lego, de estas cosas?

—Convengo en ello, señor presidente —repuso apresuradamente Hopper—. Mi verdadera tesis es que el señor Stillman resulta ser un hombre de carácter. Así acaeció que él mismo se presentó hace años al doctor Manson en una carta en que lo felicitaba por cierto trabajo de investigación referente a los pulmones que éste había realizado. Ambos se encontraron en un terreno ajeno a la profesión cuando el señor Stillman vino a establecer su clínica. De este modo, aunque mal considerado, fue natural que el doctor Manson, al buscar un sitio en que el mismo pudiera hacer el tratamiento de la señorita Boland, se aprovechara de las facilidades que se le ofrecían en Bellevue. Mi amigo, el señor Boon, se ha referido a Bellevue como a un establecimiento «discutible». Sobre este punto creo que le interesará al Consejo, escuchar algún testimonio. Tenga la bondad, señorita Boland.

Al levantarse María, todas las miradas de los miembros del Consejo se posaron sobre ella con acentuada curiosidad. Aunque era nerviosa y mantenía su mirada fija en Hopper, sin mirar una sola vez a Andrés, parecía hallarse bien de salud, en estado normal.

—Señorita Boland —dijo Hopper quiero que usted nos diga francamente, ¿halló algo de qué quejarse mientras estuvo enferma en Bellevue?

—¡No! ¡Todo lo contrario! —Andrés advirtió al instante que ella había sido cuidadosamente aleccionada de antemano. Su respuesta fue muy moderada.

—¿No sufrió los efectos de la enfermedad?

—Al contrario, estoy mejor.

—En realidad, el tratamiento practicado allí ¿fue efectivamente el mismo que le sugirió el doctor Manson en su primera entrevista con él..., déjeme ver... el 11 de julio?

—Sí.

—¿Es esto pertinente? —preguntó el presidente.

—He terminado con este testigo, señor —dijo rápidamente Hopper.

Mientras se sentaba María, extendió él las manos hacia el Consejo en su estilo suplicante:

—Lo que me atrevo a sugerir, señores, es que el tratamiento efectuado en

Bellevue era en realidad el tratamiento del doctor Manson, aplicado, con olvido de la ética, tal vez, por otras personas. Sostengo que, dentro del significado del hecho, no existió cooperación profesional entre Stillman y el doctor Manson: Quisiera llamar al doctor Manson.

Andrés se puso de pie, con la viva conciencia de su situación, de que todos los ojos se clavaban en él. Estaba pálido e indeciso. Tenía una sensación de vacío helado en la boca del estómago. Escuchó que Hopper le decía:

—Doctor Manson ¿usted no percibió ninguna remuneración en relación con esta pretendida cooperación con el señor Stillman?

—Ni un penique.

—¿Usted no tuvo una segunda intención, ningún propósito subalterno, al proceder como lo hizo?

—No.

—¿No intentó usted reprochar a su colega jefe, doctor Thoroughgood?

—No. Nos entendíamos perfectamente. Solamente que... en este caso no coincidieron nuestras opiniones.

—Exactamente —intervino Hopper, más bien con cierta premura—. ¿Usted le puede asegurar entonces al Consejo, honrada y sinceramente, que no tuvo intención de delinquir contra el código médico, y ni la más remota idea de que su conducta fuese indigna en forma alguna?

—Esa es la pura verdad.

Hopper reprimió un suspiro de alivio cuando, con una inclinación de cabeza, despidió a Andrés. Aunque se había sentido obligado a presentar su testimonio, había temido la impetuosidad del cliente. Pero ahora que había terminado sintió que, siendo breve su consideración final, podrían alentar alguna leve esperanza de éxito. Dijo con aire contrito:

—No deseo retener más tiempo al Consejo. He procurado mostrar que el doctor Manson sólo incurrió en una desgraciada equivocación. Yo apelo, no sólo a la justicia, sino a la clemencia del Consejo y quisiera llamar la atención del Consejo hacia la historia de mi cliente. Su pasado podría enorgullecer a cualquier hombre. Todos conocemos casos en que hombres eminentes han incurrido en un solo error y, por no hallar comprensión, vieron tronchadas sus carreras. Yo espero y suplico, que el caso que se va a juzgar no sea uno de aquéllos.

La humildad del tono de Hopper, esa actitud como de quien se excusa, produjeron un efecto admirable sobre el Consejo. Pero casi al instante Boon estaba de nuevo de pie, solicitando la autorización del presidente.

—Con su permiso, señor, quisiera hacer una o dos preguntas más al doctor Manson —se dio media vuelta e invitó a Andrés a levantarse, con un movimiento hacia arriba de sus lentes—. Doctor Manson, su última respuesta apenas me fue

comprensible. Usted dice que no sospechaba que su conducta fuese indigna. Sin embargo, sabía positivamente que el señor Stillman no posee título.

Andrés miró a Boon. La actitud del majadero abogado a través de toda la audiencia lo había hecho sentirse culpable de algún acto desacertado. En su helado vacío interior sintió un calor lento. Dijo distintamente:

—Sí, sé que no es médico.

En el rostro de Boon se diseñó una suave sonrisa de satisfacción. Dijo provocativamente:

—Ya lo veo, ya lo veo. Sin embargo, ni siquiera eso lo detuvo.

—Ni siquiera eso —repitió Andrés con súbita amargura. Sentía que perdía el dominio de sí mismo. Respiró profundamente—. Señor Boon, lo he oído hacer muchas preguntas. ¿Me permitiría hacerle una, a mi vez? ¿Ha oído hablar usted de Luis Pasteur?

—Sí —respondió Boon, algo excitado—. ¿Quién no ha oído?

—Exactamente. ¿Quién no ha oído? Usted probablemente desconoce el hecho, señor Boon, pero acaso me permitirá decirle que Luis Pasteur, la más alta figura de la medicina científica, no era médico. Ni lo fue Ehrlich, el hombre que le dio a la medicina el remedio mejor y más específico de toda su historia. Ni lo fue Haffkine, que combatió la peste en la India mejor que ningún *caballero con título* lo ha hecho jamás. Ni lo fue Metchnikoff, que sólo a Pasteur le cede en grandeza. Perdóneme que le recuerde estos hechos elementales, señor Boon. ¡Pueden mostrarle que el hombre que lucha contra la enfermedad sin tener su nombre en el registro, no es necesariamente un pillo o un necio!

Silencio electrizante. Hasta aquí el procedimiento se había arrastrado en una atmósfera de monotonía solemne, de formalismo arcaico, propio de un tribunal de segundo orden. Pero ahora todos los miembros de la mesa del Consejo estaban erguidos en sus sillas. Abbey en particular, tenía los ojos fijos en Andrés, con extraña intensidad. Pasó un momento.

Hopper, con la mano sobre el rostro gemía desalentadoramente. Ahora sí que estimó perdida la causa. Boon, aunque horriblemente desconcertado, hizo un esfuerzo para reponerse.

—Sí, sí, estos son nombres ilustres, lo sabemos. Seguramente usted no compara con ellos al señor Stillman.

—¿Por qué no? —prosiguió Andrés encendido de indignación—. Sólo son ilustres porque están muertos. Virchow se rió de Koch cuando vivía, lo ultrajó. No lo demostremos ahora. Ultrajamos a hombres como Stillman y Spahlinger. Ahí tiene otro ejemplo, Spahlinger, un pensador científico grande y original. No es médico. No tiene diploma. Pero ha hecho más por la medicina que miles de hombres con títulos, que viajan en automóviles y cobran honorarios, libres como el aire, en tanto que

Spahlinger es combatido, denigrado y acusado, tiene que gastar su fortuna en la investigación y tratamientos, y seguir luchando con la pobreza.

—¿Tenemos, entonces, que usted admira a Ricardo Stillman de la misma manera? —dijo Boon, con aire despectivo.

—¡Sí! Es un gran hombre, un hombre que ha consagrado toda su vida al bien de la humanidad. Ha tenido que luchar contra la envidia, y los prejuicios, y también contra la mentira. En su país ha vencido todos los obstáculos. Mas parece que aquí no. Sin embargo, tengo la convicción de que ha hecho más contra la tuberculosis que cualesquiera de los que actualmente trabajan en este país. Está al margen de la profesión. ¡Sí! Pero hay muchos dentro de la misma que han estado luchando con la tuberculosis toda su vida y no han realizado un átomo de provecho en ese sentido.

Hubo sensación en la gran sala. Los ojos de María Boland, fijos ahora en Andrés, brillaban de ansiedad y admiración. Hopper reunía lenta y tristemente los papeles, metiéndolos en su cartera de cuero.

El presidente intervino:

—¿Se da cuenta usted de lo que dice?

—Sí. —Andrés cogió vigorosamente el respaldo de su silla, comprendiendo que había sido arrastrado a una grave indiscreción, pero resuelto a mantener sus opiniones. Respirando anhelantemente, exaltado hasta el máximo, se apoderó de él una extraña inquietud. Si lo iban a descalificar, quería darles motivo para ello. Prosiguió impetuosamente—: He escuchado el alegato que se ha pronunciado hoy en mi favor, y me he estado preguntando todo el tiempo qué daño he hecho. No quiero trabajar con curanderos: no creo en falsos remedios. Por eso abro la mitad de los avisos altamente científicos que me llegan profusamente por cada correo. Sé que estoy hablando más fuertemente de lo que debería, mas no puedo evitarlo. Ni siquiera somos bastante liberales. Si continuamos pretendiendo que todo es malo fuera de la profesión y todo es bueno dentro de ella, será la muerte del progreso científico. Nos convertiremos en una pequeña y hermética sociedad mercantil de ayuda mutua. Es hora de que comencemos a poner en orden nuestra propia casa, y no me refiero sólo a lo superficial. Hay que ir a las fuentes, pensar en la enseñanza irremediabilmente inadecuada que reciben los médicos. Cuando yo me recibí más bien constituía una amenaza para la sociedad; Todo lo que sabía eran los nombres de algunas enfermedades y las drogas con que se suponía debía combatirlas. Ni siquiera podía manejar un par de fórceps de obstetricia. Todo lo que sé lo he aprendido después. Pero ¿cuántos médicos aprenden algo fuera de los rudimentos vulgares que adquieren en el ejercicio de la profesión? No tienen tiempo, los pobres diablos corren tras los honorarios. Ello se debe a que toda nuestra organización se halla en un estado lamentable. Deberíamos estructurarnos en unidades científicas. Debería haber clases obligatorias de postgraduados. Debería hacerse una gran tentativa para poner a la

ciencia en primer plano, para desterrar a la vieja idea del frasco de remedio y dar a cada médico la oportunidad de estudiar, de cooperar en la investigación. ¿Y qué decir del mercantilismo? Los tratamientos inútiles con miras al dinero, las operaciones innecesarias, la enormidad de preparaciones pseudocientíficas e inútiles que usamos, ¿no deberían ser ya eliminados? La profesión en su conjunto es demasiado intolerante Y presuntuosa. Somos orgánicamente conservadores. Jamás pensamos en progresar, en modificar nuestro sistema. Decimos que haremos las cosas Y no las hacemos. Por años nos hemos venido lamentando de las condiciones de explotación bajo las cuales trabajan nuestras enfermeras, de los míseros salarios que les pagamos: ¿Y bien? Todavía siguen siendo explotadas, recibiendo salarios míseros. No es nada más que un ejemplo. Lo que pretendo decir es algo más profundo. No damos oportunidad a nuestros hombres de avanzada. El doctor Hexam, el hombre que fue lo suficientemente valiente para cooperar como anestésista, con Jarvis, el manipulador, cuando éste comenzaba su trabajo, fue borrado del registro. Diez años más tarde, cuando Jarvis había curado a centenares de enfermos ante quienes se habían mostrado impotentes los mejores cirujanos de Londres, cuando hubo recibido un título de nobleza, cuando toda la «gente bien» lo proclamaba un genio, entonces volvimos sobre nosotros y le otorgamos un doctorado honorario. Por entonces, Hexam se había muerto de tristeza. Sé que he cometido muchas equivocaciones, Y algunas graves. Las deploro. Pero no me he equivocado con Ricardo Stillman. Y no siento lo que hice con él. Todo lo que os pido es que miréis a María Boland. Padecía de tuberculosis apical cuando fue puesta en manos de Stillman. Ahora está sana. Si queréis alguna justificación de mí indignidad profesional, está en esta sala, delante de vosotros.

Terminó en forma absolutamente brusca y se sentó. En la alta mesa del Consejo una extraña luz iluminaba el rostro de Abbey. Boon, todavía de pie, miraba a Manson con sentimientos encontrados. Después, reflexionando vengativamente en que al menos le había proporcionado a este médico presuntuoso la cuerda suficiente para que él mismo se ahorcara, se inclinó ante el presidente y tomó asiento.

Por un momento hubo en la sala un silencio extraordinario, y luego el presidente hizo la declaración acostumbrada:

—Pido a todos los extraños que se retiren.

Andrés salió con los demás. Ahora se había disipado su inquietud, y su cabeza, como todo su cuerpo, vibraba como una máquina sobrecargada. La atmósfera de la sala del Consejo lo sofocaba. No podía tolerar la presencia de Hopper, de Boon, de Mary y los demás testigos. Temía especialmente ese reproche melancólico en el rostro de su abogado. Sabía que se había conducido como un necio, un pobre necio que declama. Su honradez le parecía ahora mera locura. Sí, había sido locura arengar al Consejo como lo había hecho. No debería haber sido médico, sino un orador político del Hyde Park. ¡Bien! Pronto dejaría de ser médico. Lo borrarían

sencillamente del registro.

Fue al guardarropa, con el único deseo de estar solo, y se sentó en el borde de uno de los lavabos, buscando mecánicamente un cigarrillo. Pero la lengua reseca le impedía sentir el gusto del tabaco y aplastó el cigarrillo con el pie. Era extraño, después de las cosas duras, cosas verdaderas, que había dicho de la profesión hacía unos momentos, cuán miserable se sentiría al ser expulsado de ella. Quizá podría hallar trabajo con Stillman. Pero no era éste el trabajo que quería. ¡No! Quería estar con Denny y Hope, seguir su propia inspiración, hundir la lanza de su sistema en la piel de la apatía y la rutina. Pero todo esto debía hacerse desde dentro de la profesión. Nunca, nunca podría ser logrado desde fuera, en Inglaterra. Ahora Denny y Hope deberían montar solos el caballo troyano. Sintióse dominado por un gran sentimiento de amargura. El porvenir se extendía desolado ante su vista. Ya tenía ese sentimiento de aislamiento, el más penoso de todos, y junto con él, la convicción de que todo estaba concluido, de que éste era el fin.

El ruido de la gente que transitaba por el corredor lo hizo ponerse fatigosamente de pie. Al reunírseles y entrar de nuevo a la sala del Consejo, se dijo con decisión que sólo le quedaba una cosa. No debía humillarse. Rogábase a sí mismo que no diese muestra alguna de servidumbre, de debilidad.

Con los ojos fijos en el suelo inmediato, no vio a nadie, no miró a la mesa del Consejo, permaneció pasivo e inmóvil. Todos los sonidos triviales de la sala —toses, cuchicheos, movimientos de sillas, aun el ruido inverosímil de alguien que tamborileaba con un lápiz—, lo golpeaban en forma enloquecedora.

Pero de pronto hubo silencio. Andrés fue invadido por un espasmo de rigidez. ¡Ahora, pensó, ahora llega! Habló el presidente. Habló lenta y solemnemente.

—Andrés Manson, debo informarle que el Consejo ha considerado maduramente la acusación que se le ha formulado y los testimonios que la apoyan. El Consejo opina que, a pesar de las circunstancias particulares del caso y de su defensa personal, nada ortodoxa, usted actuó de buena fe y deseó sinceramente obedecer al espíritu de la ley que exige una gran nobleza de conducta profesional. En consecuencia, tengo que comunicarle que el Consejo no ha creído conveniente disponer que el Inspector borre su nombre del registro.

Durante un segundo de deslumbramiento Andrés no comprendió. Luego lo invadió el escalofrío de la emoción. No lo habían condenado. Estaba libre, limpio, rehabilitado.

Alzó vacilantemente la cabeza hacia la mesa del Consejo. Todos los rostros, extrañamente confusos, se volvieron hacia el suyo: el único que divisó más claramente fue el de Robert Abbey. La comprensión revelada en los ojos de Abbey lo emocionó todavía más. En un destello de lucidez percibió que Abbey lo había salvado. Ya no ostentaba su aspecto de indiferencia. Murmuró débilmente, y aun



cuando se dirigió al presidente, fue a Abbey a quien le habló en realidad:

—Gracias, señor.

El presidente dijo:

—La causa se da por terminada.

Andrés se levantó, rodeado de inmediato por sus amigos, por Con, María, el despavorido Hopper, por gentes a quienes no había visto jamás antes, que ahora le estrechaban calurosamente la mano. De algún modo llegó a la calle, todavía palmoteado en la espalda por Con. Fue restituido a la realidad en medio de su confusión nerviosa por los autobuses y la corriente normal del tránsito. Recordaba de cuando en cuando, con un estremecimiento de alegría, la increíble maravilla de su liberación. De pronto advirtió a María que lo contemplaba con los ojos todavía llenos de lágrimas.

—Si le hubieran hecho algo, después de todo lo que usted ha hecho por mí, ¡oh!, yo hubiera asesinado a ese vejstorio de presidente.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Con inconteniblemente—, no sé por qué se inquietaban ustedes. En el instante en que Manson se levantó para comenzar, comprendí que los iba a dejar sin aliento.

Andrés reía débilmente, feliz.

Los tres llegaron después de la una al Museum Hotel. Y allí esperaba Denny en el hall. Se adelantó hacia ellos sonriendo gravemente. Hopper le había dado noticias por teléfono Pero no tenía nada que comentar. Sólo dijo:

—Tengo apetito. Pero no podemos comer aquí. Vengan todos a almorzar conmigo.

Lo hicieron en el restaurante Connanught. Aunque ningún temblor de emoción cruzó el rostro de Felipe, aunque le hablo a Con principalmente de automóviles, supo celebrar el triunfo, hacerlo un feliz acontecimiento. Después le dijo a Andrés:

—Nuestro tren parte a las cuatro. Hope nos espera en Stanborough, en el hotel Podemos adquirir por poco aquella dichosa propiedad. Tengo que efectuar algunas compras. ¡Pero nos encontraremos en Euston a las cuatro menos diez!

Andrés miró a Denny, con el sentimiento de su amistad, de todo lo que le debía desde el primer instante en que se conocieron, en el pequeño consultorio de Drineffy. Dijo de pronto:

—¿Y suponiendo que me hubieran borrado?

—No lo han hecho —Felipe volvió la cabeza—. Y yo me preocuparé de que nunca lo hagan.

Cuando Denny partió a efectuar sus compras, Andrés acompañó a Con y Maria a tomar el tren en Paddlnton. Mientras esperaban en el andén, más bien callados, ahora, les repitió la invitación que ya les había hecho:

—Ustedes vendrán a vernos a Stanborough.

—Lo haremos —le aseguró Con—. Para la primavera, en cuanto arregle mi cacharro.

Cuando partió el tren le, quedaba todavía una hora a Andrés. Pero no abrigaba la menor duda sobre lo que deseaba hacer. Instintivamente subió a un ómnibus y pronto estuvo en Kensal Green. Entró al cementerio, estuvo largo tiempo junto a la tumba de Cristina, pensando en muchas cosas. Era una tarde fresca y luminosa, con esa aspereza en la brisa que a ella siempre le había gustado. En lo alto, sobre la cabeza de Andrés, en la rama de un árbol, mustio, gorjeaba alegremente un gorrión. Cuando por fin se alejó apresuradamente, temeroso de llegar tarde, allá en el cielo delante de él resplandecía una hermosa nube en forma de muralla almenada.

**FIN**



ARCHIBALD JOSEPH CRONIN (1896-1981), fue un novelista y médico escocés. Tras la muerte de su padre se trasladó a vivir a Glasgow, estudiando en el St. Aloysius College, licenciándose en Medicina en la Universidad de Glasgow (durante la Primera Guerra Mundial sirvió en la Marina Real), y doctorándose posteriormente. También se diplomó en Salud Pública. Trabajó en varios hospitales y posteriormente fue nombrado Inspector Médico de Minas, realizando estudios sobre el riesgo de trabajo en las minas. Se trasladó a Londres donde abrió su propia clínica, comenzando a escribir en 1930. En 1939 marchó a Estados Unidos, donde permaneció largo tiempo. Finalmente, fijó residencia en Suiza, donde transcurrieron sus últimos veinticinco años de vida, escribiendo siempre.

Muchos de los libros de Cronin fueron bestsellers que fueron traducidos a numerosas lenguas. Su punto fuerte eran sus habilidades y su poder de observación y descripción gráfica. Algunas de sus novelas e historias se basan en su carrera médica, mezclando realismo, romance, y crítica social.

Sus obras cumbres son La ciudadela (The Citadel), y Las llaves del reino (The Keys of the Kingdom), ambas novelas convertidas en películas. Se dice que su novela La Ciudadela contribuyó a establecer el servicio nacional de salud en Reino Unido, exponiendo la injusticia, explotación e incompetencia de la práctica médica en esa época.

# Notas

[1] *nistagmus*: Enfermedad de la vista común en los mineros. <<

[2] Master of Science, alta calificación universitaria en Inglaterra. <<

[3] *issues*: Alude a esas llagas que se manifiestan abiertas artificialmente con fines medicinales. <<

[4] *tee*: En el golf, montoncito donde se coloca la pelota que hay que lanzar. <<



[5] Doctor en Medicina, Miembro del Colegio Real de Cirujanos y Diploma de Sanidad Pública respectivamente <<

[6] *bookmaker*: Empleado en los hipódromos ingleses, que solicita y anota las apuestas entre la concurrencia. <<

[7] Doctor en Medicina y Miembro del Real Colegio de Médicos, respectivamente. <<

[8] Título de Bachiller de Cirugía de la Universidad de Oxford. <<

[9] Medida equivalente a 0,06 gramos. <<

[10] Se trata de un juego de palabras intraducible. Hope en inglés además de ser nombre propio, significa esperanza, por lo que la frase en su doble sentido, vendrá a ser algo así como: «... solía pensar que era la esperanza. Ahora soy definitivamente una esperanza fallida». <<

[11] *Nag*: Vocábulo intraducible que además de equivaler a «caballito», quiere decir en su forma verbal, encontrar siempre faltas en las personas o regañarlas continuamente.

<<

[12] Penas de amor perdidas, título de una comedia satírica de Shakespeare. <<



[13] *West End*: Barrio aristocrático de Londres al oeste de Charing-Cross. <<

[14] fresas hervidas en almíbar. <<